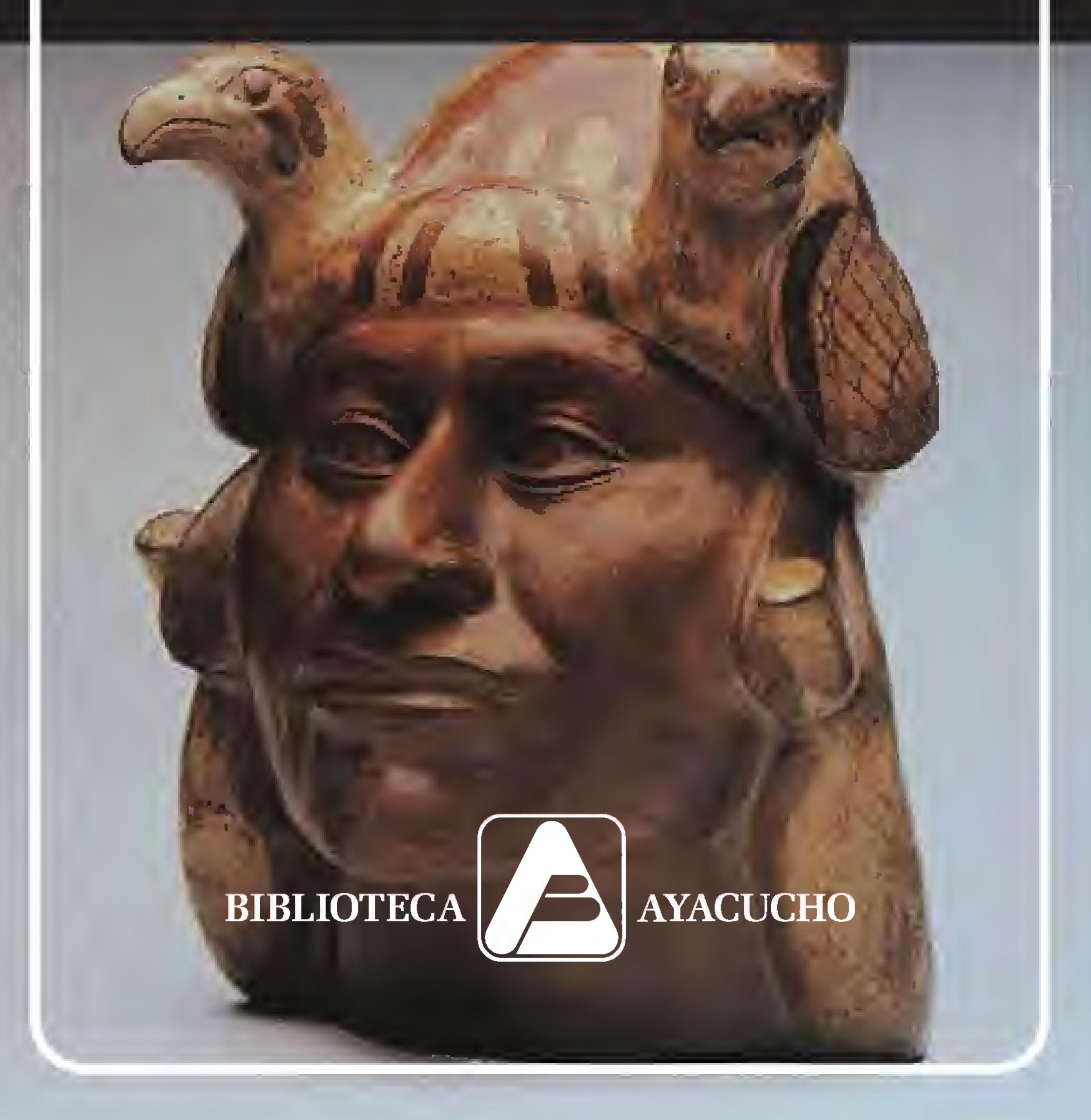
Pedro de Cieza de León

CRÓNICA DEL PERÚ EL SEÑORÍO DE LOS INCAS



BIBLIOTECA AYACUCHO es una de las experiencias editoriales más importantes de la cultura latinoamericana nacidas en el siglo XX. Creada en 1974, en el momento del auge de una literatura innovadora y exitosa, ha estado llamando constantemente la atención acerca de la necesidad de entablar un contacto dinámico entre lo contemporáneo y el pasado a fin de revalorarlo críticamente desde la perspectiva de nuestros días.

El resultado ha sido una nueva forma de enciclopedia que hemos llamado Colección Clásica, la cual mantiene vivo el legado cultural de nuestro continente entendido como conjunto apto para la transformación social y cultural. Sus ediciones, algunas anotadas, con prólogos confiados a especialistas, y los apoyos de cronologías y bibliografías básicas sirven para que los autores clásicos, desde los tiempos precolombinos hasta el presente, estén de manera permanente al servicio de las nuevas generaciones de lectores y especialistas en las diversas temáticas latinoamericanas, a fin de proporcionar los fundamentos de nuestra integración cultural.


BIBLIOTECA
AYACUCHO

CRÓNICA DEL PERÚ
EL SEÑORÍO DE LOS INCAS

Pedro de Cieza de León

CRÓNICA DEL PERÚ
EL SEÑORÍO DE LOS INCAS

226

SELECCIÓN, PRÓLOGO, NOTAS,
MODERNIZACIÓN DEL TEXTO, CRONOLOGÍA
Y BIBLIOGRAFÍA
Franklin Pease G.Y.



Colección Clásica, Nº 226
Hecho Depósito de Ley
Depósito Legal lf 501200548003379 (rústica)
Depósito Legal lf 50120058003393 (empastada)
ISBN 980-276-394-2 (rústica)
ISBN 980-276-395-0 (empastada)
Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela - 1010
www.bibliotecaayacucho.com

Dirección Editorial: Julio Bolívar
Asistencia Dirección Editorial: Gladys García Riera
Jefa Departamento Editorial: Clara Rey de Guido
Editor: Edgar Páez
Jefa Departamento Producción: Elizabeth Coronado
Asistencia de Producción: Henry Arrayago
Auxiliar de Producción: Nabaida Mata
Corrección: Alberto Rodríguez Carucci, Miguel Bustillo y Samuel González

Concepto gráfico de colección: Juan Fresán
Actualización gráfica de colección: Pedro Mancilla
Diagramación: Luisa Silva
Pre-prensa: Total Print
Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

ESTUDIO PRELIMINAR

PRÍNCIPE de los cronistas lo llamó el americanista español Marcos Jiménez de la Espada; el título no es ocioso: escribió la más grande historia de sus años en los Andes. Pedro de Cieza de León había nacido en Llerena hacia el año 1518[1], llegó muy joven a América (en el *Proemio* a la primera parte de su obra dijo que lo hizo cuando tenía 13 años). Era hijo de Lope de León y de Leonor de Cazalla; los nombres de sus progenitores y otros datos han permitido sugerir que pertenecía a una familia de conversos, si bien el asunto merecería mayor discusión[2]. Vino a América como Pedro de León y se estableció primeramente en la Nueva Granada; con ese nombre aparece tanto en las referencias a su embarque, como en diversos documentos neogranadinos. En la Nueva Granada tuvo una vida agitada, participando en diferentes expediciones bajo las órdenes de conocidos personajes como Alonso de Cáceres, Jorge Robledo o Sebastián de Benalcázar[3].

1. Al terminar la primera parte de su *Crónica del Perú*, era entonces 1550, Cieza afirmó tener 32 años. Sin embargo, otros cálculos lo hacían nacer hacia 1520 o aun en 1522, Pedro R. León, *Algunas observaciones sobre Pedro de Cieza de León y la Crónica del Perú*, Gredos, Madrid, 1973, p. 15. Sobre sus andanzas iniciales en Indias, véase, Juan Friede, ed. *Documentos inéditos para la historia de Colombia*, 10 vols., Bogotá, 1955-1960.

2. Miguel Maticorena Estrada, “Cieza de León en Sevilla y su muerte en 1554. Documentos”, *Anuario de Estudios Americanos* XII (pp. 515-674), Sevilla 1955; Harkness, *The Harkness Collection in the Library of Congress. Calendar of Spanish Manuscripts concerning Peru (1531-1631)*, prefacios de J.F. Jameson y Stella R. Clemence, Government Printing Office, Washington, D.C., 1932, p. 182.

3. Sobre las andanzas neogranadinas de Cieza véase el estudio preliminar y apéndices de Jiménez de la Espada, a la edición que hizo de la *Guerra de Quito* en 1877 (cfr. bibliografía); cfr. León 1973 y Friede ed., 1955-1960, citados.

Al Perú llegó, llamándose Pedro de Cieza de León, en los tiempos candentes en que la rebelión de Gonzalo Pizarro contra la corona española originó la conformación de un ejército bajo las órdenes del licenciado Pedro de la Gasca, nombrado presidente de la Audiencia y llamado el pacificador del Perú; Cieza se incorporó al ejército de Gasca a fines de 1547 en Jauja. Después de la guerra –la llamada "gran rebelión" de los encomenderos– recorrió partes del Perú, empezando por el altiplano del lago Titicaca y continuando después por Charcas. Retornó posteriormente a su tierra natal y se estableció en Sevilla, entre finales de 1550 e inicios de 1551.

Su celebridad no se halló, ciertamente, en sus hechos de armas (que le proporcionaron, sin embargo, una encomienda en la Nueva Granada), sino en la obra magna que concibió y cumplió con escribir en el tiempo de su breve vida: al fallecer en Sevilla en 1554, Cieza tenía algo más de 30 años y había escrito seis volúmenes de una larga y detallada historia que nominó, al uso de sus tiempos *Crónica del Perú*, título que abarcaba la totalidad de su obra, y no solamente la primera parte, única publicada durante su vida. Su crónica fue la primera que buscó una concepción integral de la historia del Perú, desde los orígenes más remotos que podía alcanzar, colindantes en sus criterios con la leyenda, hasta la agresiva contemporaneidad de sus días en los Andes[4].

Escritor elegante, su prosa ha sido celebrada con justicia. También es frecuente recordar que su juicio fue certero e imparcial, especialmente en lo que se refiere a las contiendas civiles entre los españoles en los Andes, incluso en aquélla en que se vio envuelto; ciertamente que hay opiniones específicas que denuncian una conducta "almagrista", crítica con los Piza-

4. En realidad, como ha mostrado Maticorena, el título inicial de la obra podría haber sido *Historia de la tierra del Perú*, como aparece especificado en el contrato de edición de la parte primera de lo que después se llamaría –en medio del propio proceso de impresión– *Crónica del Perú*; cfr. Miguel Maticorena Estrada, "Contrato para la primera edición [de la primera parte de la *Crónica del Perú*] de Sevilla, con una nota", en Pedro de Cieza de León, *Crónica del Perú. Primera parte*, ed. y est. prel. de Franklin Pease G.Y., nota de Miguel Maticorena Estrada, Pontificia Universidad Católica del Perú y Academia Nacional de la Historia, Lima, 1986 (2ª edición), pp. xlviii y l. Un dato interesante y adicional: la primera edición constó de 1.100 ejemplares, un año después debió hacerse una segunda edición corregida en Amberes.

rro, lo que es posiblemente una consecuencia de la violencia de la rebelión del último de éstos; como se verá, tal acusación de almagrismo –enunciada por Porras– no se alejaría de los criterios lascasianos. Se ha afirmado asimismo que tuvo el patrocinio y hasta una suerte de nombramiento oficial como tal cronista, por parte de Pedro de la Gasca durante su gobierno en el Perú; de esta manera su obra habría sido una versión oficial de la posición del pacificador del Perú. Tal cosa no tiene comprobación segura, sin embargo. Sí hubo, en afirmación del propio cronista, una carta de Gasca a los funcionarios coloniales de aquel entonces, para que le facilitaran la consulta de los papeles gubernamentales[5]. Nada más al parecer.

No todo fue fácil, sin embargo, pues en medio de las andanzas en las que se halló mientras recopilaba información –fueran documentos o testimonios orales– obtuvo importantes colaboraciones, pero debió afrontar dificultades concretas, fue acusado –por ejemplo– por Pedro Pizarro, quien era un pariente menor de los caudillos de la hueste perulera, encomendero en Arequipa y autor también de una crónica escrita veinte años después de la de Cieza. Pizarro mencionó que Cieza habría cobrado dineros para dejar a determinadas personas en posiciones definidas y favorables, muy posiblemente alrededor de las guerras civiles entre los españoles en los Andes y su complicado entorno de lealtades y traiciones[6].

5. "Yendo yo –escribió Cieza de León– el año de 1549 a los Charcas a ver las provincias y ciudades que en aquella tierra hay, para lo cual llevaba del presidente Gasca cartas para todos los corregidores –debió ser para los urbanos, porque los 'de indios' se establecieron en la década de 1560– que me diesen favor para saber y inquirir lo más notable..." (*Crónica*, parte I, XCV). Sí puede añadirse que el manuscrito de la Guerra de Quito que se encuentra en la Biblioteca de Palacio de Madrid incluye un texto tarjado que no aparece en otras copias; el texto eliminado dice: "Tercero libro de las guerras çeuiles del peru el qual se llama la guerra de quito hecho por Pedro de Cieça de León *coronista de las cosas de las yndias*" (f. 261); por cierto, tal texto no alude a una condición de "cronista oficial", y ha sido reemplazado, al margen, por el siguiente, más escueto: "Libro ter/cero de la gue//rras çeuiles / del peru". De hecho, en diferentes partes de la *Crónica del Perú*, especialmente en aquellas referentes a las guerras civiles entre los españoles, Cieza empleó, reproduciéndolos, numerosos documentos y cartas sacadas, obviamente, de las secretarías u otras oficinas de la administración colonial española en el Perú.

6. Escribió Pedro Pizarro: "y porque e entendido ay otros coronistas que tratan dellas [de las guerras civiles entre los conquistadores], aprouechándose de las personas que en ellas se han hallado de dos cosas: de ymformarse cómo pasaron, y de pedir ynterese por que les

POLÍTICAS CONFLICTIVAS: LAS CASAS Y LOS PIZARRO

Cercano debió sentirse Cieza a Bartolomé de las Casas cuando decidió que en ocasión específica de que sus familiares no desearan editar sus manuscritos, los mismos fueran enviados al obispo de Chiapas. Sus contactos con los lascasianos se iniciaron obviamente en el Perú, donde uno de sus informantes más calificados –a quien agradece en ocasiones en su propio relato– fue fray Domingo de Santo Tomás, dominico y corresponsal o agente de Las Casas en el Perú.

No es extraño que así ocurriera; los tiempos de Cieza en los Andes abrigan críticas a las actitudes de los primeros conquistadores, posiblemente acunadas en las conflictivas circunstancias de esos días en que Gonzalo, el último de los Pizarro, encarnaba no sólo la arrogancia conquistadora sino enrrostraba la misma a la Corona. Las autoridades del propio tiempo de la guerra contra Gonzalo Pizarro emplearon argumentos lascasianos desde el bando real.

Pero en el bando privado de las conciencias, pareciera resucitar la figura de un contraventor inicial de las actitudes y preeminencias de los Pizarro: Diego de Almagro. Es por ello que Cieza aparecería en ocasiones teñido de "almagrismo". Raúl Porras Barrenechea –que analizó detenidamente la vida de Pizarro y estudió a los cronistas del Perú[7], precisó detenidamente este asunto. En los ejemplares de las primeras ediciones (del siglo XIX) de la cuarta parte de la *Crónica del Perú* que pertenecieran al ilustre

---

pongan en la corónica, cohechándolos a dozientos y a trezientos ducados por que los pusiesen muy adelante en lo que escreuían. Esto dizen hazía un [Pedro] Cieza [de León] en una corónica que a querido hazer de oydas, y creo yo que muy poco de vista, porque en berdad que yo no le conozco, con ser uno de los primeros que en este rreyno entraron..." (Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, ed. y est. prel. de Guillermo Lohmann Villena, nota de Pierre Duviols, Pontificia Universidad Católica del Perú (2ª impresión), Lima, 1986, cap. 28. Tal acusación carece de otra comprobación.

7. Raúl Porras Barrenechea, *Los cronistas del Perú y otros ensayos*, ed. y est. prel. de Franklin Pease G.Y., bibliografía de Graciela Sánchez Cerro, Félix Álvarez Brun y Oswaldo Holguín Callo, Banco de Crédito del Perú, Lima, 1986, del mismo *Pizarro*, ed. y pról. de Luis Alberto Sánchez, Lima, 1978.

historiador, que se encuentran en su valiosa colección personal, donada testamentariamente a la Biblioteca Nacional de Lima, se encuentra una serie de anotaciones manuscritas de Porras acerca de las expresiones de Cieza sobre los Pizarro o los almagristas. Llamó la atención Porras acerca de la animadversión que mostraba Cieza de León contra los miembros de la hueste de Pizarro; éste es un punto que tiene que ver sin duda alguna con las adhesiones lascasianas del cronista, y es indicativo que una de las anotaciones de Porras remitiera concretamente a las críticas de Cieza de León –hechas en tono lascasiano– a las crueldades de los conquistadores o a la codicia de que hicieron gala, así como también a las afirmaciones de Cieza en torno a la despoblación de la región andina como trágica consecuencia de la presencia inicial de los españoles en ella. Las anotaciones de Porras se encuentran más claras en los dos primeros volúmenes de las guerras civiles (Salinas y Chupas); Porras precisa en alguna ocasión:

> Es notorio el anti-pizarrismo de Cieza. El mismo dice que llegaban los almagristas de Charcas y el Cuzco para tramar la muerte de Pizarro y que él lo sabía. Pero en seguida se queja de que no regalase una estancia a sus próximos asesinos. Tenían [los almagristas] además sobradamente para comprar armas[8].

Es cierto que este tipo de opiniones de Porras afectan la credibilidad tradicional que ofrecían las obras de Cieza de León[9]. Esta sugerencia debe llevar a replantear las afirmaciones tradicionales acerca de la credibilidad de los datos contenidos en las crónicas de Indias. Durante mucho tiempo se ha pensado que se trataba de "relaciones objetivas", de textos en los cuales era posible encontrar una colección de informaciones; justamente por eso se aclamaba la objetividad de Cieza de León, confundiendo posiblemente objetividad con prolijidad en la narración de los acontecimientos.

8. Anotación de Porras en *Guerras civiles del Perú por Pedro de Cieza de León natural de Llerena. II. Guerra de Chupas*, Madrid, 1881, p. 89.

9. Acerca de este asunto del almagrismo de Cieza de León y las anotaciones de Porras Barrenechea, Cfr. Franklin Pease G.Y., "Cieza de León almagrista: apuntes de Raúl Porras a los libros sobre las guerras civiles del Perú", en *Libro Homenaje a Aurelio Miró Quesada Sosa*, t. II (pp. 667-673), Lima, 1987.

En realidad, los cronistas son historiadores que no sólo producen datos, sino específicamente opiniones, puntos de vista acerca de los acontecimientos, toman partido entonces en situaciones tan conflictivas como las que rodeaban a las guerras de conquistadores entre sí o las sublevaciones contra la autoridad colonial que buscaba deshacer los privilegios que ella misma había establecido para premiar a quienes le dieron un imperio.

En esta coyuntura, Cieza toma partido por la burocracia que, en esa ocasión, respaldaba claramente a Las Casas desde que éste buscaba deshacer el mismo poder local –los encomenderos– que la Corona estaba particularmente interesada en someter. Allí, resultaba útil recurrir al almagrismo: Diego de Almagro se habría opuesto –en opinión de Cieza de León– a la condena de Atahualpa:

> De algunos tengo entendido y sabido que Almagro fue parte para que Atabalipa muriese, aconsejado como los otros al governador que lo hiziese; y de otros, especialmente del benefiçiado Morales, clérigo, que se halló allí y enterró [a] Atabalipa, que *no pasó tal ni Almagro lo procuró, antes* dis que *habló a Piçarro diziéndol*e: *“¿Por qué queréys matar* este *yndio?”; y que [Pizarro] l*e *respondió: “Eso dezís ¿queréys qu*e *vengan sobr*e *nosotros y nos maten?” Y que Almagro dixo, llorando por Atavalipa, pesándol*e *d*e *su muert*e: *“¡O [h] quien no t*e *oviera conoçido!”*.[10]

Páginas del previo libro dedicado a la inicial Guerra de las Salinas entre los Pizarro y Diego de Almagro dieron motivo para nuevas frases “almagristas”. Al comentarlas, Raúl Porras indicó, asimismo, parcialidad de nuestro cronista. El almagrismo de Cieza no fue único ni aislado, años atrás se ha destacado las correcciones “almagristas” que sufriera en su momento la obra de uno de los contemporáneos de Cieza de León en los Andes: el contador Agustín de Zárate[11].

10. Pedro de Cieza de León, *Crónica del Perú. Tercera parte*, ed. y est. prel. de Francesca Cantù, Pontificia Universidad Católica del Perú y Academia Nacional de la Historia, Lima, 1989, p. 169.

11. Cfr. Roche, Paul, “Les corrections *almagristes* dans l'edition princeps de *l'Histoire du Pérou* d'Agustín de Zárate”, *Caravelle*, 31 (pp. 5-16), Toulouse, 1978 y, del mismo, *Agustín de Zárate. Temoin et acteur de la rebellion pizarriste, Acta Hispanica*, 1, Université de Nantes, 1985.

Finalmente, el lascasianismo de Cieza resultó coincidente con las actitudes de otro cronista que escribía en sus propios tiempos, se trata del autor discutido de la célebre *Relación de muchas cosas acaescidas en el Perú, en suma para entender a la letra la manera que se tuvo en la conquista y población de estos reinos, y para entender con cuánto daño y perjuicio se hizo de todos los naturales universalmente desta tierra; y como por la mala costumbre de los primeros ha continuado hasta hoy la grande vejación y destrucción de la tierra; por donde evidentemente parece faltan más de las tres cuartas partes de los naturales de la tierra; y si Nuestro Señor no trae remedio, presto se acabarán los más de los que quedan; por manera que lo que aquí trataré más se podrá decir destrucción del Perú que conquista ni población*. El texto, atribuido inicialmente a un Cristóbal de Molina, y con posterioridad a Bartolomé de Segovia denuncia, en estas líneas iniciales, un programa político de corte lascasiano y anti-encomendero (por cierto, anti-pizarrista); eso justifica su reproducción. Su autor acompañó a Almagro a la expedición a Chile; es sabido que una copia del texto inédito fue aprovechada por Las Casas, de igual forma como empleó textos precisos de la primera parte impresa de la *Crónica del Perú*[12].

MANUSCRITOS EN BUSCA DE TÍTULOS

La única parte de la obra de Cieza de León que vio la luz en sus días fue la primera, a la cual llamó "libro de las fundaciones"[13], así como también –ha sido mencionado anteriormente– la llamó "Historia de la tierra del Perú", y ha sido genéricamente conocida como *Crónica del Perú*. De tal forma que en el primer volumen de la extensa historia de Cieza se aprecia un proble-

---

12. Porras, *Los cronistas*, pp. 326 y ss.; Tomás Thayer Ojeda, "Las biografías de los dos 'Cristóbales de Molina' publicadas por el historiador peruano don Carlos A. Romero", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, XXXVI, 40, Santiago, 1920. Sobre los textos de Cieza de León empleados por Las Casas, v., por ejemplo Raymond Marcus, "Las Casas pérouaniste", *Caravelle*, 7 (pp. 25-42), Toulouse, 1966.

13. Véase, por ejemplo, la parte IV de la *Crónica*, referente a la guerra de las Salinas: *Guerras civiles del Perú por Pedro de Cieza de León, I. Guerra de las Salinas*, ed. del Marqués de Fuensanta del Valle y José Sancho Rayón; Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, t. LXVIII, Madrid, 1877, p. 443.

ma que es mucho más serio en los otros, pues como veremos sus títulos fueron diseñados de igual forma a como se denominó la obra en el contrato de edición: allí el autor no estaba rubricando un título para la portada de su libro, sino solamente refiriéndose a la temática general del libro. *Crónica del Perú* fue, sin embargo, el título de toda la obra, como se aprecia en el *Proemio* a la parte primera, en el cual señaló los temas, no los títulos correspondientes a cada una de las subsecuentes partes de su extenso libro.

Las ediciones de crónicas americanas sufrieron muchas variantes en los títulos escogidos por sus autores. En muchas ocasiones los mismos fueron puestos (supuestos) por los editores o lectores iniciales, también por archiveros o bibliotecarios encargados de su custodia o descubridores del documento. Ello ocurrió, ciertamente con casi absoluta frecuencia, con aquellos textos que permanecieron manuscritos, no tanto con aquéllos que fueron impresos. Sólo para recordar algunos casos, al editar el texto sin título específico, pero con una anotación (de otra mano) que señalaba "N del Peru", que atribuyó a Miguel de Estete, Juan Larrea la llamó "Noticia del Perú", mientras que recientes ediciones mantienen "El descubrimiento y la conquista del Perú"[14], título que pareciera ser el que Larrea puso al artículo en el cual publicó el documento atribuido a Estete. Otro texto, esta vez un documento andino, la "Relación de antigüedades deste reino del Pirú", redactada hacia 1613 por Joan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamaygua, adquirió este título probablemente en el propio repositorio que lo conserva (la Biblioteca Nacional de Madrid). Otras crónicas tuvieron títulos visiblemente acuñados en los archivos o bibliotecas, como ocurrió con relatos de frailes viajeros, como Diego de Ocaña, modernamente editado con un título que su autor, ciertamente, no pensó (*A través de la América del Sur*). Incluso obras frecuentemente impresas –como la *Historia* de

14. Carlos M. Larrea, "El descubrimiento y la conquista del Perú. Relación inédita de Miguel de Estete, la publica con una introducción y notas...", *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, I, 3 (pp. 300-350); separata publicada por la Sociedad, en la Imprenta de la Universidad, Quito, 1918, 50 pp. En realidad, Larrea tiene dos títulos, el antedicho corresponde al artículo en conjunto, que incluye la edición del texto que atribuye a Estete, y el "N[oticia] del Perú", que refiere al propio texto del último. La reciente edición de Guérin (cfr. n. 6, *supra*).

Gonzalo Fernández de Oviedo– sufrieron variaciones en los títulos, aun en las propias ediciones vigiladas por el autor.

Cuando se editó por primera vez la *Historia de la Conquista del Perú* de William Hickling Prescott (1847) los títulos de las partes diversas de la obra de Cieza de León no estaban todavía precisados; es un lugar común decir que Prescott atribuyó a Juan de Sarmiento, un importante personaje político metropolitano que fue Presidente del Consejo de Indias y nunca vino a América; los autores de entonces indicaron que el historiador estadounidense podría haberse equivocado cuando hizo tal afirmación, confundido porque el título de la copia hecha por Martín Fernández de Navarrete del archivo del monasterio de El Escorial era el siguiente:

Relación de la sucesión y gobierno de los incas señores naturales que fueron de las provincias del Perú y otras cosas tocantes a aquel reino, para el Ilustrísimo Señor D. Juan de Sarmiento, Presidente del Consejo de Indias.

La confusión debió haber estado, se ha afirmado muchas veces, en que Prescott, cuya debilidad ocular le exigía un lector-secretario, entendiera "por" en lugar de "para" Juan de Sarmiento. Lo curioso del asunto es que el título aparece correctamente copiado en la edición inicial de la *Historia* de Prescott[15]. Asimismo, el célebre anticuario Obadiah Rich –quien proporcionó a Prescott la copia empleada por él del manuscrito de El Escorial– conocía la verdadera identidad del autor del manuscrito del monasterio del Escorial[16].

El *Proemio* al primer volumen (*Primera parte de la Crónica del Perú*, Sevilla, 1553), establecía el tema de cada uno de los volúmenes siguientes en los que el autor dividió su obra. Al morir Cieza en 1554 (en Sevilla), debió haber un intento de remitir los manuscritos de la *Crónica del Perú* –obviamente aquellos no publicados, excluyendo entonces la primera parte– a fray Bartolomé de las Casas, pues así lo dejó indicado en su testamento[17]; al

15. William Hickling Prescott, *History of the Conquest of Peru, with a preliminary view of the civilization of the Incas*, Harper & Brothers Publishers, New York, 1847, I, pp. 175-179, II, pp. 477 y ss.).

16. Lo recordó, años atrás Carlos Araníbar, prólogo a Cieza de León, Pedro, *El señorío de los Incas*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1967, p. lxiv.

17. Véase Maticorena (n. 2 *supra*). "Y ten mando que otro libro que yo escreui que contiene

parecer no se cumplió esta manda testamentaria o, en su defecto, Las Casas no se interesó en los escritos del cronista peruano, pues los manuscritos (tanto aquéllos relativos a las guerras civiles del Perú, como los que se ocupaban de los incas y su conquista por los españoles comandados por Pizarro) parecen haber ido a parar, a la larga, a manos de Antonio de Herrera, cuando desempeñó el cargo de Cronista Mayor de Indias, quien los plagió inmisericordemente[18]. En algún momento posterior a la muerte de Cieza, su hermano el clérigo Rodrigo de Cieza se entretuvo en solicitar la devolución de los manuscritos, como lo recordara Jiménez de la Espada al prologar la primera edición de la *Guerra de Quito*, correspondiente a la cuarta parte de la *Crónica del Perú*.

Si el primer volumen, editado bajo el título correcto, correspondiente a toda la obra, fue mencionado por el propio Cieza como "libro de las fundaciones", debido al temario que consideraba el mismo, la segunda parte fue dedicada a hablar "del señorío de los Incas Iupnaques [sic., por Yupanguis] reyes antiguos que fueron del Perú...". Con el tiempo, se hizo conocida esta segunda parte de la *Crónica* únicamente como el *Señorío de los Incas*, título bajo el cual salieron repetidas ediciones. Fue editado por Mar-

---

la coronica de los yngas y los del descubrimiento y conquista del peru que si alguno de mis albaceas lo quisiere ymprimir que lo tome y goze del y del provecho de la ynprenta y si no lo quisieren mando que lo enbian al obispo de chiapa a la corte y se lo den con el dicho cargo que lo ynprima..." (*ibidem*: 669). Maticorena pensó que Casas y Cieza pudieron conocerse en Sevilla, cuando el primero fue allí a editar sus tratados (*ibidem*: 630). Resulta cuando menos interesante que en la probanza de un vecino de Santo Domingo resultaran siendo testigos tanto Casas como algún pariente de Cieza, como lo señala Marcus, "Las Casas pérouaniste", pp. 38-39. Sábese asimismo que entre los amigos comunes que ambos tuvieron se halló el fraile dominico Domingo de Santo Tomás, obispo de Charcas y autor de la primera gramática y el primer diccionario quechuas.

18. Acerca del plagio por mano de Herrera, véase, por ejemplo, Marcos Jiménez de la Espada, prólogo a Cieza, *Tercero libro de las guerras civiles del Perú, el cual se llama la Guerra de Quito*..., Biblioteca Hispano-Ultramarina, Madrid, 1877, pp. ix y ss., *et passim*; y Francesca Cantù, prólogos a Cieza de León, Pedro, *Crónica del Perú. Segunda parte* (Lima, 1985) y *Crónica del Perú. Tercera parte* (Lima, 1987), especialmente el último. Los manuscritos no estuvieron, si embargo, únicamente en manos de ese cronista, se hallaron con anterioridad en las del inquisidor de Sevilla, Andrés Gasco, y en otro momento parecen haber estado en poder del cronista real Juan Páez de Castro (cfr. Maticorena "Cieza de León en Sevilla...", pp. 632-637, y Carmelo Sáenz de Santa María, "Los manuscritos de Pedro Cieza de León", *Revista de Indias*, pp. 145-146 (181-215), Madrid, 1976, esp. pp. 185-186 y 202-206).

cos Jiménez de la Espada a partir del manuscrito conservado en la biblioteca de El Escorial. Únicamente en años recientes se ha ubicado un nuevo manuscrito en la Biblioteca Vaticana, que su descubridora –la profesora italiana Francesca Cantù– considera ológrafo de su autor, y que es el que se emplea para esta edición. El registro de manuscritos de la segunda parte se complica, pues, además de los dos mencionados y conocidos, el de la biblioteca del monasterio de El Escorial y el de la Biblioteca Apostólica Vaticana, se tiene noticia de otro más, que fue de propiedad de José Sancho Rayón, quien lo hizo conocer a Jiménez de la Espada, el cual dio a conocer un fragmento en un polémico artículo[19]; debo añadir que hace unos años, el doctor José Durand –de reconocida solvencia en asuntos de cronistas peruanos– me comunicó que un manuscrito de la segunda parte se halló en venta en la Librería de Estanislao Rodríguez (Calle de San Bernardo, Madrid), juntamente con otro de la tercera parte de la misma obra y un tercero de la obra del mercedario fray Martín de Murúa. El último, de Murúa, bien pudo ser el ofrecido a la Biblioteca Nacional del Perú a inicios de la década de 1950. Los tres manuscritos fueron adquiridos por el librero John Howell, de San Francisco, quien comunicó el asunto a Durand en 1968. Durand comentó que la información obtenida precisaba que el manuscrito de la segunda parte que adquirió Howell empezaba su capítulo inicial antes que del manuscrito de El Escorial que editó Manuel González de la Rosa en Londres, cuya edición fue frustrada[20], y después publicara Jiménez de

19. Marcos Jiménez de la Espada, "El presbítero D.M. Toribio González de la Rosa y yo", *Revista Contemporánea*, año XXII, Tomo CIII, Nº 495 (pp. 59-72), Madrid, 1896. Jiménez de la Espada parece no haber conocido tal manuscrito de propiedad de Sancho Rayón hasta después de haber editado la segunda parte de la *Crónica* en 1880; cuando en 1877 publicó partes importantes de la "Guerra de Quito", Jiménez indicó que la copia de la segunda parte hallada en El Escorial era "lo único contemporáneo o casi contemporáneo que se conserva de la segunda parte de la Crónica del Perú de Pedro de Cieza de León" (Marcos Jiménez de la Espada, ed. *Tercero libro de las Guerras Civiles del Perú el cual se llama la Guerra de Quito*... Biblioteca Hispano-Ultramarina, Tomo I, Madrid, 1877, apéndice 6º, p. 49); sin embargo, una nota previa (*op. cit.*, p. XXI), daría la impresión de que sí lo conocía, si bien se refiere claramente a los libros I y III de la cuarta parte.

20. Existen al menos dos ejemplares de las pruebas de imprenta de la edición de González de la Rosa, el uno se halla en la Biblioteca Nacional de Madrid y perteneció a Pascual de Gayangos, como reza una nota manuscrita; Gayangos era un erudito buscador de archivos

la Espada. Durand afirmó haber visto una fotocopia –no sé si completa– del manuscrito en manos de Howell. Es posible que este manuscrito de la segunda parte fuera previamente propiedad de José Sancho Rayón, el célebre bibliófilo español del siglo XIX, ya mencionado[21]. Hay copias de esta segunda parte en la Academia de la Historia de Madrid, y también en la Biblioteca Pública de New York (Colección Lennox), como informa el P. Sáenz de Santa María (citado). Este último sugiere que Sancho Rayón poseyó una colección completa de los manuscritos de Cieza, cosa que no se ha podido comprobar.

UNA TERCERA PARTE ELUSIVA

Escribió Cieza, en su tan mentado *Proemio*, que:

> En la tercera parte tractaré el descubrimiento y conquistas deste reyno del Perú, y de la grande constancia que tuuo en él el marqués don Francisco Piçarro... hace fin esta tercera parte en la buelta que hizo de Chile el adelantado don Diego de Almagro...

El manuscrito del tercer volumen de la *Crónica del Perú* permaneció inédito hasta el siglo XX. Debe haber, al menos, dos manuscritos de esta tercera parte: uno de ellos se encuentra en la Biblioteca Apostólica Vaticana (obviamente desde siglos atrás, cuando la biblioteca personal de la reina Cristina de Suecia pasara al Vaticano), mientras que otro, que posiblemente sirvió para las copias que logró realizar Marcos Jiménez de la Espada en el siglo XIX, fue vendido con posterioridad, pasó por manos de Howell, como informaran Durand y Sáenz de Santa María, y hoy se encontraría en manos del mencionado coleccionista. A fines del siglo XIX diferentes trabajos de Jiménez de la Espada hicieron saber no sólo la existencia de tal

y proporcionó informaciones y documentos tanto a Prescott como a Jiménez de la Espada; otro ejemplar de las pruebas se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Yale.

21. De hecho, la segunda parte fue vendida por Howell a un bibliófilo –que debe ser el mismo que tiene las otras partes, como se verá–; Sáenz de Santa María precisa que se trató de Sir John Galvin (Sáenz de Santa María, "Los manuscritos": 19) –podría ser, según mi información, algo más corta que los manuscritos conocidos de El Escorial o de la Biblioteca Vaticana.

manuscrito, sino se anunció, incluso, su pronta aparición. Jiménez de la Espada publicó fragmentos en ocasión de la edición de sus *Relaciones Geográficas de Indias* (1897, vol. IV). Se mencionaba, ya por entonces, diversos posibles poseedores españoles de un manuscrito de la tercera parte de la *Crónica del Perú*, uno de ellos era José Sancho Rayón, quien fuera uno de los editores de la célebre Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, y el otro Justo Zaragoza, el cual había dirigido la Biblioteca Hispano-Ultramarina, en la cual el propio Jiménez de la Espada publicara la segunda parte de la *Crónica del Perú*. La primera de las adjudicaciones parecería cierta, no así la segunda; es posible que el manuscrito que fuera de Sancho Rayón, fuese el mismo que tenía el indicado librero de San Francisco (Howell), quizás vendido a John Galvin y que, según las informaciones de Durand, tenía dos capítulos menos que el actualmente conocido procedente de la Biblioteca Vaticana.

Se ha especulado también acerca de que una copia de la tercera parte pudo estar en manos del Conde de Heredia Espínola, o incluso del filántropo estadounidense Archer M. Huntington, quien sí había comprado, como se verá, uno de los manuscritos de la cuarta parte de la *Crónica del Perú*.

Hubo que esperar años después del fallecimiento de Jiménez de la Espada para alcanzar una aproximación, siquiera parcial, a la tercera parte de la *Crónica*; a partir de la década de 1940, el historiador peruano Rafael Loredo publicó fragmentos importantes, esfuerzos editoriales que fueron continuados años después por el P. Carmelo Sáenz de Santa María[22], pero sólo en 1979 pudo obtenerse una edición completa del texto, cuando la historiadora italiana Francesca Cantù halló el indicado manuscrito en la

22. Al hallar en la biblioteca del Patronato Menéndez Pelayo las versiones de algunos de los capítulos que no alcanzara a editar Rafael Loredo, Carmelo Sáenz de Santa María dejó la impresión de que allí se pudieron hallar las otras copias que Jiménez de la Espada tuvo, y que publicó en pequeña cantidad, y deja abierta la posibilidad de que tales copias fueran conocidas por Loredo. Tal manuscrito fue identificado en manos del conocido José Sancho Rayón en el siglo XIX tardío, cuando se estaban publicando las partes de la obra de Cieza, tarea en la que colaboró el erudito Sancho Rayón (v. Sáenz de Santa María "Los capítulos finales de la tercera parte de la Crónica del Perú de Pedro de Cieza de León", *Boletín del Instituto Riva Agüero*, 9 (pp. 35-67), Lima [1972-1974], 1975.

Biblioteca Apostólica Vaticana y lo editó en Roma[23]. La misma autora preparó una edición definitiva para la colección de las obras completas de Cieza en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

LA CUARTA PARTE DE LA *CRÓNICA DEL PERÚ*

La cuarta parte de la *Crónica* ha sido la más complicada, no sólo por la dimensión –es la mayor de todas–, la multiplicación de los manuscritos, sino por la dispersión de las copias de los mismos y una confusión originada en las afirmaciones del propio Cieza de que debió de tener hasta cinco libros y dos apéndices que fueron enunciados en el tantas veces mencionado *Proemio* a la primera parte de la obra. Allí indicó que, a diferencia de las otras que constaban de un solo volumen, los libros de la cuarta parte serían los siguientes:

1. El primer libro referente a "las guerras de Salinas tracta la prisión del capitán Hernando Piçarro por el adelantado don Diego de Almagro. Y como se hizo recebir por gouernador en la ciudad del Cuzco: y las causas por qué la guerra se començó entre los gouernadores Piçarro y Almagro...".

2. "El segundo libro se llama la guerra de Chupas. Será de algunos descubrimientos... y de la conjuración que se hizo en la ciudad de los Reyes por los de Chile... para matar al marqués don Francisco Piçarro: de la muerte que le dieron... Hasta que después de auerse los capitanes muerto vnos a otros, se dio la cruel batalla de Chupas cerca de Guamanga...".

3. "El tercero libro se llamó la guerra ciuil de Quito sigue a los dos pasa-

23. Véase referencias en Marcos Jiménez de la Espada, *Relaciones Geográficas de Indias*, Madrid, 1897, vol. IV, Último apéndice, I; en la nueva edición de 1965, t. III, pp. 157 y ss. Los capítulos publicados por Loredo y Sáenz de Santa María aparecieron en Lima (ver Bibliografía).

dos... hasta que Gonçalo Piçarro fue rescebido en la ciudad del Cuzco por procurador y capitán general...".

4. "En el quarto libro que intitulo la guerra de Guarina tracto de la salida del capitán Diego Centeno [hasta que él y sus seguidores]... dieron la batalla en el campo de Guarina a Gonçalo Piçarro: en la cual Diego Centeno fue vencido...".

5. "El quinto libro, que es la guerra de Xaquixaguana, tracta de la llegada del presidente [de la Audiencia] Pedro de la Gasca al valle de Xauxa... Y de su salida deste valle y allegada al de Xaquixaguana, donde Gonçalo Piçarro con sus capitanes y gentes le dieron batalla: en la qual el presidente con la parte del rey quedaron por vencedores...".

Añadió que después escribiría dos "comentarios", uno acerca "de las cosas que passaron en el reino del Perú después de fundada el audiencia, hasta que el presidente [Pedro de la Gasca] salió dél" y otro "de su llegada a Tierra Firme" y otros acontecimientos. Añadió: "concluyo con los motines que vuo en el Cuzco, y con la yda del mariscal Alonso de Aluarado, por mandado de los señores oydores a lo castigar. Y con la entrada en este reyno para ser viso rey el illustre y muy prudente varón don Antonio de mendoça."

Lo interesante, y al parecer fundado, es que Pedro de Cieza de León nunca escribió los dos últimos libros ni los anunciados comentarios finales, aunque sobre este asunto se hicieron a lo largo de los años muchas especulaciones; pues cuando hizo su testamento no mencionó unos ni otros en la lista de sus escritos terminados. No sólo indicó Cieza que únicamente había tres libros terminados de la cuarta parte (los tres conocidos), sino que indicó su decisión de que los mismos fueran guardados hasta pasados 15 años de su fallecimiento. Deseaba, posiblemente, curarse en salud de los problemas que atravesaron en tiempos cercanos algunos otros autores que se ocuparon de las guerras civiles del Perú, como Agustín de Zárate[24]. Uno

24. Maticorena, "Cieza de León en Sevilla...", pp. 630-631, 669. Las razones para las modificaciones sufridas por la *Historia* de Agustín de Zárate fueron esgrimidas por Marcel Ba-

de aquellos problemas era, sin embargo, la atribución a los americanos de ideas específicas acerca de la inmortalidad del alma o del origen de los hombres; sin embargo Cieza no eludió el tema, y en la primera parte de la *Crónica del Perú* dedicó un capítulo entero al asunto (cap. LXII).

LOS MANUSCRITOS DE LA CUARTA PARTE

Posiblemente sean aquéllos que tienen más complicada historia. Si bien hoy se conoce únicamente un manuscrito completo y coetáneo del primer libro de la cuarta parte –Guerra de las Salinas–, que se halla en la biblioteca de la Hispanic Society of America, en el siglo pasado se conoció otro manuscrito que se conservaba en manos del Marqués de la Fuensanta del Valle y de José Sancho Rayón, editores de la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Cuando la biblioteca de Sancho Rayón fue vendida, y adquirida por el marqués de Jerez de los Caballeros, con ella se fue un manuscrito de la guerra de Salinas. Finalmente fue adquirido por Archer Huntington, quien lo donó finalmente a la Hispanic Society of America de New York[25]. Entonces, dicha biblioteca que, según Sáenz debió tener una colección "completa" de los manuscritos de Cieza, fue vendida por partes, o lo fue la del marqués de Jerez.

Los manuscritos del segundo libro de la cuarta parte, dedicado a la guerra de Chupas se reducen a uno completo del siglo XVI, un fragmento que se encuentra en las primeras líneas del ejemplar conservado en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid y que corresponde a la Guerra de Quito. El manuscrito completo se encuentra hoy en la biblioteca de la Hispanic Society de New York, y procede casi seguramente de la colección Sancho Rayón. Hay copias modernas, en la misma Hispanic Society.

---

taillon, "Un chroniqueur péruvien retrouvé: Rodrigo Lozano", *Cahiers de l'Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine*, 2, París, 1961, y "Zárate ou Lozano? Pages retrouvées sur la religion péruvienne", *Caravelle*, 1, Toulouse, 1963. Las modificaciones principales fueron la supresión de los capítulos relativos a religiones andinas, origen de los hombres e ideas de la inmortalidad, y las modificaciones se centraron específicamente en el Libro V, referente a la guerra de Gonzalo Pizarro contra la Corona española.

25. Carmelo Sáenz de Santa María, "Los manuscritos de Pedro de Cieza de León", *Revista de Indias*, pp. 145-146 (181-215), Madrid, pp. 192, 198 y notas correspondientes.

Finalmente, la *Guerra de Quito*, el último de los textos de Cieza dispone, al menos, de dos manuscritos coetáneos, uno de ellos se encuentra en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid (es incompleto), y el otro (completo) en la Hispanic Society of America. Es posible, como se ha dicho repetidas veces, citando a Sáenz de Santa María, que el último bien podría ser de la colección que se conservó en la biblioteca de José Sancho Rayón. Hay copias modernas, en la New York Public Library (Rich Collection) y en la propia Hispanic Society, donde se encuentra el manuscrito del XVI completo.

CORONISTA DE LAS COSAS DE LAS YNDIAS

Cieza fue curioso andariego en la región andina. Arribó, como se dijo, a la Nueva Granada, y al escribir la cuarta parte de su *Crónica del Perú* habló con largueza de sus recorridos por aquella región, así como en torno a su participación en diferentes aventuras conquistadoras (véase, por ejemplo, Chupas, caps. II al XXIII). Sus peripecias colombianas fueron enriquecidas por las desaforadas búsquedas de oro en las tumbas, entonces acostumbradas, así como por la adquisición de otros tesoros en el Cenú. Al parecer, comenzó a escribir su *Crónica* en Popayán, hacia 1541, según relata en las líneas finales de la primera parte de la obra; nadie puede asegurar, sin embargo, que en aquellos momentos tuviera una visión tan amplia como la que después desarrolló, ni siquiera tendría entonces tomada la resolución de pasar al Perú.

Su itinerario, formalmente presentado en sus escritos, deja la impresión de un viaje ordenado, pero esto podría muy bien ser una estrategia para informar mejor y pausadamente al lector. Lo más probable es que el texto conocido de la primera parte fuera muchas veces redactado, pues si la empezó en 1541 y la terminó algo más de diez años después, debió de haber modificado muchas veces su redacción. A ello debe referirse la frase que se encuentra en la primera parte: "... y se acabó de escribir *originalmente*..."; en el cap. III de la parte primera hay otra frase que denuncia redacción posterior a su salida del Perú: señala que el viento del Sur es provechoso "para *venir* del Perú a Tierra Firme". Debió de haber empleado muchas fuentes adicionales a los documentos oficiales que las autorizacio-

nes formales de Pedro de La Gasca le franquearon, puesto que recordará al escribir que en los tiempos de la batalla de Jaquijahuana había extraviado una "copiosa relación" que le había proporcionado uno de los marinos que arribó al Perú en las naves de D. Gabriel de Carvajal, Obispo de Plasencia, quien había fletado varias embarcaciones para hacer negocios en el Perú, las que recorrieron la costa peruana viniendo desde el estrecho de Magallanes hacia Panamá.

Desde las primeras páginas de su extensa obra, Cieza de León se preocupó por la descripción geográfica, buena parte de la misma se origina en la experimentación personal del ambiente andino, aunque también es sabido que en diferentes ocasiones recibiera informaciones precisas; contrasta así con elegancia los exuberantes manglares de la costa ecuatoriana con los desiertos de la región costera norteña del Perú actual. Como se dijo previamente, obtuvo informaciones de diversos navegantes y viajeros acerca de regiones que no conoció en persona; no omitió mencionarlo cuando así lo hizo. Así, la parte primera de su *Crónica*, "el libro de las fundaciones" es una hermosa introducción al Perú, que incentiva al lector cuando propone precisiones como la siguiente:

> El sitio donde está fundada la villa de Anzerma es llamado por los naturales Umbra; y al tiempo que el adelantado don Sebastián de Belalcázar entró en esta provincia cuando la describió, como no llevaba lenguas, no pudo entender ningún secreto de la provincia. Y oían a los indios que en viendo sal la llamaban Anzer, como es la verdad; y entre los indios no tiene otro nombre, por lo cual los Christianos, de allí adelante, hablando en ella, la nombraban Anzerma, y por esta causa se le puso a esta villa el nombre que tiene.[26]

Como a otros autores de sus tiempos, llamó la atención a Cieza de León la diferenciación de la ecología conforme se avanzaba hacia el Sur de la línea ecuatorial; precisó entonces la sequedad de la costa norte del Perú, y cayó en lo que era un lugar común en los cronistas de aquellos momentos en los Andes, me refiero a la identificación de las estaciones con las épocas de lluvias; así el verano se identifica con la época seca y el invierno con la de

26. Cieza, *Crónica*, primera parte, cap. XVI.

lluvias, cuando el verano del hemisferio Sur corresponde exactamente con la época de lluvias de la sierra centro andina; por cierto, anotó igualmente que en la costa la ausencia de lluvias y consiguiente sequedad de la tierra hacía imprescindible recurrir al riego: se refería sin duda a la costa norte del Perú[27].

Se ocupó igualmente de las diferenciaciones ecológicas; entre éstas vale precisar una que resulta importante para la comprensión de la denominación de espacios en los Andes, al mismo tiempo que precisa situaciones ecológicas precisas. Se trata de *yunga*, un nombre que cronistas diversos se detuvieron en identificar con la costa en términos genéricos. El problema se halla en que la noción de "costa", tal como nosotros la entendemos hoy, y que era vigente al momento de la residencia de Cieza de León en los Andes Centrales, no era conocida por los pobladores andinos antes de la invasión española. Entre estos, era más vigente la diferenciación entre *urcu* (seco) y *uma* (húmedo); la costa como ribera del mar o de un lago, es otra cosa. Cieza escribió:

> ... y porque en muchas partes desta obra he de nombrar Ingas y también Yungas, satisfaré al lector en lo que quiere decir Yungas, como hice en lo de atrás lo de los Ingas: y así, entenderán que los pueblos y prouincias del Perú están situadas de la manera que he declarado: muchas de ellas en las abras que hazen las montañas de los Andes y serranía neuada. Y a todos los moradores de los altos nombran serranos: y a los que habitan en los llanos llaman Yungas. Y en muchos lugares de la sierra por donde van los ríos; como las sierras siendo muy altas, las llanuras estén abrigadas y cálidas, tanto que en muchas partes hace calor como en estos llanos; los moradores que viven en ellos, *aunque estén en la sierra, se llaman Yungas*. Y en todo el Perú, quando hablan [los andinos, obviamente] destas partes abrigadas y cálidas que están entre las sierras, luego dizes es Yunga. Y los moradores no tienen otro nombre, aunque lo tengan en los pueblos y comarcas; de manera que los que biuen en las partes ya dichas, y los que moran en todos estos llanos y costa del Perú se llaman Yungas por biuir en tierra cálida...[28]

27. Cieza de León, *Crónica*, primera parte, cap. LXI.
28. Cieza, *Crónica*, primera parte, cap. LX.

El texto precisa puntos que llevan a amplias discusiones. Inicialmente, da noticia de la temprana confusión existente entre las diversas acepciones del término yunga. La más fuerte de ellas es la que refiere a espacios cálidos y húmedos, en las cercanías de los ríos, zonas abrigadas, calientes donde "haze calor como en estos llanos". En la documentación administrativa del siglo XVI se encuentra otro tipo de referencia a yunga: se llaman así las tierras productoras de coca en la vertiente oriental de los Andes, especialmente en las regiones ubicadas entre el Cuzco y Chuquiabo –la actual La Paz, en Bolivia. Allí se encontraban las más importantes zonas productoras de coca bajo control español[29]. Desde allí se abasteció el circuito de comercialización dirigido hacia el centro minero de Potosí a partir de mediados de la década de 1540. En la propia región de las yungas cercanas a Chuquiabo se hallaron también algunas de las fuentes importantes y duraderas de la fortuna de la propia familia Pizarro[30].

LA HISTORIA DE LOS INCAS

Las historias de Cieza de León no fueron, por cierto, las primeras que se escribieron en los Andes. En los momentos de la captura del Inca Atahualpa en Cajamarca se redactaron al menos tres importantes crónicas: la primera de ellas fue la *Conquista del Perú llamada la Nueva Castilla*, que apareció anónima en las prensas sevillanas de Bartolomé Pérez, en abril de 1534. En los años 30 de este siglo fue atribuida al capitán Cristóbal de Mena por el historiador peruano Raúl Porras Barrenechea[31]. La segunda

29. Ver los importantes documentos y ensayos publicados en *Visita de los valles de Sonqo en los yunka de coca de La Paz [1568-1570]*, ed. de John V. Murra, Instituto de Estudios Fiscales-Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1991.

30. Rafael Varón Gabai y Aukie Pieter Jakobs, "Los dueños del Perú: negocios e inversiones de los Pizarro en el siglo XVI", *Histórica*, XIII, 2 (197-242), Lima, diciembre, 1989.

31. Raúl Porras Barrenechea, "El anónimo sevillano de 1534 es el Capitán Cristóbal de Mena", en *Reseña y Trabajos Científicos del XXVI Congreso Internacional de Americanistas*, T. II, Madrid [1935], T. II (235-249), Madrid 1948 (reimpr. en Raúl Porras Barrenechea, *Los cronistas del Perú y otros ensayos*, ed. y est. prel. de Franklin Pease G.Y., Banco de Crédito del Perú, Lima 1986 (601-614). Debe anotarse, sin embargo, que Mena se encontraba en Panamá el 1º de agosto de 1533 y eso hace imposible que se encontrara en Cajamarca al

historia fue la impresa, en julio de ese mismo año y en la misma casa impresora de la ciudad andaluza por Francisco de Xerez o Francisco López de Xerez, secretario de Francisco Pizarro en Cajamarca; se tituló *Verdadera relación de la conquista del Perú* y se indicó muchas veces que se trataba de una respuesta a las afirmaciones de Mena; tal cosa requiere de nuevos estudios. La tercera obra escrita en Cajamarca fue la carta que redactara Hernando Pizarro y dirigiera a los Oidores de la Audiencia de Santo Domingo en 1533, cuando se encontraba de viaje a España a llevar a Carlos V el rendimiento del quinto real del botín de Cajamarca.

La información andina de estos primeros escritos es sumaria y marginal, apenas se refiere a las edificaciones más resaltantes, al empleo de los depósitos y sus contenidos, a la descripción de caminos, plazas y algunos breves paisajes; prácticamente nada se podía hablar entonces acerca de la vida social andina, y ni siquiera se alcanzó a escribir la palabra *Inca*; el único nombre de algún gobernante cuzqueño que se menciona por los escritores de la década de 1530 es Atahualpa (llamado entonces Atabalipa, Tubalipa, etc); Huáscar –el "hermano" y contendor de Atahualpa– fue llamado "Cuzco" y Huayna Cápac –su "padre" y predecesor– fue denominado "Cuzco Viejo". Las confusiones fueron debidas, por cierto, a la insuficiencia de traducción, pues los jóvenes que se encontraban en Cajamarca desempeñando el papel de intérpretes habían sido capturados por la tripulación del barco de Bartolomé Ruiz durante el segundo viaje de Pizarro por las costas peruanas, llevados a Tierra Firme y de allí a España; habían aprendido un español rudimentario, marinero y portuario, que no les podía en ningún caso permitir traducir nociones como rey, moneda, dinero, y menos aún, Dios. Podían dar nombre a cosas (oro, plata), pero no podían informar a los españoles el sentido que tenía en los Andes un término como Inca[32].

---

momento de la muerte de Atahualpa (Luis Andrade Reimers, *La verdadera historia de Atahualpa*, Quito, 1978, 104 y ss.; recuerda una carta del licenciado Gaspar de Espinosa al rey, de esa fecha, que confirma la presencia de Mena en aquella ciudad de Tierra Firme); tal cosa arroja más serias dudas sobre la calidad de la descripción que hace Mena de la ejecución de Atahualpa, pero podría no tener mayor importancia para definir la autoría de la *Relación*.

32. En años recientes, José María Arguedas precisó que Inca quería decir "modelo originante de todo ser", es decir arquetipo (Arguedas, José María, "*Taki Parwa* y la poesía

Sólo en años posteriores, hacia 1542 aparecería en una historia atribuida a Miguel de Estete una frase como "Yngua que quiere decir rey"[33].

A partir de entonces parece haberse estandarizado la noción de Inca (ynga, yngua) como "rey". En los años que van desde el inicio de la década de 1540 y el de la siguiente, diversos autores que escribieron sobre los Andes y su gente, como es el caso de Agustín de Zárate, precisaron algunos puntos adicionales de una historia incaica, si bien éste –que estuvo sólo un año en el Perú y lo abandonó en 1545– únicamente alcanzó a referir algunos de los últimos nombres de incas. Solamente al iniciarse el decenio de 1550, cronistas como Juan de Betanzos y nuestro Pedro de Cieza de León alcanzaron a escribir una historia incaica organizada en torno a las biografías de 12-13 "reyes incas" dispuestos en dos dinastías, que heredaban el poder de padres a hijos, siguiendo línea paterna, y se comportaban "civilizadamente" de manera cercana a las pautas europeas. Así, entre las primeras noticias organizadas en el segundo viaje de Pizarro (1527) y el inicio de los años 50 del siglo XVI, se fue organizando la imagen de los incas y escribiendo una historia occidental de los mismos. Cieza de León es uno de los pilares de ese trabajo historiográfico.

Pedro de Cieza de León escribió, así, cercanamente a los momentos en que se definió una historia de los Incas del Cuzco. Ello se aprecia en la vecindad de sus noticias con las de otros, especialmente Juan de Betanzos, quien finalizó su *Suma y narración de los Incas* en 1551, un año después de

---

quechua de la República", *Letras Peruanas*, IV, 12 [pp. 73-75], Lima, 1955). Estudios posteriores precisan mejor conceptos similares: Jorge Flores Ochoa, "*Enqa, enqaychu, illa y khuya rumi*. Aspectos mágico-religiosos entre pastores", *Journal de la Société des Américanistes*, LXIII (245-262), Paris, 1976, y Gérald Taylor, "*Camay, Camac et Camasca* dans le manuscrit quechua de Huarochirí", *Journal de la Société des Américanistes*, LXIII (231-244), Paris, 1976.

33. Anónimo [atribuido a Miguel de Estete]: Carlos A. Larrea, ed. *El descubrimiento y la conquista del Perú. Relación inédita de Miguel de Estete*, Separata del *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, I, 3, Quito, 1918, posiblemente terminada de escribir en 1542. Cfr. nueva edición en Alberto Mario Salas, ed, *Crónicas iniciales de la conquista del Perú*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1987 (253-320); la ed. del presunto Estete está a cargo de Miguel Alberto Guérin, la frase aludida en p. 317. Cfr., además, Pease G.Y., Franklin, "Nota sobre la *Noticia del Perú*", *Cultures et Sociétés. Andes et Méso-amérique. Mélanges en hommage à Pierre Duviols*, Raquel Thiercelin editora, II (633-642), Aix-en-Provence.

que Cieza diera término a la segunda parte de su *Crónica*; en sus tiempos Domingo de Santo Tomás preparaba tanto su Gramática como su Vocabulario quechuas, que serían publicados en la década siguiente a la finalización de la segunda parte de la *Crónica del Perú*; Cieza deja constancia específica de que lo conoció y trató: "el qual es uno de los que bien saben la lengua y que a estado mucho tiempo entre estos Indios, doctrinándolos en las cosas de nuestra sancta fee cathólica...". Pero también se deja entrever en la unidad de criterios que allí se alcanza, la forma como los españoles interpretaron la información que podían proporcionarles los hombres andinos después de varias décadas de establecimiento de los primeros en la región.

De esta forma, la elaboración de una historia incaica trajo consigo problemas similares a los que diversos especialistas han detectado en otras partes del mundo en el "camino hacia la historia" que ha supuesto su incorporación a Occidente: los mitos fueron convertidos en alegorías, es decir, en historias falsas, consideradas tópicos literarios y, como tales, inocuos. Los mismos criterios que prohibían inútilmente la exportación hacia América de los libros de caballerías por "profanos", se oponían a la ficción por frívola cuando menos. Al historizar los mitos andinos, tratándolos como fábulas, quizás morales pero no necesariamente verdaderas, se dejaba espacio para distinguir los aspectos que podían historizarse de aquéllos que quedaban condenados al universo de las historias falsas. Aquellos puntos historizables eran, ciertamente, los que podían ingresar dentro de la noción europeo-cristiana de la historia vigente en el siglo XVI. Pero justamente en medio de esta tarea, vecina a la evangelización (consideraba la cristianización de la historia, incluyendo ahora a los pueblos conquistados), los cronistas no pensaron jamás escribir otra cosa que historia, jamás ficción, ni siquiera cuando redactaron en verso castellano.

La historia de los Incas del Cuzco alcanza en la obra de Pedro de Cieza de León una dimensión concreta y reconocida. Se analiza en la segunda parte de la *Crónica del Perú* una visión específica de los Incas del Cuzco, a la cual se da inicio con el relato del mito de ordenación del mundo, que en los Andes sureños se identifica con Wiraqocha, una divinidad que salió del lago Titicaca; *Ticiviracocha* aparece como una versión que podría confundirse con el apóstol que habría llegado a América en los tiempos de Cristo.

Esta última opinión –muy de moda en los tiempos de Cieza y aun después–, no fue del parecer de nuestro cronista y, cuando le comentaron acerca de una imagen que se hallaba en Cacha –hoy Raqchi, al Sur del Cuzco– fue a verlo e informó:

> Yo pasando por aquellas provinçias fui a ver este ydolo porque los españoles publican y afirman que podría ser algúnd apóstol; y aun a muchos oy dezir que tenía quentas en las manos, lo, cual es bulra, si yo no tenía los ojos çiegos, porque aunque mucho lo miré nunca pude ver tal ni más de que tenía puestas las manos ençima de los quadrales [*sic*] enroscados los braços y por la sintura señales que debrían sinificar como que la ropa que tenía se prendía con botones. Si éste o el otro fue alguno de los gloriosos apóstoles que en el tiempo de su predicaçión pasaron a estas partes, Dios todopoderoso lo sabe, que yo no sé que sobre esto me crea más de que a mi ver, si fuera apóstol, obrara con el poder de Dios su predicación en estas jentes, que son sinples y de poca maliçia y quedara reliquia dello o en las Escripturas sacras lo halláramos escrito...[34]

El asunto de la probable venida de un apóstol era entonces discusión importante, y su identificación con las divinidades recordadas en los mitos de fundación andinos era frecuente como lo había sido también en México. Este contexto formaba parte de la línea general del mesianismo de aquellos tiempos, ejemplificado en la actitud franciscana en la evangelización inicial tanto en México como en el Perú. Se sabe que los franciscanos, entre otras órdenes de frailes del siglo XVI se encontraban influidos por las ideas de los divulgadores de las tesis medievales de Joaquín de Fiore, el abad calabrés que había propuesto una división de la historia en el reino del Padre, el del Hijo y el del Espíritu, replanteando criterios acerca de la interpretación de los textos apocalípticos. Difundidas sus ideas en términos lindantes con la heterodoxia, fueron acogidas por órdenes religiosas, especialmente en torno a la propuesta del reino del Espíritu –donde los cristianos "perfectos" serían frailes–, y en torno a las nociones de la perfección lograda por la pobreza, tan cara a los ideales franciscanos.

34. Cieza de León, *Crónica*, parte segunda, cap. V.

En el Perú, y probablemente en los propios tiempos de Cieza, los franciscanos desarrollaban su apostolado de similar manera a la efectuada en México; fundaban conventos rurales: en el valle de Jauja hubo franciscanos desde 1534, y en 1548 estaba fundado su convento; en Huánuco se hallaban desde 1542 –el convento definitivo se fundó en 1552–, después hubo un convento en Guamanga y las doctrinas dependientes de estos establecimientos eran muchas. Lo interesante es que en nuestros días se puede encontrar aún importantes testimonios de la versión apocalíptica de las tres edades del mundo originada en las propuestas de Joaquín de Fiore en la religiosidad popular de la zona central del Perú actual, enmarcada por los conventos aludidos[35]. La discusión acerca de la evangelización en tiempos de los Apóstoles, así como la precisión de que los primeros americanos eran hijos o nietos de Noé tuvo gran importancia hasta mucho tiempo más tarde: en pleno siglo XVII se editaron aun muchos libros al respecto, y todavía en la siguiente centuria los comentarios añadidos a obras diversas por autores o editores como Andrés González de Barcia comprueban la vigencia de tales ideas.

La historia de los Incas adquiría gran importancia en los momentos en que se elaboraba la obra de Cieza, especialmente porque, si bien debía fundarse la legitimidad de la Conquista, en parte en la ilegitimidad del último Inca Atahualpa, capturado y ejecutado en Cajamarca, la mayor gloria de los conquistadores –como también la del César español, Carlos V– reposaba firmemente sobre la grandeza política del "reino" o "imperio" –palabra que hizo fama– conquistado. Por eso los cronistas buscaron información acerca de la antigüedad y grandeza de los Incas del Cuzco; identificaron el Cuzco mismo con otra Roma –Cieza lo hizo repetidas veces, al hablar de

35. Antonino Tibesar, *Comienzos de los franciscanos en el Perú*; pról. de Víctor Andrés Belaunde, trad. Jorge Narváez Muñoz, Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía, Iquitos, 1991; Fernando Fuenzalida, "El mundo de los gentiles y las tres eras de la Creación", *Revista de la Universidad Católica. Nueva Serie*, 2 (59-84), Lima, 1977. Sobre las ideas apocalípticas en la evangelización mexicana v. John Phelan, *El reino milenario de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, trad. de Josefina Vázquez, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1972; también Georges Baudot, *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, trad. Vicente González Loscertales, Espasa-Calpe, Madrid, 1987.

los caminos incaicos, por ejemplo. No solamente allí se hizo visible la asidua identificación de la prestancia incaica con la romana, fue en realidad un criterio muy extendido que se empleó, además, no solamente en relación a los Incas sino a las diferentes organizaciones étnicas o políticas americanas[36].

LA DIFUSIÓN DE LA OBRA DE CIEZA

El contrato de edición estipulaba 1.050 ejemplares; Martín de Montesdoca, impresor sevillano, el encargado de la tarea. El testamento de Cieza, un año después de la edición, señalaba libros en poder de libreros, pero se ha aceptado siempre que el propio Cieza de León preparó los materiales para la segunda edición de Amberes, donde corrigió errores de la primera impresión. Al hacerse la segunda tan sólo un año después de la primera, se demuestra la rapidez con que se agotó ésta. La lista bibliográfica anotada más adelante señala las principales ediciones y su rápida difusión en el propio siglo XVI es visible.

La obra circuló no sólo en España, sino en América, no llegó, sin embargo, a manos de Guamán Poma (quien sí conoció otros textos de cronistas, como Martín de Murúa, Miguel Cabello Balboa o Agustín de Zárate). Aparte de Las Casas, lo citaron múltiples autores, multiplicándose las ediciones de la primera parte en Amberes, Roma, Venecia o Londres. Como la segunda no se imprimió queda por delante un estudio cuidadoso de los autores que se ocuparon de los Andes en España, pues se ha visto que hubo copias manuscritas de esa segunda parte circulando por la España americanista de entonces.

Así, Cieza de León, hombre activo en sus tiempos en los Andes, dejó una historia, ocupándose de su mundo y de su gente, que la Biblioteca Ayacucho recoge hoy en sus dos primeras partes.

Franklin Pease G.Y.
Abril de 1994

36. Jaime González, *La idea de Roma en la Historiografía Indiana (1492-1550)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1981.

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

La presente edición se basa en la publicada por la Pontificia Universidad Católica del Perú. La primera parte de la *Crónica del Perú* proviene de la edición príncipe de la misma (Sevilla, 1553), y la segunda parte, del manuscrito de la Biblioteca Apostólica Vaticana, editado por Francesca Cantù en la citada edición de la Universidad Católica limeña (1985). Se ha respetado siempre el trabajo hecho por Franklin Pease.

La ortografía de algunos términos ha sido actualizada, para facilitar la comprensión de la lectura, dejando invariables otros de fácil comprensión. Se han añadido notas explicativas de términos epocales y se han corregido las omisiones o reiteraciones en la numeración consecutiva de los capítulos. Del Proemio se han suprimido las páginas referidas a la Tercera y Cuarta partes de la *Crónica*, que en esta edición no se incluyen.

Dada la diversa procedencia de ambos manuscritos, las actualizaciones ortográficas son diferentes, siendo la de la Segunda parte mucho más completa. Se han conservado las características ortográficas de la Primera parte, evitando, en la medida de lo posible, toda intervención que impida al lector un acercamiento de primera mano a la riqueza expresiva de quien fuera llamado el *Príncipe* de los cronistas. De esta manera, el lector podrá acercarse a Cieza de León en distintas manifestaciones del idioma según la parte: una, en un español cercano del tiempo vivido por el cronista; y otra, en uno más contemporáneo.

B.A.

CRÓNICA DEL PERÚ
EL SEÑORÍO DE LOS INCAS

PARTE PRIMERA
DE LA CRÓNICA DEL PERÚ

PARTE PRIMERA DE LA CRÓNICA DEL PERÚ
que trata de la demarcación de sus provincias:
la descripción de ellas. Las fundaciones de las nuevas ciudades.
Los ritos y costumbres de los indios. Y otras cosas extrañas
dignas de ser sabidas. Hecha por Pedro de Cieza de León,
vecino de Sevilla

1553

Con privilegio Real

EL PRÍNCIPE

POR CUANTO por parte de vos Pedro de Cieza vecino de la ciudad de Sevilla me ha sido hecha relación, diciendo que vos habíades residido mucho tiempo en las provincias del Perú, sirviéndonos con vuestras armas y caballo y hacienda en las guerras y conquistas y descubrimientos que se ofrecieron en el tiempo que en las dichas provincias residisteis; y para nos más servir de más de lo susodicho os ocupasteis en escribir y ordenar un libro que trata de la descripción de las dichas provincias del Perú, y de la fundación de las ciudades y pueblos de ellas y costumbres de los indios naturales de las dichas provincias. En que habéis gastado mucho tiempo, pasando grande trabajo, así en andar por las dichas provincias para mejor hacer la dicha descripción, como en ordenar y escribir el dicho libro. Suplicándome os diese licencia para lo imprimir: proveyendo, que por tiempo de veinte años otra ninguna persona no lo pudiese imprimir sino vos, o quien vuestro poder hubiere: o como la mi merced fuese. E yo acatando lo suso dicho, y que el dicho libro fue visto y examinado en el Consejo del Empe-

rador y rey mi señor, por vos hacer bien y merced túvelo por bien. Por ende por la presente doy licencia y facultad a vos el dicho Pedro de Cieza, o a quien vuestro poder hubiere, para que por tiempo y espacio de quince años primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la data de esta mi cédula en adelante, podáis imprimir el dicho libro. Y todos los volúmenes que así imprimiéredes los podáis vender en todos los nuestros reinos y señoríos con que después de impreso, antes que se venda, se traiga al consejo, para que en él se tase al precio en que se ha de vender. Y mando y defiendo, que durante el tiempo de los dichos quince años, ninguna ni algunas personas de estos nuestros reinos y señoríos sean osados de imprimir el dicho libro, ni de vender, ni traer a vender de fuera de estos reinos, salvo vos el dicho Pedro de Cieza, o las personas que el dicho vuestro poder para ello hubieren. So pena que cualquiera otra persona o personas que imprimieren, o vendieren el dicho libro, o le trajeren de fuera, no siendo de los que vos hiciéredes imprimir, pierdan todos los que hubieren imprimido y tuvieren en su poder como dicho es. Y demás de esto incurran en pena de cincuenta mil maravedíes. Las cuales dichas penas sean, la mitad para la cámara de su majestad y la otra mitad para vos el dicho Pedro de Cieza. Y mando a los del Consejo de su majestad, presidentes e oidores de sus audiencias y cancillerías, alcaldes, alguaciles de su casa y corte y cancillerías, y otras cualesquier justicias y jueces de todas las ciudades, villas y lugares de estos reinos y señoríos ansí de los que ahora son, como a los que serán de aquí adelante: que guarden y cumplan, y hagan guardar y cumplir esta mi cédula y lo en ella contenido, y contra el tenor y forma de ella no vayan ni paseen ni consientan ir ni pasar en tiempo alguno, ni por alguna manera, durante el dicho tiempo de los dichos quince años, so pena de la mi merced y de diez mil maravedíes para la cámara y fisco de su majestad a cada uno que lo contrario hiciere. Fecha en Monzón a catorce días del mes de septiembre de mil e quinientos y cincuenta y dos años. Yo el Príncipe. Por mandado de su alteza, Juan Vázquez.

Diose privilegio para los reinos y estados de Aragón por los dichos quince años, conforme a los demás privilegios.

Tasose por los señores del consejo real de su majestad en cinco reales cada libro en papel.

EL PRÍNCIPE

POR CUANTO de parte de vos Pedro de Cieza vecino de la ciudad de Sevilla me ha sido hecha relación, que vos habéis hecho un libro que trata de la descripción de las provincias del Perú, y de las fundaciones de las ciudades, y ritos y costumbres de los indios naturales de las dichas provincias. En que habéis gastado mucho tiempo, y pasado grande trabajo, andando por aquellas tierras, para poder mejor hacer la dicha descripción. Suplicándome os diese licencia para imprimir el dicho libro: y proveyésemos que por tiempo de veinte años otro ninguno no lo pudiese imprimir en las dichas Indias sino vos, o quien vuestro poder hubiese: o como la mi merced fuese. E yo acatando lo suso dicho y que ha sido visto el dicho libro por algunos del Consejo de las Indias de su majestad, y lo he habido por bien. Por ende por la presente doy licencia y facultad a vos el dicho Pedro de Cieza, o a quien vuestro poder hubiere, para que por tiempo y espacio de quince años primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la data de esta mi cédula en adelante, podáis imprimir el dicho libro en las Indias, islas, y Tierra Firme del mar océano. Y todos los volúmenes que así imprimiéredes los podáis vender en las dichas Indias, con que después de impreso, antes que se venda, se traiga al dicho Consejo: para que en él se tase al precio en que se ha de vender. Y defiendo, que durante el dicho tiempo de los quince años, ninguna ni algunas personas de las dichas Indias, ni de estos reinos sean osados de imprimir el dicho libro, ni venderlo, en las dichas Indias, ni en ninguna parte de ellas, salvo vos el dicho Pedro de Cieza, o las personas que el dicho vuestro poder para ello hubieren. So pena que cualquiera otra persona o personas que imprimieren o vendieren el dicho libro, pierdan todos los que hubieren imprimido y tuvieren en su poder como dicho es. Y demás de esto incurran en pena de cincuenta mil maravedís. La cual dicha pena sea la mitad para la cámara y fisco de su majestad, y la otra mitad para vos el dicho Pedro de Cieza. Y mando a los del Consejo de las Indias, y a los visorreyes, presidentes y oidores, y gobernadores, y otras cualesquier justicias de las dichas Indias, ansí a los que agora son, como a los que serán de aquí adelante, que guarden y cumplan, y hagan guardar y cumplir esta mi cédula y lo en ella contenido, y contra el

tenor y forma de ella no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar en tiempo alguno, ni por alguna manera, durante el dicho tiempo de los dichos quince años. So pena de la nuestra merced y de veinte mil maravedís para la nuestra cámara y fisco a cada uno que lo contrario hiciere. Fecha en Monzón de Aragón a once días del mes de agosto de mil e quinientos y cincuenta y dos años. Yo el Príncipe. Por mandado de su alteza, Juan de Sámano.

DEDICATORIA.
Al muy alto y poderoso señor don Philippe, príncipe de las Españas, etc., nuestro señor

Muy alto y poderoso señor.

Como no solamente admirables hazañas de muchos y muy valerosos varones, sino infinitas cosas dignas de perpetua memoria de grandes y diferentes provincias hayan quedado en las tinieblas del olvido, por falta de escriptores que las refiriesen y de historiadores que las tratasen, habiendo yo pasado al Nuevo Mundo de Indias, donde en guerras y descubrimientos y poblaciones de pueblos he gastado lo más de mi tiempo sirviendo a su majestad, a que yo siempre he sido muy aficionado, determiné tomar esta empresa, de escribir las cosas del memorable y gran reino del Perú. Al cual pasé por tierra desde la provincia de Cartagena, adonde y en la de Popayán yo estuve muchos años. Y después de me haber hallado en servicio de su majestad en aquella última guerra, que se acabó contra los tiranos rebeldes, considerando muchas veces su grande riqueza, las cosas admirables que en sus provincias hay, los tan varios sucesos de los tiempos pasados y presentes acaecidos y lo mucho que en lo uno y lo otro hay que notar, acordé de tomar la pluma para lo recopilar, y poner en efecto mi deseo, y hacer con él a Vuestra Alteza algún señalado servicio, de manera que mi voluntad fuese conocida, teniendo por cierto Vuestra Alteza recibiría servicio en ello, sin mirar las flacas fuerzas de mi facultad, antes confiado juzgará mi intención conforme a mi deseo, y con su real clemencia admitirá la voluntad con que ofrezco este libro a Vuestra Alteza que trata de aquel gran reino del Perú, de que Dios le ha hecho señor. No dejé de conocer, serenísimo y muy esclarecido señor, que para decir las admirables cosas que en este reino del Perú

ha habido y hay, conviniera que las escribiera un Tito Livio, o Valerio, o otro de los grandes escritores que ha habido en el mundo, y aun estos se vieran en trabajo en lo contar. Porque ¿quién podrá decir las cosas grandes y diferentes que en él son? ¿Las sierras altísimas y valles profundos, por donde se fue descubriendo y conquistando? ¿Los ríos tantos y tan grandes de tan crecida hondura? ¿Tanta variedad de provincias como en él hay, con tan diferentes calidades? ¿Las diferencias de pueblos y gentes con diversas costumbres, ritos, y ceremonias extrañas? ¿Tantas aves, y animales, árboles, y peces tan diferentes e ignotos? Sin lo cual, ¿quién podrá contar los nunca oídos trabajos, que tan pocos españoles en tanta grandeza de tierra han pasado? ¿Quién pensará o podrá afirmar los inopinados casos que en las guerras y descubrimientos de mil y seiscientas leguas de tierra les han sucedido? ¿Las hambres, sed, muertes, temores y cansancio? De todo esto hay tanto que decir, que a todo escritor cansará en lo escribir. Por esta causa de lo más importante de ello, muy poderoso señor, he hecho y compilado esta historia de lo que yo vi y traté, y por informaciones ciertas de personas de fe pude alcanzar. Y no tuviera atrevimiento de ponerla en juicio de la contrariedad del mundo, si no tuviera esperanza que Vuestra Alteza como cosa suya la ilustrará, amparará y defenderá, de tal suerte , que por todo él libremente osé andar, porque muchos escritores ha habido que con este temor buscan príncipes de gran valor a quien dirigir sus obras y de algunas no hay quien diga haber visto lo que tratan, por ser lo más fantaseado y cosa que nunca fue. Lo que yo aquí escribo son verdades y cosas de importancia, provechosas, muy gustosas, y en nuestros tiempos acaecidas: y dirigidas al mayor y más poderoso príncipe del mundo, que es Vuestra Alteza. Temeridad parece intentar un hombre de tan pocas letras, lo que otros de muchas no osaron, mayormente estando tan ocupado en las cosas de la guerra. Pues muchas veces cuando los otros soldados descansaban cansaba yo escribiendo. Mas ni esto ni las asperezas de tierras, montañas y ríos ya dichos, intolerables hambres y necesidades nunca bastaron para estorbar mis dos oficios de escribir y seguir a mi bandera y capitán, sin hacer falta. Por haber escrito esta obra con tantos trabajos, y dirigirla a Vuestra Alteza me parece debería bastar para que los lectores me perdonasen las faltas que en ella a su juicio habrá. Y si ellos no perdonaren, a mí me basta haber es-

crito lo cierto, porque esto es lo que más he procurado, porque mucho de lo que escribo vi por mis ojos estando presente y anduve muchas tierras y provincias por verlo mejor. Y lo que no vi, trabajé de me informar de personas de gran crédito, cristianos y indios. Pliega al todopoderoso Dios, pues fue servido de hacer a Vuestra Alteza señor de tan grande y rico reino como es el Perú, le deje vivir y reinar por muchos y muy felices tiempos, con aumento de otros muchos reinos y señoríos.

PROEMIO
del autor, en que se declara el intento de esta obra, y la división de ella

HABIENDO yo salido de España, donde fui nacido y criado, de tan tierna edad, que casi no había enteros trece años, y gastado en las Indias del mar Océano tiempo de más de diez y siete, muchos de ellos en conquistas y descubrimientos, y otros en nuevas poblaciones, y en andar por unas y por otras partes. Y como notase tan grandes y peregrinas cosas, como en este Nuevo Mundo de Indias hay, vínome gran deseo de escribir algunas de ellas, de lo que yo por mis propios ojos había visto, y también de lo que había oído a personas de gran crédito. Mas como mirase mi poco saber, desechaba de mí este deseo, teniéndolo por vano, porque a los grandes juicios y doctos fue concedido el componer historias, dándoles lustre con sus claras y sabias letras, y a los no tan sabios aun pensar en ello es desvarío, y como tal, pasé algún tiempo sin dar cuidado a mi flaco ingenio, hasta que el todopoderoso Dios que lo puede todo, favoreciéndome con su divina gracia tornó a despertar en mí lo que yo ya tenía olvidado. Y cobrando ánimo, con mayor confianza determiné de gastar algún tiempo de mi vida en escribir historia. Y para ello me movieron las causas siguientes.

La primera, ver que en todas las partes por donde yo andaba, ninguno se ocupaba en escribir nada de lo que pasaba. Y que el tiempo consume la memoria de las cosas, de tal manera, que si no es por rastros y vías exquisitas en lo venidero no se sabe con verdadera noticia lo que pasó.

La segunda considerando que pues nosotros y estos indios todos traemos origen de nuestros antiguos padres Adán y Eva, y que por todos los

hombres el hijo de Dios descendió de los cielos a la tierra, y vestido de nuestra humanidad recibió cruel muerte de cruz, para nos redimir y hacer libres del poder del demonio, el cual demonio tenía estas gentes por la permisión de Dios opresas y cautivas tantos tiempos había, era justo que por el mundo se supiese en qué manera tanta multitud de gentes como de estos indios había fue reducida al gremio de la santa madre Iglesia con trabajo de españoles, que fue tanto que otra nación alguna de todo el universo no los pudiera sufrir. Y así los eligió Dios para una cosa tan grande, más que a otra nación alguna.

Y también porque en los tiempos que han de venir se conozca lo mucho que ampliaron la corona real de Castilla. Y cómo siendo su rey y señor nuestro invictísimo Emperador, se poblaron los ricos y abundantes reinos de la nueva España y Perú. Y se descubrieron otras ínsulas y provincias grandísimas.

Y ansí al juicio de varones doctos y benévolos suplico, sea mirada esta mi labor con equidad, pues saben, que la malicia y murmuración de los ignorantes e incipientes es tanta, que nunca les falta qué redargüir ni qué notar. De donde muchos temiendo la rabiosa envidia de estos escorpiones, tuvieron por mejor ser notados de cobardes que de animosos en dar lugar que sus obras saliesen a luz.

Pero yo ni por temor de lo uno ni de lo otro dejaré de salir adelante con mi intención, teniendo en más el favor de los pocos y sabios, que el daño [que] de los muchos y vanos me puede venir.

También escribí esta obra, para que los que viendo en ella los grandes servicios que muchos nobles caballeros y mancebos hicieron a la corona real de Castilla, se animen y procuren imitarlos. Y para que, notando, por el consiguiente, cómo otros no pocos se extremaron en cometer traiciones, tiranías, robos y otros yerros, tomando ejemplo en ellos y en los famosos castigos que se hicieron, sirvan bien y lealmente a sus reyes naturales.

Por las razones y causas que dicho tengo, con toda voluntad de proseguir, puse mano en la presente obra.

CAPÍTULO I

En que se trata el descubrimiento de las Indias, y de algunas cosas que en los principios de su descubrimiento se hicieron, y de las que ahora son

PASADO habían mil y cuatrocientos y noventa y dos años que la princesa de la vida gloriosa virgen María señora nuestra parió al unigénito hijo de Dios cuando reinando en España los católicos reyes don Fernando y doña Isabel de gloriosa memoria, el memorable Cristóbal Colón salió de España con tres carabelas y noventa españoles que los dichos reyes le mandaron dar. Y navegando mil y doscientas leguas por el ancho mar Océano la vía del poniente, descubrió la isla Española, donde ahora es la ciudad de Santo Domingo. Y de allí se descubrió la isla de Cuba, San Juan de Puerto Rico, Yucatán, Tierra Firme, y la Nueva España, y las provincias de Guatemala, y Nicaragua, y otras muchas, hasta la Florida. Y después el gran reino del Perú, Río de Plata, y estrecho de Magallanes, habiendo pasado tantos tiempos y años que en España de tan gran grandeza de tierra no se supo, ni de ella se tuvo noticia. En cuya navegación y descubrimiento de tantas tierras, el prudente lector podrá considerar, cuántos trabajos, hambre y sed, temores, peligros, y muertes los españoles pasaron. Cuánto derramamiento de sangre y vidas suyas costó. Lo cual todo, así los reyes católicos, como la real majestad del invictísimo César don Carlos quinto Emperador de este nombre, rey y señor nuestro, han permitido y tenido por bien, porque la doctrina de Jesu Cristo, y la predicación de su santo evangelio por todas partes del mundo se extienda, y la santa fe nuestra sea ensalzada. Cuya voluntad, así a los ya dichos reyes católicos como de su majestad ha sido y es, que gran cuidado se tuviese de la conversión de las gentes de todas aquellas provincias y reinos, porque éste era su principal intento, y que los gobernadores, capitanes, y descubridores, con celo de cristiandad les hiciesen el tratamiento, que como a prójimos se debía. Y puesto que la voluntad de su majestad ésta es y fue, algunos de los gobernadores y capitanes lo miraron siniestramente, haciendo de los indios muchas vejaciones y males. Y los indios por defenderse se ponían en armas, y mataron a muchos cristianos, y algunos capitanes. Lo cual fue causa que estos indios padecieran crueles

tormentos, quemándolos, y dándoles otras recias muertes. No dejo yo de tener, que como los juicios de Dios sean muy justos, permitió, que estas gentes estando tan apartadas de España, padeciesen de los españoles tantos males, pudo ser, que su divina justicia lo permitiese por sus pecados y de sus pasados que debían ser muchos como aquéllos que carecían de fe. Ni tampoco afirmo, que estos males que en los indios se hacían eran por todos los cristianos, porque yo sé e vi muchas veces, hacer a los indios buenos tratamientos por hombres templados y temerosos de Dios, porque si algunos enfermaban, los curaban y sangraban ellos mismos, y les hacían otras obras de caridad. Y la bondad y misericordia de Dios (que no permite mal alguno, de que no saque los bienes que tiene determinado) han sacado de estos males muchos y señalados bienes, por haber venido tanto número de gentes al conocimiento de nuestra santa fe católica, y a estar en camino para poderse salvar. Pues sabiendo su majestad de los daños que los indios recibían, siendo informado de ello, y de lo que convenía al servicio de Dios y suyo, y a la buena gobernación de aquestas partes, ha tenido por bien de poner visoreyes y audiencias con presidentes y oidores, con lo cual los indios parece han resucitado y cesado sus males. De manera que ningún español por muy alto que sea les osa hacer agravio. Porque demás de los obispos, religiosos clérigos, y frailes que continuo su majestad provee muy suficientes para enseñar a los indios la doctrina de la santa fe, y administración de los santos sacramentos, en estas audiencias hay varones doctos y de gran cristiandad, que castigan a aquellos que a los indios hacen fuerza y mal tratamiento y demasía alguna. Así que ya en este tiempo no hay quien ose hacerles enojo; y son en la mayor parte de aquellos reinos señores de sus haciendas y personas como los mismos españoles. Y cada pueblo está tasado moderadamente lo que ha de dar de tributo. Acuérdome que estando yo en la provincia de Xauxa [Jauja] pocos años ha, me dijeron los indios con harto contento y alegría: este es tiempo alegre, bueno, semejable al de Topa Ynga Yupangue. Éste era un rey que ellos tuvieron antiguamente muy piadoso. Cierto de esto todos los que somos cristianos nos debemos alegrar, y dar gracias a nuestro señor Dios, que en tanta grandeza de tierra y tan apartada de nuestra España y de toda Europa haya tanta justicia, y tan buena gobernación, y juntamente con esto ver que en todas partes hay tem-

plos y casas de oración donde el todopoderoso Dios es alabado y servido, y el demonio alanzado y vituperado y abatido, y derribados los lugares que para su culto estaban hechos tantos tiempos había, ahora están puestas cruces insignias de nuestra salvación, y los ídolos y simulacros quebrados y los demonios con temor huidos y atemorizados. Y que el sacro evangelio es predicado y poderosamente va volando de Levante en Poniente, y de septentrión al mediodía, para que todas naciones y gentes reconozcan y alaben un Dios y Señor.

CAPÍTULO II

De la ciudad de Panamá y de su fundación y porqué se trata de ella primero que de otra alguna

ANTES QUE comenzara a tratar las cosas de este reino del Perú, quisiera dar noticia de lo que tengo entendido del origen y principio que tuvieron las gentes de estas Indias o Nuevo Mundo, especialmente los naturales del Perú, según ellos dicen que lo oyeron a sus antiguos, aunque ello es un secreto que sólo Dios puede saber lo cierto de ello. Mas como mi intención principal es, en esta primera parte, figurar la tierra del Perú, y contar las fundaciones de las ciudades que en él hay, los ritos y ceremonias de los indios de este reino, dejaré su origen y principio (digo lo que ellos cuentan, y podemos presumir) para la segunda parte, donde lo trataré copiosamente. Y pues (como digo) en esta parte he de tratar de la fundación de muchas ciudades, considero yo que si en los tiempos antiguos por haber Elisa Dido fundado a Cartago, y dádole nombre y república, Rómulo a Roma, y Alejandro a Alejandría, los cuales por razón de estas fundaciones hay de ellos perpetua memoria y fama, cuánto más y con más razón se perpetuará en los siglos por venir la gloria y fama de su majestad, pues en su real nombre se han fundado en este gran reino del Perú tantas ciudades y tan ricas, donde su majestad a las repúblicas ha dado leyes con que quieta y pacíficamente vivan. Y porque sin las ciudades que se poblaron y fundaron en el Perú, se fundó y pobló la ciudad de Panamá en la provincia de Tierra Firme, llamada Castilla del Oro, comienzo por ella, aunque hay otras en este reino de más calidad. Pero hágolo porque al tiempo que él se

comenzó a conquistar, salieron de ella los capitanes que fueron a descubrir al Perú y los primeros caballos, y lenguas, y otras cosas pertenecientes para las conquistas. Por esto hago principio en esta ciudad, y después entraré por el puerto de Urabá que cae en la provincia de Cartagena, no muy lejos del gran río del Darién, donde daré razón de los pueblos de indios, y las ciudades de españoles que hay desde allí hasta la villa de Plata y asiento de Potosí, que son los fines del Perú por la parte del Sur, donde a mi ver hay más de mil y doscientas leguas de camino, lo cual yo anduve todo por tierra, y traté, vi, y supe las cosas que en esta historia trato, las cuales he mirado con grande estudio e diligencia, para las escribir con aquella verdad que debo, sin mezcla de cosa siniestra. Digo pues que la ciudad de Panamá es fundada junto a la mar del Sur, y dieciocho leguas del Nombre de Dios, que está poblado junto a la mar del Norte. Tiene poco circuito donde está situada, por causa de un palude o laguna, que por una parte la ciñe, la cual por los malos vapores que de esta laguna salen, se tiene por enferma.

Está trazada y edificada de Levante a Poniente, en tal manera que saliendo el sol, no hay quien pueda andar por ninguna calle de ella, porque no hace sombra ninguna. Y esto siéntese tanto, porque hace grandísimo calor, y porque el sol es tan enfermo, que si un hombre acostumbra andar por él, aunque no sea sino pocas horas, le dará tales enfermedades que muera, que así ha acontecido a muchos. Media legua de la mar había buenos sitios y sanos, y adonde pudieran al principio poblar esta ciudad. Mas, como las casas tienen gran precio, porque cuesta mucho a hacerse, aunque ven el notorio daño que todos reciben en vivir en tal mal sitio; no se ha mudado, y principalmente porque los antiguos conquistadores son ya todos muertos, y los vecinos que ahora hay son contratantes, y no piensan estar en ella más tiempo, de cuanto puedan hacerse ricos. Y así idos unos vienen otros, y poco o ninguno miran por el bien público. Cerca de esta ciudad corre un río que nace en unas sierras. Tiene asimismo mucho términos y corren otros muchos ríos, donde en algunos de ellos tienen los españoles sus estancias y granjerías, y han plantado muchas cosas de España, como los naranjos, cidras, higueras. Sin esto hay otras frutas de la tierra, que son piñas olorosas y, plátanos, muchos y buenos guayabas, caimitos, aguacates, y otros frutos de los que suele haber de la misma tierra. Por los

campos hay grandes hatos de vacas, porque la tierra es dispuesta para que se críen en ellas. Los ríos llevan mucho oro. Y así luego que se fundó esta ciudad, se sacó mucha cantidad. Es bien proveída de mantenimiento, por tener refresco de entrambas mares, digo de entrambas mares, entiéndase la del Norte por donde vienen las naos de España a Nombre de Dios, y la mar del Sur, por donde se navega de Panamá a todos los puertos del Perú. En el término de esta ciudad no se da trigo ni cebada. Los señores de las estancias cogen mucho maíz y del Perú y de España traen siempre harina. En todos los ríos hay pescado y en la mar lo pescan bueno aunque diferente de lo que se cría en la mar de España. Por la costa junto a las casas de la ciudad hallan entre el arena unas almejas muy menudas que llaman *chucha*, de la cual hay gran cantidad. Y creo yo que al principio de la población de esta ciudad, por causa de estas almejas se quedó la ciudad en aquesta parte poblada, porque con ella estaban seguros de no pasar hambre los españoles. En los ríos hay gran cantidad de lagartos, que son tan grandes y fieros, que es admiración verlos. En el río del Cenú he yo visto muchos y muy grandes, y comido hartos huevos de los que ponen en las playas. Un lagarto de estos hallamos en seco en el río que dicen de San Jorge, yendo a descubrir con el capitán Alonso de Cáceres las provincias de Urute, tan grande y deforme, que tenía más de veinte y cinco pies en largo, y allí le matamos con las lanzas, y era cosa grande la braveza que tenía, y después de muerto lo comimos con la hambre que llevábamos. Es mala la carne y de un olor muy enhastioso. Estos lagartos o caimanes han comido a muchos españoles, y caballos, y indios, pasando de una parte a otra, atravesando estos ríos. En el término de esta ciudad hay poca gente de los naturales, porque todos se han consumido por malos tratamientos que recibieron de los españoles, y con enfermedades que tuvieron. Toda la más de esta ciudad está poblada, como yo dije, de muchos y muy honrados mercaderes de todas partes, trata en ella y en el Nombre de Dios, porque el trato es tan grande, que casi se puede comparar con la ciudad de Venecia. Porque muchas veces acaece venir navíos por la mar del Sur a desembarcar a esta ciudad cargados de oro y plata, por la mar del Norte es muy grande el número de las flotas que allegan al Nombre de Dios, de las cuales gran parte de las mercaderías viene a este reino por el río que llaman de Chagre [Chagres] en barcos y del que

está cinco leguas de Panamá los traen en grandes y muchas recuas que los mercaderes tienen para este efecto. Junto a la ciudad hace la mar un ancón grande, donde cerca del surgen las naos, y con la marea entran en el puerto, que es muy bueno para pequeños navíos. Esta ciudad de Panamá fundó y pobló Pedraria [Pedrarias] de Ávila, gobernador que fue de Tierra Firme en nombre del invictísimo César don Carlos Augusto rey de España nuestro señor, año de mil quinientos y veinte. Y está en ocho grados de la Equinoccial a la parte del Norte. Tiene un buen puerto, donde entran las naos con la menguante, hasta quedar en seco. El flujo y reflujo de esta mar es grande, y mengua tanto, que queda la playa más de media legua descubierta del agua, y con la creciente se torna a henchir. Y quedar tanto creo yo que lo causa tener poco fondo, pues quedan las naos de baja mar en tres brazas, y cuando la mar es crecida están en siete. Y pues en este capítulo he tratado de la ciudad de Panamá y de su asiento, en el siguiente diré los puertos y ríos que hay por la costa, hasta llegar a Chile, porque será grande claridad para esta obra.

CAPÍTULO III

De los puertos que hay desde la ciudad de Panamá hasta llegar a la tierra del Perú, y las leguas que hay de uno a otro, y en los grados de altura que están

A TODO el mundo es notorio, cómo los españoles ayudados por Dios con tanta felicidad han ganado y señoreado este nuevo mundo, que Indias se llama. En el cual se incluyen tantos y tan grandes reinos y provincias, que es cosa de admiración pensar, y en las conquistas y descubrimientos tan venturosos como todos los que en esta edad vivimos sabemos. He yo considerado, que como el tiempo transtornó con el tiempo largo otros estados y monarquías y las traspasó a otras gentes perdiéndose la memoria de los primeros, que andando el tiempo podría suceder en nosotros lo que en los pasados lo cual Dios nuestro Señor no permita, pues estos reinos y provincias fueron ganadas y descubiertas en tiempo del cristianísimo y gran Carlos semper Augusto, emperador de los romanos, rey y señor nuestro. El cual tanto cuidado ha tenido y tiene de la conversión de estos indios. Por

las cuales causas yo creeré que para siempre España será la cabeza de este reino, y todos los que en él vivieren reconocerán por señores a los reyes de ella. Por tanto en este capítulo quiero dar a entender a los que esta obra leyeren la manera del navegar por los rumbos y grados que en camino de mar hay de la ciudad de Panamá al Perú. Donde digo, que el navegar de Panamá para el Perú es por el mes de enero, febrero y marzo, porque en este tiempo hay siempre grandes brisas, y no reinan los vendavales, y las naos con brevedad allegan adonde van, antes que reine otro viento que es el Sur, el cual gran parte del año corre en la costa del Perú. Y así antes que viente el Sur, las naos acaban su navegación. También pueden salir por agosto y septiembre, mas no van también como en el tiempo ya dicho. Si fuera de estos meses algunas naos partieren de Panamá irán con trabajo, y aun harán mala navegación y muy larga. Y así muchas naos arriban sin poder tomar la costa. El viento Sur y no otro reina mucho tiempo como dicho he en las provincias del Perú, desde Chile hasta cerca de Túmbez, el cual es provechoso para venir del Perú a la Tierra Firme, Nicaragua y otras partes, mas para ir es dificultoso. Saliendo de Panamá los navíos van a reconocer las islas que llaman de las Perlas, las cuales están en ocho grados escasos a la parte del Sur. Serán estas islas hasta veinticinco o treinta pegadas a una que es la mayor de todas. Solían ser pobladas de naturales, mas en este tiempo ya no hay ninguno. Los que son señores de ellas, tienen negros y indios de Nicaragua y Cubagua que les guardan los ganados y siembran las sementeras, porque son fértiles. Sin esto se han sacado gran cantidad de perlas ricas por lo cual les quedó el nombre de islas de Perlas. De estas islas van a reconocer a la punta de Carachine, que está de ellas diez leguas Noroeste sueste con la isla grande. Los que llegaren a este cabo, verán ser la tierra alta y montañosa, está en siete grados y un tercio. De esta punta corre la costa a puerto de Piñas al Sudoeste cuarto del Sur, y está de ella ocho leguas, en seis grados y un cuarto. Es tierra alta de grandes breñas y montañas. Junto a la mar hay grandes piñales, por lo cual le llaman puerto de Piñas. Desde donde vuelve la costa al Sur cuarto de sudoeste hasta cabo de Corrientes, el cual sale a la mar, y es angosto. Y prosiguiendo el camino por el rumbo ya dicho, se va hasta llegar a la isla que llaman de Palmas, por los grandes palmares que en ella hay. Terná [tendrá] en contorno poco más de legua y

media. Hay, en ella ríos de buen agua, y solía ser poblada. Está de cabo de Corrientes veinticinco leguas, y en cuarto grados y un tercio. De esta isla corre la costa por el mismo rumbo hasta llegar a la bahía de la Buenaventura, que está de la isla tres leguas poco más. Junto a la bahía (la cual es muy grande) está un peñol o farallón alto, está la entrada de la bahía en tres grados y dos tercios, toda aquella parte está llena de grandes montañas, y salen a la mar muchos e muy grandes ríos que nacen en la sierra, por el uno de ellos entran las naos hasta llegar al pueblo o puerto de la Buenaventura. Y el piloto que entrare ha de saber bien el río, y si no, pasará gran trabajo como lo he pasado yo y otros muchos, por llevar pilotos nuevos. De esta bahía corre la costa a leste del sueste hasta la isla que llaman de la Gorgona, la cual está de la bahía veinticinco leguas. La costa que corre en este término es baja llena de manglares y otras montañas bravas. Salen a la costa muchos ríos grandes, y entre ellos el mayor y más poderoso es el río de San Juan, el cual es poblado de gentes bárbaras, que tienen las casas armadas en grandes horcones a manera de barbacoas o tablados, y allí viven muchos moradores, por ser los caneyes o casas largas y muy anchas son muy riquisímos estos indios de oro, y la tierra que tienen muy fértil y los ríos llevan abundancia y llena de paludes o lagunas, que por ninguna manera se puede conquistar, sino es a costa de mucha gente, y con gran trabajo. La isla de la Gorgona es alta y adonde jamás deja de llover y tronar, que parece que los elementos unos con otros combaten. Terná dos leguas de contorno llena de montañas hay arroyos de buen agua y muy dulce, y en los árboles se ven muchas pavas, faisanes, y gatos pintados y grandes culebras, y otras aves nocturnas. Parece que nunca fue poblada. Aquí estuvo el marqués don Francisco Pizarro con trece cristianos españoles compañeros suyos, que fueron los descubridores de esta tierra que llamamos Perú muchos días (como diré en la tercera parte de esta obra) y ellos y el gobernador pasaron grandes trabajos y hambres, hasta que enteramente Dios fue servido que descubriese las provincias del Perú. Esta isla de la Gorgona está en tres grados, de ella corre la costa al Oeste sudoeste hasta la isla del Gallo. Y toda esta costa es baja y montañosa, y salen a ella muchos ríos. Es la isla del Gallo pequeña, terná de contorno casi una legua, hace unas barrancas bermejas en la misma costa de Tierra Firme a ella, está en dos grados de la equinoc-

cial. De aquí vuelve la costa al sudoeste hasta la punta que llaman Manglares, la cual está en otros dos grados escasos, y hay de la isla a la punta ocho leguas poco más o menos. La costa es baja montañosa, y salen a la mar algunos ríos los cuales la tierra dentro están poblados de la gente que dije que hay en río de San Juan. De aquí corre la costa al sudoeste hasta la bahía que llaman de Santiago, y hácese una grande ensenada donde hay un ancón que nombran de Sardinas, está en él el grande y furioso río de Santiago, que es donde comenzó la gobernación del marqués don Francisco Pizarro. Está quince leguas la bahía de la punta de Manglares, y acaece las naos tener la proa en ochenta brazas, y estar la popa cabordada en tierra, y también acontece ir en dos brazas y dar luego en más de noventa lo cual hace la furia del río, mas que aunque hay estos bancos, no son peligrosos, ni dejan las naos de entrar y salir a su voluntad. Está la bahía de San Mateo en un grado largo, de ella van corriendo al Oeste, en demanda del cabo de San Francisco, que está de la bahía diez leguas. Está este cabo en tierra alta junto a él se hacen unas barrancas bermejas y blancas, también altas, y está este cabo de San Francisco en un grado a la parte del Norte de la Equinoccial. Desde aquí corre la costa al Sudoeste hasta llegar al cabo de Passaos, que es por donde pasa la línea equinoccial. Entre estos dos cabos o puntos salen a la mar cuatro ríos muy grandes, a los cuales llaman los Quiximies, hácese un puerto razonable, donde las naos toman agua muy buena, y leña. Hácense del cabo de Passaos a la Tierra Firme unas sierras altas, que dicen de Quaque [Coaque]. El cabo es una tierra muy baja, y vense unas barrancas como las pasadas.

CAPÍTULO IV

En que se declara la navegación hasta llegar al Callao de Lima, que es el puerto de la ciudad de los Reyes

DECLARADO he, aunque brevemente, de la manera que se navega por este mar del Sur hasta llegar al puerto de los Quiximies, que ya es tierra del Perú. Y ahora será bien proseguir la derrota hasta llegar a la ciudad de los Reyes. Saliendo pues de cabo de Passaos va la costa al Sur cuarta del sudoeste hasta llegar a Puerto Viejo, y antes de llegar a él está la bahía que di-

cen de los Caraques, en el cual entran las naos sin ningún peligro y es tal, que pueden dar en él carena a navíos aunque fuesen mil toneles. Tiene buena entrada y salida, excepto que en medio de la furna que se hace de la bahía están unas rocas o isla de peñas, mas por cualquier parte pueden entrar y salir las naos sin peligro alguno, porque no tiene más recuesta de la que ven por los ojos. Junto a Puerto Viejo dos leguas la tierra dentro está la ciudad de Santiago y un monte redondo al Sur otras dos leguas, al cual llaman monte Cristo. Está Puerto Viejo en un grado de la equinoccial a la parte del sur. Más adelante por la misma derrota a la parte del sur cinco leguas está cabo de San Lorenzo, y tres leguas de él al Sudoeste está la isla que llaman de la Plata, la cual tendrá en circuito legua y media, donde en los tiempos antiguos solían tener los indios naturales de la tierra firme sus sacrificios y mataban muchos corderos y ovejas, y algunos niños, y ofrecían la sangre de ellos a sus ídolos o diablos, la figura de los cuales tienen en piedras adonde adoraban. Viniendo descubriendo el marqués don Francisco Pizarro con sus trece compañeros dieron en esta isla, y hallaron alguna plata y joyas de oro, y muchas mantas y camisetas de lana muy pintadas y galanas. Desde aquel tiempo hasta ahora se le quedó por lo dicho el nombre que tiene de isla de Plata. El cabo de San Lorenzo está en un grado a la parte del Sur. Volviendo al camino, digo que va prosiguiendo la costa al Sur cuarta del sudoeste hasta la punta de Santa Elena. Antes de llegar a esta punta hay dos puertos, el uno se dice Callo, y el otro Calango donde las naos surgen y toman agua y leña. Hay del cabo de San Lorenzo a la punta de Santa Elena quince leguas, y está en dos grados largos, hácese una ensenada de la punta a la parte del norte que es buen puerto. Un tiro de ballesta de él está una fuente donde nace y mana gran cantidad de un betún que parece pez natural y alquitrán, salen de esto cuatro o cinco ojos. De esto y de los pozos que hicieron los gigantes en esta punta, y lo que cuentan de ellos, que es cosa de oír se tratará adelante. De esta punta de Santa Elena van al río de Tambos, que está de ella veinticinco leguas. Está la punta con el río al Sur cuarta al sudoeste entre el río y la punta que se hace otra gran ensenada. Al Nordeste del río de Tambos está una isla que terná de contorno más de diez leguas y ha sido riquísima e muy poblada, tanto que competían los naturales con los de Tambos y con otros de la tierra firme, y se dieron entre unos y otros

muchas batallas, y hubo grandes guerras, y con el tiempo y con el que tuvieron con los españoles, han venido en gran disminución. Es la isla muy fértil y abundante y llena de árboles, es de su majestad. Hay fama que de antiguamente está enterrado en ella gran suma de oro y plata en sus adoratorios. Cuentan los indios que hoy son vivos, que usaban los moradores de esta isla grandes religiones, y eran dados a mirar en agüeros y en otros abusos, y que eran muy viciosos, y aunque sobre todo muchos de ellos usaban el pecado abominable de sodomía dormían con sus hermanas carnales, y hacían otros grandes pecados. Cerca de esta isla de la Puná está otra más metida en la mar, llamada Santa Clara, no hay ni hubo en ella población alguna, ni agua, ni leña, los antiguos de la Puná tenían en esta isla enterramientos de sus padres, y hacían sacrificios, y había puesto en las alturas donde tenían sus aras gran suma de oro y plata y fina ropa, dedicado y ofrecido todo el servicio de su dios. Entrados los españoles en la tierra lo pusieron en tal parte (a lo que cuentan algunos indios) que no se puede saber dónde está. El río de Tambos es muy poblado, y en los tiempos pasados lo era mucho más. Cerca del solía estar una fortaleza muy fuerte y de linda obra, hecha por los Ingas reyes del Cuzco y señores de todo el Perú, en la cual tenían grandes tesoros. Y había templos del Sol, y casa de Mamaconas, que quiere decir mujeres principales vírgenes, dedicadas al servicio del templo. Las cuales casi al uso de la costumbre que tenían en Roma las vírgenes Vestales vivían y estaban. Y porque de esto trato largo en el segundo libro de esta historia que trata de los reyes Ingas y de sus religiones y gobernación, pasaré adelante. Ya está el edificio de esta fortaleza muy gastado y deshecho, mas no para que deje de dar muestra de lo mucho que fue. La boca del río Tambos está en cuatro grados al Sur. De allí corre la costa hasta cabo Blanco al Sudoeste. Del cabo al río hay quince leguas, y está en tres grados y medio, de donde vuelve la costa al Sur hasta isla de Lobos. Entre cabo Blanco y isla de Lobos está una punta que llaman de Parina [Pariñas] y sale a la mar casi tanto como el cabo que hemos pasado. De esta punta vuelve la costa al Sudoeste hasta Paita. La costa de Tambos para adelante es sin montañas, y si hay algunas sierras son peladas, llenas de rocas y peñas, lo demás todo es arenales, y salen a la mar pocos ríos. El puerto de Paita está de la punta pasada ocho leguas poco más. Paita es muy buen puerto,

donde las naos limpian y dan cebo. Es la principal escala de todo el Perú y de todas las naos que vienen a él. Está este puerto de Paita en cinco grados. De la isla de Lobos que ya dijimos córrese Este oeste hasta llegar a ella, que estará cuatro leguas. Y de allí prosiguiendo la costa al Sur se va hasta llegar a la punta del Aguja. Entre medias de isla de Lobos y punta de Aguja se hace una gran ensenada y tiene gran abrigo para reparar las naos. Está la punta del Aguja en seis grados. Al sur de ella se ven dos islas que se llaman de Lobos Marinos por la gran cantidad que hay de ellos, Norte sur con la punta está la primera isla apartada de tierra firme cuatro leguas, pueden pasar todas las naos por entre la tierra y ella. La otra isla más forana está doce leguas de esta primera, y en siete grados escasos. De punta de Aguja vuelve la costa al Sud-sudoeste, hasta el puerto que dicen de Casma. De la isla primero se corre Noroeste sudoeste hasta Mal Abrigo, que es un puerto que solamente con bonanza pueden las naos tomar puerto, y lo que les conviene para su navegación. Diez leguas más adelante está el arrecife que dicen de Trujillo, es mal puerto y no tiene más abrigo que el que hacen las boyas de las anclas. Algunas veces toman allí refresco las naos. Dos leguas la tierra dentro está la ciudad de Trujillo, de este puerto que está en siete grados y dos tercios se va al puerto de Guanape [Guañape] que está siete leguas de la ciudad de Trujillo en ocho grados y un tercio. Más adelante al Sur está el puerto de Santa, en el cual entran navíos, y está junto a él un gran río y de muy sabrosa agua. La costa toda es sin montañas como dije atrás arenales y sierras peladas de grandes rocas y piedras. Está Santa en nueve grados. Más adelante a la parte del Sur está un puerto cinco leguas de aquí, que ha por nombre Ferrol, muy seguro, mas no tiene agua ni leña. Seis leguas adelante está el puerto de Casma, adonde también hay otro río y mucha leña, de los navíos toman siempre refresco, está en diez grados. De Casma corre la costa al Sur hasta los farallones que dicen de Guaura [Huaura]. Más adelante está Guarmey [Huarmey], por donde corre un río, de donde se va por la misma derrota hasta llegar a la barranca que está de aquí veinte leguas a la parte del Sur. Más adelante seis leguas está el puerto de Guaura, donde las naos pueden tomar toda la cantidad de sal que quisieren, porque hay tanta que bastaría para proveer a Italia y a toda España, y aun no la acabarían según es mucha. Cuatro leguas más adelante están

los farallones. Córrese de la punta que hace la tierra, con ellos Nordeste Sudoeste. Ocho leguas en la mar está el farallón más forano, y están estos farallones en ocho grados y un tercio. De allí vuelve la costa al Sudeste hasta la isla de Lima. A medio camino, algo más cerca de Lima que de los farallones está una baja que ha por nombre Salmerina, la cual está de tierra nueve o diez leguas. Esta isla hace abrigo al Callao que es el puerto de la ciudad de los Reyes, y con este abrigo que da la isla está el puerto muy seguro, y así lo están las naos. El Callao que como digo es el puerto de la ciudad de los Reyes, está en doce grados y un tercio.

CAPÍTULO V

De los puertos y ríos que hay desde la ciudad de los Reyes hasta la provincia de Chile, y los grados en que están, y cosas pertenecientes a la navegación de aquellas partes

EN LA MAYOR parte de los puertos y ríos que he declarado he yo estado, y con mucho trabajo he procurado investigar la verdad de lo que cuento, y lo he comunicado con pilotos diestros y expertos en la navegación de estas partes, y en mi presencia han tomado la altura, y por ser cierto y verdadero lo escribo. Por tanto prosiguiendo adelante en este capítulo daré noticia de los más de los puertos y ríos que hay en la costa desde este puerto de Lima hasta llegar a las provincias de Chile, porque de lo del estrecho de Magallanes no podré hacer cumplida relación, por haber perdido una copiosa relación que hube de un piloto de los que vinieron en una de las naos que envió el obispo de Plasencia.

Digo pues, que saliendo las naos del puerto de la ciudad de los Reyes van corriendo al Sur hasta llegar al puerto de Sangalla [Sangallán] el cual es muy bueno, y al principio se tuvo por cierto que la ciudad de los Reyes se fundara cerca de él, el cual está de ella treinta y cinco leguas, y en catorce grados escasos de la Equinoccial a la parte del Sur. Junto a este puerto de Sangalla hay una isla que llaman de Lobos Marinos. Toda la costa de aquí adelante es baja, aunque a algunas partes hay sierras de rocas peladas, y todo arenales muy espesos, en lo cuales nunca jamás creo llovió, ni ahora llueve, ni cae de un pequeño rocío, como adelante trataré de este admira-

ble secreto de naturaleza. Cerca de esta isla de Lobos hay otras siete u ocho isletas pequeñas, las cuales están en triángulo de unas de otras. Algunas de ellas son altas y otras bajas despobladas sin tener agua ni leña, ni árbol, ni yerba, ni otra cosa sino lobos marinos y arenales no poco grandes. Solían los indios, según ellos mismos dicen ir de la tierra firme a hacer en ellas sus sacrificios, y aun se presume que hay enterrados grandes tesoros. Estarán de la tierra firme estas isletas poco más de cuatro leguas. Más adelante por el rumbo ya dicho está otra isla que también llaman de Lobos por los muchos que en ella hay, y está en catorce grados y un tercio. De esta isla van prosiguiendo el viaje de la navegación corriendo la costa al Sudoeste cuarta al sur. Y después de haber andado doce leguas más adelante de la isla se allega a un promontorio que nombran de la Nasca el cual está en quince grados menos un cuarto. Hay en él abrigo para las naos, pero no para echar las barcas ni salir a tierra con ellas. En la misma derrota está otra punta o cabo que se dice de San Nicolás en quince grados y un tercio. De esta punta de San Nicolás vuelve la costa al Sudoeste, y después de haber andado doce leguas se llega al puerto de Hacari [Acarí] donde las naos toman bastimiento, y traen agua y leña del valle que estará del puerto poco más de cinco leguas. Está el puerto de Hacari en dieciséis grados. Corriendo la costa durante de este puerto, se va hasta llegar al río de Ocona [Ocoña], por esta parte es la costa brava. Más adelante está otro río que se llama Camaná, y adelante está también otro llamado Quilca. Cerca de este río media legua está una caleta muy buena y segura, y adonde los navíos paran. Llaman este puerto Quilca como al río, y de lo que en él se descarga se provee la ciudad de Arequipa, que está del puerto diecisiete leguas. Y está este puerto y la misma ciudad en diecisiete grados y medio. Navegando desde este puerto por la costa adelante se ven unas islas dentro en la mar cuatro leguas, adonde siempre están indios que van de la tierra firme a pescar en ellas. Otras tres leguas más adelante está otra islita muy cerca de la tierra firme, y a sotavento de ella surgen las naos para descargar las mercaderías, porque también las envían de este puerto a la ciudad de Arequipa, al cual nombran Chuli [Chule], que es más adelante de Quilca doce leguas, está en diecisiete grados y medio largos. Más adelante de éste puerto está a dos leguas un río grande que se llama Tambopalla. Y diez leguas más adelante de este río

sale a la mar una punta más que toda la tierra una legua, y están sobre ella tres farallones. Al abrigo de esta punta poco más de una legua antes de ella está un buen puerto que se llama Ilo, y por él sale a la mar un río de agua muy buena que tiene el mismo nombre del puerto, el cual está en dieciocho grados y un tercio. De aquí se corre la costa al Sueste cuarta al este. Y siete leguas más adelante está un promontorio que los hombres de la mar llaman morro de los Diablos. Toda aquella costa es (como ya dije) brava, y de grandes riscos. Más adelante de este promontorio cinco leguas está un buen río de buen agua no muy grande, y de este río al Sudeste cuarta al este diez leguas más adelante sale otro morro alto, y hace unas barrancas. Sobre este morro está una isla, y junto a ella el puerto de Arica, el cual está en veintinueve grados y un tercio. De este puerto de Arica corre la costa al Sudsudoeste nueve leguas, sale a la mar un río que se llama Picagua [Pisagua]. De este río hasta el puerto de Tarapacá se corre la costa por la misma derrota, y habrá del río al puerto cantidad de veinticinco leguas. Cerca de Tarapacá está una isla que tendrá de contorno poco más de una legua, y está de la tierra firme legua y media, y hace una bahía donde está el puerto, en veintiún grados. De Tarapacá se va corriendo la costa por la misma derrota. Y cinco leguas más adelante hay una punta que ha por nombre de Tacama. Pasada esta punta dieciséis leguas más adelante se allega al puerto de los Moxillones [Mejillones], el cual está en veintidós grados y medio. De este puerto de Moxillones corre la costa al Sud sudoeste cantidad de noventa leguas. Es costa derecha, y hay en ella algunas puntas y bahías. En fin de ellas está una grande, en la cual hay un buen puerto y agua que se llama Copayapo [Copiapó], está en veinte y seis grados. Sobre esta ensenada o bahía está una isla pequeña media legua de tierra firme. De aquí comienza lo poblado de las provincias de Chile. Pasado este puerto de Copayapo, poco más adelante sale una punta, y cabe ella se hace otra bahía, sobre la cual están dos farallones pequeños, y en cabo de la bahía está un río de agua muy buena. El nombre de este río es el Guasco. La punta dicha está en veinte y ocho grados y un cuarto. De aquí se corre la costa al Sudoeste. Y diez leguas adelante sale otra punta la cual hace abrigo para las naos, mas no tiene ni agua ni leña. Cerca de esta punta está el puerto de Coquimbo, hay entre él y la punta pasada siete islas. Está el puerto en veinte y nueve grados y medio.

Diez leguas más adelante por la misma derrota sale otra punta, y en ella se hace una gran bahía que lleva por nombre de Atongayo. Más adelante cinco leguas está el río de Limanara. De este río se va por el mismo rumbo hasta llegar a una bahía que está de él nueve leguas, la cual un farallón y no agua ninguna, y está en treinta y un grados, llámase Choapa. Más adelante por la misma derrota cantidad de veintiuna leguas está un buen puerto que se llama de Quintero, está en treinta y dos grados largos. Y más adelante diez leguas está el puerto de Valparaíso, y de la ciudad de Santiago que es lo que decimos Chile está en treinta y dos grados y dos tercios. Prosiguiendo la navegación por la misma derrota se allega a otro puerto que se llama Potocalma, que está del pasado veinticuatro leguas. Doce leguas más adelante se ve una punta, a un cabo de ella está un río al cual nombran de Mauque o Maule. Más adelante catorce leguas está otro río que se llama Itata. Y caminando al Sur cuarta sudoeste veinticuatro leguas está otro río que se llama Biobío en la altura de treinta y ocho grados escasos. Por la misma derrota cantidad de quince leguas está una isla grande y se afirma que es poblada cinco leguas de la tierra firme. Esta isla se llama Luchengo. Adelante de esta isla está una bahía muy ancha, que se dice de Valdivia en la que está un río grande que nombran de Aynilendos. Está la bahía en treinta y nueve grados y dos tercios. Yendo la costa al Sud sudoeste está el cabo de Santa María en cuarenta y dos grados y un tercio a la parte del Sur. Hasta aquí es lo que se ha descubierto y se ha navegado. Dicen los pilotos que la tierra vuelve al Sueste hasta el estrecho de Magallanes. Uno de los navíos que salieron de España con comisión del obispo de Plasencia desembocó por el estrecho, y vino a aportar al puerto de Quilca, que es cerca de Arequipa. Y de allí fue a la ciudad de los Reyes y a Panamá. Traía buena relación de los grados en que estaba el estrecho, y de lo que pasaron en su viaje, y muy trabajosa navegación, la cual relación no pongo aquí, porque al tiempo que dimos la batalla a Gonzalo Pizarro, cinco leguas de la ciudad del Cuzco en el valle de Xaquixaguana [Jaquijahuana] la dejé entre otros papeles míos y registros, y me la hurtaron, de que me ha pesado mucho, porque quisiera concluir allí con esta cuenta, recíbase mi voluntad en lo que he trabajado, que no ha sido poco, por saber la verdad, mirando las cartas nuevas de marear, que se han hecho por los pilotos descubridores de esta mar.

Y porque aquí se concluye lo que toca a la navegación de esta mar del Sur, que hasta ahora se ha hecho, de que yo he visto y podido haber noticia. Por tanto de aquí pasaré a dar cuenta de las provincias y naciones que hay desde el puerto de Urabá hasta la villa de Plata, en cuyo camino había más de mil doscientas leguas de una parte a otra. Donde pondré la traza y figura de la gobernación de Popayán, y del reino del Perú.

Y porque antes de [que] trate de esto conviene para claridad de lo que escribo, hacer mención de este puerto de Urabá (porque él fue el camino que yo llevé) comenzaré de él, y de allí pasaré a la ciudad de Antiocha [Antioquia] y a los otros puertos, como en la siguiente orden parecerá.

CAPÍTULO VI

Cómo la ciudad de San Sebastián estuvo poblada en la culata de Urabá, y de los indios naturales que están en la comarca de ella

EN LOS AÑOS de mil quinientos y nueve fueron gobernadores de la tierra firme Alonso de Hojeda, y Nicuesa, y en la provincia del Darién se pobló una ciudad que tuvo por nombre nuestra señora del Antigua donde afirman algunos españoles de los antiguos, que se hallaron la flor de los capitanes que ha habido en estas Indias. Y entonces aunque la provincia de Cartagena estaba descubierta, no la poblaron, ni hacían los cristianos españoles más que contratar con los indios naturales, de los cuales por vía de rescate y contratación se había gran suma de oro fino y bajo. Y en el pueblo grande de Taruaco que está de Cartagena (que antiguamente se nombrara Calamar) cuatro leguas entró el gobernador Hojeda, y tuvo con los indios una porfiada batalla, donde le mataron muchos cristianos, y entre ellos al capitán Juan de la Cosa valiente hombre y muy determinado. Y él por no ser también muerto a manos de los mismos indios, le convino dar la vuelta a las naos. Y después de esto pasado, el gobernador Hojeda fundó un pueblo de cristianos en la parte que llaman Urabá, adonde puso por su capitán y lugarteniente a Francisco Pizarro, que después fue gobernador y marqués. Y en esta ciudad o villa de Urabá y con hambres y enfermedades, que para siempre quedará de él fama. Los cuales indios (según decían) no eran

naturales de aquella comarca, antes era su antigua patria que está junto al río grande del Darién. Y deseando salir de la sujeción y mando que sobre ellos los españoles tenían por librarse de estar sujetos a gente que tan mal los tratara, salieron de su provincia con sus armas, llevando consigo sus hijos y mujeres. Los cuales llegado a la culata que dicen Urabá, se hubieron de tal manera con los naturales de aquella tierra, que con gran crueldad los mataron a todos y les robaron sus haciendas, y quedaron por señores de sus campos y heredades.

Y entendiendo esto por el gobernador Hojeda, como tuviese grande esperanza de haber en aquella tierra alguna riqueza y por asegurar a los que se habían ido a vivir a ella envió a poblar el pueblo que tengo dicho, y por su teniente a Francisco Pizarro, que fue el primer capitán cristiano que allí hubo. Y como después feneciesen tan desastradamente éstos los gobernadores Hojeda y Nicuesa, habiéndose habido los del Darién con tanta crueldad con Nicuesa, como es público entre los que han quedado vivos de aquel tiempo, y Pedrarias viniese por gobernador de la tierra firme no embargante que se hallaron en la ciudad del Antigua más de dos mil españoles, no se entendió en poblar a Urabá.

Andando el tiempo después de haber el gobernador Pedrarias cortado la cabeza a su yerno el adelantado Vasco Núñez de Balboa, y lo mismo al capitán Francisco Hernández en Nicaragua, y haber muerto los indios del río Cenú al capitán Becerra con los cristianos que con él entraron, y pasados otros trances, viniendo por gobernador de la provincia de Cartagena don Pedro de Heredia, envió el Capitán Alonso de Heredia su hermano con copia de españoles muy principales a poblar segunda vez a Uraba, intitulándola la ciudad de San Sebastián de buena vista. La cual está asentada en unos pequeños y rasos collados de campaña, sin tener montaña, sino en los ríos o ciénegas. La tierra a ella comarcana es doblada y por muchas partes llena de montaña y espesuras. Estará del mar del Norte casi media legua. Los campos están llenos de unos palmares muy grandes y espesos, que son unos árboles gruesos, y llevan unas ramas como palma de dátiles, y tiene el árbol muchas cáscaras, hasta que llegan a lo interior de él, cuando lo cortan sin ser la madera recia es muy trabajosa de cortar. Dentro de este árbol en el corazón de él se crían unos palmitos tan grandes que en dos de

ellos tiene harto que llevar un hombre, son blancos y muy dulces. Cuando andaban los españoles en las entradas y descubrimientos, en tiempo que fue teniente gobernador de esta ciudad Alonso López de Ayala, y el comendador Hernán Rodríguez de Sosa no comían muchos días otra cosa que estos palmitos, y es tanto trabajo cortar el árbol, y sacar el palmito de él que estaba un hombre con una hacha cortando medio día primero que lo sacase, y como los comían sin pan, y bebían mucha agua, muchos españoles se hinchaban y morían y así murieron muchos de ellos. Dentro del pueblo, y las riberas de los ríos, hay muchos naranjales, plátanos, guayabas, y otras frutas. Vecinos hay pocos, por ser la contratación casi ninguna. Tiene muchos ríos que nacen en las sierras. La tierra dentro hay algunos indios y caciques que solían ser muy ricos por la gran concentración que tenían con los que moran en la campaña pasadas las sierras, y en el Dabaybe.

Estos indios que en estos tiempos señorean esta región, ya dije cómo mucho de ellos dicen su naturaleza haber sido pasado el gran río del Darién, y la causa porque salieron de su antigua patria. Son los señoretes o caciques de los indios obedecidos y tímidos, todos generalmente dispuestos y limpios, y sus mujeres son de las hermosas y amorosas que yo he visto en la mayor parte de estas Indias donde he andado. Son al comer limpios, y no acostumbran las fealdades que otras naciones. Tiene pequeños pueblos, y las casas son a manera de ramada largas de muchos estantes. Dormían y duermen en hamacas. No tienen ni usan otras camas. La tierra es fértil, abundante de mantenimientos y de raíces gustosas para ellos, y también para los que usaren comerlas. Hay grandes manadas de puercos zainos pequeños, que son de buena carne sabrosa, y muchas dantas ligeras y grandes, algunos quieren decir que eran de linaje o forma de cebras. Hay muchos pavos, y otra diversidad de aves, mucha cantidad de pescado por los ríos. Hay muchos tigres grandes, los cuales matan a algunos indios, y hacían daño en los ganados. También hay culebras muy grandes, y otras alimañas por las montañas y espesuras que no sabemos los nombres, entre los cuales hay los que llamamos pericos ligeros, que no es poco de ver su talle tan fiero, y con la flojedad y torpeza que andan.

Cuando los españoles daban en los pueblos de estos indios, y los tomaban de sobresalto, hallaban gran cantidad de oro en unos canastillos que

ellos llamaban habas, en joyas muy ricas de campanas, platos, joyeles, y unos que llaman caricuries, y otros caracoles grandes de oro bien fino, con que se atapaban sus partes deshonestas, también tenían zarcillos y cuentas muy menudas, y otras joyas de muchas maneras que les tomaban, tenían ropa de algodón mucha. Las mujeres andan vestidas con unas mantas que les cubren de las tetas hasta los pies. Y de los pechos arriba tienen otra manta con que se cubren. Précianse de hermosas, y así andan siempre peinadas y galanas a su costumbre. Los hombres andan desnudos y descalzos sin traer en sus cuerpos otra cobertura ni vestidura que la que les dio natura. En las partes deshonestas traían atados con unos hilos unos caracoles de hueso o de muy fino oro, que pesaban algunos que yo vi a cuarenta y a cincuenta pesos cada uno y algunos más, y pocos menos. Hay entre ellos grandes mercaderes y contratantes, que llevan a vender la tierra dentro muchos puercos de los que se crían en la misma tierra, diferentes de los de España, porque son más pequeños, y tienen el ombligo a las espaldas, que debe ser alguna cosa que allí les nace. Llevan también sal y pescado, por ello traen oro, ropa y de lo que más ellos tienen necesidad, las armas que usan son unos arcos muy recios sacados de unas palmas negras de una braza cada uno, y otros más largos con muy grandes y agudas flechas untadas con una hierba tan mala y pestífera, que es imposible al que llega y hace sangre no morir, aunque no sea la sangre más de cuanto sacaría de un hombre picándole con un alfiler. Así que pocos o ninguno de los que herido con esta hierba dejaron de morir.

CAPÍTULO VII

De cómo se hace la yerba tan ponzoñosa con que los indios de Santa Martha y Cartagena tantos españoles han muerto

POR SER tan nombrada en todas partes esta yerba ponzoñosa que tienen los indios de Cartagena y Santa Martha, me pareció dar aquí relación de la composición de ella, lo cual es así. Esta yerba es compuesta de muchas cosas. Las principales yo las investigué y procuré saber en la provincia de Cartagena un pueblo de la costa llamado Bahayre, de un cacique o señor de él, que había por nombre Macuriz, el cual me enseñó unas raíces cortas

de mal olor, tirante el color de ellas a pardas. Y díjome, que por la costa del mar junto a los árboles que llamamos manzanillos cavaban debajo de la tierra, y de las raíces de aquel pestífero árbol sacaban aquellas, las cuales queman en unas cazuelas de barro, y hacen de ellas una pasta y buscan unas hormigas tan grandes como un escarabajo de los que se cría en España, negrísimas y muy malas, que solamente de picar a un hombre se le hace una roncha y le da tan gran dolor, que casi lo priva de su sentido, como aconteció, yendo caminando en la jornada que hicimos con el licenciado Juan de Vadillo, acertando a pasar un río un Noguerol y yo, adonde aguardamos ciertos soldados que quedaban atrás, porque él iba por cabo de escuadra en aquella guerra adonde le picó una de estas hormigas que digo, y le dio tan gran dolor, que se le quitaba el sentido, y se le hinchó la mayor parte de la pierna y aun le dieron tres o cuatro calenturas del gran dolor, hasta que la ponzoña acabó de hacer su curso. También buscan para hacer esta mala cosa unas arañas muy grandes, y así mismo le echan unos gusanos peludos delgados cumplidos como medio dedo, de los cuales yo no me podré olvidar, porque estando guardando un río en las montañas que llaman de Abibe, abajó por un ramo de un árbol donde yo estaba uno de estos gusanos y me picó en el pescuezo, y llevé la más trabajosa noche que en mi vida tuve y de mayor dolor. Hácenla también con las alas del murciélago, y la cabeza y cola de un pescado pequeño que hay en el mar que ha por nombre peje tamborino de muy gran ponzoña, y con sapos y colas de culebras, y unas manzanillas que parecen en el color y olor naturales de España. Y algunos recién venidos de ella a estas partes, saltando en la costa, como no saben la ponzoña que es, las comen. Yo conocí a un Juan Agraz (que ahora le vi en la ciudad de San Francisco del Quito que es de los que vinieron de Cartagena con Vadillo, que cuando vino de España y salió del navío en la costa de Santa Martha comió diez o doce de estas manzanas, y le oí jurar que en el olor, color, y sabor no podían ser mejores, salvo que tienen una leche, que debe ser la malentia tan mala, que se convierte en ponzoña, después que las hubo comido pensó reventar, y si no fuera socorrido con aceite, ciertamente muriera. Otras hierbas y raíces también le echan a esta hierba, y cuando la quieren hacer aderezan mucha lumbre en un llano desviado de sus casas o aposentos, poniendo unas ollas buscan alguna esclava o in-

dia que ellos tengan en poco, y aquella india la cuece y pone en la perfección que ha de tener, y del olor y vaho que echa de sí muere aquella persona que la hace, según yo oí.

CAPÍTULO VIII

En que se declaran otras costumbres de los indios sujetos a la ciudad de Urabá

CON ESTA yerba tan mala como he contado untan los indios las puntas de sus flechas, y están tan diestros en el tirar, y son tan certeros, y tiran con tanta fuerza que ha acaecido muchas veces pasar las armas y caballo de una parte a otra, o al caballero que va encima, si no son demasiadamente las armas buenas y tienen mucho algodón, porque en aquella tierra por su aspereza y humedad no son buenas las cotas ni corazas, ni aprovechan nada para la guerra de estos indios que pelean con flechas. Mas con todas sus mañas, y con ser tan mala la tierra, los han conquistado, y muchas veces saqueado soldados de a pie, dándoles grandes alcances sin llevar otra cosa que una espada y una rodela. Y diez o doce españoles que se hallan juntos, acometen a cientos y a doscientos de ellos. No tienen casa ni templo de adoración alguna, ni hasta ahora se le ha hallado, mas de que ciertamente hablan con el diablo los que para ello señalan, y le hacen la honra que pueden, teniéndole en gran veneración, el cual se les aparece (según yo he oído a alguno de ellos) en visiones espantables y terribles, que les pone su vista gran temor. No tienen mucha razón para conocer las cosas de naturaleza. Los hijos heredan a los padres, siendo habidos en la principal mujer. Cásanse con hijas de sus hermanos, y los señores tienen muchas mujeres. Cuando se muere el señor, todos sus criados y amigos se juntan en su casa de noche con las tinieblas de ella, sin tener lumbre alguna, teniendo gran cantidad de vino hecho de su maíz, beben llorando el muerto, y después que han hecho sus ceremonias y hechicerías, los meten en la sepultura, enterrando con el cuerpo sus armas y tesoro, y mucha comida, y cántaros de su chicha o vino, y algunas mujeres vivas. El demonio les hace entender, que allá adonde van han de tornar a vivir en otro reino que les tiene apare-

jado, y que para el camino les conviene llevar el mantenimiento que digo, como si el infierno estuviese lejos.

Esta ciudad de San Sebastián fundó y pobló Alonso de Heredia hermano del adelantado don Pedro de Heredia gobernador por su majestad de la provincia de Cartagena, como ya dije.

CAPÍTULO IX

Del camino que hay entre la ciudad de San Sebastián y la ciudad de Antiocha, y las sierras, montañas y ríos, y otras cosas que allí hay, y cómo y en qué tiempo se puede andar

YO ME HALLÉ en esta ciudad de San Sebastián de Buena Vista el año de mil quinientos y treinta y séis y por el de treinta y siete salió de ella el licenciado Juan de Vadillo juez de residencia y gobernador que en aquel tiempo era de Cartagena, con una de las mejores armadas que han salido de la tierra firme según que tengo escrito en la cuarta parte de esta historia. Y fuimos nosotros los primeros españoles que abrimos camino del mar del Norte al del Sur. Y de este pueblo de Urabá hasta la villa de plata que son los fines del Perú anduve yo, y me apartaba por todas partes a ver las provincias que más podía para poder entender y notar lo que en ellas había. Por tanto de aquí adelante diré lo que vi y se me ofrece, sin querer engrandecer ni quitar cosa de lo que soy obligado, y de esto los lectores reciban mi voluntad.

Digo pues que saliendo de la ciudad de San Sebastián de Buena Vista, que es el puerto que dicen de Urabá para ir a la ciudad de Antiocha, que es la primera población y la última del Perú a la parte del Norte, van por la costa cinco leguas hasta llegar a un pequeño río que se llama Río Verde, del cual a la ciudad de Antiocha hay cuarenta y ocho grados. Todo lo que hay desde este río hasta unas montañas, de que luego haré mención que se llaman de Abibe es llano, pero lleno de muchos montes y muy espesas arboledas, y de muchos ríos. La tierra es despoblada junto al camino, por haberse los naturales retirados a otras partes desviadas de él. Todo lo más del camino se anda por ríos, por no haber otros caminos por la grande espesura de la tierra. Para poderla caminar, y pasar seguramente las sierras sin riesgo,

han de caminarlo por enero, febrero, marzo y abril, pasados estos meses, hay grandes aguas y los ríos van crecidos y furiosos y aunque se puede caminar, es con gran trabajo y mayor peligro. En todo tiempo los que han de ir por este camino, que han de llevar buenas guías que sepan atinar a salir por los ríos. En todo estos montes hay grandes manadas de los puercos que he dicho, en tanta cantidad, que hay atajo de más de mil juntos con sus lechoncillos, y llevan gran ruido por doquiera que pasan. Quien por allí caminare con buenos perros, no le faltará de comer. Hay grandes dantas [tapires], muchos leones, y osos crecidos y mayores tigres. En los árboles andan de los más lindos y pintados gatos que puede ser en el mundo, y otros monos tan grandes que hacen tal ruido, que desde lejos los que son nuevos en la tierra piensan que es de puercos. Cuando los españoles pasan debajo de los árboles por donde los monos andan, quiebran ramos de los árboles y les dan con ellos, cocándoles y haciendo otros visajes. Los ríos llevan tanto pescado, que con cualquiera red se tomará gran cantidad. Viniendo de la ciudad de Antiocha a Cartagena, cuando la poblamos, el capitán Jorge Robledo y otros hallábamos tanto pescado, que con palos matábamos lo que queríamos. Por los árboles que están junto a los ríos hay una que se llama *iguana* que parece serpiente, para apropiarla remeda en gran manera a un lagarto de los de España grande, salvo que tiene la cabeza mayor y más fiera, y la cola más larga, pero en la color y parecer no es más ni menos. Quitado el cuero y asadas o guisadas, son tan buenas de comer como conejos y para mí más gustosas las hembras, tienen muchos huevos, de manera que ella es una buena comida, y quien no la conoce huiría de ellas y antes le pondría temor y espanto su vista, que no deseo de comerla. No sé determinar si es carne o pescado, ni ninguno lo acaba de entender, porque vemos que se echa de los árboles al agua, y se halla bien en ella, y también la tierra dentro donde no hay río ninguna se halla. Hay otras que se llaman *hicoteas* [tortugas de agua dulce] que es también buen mantenimiento, son de manera de galápagos. Hay muchos pavos, faisanes, papagayos de muchas maneras, y guacamayas que son mayores muy pintadas, asimismo se ven algunas águilas pequeñas y tórtolas, perdices, palomas y otras aves nocturnas y de rapiña. Hay sin esto por estos montes culebras muy grandes.

Y quiero decir una cosa y contarla por cierta, aunque no la vi, pero sé haberse hallado presentes muchos hombres dignos de crédito, y es, que yendo por este camino el teniente Juan Greciano, por mandado del licenciado Santa Cruz en busca del licenciado Juan de Vadillo, y llevando consigo ciertos españoles entre los cuales iba un Manuel de Peralta y Pedro de Barros y Pedro Ximón, hallaron una culebra o serpiente tan grande, que tenía de largo más de veinte pies, y de muy grande anchor. Tenía la cabeza rosilla, los ojos verdes sobresaltados, y como los vio quiso encarar para ellos, y el Pedro Ximón le dio tal lanzada, que haciendo grandes vascas murió, y le hallaron en su vientre un venado chico entero como estaba cuando lo comió, y oí decir, que ciertos españoles con la hambre que llevaban comieron el venado, y aun parte de la culebra. Hay otras culebras no tan grandes como ésta, que hacen cuando andan un ruido que suena como cascabel. Estas si muerden a un hombre lo matan. Otras muchas serpientes y animalías fieras dicen los indios naturales que hay por aquellas espesuras, que yo no pongo por no la haber visto. De los palmares de Urabá hay muchos, y de otras frutas campesinas.

CAPÍTULO X

De la grandeza de las montañas de Abibe, y de la admirable y provechosa madera que en ellas se cría

PASADOS estos llanos y montañas de susodichas, se allega a las muy anchas y largas sierras que llaman de Abibe. Esta sierra, prosigue su cordillera al Occidente, corre por muchas y diversas provincias y partes otras que no hay poblado. De largura no se sabe cierto lo que tiene, de anchura a partes tiene veinte leguas, y a partes mucho más, y a cabos poco menos. Los caminos que los indios tenían que atravesaban por estas bravas montañas (porque muchas partes de ellas hay poblado) eran tan malos y dificultosos, que los caballos no podían ni podrán andar por ellos. El capitán Francisco César que fue el primero que atravesó por aquellas montañas, caminando hacia el nacimiento del sol, hasta que con gran trabajo dio en el valle del Guaca, que está pasada la sierra, que cierto son asperísimos los caminos, porque todo está lleno de malezas y arboledas, las raíces son tantas, que

enredan los pies de los caballos, y de los hombres. Lo más alto de la sierra, que es una subida muy trabajosa, y una abajada de más peligro, cuando la bajamos con el licenciado Juan de Vadillo, por estar en lo más de ella unas laderas muy derechas y malas, se hizo con gruesos horcones y palancas grandes y mucha tierra una como pared para que pudiesen pasar los caballos sin peligro, y aunque fue provechoso, no dejaron de despeñarse muchos caballos y hacerse pedazos, y aun españoles se quedaron algunos muertos, y otros estaban tan enfermos, que por no caminar con tanto trabajo se quedaban en las montañas esperando la muerte con grande miseria escondidos por la espesura, porque no los llevasen los que iban sanos si los vieran. Caballos vivos se quedaron también algunos que no pudieron pasar, por ir flacos. Muchos negros se huyen, y otros se murieron. Cierto mucho mal pasamos los que por allí anduvimos, pues íbamos con el trabajo que digo. Poblado no hay ninguno en lo alto de la sierra, y si lo hay, está apartado de aquel lugar por donde la atravesamos, porque en el anchor de estas sierras por todas partes hay valles, y en estos valles gran número de indios y muy ricos de oro. Los ríos que abajan de esta sierra o cordillera hacia el Poniente, se tiene que en ellos hay mucha cantidad de oro. Todo lo más del tiempo del año llueve, los árboles siempre están destilando agua de la que ha llovido. No hay yerba para los caballos, sino son unas palmas cortas, que echan unas pencas largas. En lo interior de este árbol o palma se crían unos palmitos pequeños de grande amargor. Yo me he visto en tanta necesidad y tan fatigado de la hambre, que los he comido. Y como siempre llueve, y los españoles y más caminantes van mojados, ciertamente si les faltase lumbre, creo morirían todos los más. El dador de los bienes que es Cristo nuestro Dios y señor en todas partes muestra su poder, y tiene por bien de nos hacer mercedes, y darnos remedio para nuestros trabajos, y así en estas montañas aunque no hay falta de leña, toda está tan mojada, que el fuego que estuviere encendido apagara, cuanto más dar lumbre. Y para suplir esta falta y necesidad que se pasaría en aquellas sierras y aun en mucha parte de las Indias hay unos árboles largos delgados que casi parecen fresnos, la madera de dentro blanca y muy enjuta, cortados éstos, se enciende luego la lumbre, y arde como tea, y no se apaga hasta que es consumida y gastada con el fuego. Enteramente nos dio la vida hallar esta madera.

Adonde los indios están poblados, tienen mucho bastimiento y frutas, pescado, y gran cantidad de mantas de algodón muy pintadas. Por aquí ya no hay de la mala yerba de Urabá. Y no tienen estos indios montañeses otras armas, sino lanzas de palma, y dardos, y macanas. Y por los ríos (que no hay pocos) tienen hechas puentes de unos grandes y recios bejucos, que son como unas raíces largas que nacen entre los árboles, que son tan recios algunos de ellos como cuerdas de cáñamo, juntando gran cantidad, hacen una soga o maroma muy grande, la cual echan de una parte a otra del río, y la atan fuertemente a los árboles, que hay muchos junto a los ríos, y echando otras, las atan y juntan con barrotes fuertes, de manera que quedan como puente. Pasan por allí los indios y sus mujeres y son tan peligrosas que yo querría ir más por la de Alcántara que no por ninguna de ellas no embargante que aunque son tan dificultosas, pasan (como ya dije) los indios y sus mujeres cargadas y con sus hijos si son pequeños a cuestas, tan sin miedo, como si fuesen por tierra firme. Todos los más de estos indios que viven en estas montañas eran sujetos a un señor o cacique grande y poderoso llamado Nutibara. Pasadas estas montañas se allega a un muy lindo valle de campaña o cabaña, que es tanto como decir que en él no hay montaña ninguna, sino sierras peladas y muy agras y encumbradas para andar, salvo que los indios tienen sus caminos por las lomas y laderas bien desechados.

CAPÍTULO XI

Del cacique Nutibara y de su señorío, y de otros caciques sujetos a la ciudad de Antiocha

CUANDO en este valle entramos con el licenciado Juan de Vadillo, estaba poblado de muchas casas muy grandes de madera, la cobertura de una paja larga. Todos los campos llenos de toda manera de comida de la que ellos usan. De lo superior de las sierras nacen muchos ríos y muy hermosos, sus riberas estaban llenas de frutas de muchas maneras, y de unas palmas delgadas muy largas espinosas, en lo alto de ellas crían un racimo de una fruta que llamamos *pixibaes*, muy grande y de mucho provecho, porque hacen pan y vino con ella, y si cortan la palma sacan de dentro un palmito de buen

tamaño sabroso y dulce. Había muchos árboles que llamamos *aguacates* y muchas guabas, y guayabas, muy olorosas piñas. De esta provincia era señor o rey uno llamado Nutibara hijo de Anunaybe. Tenía un hermano que se decía Quinuchu, era en aquel tiempo su lugarteniente en los indios montañeses que vivían en las sierras de Abibe (que ya pasamos) y en otras partes. El cual proveía siempre a este señor de muchos puercos, pescado, aves y otras cosas que en aquellas tierras se crían, y le daban en tributos mantos y joyas de oro. Cuando iba a la guerra, le acompañaba mucha gente con sus armas. Las veces que salía por estos valles, caminaba en unas andas engastonadas en oro, y en hombros de los más principales. Tenía muchas mujeres. Junto a la puerta de su aposento, y lo mismo en todas las casas de sus capitanes, tenían puestas muchas cabezas de sus enemigos, que ya habían comido, las cuales tenían allí como en señal de triunfo. Todos los naturales de esta región comen carne humana, y no se perdonan en este caso, porque en tomándose unos a otros (como no sean naturales de un propio pueblo) se comen. Hay muchas y muy grandes sepulturas, y que no deben ser poco ricas. Tenían primero una grande casa o templo dedicado al demonio. Los horcones y madera vi yo por mis propios ojos. Al tiempo que el capitán Francisco César entró en aquel valle, le llevaron los indios naturales de él a esta casa o templo, creyendo, que siendo tan pocos cristianos los que con él venían, fácilmente y con poco trabajo los matarían. Y así salieron de guerra más de veinte mil indios con gran tropel y con mayor ruido, mas aunque los cristianos no eran más de treinta y nueve y trece caballos, se mostraron tan valerosos y valientes, que los indios huyeron, después de haber durado la batalla buen espacio de tiempo, quedando el campo por los cristianos, adonde ciertamente César se mostró ser digno de tener tal nombre. Los que escribieren de Cartagena tienen harto que decir de este capitán, lo que yo toco, no lo hago por más que por ser necesario para claridad de mi obra. Y si los españoles que entraron con César a este valle fueron muchos, cierto quedaran todos ricos, y sacaran mucho oro, que después los indios sacaron por consejo del diablo, que de nuestra venida les avisó, según ellos propios afirman y dicen. Antes que los indios diesen la batalla al capitán César, le llevaron a esta casa que digo, la cual tenían (según ellos dicen) para reverenciar al diablo, y cuando en cierta parte hallaron una bóveda muy bien

labrada, la boca al nacimiento del sol, en la cual estaban muchas ollas llenas de joyas de oro muy fino, porque era todo lo más de veinte y veinte y un quilate, que montó más de cuarenta mil ducados. Dijéronle que adelante estaba otra casa, donde había otra sepultura como aquélla, que tenía mayor tesoro, sin lo cual afirmaban más, que en el valle hallaría otras mayores y más ricas, aunque la que le decían lo era mucho. Cuando después entramos con Vadillo, hallamos algunas de estas sepulturas sacadas, y la casa o templo quemada. Una india que era de un Baptista Zimbrón me dijo a mí, que después que César se volvió a Cartagena, se juntaron todos los principales y señores de estos valles, y hechos sus sacrificios y ceremonias, les apareció el diablo (que en su lengua se llama *Guaca*) en figura de *tigre* muy fiero, y que les dijo cómo aquellos cristianos habían venido de la otra parte del mar, y que presto habían de volver otros muchos como ellos y habían de ocupar y procurar de señorear la tierra, por tanto que se aparejasen de armas para les dar guerra. El cual, como esto les hubiese hablado, desapareció, y que luego comenzaron de aderezarse, sacando primero grande suma de tesoros de muchas sepulturas.

CAPÍTULO XII

De las costumbres de estos indios y de las armas que usan, y de las ceremonias que tienen, y quién fue el fundador de la ciudad de Antiocha

LA GENTE de estos valles es valiente para entre ellos, y así cuentan, que eran muy temidos de los comarcanos. Los hombres andan desnudos y descalzos, y no traen sino unos maures angostos con que se cubren las partes vergonzosas asidos con un cordel que traen atado a la cintura. Précianse de tener los cabellos muy largos. Las armas con que pelean son dardos, y lanzas largas de la palma negra que arriba dice, tiraderas, hondas y unos bastones largos, como espadas de a dos manos, a quien llaman macanas. Las mujeres andan vestidas de la cintura abajo con mantas de algodón muy pintadas y galanas. Los señores cuando se casan, hacen una manera de sacrificio a su dios, y juntándose en una casa grande, donde ya están las mujeres más hermosas, toman por mujer la que quieren, y el hijo de ésta es el here-

dero, y si no tiene el señor hijo hereda el hijo de su hermana. Confinan estas gentes con una provincia que está junto a ella, que se llama Tatabe de muy gran población de indios muy ricos y guerreros. Sus costumbres conforman con estos sus comarcanos. Tienen armadas sus casas sobre árboles muy crecidos, hechas de muchos horcones altos y muy gruesos, y tiene cada una más de doscientos de ellos, la varazón de no menos grandeza, la cobija que tienen estas tan grandes casas hojas de palmas. En cada una de ellas viven muchos moradores con sus mujeres e hijos. Entiéndese estas naciones hasta la mar del Sur la vía del poniente. Por el Oriente confinan con el gran río del Darién. Todas estas comarcas son montañas muy bravas y muy temerosas. Cerca de aquí dicen que está aquella grandeza y riqueza de Dabaybe, tan mentada en la tierra firme. Por otra parte de este valle donde es señor Nutibara tiene por vecinos otros indios, que están poblados en unos valles que se llaman de Nore, muy fértiles y abundantes. En uno de ellos está ahora asentada la ciudad de Antiocha. Antiguamente había gran poblado en estos valles, según nos lo dan a entender sus edificios y sepulturas que tiene muchas y muy de ver, por ser tan grandes, que parecen pequeños cerros. Estos aunque son de la misma lengua y traje de los del Guaca, siempre tuvieron grandes pendencias y guerras, en tanta manera que unos y otros vinieron en gran disminución, porque todos los que se tomaban en la guerra se comían, y ponían las cabezas a las puertas de sus casas. Andan desnudos estos como los demás, y los señores y principales algunas veces se cubren con una gran manta pintada de algodón. Las mujeres andan cubiertas con otras pequeñas mantas de lo mismo.

Quiero antes que pase adelante, decir aquí una cosa bien extraña y de grande admiración. La segunda vez que volvimos por aquellos valles, cuando la ciudad de Antiocha fue poblada en las sierras que están por encima de ellos, oí decir, que los señores o caciques de estos valles de Nore buscaban de las tierras de sus enemigos todas las mujeres que podían, las cuales traídas a sus casas, usaban con ellas como con las suyas propias, y si empreñan de ellos, los hijos que nacían los criaban como mucho regalo, hasta que tenían doce o trece años, y de esta edad estando bien gordos, los comían con gran sabor, sin mirar que eran su sustancia y carne propia, y de esta manera tenían mujeres para solamente engendrar hijos en ellas, para

después comer, pecado mayor que todos los que ellos hacen. Y háceme temer por cierto lo que digo, ver lo que pasa uno de estos principales con el licenciado Juan de Vadillo, que en este año está en España, y si le preguntan lo que yo escribo dirá ser verdad, y es, que la primera vez que entraron cristianos españoles en estos valles que fuimos yo y mis compañeros, vino de paz un señorete que había por nombre Nabonuco, y traían consigo tres mujeres, y viniendo la noche, las dos de ellas se echaron a la larga encima de un tapete o estera, y la otra atravesada para servir de almohada, y el indio se echó encima de los cuerpos de ellas muy tendido, y tomó de la mano otra mujer hermosa que quedaba atrás con otra gente suya que luego vino. Y como el licenciado Juan de Vadillo lo viese de aquella suerte, preguntóle que para qué había traído mujer que tenía de la mano, y mirándole al rostro el indio, respondió mansamente, que para comerla, y que si él no hubiera venido lo hubiera ya hecho. Vadillo oído esto, mostrando espantarse le dijo, ¿pues cómo siendo tu mujer la has de comer? El cacique alzando la voz tornó a responder diciendo, mira, mira, y aun al hijo que pariere tengo también de comer. Esto que he dicho pasó en el valle de Nore, y en el de Guaca, que es el que dije quedar atrás. Oí decir a este licenciado Vadillo algunas veces, cómo supo por dicho de algunos indios viejos por las lenguas que traíamos, que cuando los naturales de él iban a la guerra, a los indios que prendían en ella hacían sus esclavos, a los cuales casaban con sus parientas y vecinas, y los hijos que habían en ellas aquellos esclavos los comían, y que después que los mismos esclavos eran muy viejos, y sin potencia para engendrar, los comían también a ellos. Y a la verdad como estos indios no tenían fe, ni conocían al demonio que tales pecados les hacía hacer, cuan malo y perverso era, no me espanto de ello, porque hacer esto, más lo tenían ellos por valentía, que por pecado. Con estas muertes de tanta gente, hallábamos nosotros cuando descubrimos aquellas regiones, tanta cantidad de cabezas de indios a las puertas de las casas de los principales, que parecía que en cada una de ellas había habido carnicería de hombres. Cuando se mueren los principales señores de estos valles, llóranlos muchos días arreo y tresquílanse sus mujeres, y mátanse las más queridas, y hacen una sepultura tan grande como un pequeño cerro, la puerta de ella hacia el nacimiento del sol. Dentro de aquella tan gran sepultura hacen

una bóveda mayor de lo que era menester muy enlosada y allí meten al difunto lleno de mantas, y con él oro y armas que tenía sin lo cual después que con su vino hecho de maíz o de otras raíces han embeodado [embriagado] a las más hermosas de sus mujeres, y algunos muchachos sirvientes, los metían vivos en aquella bóveda, y allí los dejaban, para que el señor abajase más acompañado a los infiernos. Esta ciudad de Antiocha está fundada y asentada en un valle de estos que digo, el cual está entre los famosos y nombrados y muy riquísimos ríos del Darién y de Santa Marta, porque estos valles están en medio de ambas cordilleras.

El asiento de la ciudad es muy bueno y de grandes llanos junto a un pequeño río. Está la ciudad más allegada al Norte que ninguna de las del reino de Perú. Corren junto a ella otros ríos muchos y muy buenos, que nacen de las cordilleras que están a los lados y muchas fuentes manantiales de muy clara y sabrosa agua, los ríos todos los más llevan oro en gran cantidad, y muy fino, y están pobladas sus riberas de muchas maneras. A toda parte cercada de grandes provincias de indios muy ricos de oro, porque todos lo cogen en sus propios pueblos. Usan de romanas pequeñas, y de pesos para pesar el oro. Son todos grandes carniceros de comer carne humana. En tomándose unos a otros, no se perdonan. Un día vi yo en Antiocha, cuando la poblamos, en unas sierras donde el capitán Jorge Robledo la fundó (que después por mandado del capitán Juan Cabrera se pasó donde ahora está) que estando en un maizal, vi junto a mí cuatro indios, y arremetieron a un indio que entonces llegó allí, y con las macanas le mataron, y a las voces que yo di lo dejaron, llevándole las piernas, sin lo cual estando aun el pobre indio vivo, le bebían la sangre y le comían a bocados sus entrañas. No tienen flechas, ni usan más armas de las que he dicho arriba. Casa de adoración o templo no se les ha visto, más de aquélla que en el Guaca quemaron. Hablan todos en general con el demonio, y en cada pueblo hay dos o tres indios antiguos y diestros en maldades que hablan con él, y estos dan las repuestas, y denuncian lo que el demonio les dice que han de ser. La inmortalidad del ánima no la alcanzan enteramente. El agua, y todo lo que la tierra produce lo echan a naturaleza, aunque bien alcanzan que hay hacedor, mas su creencia es falsa, como diré adelante.

Esta ciudad de Antiocha pobló y fundó el capitán Jorge Robledo en

nombre de su Majestad el emperador don Carlos rey de España y de estas Indias nuestro señor, y con poder del adelantado don Sebastián de Belalcázar su gobernador y capitán general de la provincia de Popayán, año del nacimiento de nuestro señor de mil e quinientos y cuarenta y un años. Esta ciudad está en siete grados de la equinoccial a la parte del norte.

CAPÍTULO XIII

De la descripción de la provincia de Popayán, y la causa porqué los indios de ella son tan indómitos, y los del Perú son tan domésticos

PORQUE los capitanes del Perú poblaron y descubrieron esta provincia de Popayán, la pondré con la misma tierra del Perú, haciéndola toda una, mas no la apropiaré a ella, porque es muy diferente la gente, la disposición de la tierra, y todo lo demás de ella. Por lo cual será necesario, que desde el Quito (que es donde verdaderamente comienza lo que llamamos Perú) ponga la traza de todo y el sitio de ella, y desde Pasto, que es también donde por aquella parte comienza esta provincia, y se acaba en Antiocha.

Digo pues que esta provincia se llama de Popayán, por causa de la ciudad de Popayán, que en ella está poblada. Tendrá de longitud doscientas leguas poco más o menos, y de latitud treinta y cuarenta y a partes más y a cabos menos. Por la una parte tiene la costa de la mar del Sur y unas montañas altísimas muy ásperas que van de luego de ella al Oriente. Por la otra parte corre la larga cordillera de los Andes, y de entrambas cordilleras nacen muchos ríos y algunos muy grandes de los cuales se hacen anchos valles, por el uno de ellos que es el mayor de todas estas partes del Perú, corre el gran río de Santa Martha. Inclúyese en esta gobernación la villa de Pasto, la ciudad de Popayán, la villa de Timana, que está pasada la cordillera de los Andes la ciudad de Cali, que está cerca del puerto de la Buena Ventura, la villa de Ancerma, la ciudad de Cartago, la villa de Arma, la ciudad de Antiocha, y otras que se habrán poblado después que yo salí de ella. En esta provincia hay unos pueblos fríos, y otros calientes, unos sitios sanos y otros enfermos. En una parte llueve mucho, y en otra poco. En una tierra comen los indios carne humana, y en otras partes no las comen. Por una parte tie-

ne por vecino el nuevo reino de Granada, que está pasados los montes de los Andes, por otra parte al reino del Perú, que comienza del largo de ella al Oriente. El poniente confina con la gobernación del río de San Juan. Al norte con la de Cartagena. Muchos se espantan, cómo estos indios teniendo muchos de ellos sus pueblos en partes dispuestas para conquistarlos, y que en toda la gobernación (dejando la villa de Pasto) no hace frío demasiado, ni calor, ni deje de haber otras cosas convenientes para la conquista, cómo han salido tan indómitos y porfiados, y los del Perú, estando sus valles entre montañas y sierras de nieve, y muchos riscos y ríos, y más gentes en número que los de acá, y grandes despoblados, cómo sirven y han sido y son tan sujetos y domables. A lo cual dije que todos los indios sujetos a la gobernación de Popayán, han sido siempre y los son behetrías. No hubo entre ellos señores que se hiciesen temer. Son flojos, perezosos, y sobre todo aborrecen el servir y estar sujetos, que es causa bastante para que recelasen de estar debajo de gente extraña y en su servicio. Mas esto no fuera parte para que ellos salieran con su intención, porque constreñidos de necesidad hicieran lo que otros hacen. Mal hay otra causa muy mayor, la cual es, que todas provincias y regiones son muy fértiles, y una parte y a otra hay grandes espesuras de montañas, de cañaverales y de otras malezas. Y como los españoles los aprieten, queman las casas en que moran, que son de madera y paja, y vanse una legua de allí, o dos, o lo que quieren, y en tres o cuatro días hacen una casa y en otros tantos siembran la cantidad del maíz que quieren, y lo cogen dentro de cuatro meses. Y si allí también los van a buscar, dejado aquel sitio van adelante, o vuelven atrás, y adonde quiera que van o están hallan qué comer, y tierra fértil y aparejada y dispuesta para darles fruto, y por esto sirven cuando quieren, y es en su mano la guerra o la paz, y nunca les falta de comer. Los del Perú sirven bien y son domables, porque tienen más razón que éstos y porque todos fueron sujetados por los reyes Ingas, a los cuales dieron tributo, sirviéndoles siempre, y con aquella condición nacían, y si no lo querían hacer, la necesidad les constreñía a ello, porque la tierra del Perú toda es despoblada, llena de montañas y sierras y campos nevados. Y si se salían de sus pueblos y valles a estos desiertos, no podían vivir ni la tierra da fruto, ni hay otro lugar que lo dé que los mismos valles y provincias suyas. De manera que por no morir, sin ninguno poder

vivir, han de servir, y no desamparar sus tierras, que es bastante causa y buena razón para declarar la duda susodicha. Pues pasando adelante quiero dar noticia particularmente de las provincias de esta gobernación, y de las ciudades de españoles que en ella están pobladas, y quiénes fueron los fundadores. Digo pues, que de esta ciudad de Antiocha tenemos dos caminos, uno para ir a la villa de Ancerma, otro para ir a la ciudad de Cartago y antes que diga lo que se contiene en el que va a Cartago y Arma, diré lo tocante a la villa de Ancerma, y luego volveré a hacer lo mismo de este otro.

CAPÍTULO XIV

En que se contiene el camino que hay desde la ciudad de Antiocha a la villa de Ancerma y qué hay de una parte a otra, y de las tierras y regiones que en este camino hay

SALIENDO de la ciudad de Antiocha, y caminando hacia la villa de Ancerma verse a aquel nombrado y rico cerro de Butrica, que tanta multitud de oro ha salido de él en el tiempo pasado. El camino que hay de Antiocha a la villa de Ancerma son setenta leguas es el camino muy fragoso, de muy grandes sierras peladas de poca montaña. Todo ello o lo más está poblado de los indios, y tienen las cosas muy apartadas del camino. Luego que salen de Antiocha, se llega a un pequeño cerro que se llama Corome, que está en unos vallecetes, donde solía haber muchos indios y población, y entrados los españoles a conquistarlos, se han disminuido en grande cantidad. Tiene este pueblo muy ricas minas de oro, y muchos arroyos donde lo pueden sacar. Hay pocos árboles de fruta, y maíz se da poco. Los indios son de la habla y costumbres de los que hemos pasado, de aquí se va un asiento que está encima de un gran cerro, donde solía estar un pueblo junto de grandes casas todas de mineros que cogían oro por su riqueza. Los caciques comarcanos tienen allí sus casas, y les sacaban sus indios harta cantidad de oro. Y cierto se tiene, que de este cerro fue la mayor parte de la riqueza que se halló en el Cenú, en las grandes sepulturas que en él se sacaron, que yo vi sacar hartas y bien ricas antes que fuésemos al descubrimiento de Urute con el capitán Alonso de Cáceres. Pues volviendo a la materia, acuérdome cuando descubrimos este pueblo con el licenciado Juan de Vadillo, que un clé-

rigo que iba en el armada se llamaba Francisco de Frías halló en una casa o bohío de este pueblo de Butrica una totuma que es a manera de una albornia[1] grande llena de tierra, y se apartaban los granos de oro entre ella muy espesos y grandes. Vimos también allí los nacimientos y minas donde lo cogían, y las macanas o coas con que lo labraban. Cuando el capitán Jorge Robledo pobló esta ciudad de Antiocha fue a ver estos nacimientos, y lavaron una batea de tierra, y salió cantidad de una cosa muy menuda, un minero afirmaba que era oro, otro decía que no, sino lo que llamamos margajita, y como íbamos de camino no se miró más en ello. Entrados los españoles en este pueblo, lo quemaron los indios, y nunca han querido volver más a poblarlo. Acuérdome, que yendo a buscar comida un soldado llamado Toribio, halló en un río una piedra tan grande como la cabeza de un hombre, toda llena de vetas de oro que penetraban la piedra de una parte a otra, y como la vido se la cargó en sus hombros para la traer al real, y viniendo por una sierra arriba, encontró con un perrillo pequeño de los indios, y como lo vido, arremetió a lo matar para comer, soltando la piedra de oro, la cual se volvió rodando al río, y el Toribio mató al perro, teniéndolo por de más precio que al oro, por la hambre que tenía, que fue causa que la piedra se quedase en el río donde primero estaba. Y si se tornara en cosa que se pudiera comer, no faltara quien lo volviera a buscar, porque cierto teníamos necesidad muy grande de bastimento. En otro río vi yo a un negro del capitán Jorge Robledo de una bateada de tierra sacar dos granos de oro bien crecidos, en conclusión si la gente fuera doméstica, y bien inclinada, y no tan carniceros de comerse unos a otros, y los capitanes y gobernadores más piadosos para no haberlos apocado, la tierra de aquellas comarcas muy ricas es. De este pueblo que estaba asentado en este cerro que se llama Butrica, nace un pequeño río, hace mucha llanada casi a manera de valle, donde está asentada una villa de minas que ha por nombre Santa Fe, que pobló el mismo capitán Jorge Robledo, y es sufragánea a la ciudad de Antiocha, por tanto no hay qué decir de ella. Las minas se han hallado muy ricas junto a este pueblo en el río grande de Santa Martha, que

1. *Albornia*. Escudilla tosca y grande de barro... (Covarrubias).
Albornía. (Del ár. hisp. *alburníyya*, este del ár. clás. *barniyyah*, y este del persa *barni*). Vasija grande de barro vidriado, de forma de taza. (*DRAE*).

pasa junto a él. Cuando es verano, sacan los indios y negros en las playas harta riqueza, y por tiempos sacarán mayor cantidad, porque habrá más negros. También está junto a este pueblo otra población que se llama Xundabe, de la misma nación y costumbre de los comarcanos a ellos. Tienen muchos valles muy poblados, y una cordillera de montaña en medio, que divide las unas regiones de las otras. Más adelante está otro pueblo que se llama Caramanta, y el cacique o señor Cauroma.

CAPÍTULO XV

De las costumbres de los indios de esta tierra, y de la montaña que hay para llegar a la villa de Ancerma

LA GENTE de esta provincia es dispuesta, belicosa, diferente en la lengua a las pasadas. Tiene a todas partes este valle montañas muy bravas, y pasa un espacioso río por medio de él, y otros muchos arroyos y fuentes donde hacen sal, cosa de admiración y hazañosa de oír. De ellas y de otras muchas que hay en esta provincia hablaré adelante, cuando el discurso de la obra no diere lugar. Una laguna pequeña hay en este valle, donde hacen sal muy blanca. Los señores o caciques y sus capitanes tienen casas muy grandes, y a las puertas de ellas puestas unas cañas gordas de las de estas partes, que parecen pequeñas vigas, encima de ellas tienen puestas muchas cabezas de sus enemigos. Cuando van a la guerra, con agudos cuchillos de pedernal o de unos juncos, o de cortezas o cáscaras de cañas, que también los hacen de ellas bien agudos cortan las cabezas a los que prenden. Y a otros dan muertes temerosas, cortándoles algunos miembros, según su costumbre, a los cuales comen luego, poniendo las cabezas (como he dicho) en lo alto de las cañas.

Entre estas cañas tienen puestas algunas tablas, donde esculpen la figura del demonio muy fiera de manera humana, y otros ídolos y figuras de gatos en quien adoran. Cuando tienen necesidad de agua o de sol para cultivar sus tierras, piden (según dicen los mismos indios naturales) ayuda a estos sus dioses. Hablan con el demonio los que para aquella religión están señalados, y son grandes agoreros y hechiceros, y miran en prodigios y señales, y guardan supersticiones, las que el demonio les manda, tanto es el

poder que ha tenido sobre aquellos indios permitiéndolo Dios nuestro señor por sus pecados o por otra causa que él sabe. Decían las lenguas, cuando entramos con el licenciado Juan de Vadillo, la primera vez que los descubrimos, que el principal señor de ellos que había por nombre Cauroma tenía muchos ídolos de aquellos que parecían de palo de oro finísimo, y afirmaban, que había tanta abundancia de este metal, que en un río sacaba el señor ya dicho la cantidad que quería.

Son grandes carniceros de comer carne humana. A las puertas de las casas que he dicho tienen plazas pequeñas, sobre las cuales están puestas las cañas gordas, y en estas plazas tienen su mortuorios y sepulturas al uso de su patria, hechas de una bóveda, muy hondas, la boca al Oriente. En las cuales muerto algún principal o señor lo meten dentro con muchos llantos, echando con él todas sus armas y ropa, y el oro que tiene, y comida. Por donde conjeturamos, que estos indios ciertamente dan algún crédito a pensar que el ánima sale del cuerpo, pues lo principal que metían en sus sepulturas es mantenimiento y las cosas que más ya he dicho, sin lo cual las mujeres que en vida ellos más quisieron las enterraban vivas con ellos en las sepulturas, y también enterraban otros muchachos e indias de servicio. La tierra es de mucha comida, fértil para dar el maíz y las raíces que ellos siembran. Árboles de frutas casi no hay ninguno, y si los hay son pocos. A las espaldas de ella, hacia la parte de Oriente está una provincia que se llama Cartama, que es hasta donde descubrió el capitán Sebastián de Belalcázar, de la lengua y costumbres de estos. Son ricos de oro, y tienen las casas pequeñas, y todos andan desnudos y descalzos sin tener más de unos pequeños maures con que cubren sus vergüenzas. Las mujeres usan unas mantas de algodón pequeñas con que se cubren la cintura abajo, lo demás anda descubierto. Pasada la provincia de Caramanta, está luego una montaña que dura poco más de siete leguas muy espesa, adonde pasamos mucho trabajo de hambre y frío, y bien podré yo afirmar, en toda mi vida, pasé tanta hambre como en aquellos días, aunque he andado en algunos descubrimientos y entradas bien trabajosos. Hallámonos tan tristes de vernos metidos en unas montañas tan espesas, que el Sol no lo veíamos y sin camino ni guías, ni con quien nos avisase si estábamos lejos o cerca de poblado, que estuvimos por nos volver a Cartagena. Mucho nos valió hallar de aquella

madera verde que conté haber en Abibe, porque con ella hicimos siempre lumbre toda la que queríamos. Y con el ayuda de Dios a fuerza de nuestros brazos con los cuales íbamos abriendo camino, pasamos estas montañas en las cuales se quedaron algunos españoles muertos de hambre, y caballos muchos. Pasado este monte, está un valle pequeño sin montaña raso de poca gente, mas luego un poco adelante vimos un grande y hermoso valle muy poblado, las casas juntas todas nuevas, y algunas de ellas muy grandes, los campos llenos de bastimiento de sus raíces y maizales. Después se perdió toda la más de esta población, y los naturales dejaron su antigua tierra. Muchos de ellos por huir de la crueldad de los españoles se fueron a unas bravas y altas montañas que están por encima de este valle que se llama de Cima. Más adelante de este valle está otro pequeño dos leguas y media de él, que se hace de una loma, que nace de la cordillera donde está fundada y asentada la villa de Ancerma, que primero se nombró la ciudad de Santa Ana de los Caballeros, la cual está asentada entre medias de dos pequeños ríos en una loma no muy grande llana de una parte y otra, llena de muchas y muy hermosas arboledas, de frutales así de España como de la misma tierra, y llena de legumbres que se dan bien. El pueblo señorea toda la comarca, por estar en lo más alto de las lomas, y de ninguna parte puede venir gente, que primero que llegue no sea vista de la villa, y por todas partes está cercada de grandes poblaciones, y de muchos caciques o señoretes. La guerra que con ellos tuvieron al tiempo que los conquistaron se dirá en su lugar. Son todos los más de estos caciques amigos unos de otros, sus pueblos están juntos, las casas desviadas alguna distancia unas de otras.

CAPÍTULO XVI

De las costumbres de los caciques y indios que están comarcanos a la villa de Anserma y de su fundación, y quién fue el fundador

EL SITIO donde está fundada la villa de Ancerma es llamado por los indios naturales Umbra, y al tiempo que el adelantado con Sebastián Belalcázar entró en esta provincia cuando la descubrió, como no llevaba lenguas, no pudo entender ningún secreto de la provincia. Y oían a los indios que en

viendo sal la llamaban y nombraban Ancer, como es la verdad, y entre los indios no tiene otro nombre, por lo cual los cristianos de allí adelante hablando en ella la nombraban Ancerma, y por esta causa se le puso a esta villa el nombre que tiene. Cuatro leguas de ella al Occidente está un pueblo no muy grande, pero es bien poblado de muchos indios, por tener muy grandes casas y ancha tierra. Pasa un río pequeño por él, y está una legua del grande y muy rico río de Santa Martha, del cual si a Dios plugiere haré capítulo por sí, contando por orden de su nacimiento adónde es, y de qué manera se divide en dos brazos. Estos indios tenían por capitán o señor a uno de ellos bien dispuesto llamado Ciricha. Tiene o tenía cuando yo lo vi una casa muy grande a la entrada de su pueblo, y otras muchas a todas partes de él, y junto aquella casa o aposento está una plaza pequeña, toda a la redonda llena de las cañas gordas que conté en lo de atrás haber en Caramanta, y en lo alto de ellas había puestas muchas cabezas de los indios que habían comido. Tenía muchas mujeres. Son estos indios de la habla y costumbres de los de Caramanta, y más carniceros y amigos de comer la humana carne. Porque entiendan los trabajos que se pasan en los descubrimientos, los que esto leyeren, quiero contar lo que aconteció en este pueblo, al tiempo que entramos en él con el licenciado Juan de Vadillo, y es que como tenían alzados los mantenimientos en algunas partes no hallábamos maíz, ni otra cosa para comer, y carne había más de un año que no la comíamos, si no era de los caballos que se morían, o de algunos perros, ni aun sal no teníamos, tanta era la miseria que pasábamos. Y saliendo veinte y cinco o treinta soldados, fueron a ranchear o por decirlo más claro a robar lo que pudiesen hallar, y junto con el río grande dieron en cierta gente que estaba huida, por no ser vistos ni presos de nosotros, adonde hallaron una olla grande llena de carne cocida, y tanta hambre llevaban, que no miraron en más de comer, creyendo que la carne era de unos que llaman *curies*, porque salían de la olla algunos, mas ya que estaban bien hartos, un Cristiano sacó de la olla una mano con sus dedos y uñas, sin lo cual vieron luego pedazos de pies de dos o tres cuartos de hombres que en ella estaban. Lo cual visto por los españoles que allí se hallaron, les pesó de haber comido aquella vianda dándoles grande asco de ver los dedos y manos, mas a la fin se pasó, y volvieron hartos al real, de donde primero habían salido muertos de ham-

bre. Nacen de una montaña que está por lo alto de este pueblo muchos ríos pequeños, de los cuales se ha sacado y saca mucho oro y muy rico con los mismos indios y con negros. Son amigos y confederados estos y los de Caramanta, y con los demás sus comarcanos siempre tuvieron enemistad, y se dieron guerra. Un peñol fuerte hay en este pueblo, donde en tiempo de guerra se guarecen. Andan desnudos y descalzos, y las mujeres traen mantas pequeñas, y son de buen parecer, y algunas hermosas. Más adelante de este pueblo está la provincia de Zopia. Por medio de estos pueblos corre un río de minas de oro donde hay algunas estancias que los españoles han hecho. También andan desnudos los naturales de esta provincia. Las casas están desviadas como las demás, y dentro de ellas en grandes sepulturas se entierran sus difuntos. No tienen ídolos, ni casa de adoración no se les ha visto. Hablan con el demonio, cásanse con sus sobrinas, y algunos con sus mismas hermanas, y hereda el señorío o cacicazgo el hijo de la principal mujer (porque todos estos indios si son principales tienen muchas) y si no tienen hijo, el de la hermana de él. Confinan con la provincia de Cartama, que no está muy lejos de ella, por la cual pasa el río grande arriba dicho. De la otra parte de él está la provincia de Pozo, con quien contratan más. Al Oriente tiene la villa otros pueblos muy grandes, los señores muy dispuestos de buen parecer, llenos de mucha comida y frutales. Todos son amigos, aunque en algunos tiempos hubo enemistad y guerra entre ellos. No son tan carniceros como los pasados de comer carne humana. Son los caciques muy regalados, mucho de ellos (antes que los españoles entrasen en su provincia) andaban en andas y hamacas. Tienen muchas mujeres las cuales para ser indias son hermosas y traen sus mantas de algodón galanas con muchas pinturas. Los hombres andan desnudos, y los principales y señores se cubren con una manta larga, y traen por la cintura maures como los demás. Las mujeres andan vestidas como digo, traen los cabellos muy peinados, y en los cuellos muy lindos collares de piezas ricas de oro, y en las orejas sus zarcillos, las ventanas de las narices se abren para poner unas como peloticas de oro fino, algunas de estas son pequeñas y otras mayores. Tenían muchos vasos de oro los señores con que bebían, y mantas, así para ellos como para sus mujeres chapadas de unas piezas de oro hechas a manera redonda, y otras como estrellitas, y otras joyas de muchas maneras te-

nían de este metal. Llaman al diablo *xijarama*, y a los españoles *tamaraca*. Son grandes hechiceros algunos de ellos y herbolarios. Casan a sus hijas después de estar sin su virginidad, y no tienen por cosa estimada haber la mujer virgen. Cuando se casan no tienen ninguna ceremonia en sus casamientos. Cuando los señores se mueren en una parte de esta provincia que se llama Tauya, tomando el cuerpo le ponen en una hamaca y a todas partes ponen fuego grande, haciendo unos hoyos, en los cuales cae la sanguaza y gordura que se derrite con el calor. Después que ya está el cuerpo medio quemado, vienen los parientes y hacen grandes lloros, y acabados beben su vino, y rezan sus salmos o bendiciones dedicadas a sus dioses a su uso, y como lo aprendieron de sus mayores. Lo cual hecho, ponen el cuerpo envuelto en mucha cantidad de mantas en un ataúd, y sin enterrarlo lo tienen allí algunos años. Y después de estar bien seco, lo ponen en las sepulturas que hacen dentro en sus casas. En las demás provincias, muerto un señor, hacen en los cerros altos las sepulturas muy hondas y después que han hecho grandes lloros, meten dentro al difunto envuelto en muchas mantas las más ricas que tienen, y a una parte ponen sus armas, y a otra mucha comida, y grandes cántaros de vino y sus plumajes, y joyas de oro, y a los pies echan algunas mujeres vivas, las más hermosas y queridas suyas, teniendo por cierto que luego ha de tornar a vivir, y aprovecharse de lo que con ellos llevan. No tienen obra política ni mucha razón. Las armas que usan son dardos, lanzas, macanas de palma negra y de otro palo blanco recio que en aquellas partes se cría. Casa de adoración no se la habemos visto ninguna. Cuando hablan con el demonio, dicen que es ascuras sin lumbre, y que uno para ello está señalado habla por todos el cual da las respuesta. La tierra en que tienen asentadas las poblaciones son sierras muy grandes sin montaña ninguna. La tierra dentro hacia el poniente hay una gran montaña que se llama Cima y más adelante hacia la mar Austral hay muchos indios y grandes pueblos, donde se tiene por cierto que nace el gran río del Darién. Esta villa de Ancerma pobló y fundó el capitán Jorge Robledo en nombre de su majestad, siendo su gobernador y capitán general de todas estas provincias el adelantado don Francisco Pizarro, aunque es verdad, que Lorenzo de Aldana teniente general de don Francisco Pizarro desde la ciudad de Cali nombró el cabildo, y señaló por alcaldes a Suer de Naba y a Martín de

Amoroto, y por alguacil mayor a Ruy Venegas, y envió a Robledo a poblar esta ciudad, que villa se llama ahora, y le mandó que le pusiese por nombre Santa Ana de los Caballeros. Así que a Lorenzo de Aldana se puede atribuir la mayor parte de esta fundación de Ancerma por la razón susodicha.

CAPÍTULO XVII

De las provincias y pueblos que hay desde la ciudad de Antiocha a la villa de Arma y de las costumbres de los naturales de ellas

AQUÍ DEJARÉ de proseguir por el camino comenzado que llevaba, y volveré a la ciudad de Antiocha para dar razón del camino que va de allí a la villa de Arma, y aun hasta la ciudad de Cartago. Donde digo, que saliendo de la ciudad de Antiocha para ir a la villa de Arma se allega al río grande de Santa Martha que está doce leguas de ella, pasado el río, que para lo pasar hay una barca, o nunca faltan balsas o de qué hacerlas. Hay pocos indios a las riberas del río, y los pueblos son pequeños, porque se han retirado todos del camino. Después de haber andado algunas jornadas, se allega a un pueblo que solía ser muy grande, llamábase el Pueblo Llano, y como entraron los españoles en la tierra se retiraron dentro de unas cordilleras, que estaban de aquel lugar poco más de dos leguas. Los indios son de pequeños cuerpos, y tienen algunas flechas traídas de la otra parte de la montaña de los Andes porque los naturales de aquellas partes las tienen. Son grandes contratantes, su principal mercadería es sal. Andan desnudos, sus mujeres lo mismo, porque no traen sino unas mantas muy pequeñas con que se tapan del vientre hasta los muslos. Son ricos de oro, y los ríos llevan harto de este metal. En las demás costumbres parecen a sus comarcanos. Desviado de este pueblo está otro que se llama Mugia, donde hay muy grande cantidad de sal, y muchos mercaderes que la llevan pasada la cordillera, por la cual traen mucha suma de oro, y ropa de algodón, y otras cosas de las que ellos han menester. De esta sal, y dónde la sacan, y cómo la llevan adelante se tratará. Pasando de este pueblo hacia el Oriente está el valle de Aburra, para ir a él se pasa la serranía de los Andes muy fácilmente y con poca montaña y aun sin tardar más que un día, la cual descubrimos con el capitán Jorge Robledo, y no vimos más de algunos pueblos pequeños, y

diferentes de los que habíamos pasado, y no tan ricos. Cuando entramos en este valle de Aburra, fue tanto el aborrecimiento que nos tomaron los naturales de él, que ellos y sus mujeres se ahorcaban de sus cabellos o de los maures de los árboles, y aullando con gemidos lastimeros dejaban allí los cuerpos, y bajaban las ánimas a los infiernos. Hay en este valle de Aburra muchas llanadas, la tierra es muy fértil, y algunos ríos pasan por ella. Adelante se vio un camino antiguo muy grande, y otros por donde contratan con las naciones que están al Oriente que son muchas y grandes, las cuales sabemos que las hay más por fama que por haberlo visto. Más adelante del Pueblo Llano se allega a otro que ha por nombre Cenufara, es rico, y donde se cree que hay grandes sepulturas ricas. Los indios son de buenos cuerpos, andan desnudos como los que habemos pasado, y conforman con ellos en el traje y en lo demás. Adelante está otro pueblo que se llama el Pueblo Blanco, y dejamos para ir a la villa de Arma el río grande a la diestra mano.

Otros ríos mucho hay en este camino, que por ser tantos y no tener nombres no los pongo. Cabe Cenufara queda un río de montaña y de muy gran pedrería, por el cual se camina una jornada, a la siniestra mano está una grande y muy poblada provincia, de lo cual luego escribiré. Estas regiones y poblaciones estuvieron primero puestas debajo de la ciudad de Cartago y en sus límites, y señalado por sus términos hasta el río grande por el capitán Jorge Robledo que la pobló, más como los indios sean tan indómitos y enemigos de servir ni ir a la ciudad de Cartago, mande el adelantado Belalcázar gobernador de su majestad que se dividiesen los indios quedando todos estos pueblos fuera de los límites de Cartago, y que se fundase en ella una villa de españoles, la cual se pobló, y fue el fundador Miguel Muñoz en nombre de su majestad, siendo su gobernador de esta provincia el adelantado don Sebastián de Belalcázar, año de mil quinientos y cuarenta y dos. Estuvo primero poblada a la entrada de la provincia de Arma en una sierra. Y fue tan cruel la guerra que los naturales dieron a los españoles, que por ello, y por haber poca anchura para hacer sus sementeras y estancias, se pasó dos leguas o poco más de aquel sitio hacia el río grande, y está veinte y tres leguas de la ciudad de Cartago, y doce de la villa de Ancerma, y una del río grande, en una llamada que se hace entre dos ríos pequeños a manera de ladera, cercada de grandes palmares diferentes de

los que de suso he dicho, pero más provechosos, porque sacan de lo interior de los árboles muy sabrosos palmitos, y la fruta que echan también lo es, la cual quebrada en unas piedras sacan leche, y aun hacen nata y manteca singular, que encienden lámparas, y arde como aceite. Yo he visto lo que digo, y he hecho en todo la experiencia. El sitio de esta villa se tiene por algo enfermo; son las tierras fértiles que no hacen más de apalear la paja, y quemar los cañaverales, y esto hecho, una hanega de maíz que siembren dé ciento y más, y siembran el maíz dos veces en el año, las demás cosas también se dan en abundancia. Trigo hasta ahora no se ha dado ni han sembrado ninguno, para que pueda afirmar si se dará o no. Las minas son ricas, en el río grande que está una legua de esta villa más que en otras partes, porque si echan negros, no habrá día que no den cada uno dos o tres ducados a su amo. El tiempo andando, ella vendrá a ser de las ricas tierras de las Indias. El repartimiento de indios que por mis servicios se me dio fue en los términos de esta villa. Bien quisiera que hubiera en que extendiera la pluma algún tanto, pues tenía para ello razón tan justa, mas la calidad de las cosas sobre que ella está fundada no lo consiente, y principalmente porque muchos de mis compañeros los descubridores y conquistadores que salimos de Cartagena están sin indios, y los tienen los que han habido por dineros o por haber seguido a los que han gobernado, que cierto no es pequeño mal.

CAPÍTULO XVIII

De la provincia de Arma, y de sus costumbres, y de otras cosas notables que en ella hay

ESTA PROVINCIA de Arma, de donde la villa tomó nombre, es muy grande y muy poblada, y la más rica de todas sus comarcanas, tiene más de veinte mil indios de guerra (los que tenía cuando yo escribí esto, que fue la primera vez que entramos cristianos españoles en ella) estos sin las mujeres y niños. Sus casas son grandes y redondas hechas de grandes varas y vigas, que empiezan desde abajo, y suben arriba, hasta que hecho en lo alto de la casa un pequeño arco redondo, fenece el enmaderamiento, la cobertura es de paja. Dentro de estas casas hay muchos apartados, entoldados con este-

ras, tienen muchos moradores. La provincia tendrá longitud diez leguas, y la latitud seis o siete, y en circuito diez y ocho leguas poco menos, de grandes y ásperas sierras sin montañas todas de campaña. Los más valles y laderas parecen huertas, según están pobladas y llenas de arboledas de frutales de todas maneras, de las que suele haber en estas partes, y de otra muy gustosa llamada pitahaya de color morada. Tiene esta fruta tal propiedad, que en comiendo de ella, aunque no sea sino una, queriendo orinar se echa la orina de color de sangre. En los montes también se halla otra fruta que la tengo por muy singular que llaman uvillas, pequeñas, y tienen un olor muy suave. De las sierras nacen algunos ríos, y uno de ellos que nombramos el río de Arma es de invierno trabajoso de pasar, los demás no son grandes. Y ciertamente, según la disposición de ellos, y creo que por tiempo se ha de sacar de estos ríos oro como en Vizcaya hierro. Los que esto leyeren, y hubieren visto la tierra como yo, no les parecerá cosa fabulosa. Sus labranzas tienen los indios por las riberas de estos ríos, y de todos ellos unos con otros se dieron siempre guerra cruel, y difieren en las lenguas en muchas partes, tanto que casi en cada barrio y loma hay lengua diferente. Eran y son riquísimos de oro a maravilla, y si fueran los naturales de esta provincia de Arma del jaez de los del Perú, y tan domésticos, yo prometo que con sus minas ellos rentarán cada año más de quinientos mil pesos de oro. Tienen o tenían de este metal muchas y grandes joyas, y es tan fino, que el de menos ley tiene diez y nueve quilates.

Cuando ellos iban a la guerra, llevaban coronas y unas patenas en los pechos y muy lindas plumas, y brazales y otras muchas joyas. Cuando los descubrimos, la primera vez que entramos en esta provincia con el capitán Jorge Robledo, me acuerdo yo, se vieron indios armados de oro de los pies a la cabeza, y se le quedó hasta hoy la parte donde los vimos por nombre la Loma de los Armados. En lanzas largas solían llevar banderas de gran valor. Las casas tienen en lo llano y plazas que hacen las lomas, que son los fenecimientos de las sierras, las cuales son muy ásperas y fragosas. Tienen grandes fortalezas de las cañas gordas que he dicho, arrancadas con sus raíces y cepas, las cuales tornan a plantar en hileras de veinte en veinte por su orden y compás como calles. En mitad de esta fuerza tienen o tenían

cuando yo los vi, un tablado alto y bien labrado de las mismas cañas con su escalera para hacer sus sacrificios.

CAPÍTULO XIX

De los ritos y sacrificios que estos indios tienen, y cuán grandes carniceros son del comer carne humana

LAS ARMAS que tienen estos indios son dardos, lanzas, hondas, tiraderas con sus estólicas, son muy grandes voceadores, cuando van a la guerra, llevan muchas bocinas y tambores, y flautas, y otros instrumentos. En gran manera son cautelosos y de poca verdad, ni la paz que prometen sustentan. La guerra que tuvieron con los españoles se dirá adelante en su tiempo y lugar. Muy grande es el dominio y señorío que el demonio enemigo de la natura humana, por los pecados de esta gente, sobre ellos tuvo permitiéndole Dios, porque muchas veces era visto visiblemente por ellos. En aquellos tablados tenían muy grandes manojos de cuerdas de cabuya a manera de crizneja, la cual nos aprovechó para hacer alpargatas, tan largas que tenían a más de cuarenta brazas una de estas sogas. De lo alto del tablado ataban los indios que tomaban en la guerra por los hombros, y dejándolos colgados, y a algunos de ellos sacaban los corazones y los ofrecían a sus dioses o al demonio, a honra de quien se hacían aquellos sacrificios, y luego sin tardar mucho comían los cuerpos de los que así mataban. Casa de adoración no se les ha visto ninguna, más de que en las casas o aposentos de los señores tenían un aposento muy esterado y aderezado. En Paucura vi yo uno de estos adoratorios, como adelante diré, en lo secreto de ellos estaba un retrete, y en él había muchos incensarios de barro, en los cuales en lugar de incienso quemaban ciertas hierbas menudas. Yo las vi en la tierra de un señor de esta provincia llamado Yayo, y eran tan menudas, que casi no salían de la tierra, unas tenían una flor muy negra, y otros la tenían blanca. En el olor parecían a *berbena*[2], y estas con otras resinas quemaban delante de

2. *Berbena*. Yerva común que nace por los campos incultos; con ella se hazían las coronas obsidionales y coronavan los romanos con ella la esposa y la llevavan consigo los embaxadores, en señal de que avían de ser mirados y guardados... (Covarrubias).
Verbena. (Del lat. *verbena*). Planta herbácea anual, de la familia de las Verbenáceas, con

sus ídolos. Y después que han hecho otras supersticiones, viene el demonio, el cual cuentan que les aparece en figura de indio, y los ojos muy resplandecientes, y a los sacerdotes o ministros suyos daba la respuesta de lo que le preguntaban y de lo que querían saber. Hasta ahora en ninguna de estas provincias están clérigos ni frailes, no osan estar, porque los indios son tan malos y carniceros, que muchos han comido a los señores que sobre ellos tenían encomienda, aunque cuando van a los pueblos de los españoles les amonestan que dejen sus vanidades y costumbres gentílicas, y se alleguen a nuestra religión recibiendo agua de bautismo, y permitiéndolo Dios, algunos señores de las provincias de esta gobernación se han tornado cristianos, y aborrecen al diablo, y escupen de sus dichos y maldades. La gente de esta provincia de Arma son de medianos de cuerpos, todos morenos, tanto que en la color todos los indios y indias de estas partes (con haber tanta multitud de gentes, que casi no tiene número, y tan gran diversidad y largura de tierra) parece que todos son hijos de una madre y de un padre. Las mujeres de estos indios son de las feas y sucias que yo vi en todas aquellas comarcas. Andan ellas y ellos desnudos, salvo que para cubrir sus vergüenzas se ponen delante de ellas unos maures tan anchos como un palmo, y tan largos como palmo y medio, con esto se tapan la delantera, lo demás todo anda descubierto. En aquella tierra no tendrán los hombres deseo de ver las piernas a las mujeres, pues que ora haga frío o sientan calor, nunca las tapan. Algunas de estas mujeres andan trasquiladas, y lo mismo sus maridos. Las frutas y mantenimientos que tienen es maíz y yuca y otras raíces muchas y muy sabrosas, y algunas guayabas, y paltas, y palmas de los *pixivaes*.

Los señores se casan con las mujeres que más les agradan, la una de éstas se tiene por la más principal. Y los demás indios cásanse unos con hijas y hermanas de otros sin orden ninguna, y muy pocos hallan las mujeres vírgenes. Los señores pueden tener muchas, los demás a una y a dos y a tres, como tiene la posibilidad. En muriéndose los señores o principales, los entierran dentro en sus casas, o en lo alto de los cerros, con las ceremo-

tallo de seis a ocho decímetros de altura, erguido y ramoso por arriba, hojas ásperas y hendidas, flores de varios colores, terminales y en espigas largas y delgadas, y fruto seco con dos o cuatro divisiones y otras tantas semillas. Es común en España. (*DRAE*).

nias y lloros que acostumbran los que de suso he dicho. Los hijos heredan a los padres en el señorío, y en las casas y tierras. Faltando hijo lo hereda el que lo es de la hermana y no del hermano. Adelante diré la causa porque en la mayor parte de estas provincias heredan los sobrinos hijos de hermana y no de hermano, según yo oí a muchos naturales de ellas, que es causa que los señoríos o cacicazgos se hereden por la parte femenina y no por la masculina. Son tan amigos de comer carne humana estos indios, que se ha visto haber tomado indias tan preñadas que querían parir, y con ser de sus mismos vecinos, arremeten a ellas, y con gran presteza abrirles el vientre con sus cuchillos de pedernal o de caña, y sacar la criatura, y habiendo hecho gran fuego en un pedazo de olla tostarlo y comerlo luego, y acabar de matar a la madre y con las inmundicias comérsela con tanta prisa que era cosa de espanto. Por los cuales pecados y otros que estos indios cometen ha permitido la divina Providencia, que estando tan desviados de nuestra región de España, que casi parece imposible, que se pueda andar de una parte a otra hayan abierto caminos y carreras por la mar tan larga del Océano, y llegado a sus tierras, adonde solamente diez o quince cristianos que se hallan juntos, acometen a mil y a diez mil de ellos, y los vencen y sujetan. Lo cual también creo no venir por nuestros merecimientos, pues somos tan pecadores, sino por querer Dios castigarlos por nuestra mano, pues permite lo que se hace. Pues volviendo al propósito, estos indios no tienen creencia a lo que yo alcancé, ni entienden más de lo que permite Dios que el demonio les diga. El mando que tienen los caciques o señores sobre ellos no es más que les hacen sus casas, y les labran sus campos, sin lo cual les dan mujeres las que quieren, y les sacan de los ríos oro, con que contratan en las comarcas. Y ellos se nombran capitanes en las guerras, y se hallan con ellos en las batallas que dan. En todas las cosas son de poca constancia. No tienen vergüenza de nada, ni saben qué cosa sea virtud, y en malicias son muy astutos unos para con otros. Adelante de esta provincia a la parte de Oriente está la montaña de suso dicha, que se llama de los Andes, llena de grandes sierras. Pasada ésta, dicen los indios que está un hermoso valle con un río que pasa por él, adonde (según dicen estos naturales de Arma) hay gran riqueza y muchos indios. Por todas estas partes las mujeres paren sin parteras, y aun por todas las más de las Indias, y en pariendo, luego se van a lavar ellas mis-

mas al río, haciendo lo mismo a las criaturas, y ora ni momento no se guardan del aire ni sereno, ni les hace mal. Y veo que muestran tener menos dolor cincuenta de estas mujeres que quieren parir, que una sola de nuestra nación. No sé si va en el regalo de las unas, o en ser bestiales las otras.

CAPÍTULO XX

De la provincia de Paucura, y de su manera y costumbre

PASADA la gran provincia de Arma, está luego otra a quien dicen de Paucura, que tenía cinco o seis mil indios, cuando la primera vez en ella entramos con el capitán Jorge Robledo. Difiere en la lengua a la pasada. Las costumbres todas son unas, salvo que estos son mejor gente y más dispuestos, y las mujeres traen unas mantas pequeñas con que se cubren cierta parte del cuerpo, y ellos hacen lo mismo. Es muy fértil esta provincia para sembrar maíz y otras cosas, no son tan ricos de oro como los que quedan atrás, ni tienen tan grandes casas, ni es tan fragosa de sierras. Un río corre por ella sin otros muchos arroyos. Junto a la puerta del principal señor, que había por nombre Pimana, estaba un ídolo de madera tan grande como un hombre de buen cuerpo, tenía el rostro hacia el nacimiento del sol, y los brazos abiertos, cada martes sacrificaban dos indios al demonio, en esta provincia de Paucura, y lo mismo en la de Arma, según nos dijeron los indios, aunque estos que sacrificaban si lo hacían, tampoco alcanzo si serían de los mismos naturales, o de los que prendían en la guerra. Dentro de las casas de los señores tienen de las cañas gordas que de suso he dicho, las cuales después de secas en extremo son recias, y hacen un cercado como jaula ancha y corta y no muy alta tan reciamente atadas, que por ninguna manera los que meten dentro se pueden salir. Cuando van a la guerra, los que prenden pónenlos allí, y mándanles dar muy bien de comer, y de que están gordos, sácanlos a sus plazas que están junto a las casas, y en los días que hacen fiesta los matan con gran crueldad, y los comen. Yo vi algunas de estas jaulas o cárceles en la provincia de Arma. Y es de notar, que cuando quieren matar algunos de aquellos malaventurados para comer los hacen hincar de rodillas en tierra, y bajando la cabeza, le dan junto al colodrillo un golpe, del cual queda aturdido, y no habla ni se queja, ni dice mal ni bien. Yo he

visto lo que digo, hartas veces matar a los indios, y no hablar, ni pedir misericordia, antes algunos se ríen cuando los matan que es cosa de grande admiración. Y esto más procede de bestialidad que no de ánimo. Las cabezas de estos que comen ponen en lo alto de las cañas gordas. Pasada esta provincia por el mismo camino se allega a una loma alta, la cual con sus vertientes a una parte y a otra está poblada de grandes poblaciones o barrios lo alto de ella. Cuando entramos la primera vez en ella, estaba muy poblada de grandes casas. Llámase este pueblo Pozo, y es de lengua y costumbres que los de Arma.

CAPÍTULO XXI

De los indios de Pozo, y cuán valientes y temidos son de sus cormacanos

EN ESTA provincia de Pozo había tres señores cuando en ella entramos con el capitán Jorge Robledo y otros principales. Ellos y sus indios eran y son los más valientes y esforzados de todas las provincias sus vecinas y comarcanas. Tienen por una parte el río grande, y por otra la provincia de Carrapa, y la de Picara, de las cuales diré luego. Por la otra parte la de Paucura que ya dije. Estos no tienen amistad con ninguna gente de las otras. Su origen y principio fue (a lo que ellos cuentan) de ciertos indios que en los tiempos antiguos salieron de la provincia de Arma, los cuales pareciéndoles la disposición de la tierra donde ahora es tan fértil, la poblaron, y de ellos procede los que ahora hay. Sus costumbres y lengua es conforme con los de Arma. Los señores y principales tienen muy grandes casas redondas muy altas, viven en ellas diez o quince moradores, y en algunas menos, como es la casa. A las puertas de ellas hay grandes palizadas y fortalezas hechas de las cañas gordas y en medio de estas fuerzas había grandes y muy altos tablados entoldados de esteras, las cañas tan espesas, que ningún español de los de a caballo podía entrar por ellas. Desde lo alto del tablado atalayaban todos los caminos para ver lo que por ellos venía. Pimaraqua se llamaba el principal señor de este pueblo, cuando entramos en él con Robledo. Tienen los hombres mejor disposición que los de Arma, y las muje-

res por el consiguiente son de grandes cuerpos, de feos rostros, aunque algunas hay que son hermosas, aunque yo vi pocas que lo fuesen.

Dentro en las casas de los señores había entrando en ella una renglera de ídolos, que tenía cada una quince o veinte, todos a la hila tan grandes cada uno como un hombre, los rostros hechos de cera con grandes visajes, de la forma y manera que el demonio se les aparecía. Dicen que algunas veces cuando por ellos era llamado, se entraba en los cuerpos o talles de estos ídolos de palo, y dentro de ellos respondía. Las cabezas son de calaveras de muertos. Cuando los señores se mueren, los entierran dentro en sus casas en grandes sepulturas, metiendo en ella grandes cántaros de su vino hecho de maíz, y sus armas y su oro. Adornándolos de las cosas más estimadas que tienen, enterrando a muchas mujeres vivas con ellos, según y de la manera que hacen los demás que he pasado. En la provincia de Arma me acuerdo yo, la segunda vez que por allí pasó el capitán Jorge Robledo, que fuimos por su mandado a sacar en el pueblo del señor Yayo un Antonio Pimentel y yo una sepultura, en la cual hallamos más de doscientas piezas pequeñas de oro, que en aquella tierra llaman chagualetas, que se ponen en las mantas, y otras patenas, y por haber malísimo olor de los muertos lo dejamos sin acabar de sacar lo que había. Y si lo que hay en el Perú y en estas tierras enterrado se sacase, no se podría enumerar el valor, según es grande, y en tanto lo pondero, que es poco lo que los españoles han habido para compararlo con ello. Estando yo en el Cuzco tomando de los principales de allá relación de los Ingas oí decir que Paulo Ynga y otros principales decían que si todo el tesoro que había en las provincias y guacas que son sus templos y en los enterramientos se juntara, que haría tan poca mella lo que los españoles habían sacado, cuan poca se haría sacando de una gran vasija de agua una gota de ella.

Y que haciendo más clara y patente la comparación, tomaban una medida grande de maíz, de la cual sacando un puño, decían: los cristianos han habido esto, lo demás está en tales partes que nosotros mismos no sabemos de ello. Así que grandes son los tesoros que en estas partes están perdidos. Y lo que se ha habido, si los españoles no lo hubieran habido, ciertamente todo ello o lo más estuviera ofrecido al diablo y a sus templos y sepulturas, donde enterraban sus difuntos, porque estos indios no lo quieren ni lo

buscan para otra cosa, pues no pagan sueldo con ello a la gente de guerra, ni mercan ciudades ni reinos, ni quieren más que enjaezarse con ello, siendo vivos, y después que son muertos llevárselo consigo, aunque me parece a mí, que con todas estas cosas éramos obligados a los amonestar, que viniesen a conocimiento de nuestra santa fe católica, sin pretender solamente henchir las bolsas. Estos indios y sus mujeres andan desnudos como sus comarcanos, son grandes labradores. Cuando están sembrando o cavando la tierra, en la una mano tienen la macana para rozar y en la otra la lanza para pelear. Los señores son aquí más temidos de sus indios que en otras partes. Herédanles en el señorío sus hijos, o sobrinos si les faltan hijos. La manera que tenían en la guerra es, que la provincia de Picara que está de este pueblo dos leguas, y la de Paucura que está legua y media, y la de Carrapa que estará a otro tanto, cada una de estas provincias tenía más indios que ésta tres veces, y con ser así con unos y con otros, tenían guerra cruelísima, y todos los temían, y deseaban su amistad. Salían de sus pueblos mucha copia de gente, dejando en el recaudo bastante para su defensa, llevando muchos instrumentos de bocinas y tambores y flautas, iban contra los enemigos, llevando cordeles recios para atar los que pretendiesen de ellos. Llegando pues adonde combaten con ellos, anda la grita y estruendo muy grande entre unos y otros, y luego vienen a las manos, y mátanse y préndense, y quémense las casas. En todas sus peleas siempre fueron más hombres en ánimo y esfuerzo estos indios de Pozo, y así lo confiesan sus vecinos comarcanos. Son tan carniceros de comer carne humana como los de Arma, porque yo les vi un día comer más de cien indios y indias, de los que habían muerto y preso en la guerra. Andando con nosotros, estando conquistando el adelantado don Sebastián de Belalcázar las provincias de Picara y Paucura, que se habían rebelado, y fue Perequita, que a la sazón era señor en este pueblo de Pozo, y en las entradas que hicimos mataron los indios que he dicho, buscándolos entre las matas como si fueran conejos. Y por las riberas de los ríos se juntaban veinte o treinta indios de éstos en ala, y debajo de las matas y entre las rocas los sacaban sin que les quedase ninguno.

Estando en la provincia de Paucura un Rodrigo Alonso y yo, y otros dos cristianos, íbamos en seguimiento de unos indios, y al encuentro salió

una india de las frescas y hermosas que yo vi en todas aquellas provincias, y como la vimos, la llamamos, la cual como nos vio, como si viera el diablo, dando gritos se volvió adonde venían los indios de Pozo, teniendo por mejor fortuna ser muerta y comida por ellos, que no quedar en nuestro poder. Y así uno de los indios que andaban con nosotros confederados en nuestra amistad, sin que lo pudiésemos estorbar, con gran crueldad le dio tan gran golpe en la cabeza, que la aturdió llegando luego otro con un cuchillo de Pedernal la degolló. Y la india cuando se fue para ellos no hizo más de hincar la rodilla en tierra y aguardar la muerte, como se la dieron, y luego se bebieron la sangre, y se comieron crudo el corazón con las entrañas, llevándose los cuartos y la cabeza para comer la noche siguiente.

Otros dos indios vi que mataban de estos de Paucura, los cuales se reían muy de gana, como si no hubieran ellos de ser los que habían de morir. De manera que estos indios y todos sus vecinos tienen este uso de comer carne humana. Y antes que nosotros entrásemos en sus tierras, ni los ganásemos lo usaban. Son muy ricos de oro estos indios de Pozo, y junto a su pueblo hay grandes minas de oro en las playas del río grande que pasa por él.

Aquí en este lugar prendió el adelantado don Sebastián de Belalcázar y su capitán y teniente general Francisco Hernández Girón al mariscal don Jorge Robledo, y le cortó la cabeza, y también hizo otras muertes. Y por no dar lugar, que el cuerpo del Mariscal fuese llevado a la villa de Arma, lo comieron los indios a él, y a los demás que mataron, no embargante que los enterraron, y quemaron una casa encima de los cuerpos, como adelante diré en la cuarta parte de esta historia, donde se tratan las guerras civiles, que en este reino del Perú han pasado, y allí lo podrán ver los que saber lo quisieren sacada a luz.

CAPÍTULO XXII

De la provincia de Picara, y de los señores de ella

SALIENDO de Pozo, y caminando a la parte de Oriente, está situada la provincia de Picara grande y muy poblada. Los principales señores que había en ella cuando la descubrimos se nombraban, Picara, Chusquruqua, San-

guitama, Chambiriqua, Ancora, Aupirimi, y otros principales. Su lengua y costumbres es conforme con los de Paucura. Extiéndese esta provincia hacia unas montañas de las cuales nacen ríos de muy linda y dulce agua. Son ricos de oro a lo que se cree. La disposición de la tierra es como la que habemos pasado de grandes sierras, pero la más poblada, porque todas las sierras, y laderas, y cañadas, y valles están siempre tan labradas, que dan gran contento y placer ver tantas sementeras. En todas partes hay muchas arboledas de todas frutas. Tienen pocas casas, porque con la guerra las queman. Había más de diez o doce mil indios de guerra, cuando la primera vez entramos en esta provincia y andan los indios de ella desnudos, porque ellos ni sus mujeres no traen más de pequeñas mantas, o maures con que se cubren las partes vergonzosas, en lo demás ni quitan ni ponen a los que quedan atrás, y tienen la costumbre que ellos en el comer, y en beber, y en se casar. Y por el consiguiente cuando los señores y principales mueren, los meten en sus sepulturas grandes y muy hondas bien acompañados de mujeres vivas y adornados de las cosas preciadas suyas, conforme a la costumbre general de los más indios de estas partes. A las puertas de las casas de los caciques hay plazas pequeñas todas cercadas de las cañas gordas, en lo alto de las cuales tienen colgadas las cabezas de los enemigos, que es cosa temerosa de verla, según están muchas y fieras con sus cabellos largos, y las caras pintadas de tal manera que parecen rostros de demonios. Por lo bajo de las cañas hacen unos agujeros, por donde el aire puede respirar, cuando algún viento se levanta, hacen gran sonido, parece música de diablos. Tampoco les sabe mal a estos indios la carne humana, como a los de Pozo, porque cuando entramos en él la vez primera con el capitán Jorge Robledo, salieron con nosotros de estos naturales de Picara más de cuatro mil, los cuales se dieron tal maña, que mataron y comieron más de trescientos indios. Pasada la montaña que está por encima de esta provincia al Oriente, que es la cordillera de los Andes, afirman que hay una grande provincia y valle que dicen llamarse Arbi, muy poblada y rica. No se ha descubierto, ni sabemos más de esta fama. Por los caminos tienen siempre estos indios de Picara grandes púas o estacas de palma negra agudas como de hierro, puestas en hoyos y cubiertas sutilmente con paja o yerba. Cuando los españoles y ellos contienden en guerra, ponen tantas, que se anda con gran trabajo

por la tierra, y así muchos se las han hincado por las piernas y pies. Algunos de estos indios tienen arcos y flechas, mas no hay en ellas yerba ni se dan maña a tirarlas, por lo cual no hacen con ellas daño. Hondas tienen con que tiran piedras con mucha fuerza. Los hombres son de mediano cuerpo, las mujeres lo mismo, y algunas bien dispuestas. Partidos de esta provincia hacia la ciudad de Cartago, se va a la provincia de Carrapa, que no está muy lejos, y es poblada y muy rica.

CAPÍTULO XXIII

De la provincia de Carrapa, y de lo que hay que decir de ella

LA PROVINCIA de Carrapa está doce leguas de la ciudad de Cartago, asentada en unas sierras muy ásperas rasas, sin haber en ellas montaña más de la cordillera de los Andes que pasa por encima. Las casas son pequeñas y muy bajas hechas de cañas, y la cobertura de unos cogollos de otras cañas menudas y delgadas, de las cuales hay muchas en aquellas partes. Las casas o aposentos de los señores algunos son bien grandes y otros no. Había cuando la primera vez entramos cristianos españoles en esta provincia de Carrapa, cinco ejemplares. Al mayor y más grande llamaban Yrrua, el cual los años pasados les había entrado en ella por fuerza, y como hombre poderoso y tirano la mandaba casi toda. Entre las sierras hay algunos vallecetes y llanos muy poblados y llenos de ríos y arroyos, y muchas fuentes, el agua no tan delgada ni sabrosa como la de los ríos y fuentes que se han pasado. Los hombres son muy crecidos de cuerpo, los rostros largos, y las mujeres lo mismo y robustas. Son riquísimos de oro, porque tenían grandes piezas de él muy finas, y muy lindos vasos con que bebían el vino que ellos hacen del maíz tan recio, que bebiendo mucho priva el sentido a los que lo beben. Son tan viciosos en beber, que se bebe un indio de una asentada una arroba y más, no de un golpe sino de muchas veces. Y teniendo el vientre lleno de este brebaje, provocan a vómito, y lanzan lo que quieren, y muchos tienen con la una mano la vasija con que están bebiendo, y con la otra el miembro con que orinan. No son muy grandes comedores, y esto del beber es vicio envejecido en costumbre, que generalmente tienen todos los indios que hasta ahora se han descubierto en estas Indias. Si los señores mueren sin

hijos, manda su principal mujer, y aquella muerta, hereda el señorío el sobrino del muerto, con que ha de ser el hijo de su hermana si la tiene, y son de lenguaje por sí. No tienen templo ni casa de adoración, el demonio habla también con algunos de estos indios como con los demás. Dentro de sus casas entierran después de muertos a sus difuntos en grandes bóvedas, que para ello hacen, con los cuales meten mujeres vivas y otras muchas cosas de las preciadas que ellos tienen como hacen sus comarcanos.

Cuando algunos de estos indios se siente enfermo, hace grandes sacrificios por su salud, como lo aprendieron de sus pasados, todo dedicado al maldito demonio, el cual (por quererlo Dios permitir) les hace entender, las cosas todas ser en su mano, y ser el superior de todo. No porque (como dije) estas gentes ignoren, que hay un solo Dios hacedor del mundo, porque esta dignidad no permite el poderoso Dios, que el demonio pueda atribuir a sí, lo que le es tan ajeno, mas esto créenlo mal y con grandes abusos, aunque yo alcancé de ellos mismos que a tiempos están mal con el demonio, y que lo aborrecen, conociendo sus mentiras y falsedades, mas como por sus pecados los tenga tan sujetos a su voluntad, no dejaban de estar en las prisiones de su engaño ciegos en su ceguedad como los gentiles, y otras gentes de más saber y entendimiento que ellos, hasta que la luz de la palabra del sacro evangelio entre en los corazones de ellos. Y los cristianos que en estas Indias anduvieren, procuren siempre de aprovechar con doctrina a estas gentes, porque haciéndolo de otra manera, no sé cómo les irá, cuando los indios y ellos parezcan en el juicio universal ante el acatamiento divino. Los señores principales se casan con sus sobrinas y algunos con sus hermanas, y tienen muchas mujeres. Los indios que matan también los comen como los demás. Cuando van a la guerra llevan todos muy ricas piezas de oro, y en sus cabezas grandes coronas, y en las muñecas gruesos brazales todo de oro, llevan adelante de sí grandes banderas muy preciadas. Yo vi una que dieron en presente al capitán Jorge Robledo la primera vez que entramos con él en su provincia, que pesó tres mil y tantos pesos, y un vaso de oro también le dieron, que valió doscientos noventa. Y otras dos cargas de este metal en joyas de muchas maneras. La bandera era una manta larga y angosta puesta en una vara, llena de unas piezas de oro pequeñas a manera de estrellas, y otras con talle redondo. En esta provincia hay también

muchos frutales, y algunos venados, y guadaquinajes, y otras cazas, y otros muchos mantenimientos y raíces campestres gustosas para comer. Salidos de ella pasamos a la provincia de Quimbaya, donde está asentada la ciudad de Cartago. Hay de la villa de Arma a ella veinte y dos leguas. Entre esta provincia de Carrapa y la de Quimbaya está un valle muy grande despoblado, de donde era señor éste tirano que he dicho, llamado Yrrua, que mandaba en Carrapa. Fue muy grande la guerra que sus sucesores y él tuvieron con los naturales de Quimbaya, por los cuales hubieron al fin de dejar su patria, y con las mañas que tuvo se entró en esta provincia de Carrapa. Hay fama que tiene grandes sepulturas de señores que están enterrados en él.

CAPÍTULO XXIV

De la provincia de Quimbaya, y de las costumbres de los señores de ella, y de la fundación de la ciudad de Cartago y quién fue el fundador

LA PROVINCIA de Quimbaya terná quince leguas de longitud y diez de latitud, desde el río grande hasta la montaña nevada de los Andes, todo ello muy poblado, y no es tierra tan áspera ni fragosa como la pasada. Hay muy grandes y espesos cañaverales, tanto que no se puede andar por ellos, sino es con muy gran trabajo, porque toda esta provincia y sus ríos están llenos de estos cañaverales. En ninguna parte de las Indias no he visto ni oído, adonde haya tanta multitud de cañas como en ella, pero quiso Dios nuestro señor, que sobrasen aquí las cañas porque los moradores no tuviesen mucho trabajo en hacer sus casas. La sierra nevada, que es la cordillera grande de los Andes, está siete leguas de los pueblos de esta provincia.

En lo alto de ella está un volcán, que cuando hace claro, echa de sí grande cantidad de humo, y nacen de esta sierra muchos ríos, que riegan toda la tierra. Los más principales son el río de Tacurumbi, el de la Cegue, el que pasa por junto a la ciudad, y otros que no se podrán contar, según son muchos, en tiempo de invierno cuando vienen crecidos, tienen sus puentes hechas de cañas atadas fuertemente con bejucos recios a árboles que hay de una parte de los ríos a otra. Son todos muy ricos de oro, estando yo en esta ciudad el año pasado de mil y quinientas y cuarenta y siete años, se sacaron

en tres meses más de quince mil pesos, y el que más cuadrilla tenía era tres o cuatro negros y algunos indios. Por donde vienen estos ríos se hacen algunos valles, aunque como he dicho son de cañaverales, y en ellos hay muchos árboles de frutas, de las que suele haber en estas partes, y grandes palmares de los Pixivaes.

Entre estos ríos hay fuentes de agua salobre, que es cosa maravillosa de ver del arte como salen por mitad de los ríos, y para por ello dar gracias a Dios nuestro señor. Adelante haré capítulo por sí de estas fuentes, porque es cosa muy de notar. Los hombres son bien dispuestos, de buenos rostros, las mujeres lo mismo y muy amorosas. Las casas que tienen son pequeñas, la cobertura de hoja de cañas. Hay muchas plantas de frutas y otras cosas que los españoles han puesto así de España como de la misma tierra. Los señores son en extremo regalados, tienen muchas mujeres, y son todos los de esta provincia amigos y confederados. No comen carne humana, si no es por muy gran fiesta, y los señores solamente eran muy ricos de oro, de todas las cosas que por los ojos eran vistas, tenían ellos hechos joyas de oro y muy grandes vasos con que bebían de su vino. Uno vi yo que dio un cacique llamado Tacurumbi al capitán Jorge Robledo que cabía en él dos azumbres de agua, otro dio este mismo cacique a Miguel Muñoz mayor y más rico. Las armas que tienen son lanzas y dardos, y unas estólicas que arrojan de rodeo, con ellas unas tiraderas que es mala arma. Son entendidos y avisados, y algunos muy grandes hechiceros. Júntanse a hacer fiestas en sus solaces, después que han venido, hácense un escuadrón de mujeres a una parte, y otro a otra, y lo mismo los hombres, y los muchachos no están parados, que también lo hacen, y arremeten uno a otro diciendo con un sonete: batatabati, batatabati, que quiere decir ea juguemos. Y así con tiraderas y varas se comienza el juego, que después se acaba con heridas de muchos, y muertes de algunos. De sus cabellos hacen grandes rodelas, que llevan cuando van a la guerra a pelear. Ha sido gente muy indómita y trabajosa de conquistar, hasta que se hizo justicia de los caciques antiguos, aunque para matar algunos no hubo mucha, pues todo era sobre sacarles este negro oro, y por otras causas que se contarán en su lugar. Cuando salían a sus fiestas y placeres en alguna plaza, juntábanse todos indios, y dos de ellos con dos tambores hacían son, donde tomando otro la delantera comienzan

a danzar y bailar, al cual todos siguen, y llevando cada uno la vasija del vino en la mano, porque beber, bailar, cantar todo lo hacen en un tiempo. Sus cantares son recitar a su uso los trabajos presentes y recontar los sucesos pasados de sus mayores. No tienen creencia ninguna, hablan con el demonio de la manera que los demás.

Cuando están enfermos se bañan muchas veces, en el cual tiempo cuentan ellos mismos, que ven visiones espantables. Y pues trato de esta materia, diré aquí lo que en el año pasado de cuarenta y seis en esta provincia de Quimbaya. Al tiempo que el visorrey Blasco Núñez Vela andaba envuelto en las alteraciones causadas por Gonzalo Pizarro y sus consortes, vino una general pestilencia por todo el reino del Perú, la cual comenzó de más adelante del Cuzco, y cundió toda la tierra, donde murieron gentes sin cuento. La enfermedad era, que daba un dolor de cabeza y accidente de calentura muy recio y luego se pasaba el dolor de la cabeza al oído izquierdo, y agravaba tanto el mal, que no duraban los enfermos sino dos o tres días. Venida pues la pestilencia a esta provincia está un río casi media legua de la ciudad de Cartago, que se llama de Consota, y junto a él está un pequeño lago, donde hacen sal de agua de un manantial que está allí. Y estando juntas muchas indias haciendo sal para las casas de sus señores, vieron un hombre alto de cuerpo, el vientre rasgado y sacadas las tripas y las inmundicias y con dos niños de brazos, el cual llegado a las indias, les dijo: Yo os prometo, que tengo que matar a todas las mujeres de los cristianos y a todas las más de vosotras, y fuese luego. Las indias y indios como era de día, no mostraron temor ninguno, antes contaron este cuento riéndose, cuando volvieron a sus casas. En otro pueblo de un vecino que se llama Giraldo Gil Estopiñán vieron esta misma figura encima de un caballo, y que corría por todas las sierras y montañas como un viento. Donde a pocos días la pestilencia y mal del oído dio de tal manera, que la mayor parte de la gente de la provincia faltó, y a los españoles se les murieron sus indias de servicio, que pocas o ninguna quedaron, sin lo cual andaba un espanto, que los mismos españoles parecía estar asombrados y temerosos. Muchas indias y muchachos afirmaban, que visiblemente veían muchos indios de los que ya eran muertos. Bien tiene esta gente entendimiento de pensar que hay en el hombre más que cuerpo mortal, no tienen tampoco qué sea áni-

ma sino alguna transfiguración que ellos piensan. Y creen que los cuerpos todos han de resucitar. Pero el demonio les hace entender que será en parte que ellos han de tener placer y descanso, por lo cual les echan en las sepulturas mucha cantidad de su vino y maíz, pescado, y otras cosas, y juntamente con ellos sus armas, como que fuesen poderosas para los librar de las penas infernales. Es costumbre entre ellos que muertos los padres heredan los hijos, y faltando hijo, el sobrino hijo de la hermana. También antiguamente no eran naturales estos indios de Quimbaya, pero muchos tiempos ha que se entraron en la provincia, matando a todos los naturales, que no debían ser pocos, según lo dan a entender las muchas labranzas, pues todos aquellos bravos cañaverales parece haber sido poblado y labrado, y lo mismo las partes donde hay monte, que hay árboles tan gruesos como dos bueyes, y otros más, donde se ve que solía ser poblado, por donde yo conjeturo haber gran curso de tiempo, que estos indios poblaron en estas Indias. El temple de la provincia es muy sano, adonde los españoles viven mucho y con pocas enfermedades, ni con frío, ni con calor.

CAPÍTULO XXV

En que se prosigue el capítulo pasado sobre lo que toca a la ciudad de Cartago y a su fundación, y del animal llamado *chucha*

COMO ESTOS cañaverales que he dicho sean tan cerrados y espesos, tanto que si un hombre no supiese la tierra, se perdería por ellos, porque no atinaría a salir, según son grandes, entre ellos hay muchas y muy altas ceibas no poco anchas y de muchas ramas, y otros árboles de diversas maneras, que por no saber los nombres, no los pongo. En lo interior de ellos o de algunos hay grandes cuevas y concavidades donde crían dentro abejas, y formando el panal se saca tan singular miel como la de España. Unas abejas hay que son poco mayores que mosquitos, junto a la abertura del panal después que lo tienen bien cerrado, sale un cañuto que parece cera como de medio dedo por donde entran las abejas a hacer su labor cargadas las alicas [alitas] de aquello que cogen de la flor. La miel de éstas es muy rala y algo agra y sacarán de cada colmena poco más que un cuartillo de miel.

Otro linaje hay de estas abejas, que son poco mayores negras, porque las que he dicho son blancas. El abertura que éstas tienen para entrar en el árbol es de cera revuelta con cierta mixtura, que es más dura que piedra. La miel es sin comparación mejor que la pasada, y hay colmena que tiene más de tres azumbres. Otras abejas hay, que son mayores que las de España, pero ninguna de ellas pica, mas de cuanto viendo que sacan la colmena cargan sobre el que corta el árbol apegándosele a los cabellos y barbas. De las colmenas de estas abejas grandes hay alguna que tiene más de media arroba, y es mucho mejor que todas las otras, algunas de éstas saqué yo, aunque más vi sacar a un Pedro de Velasco vecino de Cartago. Hay en esta provincia sin las frutas dichas otra que se llama caymito tan grande como durazno, negro de dentro tienen unos cuesquizitos muy pequeños, y una leche que se apega a las barbas y manos, que se tarda harto en tirar. Otra fruta hay que se llama ciruelas, muy sabrosas. Hay también aguacates, guabas, y guayabas, y algunas tan agras como limones, de buen olor, y sabor. Como los cañaverales son tan espesos, hay muchas alimañas por entre ellos, y grandes leones, y también hay un animal que es como una pequeña raposa, la cola larga y los pies cortos, de color parda, la cabeza tiene como zorra. Vi una vez una de éstas, la cual tenía siete hijos y estaban junto a ella, y como sintió ruido abrió una bolsa que natura le puso en la misma barriga y tomó con gran presteza a los hijos, huyendo con mucha ligereza, de una manera que yo me espanté de su presteza, siendo tan pequeña y correr con tan gran carga, y que anduviese tanto. Llaman a este animal chucha. Hay unas culebras pequeñas de mucha ponzoña y cantidad de venados, y algunos conejos, y muchos guasaquinajes, que son pocos mayores que liebres y tienen buena carne y sabrosa para comer. Y otras muchas cosas hay que dejo de contar, porque me parece que son menudas. La ciudad de Cartago está asentada en una loma llana entre dos arroyos pequeños siete leguas del río grande de Santa Marta, y cerca de otro pequeño, del agua del cual beben los españoles. Este río tiene siempre puente de las cañas gordas que habemos contado. La ciudad a una parte y a otra tiene muy dificultosas salidas, y malos caminos, porque en tiempo de invierno son los lobos grandes. Llueve todo lo más del año, y caen algunos rayos y hace grandes relámpagos. Está tan bien guardada esta ciudad, que bien se puede tener cierto

que no la hurten a los que en ella viven. Digo esto porque hasta estar dentro en las casas no la ven, el fundador de ella fue el mismo capitán Jorge Robledo que pobló las demás que hemos pasado en nombre de su majestad del emperador don Carlos nuestro señor, siendo gobernador de todas estas provincias el adelantado don Francisco Pizarro, año del señor de mil quinientos y cuarenta años. Llámase Cartago, porque todos los más de los pobladores y conquistadores que con Robledo se hallaron, habíamos salido de Cartagena, y por esto se le dio este nombre. Ya que he llegado a esta ciudad de Cartago, pasaré de aquí a dar razón del grande y espacioso valle, donde está asentada la ciudad de Cali, y la de Popayán donde se camina por los cañaverales, hasta salir a un llano por donde corre un río grande que llaman de la Vieja, en tiempo de invierno se pasa con harto trabajo, está de la ciudad cuatro leguas. Luego se allega al río grande que está una más pasado de la otra parte con balsas o canoas, se juntan los dos caminos haciéndose todo uno, el que va de Cartago y el que viene de Ancerma. Hay de la villa de Ancerma a la ciudad de Cali camino de cincuenta leguas, y desde Cartago poco más de cuarenta y cinco.

CAPÍTULO XXVI

En que se contienen las provincias que hay en este grande y hermoso valle, hasta llegar a la ciudad de Cali

DESDE LA CIUDAD de Popayán comienza entre las cordilleras de las sierras que dicho tengo a se allanar este valle que tiene en ancho a doce leguas y a menos por unas partes, y a más por otras, y por algunas se junta y hace tan estrecho él y el río que por él corre, que ni con barcos ni balsas, ni con otra ninguna cosa no pueden andar por él, porque con la mucha furia que lleva, y las muchas piedras y remolinos se pierden y se van al fondo, y se han ahogado muchos españoles y indios, y perdido muchas mercaderías, por no poder tomar tierra, por la gran reciura que lleva. Todo este valle desde la ciudad de Cali hasta estas estrechuras fue primero muy poblado de muy grandes y hermosos pueblos, las casas juntas y muy grandes. Estas poblaciones y indios se han perdido y gastado con el tiempo y con la guerra, porque como entren ellos el capitán Sebastián de Belalcázar, que fue el primer

capitán que los descubrió y conquistó, aguardaron siempre de guerra, peleando muchas veces con los españoles por defender su tierra, y ellos no ser sujetos, con las cuales guerras, y por la hambre que pasaron que fue mucha, por dejar de sembrar, se murieron todos los más. También hubo otra ocasión para que se consumiesen tan presto, y fue, que el capitán Belalcázar pobló y fundó en estos llanos y en mitad de estos pueblos la ciudad de Cali, que después se torna reedificar donde ahora está. Los indios naturales estaban tan porfiados en no querer tener amistad con los españoles (teniendo por pesado su mando) que no quisieron sembrar, ni cultivar las tierras, y se pasó por esta causa mucha necesidad, y se murieron tantos, que afirman, que falta la mayor parte de ellos. Después que se fueron los españoles de aquel sitio, los indios serranos que estaban en lo alto del valle bajaron mucho de ellos, y dieron en los tristes que habían quedado que estaban enfermos y muertos de hambre, de tal manera que en breve espacio mataron y comieron todos los más, por las cuales causas todas aquellas naciones han quedado de ellos tan pocos, que casi no son ningunos. De la otra parte del río hacia el Oriente está la cordillera de los Andes, la cual pasada, está otro valle mayor y más vistoso, que llaman de Neyua, por donde pasa el otro brazo del río grande de Santa Marta. En las faldas de las sierras a unas vertientes y a otras hay muchos pueblos de indios de diferentes naciones y costumbres, muy bárbaros y que todos los más comen carne humana, y lo tienen por manjar precioso, y para ellos muy gustoso. En la cumbre de la cordillera se hacen unos pequeños valles, en los cuales está la provincia de Buga. Los naturales de ella son valientes guerreros. A los españoles que fueron allí, cuando mataron a Cristóbal de Ayala los aguardaban sin temor alguno, y cuando mataron a éste que digo, se vendieron sus bienes en almoneda a precios muy excesivos porque se vendió una puerca en mil y seiscientos pesos con otro cochino, y se vendían cochinos pequeños a quinientos, y una oveja de las de Perú en doscientos y ochenta pesos. Yo la vi pagar a un Andrés Gómez vecino que es ahora de Cartago, y la cobró Pedro Romero vecino de Ancerma. Y los mil y seiscientos pesos de la puerca y del cochino cobró el adelantado don Sebastián de Belalcázar de los bienes del mariscal don Jorge Robledo que fue el que lo mercó, y aun vi, que la misma puerca se comió un día que se hizo un banquete, luego que llegamos a la

ciudad de Cali con Vadillo. Y Juan Pacheco conquistador, que ahora está en España mercó un cochino en doscientos y veinte y cinco pesos y los cuchillos se vendían a quince pesos. A Hierónimo Luis Texelo oí decir, que cuando fue con el capitán Miguel Muñoz a la jornada que dicen de la vieja, mercó una almarada para hacer alpargatas en ocho pesos de oro. También se vendió en Cali un pliego de papel en otros treinta pesos. Otras cosas había aquí que decir en gran gloria de los nuestros españoles, pues en tan poco los dineros, que como tengan necesidad, en ninguna cosa los estiman. De los vientres de las puercas compraban antes que naciesen los lechones a cien pesos y más. Si les era de agradecer a los que lo compraban o no, porque hubiese multiplico de ello no trato de esto, mas quiero decir, que el prudente lector piense y mire, que desde el año de veinte y siete hasta este de cuarenta y siete lo que se ha descubierto y poblado. Y mirando esto, verán todos cuanto merecen, y en cuanto se ha de tener el honor de los conquistadores y descubridores, que tanto en estas partes han trabajado, y cuanta razón hay para su majestad les haga mercedes a los que han pasado por estos trabajos, y servídole lealmente, sin haber sido carniceros de indios, porque los que se han preciado de serlo, antes merecen castigo que premio, a mi entender. Cuando se descubría esta provincia, mercaban los caballos a tres mil y a cuatro mil pesos, y aún en este tiempo algunos hay no que no acaban de pagar las deudas viejas, y que estando llenos de heridas y hartos de servir, los meten en las cárceles sobre la paga que les piden los acreedores. Pasada la cordillera, está el gran valle que ya dije. Adonde estuvo fundada la villa de Neyua. Y viniendo hacia el Poniente hay mayores pueblos y demás gente en las sierras, porque en los llanos ya conté la causa por qué se murieron los que había. Los pueblos de las sierras allegan hasta la costa de la mar del Sur, y van de luengo [de largo] descendiendo al Sur. Tienen las casas como las que dije que había en Tatabe sobre árboles muy grandes hechos en ellos altos a manera de sobrados, en los cuales moran muchos moradores. Es muy fértil y abundante la tierra de estos indios, y muy proveída de puercos y de dantas y otras salvajinas y cazas, pavas, y papagayos, guacamayas, faisanes, y mucho pescado. Los ríos no son pobres de oro, antes podremos afirmar que son riquísimos, y que hay abundancia de este metal. Por cerca de ellos pasa el gran río del Darién muy nombrado

por la ciudad que cerca de él estuvo fundada. Todas las más de estas naciones comen también carne humana. Algunos tienen arcos y flechas, y otros de los bastones o macanas que he dicho y muy grandes lanzas y dardos. Otra provincia está por encima de este valle hacia el Norte, que confina con la provincia de Ancerma, que se llaman los naturales de ella los Chancos, tan grandes que parecen pequeños gigantes, espaldudos, robustos, de grandes fuerzas, los rostros muy largos, las cabezas anchas, porque en esta provincia y en la de Quimbaya, y en otras partes de estas Indias (como adelante diré) cuando la criatura nace le ponen de cabeza del arte que ellos quieren que la tenga, y así unas quedan sin colodrillo, y otras la frente sumida, y otros hacen que la tengan muy larga. Lo cual hacen cuando son recién nacidos con unas tabletas, y después con sus ligaduras. Las mujeres de éstos son también dispuestas como ellos, andan desnudos ellos y ellas, y descalzos. No traen más que maures con que se cubren sus vergüenzas, y estos no de algodón, sino de unas cortezas de árboles los sacan y hacen delgados y muy blandos tan largos como un vara y de anchor de dos palmos. Tienen grandes lanzas y dardos con que pelean. Salen algunas veces de su provincia a dar guerra a sus comarcanos los de Ancerma. Cuando el mariscal Robledo entró en Cartago esta última vez (que no debiera) a que le recibiesen por lugar teniente del juez Miguel Díaz Armendáriz, envió de aquella ciudad ciertos españoles a guardar el camino que va de Ancerma a la ciudad de Cali adonde hallaron ciertos indios de estos que bajaban a matar a un Cristiano que iba con unas cabras a Cali, y mataron uno o dos de estos indios, y se espantaron de ver su grandeza. De manera que aunque no se ha descubierto la tierra de estos indios, sus comarcanos afirman ser tan grandes como de suso he dicho. Por las sierras que bajan de la cordillera que está al Poniente y valles que se hacen hay grandes poblaciones y muchos indios que dura su población hasta cerca de la ciudad de Cali, y confinan con los de las Barbacoas. Tienen sus pueblos extendidos y derramados por aquellas sierras, las casas juntas de diez en diez y de quince en algunas partes más, y en otras menos. Llaman a estos indios gorrones, porque cuando poblaron en el valle de la ciudad de Cali nombraban al pescado gorrón y venían cargados de él diciendo, gorrón, por lo cual no sabiéndoles nombre propio, llamáronles por sus pescados gorrones, como hicieron en Ancerma en lla-

marla de aquel nombre por la sal, que llaman los indios (como ya dije) *ancer*. Las casas de estos indios son grandes, redondas, la cobertura de paja. Tienen poca arboleda de frutales, oro bajo de cuatro o cinco quilates alcanzan mucho, de lo fino poseen poco. Corren por sus pueblos algunos ríos de buenas aguas. Junto a las puertas de sus casas por grandeza tienen de dentro de la portada muchos pies de los indios que han muerto, y muchas manos, sin lo cual de las tripas porque no se les pierda nada, las hinchen de carne, o de ceniza, unas a manera de morcillas, y otras de longanizas, de esto mucha cantidad. Las cabezas por consiguiente tienen puestas, y muchos cuartos enteros. Un negro de un Juan de Céspedes, cuando entramos con el licenciado Juan de Vadillo en estos pueblos, como viese estas tripas, creyendo ser longanizas, arremetió a descolgarlas para comerlas lo cual hiciera, si no estuvieran como estaban tan secas del humo y del tiempo que había que estaban colgadas. Fuera de las casas tienen puestas por orden muchas cabezas, piernas enteras, brazos, con otras partes de cuerpos, en tanta cantidad, que no se puede creer. Y si yo no hubiera visto lo que escribo, y supiera que en España hay tantos que lo saben, y lo vieron muchas veces, cierto no contara que estos hombres hacían tan grandes carnicerías de otros hombres, sólo para comer, y así sabemos, que estos gorrones son grandes carniceros de comer carne humana. No tienen ídolos ningunos, ni casa de adoración se les ha visto. Hablan con el demonio los que para ello están señalados según es público. Clérigos ni frailes tampoco no han osado andar a solas, amonestando a estos indios, como se hace en el Perú y en otras tierras de estas Indias, por miedo que no los maten.

Estos indios están apartados del valle y río grande, a dos y a tres leguas, y a cuatro, y algunos a más y a sus tiempos bajan a pescar a las lagunas y al río grande dicho donde vuelven con gran cantidad de pescado. Son de cuerpos medianos, para poco trabajo. No visten más que los maures que he dicho que traen los demás indios. Las mujeres todas andan vestidas de unas mantas gruesas de algodón. Los muertos que son más principales los envuelven en muchas de aquellas mantas que son tan largas como tres varas, y tan anchas como dos. Después que los tienen envueltos en ellas les revuelven a los cuerpos una cuerda que hacen de tres ramales, que tiene más de doscientas brazas. Entre estas mantas le ponen algunas joyas de oro. Otros

entierran en sepulturas hondas. Cae esta provincia en los términos y jurisdicción de la ciudad de Cali. Junto a ellos y en la barranca del río está un pueblo no muy grande porque con las guerras pasadas se perdió y consumió la gente de él que fue mucha. De una gran laguna que está pegada a este pueblo, habiendo crecido el río, se hinche, la cual tiene sus desaguaderos y flujos, cuando mengua y baja, matan en esta laguna infinidad de pescado muy sabroso, que dan a los caminantes, y contratan con ello en las ciudades de Cartago y Cali y otras partes. Sin lo mucho que ellos dan y comen, tienen grandes depósitos de ello seco para vender a los de las sierras, y grandes cántaros de mucha cantidad de manteca que del pescado sacan. Al tiempo que veníamos descubriendo con el licenciado Juan de Vadillo, llegamos a este pueblo con harta necesidad, y hallamos algún pescado. Y después cuando íbamos a poblar la villa de Ancerma con el capitán Robledo, hallamos tanto, que pudieran henchir dos navíos de ello. Es muy fértil de maíz y de otras cosas esta provincia de los gorrones. Hay en ella muchos venados, y guadaquinajes, y otras salvajinas, y muchas aves. Y en el gran valle de Cali, con ser muy fértil, están las vegas y llanos con su yerba desierta, y no dan provecho sino a los venados y a otros animales que los pasean porque los cristianos no son tantos, que puedan ocupar tan grandes campañas.

CAPÍTULO XXVII

De la manera que está asentada la ciudad de Cali, y de los indios naturales de su comarca, y quién fue el fundador

PARA LLEGAR a la ciudad de Cali se pasa un pequeño río, que llaman río Frío lleno de muchas espesuras y florestas. Bájase por una loma que tiene más de tres leguas de camino, el río va muy recio y frío, porque nace de las montañas, va por la una parte de este valle hasta que entrando en el río Grande, se pierde su nombre. Pasado este río, se camina por grandes llanos de campaña. Hay muchos venados pequeños, pero muy ligeros. En estas vegas tienen los españoles sus estancias o granjas, donde están sus criados para entender en sus haciendas. Los indios vienen a sembrar las tierras, y a coger los maizales de los pueblos, que los tienen en los altos de la

serranía. Junto a estas estancias pasan muchas acequias y muy hermosas con que riegan sus sementeras y sin ellas corren algunos ríos pequeños de muy buena agua. Por los ríos y acequias ya dichas hay puestos muchos naranjos, limas, limones, granados, grandes platanales y mayores cañaverales de cañas dulces. Sin esto hay piñas, guabas y guanábanas, paltas, y unas uvillas que tienen una cáscara por encima son sabrosas, *caimitos*, ciruelas. Otras frutas hay muchas y en abundancia, y a su tiempo singulares melones de España y mucha verdura y legumbres de España, y de la misma tierra. Trigo hasta ahora no se ha dado, aunque dicen que en el valle de Lile que está de la ciudad cinco leguas se dará. Viñas por el consiguiente no se han puesto, la tierra disposición tiene para que en ella se críen muchas como en España. La ciudad está asentada una legua del río grande ya dicho, junto a un pequeño río de agua singular que nace en las sierras que están por encima de ella. Todas las riberas están llenas de fresas huertas, donde siempre hay verduras y frutas de las que ya he dicho. El pueblo está asentado en una mesa llana. Si no fuese por el calor que en él hay, es uno de los mejores sitios y asientos que yo he visto en gran parte de las Indias, porque para ser bueno ninguna cosa le falta. Los indios y caciques que sirven a los señores que los tienen por encomienda están en las sierras. De algunas de sus costumbres diré, y del puerto de mar por donde le entran las mercaderías y ganados. En el año que yo salí de esta ciudad, había veinte y tres vecinos que tenían indios. Nunca faltan españoles viandantes, que andan de una parte a otra, entendiendo en sus contrataciones y negocios. Pobló y fundó esta ciudad de Cali el capitán Miguel Muñoz en nombre de su majestad, siendo el adelantado don Francisco Pizarro gobernador del Perú, año de mil quinientos y treinta y siete años, aunque (como en lo de atrás dije) la había primero edificado el capitán Sebastián de Belalcázar, en los pueblos de los gorrones. Y para pasarlo donde ahora está Miguel Muñoz, quieren decir algunos que el cabildo de la misma ciudad se lo requirió y forzó a que lo hiciese. Por donde aparece que la honra de esta fundación a Belalcázar y al cabildo ya dicho compete; porque si la voluntad de Miguel Muñoz se mirara, no sabemos lo que fuera, según cuentan los mismos conquistadores que allí eran vecinos.

CAPÍTULO XXVIII

De los pueblos de indios que están sujetos a los términos de esta ciudad

A LA PARTE del poniente de esta ciudad hacia la serranía hay muchos pueblos de indios sujetos a los moradores de ella, que han sido y son muy domésticos, gente simple sin malicia. Entre estos pueblos está un pequeño valle que se hace entre las sierras, por una parte lo cercan unas montañas, de las cuales luego diré; por la otra sierras altísimas de campaña muy pobladas. El valle es muy llano, y siempre está sembrado de muchos maizales y maizales, y tiene grandes arboledas de frutales, y muchos palmares de las palmas de los pexivaes. Las casas que hay en él son muchas y grandes, redondas, altas y armadas sobre derechas vigas. Caciques y señores había seis cuando yo entré en este valle, son tenidos en poco de sus indios, a los cuales tienen por grandes serviciales, así a ellos como a sus mujeres, muchas de las cuales están siempre en las casas de los españoles. Por mitad de este valle que se nombra de Lile pasa un río, sin otros que de las sierras bajan a dar en él. Las riberas están bien pobladas de las frutas que hay de la misma tierra, entre las cuales hay una muy gustosa y olorosa, que nombran granadillas.

Junto a este valle confina un pueblo, del cual era señor el más poderoso de todos sus comarcanos, y a quien todos tenían más respeto, que se llamaba Petecuy. En medio de este pueblo está una gran casa de madera muy alta y redonda con una puerta en el medio, en lo alto de ella había cuatro ventanas por donde entraba claridad, la cobertura era de paja. Así como entraban dentro, estaba en lo alto una larga tabla, la cual la atravesaba de una parte a otra, y encima de ella estaban puestos por orden muchos cuerpos de hombres muertos, de los que habían vencido y preso en las guerras, todos abiertos, y abríanlos con cuchillos de pedernal y lo desollaban, y después de haber comido la carne, henchían los cueros de ceniza, y hacíanles rostros de cera con sus propias cabezas, poníanlos en la tabla, de tal manera que parecían hombres vivos.

En las manos a unos les ponían dardos y a otros lanzas y a otros macanas. Sin estos cuerpos había mucha cantidad de manos y pies colgados en el bohío o casa grande, y en otro que estaba junto a él estaban grande nú-

mero de muertos, y cabezas y osamenta, tanto que era espanto verlo, contemplando tan triste espectáculo, pues todos habían sido muertos por sus vecinos y comidos como si fueran animales campestres de lo cual ellos se gloriaban y lo tenían por gran valentía, diciendo que de sus padres y mayores lo aprendieron. Y así no contentándose con los mantenimientos naturales, hacían sus vientres sepulturas insaciables unos de otros, aunque a la verdad ya no comen como solían ese manjar, antes inspirando en ello el espíritu del cielo, han venido a conocimiento de su ceguedad, volviéndose cristianos muchos de ellos, y hay esperanza que cada día se volverán más a nuestra santa fe, mediante el ayuda y favor de Dios nuestro redentor y señor.

Un indio natural de esta provincia de un pueblo llamado Ucache (repartimiento que fue del capitán Jorge Robledo) preguntándole yo qué era la causa porque tenían allí tanta multitud de cuerpos de hombres muertos me respondió que era grandeza del señor de aquel valle, y que no solamente los indios que había muerto quería tener delante, pero aun las armas suyas las mandaba colgar de las vigas de las casas para memoria, y que muchas veces estando la gente que dentro estaban durmiendo de noche, el demonio entraba en los cuerpos que estaban llenos de ceniza, y con figura espantable y temerosa asombraba de tal manera a los naturales, que de solo espanto morían algunos.

Estos indios muertos que este señor tenía como por triunfo de la manera dicha eran los más de ellos naturales del grande y espacioso valle de la ciudad de Cali, porque como atrás conté, había en él muy grandes provincias llenas de millares de indios, y ellos y los de la sierra nunca dejaban de tener guerra, ni entendían en otra cosa lo más del tiempo.

No tienen estos indios otras armas que las que usan sus comarcanos. Andan desnudos generalmente, aunque ya en este tiempo los más traen camisetas y mantas de algodón, y sus mujeres también andan vestidas de la misma ropa. Traen ellos y ellas abiertas las narices y puestos en ella unos que llaman caricuris que son a manera de clavos retorcidos de oro tan gruesos como un dedo, y otros más y algunos menos. A los cuellos se ponen también unas gargantillas ricas y bien hechas de oro fino y bajo, y en las orejas traen colgados unos anillos retorcidos, y otras joyas.

Su traje antiguo era ponerse una manta pequeña como delantal por

delante y echarse otra pequeña por las espaldas, y las mujeres cubrirse desde la cintura abajo con mantas de algodón. En este tiempo andan ya como tengo dicho. Traen atados grandes ramales de cuentas de hueso menudas blancas y coloradas, que llaman chaquira. Cuando los principales morían, hacían grandes y hondas sepulturas dentro de las casas de sus moradas, adonde los metían bien proveídos de comida, y sus armas, y oro si alguno tenían. No guardan religión alguna, a lo que entendemos, ni tampoco se les halló casa de adoración. Cuando algún indio de ellos estaba enfermo, se bañaba, y para algunas enfermedades les aprovechaba el conocimiento de algunas yerbas, con la virtud de las cuales sanaban algunos de ellos. Es público y entendido de ellos mismos, que hablan con el demonio los que para ello estaban escogidos. El pecado nefando no he oído que estos ni ningunos de los que quedan atrás use, antes si algún indio por consejo del diablo comete este pecado, es tenido de ellos en poco, y le llaman mujer. Cásanse con sus sobrinas, y algunos señores con sus hermanas, como todos los demás. Heredan los señoríos y heredamientos los hijos de la mujer principal. Algunos de ellos son agoreros, y sobre todo muy sucios.

Más adelante de este pueblo de que era señor Petequi, hay otros muchos pueblos, los indios naturales de ellos son todos confederados y amigos. Sus pueblos tienen desviadas alguna distancia unos de otros. Son grandes las casas, redondas, la cobertura de paja larga. Sus costumbres son como lo que habemos pasado.

Dieron al principio mucha guerra a los españoles y hiciéronse en ellos grandes castigos, los cuales escarmentaron de tal manera que nunca más se han rebelado, antes todos los más (como dije atrás) se han tornado cristianos, y andan vestidos con sus camisetas, y sirven con mucha voluntad a los que tienen por señores. Adelante de estas provincias hacia la mar del Sur está una que llaman los Timbas, en la cual hay tres o cuatro señores, y está metida entre unas grandes y bravas montañas, de las cuales se hacen algunos valles, donde tienen sus pueblos y casas muy tendidas, y los campos muy labrados llenos de mucha comida, y de arboledas de frutales de palmares y de otras cosas. Las armas que tienen son lanzas y dardos. Han sido trabajosos de sojuzgar y conquistar, y no están enteramente domados por estar poblados en tan mala tierra, y porque ellos son belicosos y valientes,

han muerto a muchos españoles, y hecho gran daño. Son de las costumbres de estos, y poco diferentes en el lenguaje. Más adelante hay otros pueblos y regiones, que se extienden hasta llegar junto a la mar, todos de una lengua y de unas costumbres.

CAPÍTULO XXIX

En que se concluye lo tocante a la ciudad de Cali, y de otros indios que están en la montaña junto al puerto que llaman la Buena Ventura

SIN ESTAS provincias que he dicho tiene la ciudad de Cali sujetos a sí otros muchos indios, que están poblados en unas bravas montañas de las más ásperas sierras que hay en el mundo. Y en esta serranía en las lomas que hacen, y en algunos valles están poblados, y con ser tan dificultosa como digo y tan llena de espesura, es muy fértil y de muchas comidas, y frutas de todas maneras, y en más cantidad que en los llanos. Hay en todos aquellos montes muchos animales y muy bravos, especialmente muy grandes tigres, que han muerto y cada día matan muchos indios y españoles que van a dar a la mar, o vienen de ella, para ir a la ciudad. Las casas que tienen son algo pequeñas, la cobija de unas hojas de palma, que hay muchas por los montes, y cercadas de gruesos y muy grandes palos a manera de pared, porque sea fortaleza, para que de noche no hagan daño los tigres. Las armas que tienen, y traje, y costumbres no son ni más ni menos que los del valle de Lile, y en la habla casi dan a entender ser todos unos. Son membrudos, de grandes fuerzas. Han estado siempre de paz desde el tiempo que dieron la obediencia a su majestad, y en gran confederación con los españoles, y aunque siempre van y vienen cristianos por sus pueblos no les hacen mal ni han muerto ninguno hasta ahora antes luego que los ven les dan de comer. Está de los pueblos de estos indios el puerto de la Buena Ventura tres jornadas todo de montañas llenas de abrojos y de palmas y de muchas ciénegas, y de la ciudad de Cali, treinta leguas, el cual no se puede sustentar sin el favor de los vecinos de Cali. No hago capítulo por sí de este puerto, porque no hay más que decir del de que fue fundado por Juan Ladrillero (que es el que descubrió el río) con poder del adelantado don Pascual de Andagoya, y

después se quiso despoblar por ausencia de este Andagoya, por cuanto por las alteraciones y diferencias que hubo entre él y el adelantado Belalcázar sobre las gobernaciones y términos (como adelante se trata). Belalcázar lo prendió, y lo envió preso a España. Y entonces el cabildo de Cali juntamente con el gobernador proveyó, que residiesen siempre en el puerto seis o siete vecinos, para que venidos los navíos, que allí allegan de la tierra firme, y Nueva España, y Nicaragua, pueden descargar seguramente de los indios las mercaderías, y hallar casas donde meterlas, lo cual se ha hecho hace allí. Y los que allí residen son pagados a costa de los mercaderes, y entre ellos está un capitán, el cual no tiene poder para sentenciar sino para oír, y remitirlo a la justicia de la ciudad de Cali. Y para saber la manera en que este pueblo o puerto de la Buena Ventura está poblado, paréceme que basta lo dicho. Para llevar a la ciudad de Cali las mercaderías que en este puerto se descargan de que se provee toda la gobernación hay un solo remedio con los indios de estas montañas, los cuales tienen por su ordinario trabajo llevarlas a cuestas, que de otra manera era imposible poderse llevar. Porque si quisiesen hacer camino para recuas sería tan dificultoso, que creo no se podrían andar con bestias cargadas, por la grande aspereza de las sierras. Y aunque hay por el río de Dagua otro camino, por donde entran los ganados y caballos, van con mucho peligro y muérense muchos, y allegan tales que en muchos días no son de provecho. Llegado algún navío, los señores de estos indios envían luego al puerto la cantidad que cada uno puede, conforme a la posibilidad del pueblo. Y por caminos y cuestas que suben los hombres abajados y por bejucos, y por tales partes que temen ser despeñados, suben ellos con carga y fardos de tres arrobas y a más, y algunos en unas silletas de cortezas de árboles llevan a cuestas a un hombre o una mujer sea de gran cuerpo. Y de esta manera caminan con las cargas, sin mostrar cansancio ni demasiado trabajo, y si hubiesen alguna paga, irían con descanso a sus casas, mas todo lo que ganan y les dan a los tristes, lo llevan los encomenderos, aunque a la verdad dan poco tributo los que andan a este trato. Pero aunque ellos más digan, que van y vienen con buena gana, gran trabajo pasan. Cuando allegan cerca de la ciudad de Cali, que han entrado en los llanos se despean, y van con gran pena. Yo he oído loar mucho los indios de la Nueva España de que llevan grandes cargas, mas estos

me han espantado. Y si yo no hubiera visto y pasado por ellos y por las montañas donde tienen sus pueblos, ni los creyera, ni lo afirmara. Más adelante de estos indios hay otras tierras y naciones de gentes, y corre por ellas el río de San Juan muy riquísimo a maravilla, y de muchos indios, salvo que tienen las casas armadas sobre árboles. Y hay otros muchos ríos poblados de indios todos ricos de oro, pero no se pueden conquistar, por ser la tierra llena de montaña, y de los ríos que digo, y por no poderse andar, sino con barcos por ellos mismos. Las casas o caneyes son muy grandes, porque en cada una viven a veinte y a treinta moradores.

Entre estos ríos estuvo un pueblo de cristianos, tampoco diré nada de él, porque permaneció poco, y los indios naturales mataron a un Payo Romero que estuvo en él por lugarteniente del adelantado Andagoya, porque de todos aquellos ríos tuvo hecha merced de su majestad, y se llamaba gobernador del río de San Juan. Y al Payo Romero con otros cristianos sacaron los indios con engaño en *canoa* a un río, diciéndoles que les querían dar mucho oro, y allí acudieron tantos indios, que mataron a todos los españoles, y al Payo Romero llevaron consigo vivo (a lo que después se dijo) dándole grandes tormentos y despedazándole sus miembros murió. Y tomaron dos o tres mujeres vivas, y les hicieron mucho mal. Y algunos cristianos con gran ventura y por su ánimo escaparon de la crueldad de los indios. No se tornó más a fundar allí pueblo, ni aun lo habrá según es mala aquella tierra. Prosiguiendo adelante, porque yo no tengo de ser largo, ni escribir más de lo que hace al propósito de mi intento, diré lo que hay desde esta ciudad de Cali a la de Popayán.

CAPÍTULO XXX

En que se contiene el camino que hay desde la ciudad de Cali a la de Popayán, y los pueblos de indios que hay en medio

DE LA CIUDAD de Cali (de que acabo de tratar) hasta la ciudad de Popayán hay veinte y dos leguas, todo de buen camino de campaña sin montaña ninguna, aunque hay algunas sierras y laderas, mas no son ásperas ni dificultosas, como las que quedan atrás. Saliendo pues de la ciudad de Cali, se camina por unas vegas y llanos, en las cuales hay algunos ríos, hasta llegar a

uno que no es muy grande, que se llama Xamundi, en el cual hay hecha siempre puente de las cañas gordas, y quien lleva caballo échalo por el vado y pasa sin peligro.

En el nacimiento de este río hay unos indios, que se extienden tres o cuatro leguas a una parte que se llaman Xamundi como el río, el cual nombre tomó el pueblo y el río de un cacique que se llama así. Contratan estos indios con los de la provincia de los Timbas, y poseyeron y alcanzaron mucho oro, de lo cual han dado cantidad a las personas que los han tenido por encomienda. Adelante de este río en el mismo camino de Popayán cinco leguas de él está el río grande de Santa Marta, y para pasarlo sin peligro, hay siempre balsas y canoas, con las cuales pasan los indios comarcanos a los que van y vienen de una ciudad a otra. De este río hacia la ciudad de Cali fue primero poblado de grandes pueblos, los cuales se han consumido con el tiempo y con la guerra que les hizo el capitán Belalcázar, que fue el primero que los descubrió y conquistó, aunque el haberse acabado tan breve, ha sido gran parte y aun la principal su mala costumbre y maldito vicio, que es comerse unos a otros. De las reliquias de estos pueblos y naciones ha quedado alguna gente a las riberas del río de una parte y otra, que se llaman los Aguales, que sirven y están sujetos a la ciudad de Cali. Y en las sierras en la una cordillera y en la otra hay muchos indios, que por ser la tierra fragosa, y por las alteraciones del Perú, no se han podido pacificar, aunque por escondidos y apartados que estén, han sido vistos por los indomables españoles, y por ellos muchas veces vencidos.

Todos unos y otros andan desnudos, y guardan las costumbres de sus comarcanos. Pasado el río Grande, que está de la ciudad de Popayán catorce leguas, se pasa una ciénaga, que dura poco más de un cuarto de legua, la cual pasada, el camino es muy bueno, hasta que se allega a un río que se llama de las Ovejas, corre mucho riesgo quien en tiempo de invierno pasa por él, porque es muy hondo y tiene la boca y el vado junto al río Grande, en el cual se han ahogado muchos indios y españoles. Luego se camina por una loma, que dura seis leguas llanas, y muy buenas de andar, y en el remate de ella se pasa un río que lleva por nombre Piandamo. Las riberas de este río y toda esta loma fue primero muy poblado de gente, la que ha quedado de la furia de la guerra se ha apartado del camino, adonde piensan que están más

seguros. A la parte Oriental está la provincia de Guambía y otros muchos pueblos y caciques. Las costumbres de ellos diré adelante. Pasado este río de Piandamo se pasa otro río que se llama Plaza, poblado, así su nacimiento como por todas partes. Más adelante se pasa el río Grande, de quien ya he contado, lo cual se hace a vado, porque no lleva aún medio estado de agua. Pasado pues este río, todo el término que hay desde él a la ciudad de Popayán está lleno de muchas y hermosas estancias, que son a las que llamamos en nuestra España alcarrias, o cortijos. Tienen los españoles en ellas sus ganados. Y siempre están los campos y vegas sembrados de maíces, ya se comenzaba a sembrar trigo, el cual se dará en cantidad, por ser la tierra aparejada para ello. En otras partes de este reino se da el maíz a cuatro y a cinco meses, de manera que hacen en el año dos sementeras. En este pueblo no se siembra sino una vez cada año, y viénense a coger los maíces por mayo o junio, y los trigos por julio y agosto, como en España. Todas estas vegas y valle fueron primero muy pobladas y sujetadas por el señor llamado Popayán, uno de los principales señores que hubo en aquellas provincias. En este tiempo hay pocos indios, porque con la guerra que tuvieron con los españoles vinieron a comerse unos a otros por la hambre que pasaron, causada de no querer sembrar, a fin de que los españoles viendo falta de nacimiento, se fuesen de sus provincias. Hay muchas arboledas de frutales, especialmente de los aguacates o peras, que de éstas hay muchas y muy sabrosas. Los ríos que están en la cordillera o sierra de los Andes bajan y corren por estos llanos y vegas, y son de muy linda agua y muy dulce, en algunos se ha hallado muestra de oro. El sitio de la ciudad está en una meseta alta en muy buen asiento, el más sano y de mejor temple que hay en toda la gobernación de Popayán, y aun en la mayor parte del Perú. Porque verdaderamente la calidad de los aires más parece de España que de Indias. Hay en ella muy grandes casas hechas de paja. Esta ciudad de Popayán es cabeza y principal de todas las ciudades que tengo escrito, salvo de la de Urabá que ya dije ser de la gobernación de Cartagena. Todas las demás están debajo del nombre de esta, y en ella hay iglesia catedral. Y por ser la principal, y estar en el comedio[3] de las provincias, se intituló la goberna-

3. Comedio. (De *co-* y *medio*). Centro o medio de un reino o sitio. (*DRAE*).

ción de Popayán. Por la parte de Oriente tiene la larga cordillera de los Andes. Al poniente están de ellas las otras montañas que están por lo alto de la mar del Sur. Por estas otras partes tienen los llanos y vegas que ya son dichas. La ciudad de Popayán fundó y pobló el capitán Sebastián de Belalcázar en nombre del Emperador don Carlos nuestro señor, con poder del adelantado don Francisco Pizarro gobernador de todo el Perú por su majestad, año del Señor de mil quinientos y treinta y seis años.

CAPÍTULO XXXI

Del río de Santa Marta, y de las cosas que hay en sus riberas

YA QUE HE LLEGADO a la ciudad de Popayán y declarado lo que tienen sus comarcas, asiento, fundación, y poblaciones, para pasar adelante, me pareció dar razón de un río que cerca de ella pasa, el cual es uno de los dos brazos que tiene el gran río de Santa Marta. Y antes que de este río trate, digo que hallo yo que, entre los escritores, de cuatro ríos principales se hace mención, que son el primero Ganges que corre por la India Oriental, el segundo el Nilo que divide a Asia de África, y riega el reino de Egipto, el tercero y cuarto el Tigris y Éufrates que cercan las dos regiones de Mesopotamia y Capadocia. Estos son los cuatro que la Santa Escritura dice salir del paraíso terrenal. También hallo que se hace mención de otros tres, que son el río Indio, de quien la India tomó nombre, y el río Danubio que es el principal de la Europa, y al Tanais que divide a Asia de Europa. De todos estos el mayor y más principal es el Ganges, del cual dice Ptholomeo en el libro de Geografía, que la menor anchura que este río tiene es ocho mil pasos, y la mayor es veinte mil pasos.

De manera que sería la mayor anchura del Ganges espacio de siete leguas. Esta es la mayor anchura del mayor río del mundo que antes que estas Indias se descubriesen se sabía. Mas ahora se han descubierto y hallado ríos de tan extraña grandeza, que más parecen senos de mar, que ríos que corren por la tierra. Esto parece por lo que afirman mucho de los españoles, que fueron con el adelantado Orellana. Los cuales dicen, que el río por do descendió del Perú hasta la mar del Norte (el cual río comúnmente se llama de las Amazonas, o del Marañón) tiene en largura más de mil leguas,

y de anchura en partes más de veinte y cinco. Y el Río de la Plata se afirma por muchos que por él han andado, que en muchos lugares, yendo por medio del río, no se ve la tierra de sus riberas, así que por muchas partes tiene más de ocho leguas de ancho. Y el río del Darién grande, y no menos lo es el de Uraparia, y sin éstos hay en estas Indias otros ríos de mucha grandeza, entre los cuales es este río de Santa Marta; este se hace de dos brazos, el uno de ellos digo que por cima de la ciudad de Popayán, en la grande cordillera de los Andes. Cinco o seis leguas de ella comienzan unos valles, que de la misma cordillera se hacen, los cuales en los tiempos pasados fueron muy poblados, y ahora también lo son aunque no tanto, ni con mucho, de unos indios a quien llaman los coconucos, y de estos y de otro pueblo que está junto que nombran Cotora nace este río, que como he dicho es uno de los brazos del grande y riquísimo río de Santa Marta. Estos dos brazos nacen el uno del otro más de cuarenta leguas, y adonde se juntan es tan grande el río, que tiene de ancho una legua, y cuando entra en la mar del Norte junto a la ciudad de Santa Marta tiene más de siete, y es muy grande la furia que lleva, y el ruido con que su agua entra entre las ondas para quedar convertido en mar. Y muchas naos toman agua dulce bien dentro en la mar. Porque con la gran furia que lleva más de cuatro leguas entra en la mar sin mezclarse con la salada. Este río sale a la mar por muchas bocas y aberturas. De esta sierra de los coconucos (que es como tengo dicho nacimiento de este brazo), se ve como un pequeño arroyo, y extiéndese por el ancho valle de Cali; todas las aguas, arroyos, y lagunas de entrambas cordilleras vienen a parar a él, de manera que cuando llega a la ciudad de Cali, va tan grande y poderoso, que a mi ver llevara tanta agua como Guadalquivir por Sevilla. De allí para abajo, como entran muchos arroyos y algunos ríos, cuando llega a Buritica, que es junto a la ciudad de Antiocha, ya va muy mayor. Hay tantas provincias y pueblos de indios desde el nacimiento de este río hasta que entra en el mar Océano, y tanta riqueza así de minas ricas de oro como lo que los indios tenían, y aún tienen algunos, y tan grande la contratación de él, que no se puede encarecer, según es mucho. Y hácelo ser menos, no ser de mucha razón la más de las gentes naturales de aquellas regiones. Y son de tan diferentes lenguas, que era menester llevar muchos intérpretes para andar por ellas. La provincia de Santa Marta, lo principal de Cartagena, el

nuevo reino de Granada, y esta provincia de Popayán, toda la riqueza de ellas está cerca de este río, y demás de lo que se sabe y está descubierto, hay muy grande noticia de mucho poblado entre la tierra que se hace entre en un brazo y el otro, que mucha de ella está por descubrir. Y los indios dicen, que hay en ella mucha cantidad de riqueza, y que los indios naturales de esta tierra alcanzan de la mortal yerba de Urabá. El adelantado don Pedro de Heredia pasó por la puente de Brenuco, adonde con ir el río tan grande estaba hecha por los indios en gruesos árboles y recios bejucos que son el arte de los que atrás dije, y anduvo por la tierra algunas jornadas, y por llevar pocos caballos y españoles dio la vuelta. También por otra parte más Oriental, que es menos peligrosa, que se llama el valle de Aburra, quiso el adelantado don Sebastián de Belalcázar enviar un capitán a descubrir enteramente la tierra que se hace en las juntas de estos dos tan grandes ríos. Y estando ya de camino se deshizo la entrada, porque llevaron la gente al visorrey Blasco Núñez Vela, en aquel tiempo que tuvo la guerra con Gonzalo Pizarro y sus secuaces. Volviendo pues al río de Santa Marta, digo que cuando se juntan entrambos brazos, hacen muchas islas de las cuales hay algunas que son pobladas. Y cerca de la mar hay muchos y muy fieros lagartos, y otros grandes pescados y manatíes que son tan grandes como una becerra, y casi de su talle, los cuales nacen en las playas e islas, y salen a pacer, cuando lo pueden hacer sin peligro, volviéndose luego a su natural. Por bajo de la ciudad de Antiocha ciento y veinte leguas poco más o menos está poblada la ciudad de Mopox de la gobernación de Cartagena, donde llaman a este río Cauca, tiene de corrida desde donde nace hasta entrar en la mar más de cuatrocientas leguas.

CAPÍTULO XXXII

En que se concluye la relación de los más pueblos y señores sujetos a la ciudad de Popayán, y lo que hay que decir, hasta salir de sus términos

TIENE ESTA CIUDAD de Popayán muchos y muy anchos términos, los cuales están poblados de grandes pueblos porque hacia la parte de Oriente tiene (como dije) la provincia de Guambía poblada de mucha gente, y otra

provincia que se dice Guanza, y otro pueblo que se llama Maluasa, y Polindara, y Palace, y Tembio, y Colaza, y otros pueblos sin estos hay muchos comarcanos a ellos, todos los cuales están bien poblados. Y los indios de esta tierra alcanzaban mucho oro de baja ley de a siete quilates, y alguno a más, y otros menos. También poseyeron oro fino, de que hacían joyas, pero en comparación de lo bajo fue poco. Son muy guerreros, y tan carniceros y caribes, como los de la provincia de Arma, y Pozo, y Antiocha. Mas como no hayan tenido estas naciones de por aquí entero conocimiento de nuestro Dios verdadero Jesucristo, parece que no se tiene tanta cuenta con sus costumbres y vida. No porque dejan de entender todo aquello que a ellos les parece que les cuadra, y les está bien, viviendo con cautelas, procurándose la muerte unos a otros con sus guerras. Y con los españoles la tuvieron grande, sin querer estar por la paz que prometieron, luego que por ellos fueron conquistados, antes llegó a tanto su dureza, que se dejaban morir por no sujetarse a ellos, creyendo que con la falta de mantenimiento, dejarían la tierra; mas los españoles por sustentar y salir a luz con su nueva población, pasaron muchas miserias y necesidades de hambres, según que adelante diré. Y los naturales con su propósito ya dicho se perdieron, y consumieron muchos millares de ellos, comiéndose unos a otros los cuerpos, y enviando las ánimas al infierno. Y puesto que a los principios se tuvo algún cuidado de la conversión de estos indios, no se les daba entera noticia de nuestra santa religión, porque había pocos religiosos. En el tiempo presente hay mejor orden, así en el tratamiento de sus personas, como en su conversión, porque su majestad con gran fervor de Cristiandad manda, que les predique la fe. Y los señores de su muy alto Consejo de las Indias tienen mucho cuidado, que se cumpla, y envían frailes doctos y de buena vida y costumbres y mediante el favor de Dios se hace gran fruto. Hacia la Sierra Nevada o cordillera de los Andes están muchos valles poblados de los indios que ya tengo dicho, llamándose los coconucos, donde nace el río Grande ya pasado, y todos son de las costumbres que he puesto tener los de atrás, salvo que no usan el abominable pecado de comer la humana carne. Hay muchos volcanes o bocas de fuego por lo alto de la sierra, del uno sale agua caliente de que hacen sal, y es cosa de ver y de oír, del arte que se hace. Lo cual tengo prometido de dar razón en esta obra de muchas fuen-

tes de gran admiración que hay en estas provincias. Acabando de decir lo tocante a la villa de Pasto, lo trataré. También está junto a estos indios otro pueblo, que se llama Zotara, y más adelante al mediodía la provincia de Guanaca. Y a la parte Oriental está asimismo la muy porfiada provincia de los Páez, que tanto daño en los españoles han hecho, la cual terná seis o siete mil indios de guerra. Son valientes de muy grandes fuerzas, diestros en el pelear, de buenos cuerpos, y muy limpios. Tienen sus capitanes y superiores, a quien obedecen. Están poblados en grandes y muy ásperas sierras, en los valles que hacen tienen sus asientos, y por ellos corren muchos ríos y arroyos, en los cuales se cree que habrá buenas minas. Tienen para pelear lanzas gruesas de palma negra, tan largas que son de veinte y cinco palmos y más cada una, y muchas tiraderas, grandes galgas, de las cuales se aprovechaban a sus tiempos. Han muerto tantos y tan esforzados y valientes españoles, así capitanes como soldados, que pone muy gran lástima, y no poco espanto, ver que estos indios siendo tan pocos hayan hecho tanto mal. Aunque no ha sido esto sin culpa grande de los muertos, por tenerse ellos en tanto, que pensaban no ser parte estas gentes a les hacer mal, y permitió Dios que ellos muriesen y los indios quedasen victoriosos, y así lo estuvieron hasta que el adelantado don Sebastián Belalcázar con gran daño de ellos, y destrucción de sus tierras y comidas, los atrajo a la paz, como relataré en la cuarta parte de las guerras civiles. Hacia el Oriente está la provincia de Guachicone muy poblada. Más adelante hay otros muchos pueblos y provincias. Por esta otra parte al Sur está el pueblo de Cochesquio, y la lagunilla, y el pueblo que llaman de las Barrancas, donde está un pequeño río que tiene este nombre. Más adelante está otro pueblo de indios, y un río que se dice las Juntas, y adelante está otro que llaman de los Capitanes, y la gran provincia de los Masteles y la población de Patia, que se extiende por un hermoso valle, donde pasa un río que se hace de los arroyos y ríos que nacen en los más de estos pueblos, el cual lleva su corriente a la mar del Sur. Todas sus vegas y campañas fueron primero muy pobladas, hanse retirado los naturales que han quedado de las guerras a las sierras y altos de arriba. Hacia el Poniente está la provincia de Bamba y otros poblados los cuales contratan unos con otros. Y sin estos hay otros pueblos poblados de muchos indios, donde se ha fundado una villa, y llaman a aquellas provincias

de Chapanchita. Todas estas naciones están pobladas en tierras fértiles y abundantes, y poseen gran cantidad de oro bajo de poca ley, que a tenerla entera, no les pesara a los vecinos de Popayán. En algunas partes se les han visto ídolos, aunque templo ni casa de adoración no sabemos que la tengan. Hablan con el demonio, y por su consejo hacen muchas cosas conforme al que se las manda. No tienen conocimiento de la inmortalidad del ánima enteramente, mas creen que sus mayores tornan a vivir, y algunos tienen (según a mí me informaron) que las ánimas de los que mueren entran en los cuerpos de los que nacen. A los difuntos les hacen grandes y hondas sepulturas. Y entierran a los señores con algunas de sus mujeres y hacienda, y con mucho mantenimiento, y de su vino. En algunas partes los queman, hasta los convertir en ceniza, y en otras no más de hasta quedar el cuerpo seco. En estas provincias hay de las mismas comidas y frutas que tienen los demás que quedan atrás, salvo que no hay de las palmas de los pexibaes, mas cogen gran cantidad de papas que son como turmas de tierra. Andan desnudos y descalzos, sin traer más que algunas pequeñas mantas y enjaezados con sus joyas de oro. Las mujeres andan cubiertas con otras mantas pequeñas de algodón, y traen a sus cuellos collares de unas mosquitas de fino oro y de bajo, muy galanas y muy vistosas. En la orden que tienen en los casamientos no trato, porque es cosa de niñería, y así otras cosas dejo de decir por ser de poca calidad. Algunos son grandes agoreros y hechiceros. Asimismo sabemos, que hay muchas yerbas provechosas y dañosas en aquellas partes.

Todos los más comían carne humana. Fue la provincia comarcana a esta ciudad la más poblada que hubo en la mayor parte del Perú, y si fuera señoreada y sujetada por los Ingas, fuera la mejor y más rica, a lo que todos creen.

CAPÍTULO XXXIII

En que se da relación de lo que hay desde Popayán a la ciudad de Pasto, y quién fue el fundador de ella, y lo que hay que decir de los naturales sus comarcanos

DESDE LA ciudad de Popayán hasta la villa de Pasto hay cuarenta leguas del camino y pueblos que tengo escrito. Salidos de ellos por el mismo camino de Pasto se allega a un pueblo, que en los tiempos antiguos fue grande y muy poblado, y cuando los españoles lo descubrieron, asimismo lo era, y ahora en el tiempo presente todavía tiene muchos indios. El valle de Patia por donde pasa el río que dije, se hace muy estrecho en este pueblo. Y los indios toda su población la tienen de la banda del Poniente en grandes y muy altas barrancas. Llaman a este pueblo los españoles el pueblo de la sal, son muy ricos, y han dado grandes tributos de fino oro a los señores que han tenido sobre ellos encomienda. En sus armas, traje y costumbres conforman con los de atrás, salvo que estos no comen carne humana como ellos, y son de alguna más razón. Tienen muchas y muy olorosas piñas, y contratan con la provincia de Chapanchita, y con otras a ella comarcanas. Más adelante de este pueblo está la provincia de los Masteles, que terná o tenía más de cuatro mil indios de guerra. Junto con ella está la provincia de los Abades, y los pueblos de Isancal, y Pangan, y Zacuanpus, y el que llaman los Chorros de Agua, y Pichilimbuy. Y también están Tuyles, Angayan, y Pagual y Chuchaldo, y otros caciques, y algunos pueblos. La tierra adentro más hacia el Poniente hay gran noticia de mucho poblado y ricas minas y mucha gente, que allega hasta la mar del Sur. También son comarcanos con estos, otros pueblos cuyos nombres son Asqual, Mallama, Tucurres, Zapuys, Yles, Gualmatal, Funes, Chapal, Males y Piales, Pupiales, Turca, Cumba. Todos estos pueblos y caciques tenían y tienen por nombre Pastos, y por ellos tomó el nombre la villa de Pasto, que quiere decir población hecha en tierra de pasto. También comarcan con estos pueblos y indios de los Pastos. Otros indios y naciones, a quien llaman los quillacingas, y tienen sus pueblos hacia la parte de Oriente muy poblados. Los nombres de los más principales de ellos contaré, como tengo de costumbre, y nómbranse Mocondino y Bejendino, Buizaco, Guajanzangua, y Mocojondu-

que, Guaquanquer, y Macajamata. Y más oriental está otra provincia algo grande muy fértil, que tiene por nombre Cibundoy. También hay otro pueblo que se llama Pastoco, y otro que está junto a una laguna, que está en la cumbre de la montaña y más alta sierra de aquellas cordilleras de agua frigidísima, porque con ser tan larga, que tiene más de ocho leguas en largo, y más de cuatro en ancho, no se cría ni hay en ella ningún pescado, ni aves, ni aun la tierra en aquella parte produce, ni da maíz ninguno, ni arboledas. Otra laguna hay cerca de ésta de su misma natura. Más adelante se parecen grandes montañas y muy largas, y los españoles no saben lo que hay de la otra parte de ellas. Otros pueblos y señores hay en los términos de esta villa, que por ser cosa superflua no los nombro pues tengo contado los principales. Y concluyendo con esta villa de Pasto, digo que tiene más indios naturales sujetos a sí que ninguna ciudad ni villa de toda la gobernación de Popayán y más que Quito, y otros pueblos del Perú. Y cierto sin los muchos naturales que hay, antiguamente debió ser muy más poblada, porque es cosa admirable de ver, que con tener grandes términos de muchas vegas y riberas de ríos, y sierras y altas montañas, no se andará por parte (aunque más fragosa y dificultosa sea) que no se vea y parezca haber sido poblado y labrado del tiempo que digo. Y aun cuando los españoles los conquistaron y descubrieron había gran número de gente. Las costumbres de estos indios quillacingas, ni Pastos no conforman unos con otros, porque los Pastos no comen carne humana, cuando pelean con los españoles, o con ellos mismos. Las armas que tienen son piedras en las manos, y palos a manera de cayados, y algunos tienen lanzas mal hechas y pocas. Es gente de poco ánimo. Los indios de lustre y principales se tratan algo bien, la demás gente son de ruines cataduras y peores gestos, así ellos como sus mujeres, y muy sucios todos, gente simple y de poca malicia. Y así ellos como todos los demás que se han pasado son tan poco asquerosos, que cuando se espulgan se comen los piojos como si fuesen piñones. Y los vasos en que comen, y ollas donde guisan sus manjares, no están mucho tiempo en los lavar y limpiar. No tienen creencia, ni se les han visto ídolos, salvo que ellos creen, que después de muertos han de tornar a vivir en otras partes alegres y muy deleitosas para ellos. Hay cosas tan secretas entre estas naciones de las Indias, que solo Dios los alcanza. Su traje es, que andan las mujeres vestidas con

una manta angosta a manera de costal, con que se cubren de los pechos hasta la rodilla, y otra manta pequeña encima, que viene a caer sobre la larga, y todas las más son hechas de yerbas y de cortezas de árboles, y algunas de algodón. Los indios se cubren con una manta asimismo larga, que terná tres o cuatro varas, con la cual se dan una vuelta por la cintura, y otra por la garganta, y echan el ramal que sobra por encima de la cabeza y une las partes deshonestas, traen maures pequeños. Los quillacingas también se ponen maures para cubrir sus vergüenzas, como los pastos, y luego se ponen una manta de algodón cosida ancha y abierta por los lados. Las mujeres traen unas mantas pequeñas, con que también se cubren, y otra encima que les cubre las espaldas, y les cae sobre los pechos y junto al pescuezo dan ciertos puntos en ella. Los quillacingas hablan con el demonio, no tienen templo ni creencia. Cuando se mueren hacen las sepulturas grandes y muy hondas, dentro de ellas meten su haber, que no es mucho. Y si son señores principales, les echan dentro con ellos algunas de sus mujeres y otras indias de servicio. Y hay entre ellos una costumbre, la cual es (según a mí me informaron) que si muere alguno de los principales de ellos los comarcanos que están a la redonda, cada uno da al que ya es muerto de sus indios y mujeres dos o tres, y llévanlos donde está hecha la sepultura y junto a ella les dan mucho vino hecho de maíz, tanto que los embriagan, y viéndolos sin sentido, los meten en las sepulturas para que tenga compañía el muerto. De manera que ninguno de aquellos bárbaros muere, que no lleve de veinte personas arriba en su compañía, y sin esta gente meten en las sepulturas muchos cántaros de su vino o brebaje y otras comidas. Yo procuré cuando pasé por la tierra de estos indios, saber lo que digo con gran diligencia, inquiriendo en ello todo que pude, y pregunté por qué tenían tan mala costumbre, que sin las indias suyas que enterraban con ello buscaban más de las de sus vecinos. Y alcancé, que el demonio les aparece, según ellos dicen, espantable y temeroso, y les hace entender que han de tornar a resucitar en un gran reino que él tiene aparejado para ellos. Y para ir con más autoridad echan los indios y indias en las sepulturas. Y por otros engaños de este maldito enemigo caen en otros pecados. Dios nuestro señor sabe por qué permite que el demonio hable a estas gentes, y haya tenido sobre ellos tan grande poder, y que por sus dichos estén tan engañados.

Aunque ya su divina majestad alza su ira de ellos, y aborreciendo al demonio muchos de ellos se allegan a seguir nuestra sagrada religión. Los pastos, algunos, hablan con el demonio. Cuando los señores se mueren, también les hacen honra a ellos posible, llorándolos muchos días, y metiendo en las sepulturas lo que de otros tengo dicho.

En todos los términos de estos pastos se da poco maíz, y hay grandes criaderos para ganados, especialmente para puercos, porque estos se crían en gran cantidad. Dase en aquella tierra mucha cebada y papas y jiquimas, y hay muy sabrosas granadillas y otras frutas, de las que atrás tengo contado. En los quillacingas se da mucho maíz, y tienen las frutas que estos otros, salvo los naturales de la laguna, que estos ni tienen árboles, ni siembran en aquella parte maíz, por ser tan fría la tierra como he dicho. Estos quillacingas son dispuestos y belicosos, algo indómitos. Hay grandes ríos todos de agua muy singular, que se creen que tendrán oro en abundancia alguno de ellos. Un río de éstos está entre Popayán y Pasto, que se llama río Caliente. En tiempo de invierno es peligroso y trabajoso de pasar. Tiene maromas gruesas para pasarlo lo que van de una parte a otra. Lleva la más excelente agua que yo he visto en las Indias ni aun en España. Pasado este río, para ir a la villa de Pasto, hay una sierra que tiene de subida grandes tres leguas. Hasta este río duró el grande alcance que Gonzalo Pizarro y sus secuaces dieron al visorrey Blasco Núñez Vela, el cual se tratará adelante en la cuarta parte de esta crónica, que es donde describo las guerras civiles, donde se verán sucesos grandes que en ellas hubo.

CAPÍTULO XXXIV

En que se concluye la relación de lo que hay en esta tierra hasta salir de los términos de la villa de Pasto

EN ESTAS regiones de los pastos hay otro río algo grande, que se llama Angasmayo, que es hasta donde llegó el rey Guaynacapa hijo del gran capitán Topaynga Yupangue, rey del Cuzco. Pasado el río Caliente y la gran sierra de cuesta que dije, se va por unas más lomas y laderas, y un pequeño despoblado o páramo, adonde cuando yo lo pasé no hube poco frío.

Más adelante está una sierra alta en su cumbre hay un volcán, del cual

algunas veces sale cantidad de humo, y en los tiempos pasados (según dicen los naturales) reventó una vez, y echó de sí muy gran cantidad de piedras. Queda este volcán para llegar a la villa de Pasto, yendo de Popayán como vamos a la mano derecha. El pueblo está asentado en un muy lindo y hermosos valle, por donde se pasa un río de muy sabrosa y dulce agua, y otros muchos arroyos y fuentes, que vienen a dar a él. Llámase éste el valle de Atris. Fue primero muy poblado, y ahora se han retirado a la serranía. Está cercado de grandes sierras, algunos de montañas, y otras de campaña. Los españoles tienen en todos estos valles sus estancias y caserías, donde tienen sus granjerías, y las vegas y campiña de este río está siempre sembrado de muchos y muy hermosos trigos y cebadas, y maíz y tiene un molino en que muelen el trigo, porque ya en aquella villa no se come pan de maíz, por la abundancia que tienen de trigo. En aquellos llanos hay muchos venados, conejos, perdices, palomas, tórtolas, faisanes y pavas. Los indios toman de aquella caza mucha. La tierra de los pastos es muy fría en demasía, y en el verano hace más frío que no en el invierno, y lo mismo en el pueblo de los cristianos. De manera que aquí no da fastidio al marido la compañía de la mujer, ni el traer mucha ropa. Hay invierno y verano como en la España.

La villa viciosa de Pasto fundó y pobló el capitán Lorenzo Aldana en nombre de su majestad, y siendo el adelantado don Francisco Pizarro su gobernador y capitán general de todas estas provincias y reinos del Perú, año del señor de mil y quinientos y treinta y nueve años, y el dicho Lorenzo de Aldana teniente general del mismo don Francisco Pizarro del Quito, y Pasto, Popayán, Timana, Cali, Ancerma, y Cartago; y gobernándolo él todo por su persona y por los tenientes que él nombraba. Según dicen muchos conquistadores de aquellas ciudades, el tiempo que él estuvo en ellas, miró mucho el aumento de los naturales, y mandó siempre que fuesen todos bien tratados.

CAPÍTULO XXXV

De las notables fuentes y ríos que hay en estas provincias, y cómo se hace sal muy buena por artificio muy singular

ANTES QUE trate de los términos del Perú ni pase de la gobernación de Popayán, me pareció que sería bien dar noticia de las notables fuentes que hay en esta tierra, y los ríos del agua, de los cuales hacen sal con que las gentes se sustentan y pasan sin tener salinas, por no las haber en aquellas partes, y la mar estar lejos de algunas de estas provincias. Cuando el licenciado Juan de Vadillo salió de Cartagena, atravesamos los que con él veníamos las montañas de Abibe, que son muy ásperas y dificultosas de andar y las pasamos con no poco trabajo, y se nos murieron muchos caballos, y quedó en el camino la mayor parte de nuestro bagaje. Y entrados en la campaña, hallamos grandes pueblos llenos de arboledas de frutales y de grandes ríos. Y como se nos viniese acabando la sal que sacamos de Cartagena, nuestra comida fuese yerbas y frijoles, por no haber carne si no era de caballos, y algunos perros que se tomaban, comenzamos a sentir necesidad, y muchos con la falta de la sal perdían la color, y andaban amarillos y flacos, y aunque dábamos en algunas estancias de los indios y se tomaban algunas cosas, no hallábamos sino alguna sal negra envuelta con el ají que ellos comen, y ésta tan poca, que tenía por dichoso quien podía haber alguna. Y la necesidad que enseña a los hombres grandes cosas nos deparó en lo alto de un cerro un lago pequeño, que tenía agua de color negra y salobre, y trayendo de ella, echábamos en las ollas alguna cantidad, que les daba sabor para poder comer.

Los naturales de todos aquellos pueblos de esta fuente o lago y de otras lagunas que hay, tomaban la cantidad del agua que querían y en grandes ollas la cocían, y después de haber el fuego consumido la mayor parte de ella, viene a cuajarse, y quedan hechos sal negra, y no de buen sabor, pero al fin con ella guisan sus comidas, y viven sin sentir la falta que sintieran si no tuvieran aquellas fuentes.

La providencia divina tuvo y tiene tanto cuidado de sus criaturas que en todas partes les dio las cosas necesarias. Y si los hombres siempre con-

templasen en las cosas de naturaleza conocerían la obligación que tienen de servir al verdadero Dios nuestro.

En un pueblo que se llama Cori, que está en los términos de la villa de Ancerma, está un río que corre con alguna furia, y junto al agua de este río están algunos ojos del agua salobre que tengo dicha, y sacan los indios naturales de él la cantidad que quieren, y haciendo grandes fuegos, ponen en ellos ollas bien crecidas en que cuecen el agua, hasta que mengua tanto, que de una arroba no queda medio azumbre. Y luego con la experiencia que tienen la cuajan y la convierten en sal purísima y excelente, y tan singular como la que sacan de las salinas de España.

En todos los términos de la ciudad de Antiocha hay gran cantidad de estas fuentes, y hacen tanta sal que la llevan la tierra adentro, y por ella traen oro y ropa de algodón para su vestir, y otras cosas de las que ellos tienen necesidad en sus pueblos. Pasado el río grande que corre cerca de la ciudad de Cali, y junto a la de Popayán más abajo de la villa de Arma hacia el Norte descubrimos un pueblo con el capitán Jorge Robledo, que se llama Mungia, desde donde atravesamos la cordillera o montaña de los Andes, y descubrimos el valle de Aburra, y sus llanos. En este pueblo de Mungia, y en otro que ha por nombre Cenufara hallamos otras fuentes que nacían junto a unas sierras cerca de los ríos, y del agua de aquellas fuentes hacían tanta cantidad de sal, que vimos las casas casi llenas, hechas muchas formas de sal, ni más ni menos que panes de azúcar. Y esta sal la llevaban por el valle de Aburra, a las provincias que están al Oriente, las cuales no han sido vistas ni descubiertas por los españoles hasta ahora. Y con esta sal son ricos en extremo estos indios. En la provincia de Caramanta, que no es muy lejos de la villa de Ancerma, hay una fuente que nace dentro de un río de agua dulce, y echa el agua de ella un vapor a manera de humo que debe cierto salir de algún metal que corre por aquella parte. Y de esta agua hacen los indios sal blanca y buena. Y también dicen, que tienen una laguna que está junto a una peña grande, al pie de la cual hay del agua ya dicha, con que hacen sal para los señores y principales, porque afirman que se hace mejor y más blanca que en parte ninguna.

En la provincia de Ancerma en todos los más pueblos de ella hay de estas fuentes, y con su agua hacen también sal. En las provincias de Arma,

y Carrapa, y Picara pasan alguna necesidad de sal, por haber gran cantidad de gente, y pocas fuentes para la hacer, y así la que se lleva se vende bien.

En la ciudad de Cartago, todos los vecinos de ella tienen sus aparejos para hacer sal, la cual hacen una legua de allí en un pueblo de indios, que se nombra de Consota, por donde corre un río no muy grande. Y cerca de él se hace un pequeño cerro, del cual nace una fuente grande de agua muy renegrida y espesa, y sacando de la de abajo y cociéndola en calderas y pailones, después de haber menguado la mayor parte de ella, la cuajan, y queda echa sal de grano blanca, y tan perfecta como la de España; y todos los vecinos de aquella ciudad no gastan otra sal más que la que allí se hace.

Más adelante está otro pueblo llamado Coinca, y pasan por él algunos ríos de agua muy singular. Y noté en ellos una cosa que vi (de que no poco me admiré), y fue que dentro de los mismos ríos y por la madre que hace el agua que por ellos corre, nacían de estas fuentes salobres, y los indios con grande industria tenían metidos en ellas unos cañutos de las cañas gordas que hay en aquellas partes a manera de bombas de navíos, por donde se sacaban la cantidad del agua que querían, sin que se envolviese con la corriente del río, y hacían de ella su sal. En la ciudad de Cali no hay ningunas fuentes de estas, y los indios habían sal por rescate de una provincia que se llama Timbas, que está cerca de la mar. Y los que no alcanzaban este rescate, cociendo del agua dulce, y con unas yerbas venía a cuajarse y quedar hecha sal mala y de ruin sabor. Los españoles que viven en esta ciudad, como está el puerto de la Buena Ventura cerca, no sienten falta de sal, porque del Perú vienen navíos que traen grandes piedras de ella. En la ciudad de Popayán también hay algunas fuentes, especialmente en los Coconucos, pero no tanta ni tan buena como la de Cartago, y Ancerma, y la que he dicho en lo de atrás.

En la villa de Pasto toda la más de la sal que tienen es de rescate, buena y más que la de Popayán. Muchas fuentes sin las que cuento he yo visto por mis propios ojos, que dejo de decir porque me parece que basta lo dicho para que se entienda de la manera que son aquellas fuentes, y la sal que hacen del agua de ellas, corriendo los ríos de agua dulce por encima.

Y pues he declarado esta manera de hacer sal en estas provincias paso

adelante comenzando a tratar la descripción y traza que tiene este grande reino del Perú.

CAPÍTULO XXXVI

En que se contiene la descripción y traza del reino del Perú, que se entiende desde la ciudad de Quito hasta la villa de Plata, que hay más de setecientas leguas

YA QUE HE concluido con lo tocante a la gobernación de la provincia de Popayán me parece que es tiempo de extender mi pluma, en dar noticia de las cosas grandes que hay que decir del Perú, comenzando de la ciudad del Quito. Pero antes que diga la fundación de esta ciudad, será conveniente figurar la tierra de aquel reino, el cual terná de longitud setecientas leguas, y de latitud a partes ciento, y a partes más, y por algunas menos.

No quiero yo tratar ahora de lo que los reyes Ingas señorearon, que fueron más de mil doscientas leguas, mas solamente diré lo que se entiende Perú, que es desde Quito hasta la villa de Plata, desde el un término hasta el otro. Y para que esto mejor se entienda, digo que esta tierra del Perú son tres cordilleras o cumbres desiertas, y adonde los hombres por ninguna manera podrían vivir. La una de estas cordilleras es la montaña de los Andes, llena de grandes espesuras, y la tierra tan enferma, que si no es pasado el monte, no hay gente, ni jamás la hubo. La otra es la serranía que va de luengo de esta cordillera o montaña de los Andes, la cual es frigidísima y sus cumbres llenas de grandes montañas de nieve que nunca deja de caer. Y por ninguna manera podrían tampoco vivir gentes en esta longura de sierras, por causa de la mucha nieve y frío, y también porque la tierra no da de sí provecho, por estar quemada de las nieves y de los vientos que nunca dejan de correr. La otra cordillera hallo yo que es los arenales que hay de este Tumbes hasta más adelante de Tarapacá, en los cuales no hay otra cosa que ver que sierras de arena y gran sol que por ellos se esparce, sin haber agua, ni yerba, no árboles, ni cosa criada sino pájaros, que con el don de sus alas pueden atravesar por donde quiera. Siendo tan largo aquel reino como digo, hay grandes despoblados, por las razones que he puesto. Y la tierra que se habita y donde hay poblados de esta manera, que la montaña

de los Andes por muchas partes hace quebradas y algunas abras, de las cuales salen valles algo hondos y tan espaciosos que hay entre las sierras grande llanura. Y aunque la nieve caiga, toda se queda por los altos. Y los valles como están abrigados, no son combatidos de los vientos, ni la nieve allega a ellos, antes es la tierra tan fructífera, que todo lo que siembran da de sí fruto provechoso. Y hay arboledas, y se crían muchas aves y animales. Y siendo la tierra tan provechosa está toda bien poblada de los naturales, y lo que es en la serranía. Hacen sus pueblos concertados de piedra, la cobertura de paja, y viven sanos y son muy sueltos. Y así, de esta manera, haciendo abras y llanadas las sierras de los Andes y la nevada, hay grandes poblaciones, en la cuales hubo y hay mucha cantidad de gente, porque de estos valles corren ríos de agua muy buena, que van a dar a la mar del Sur. Y así como estos ríos entran por los espesos arenales que he dicho, y se extienden por ellos, de la humanidad del agua se crían grandes arboledas. Y hácense unos valles muy lindos y hermosos, y algunos son tan anchos, que tienen a dos y a tres leguas, adonde se ven gran cantidad de algarrobos, los cuales se crían, aunque están tan lejos del agua. Y en todo el término donde hay arboledas es la tierra sin arena y muy fértil y abundante. Y estos valles fueron antiguamente muy poblados, todavía hay indios, aunque no tantos como solían ni con mucho. Y como jamás no llovió en estos llanos y arenales del Perú, no hacían las casas cubiertas, como los de la serranía, sino terrados galanos, o casas grandes de adobes con sus estantes o mármoles. Y para guarecerse del sol ponían unas esteras en lo alto.

En este tiempo se hace así. Y los españoles en sus casas no usan otros tejados que estas esteras embarradas. Y para hacer sus sementeras de los ríos que riegan estos valles sacan acequias tan bien sacadas y con tanta orden, que toda la tierra riegan y siembran, sin que se les pierda nada. Y como es de riego, están aquellas acequias muy verdes y alegres, y llenas de arboledas de frutales de España y de la misma tierra. Y en todo tiempo se coge en aquellos valles mucha cantidad de trigo, maíz y de todo lo que se siembra. De manera que aunque he figurado al Perú ser tres cordilleras desiertas y despobladas, de ellas mismas por la voluntad de Dios salen los valles y ríos que digo, fuera de ellos por ninguna manera podrían los hombres vivir, que es causa por donde los naturales se pudieron conquistar tan fácilmente, y

para que sirvan sin se rebelar, porque si lo hiciesen todos perecerían de hambre y de frío. Porque (como digo) si no es la tierra que ellos tienen poblada, lo demás es despoblado lleno de sierras de nieve y de montañas altísimas y muy espantosas. Y la figura de ella es, que como tengo dicho, tiene este reino de longitud setecientas leguas, que se entiende de Norte y Sur (y si hemos de contar lo que mandaron los reyes Ingas) mil y doscientas leguas de camino derecho como he dicho de Norte a Sur por meridiano. Y tendrá por lo más ancho de Levante a Poniente poco más que cien leguas y por otras partes a cuarenta y sesenta y a menos, y a más. Esto que digo de longitud, y latitud se entiende cuanto a la longura y anchura que tienen las sierras y montañas que se extienden por toda esta tierra del Perú, según que he dicho. Y esta cordillera tan grande, que por la tierra del Perú se dice Andes, dista de la mar del Sur por unas partes cuarenta leguas, y por otras sesenta y por otras más, y por algunas menos y por ser tan alta y la mayor altura estar tan allegada a la mar del Sur, son los ríos pequeños porque las vertientes son cortas.

La otra serranía que también va de luengo de esta tierra sus caídas y fenecimientos se rematan en los llanos, y acaban cerca de la mar a partes a tres leguas, y por otras partes a ocho y a diez, y a menos y a más. La constelación y calidad de la tierra de los llanos es más cálida que fría, y unos tiempos más que otros, por estar tan baja que casi la mar es tan alta como la tierra, o poco menos. Y cuando en ella hay más calor, es cuando el sol ha pasado ya por ella y ha llegado al trópico de Capricornio, que es a veintiuno de diciembre, de donde da la vuelta a la línea equinoccial. En la serranía no embargante que hay partes y provincias muy templadas, podríase decir al contrario que de los llanos, porque es más fría que caliente. Esto que he dicho es cuanto a la calidad particular de estas provincias, de las cuales adelante diré lo que hay más que contar de ellas.

CAPÍTULO XXXVII

De los pueblos y provincias que hay desde la villa de Pasto hasta la ciudad de Quito

PUES TENGO escrito de la fundación de la villa viciosa de pasto, será bien volviendo a ella, proseguir el camino, dando noticia de lo que hay hasta llegar a la ciudad de Quito.

Dije, que la villa de Pasto está fundada en el valle de Atris, que cae en la tierra de los quillacingas, gentes desvergonzadas, y ellos y los pastos son muy sucios y tenidos en poca estimación de sus comarcanos. Saliendo de la villa de Pasto, se va hasta llegar a un cacique o pueblo de los pastos llamado Funes. Y caminando más adelante se allega a otro que está de él poco más de tres leguas, a quien llaman Iles. Y otras tres leguas más adelante se ven los aposentos de Gualmatan. Y prosiguiendo el camino hacia Quito se ve el pueblo de Ipiales, que está de Gualmatan tres leguas.

En todos estos pueblos se da poco maíz o casi ninguno, a causa de la tierra muy fría, y de la semilla del maíz muy delicada, mas críanse abundancia de papas y quinio, y otras raíces que los naturales siembran. De Ipiales se camina hasta llegar a una provincia pequeña que lleva por nombre Guaca, y antes de allegar a ella se ve el camino de los Ingas tan famoso en estas partes, como el que hizo Aníbal por los Alpes, cuando bajó a la Italia. Y puede ser éste tenido en más estimación, así por los grandes aposentos y depósitos que había en todo él, como por ser hecho con mucha dificultad por tan ásperas y fragosas sierras, que pone admiración verlo. También se allega a un río, cerca del cual se ve adonde antiguamente los reyes Ingas tuvieron hecha una fortaleza, de donde daban guerra a los pastos, y salían a la conquista de ellos. Y está una puente en este río hecha natural que parece artificial, la cual es de una peña viva alta y muy gruesa, y hácese en el medio de ella un ojo por donde pasa la furia del río, y por encima van los caminantes que quieren. Llámase esta puente Lumichaca en lengua de los Ingas, y en la nuestra querrá decir puente de piedra. Cerca de esta puente está una fuente cálida, que por ninguna manera metiendo la mano dentro, podrán sufrir tenerla mucho tiempo, por la gran calor con que el agua sale. Y hay otros manantiales, y el agua del río, y la disposición de la tierra tan

fría, que no se puede compadecer, si no es con muy gran trabajo. Cerca de esta puente quisieron los reyes Ingas hacer otra fortaleza, y tenían puestas guardas fieles, que tenían cuidado de mirar sus propias gentes no se les volviesen al Cuzco, o a Quito, porque tenían por conquista sin provecho la que hacían en la región de los pastos.

Hay en todos los más de los pueblos ya dichos una fruta que llaman mortuños, que es más pequeña que endrina y son negros, y entre ellos hay otras uvillas que se parecen mucho a ellos y si comen alguna cantidad de estas se embriagan, y hacen grandes bascas y están un día natural con gran pena, y poco sentido. Sé esto porque yendo a dar la batalla a Gonzalo Pizarro, íbamos juntos un Rodrigo de las Peñas amigo mío, y un Tarazona alférez del capitán don Pedro de Cabrera, y otros soldados, y llegados a este pueblo de Guaca, habiendo el Rodrigo de las Peñas comido de esta uvillas que digo, se paró tal que creímos muriera de ello. De la pequeña provincia de Guaca se va hasta llegar a Tuza, que es el último pueblo de los pastos, el cual a la mano derecha tiene las montañas que están sobre el mar dulce, y a la izquierda las cuestas sobre la mar del Sur. Más adelante se allega a un pequeño cerro, en donde se ve una fortaleza, que los Ingas tuvieron antiguamente con su cava, y que para entre indios no debió ser poco fuerte. Del pueblo de Tuza y de esta fuerza se va hasta llegar al río de Mira, que no es poco cálido y que en él hay muchas frutas y melones singulares, y buenos conejos, tórtolas, perdices, y se coge gran cantidad de trigo y cebada, y lo mismo de maíz y otras cosas muchas, porque es muy fértil. De este río de Mira se baja hasta los grandes y suntuosos aposentos de Carangue, antes de allegar a ellos se ve la laguna que llaman Yaguarcocha, que en nuestra lengua quiere decir mar de sangre, adonde de antes que entrasen los españoles en el Perú, el rey Guaynacapa, por cierto enojo que le hicieron los naturales de Carangue y de otros pueblos a él comarcanos, cuentan los mismos indios que mandó matar más de veinte mil hombres y echarlos en esta laguna. Y como los muertos fuesen tantos, parecía algún lago de sangre, lo cual le dieron la significación o nombre ya dicho.

Más adelante están los aposentos de Carangue, donde algunos quisieron decir que nació Atabalipa hijo de Guaynacapa, y aun que su madre era

natural de este pueblo. Y cierto no es así, porque yo lo procuré con gran diligencia, y nació en el Cuzco Atabalipa, y lo demás es burla.

Están estos aposentos de Carangue en una plaza pequeña, dentro de ellos hay un estanque hecho de piedra muy prima, y los palacios y morada de los Ingas están así mismo hechos de grandes piedras galanas y muy sutilmente asentadas sin mezcla, que es no poco de ver. Había antiguamente templo del Sol, y estaban en él dedicadas y ofrecidas para el servicio de él mas de doscientas doncellas muy hermosas, las cuales eran obligadas a guardar castidad, y si corrompían sus cuerpos eran castigadas muy cruelmente. Y a los que cometían el adulterio (que ellos tenían con gran sacrilegio) los ahorcaban o enterraban vivos. Eran miradas estas doncellas con gran cuidado y había algunos sacerdotes para hacer sacrificios conforme a su religión. Esta casa del Sol era en tiempo de los señores Ingas tenida en mucha estimación, y teníanla muy guardada y reverenciada, llena de grandes vasijas de oro y plata y otras riquezas que no así ligeramente se podrían decir, tanto que las paredes tenían chapadas de plancha de oro y plata. Y aunque está esto todo muy arruinado, se ve que fue grande cosa antiguamente. Y los Ingas tenían en estos aposentos de Carangue sus guarniciones ordinarias con sus capitanes, las cuales en tiempo de paz y guerra estaban allí, para resistir a los que se levantasen. Y pues se habla de estos señores Ingas, para que se entiendan la calidad grande que tuvieron y lo que mandaron en este reino, trataré algo de ellos, antes que pase adelante.

CAPÍTULO XXXVIII

En que se trata quiénes fueron los reyes Ingas, y lo que mandaron en el Perú

PORQUE en esta primera parte tengo muchas veces de tratar de los Ingas, y dar noticia de muchos aposentos suyos y otras cosas memorables, me pareció cosa justa, decir algo de ellos en este lugar, para que los lectores sepan lo que esos señores fueron y no ignoren su valor, ni entiendan uno por otro, no embargante que yo tengo hecho libro particular de ellos y de sus hechos bien copiosos.

Por las relaciones que los Ingas del Cuzco nos dan, se colige, que había

antiguamente gran desorden en todas las provincias de este reino que nosotros llamamos Perú, y que los naturales eran de tan poca razón y entendimiento, que es de no creer, porque dicen que eran muy bestiales, y que muchos comían carne humana, y otros tomaban a sus hijas y madres por mujeres, cometiéndose en esto otros pecados mayores y más graves teniendo cuenta con el demonio, al cual todos ellos servían y tenían en grande estimación.

Sin esto, por los cerros y collados altos tenían castillos y fortalezas por donde, por causas muy livianas, salían a darse guerra unos a otros, y se mataban y capturaban todos los más que podían. Y no embargante que anduviesen metidos en estos pecados, y cometiesen estas maldades, dicen también que algunos de ellos eran dados a la religión, que fue causa que en muchas partes de este reino se hicieron grandes templos, en donde hacían su oración, y era visto el demonio, y por ellos adorado, haciendo adelante de los ídolos grandes sacrificios y supersticiones. Y viviendo de esta manera las gentes de este reino, se levantaron grandes tiranos en las provincias de Collao, y en los valles de los yungas, y en otras partes, los cuales unos a otros se daban grandes guerras, y se cometían muchas muertes y robos, y pasaron por uno y por otros grandes calamidades, tanto que se destruyeron muchos castillos y fortalezas, y siempre duraba entre ellos la porfía, de que no poco se holgaba el demonio, enemigo de natura humana, porque tantas ánimas se perdiesen.

Estando de esta suerte todas las provincias del Perú, se levantaron dos hermanos, que el uno de ellos habría por nombre Mango Capa. De los cuales cuentan grandes maravillas los indios y fábulas muy donosas. En el libro por mí alegado las podrá ver quien quisiere, cuando salga a luz. Este Mango Capa fundó la ciudad del Cuzco, estableció leyes a su usanza. Y él y sus descendientes se llamaron Ingas, cuyo nombre quiere decir o significa reyes o grandes señores. Pudiendo tanto, que conquistaron y señorearon desde Pasto hasta Chile, y sus banderas vieron por la parte del Sur al río de Maule, y por la del Norte al río de Angasmayo, y estos ríos fueron término de su imperio, que fue tan grande que hay de una parte a otra más de mil y trescientas leguas. Y edificaron grandes fortalezas y aposentos fuertes, y en todas las provincias tenían puestos capitanes y gobernadores.

Hicieron grandes cosas, y tuvieron tan buena gobernación, que pocos en el mundo les hicieron ventaja. Eran muy vivos de ingenio y tenían gran cuenta y letras, porque éstas no se han hallado en estas partes de las Indias. Pusieron en buenas costumbres a todos sus súbditos, y diéronles orden para que se vistiesen y trajesen ojotas en lugar de zapatos que son como albarcas. Tenían grandes cuentas con la inmortalidad del ánima, y con otros secretos de naturaleza. Creían que había hacedor de las cosas, y al Sol tenían por dios soberano, al cual hicieron grandes templos. Y engañados del demonio adoraban en árboles y en piedras como los gentiles. En los templos principales tenían gran cantidad de vírgenes muy hermosas, conforme a las que hubo en Roma en el templo de Vesta, y casi guardaban los mismo estatutos que ellas. En los ejércitos escogían capitanes valerosos, y los más fieles que podían. Tuvieron grandes mañas, para sin guerra hacer de los enemigos amigos, y a los que se levantaban castigaban con gran severidad y no poca crueldad. Y pues (como digo) tengo hecho libro de estos Ingas, basta lo dicho para que los que leyeren este libro, entiendan lo que fueron estos reyes, y lo mucho que valieron, y con tanto volveré a mi camino.

CAPÍTULO XXXIX

De los más pueblos y aposentos que hay desde Carangue hasta llegar a la ciudad de Quito, y de lo que cuentan del hurto que hicieron los de Otavalo a los de Carangue

YA CONTÉ en el capítulo pasado el mando y grande poder que los Ingas reyes del Cuzco tuvieron en todo el Perú, y será bien, pues ya algún tanto se declaró aquello, proseguir adelante.

De los reales aposentos de Carangue por el camino famoso de los Ingas se va hasta llegar al aposento de Otavalo, que no ha sido ni deja de ser muy principal y rico, el cual tiene a una parte y a otras grandes poblaciones de indios naturales. Los que están al poniente de estos aposentos son, Poritaco, los Guancas, y Cayambes. Y cerca del río grande del Marañón están los Quijos, pueblos derramados llenos de grandes montañas. Por aquí entró Gonzalo Pizarro a la entrada de la canela que dicen con buena copia de españoles y muy lucidos, y gran abasto de mantenimiento, y con todo esto

pasó grandísimo trabajo y mucha hambre. En la cuarta parte de esta obra daré noticia cumplida de este descubrimiento, y contaré cómo se descubrió por aquella parte el río Grande, y cómo por él salió al mar océano el capitán Orellana, y la ida que hizo a España, hasta que su Majestad lo nombró por su gobernador y adelantado de aquellas tierras.

Hacia el Oriente están las estancias o tierras de labor de Cotocoyambe, y las montañas de Yumbo, y otras poblaciones muchas, y algunas que no se han descubierto enteramente.

Estos naturales de Otavalo y Carangue se llaman los Guamaraconas, por lo que dije de las muertes que hizo Guaynacapa en la laguna donde mató los más de los hombres de edad, porque no dejando en estos pueblos sino los niños, díjoles Guamaracona, que quiere decir en nuestra lengua, ahora sois muchachos. Son muy enemigos los de Carangue de los de Otavalo, porque cuentan los más de ellos, que como se divulgase por toda la comarca del Quito (en cuyos términos están estos indios) de la entrada de los españoles en el reino, y de la prisión de Atabalipa, después de haber recibido grande espanto y admiración, teniendo por cosa de gran maravilla y nunca vista lo que oían de los caballos y de su gran ligereza, creyendo que los hombres que en ellos venían y ellos fuese todo un cuerpo, derramó la fama sobre la venida de los españoles cosas grandes entre estas gentes. Y estaban aguardando su venida, creyendo, que pues habían sido poderosos para desbaratar al Inga su señor, que también lo serían para sojuzgarlos a todos ellos. Y en este tiempo dicen, que el mayordomo o señor de Carangue tenía gran cantidad de tesoro en sus aposentos suyo y del Inga. Y Otavalo que debía ser cauteloso, mirando agudamente, que en semejantes tiempos se han grandes tesoros y cosas preciadas, pues estaba todo perturbado, porque como dice el pueblo, a río vuelto, etc., llamó a los más de sus indios y principales entre los cuales escogió y señaló los que le parecieron más dispuestos y ligeros, y a estos mandó que se vistiesen de sus camisetas y mantas largas, y que tomando varas delgadas y cumplidas, subiesen en los mayores de sus carneros, y se pusiesen por los altos y collados, de manera que pudiesen ser vistos por los de Carangue, y él con otro mayor número de indios y algunas mujeres, fingiendo gran miedo, y mostrando ir temerosos, allegaron al pueblo de Carangue, diciendo cómo venían huyendo de la

furia de los españoles, que encima de sus caballos habían dado en sus pueblos. Y por escapar de su crueldad habían dejado sus tesoros y haciendas.

Puso según se dice grande espanto esta nueva, y tuviéronla por cierta porque los indios en los carneros parecieron por los altos y laderas. Y como estuviesen apartados, creyeron ser verdad lo que Otavalo afirmaba, y sin tiento comenzaron a huir.

Otavalo haciendo muestra de querer hacer lo mismo, se quedó en la rezaga con su gente, y dio la vuelta a los aposentos de estos indios de Carangue y robó todo el tesoro que halló, que no fue poco. Y vuelto a su pueblo, dende a pocos días fue publicado el engaño.

Entendido el hurto tan extraño, mostraron gran sentimiento los de Carangue, y hubo algunos debates entre unos y otros. Mas como el capitán de Belalcázar con los españoles dende a pocos días que esto pasó entró en las provincias del Quito, dejando sus pasiones, por entender en defenderse. Y así Otavalo y los suyos se quedaron con lo que robaron, según dicen muchos indios de aquellas partes. Y la enemistad no ha cesado entre ellos.

De los aposentos de Otavalo se va a los de Cochesqui. Y para ir a estos aposentos se pasa un puerto de nieve, y una legua antes de llegar a ellos es la tierra tan fría, que se vive con algún trabajo. De Cochesqui se camina a Guayabamba que está del Quito cuatro leguas, donde por ser la tierra baja, y estar casi debajo de la Equinoccial, es cálido, mas no tanto que no esté muy poblado, y se den todas las cosas necesarias a la humana sustentación de los hombres.

Y ahora los que habemos andado por estas partes hemos conocido lo que hay debajo de esta línea Equinoccial, aunque algunos autores antiguos (como tengo dicho) tuvieron ser tierra inhabitable. Debajo de ella hay un invierno y verano, y está poblada de muchas gentes. Y las cosas que se siembran se dan muy abundantes, en especial trigo y cebada.

Por los caminos que van por estos aposentos hay algunos ríos, y todos tienen su puentes, y ellos van bien desechados, y hay grandes edificios y muchas cosas que ver, que por acortar escritura voy pasando por ello.

De Guallabamba a la ciudad de Quito hay cuatro leguas, en el término de las cuales hay algunas estancias y caserías que los españoles tienen para criar sus ganados, hasta llegar al campo de Añaquito. Adonde en el año de

mil quinientos y cuarenta y seis años por el mes de enero allegó el visorrey Blasco Núñez Vela con alguna copia de españoles, que le seguían contra la rebelión de los que sustentaban la tiranía. Y salió de esta ciudad de Quito Gonzalo Pizarro que con colores falsas había tomado el gobierno del reino. Y llamándose gobernador, acompañado de la mayor parte de la nobleza de todo el Perú, dio batalla al visorrey, en la cual el mal afortunado visorrey fue muerto, y muchos varones y caballeros valerosos, que mostrando su lealtad y deseo que tenían de servir a su Majestad, quedaron muertos en el campo, según que más largamente lo trataré en la cuarta parte de esta obra, que es donde escribo las guerras civiles que hubo en el Perú entre los mismos españoles, que no será poca lástima oírlas. Pasado este campo de Añaquito, se llega luego a la ciudad de Quito, la cual está fundada y trazada de la manera siguiente.

CAPÍTULO XL

Del sitio que tiene la ciudad de San Francisco del Quito, y su fundación, y quién fue el que la fundó

LA CIUDAD de San Francisco del Quito está a la parte del Norte en la inferior provincia del reino del Perú. Corre el término de esta provincia de longitud (que es de Este Oeste) casi setenta leguas, y de latitud veinte y cinco o treinta. Está asentada en uno antiguos aposentos, que los Ingas habían, en el tiempo de su señorío, mandado hacer en aquella parte. Y habíalos ilustrado y acrecentado Guaynacapa, y el gran Topaynga su padre. A estos aposentos tan reales y principales llamaban los naturales Quito, por donde la ciudad tomó denominación y nombre del mismo que tenían los antiguos.

Es sitio sano más frío que caliente. Tiene la ciudad poca vista de campos o casi ninguna, porque está asentada en una pequeña llanada a manera de hoya, que unas sierras altas donde ella está arrimada hacen, que están de la misma ciudad entre el Norte y el Poniente. Es tan pequeño sitio y llanada que se tiene por el tiempo adelante han de edificar con trabajo, si la ciudad se quisiere alargar, la cual podrían hacer muy fuerte, si fuese necesario. Tiene por comarcanas las ciudades de Puerto Viejo, y Guayaquile. Las cuales están de ella a la parte del Poniente a sesenta y a ochenta leguas, y a la del

Sur tiene asimismo las ciudades de Loja y San Miguel. La una a ciento y treinta, la otra a ochenta. A la parte de Levante están de ella las montañas y nacimiento del río que en el mar Océano es llamado mar dulce, que es el más cercano al de Marañón. También está en el propio paraje la villa de Pasto, y a la parte del Norte la gobernación de Popayán que queda atrás.

Esta ciudad de Quito está metida debajo la línea Equinoccial, tanto que la pasa casi a siete leguas. Es tierra toda la que tiene por términos al parecer estéril, pero en efecto es muy fértil, porque en ella se crían todos los ganados abundantemente, y lo mismo todos los otros bastimentos de pan, y legumbres, frutas, y aves.

Es la disposición de la tierra muy alegre, y en extremo parece a la de España en la yerba y en el tiempo. Porque entra el verano por el mes de abril, y marzo, y dura hasta el mes de noviembre. Y aunque es fría, se agosta la tierra ni más ni menos que en España.

En las vegas se coge gran cantidad de trigo y cebada, y es mucho el mantenimiento que hay en la comarca de esta ciudad, y por tiempo se darán toda la mayor parte de las frutas que hay en nuestra España porque ya se comienzan a criar algunas. Los naturales de la comarca en general son más domésticos y bien inclinados, y más sin vicio que ninguno de los pasados, ni aun de los que hay en toda la mayor parte del Perú. Lo cual es según lo que yo vi y entendía, otros habrán que tendrán otro parecer. Mas si hubieren visto y notado lo uno y lo otro, como yo tengo por cierto que serán de mi opinión. Es gente mediana de cuerpo, y grandes labradores, y han vivido con los mismos ritos que los reyes Ingas, salvo que no han sido tan políticos, ni lo son porque fueron conquistados de ellos, por su mano dada la orden que ahora tienen en el vivir. Porque antiguamente eran como los comarcanos a ellos, mal vestidos y sin industria en el edificar.

Hay muchos valles calientes donde se crían muchos árboles de frutas, y legumbres de que han gran cantidad en todo lo más del año. También se dan en estos valles viñas aunque como es principio, de sola la esperanza que se tiene de que se darán muy bien, se puede hacer relación, y no de otra cosa. Hay árboles muy grandes de naranjos, y limas. Y las legumbres de España que se crían son muy singulares, y todas las más y principales, que son necesarias para el mantenimiento de los hombres. También hay una

manera de especia que llamamos canela, la cual traen de las montañas, que están a la parte de Levante, que es una fruta a manea de flor que nace en los muy grandes árboles de la canela, que no hay en España a que se puedan comparar, sino es aquel ornamento o capullo de las bellotas, salvo que es leonado en la color, algo tirante a negro, y es más grueso y de mayor concavidad. Es muy sabroso el gusto tanto como la canela, sino que no se compadece comerlo más que en polvo. Porque usando de ello como de canela en guisados, pierde la fuerza y su gusto es cálido y cordial, según la experiencia que de él se tiene, porque los naturales de la tierra lo rescatan, y usan de ellos en sus enfermedades, especialmente aprovecha para dolor de ijada y de tripas, y para dolor de estómago, lo cual toman bebido en sus brebajes.

Tienen mucha cantidad de algodón, de que se hacen ropas para su vestir, y para pagar sus tributos. Había en los términos de esta ciudad de Quito gran cantidad de este ganado que nosotros llamamos ovejas, que más propiamente tiran a camellos. Adelante trataré de este ganado y de su talle, y cuantas diferencias hay de estas ovejas y carneros que decimos del Perú. Hay también muchos venados y muy grande cantidad de conejos, y perdices, tórtolas, palomas, y otras cazas. De los mantenimientos naturales fuera del maíz hay otros dos, que se tienen por principal bastimento entre los indios. Al uno llaman papas, que es a manera de turmas de tierra, el cual después de cocido, queda tan tierno por de dentro como castaña cocida, no tiene cáscara ni cuesco más que los tiene la turma de la tierra porque también nace debajo de la tierra como ella. Produce esta fruta una yerba ni más ni menos que la amapola. Hay otra bastimento muy bueno, a quien llaman quínua, la cual tiene la hoja ni más ni menos que bledo morisco, y crece la planta de él casi un estado de hombre, y echa una semilla muy menuda, de ella es blanca y de ella es colorada. De la cual hacen brebajes, y también la comen guisada como nosotros el arroz.

Otras muchas raíces y semillas hay sin éstas, mas conociendo el provecho y utilidad del trigo y de la cebada, muchos de los naturales sujetos a esta ciudad de Quito siembran de lo uno y de lo otro, y usan comer de ello, y hacen brebajes de la cebada. Y como arriba dije, todos estos indios son dados a la labor, porque son grandes labradores, aunque en algunas provincias son diferentes de las otras naciones, como diré cuando pasare por

ellos, porque las mujeres son las que labran los campos y benefician las tierras y mieses, y los maridos hilan y tejen, y se ocupan en hacer ropa, y se dan otros oficios femeniles que debieron aprender de los Ingas.

Porque yo he visto en los pueblos de indios comarcanos al Cuzco de la generación de los Ingas, mientras las mujeres están arando, estar ellos hilando, aderezando sus armas y su vestido, y hacen cosas más pertenecientes para el uso de las mujeres, que no por el ejercicio de los hombres. Había en el tiempo de los Ingas un camino real hecho a mano y fuerzas de hombres, que salía de esta ciudad y llegaba hasta la del Cuzco, de donde salía otro tan grande, y soberbio como él, que iba hasta la provincia de Chile, que está del Quito más de mil y doscientas leguas.

En los cuales caminos había a tres y a cuatro leguas muy galanos y hermosos aposentos, o palacios de los señores, y muy ricamente aderezados.

Podráse comparar este camino a la calzada que los romanos hicieron, que en España llamamos "camino de la plata".

Detenídome he en contar las particularidades del Quito más de lo que suelo en las ciudades de que tengo escrito en los de atrás, y esto ha sido porque (como algunas veces he dicho) esta ciudad es la primera población del Perú por aquella parte, y por ser siempre muy estimada, y ahora en este tiempo todavía es de lo bueno del Perú, y para concluir con ella digo, que la fundó y pobló el capitán Sebastián de Belalcázar, que después fue adelantado y gobernador en la provincia de Popayán, en nombre del emperador don Carlos nuestro señor, siendo el adelantado don Francisco Pizarro gobernador y capitán general de los reinos del Perú, y provincias de la Nueva Castilla, año del nacimiento de nuestro redentor Jesucristo de mil y quinientos y treinta y cuatro años.

CAPÍTULO XLI

De los pueblos que hay salidos del Quito hasta llegar a los reales palacios de Tomebamba, y de algunas costumbres que tienen los naturales de ellos

DESDE LA CIUDAD de San Francisco del Quito hasta los palacios de Tomebamba hay cincuenta y tres leguas. Luego que salen de ella por el cami-

no ya dicho, se va a un pueblo llamado Panzaleo. Los naturales de él difieren en algo a los comarcanos especialmente en la ligadura de la cabeza, porque por ella son conocidos los linajes de los indios, y las provincias donde son naturales.

Estos y todos los de este reino en más de mil y doscientas leguas hablaban la lengua general de los Ingas, que es la que se usaba en el Cuzco. Y hablábase esta lengua generalmente, porque los señores Ingas lo mandaban, y era ley en todo su reino, y castigaban a los padres si la dejaban de mostrar a sus hijos en la niñez. Mas no embargante que hablaban la lengua del Cuzco (como digo) todos se tenían sus lenguas, las que usaron sus antepasados. Y así estos de Panzaleo tenían otra lengua que los de Carangue y Otavalo. Son del cuerpo y disposición como los que declaré en el capítulo pasado. Andan vestidos con sus camisetas sin mangas ni collar, ni más que abiertas por los lados, por donde sacan los brazos, y por arriba por donde asimismo sacan la cabeza, y con sus mantas largas de lana y algunas de algodón. Y de esta ropa la de los señores era muy prima y con colores muchas y muy perfectas. Por zapatos traen una ojotas de una raíz o yerba que llaman cabuya, que echa unas pencas grandes, de las cuales salen unas hebras blancas como de cáñamo muy recias y provechosas. Y de estas hacen sus ojotas o albarcas, que les sirven por zapatos, y por la cabeza traen puestas sus ramales. Las mujeres algunas andan vestidas a uso del Cuzco muy galanas con una manta larga que las cubre desde el cuello hasta los pies sin sacar más de los brazos, y por la cintura se la atan con uno que llaman chumbe, a manera de una reata galana y muy prima y algo más ancha. Con éstas se atan y aprietan la cintura, y luego se ponen otra manta delgada llamada liquida, que les cae por encima de los hombros, y desciende hasta cubrir los pies. Tienen para prender estas mantas unos alfileres de plata o de oro grandes y al cabo algo anchos que llaman topos. Por la cabeza se ponen también una cinta no poco galana, que nombran vincha, y con sus ojotas en los pies andan. En fin el uso del vestir de los señores del Cuzco ha sido el mejor y más galano y rico que hasta ahora se ha visto en todas estas Indias. Los cabellos tienen gran cuidado de se los peinar, y tráenlos muy largos. En otra parte trataré más largamente este traje de las pallas o señoras del Cuzco.

Entre este pueblo de Panzaleo y la ciudad del Quito hay algunas poblaciones a una parte y a otra en uno montes.

A la parte del Poniente está el valle de Uchillo, y Langazi, adonde se dan, por ser la tierra muy templada, muchas cosas de las que escribí en el capítulo de la fundación de Quito y los naturales son amigos y confederados.

Por estas tierras no se comen los unos a los otros, ni son tan malos como algunos de los naturales de las provincias que en lo de atrás tengo escrito. Antiguamente solían tener grandes adoratorios a diversos dioses, según publica la fama de ellos mismos.

Después que fueron señoreados por los reyes Ingas, hacían sus sacrificios al Sol, al cual adoraban por dios.

De aquí se toma un camino que va a los montes de Yumbo, en los cuales están unas poblaciones, donde los naturales de ellas son de no tan buen servicio como los comarcanos de Quito, ni tan domables, antes son más viciosos y soberbios. Lo cual hace, vivir en tierra tan áspera, y tener en ella por ser cálida y fértil mucho regalo. Adoran también al Sol, y parécense en las costumbres y afectos a sus comarcanos, porque fueron como ellos sojuzgados por el gran Topaynga Yupangue, y por Guaynacapa su hijo.

Otro camino sale hacia el nacimiento del sol que va a otras poblaciones llamadas Quijo, pobladas de indios de la manera y costumbres de éstos.

Adelante de Pazaleo tres leguas están los aposentos y pueblos de Mulahalo, que aunque ahora es pueblo pequeño por haberse apocado los naturales, antiguamente tenía aposentos para cuando los Ingas o sus capitanes pasaban allí, con grandes depósitos para proveimientos de la gente de guerra. Está a la mano derecha de este pueblo de Mulahalo un volcán o boca de fuego, del cual dicen los indios, que antiguamente reventó y echó de sí gran cantidad de piedras y cenizas, tanto que destruyó mucha parte de los pueblos donde alcanzó aquella tormenta. Quieren decir algunos, que antes que reventase, se veían visiones infernales, y se oían algunas voces temerosas. Y parece ser cierto lo que cuentan estos indios de este volcán, porque al tiempo que el adelantado don Pedro de Alvarado (gobernador que fue de la provincia de Guatemala) entró en el Perú con su armada, viniendo a salir a estas provincias de Quito les pareció que llovió ceniza algunos días y así lo afirman los españoles que venían con él. Y era, que debió re-

ventar alguna boca de fuego de ésta, de las cuales hay muchas en aquellas sierras, por los grandes mineros que debe de haber de piedra de azufre.

Poco más adelante de Mulahalo está el pueblo y grandes aposentos llamados de la Tacunga [Latacunga], que eran principales como los de Quito. Y en los edificios aunque están muy arruinados, se parece la grandeza de ellos, porque en algunas paredes de estos aposentos se ve bien claro donde estaban encajadas las ovejas de oro, y otras grandezas que esculpían en las paredes. Especialmente había esta riqueza en el aposento que estaba señalado para los reyes Ingas, y en el templo del sol, donde se hacían los sacrificios y supersticiones. Que es donde también estaban cantidad de vírgenes dedicadas para el servicio del templo, a las cuales (como ya otras veces he dicho) llamaban mamaconas. No embargante que en los pueblos pasados he dicho hubiese aposentos y depósitos, no había en tiempo de los Ingas casa real ni templo principal como aquí, ni en otros pueblos más adelante hasta llegar a Tomebamba, como en esta historia iré relatando.

En este pueblo tenían los señores Ingas puesto mayordomo mayor, que tenía cargo de coger los tributos de las provincias comarcanas, y recogerlos allí, adonde asimismo había gran cantidad de mitimaes. Esto es, que visto por los Ingas, que la cabeza de su imperio era la ciudad del Cuzco, de donde se daban las leyes, y salían los capitanes a seguir la guerra, el cual estaba de Quito más de seiscientas leguas y de Chile otro mayor camino, considerando ser todas esta longura de tierra poblada de gentes bárbaras y algunas muy belicosas, para con más facilidad tener seguro y quieto su señorío, tenían esta orden desde el tiempo del rey Inga Yupangue padre del gran Topaynga Yupangue, y abuelos de Guaynacapa, que luego que conquistaban una provincia de estas grandes, mandaban salir o pasar de allí diez o doce mil hombres con sus mujeres, o seis mil, o la cantidad que querían. Los cuales se pasaban a otro pueblo o provincia, que fuese de temple y manera del de donde salían, porque si eran de tierra fría eran llevados a tierra fría, y si de caliente a caliente; y estos tales eran llamados mitimaes, que quiere significar indios venidos de una tierra a otra. A los cuales se les daban heredades en los campos, y tierras para sus labores, y sitio para hacer sus casas. Y a estos mitimaes mandaban los Ingas, que estuviesen siempre obedientes a lo que sus gobernadores y capitanes les mandasen, de tal ma-

nera que si los naturales se rebelasen, siendo ellos de parte del gobernador eran luego castigados y reducidos al servicio de los Ingas. Y por consiguiente, si los mitimaes buscaban algún alboroto, eran apremiados por los naturales, y con esta industria tenían estos señores su imperio seguro que no se les rebelase, y las provincias bien proveídas de mantenimiento, porque la mayor parte de la gente de ellas estaban como digo los de unas tierras en otras. Y tuvieron otro aviso para no ser aborrecidos de los naturales, que nunca quitaron el señorío de ser caciques a los que le venían de herencia y eran naturales. Y si por ventura alguno cometía delito o se hallaba culpado en tal manera, que mereciese ser desprivado del señorío que tenía daban y encomendaban el cacicazgo a sus hijos o hermanos, y mandaban que fuesen obedecidos por todos. En el libro de los Ingas trato más largamente esta cuenta de los mitimaes, que se entiende lo que tengo dicho.

Y volviendo a la materia digo, que en estos aposentos tan principales de Latacunga había de estos indios a quien llaman mitimaes, que tenían cargo de hacer lo que por el mayordomo del Inga les era mandado.

Alrededor de estos aposentos a una parte y a otra hay las poblaciones y estancias de los caciques y principales, que no están poco proveídos de mantenimientos. Cuando se dio la última batalla en el Perú (que fue en el valle de Xaquixaguana [Jaquijahuana], donde Gonzalo Pizarro fue muerto) salimos de la gobernación de Popayán con el adelantado don Sebastián de Belalcázar poco menos de doscientos españoles, para hallarnos de la parte de su Majestad contra los tiranos, y por cierto que llegamos algunos de nosotros a este pueblo porque no caminábamos todos juntos, y que nos proveían de bastimento y de las demás cosas necesarias con tanta razón y tan cumplidamente, que no sé adonde mejor se pudiera hacer. Porque en una parte tenían gran cantidad de conejos, y en otra puercos, y en otra de gallinas, y por el consiguiente de ovejas, de corderos, y carneros, y otras aves, y así proveían a todos los que por allí pasaban. Andan todos vestidos con sus mantas y camisetas ricas y galanas y más bastas, cada uno como tiene la posibilidad. Las mujeres andan bien vestidas como dije que andaban las de Mulahalo, y son casi de la habla de ellos. Las casas que tienen todas son de piedras y cubiertas con paja, unas de ellas son grandes y otras pequeñas, como es la persona, y tiene el aparejo. Los señores y capitanes tie-

nen muchas mujeres, pero la una de ellas ha de ser la principal y legítima para la sucesión, de la cual se hereda el señorío.

Adoran al sol, y cuando se mueren los señores, les hacen sepulturas grandes en los cerros o campos, adonde los meten con sus joyas de oro y plata y armas, ropa y mujeres vivas, y no las más feas, y mucho mantenimiento.

Y esta costumbre de enterrar así los muertos en toda la mayor parte de estas Indias se usa por el consejo del demonio que les hace entender que de aquella suerte han de ir al reino que él les tiene aparejado. Hacen muy grandes lloros por los difuntos. Y las mujeres que quedan sin se matar, con las demás sirvientas se trasquilan y están muchos días en lloros continuos. Y después de llorar la mayor parte del día y de la noche en que mueren, un año arreo lo lloran. Usan el beber ni más ni menos que los pasados, y tienen por costumbre de comer luego por la mañana, y comer en el suelo, sin se dar mucho por manteles ni por otros paños; y después que han comido su maíz y carne o pescado, todo el día gastan en beber su chicha o vino que hacen del maíz, trayendo siempre el vaso en la mano. Tienen gran cuidado de hacer sus areytos o cantares ordenadamente asidos los hombres y mujeres de las manos, y andando a la redonda a son de un tambor, recontando en sus cantares e endechas las cosas pasadas, y siempre bebiendo, hasta quedar muy embriagados. Y como están sin sentido, algunos toman las mujeres que quieren, y llevadas a alguna casa, usan con ellas sus lujurias, sin tenerlo por cosa fea, porque ni entienden el don que está debajo de la vergüenza, ni miran mucho en la honra, ni tienen mucha cuenta con el mundo. Porque no procuran más de comer lo que cogen con el trabajo de sus manos. Creen la inmortalidad del ánima, a lo que entendemos de ellos, y conocen que hay hacedor de todas las cosas del mundo, en tal manera que contemplando la grandeza del cielo, y el movimiento del sol, y de la luna, y de las otras maravillas, tienen que hay hacedor de estas cosas; aunque ciegos y engañados del demonio, creen que el mismo demonio en todo tiene poder, puesto que muchos de ellos viendo sus maldades, y que nunca dice la verdad, ni la trata, lo aborrecen, y más lo obedecen por temor, que por creer que en él haya deidad. Al Sol hacen grandes reverencias y le tienen

por dios. Los sacerdotes usaban de gran santimonia y son reverenciados por todos y tendidos en mucho adonde los hay.

Otras costumbres y cosas tenía que decir de estos indios. Y pues casi las guardan y tienen generalmente, yendo caminando por las provincias, iré tratando de todas, y concluyo en este capítulo con decir que estos de Latacunga usan por armas para pelear lanzas de palma y tiraderas, y dardos, y hondas. Son morenos como los ya dichos. Las mujeres muy amorosas, y algunas hermosas. Hay todavía muchos mitimaes, de los que había en el tiempo que los Ingas señoreaban las provincias de su reino.

CAPÍTULO XLII

De los más pueblos que hay desde Latacunga hasta llegar a Riobamba, y lo que pasó en él entre el adelantado don Pedro de Alvarado y el mariscal don Diego de Almagro

LUEGO que salen de Latacunga, por el camino real que va a la grande ciudad del Cuzco se allega a los aposentos de Muliambato, de los cuales no tengo qué decir, más de que están poblados de indios de la nación y costumbres de los de Latacunga. Y había aposentos ordinarios y depósitos de las cosas que por los delegados del Inga era mandado. Y obedecían al mayordomo mayor que estaba en Latacunga, porque los señores tenían aquellos por cosa principal, como Quito, y Tomebamba, Caxamalca [Cajamarca], Xauxa [Jauja], y Vilcas y Paria, y otros de la misma manera, que eran como les quisieren dar el sentido. Y adonde estaban los capitanes y gobernadores, que tenían poder de hacer justicia, y formar ejércitos, si alguna guerra se ofrecía, o se levantaba algún tirano. No embargante que las cosas arduas y de mucha importancia no lo determinaban sin lo hacer saber a los reyes Ingas. Para lo cual tenían tan gran aviso y orden, que en ocho días iba por la posta la nueva de Quito al Cuzco, porque para hacerlo cabeza de reino, o de obispado, como le quisieren dar el sentido. Tenían cada media legua una pequeña casa, adonde estaban siempre dos indios con sus mujeres. Y así como llegaba la nueva que había de llevar o el aviso, iba corriendo el uno, sin parar la media legua, y antes que llegase a voces decía lo que pasaba, y había de decir, lo cual oído por el otro que estaba en otra casa

corría otra media legua con tanta ligereza, que según es la tierra áspera y fragosa, en caballos ni mulas pudieran ir con más brevedad. Y porque en el libro de los reyes Ingas (que es el que saldrá con ayuda de Dios tras éste) trato largo esto de las postas, no diré más, porque lo que toco solamente es para dar claridad al lector, y para que lo entienda.

De Muliambato se va al río llamado Ambato, donde asimismo hay aposentos que servían de lo que los pasados. Luego están tres leguas de allí los suntuosos aposentos de Mocha, tantos y tan grandes que yo me espanté de los ver, pero yo como los reyes Ingas perdieron su señorío, todos los palacios y aposentos con otras grandezas suyas se han arruinado y parado tales, que no se ven más de las trazas y alguna parte de los edificios de ellos, que como fuesen obrados de linda piedra y de obra muy prima, durarán grandes tiempos y edades estas memorias, sin se acabar de gastar.

Hay a la redonda de Mocha algunos pueblos de indios, los cuales todos andan vestidos, y lo mismo sus mujeres, y guardan las costumbres que tienen los de atrás, y son de una misma lengua.

A la parte del Poniente están los pueblos de indios llamados Sichos, y al Oriente los Pillaros, todos unos y otros tienen grandes provisiones de mantenimientos, porque la tierra es muy fértil, y hay grandes manadas de venados, y algunas ovejas, y carneros de los que se nombran del Perú, y muchos conejos, y perdices, tórtolas, y otras cazas.

Sin esto por todos estos pueblos y campos tienen los españoles gran cantidad de hatos de vacas las cuales se crían muchas por los pastos tan excelentes que tienen, y muchas cabras, por ser la tierra aparejada para ellas, que no les falta mantenimiento, y puercos se crían más y mejores que en la mayor parte de las Indias, y se hacen tan buenos perniles y tocinos como en Sierra Morena.

Saliendo de Mocha se allega a los grandes aposentos de Riobamba, que no son menos que ver que los de Mocha. Los cuales están en la provincia de los Puruáes en unos muy hermosos y vistosos campos propios a los de España en el temple, yerbas y flores y otras cosas, como sabe quien por ellos ha andado. En este Riobamba estuvo algunos días depositada la ciudad de Quito, o asentada, desde donde se pasó adonde ahora está, y sin esto son más memorados estos aposentos de Riobamba. Porque como el adelanta-

do don Pedro de Alvarado, gobernador que fue de la provincia de Guatemala que confina con el gran reino de la Nueva España, saliese con una armada de navíos llena de muchos y muy principales caballeros, de lo cual largamente trataré en la tercera parte de esta obra, saltando en la costa con los españoles a la fama de Quito entró por unas montañas bien ásperas y fragosas adonde pasaron grandes hambres y necesidades. Y no me parece, que debo pasar de aquí sin decir alguna parte de los males y trabajos que estos españoles y todos los demás padecieron en el descubrimiento de estas Indias porque yo tengo por muy cierto, que ninguna nación ni gente que en el mundo haya sido tantos ha pasado. Cosa es muy digna de notar, que en menos tiempo de sesenta años se haya descubierto una navegación tan larga, y una tierra tan grande y llena de tantas gentes, descubriéndola por montañas muy ásperas y fragosas y por desiertos sin camino, y haberlas conquistado y ganado, y en ellas poblado de nuevo más de doscientas ciudades.

Cierto los que esto han hecho merecedores son de gran loor y de perpetua fama, mucho mayor que la mi memoria sabrá imaginar ni mi flaca mano escribir.

Una cosa diré por muy cierta, que en este camino se padeció tanta hambre y cansancio, que muchos dejaron cargas de oro y muy ricas esmeraldas por no tener fuerzas para las llevar. Pues pasando adelante digo, que como ya se supiese en el Cuzco la venida del adelantado don Pedro de Alvarado por una probanza que trajo Gabriel de Rojas, el gobernador don Francisco Pizarro, no embargante que estaba ocupado en poblar aquella ciudad de cristianos, salió de ella para tomar posesión en la marítima costa de la mar del Sur y tierra de los llanos, y al mariscal don Diego de Almagro su compañero mandó, que a toda furia fuese a las provincias de Quito, y tomase en su poder la gente de guerra que su capitán Sebastián de Belalcázar tenía, y pusiese en todo el recaudo que convenía. Y así a grandes jornadas el diligente mariscal anduvo, hasta llegar a las provincias de Quito, y tomó en sí la gente que halló allí, hablando ásperamente al capitán Belalcázar, porque había salido de Tangaraca sin mandamiento del gobernador.

Y pasadas otras cosas que tengo escritas en su lugar, el adelantado don Pedro de Alvarado acompañado de Diego de Alvarado, de Gómez de Al-

varado, de Alonso de Alvarado, mariscal que es ahora del Perú, y del capitán Garcilaso de la Vega, Juan de Saavedra, Gómez de Alvarado, y de otros caballeros de mucha calidad, que en la parte por mí alegada tengo nombrado, llegó cerca de donde estaba el mariscal don Diego de Almagro, y pasaron algunos trances, tanto que algunos creyeron que allegaran a romper unos con otros, y por medios del licenciado Caldera y de otras personas cuerdas vinieron a concertarse, que el adelantado dejase en el Perú el armada de navíos que traía, y pertrechos pertenecientes para la guerra y armada, y los demás aderezos y gente, y que los gastos que en ellos había hecho, se le diesen cien mil castellanos. Lo cual capitulado y concertado, el mariscal tomó en sí la gente, y el adelantado se fue a la ciudad de los Reyes, donde ya el gobernador don Francisco Pizarro, sabidos los conciertos, los estaba aguardando y le hizo la honra y buen recibimiento que merecía un capitán tan valeroso como fue don Pedro de Alvarado; y dádole sus cien mil castellanos se volvió a su gobernación de Guatemala. Todo lo cual que tengo escrito pasó y se concertó en los aposentos y llanuras de Riobamba de que ahora trato. También fue aquí donde el capitán Belalcázar que después fue gobernador de la provincia de Popayán tuvo una batalla con los indios bien porfiada, y adonde con muerte de muchos de ellos quedó la victoria con los cristianos, según se contará adelante.

CAPÍTULO XLIII

Que trata lo que hay que decir de los más pueblos de indios que hay hasta llegar a los aposentos de Tomebamba

ESTOS aposentos de Riobamba ya tengo dicho cómo están en la provincia de los Puruaes que es de lo bien poblado de la comarca de la ciudad de Quito y de buena gente. Estos andan vestidos ellos y sus mujeres. Tienen las costumbres que usan sus comarcas. Y para ser conocidos traen su ligadura en la cabeza, y algunos o todos los más tienen los cabellos muy largos, y se los entrenchan bien menudamente. Las mujeres hacen lo mismo, adoran al sol, hablan con el demonio los que entre todos escogen por más idóneos para semejante caso. Y tuvieron y aún parece que tienen otros ritos y abusos, como tuvieron los Ingas de quien fueron conquistados. A los seño-

res cuando se mueren, les hacen en la parte del campo que quieren una sepultura honda cuadrada, adonde le meten con sus armas y tesoros si lo tiene. Algunas de estas sepulturas hacen en las propias casas de sus moradas. Guardan lo que generalmente todos los más de los naturales de estas partes usan, que es echar en las sepulturas mujeres vivas de las más hermosas. Lo cual hacen porque yo he oído a indios, que para entre ellos son tenidos por hombres de crédito, que algunas veces permitiéndoles Dios por sus pecados e idolatrías con las ilusiones del demonio les parece ver a los que de mucho tiempo eran muertos andar por sus heredades adornados con lo que llevaron consigo, y acompañados con las mujeres que con ellos se metieron vivas. Y viendo esto, pareciéndoles que adonde las ánimas van es menester oro y mujeres, lo echan todo como he dicho. La causa de esto, y también por qué hereda el señorío el hijo de la hermana, y no del hermano, adelante trataré.

Muchos pueblos hay en esta provincia de los Puruaes a una parte y otra, que no trato de ellos por evitar prolijidad. A la parte de Levante de Riobamba están otras poblaciones en la montaña que confina con los nacimientos del río Marañón, y la sierra llamada Tinguragua, alrededor de la cual hay asimismo muchas poblaciones. Los cuales unas y otras guardan y tienen las mismas costumbres que estos otros indios, y andan todos ellos vestidos, y sus casas son hechas de piedra. Fueron conquistados por los señores Ingas y sus capitanes, y hablan la lengua general del Cuzco, aunque tenían y tienen las suyas particulares. A la parte del Poniente está otra sierra nevada, y en ella no hay mucha población, que llaman Urcolazo. Cerca de esta sierra se toma un camino que va a salir a la ciudad de Santiago, que llaman Guayaquil.

Saliendo de Riobamba se va a otros aposentos llamados Cayambi. Es la tierra toda por aquí muy fría. Partidos de ella se allega a los tambos o aposentos de Teocaxas que están puestos en uno grandes llanos despoblados y no poco fríos, en donde se dio entre los indios naturales y el capitán Sebastián de Belalcázar la batalla llamada Teocaxas, la cual aunque duró el día entero y fue muy reñida (según diré en la tercera parte de esta obra) ninguna de las partes alcanzó la victoria.

Tres leguas de aquí están los aposentos principales, que llaman Tiqui-

zambi, que tienen a la mano diestra de Guayaquil y sus montañas, y a la siniestra a Pomollata, y Quizna y Macas, con otras regiones que hay hasta entrar en las del río grande, que así le llaman. Pasados de aquí en lo bajo están los aposentos de Chanchan la cual por ser tierra cálida es llamada por los naturales yungas, que quiere significar ser tierra caliente, adonde por no haber nieves ni frío demasiado se crían árboles y otras cosas que no hay adonde hace frío y por esta causa todos los que moran en valles o regiones calientes y templadas son llamados yungas, y hoy día tienen este nombre, y jamás se perderá mientras vivieren gentes, aunque pasen muchas edades. Hay de estos aposentos hasta los reales y suntuosos de Tomebamba casi veinte leguas, el cual término está todo repartido de aposentos y depósitos, que estaban hechos a dos y a tres y a cuatro leguas. Entre los cuales están dos principales, llamado el uno Cañaribamba, y el otro Hatuncañari, de donde tomaron los naturales nombre y su provincia de llamarse los Cañares como hoy se llaman. A la mano diestra y siniestra de este real camino que llevo hay no pocos pueblos y provincias, las cuales no nombro, porque los naturales de ella como fueron conquistados y señoreados por los reyes Ingas, guardaban las costumbres de los que voy contando, y hablaban la lengua general del Cuzco, y andaban vestidos ellos y sus mujeres. Y en la orden de sus casamientos y heredar el señorío se hacía como los que he dicho atrás en otros capítulos, y lo mismo en meter cosas de comer en las sepulturas y en los lloros generales, y enterrar con ellos mujeres vivas. Todos tenían por dios soberano al Sol, creían lo que todos creen, que hay un hacedor de todas las cosas criadas, al cual en la lengua del Cuzco llaman Ticeviracoche. Y aunque tuviesen este conocimiento, antiguamente adoraban árboles, y piedras y a la luna, y en otras cosas, impuestos en ello por el demonio, enemigo nuestro, con el cual hablan los señalados para ello, y le obedecen en muchas cosas. Aunque ya en estos tiempos, habiendo nuestro Dios y señor alzado su ira de estas gentes fue servido que se predicase el sagrado evangelio, y tuviesen lumbre de la fe que no alcanzaban. Y así en estos tiempos ya aborrecen al demonio, y en muchas partes que era estimado y venerado es aborrecido, y detestado como malo, y los templos de los malditos dioses deshechos y derribados. De tal manera que ya no hay señal de estatua ni simulacro. Y muchos se han vuelto cristianos y en pocos pue-

blos del Perú dejan de estar clérigos y frailes que los doctrinan. Y para que más fácilmente conozcan el error en que han vivido y conocido, abracen nuestra santa fe se ha hecho arte para hablar su lengua con industria, para que se entiendan los unos y los otros. En lo cual no ha trabajado poco el reverendo padre fray Domingo de Santo Tomás de la orden de señor Santo Domingo. Hay en todo lo más de este camino ríos pequeños y algunos medianos, y pocos grandes todos de agua muy singular, y en algunos hay puentes para pasar de una parte a otra. En los tiempos pasados, antes que los españoles ganasen este reino, había todas estas sierras y campañas gran cantidad de ovejas de las de aquella tierra, y mayor número de guanacos y vicuñas, mas con la prisa que se han dado en las matar los españoles han quedado tan pocas, que casi ya no hay ninguna. Lobos, ni otras bestias, ni animales dañosos no se han hallado en estas partes, salvo los tigres que dije haber en las montañas de la Buena Ventura, y algunos leones pequeños, y osos. También se ven por las quebradas y partes donde hay montaña, algunas culebras y por todas partes raposas, y chuchas, y otras salvajinas, de las que en aquella tierra se crían. Perdices, palomas, y tórtolas y venados hay muchos, y en la comarca de Quito hay gran cantidad de conejos, y por las montañas algunas dantas.

CAPÍTULO XLIV

De la grandeza de los ricos palacios que había en los asientos de Tomebamba de la provincia de los Cañares

EN ALGUNAS partes de este libro he apuntado el gran poder que tuvieron los Ingas reyes del Perú y su mucho valor, y cómo en más de mil doscientas leguas que mandaron de costa, tenían sus delegados y gobernadores, y muchos aposentos y grandes depósitos llenos de todas las cosas necesarias, lo cual era para provisión de la gente de guerra. Porque en uno de estos depósitos había lanzas, y en otros dardos, y en otros ojotas, y en otros las demás armas que ellos tienen.

Asimismo unos depósitos estaban proveídos de ropas ricas, y otras de más bastas, y otros de comida, y todo género de mantenimiento. De manera que aposentado el señor en su aposento, y alojada la gente de guerra,

ninguna cosa desde la más pequeña hasta la mayor y más principal dejaba de haber, para que pudiesen ser proveídos. Lo cual si lo eran y hacían en la comarca de la tierra algunos insultos y latrocinios, eran luego con gran rigor castigados, mostrándose en esto tan justicieros los señores Ingas, que no dejaban de mandar ejecutar el castigo aunque fuese en sus propios hijos. Y no embargante que tenían esta orden, y había tantos depósitos y aposentos (que estaba el reino lleno de ellos) tenían a diez leguas y a veinte y a más y a menos en la comarca de las provincias unos palacios suntuosos para los reyes, y hecho templo del Sol, adonde estaban los sacerdotes y las Mamaconas vírgenes ya dichas, y mayores depósitos que los ordinarios, y en esto estaba el gobernador y capitán mayor del Inga con los indios mitimaes, y más gente de servicio. Y el tiempo que no había guerra, y el señor no caminaba por aquella parte, tenía cuidado de cobrar los tributos de sus tierra y término, y mandar abastecer los depósitos y renovarlos a los tiempos que convenía, y hacer otras cosas grandes. Porque como tengo apuntado, era como cabeza de reino o de obispado. Era grande cosa uno de estos palacios, porque aunque moría uno de los reyes, el sucesor no reinaba ni deshacía nada, antes lo acrecentaba y paraba más ilustre, porque cada uno hacía su palacio, mandando estar el de su antecesor adornado como él lo dejó.

Estos aposentos famosos de Tomebamba, que (como tengo dicho) están situados en la provincia de los Cañares que eran de los soberbios y ricos que hubo en todo el Perú, y adonde había los mayores y más primos edificios. Y cierto ninguna cosa dicen de estos aposentos los indios, que no vemos que fuese más, por las reliquias que de ellos han quedado.

Está a la parte del Poniente de ellos la provincia de los guancabilcas, que son términos de la ciudad de Guayaquile, y Puerto Viejo, y al Oriente el río grande del Marañón con sus montañas y algunas poblaciones.

Los aposentos de Tomebamba están asentados a las juntas de dos pequeños ríos en un llano de campaña, que terná más de doce leguas de contorno. Es tierra fría, y abastecida de mucha caza de venados, conejos, perdices, tórtolas y otra aves. El templo del Sol era hecho de piedras muy sutilmente labradas, y algunas de estas piedras eran muy grandes, unas negras toscas, y otras parecían de jaspe. Algunos indios quisieron decir, que la mayor parte de las piedras con que estaban hechos estos aposentos y tem-

plo del Sol, las habían traído de la gran ciudad del Cuzco, por mandado del rey Guaynacapa, y del gran Topaynga su padre, con crecidas maromas, que no es pequeña admiración (si así fuese) por la grandeza y muy grande número de piedras, y la gran longura del camino. Las portadas del muchos aposentos estaban galanas y muy pintadas, y en ellas asentadas algunas piedras preciosas, y esmeraldas, y en lo de dentro estaban las paredes del templo del Sol y los palacios de los reyes Ingas chapados de finísimo oro y entalladas muchas figuras, lo cual estaba hecho todo lo más de este metal y muy fino. La cobertura de estas casas era de paja, tan bien asentada y puesta, que si algún fuego no la gasta y consume, durará muchos tiempos y edades sin gastarse. Por de dentro de los aposentos había algunos manojos de paja de oro, y por las paredes esculpidas ovejas y corderos de lo mismo, y aves y otras cosas muchas. Sin esto, cuentan que había suma grandísima de tesoro en cántaros y ollas, y en otra cosas y muchas mantas riquísimas llenas de argentería y chaquira.

En fin no puedo decir tanto, que no quede corto, en querer engrandecer la riqueza que los Ingas tenían en estos sus palacios reales. En los cuales había grandísima cuenta, y tenían cuidado muchos plateros de labrar las cosas que he dicho, y otras muchas. La ropa de lana que había en los depósitos era tanta y tan rica, que si se guardara y no se perdiera, valiera un gran tesoro. Las mujeres vírgenes que estaban dedicadas al servicio del templo eran más de doscientas y muy hermosas, naturales de los Cañares y de la comarca que hay en el distrito que gobernaba el mayordomo mayor del Inga, que residía en estos aposentos. Y ellas y los sacerdotes eran bien proveídos por los que tenían cargo del servicio del templo, a las puertas del cual había porteros, de los cuales se afirma que algunos eran castrados, que tenían cargo de mirar por las mamaconas, que así habían por nombre las que residían en los templos. Junto al templo, y a las casas de los reyes Ingas había gran número de aposentos, adonde se alojaba la gente de guerra, y mayores depósitos llenos de las cosas ya dichas, todo lo cual estaba siempre bastantemente proveído, aunque mucho se gastase, porque los contadores tenían a su usanza grande cuenta con lo que entraba y salía, y de ello se hacía siempre la voluntad del señor. Los naturales de esta provincia, que han por nombre los cañares, como tengo dicho, son de buen cuerpo y de

buenos rostros. Traen los cabellos muy largos, y con ellos daba una vuelta a la cabeza, de tal manera que con ella y con una corona que se ponen redonda de palo tan delgado como aro de cedazo, se ve claramente ser cañares, porque para ser conocidos traen esta señal. Sus mujeres por el consiguiente se precian de traer los cabellos largos, y dar otra vuelta con ellos en la cabeza, de tal manera que son tan conocidas como sus maridos. Andan vestidos de ropa de lana y de algodón, y en los pies traen ojotas, que son (como tengo ya otra vez dicho) a manera de albarcas. Las mujeres son algunas hermosas, y no poco ardientes en lujuria, amigas de españoles. Son estas mujeres para mucho trabajo, porque ellas son las que cavan las tierras, y siembran los campos, y cogen las sementeras. Y muchos de sus maridos están en sus casas tejiendo, e hilando y aderezando sus armas, y ropa, y curando sus rostros, y haciendo otros oficios afeminados. Y cuando algún ejército de españoles pasea por su provincia, siendo como en aquel tiempo eran obligados a dar indios que llevasen a cuestas las cargas del fardaje de los españoles, muchos daban sus hijas y mujeres, y ellos se quedaban en sus casas. Lo cual yo vi al tiempo y íbamos a juntarnos con el licenciado Gasca presidente de su majestad, porque nos dieron gran cantidad de mujeres, que nos llevaban las cargas de nuestro bagaje.

Algunos indios quieren decir que más hacen esto por la gran falta que tienen los hombres, y abundancia de mujeres, por causa de la gran crueldad que hizo Atabalipa en los naturales de esta provincia, al tiempo que entró en ella, después de haber en el pueblo de Ambato muerto y desbaratado al capitán general de Guáscar Inga su hermano llamado Antoco. Que afirman, que no embargante que salieron los hombres y niños con ramos verdes y hojas de palma a pedirle misericordia, con rostro airado acompañado de gran severidad mandó a sus gentes y capitanes de guerra que los matasen a todos, y así fueron muertos gran número de hombre y niños, según que yo trato en la tercera parte de esta historia. Por lo cual los que ahora son vivos dicen que hay veinte veces más mujeres que hombres, y habiendo tan gran número, sirven de esto y de lo más que les mandan sus maridos y padres. Las casas que tienen los naturales cañares, de quien voy hablando, son pequeñas, hechas de piedra, la cobertura de paja. Es la tierra fértil y muy abundante de mantenimientos y caza. Adoran al sol como los pasa-

dos. Los señores se casan con las mujeres que quieren y más les agrada, y aunque de estas sean muchas, una es principal. Y antes que se casan hacen gran convite, en el cual después que han comido y bebido a su voluntad, hacen ciertas cosas a su uso. El hijo de la mujer principal hereda el señorío, aunque el señor tenga otros muchos hijos, habidos en las demás mujeres. A los difuntos los metían en las sepulturas de la suerte que hacían sus comarcanos, acompañados de mujeres vivas, y meten con ellos sus cosas ricas, y usan de las armas y costumbres que ellos. Son algunos grandes agoreros y hechiceros, pero no usan el pecado nefando, ni otras idolatrías, más de que cierto solían estimar y reverenciar al diablo, con quien hablaban los que para ella estaban elegidos. En este tiempo son ya cristianos los señores, y se llamaba (cuando yo pasé por Tomebamba) el principal de ellos don Fernando. Y ha placido a nuestro Dios y redentor, que merezcan tener nombre de hijos suyos, y estar debajo de la unión de nuestra santa madre Iglesia, pues es servido que oigan en sacro evangelio, fructificando en ellos su palabra, y que los templos de estos indios se hayan derribado.

Y si el demonio alguna vez los engaña es con encubierto engaño como suele muchas veces a los fieles y no en público como solía, antes que en estas Indias se pusiese el estandarte de la cruz bandera de Cristo.

Muy grandes cosas pasaron en el tiempo del reinado de los Ingas en estos reales aposentos de Tomebamba, y muchos ejércitos se juntaron en ellos para cosas importantes. Cuando el rey moría lo primero que hacía el sucesor, después de haber tomado la borla o corona del reino, era enviar gobernadores a Quito y a este Tomebamba a que tomase la posesión en su nombre, mandando que luego le hiciesen palacios dorados y muy ricos, como los había hecho a sus antecesores. Y así cuentan los orejones del Cuzco (que son los más sabios y principales de este reino) que Inga Yupangue padre del gran Topaynga, que fue el fundador del templo, se holgaba de estar más tiempo en estos aposentos que en otra parte, y lo mismo dicen de Topaynga su hijo.

Y afirman, que estando en ellos Guaynacapa, supo de la entrada de los españoles en su tierra, en tiempo que estaba don Francisco Pizarro en la costa con el navío en que venía él y sus trece compañeros, que fueron los primeros descubridores del Perú, y aunque dijo, que después de sus días,

había de mandar el reino gente extraña y semejante a la que venía en el navío. Lo cual diría por dicho el demonio, como aquél que pronosticaba que los españoles debían de procurar de volver a la tierra con potencia grande. Y cierto hoy a muchos indios entendidos y antiguos, que sobre hacer unos palacios en estos aposentos, fue harta parte para haber las diferencias que hubo entre Guáscar y Atahualpa. Y concluyendo en esto digo, que fueron gran cosa los aposentos de Tomebamba. Ya está todo desbaratado y muy arruinado, pero bien se ve lo mucho que fueron. Es muy ancha esta provincia de los Cañares y llena de muchos ríos, en los cuales hay gran riqueza. El año de mil y quinientos cuarenta y cuatro se descubrieron tan grandes y ricas minas en ellos, que sacaron los vecinos de la ciudad de Quito más de ochocientos mil pesos de oro. Y era tanta la cantidad que había de este metal, que muchos sacaban en la batea más oro que tierra. Lo cual afirmo, porque pasó así, y hablé yo con quien en una batea sacó más de setecientos pesos de oro. Y sin lo que los españoles hubieron, sacaron los indios lo que no sabemos.

En toda parte de esta provincia que se siembre trigo, se da muy bien, y lo mismo hace la cebada, y se cree que se harán grandes viñas, y se darán y criarán todas las frutas y legumbres que sembraren, de las que hay en España, y de la tierra hay algunas muy sabrosas. Para hacer y edificar ciudades no falte grande sitio, antes lo hay muy dispuesto. Cuando pasó por allí el visorrey Blasco Núñez Vela, que iba huyendo de la furia tiránica de Gonzalo Pizarro, y de los que eran de su parte, dicen que dijo, que si se viese puesto en la gobernación del reino, que había de fundar en aquellos llanos una ciudad, y repartir los indios comarcanos a los vecinos que en ella quedasen.

Mas siendo Dios servido, y permitiéndolo por algunas causas que él sabe, hubo de ser el visorrey muerto. Y Gonzalo Pizarro mandó al capitán Alonso de Mercadillo, que fundase una ciudad en aquellas comarcas. Y por tenerse este asiento por término de Quito, no se pobló en él, y se asentó en la provincia de Chaparra, según diré luego. Desde la ciudad de San Francisco del Quito hasta estos aposentos hay cincuenta y cinco leguas.

Aquí dejaré el camino real, por donde voy caminando, por dar noticias de los pueblos y regiones que hay en las comarcas de las ciudades Puerto

Viejo y Guayaquil. Y concluido con sus fundaciones, volveré al camino real que he comenzado.

CAPÍTULO XLV

Del camino que hay de la provincia de Quito a la costa de la mar del Sur, y términos de la ciudad de Puerto Viejo

LLEGADO he con mi escritura a los aposentos de Tomebamba, por poder dar noticia de manera que se entienda de las ciudades de Puerto Viejo y Guayaquil. Y cierto rehusé en este paso la carrera de pasar adelante, porque lo uno yo anduve poco por aquellas comarcas y lo otro porque los naturales son faltos de razón y orden política. Tanto que con gran dificultad se puede colegir de ellos sino poco. Y también porque me parecía que bastaba proseguir el camino real, mas la obligación que tengo de satisfacer a los curiosos, me hace tomar ánimo de pasar adelante para darles verdadera relación de todas las cosas que más posible me fuere. Lo cual creo cierto, me será agradecido por ellos y por los doctos hombres benévolos y prudentes. Y así de lo más verdadero y cierto que yo hallé, tomé la relación y noticia que aquí diré. Lo cual hecho, volveré a mi principal camino. Pues volviendo a estas ciudades de Puerto Viejo, y Guayaquil, es de esta manera, que saliendo por el camino de Quito a la parte de la costa de la mar del Sur, comenzaré desde Quaque [Coaque], que es por aquel cabo el principio de esta tierra, y por la otra se podrá decir el final. De Tomebamba no hay camino derecho a la costa, sino es para ir a salir a los términos de la ciudad de San Miguel, primera población hecha por los cristianos en el Perú. Por lo cual digo, que en la comarca de Quito no muy lejos de Tomebamba está una provincia, que ha por nombre Chumbo puesto que antes de llegar allí hay otras mayores y menores pobladas de gente vestida, y que sus mujeres son de buen parecer.

Hay en la comarca de estos pueblos aposentos principales como en los pasados, y sirvieron y obedecieron a los Ingas señores suyos, y hablaban la lengua general que se mandó por ellos que se usase en todas partes. Y a tiempos usan de congregaciones, para hallarse en ellas los más principales adonde tratan lo que conviene al beneficio, así de sus patrias como de los

particulares provecho de ellos. Tienen las costumbres como los que arriba he dicho. Y son semejantes a ellos en las religiones. Adoran por dios al Sol, y a otros dioses que ellos tienen o tenían. Creen en la inmortalidad del ánima. Tenían su cuenta con el demonio y permitiéndolo Dios por sus pecados, tenía sobre ellos gran señorío. Ahora en este tiempo, como por todas partes se predica la santa fe, muchos se allegan y están, conjuntos con los cristianos, y tienen entre ellos clérigos y frailes que les doctrinan y enseñan las cosas de la fe.

Cada uno de los naturales de estas provincias y todos los más linajes de gentes que habitan en aquellas partes tienen una señal muy cierta y usada, por la cual en todas partes son conocidos.

Estando yo en el Cuzco, entraban de muchas partes gentes, y por las señales conocíamos, que los unos eran canches, y los otros canas, y los otros collas, y otros guancas, y otros cañares, y otros chachapoyas. Lo cual cierto fue galana invención para en tiempo de guerra no tenerse unos por otros, y para en tiempo de paz conocerse a sí propios. Entre muchos linajes de gentes que se congregaban por mandado de los señores, y se juntaban para cosas tocantes a su servicio, siendo todos de una color y facciones, y aspecto y sin barbas, y con un vestido y usando por toda la tierra un solo lenguaje.

En todos los más de estos pueblos principales hay iglesias, adonde se dicen misas y se doctrina. Y se tiene gran cuidado y orden en traer los muchachos hijos de los indios, a que aprendan las oraciones. Y con ayuda de Dios se tiene esperanza que siempre irá en crecimiento.

De esta provincia de Chumbo van hasta catorce leguas, todo camino áspero, y a partes dificultoso, hasta llegar a un río, en el cual hay siempre naturales de la comarca, que tienen balsas en que llevan a los caminantes por aquel río, a salir al paso que dicen de Guaynacapa. El cual está (a lo que dicen) de la isla de la Puná doce leguas por una parte, y por otra hay indios naturales, y no de tanta razón, como los que atrás quedan, porque alguno de ellos enteramente no fueron conquistados por los reyes Ingas.

CAPÍTULO XLVI

En que se da noticia de algunas cosas tocantes a las provincias de Puerto Viejo, y a la línea equinoccial

EL PRIMER puerto de la tierra del Perú es el de Passao y de él, y del río de Santiago comenzó la gobernación del marqués don Francisco Pizarro, porque lo que queda atrás hacia la parte del Norte cae en los términos de la provincia del río de San Juan. Y así se puede decir que entra en los límites de la ciudad de Santiago de Puerto Viejo, donde por ser esta tierra tan vecina a la equinoccial, se cree que son en alguna manera los naturales no muy sanos.

En lo tocante a la línea algunos de los cosmógrafos antiguos variaron y erraron en afirmar, que por ser cálida no se podía habitar. Y porque esto es claro y manifiesto a todos los que habemos visto la fertilidad de la tierra y abundancia de las cosas para la sustentación de los hombres pertenecientes, y porque de esta línea equinoccial se toca en algunas partes de esta historia, por tanto diré aquí razón de lo que de ella tengo entendido de hombres peritos en la cosmografía, lo cual es, que la línea equinoccial es una raya o círculo imaginando por medio del mundo de Levante en Poniente en igual apartamiento de los polos del mundo. Dícese equinoccial, porque pasando el sol por ella, hace equinoccio, que quiere decir igualdad del día y de la noche. Esto es dos veces en el año, que son a once de marzo y a trece de septiembre. Y es de saber, que (como dicho tengo) fue opinión de algunos autores antiguos, que debajo de esta línea equinoccial era inhabitable, lo cual creyeron, porque como allí envía el sol sus rayos derechamente a la tierra, habría tan excesivo calor, que no se podría habitar. De esta opinión fueron Virgilio, y Ovidio y otros singulares varones. Otros tuvieron que alguna parte sería habitada, siguiendo a Ptolomeo, que dice. No conviene que pensemos que la tórrida zona totalmente sea inhabitada.

Otros tuvieron que allí no solamente era templada y sin demasiado calor, más aun templadísima. Y esto afirma San Isidoro en el primero de las *Etimologías*, donde dice que el paraíso terrenal es en el Oriente debajo de la línea equinoccial, templadísimo y amenísimo lugar. La experiencia ahora nos muestra, que no sólo debajo de la equinoccial, mas toda la tórrida

zona, que es de un trópico a otro, es habitada, rica y viciosa, por razón de ser todo el año los días y noche casi iguales. De manera que el frescor de la noche tiempla el calor del día, y así continuo tiene la tierra sazón para producir y criar los frutos. Esto es lo que de su propio natural tiene, puesto que accidentalmente en algunas partes hace diferencia.

Pues tornando a esta provincia de Santiago de Puerto Viejo, digo que los indios de esta tierra no beben mucho. Y para hacer esta experiencia en los españoles, hay tan pocos viejos hasta ahora, que más se han apocado con las guerras, que no con enfermedades.

De esta línea la parte del polo ártico está el trópico de Cáncer cuatrocientas y veinte leguas de ella en veinte y tres grados y medio, donde el sol llega a los once de junio, y nunca pasa de él, porque desde allí da la vuelta hacia la misma línea equinoccial, y vuelve a ella a trece de setiembre. Y por el consiguiente desciende hasta el trópico de Capricornio otras cuatrocientas y veinte leguas, y está en los mismos veinte y tres grados y medio. Por manera que hay distancia de ochocientas y cuarenta leguas de trópico a trópico. A esto llamaron los antiguos la tórrida zona, que quiere decir tierra tostada o quemada, porque el sol en todo el año se mueve encima de ella.

Los naturales de esta tierra son de mediano cuerpo, y tienen y poseen fertilísima tierra, porque se da gran cantidad de maíz, y yuca, y ajes o batatas, y otras muchas maneras de raíces provechosas para la sustentación de los hombres. Y también hay gran cantidad de guayabas muy buenas, de dos o tres maneras, y guabas, y aguacates, y tunas de dos suertes, las unas blancas y de tan singular sabor que se tiene por fruta gustosa, caimitos, y otra fruta que llaman cerecillas. Hay también gran cantidad de melones de los de España y de los de la tierra, y se dan por todas partes muchas legumbres y habas, y hay muchos árboles de naranjos, y limas, y no poca cantidad de plátanos. Y se crían en algunas partes singulares piñas. Y de los puercos que solía haber en la tierra hay gran cantidad que tenían (como conté hablando del puerto de Urabá) el ombligo junto a los lomos, lo cual no es sino alguna cosa que allí les nace. Y como la parte de abajo no se halla ombligo, dijeron serlo lo que está arriba, y la carne de estos es muy sabrosa. También hay de los puercos de la casta de España, y muchos venados de las más singular carne y sabrosa que hay en la mayor parte del Perú. Perdices se crían

no pocas manadas de ellas, y tórtolas, palomas, pavas, faisanes, y otro gran número de aves, entre las cuales hay una que se llama xuta, que será del tamaño de un gran pato, a esta crían los indios en sus casas y son domésticas y buenas para comer. También hay otra que tiene por nombre maca, que es poco menos que un gallo, y es linda cosa ver las colores que tiene y cuán vivas, el pico de éstas es algo grueso y mayor que un dedo, y partido en dos perfectísimas colores amarilla y colorada. Por los montes se ven algunas zorras y osos, leoncillos pequeños, y algunos tigres y culebras, pero en fin estos animales antes huyen del hombre que no le acometen. Otros algunos habrá de que yo no tengo noticia. Y también hay otras aves nocturnas y de rapiña, así por la casta como por la tierra dentro, y algunos cóndores y otras aves que llaman gallinazas hediondas o por otro nombre auras. En las quebradas y montes hay grandes espesuras, florestas y árboles de muchas maneras, provechosos para hacer casas, y otras cosas. En lo interior de alguno de ellos crían abejas, que hacen en la concavidad de los árboles panales de miel singular.

Tienen estos indios muchas pesquerías, adonde matan pescado en cantidad, entre ellos se toman unos que llaman bonito, que es mala naturaleza de pescado, porque causa a quien lo come calenturas y otros males. Y aun en la mayor parte de esta costa se crían en los hombres unas verrugas bermejas del grandor de nueces y les nacen en la frente y en las narices, y en otras partes, que de más de ser mal grave es mayor la fealdad que hace en los rostros, y créese que de comer algún pescado procede este mal. Como quiera que sea, reliquias son de aquella costa. Y sin los naturales ha habido muchos españoles, que han tenido estas verrugas.

En esta costa y tierra sujeta a la ciudad de Puerto Viejo y a la de Guayaquil hay dos maneras de gente, porque desde el cabo de Passaos y río de Santiago hasta el pueblo de Zalango son los hombres labrados en el rostro, y comienza la labor desde el nacimiento de la oreja y superior de él y desciende hasta la barba, del anchor que cada uno quiere. Porque uno se labran la mayor parte del rostro, y otros menos, casi de la manera que se labran los moros. Las mujeres de estos indios por el consiguiente andan labradas y vestidas ellas y sus maridos de mantas y camisetas de algodón, y algunas de lana. Traen en sus personas algún adornamiento de joyas de oro,

y unas cuentas muy menudas a quien llaman chaquira colorada, que era rescate extremado y rico. Y en otras provincias he visto yo, que se tenía por tan preciada esta chaquira, que se daba harta cantidad de oro por ellas. En la provincia de Quimbaya (que es donde está situada la ciudad de Cartago) le dieron ciertos caciques o principales al mariscal Robledo más del mil quinientos pesos por poco menos de una libra. Pero en aquel tiempo por tres o cuatro diamantes de vidrio daban doscientos y trescientos pesos. Y en esto de vender a los indios seguros estamos que no nos llamaremos a engaño con ellos. A mí me ha acaecido, vender a indio una hacha pequeña de cobre, y darme él por ella tanto oro fino como la hacha pesaba, y los pesos tampoco iban muy por el fiel. Pero ya es otro tiempo y saben bien vender lo que tienen, y mercar lo que han menester. Y los principales pueblos donde los naturales usan labrarse en esta provincia son Passaos, Xaramixo, Pimpaguase, Peclansemeque, y el valle de Xagua, Pechonse, y los de monte Cristo, Apechique y Silos, y Canilloha, y Manta, y Zapil, Manabí, Xaraguaza, y otros que no se cuentan, que están a una parte y a otra. Las casas que tienen son de madera, y por cobertura paja, unas pequeñas y otras mayores, y como tiene la posibilidad el señor de ella.

CAPÍTULO XLVII

De lo que se tiene, sobre si fueron conquistados estos indios de esta comarca o no por los Ingas, y la muerte que dieron a ciertos capitanes de Topaynga Yupangue

MUCHOS dicen, que los señores Ingas no conquistaron ni pusieron debajo de su señorío a estos indios naturales de Puerto Viejo, de que voy aquí tratando, ni que enteramente los tuvieron en su servicio, aunque algunos afirman lo contrario, diciendo que sí los señorearon y tuvieron sobre ellos mando. Y cuenta el vulgo sobre esto, que Guaynacapa en persona vino a los conquistar, y porque en cierto caso no quisieron cumplir su voluntad, que mandó por ley, que ellos y sus descendientes y sucesores se sacasen tres dientes de la boca de los de la parte de encima, y otros tres de los más bajos. Y que en la provincia de los guancabilcas se usó mucho tiempo esta costumbre. Y a la verdad como todas las cosas del pueblo sea una confusión

de variedad, y jamás saben dar en el blanco de la verdad, no me espanto que digan esto, pues en otras cosas mayores fingen desvaríos no pensados, que después quedan en el sentido de las gentes, y no ha de servir para entre los cuerdos, sino de fábulas y novelas. Y esta digresión quiero hacerla en este lugar, para que sirva en lo de adelante. Pues las cosas que ya están escritas si se reiteran muchas veces es fastidio para el lector, servirá (como digo) para dar aviso, que en las más de las cosas que el vulgo cuenta de los acaecimientos que han pasado en Perú, son variaciones como arriba digo. Y en lo que toca a los naturales, los que fueron curiosos de saber sus secretos, entenderán lo que yo digo. Y en lo tocante a la gobernación y a las guerras y debates que ha habido, no pongo por jueces, sino a los varones que se hallaron en las consultas y congregaciones, y en el despacho de los negocios, estos tales digan lo que pasó y cuenten los dichos del pueblo, y verán cómo no concuerda lo uno con lo otro. Y esto basta para aquí.

Volviendo pues al propósito, digo, que (según yo tengo entendido de indios viejos, capitanes que fueron de Guaynacapa), que en tiempo del gran Topaynga Yupangue su padre vinieron ciertos capitanes suyos con alguna copia de gente, sacada de las guarniciones ordinarias, que estaban en muchas provincias del reino, y con mañas y maneras que tuvieron los atrajeron a la amistad y servicio de Topaynga Yupangue. Y muchos de los principales fueron con presentes a la provincia de los paltas a le hacer reverencia, y él los recibió benignamente y con mucho amor, dando a algunos de los que vinieron a ver piezas ricas de lana, hechas en el Cuzco. Y como le conveniese volver a las provincias de arriba, adonde por su gran valor era tan estimado, que le llamaban padre, y le honraban con nombres preeminentes, y fue tanta su benevolencia y amor para con todos, que adquirió entre ellos fama perpetua. Y por dar asiento en cosas tocantes al buen gobierno del reino partió, sin poder por su persona visitar las provincias de estos indios. En los cuales dejó algunos gobernadores y naturales del Cuzco, para que le hiciesen entender la manera con que habían de vivir para no ser tan rústicos, y para otros efectos provechosos. Pero ellos no solamente no quisieron admitir el buen deseo de estos que por mandado de Topaynga quedaron en estas provincias para que los encaminasen en buen uso de vivir, y en la policía y costumbres suyas, y les hiciesen entender lo tocante al

agricultura, y les diesen manera de vivir con más acertada orden de la que ellos usaban, mas antes en pago del beneficio que recibieran, sino fueran tan mal conocidos los mataron todos que no quedó ninguno en los términos de esta comarca, sin que les hiciesen mal, ni les fuesen tiranos, para que lo mereciesen. Esta grande crueldad afirman que entendió Topaynga, y por otras causas muy importantes la disimuló, no pudiendo entender en castigar a los que tan malamente habían muerto a estos sus capitanes y vasallos.

CAPÍTULO XLVIII

Cómo estos indios fueron conquistados por Guaynacapa y de cómo hablaban con el demonio y sacrificaban y enterraban con los señores mujeres vivas

PASADO lo que tengo contado en esta provincia comarcana a la ciudad de Puerto Viejo, es público entre muchos de los naturales, que andando los tiempos, y reinado en el Cuzco el que tuvieron por gran rey llamado Guaynacapa, bajando por su persona a visitar la provincia de Quito, sojuzgó enteramente a su señorío a todos estos naturales, aunque cuentan que primero le mataron mayor número de gente y capitanes que a su padre, y con mayor engaño, como diré en el capítulo siguiente. Y hase de entender que todas estas materias que escribo en lo tocante a los sucesos de los indios, lo cuento y trato por relación de ellos mismos. Los cuales por no tener letras, y para que el tiempo no consumiese sus acaecimientos y hazañas, tenían una gentil invención, como trataré en la segunda parte.

Y aunque en estas comarcas se hicieron servicios a Guaynacapa de esmeraldas ricas y de oro, y de las cosas que ellos más tenían, no había aposentos ni depósitos, como en las provincias pasadas. Y esto también lo causaba ser la tierra enferma, y los pueblos pequeños, que era causa que no quisiesen residir en ella los orejones, por tenerla por de poca estimación. Pues en la que ellos poseían había bien dónde se extender. Eran los naturales de estos pueblos en extremo agoreros, y usaban de grandes religiones, tanto que en la mayor parte del Perú no hubo gentes que tanto como éstos sacrificasen, según es público y notorio. Sus sacerdotes tenían cuidado de los templos, y del servicio de los simulacros que representaban la figura de

sus falsos dioses delante de los cuales a sus tiempos y horas decían algunos cantares y hacían las ceremonias que aprendieron de sus mayores al uso que sus antiguos tenían.

Y el demonio con espantable figura se dejaba ver de los que estaban establecidos para aquel maldito oficio, los cuales eran muy reverenciados por todos los linajes de estos indios. Entre ellos uno daba las respuestas, y les hacía entender lo que no pasaba, y aun muchas veces por no perder el crédito, y carecer de su honor, hacía apariencias con grandes meneos, para que creyesen, que el demonio le comunicaba las cosas arduas, y lo que había de suceder en lo futuro, en que pocas veces acertaba, aunque hablase por boca del mismo diablo. Y ninguna batalla ni acaecimiento ha pasado entre nosotros mismos en nuestras guerras locas que los indios de todo este reino no lo hayan primero anunciado, mas cómo y adónde se ha de dar, antes ni ahora nunca de veras aciertan, ni acertaban, pues está claro, y así se ha de creer, que solo Dios sabe los acaecimientos por venir, y no otra criatura. Y si el demonio acierta en algo, es acaso y porque siempre responde equívocamente, que es decir palabras con muchos entendimientos. Y por el don de su sutilidad, y por la mucha edad y experiencia que tiene en las cosas habla con los simples que le oyen. Y así muchos de los gentiles conocieron el engaño de estas respuestas. Muchos de estos indios tienen por cierto el demonio ser falso y malo, y le obedecían más por temor que por amor, como trataré más largo en lo de adelante. De manera que estos indios unas veces engañados por el demonio, y otras por el mismo sacerdote, fingiendo lo que no será, los traía sometidos en su servicio, todo por la permisión del poderoso Dios.

En los templos o guacas, que es su adoratorio, les daban a los que tenían por dioses presentes y servicios, y mataban animales, para ofrecer por sacrificio la sangre de ellos. Y porque les fuese más grato, sacrificaban otra cosa más noble, que era sangre de algunos indios, a los que muchos afirman. Y se habían preso a algunos de sus comarcanos, con quien tuviesen guerra o alguna enemistad, juntábanse (según también cuentan) y después de haberse embriagado con su vino, y haber hecho lo mismo del preso, con sus navajas de pedernal o de cobre, el sacerdote mayor de ellos lo mataba, y cortándole la cabeza, le ofrecían con el cuerpo al maldito demonio ene-

migo de natura humana. Y cuando alguno de ellos estaba enfermo, bañábase muchas veces, y hacía otras ofrendas y sacrificios, pidiendo la salud.

Los señores que morían eran muy llorados, y metidos en las sepulturas, adonde también echaban con ellos algunas mujeres vivas y otras cosas de las más preciadas que ellos tenían. No ignoraban la inmortalidad del ánima, mas tampoco podemos afirmar que lo sabían enteramente. Mas es cierto que estos, y aun los más de gran parte de estas Indias (según contaré adelante) que con las ilusiones del demonio andando por las sementeras, se les aparece en figura de las personas que ya eran muertos de los que habían sido sus conocidos, y por ventura padres o parientes, los cuales parecía que andaban con su servicio y aparato como cuando estaban en el mundo. Con tales apariencias, ciegos los tristes seguían la voluntad del demonio. Y así metían en las sepulturas la compañía de vivos, y otras cosas, para que llevase el muerto más honra, teniendo ellos que haciéndolo así guardaban sus religiones y cumplían el mandamiento de sus dioses, y iban a lugar deleitoso y muy alegre, y adonde habían de andar envueltos en sus comidas y bebidas, como solían acá en el mundo al tiempo que fueron vivos.

CAPÍTULO XLIX

De cómo se daban poco estos indios de haber las mujeres vírgenes, y de cómo usaban el nefando pecado de la sodomía

EN MUCHAS de estas partes los indios de ellas adoraban al sol, aunque todavía tenían tino a creer, que había un hacedor, y que su asiento era en el cielo. El adorar al sol, o debieron de tomarlos de los Ingas, o era por ellos hecho antiguamente en la provincia de los guancabilcas, por sacrificio establecido por los mayores, y usado de muchos tiempos de ellos.

Solían (según dicen) sacarse tres dientes de lo superior de la boca, y otros tres de lo inferior, como en lo de atrás apunté. Y sacaban estos dientes los padres a los hijos cuando eran de muy tierna edad, y creían que en hacerlo no cometían maldad, antes lo tenían por servicio grato y muy apacible a sus dioses. Casábanse como lo hacían sus comarcanos. Y aun oí afirmar, que algunos o los más antes que casasen a la que había de tener marido la corrompían, usando con ellas sus lujurias. Y sobre esto me acuerdo, de

que en cierta parte de la provincia de Cartagena, cuando casan a las hijas, y se ha de entregar la esposa al novio, la madre de la moza en presencia de alguno de su linaje la corrompe con los dedos. De manera que se tenía por más honor, entregarla al marido con esta manera de corrupción, que no con su virginidad. Ya de la una costumbre o de la otra mejor era la que usan algunos de estas tierras, y es, que los más parientes y amigos tornan dueña a la que está virgen y con aquella condición la casan, y los maridos la reciben.

Heredan en el señorío, que es mando sobre los indios, el hijo al padre, y si no el segundo hermano, y faltando éstos (conforme a la relación que a mí me dieron) viene al hijo de la hermana. Hay algunas mujeres de buen parecer. Entre estos indios de que voy tratando, y en sus pueblos se hace el mejor y más sabroso pan de maíz en la mayor parte de las Indias, tan gustoso y bien amasado que es mejor que alguno de trigo, que se tiene por bueno.

En algunos pueblos de estos indios tienen gran cantidad de cueros de hombres llenos de ceniza, tan espantables como los que dije en lo de atrás, que había en el valle de Lile sujeto a la ciudad de Cali. Pues como estos fuesen malos y viciosos, no embargante que entre ellos había mujeres muchas, y algunas hermosas, los más de ellos usaban (a lo que mi me certificaron) pública y descubiertamente el pecado nefando de la sodomía, en lo cual dicen que se gloriaban demasiadamente. Verdad es que los años pasados, el capitán Pacheco y el capitán Olmos, que ahora está en España, hicieron castigo sobre los que cometían el pecado susodicho, amonestándolos cuanto de ello el poderoso Dios se desirve. Y los escarmentaron de tal manera que ya se usa poco o nada este pecado, ni aun las demás costumbres que tenían dañosas, ni usan los otros abusos de sus religiones. Porque han oído doctrina de muchos clérigos y frailes, y van entendiendo cómo nuestra fe es la perfecta y la verdadera. Y que los dichos del demonio son falsos y sin fundamento, cuyas engañosas respuestas han cesado. Y por todas partes donde el santo evangelio se predica, y se pone la cruz, se espanta, y huye, y en público no osa hablar, ni hacer más que los salteadores que hacen a hurto y en oculto sus saltos. Lo cual hace el demonio a los flacos, y a los que por sus pecados están endurecidos en sus vicios. Verdad es que la fe imprime mejor en los mozos que no en muchos viejos, porque como están envejecidos en sus vicios, no dejan de cometer sus antiguos pecados secre-

tamente, y de tal manera que los cristianos no los puedan entender. Los mozos oyen a los sacerdotes nuestros, y escuchan sus santas amonestaciones y siguen nuestra doctrina cristiana. De manera que en estas comarcas hay de malos y buenos, como en todas las demás partes.

CAPÍTULO L

Cómo antiguamente tuvieron una esmeralda por dios en que adoraban los indios de Manta, y otras cosas que hay que decir de estos indios

EN MUCHAS historias que he visto he leído si no me engaño, que en unas provincias adoraban por dios a la semejanza del toro, y en otra a la del gallo, y en otra al león, y por consiguiente tenían mil supersticiones de esto, que más parece leerlo materia para reír, que no para otra cosa alguna. Y sólo noto de esto que digo, que los griegos fueron excelentes varones, y en quien muchos tiempos y edades florecieron las letras, y hubo en ellos varones muy ilustres, y que vivirá la memoria de ellos todo el tiempo que hubiere escrituras, y cayeron en este error; los egipcios, fue lo mismo, y los batrianos y babilónicos; pues los romanos a dicho de graves y doctos hombres les pasaron y tuvieron unos y otros unas maneras de dioses que son cosa donosa pensar en ello; aunque algunas de estas naciones atribuyan al adorar y reverenciar por dios a uno por haber recibido de él algún beneficio, como fue a Saturno y Júpiter y a otros, mas ya eran hombres y no bestias. De manera que pues adonde había tanta ciencia humana, aunque falsa y engañosa erraron. Así estos indios no embargante que adoraban al sol y a la luna, también adoraban en árboles en piedras, y en la mar, y en la tierra, y en otras cosas que la imaginación les daba. Aunque según yo me informé en todas las más partes de estas que tenían por sagradas. Era visto por sus sacerdotes el demonio, con el cual comunicaban no otra cosa que perdición para sus ánimas. Y así en el templo muy principal de Pachacama tenían una zorra en grande estimación, la cual adoraban. Y en otras partes como iré recontando en esta historia, y en esta comarca afirman que el señor de Manta tiene o tenía una piedra de esmeralda de mucha grandeza y muy rica. La cual tuvieron y poseyeron sus antecesores por muy venerada y

estimada. Y algunos días la ponían en público, y la adoraban y reverenciaban como si estuviera en ella encerrada alguna deidad. Y como algún indio o india estuviese malo, después de haber hecho sus sacrificios iban a hacer oración a la piedra, a la cual afirman que hacían servicio de otras piedras, haciendo entender al sacerdote que hablaba con el demonio, que venía la salud mediante aquellas ofrendas. Las cuales después el cacique y en otros ministros del demonio aplicaron a sí, porque de muchas partes de la tierra adentro venían los que estaban enfermos al pueblo de Manta a hacer sacrificios, y a ofrecer sus dones. Y así me afirmaron a mí algunos españoles de los primeros que descubrieron este reino, hallar mucha riqueza en este pueblo de Manta, y que siempre dio más que los comarcanos a él a los que tuvieron por señores o encomenderos. Y dicen que esta piedra es tan grande y rica que jamás han querido decir de ella, aunque han hecho hartas amenazas a los señores y principales, ni aun lo dirán jamás a lo que se cree, aunque los maten a todos, tanta fue la veneración en que la tenían. Este pueblo de Manta está en la costa, y por el consiguiente todos los más de los que he contado. La tierra adentro hay más número de gente, y mayores pueblos, y difieren en la lengua a los de la costa, y tienen los mismos mantenimientos y frutas que ellos. Sus casas son de madera pequeñas, la cobertura de paja o de hoja de palma. Andan vestidos unos y otros, éstos que nombro serranos, y lo mismo sus mujeres. Alcanzaron algún ganado de las ovejas que dicen del Perú, aunque no tantas como en Quito ni en las provincias del Cuzco. No eran tan grandes hechiceros ni agoreros como los de la costa, ni aun eran tan malos en usar el pecado nefando. Tiénese esperanza que hay minas de oro en algunos ríos de esta sierra y que cierto está en ella la riquísima mina de las esmeraldas, la cual aunque muchos capitanes han procurado saber dónde está, no se ha podido alcanzar, ni los naturales lo dirán. Verdad es que el capitán Olmos dicen que tuvo lengua de esta mina, y aun afirman que supo dónde estaba. Lo cual yo creo si así fuera, lo dijera a sus hermanos o a otras personas. Y cierto mucho ha sido el número de esmeraldas que se han visto y hallado en esta comarca de Puerto Viejo, y son las mejores de todas las Indias, porque aunque en el nuevo reino de Granada haya más, no son tales ni como mucho se igualan en el valor las mejores de allá a las comunes de acá.

Los caraques y sus comarcanos es otro linaje de gente, y no son labrados, y eran de menos saber que sus vecinos, porque eran behetrías. Por causas muy livianas se daban guerra unos a otros. En naciendo la criatura le ahajaban[4] la cabeza y después la ponían entre dos tablas liadas de tal manera que cuando era de cuatro o cinco años le quedaba ancha o larga sin colodrillo. Y esto muchos lo hacen. Y no contentándose con las cabezas que Dios les da, quieren ellos darles el talle que más les agrada. Y así unos la hacen ancha, y otros larga. Decían ellos que ponían de estos talles las cabezas, porque serían más sanos y para más trabajo. Algunas de estas gentes, especialmente los que están abajo del pueblo de Colima a la parte del Norte, andaban desnudos, y se contrataban con los indios de la costa que va de largo hacia el río de San Juan. Y cuentan que Guaynacapa allegó después de haberle muerto sus capitanes hasta Colima, adonde mandó hacer una fortaleza, y como viese andar los indios desnudos no pasó adelante, antes dicen, que dio la vuelta, mandando a ciertos capitanes suyos que contratasen, y señoreasen lo que pudiesen, y allegaron por entonces al río de Santiago. Y cuentan muchos españoles que hay vivos en este tiempo de los que vinieron con el adelantado don Pedro de Alvarado, especialmente lo oí al mariscal Alonso de Alvarado, y a los capitanes Garcilaso de la Vega, y Juan de Saavedra, y a otro hidalgo que lleva por nombre Suer de Cangas, que como el adelantado don Pedro allegase a desembarcar con su gente en esta costa, y llegado a este pueblo hallaron gran cantidad de oro y plata en vasos y otras joyas preciadas, sin lo cual hallaron tan gran número de esmeraldas, que si las conocieran y guardaran se hubiera por su valor mucha suma de dinero, mas como todos afirmasen que eran de vidrio, y que para hacer la experiencia (porque entre algunos se practicaba que podrían ser piedras) las llevaran donde tenían una bigornia[5], y que allí con martillos las quebraban, diciendo, que si era vidrio luego se quebrarían, y si eran piedras se pararían más perfectas con los golpes. De manera que por la falta de

4. *Ahahar*. Traer alguna cosa entre las manos maltratándola y arrugándola... (Covarrubias).
Ahajar. (De *haja*). Ajar. (*DRAE*).

5. *Bigornia*. (Del lat. *bicornĭa*, pl. n. de *bicornĭus*, de dos cuernos). Yunque con dos puntas opuestas. (*DRAE*).

conocimiento, y poca experiencia quebraron muchas de estas esmeraldas, y pocos se aprovecharon de ellas, ni tampoco del oro y plata gozaron, porque pasaron grandes hambres y fríos. Y por las montañas y caminos se dejaban las cargas de oro y plata. Y porque en la tercera parte he dicho ya tener escrito estos sucesos cumplidamente, pasaré adelante.

CAPÍTULO LI

En que se concluye la relación de los indios de la provincia de Puerto Viejo, y lo demás tocante a su fundación, y quién fue el fundador

BREVEMENTE voy tratando lo tocante a estas provincias de Puerto Viejo, porque lo más sustancial lo he declarado, para luego volver a los aposentos de Tomebamba, donde dejé la historia de que voy tratando. Por tanto digo, que luego que el adelantado don Pedro de Alvarado y el mariscal don Diego de Almagro se concertaron en los llanos de Riobamba, el adelantado don Pedro se fue para la ciudad de Los Reyes, que era adonde había de recibir la paga de los cien mil castellanos que se le dieron por el armada. Y en el ínterin el mariscal don Diego de Almagro dejó mandado al capitán Sebastián de Belalcázar algunas cosas tocantes a la provincia y conquista de Quito, y entendió en reformar los pueblos marítimos de la costa. Lo cual hizo en San Miguel y en Chimo, miró lugar provechoso, y que tuviese las calidades convenientes para fundar la ciudad de Trujillo, que después pobló el marqués don Francisco Pizarro.

Con todos estos caminos verdaderamente (según que yo entendí) el mariscal don Diego de Almagro se mostró diligente capitán. El cual como llegase a la ciudad de San Miguel, y supiese, que las naos que venían de la Tierra Firme, y de las provincias de Nicaragua y Guatemala, y de la Nueva España, allegadas a la costa del Perú, saltaban los que venían en ellas en tierra, y hacían mucho daño en los naturales de Manta, y en los más indios de la costa de Puerto Viejo, por evitar estos daños, y para que los naturales fuesen mirados y favorecidos porque supo que había copia de ellos y adonde se podía fundar una villa o ciudad, determinó de enviar un capitán a lo hacer.

Y así dicen que envió luego al capitán Francisco Pacheco que saliese con la gente necesaria para ello. Y Francisco Pacheco haciéndolo así como le fue mandado, se embarcó en un pueblo que lleva por nombre Picuaza, y en la parte que mejor le pareció fundó y pobló la ciudad de Puerto Viejo, que entonces se nombró villa. Esto fue día de San Gregorio, a doce de marzo año del nacimiento de nuestro redentor Jesucristo de mil y quinientos treinta y cinco, y fundóse en nombre del Emperador don Carlos nuestro rey y señor.

Estando entendiendo en esta conquista y población el capitán Francisco Pacheco, vino del Quito (donde también andaba por teniente general de don Francisco Pizarro el capitán Sebastián de Belalcázar), Pedro de Puelles con alguna copia de españoles, a poblar la misma costa de la mar del Sur, y hubo entre unos y otros (a lo que cuentan) algunas cosquillas. Hasta que ida la nueva al gobernador don Francisco Pizarro, envió a mandar lo que entendió que convenía más al servicio de su Majestad y a la buena gobernación y conservación de los indios. Y así después de haber el capitán Francisco Pacheco conquistado las provincias y andado por ellas poco menos tiempo de dos años, pobló la ciudad (como tengo dicho), habiéndose vuelto el capitán Pedro de Puelles a Quito. Llamóse al principio la villa nueva de Puerto Viejo. La cual está asentada en lo mejor y más conveniente de sus comarcas, no muy lejos de la mar del Sur. En muchos términos de esta ciudad de Puerto Viejo hacen para enterrar los difuntos unos hoyos muy hondos, que tienen más talle de pozos que de sepulturas. Y cuando quieren meterlos dentro, después de estar bien limpio de la tierra que han cavado, júntase mucha gente de los mismos indios, adonde bailan, y cantan, y lloran todo en un tiempo, sin olvidar el beber, tañendo sus atambores y otras músicas más temerosas que suaves, y hechas estas cosas y otras a uso de sus antepasados, meten al difunto dentro de estas sepulturas tan hondas, con el cual, si es señor principal, ponen dos o tres mujeres de las más hermosas y queridas suyas, y otras joyas de las más preciadas, y con la comida y cántaros de su vino de maíz los que les parece. Hecho esto ponen encima de la sepultura una caña de las gordas que ya he dicho haber en aquellas partes. Y como sean estas cañas huecas, tiene cuidado a sus tiempos de les echar este brebaje, que ellos llaman *azua* hecho de maíz, o de

otras raíces. Porque engañados del demonio creen y tienen por opinión (según yo lo entendí de ellos) que el muerto bebe de este vino que por la caña le echan.

Esta costumbre de meter consigo los muertos sus armas en las sepulturas, y su tesoro y mucho mantenimiento se usaba generalmente en la mayor parte de estas tierras que se han descubierto. Y en muchas provincias metían también mujeres vivas y muchachos.

CAPÍTULO LII

De los pozos que hay en la punta de Santa Elena, y de lo que cuentan de la venida que hicieron los gigantes en aquella parte, y del ojo de alquitrán que en ello está

PORQUE al principio de esta obra conté en particular los nombres de los puertos que hay en la costa del Perú, llevando la orden desde Panamá hasta los fines de la provincia de Chile, que es una gran longura, me pareció que no convenía tornarlos a recitar, y por esta causa no trataré de esto. También he dado noticia de los principales pueblos de esta comarca y por qué en el Perú hay fama de los gigantes que vinieron a desembarcar a la costa en la punta de Santa Elena, que es en los términos de esta ciudad de Puerto Viejo, me pareció dar noticia de lo que hay de ellos según que yo lo entendí, sin mirar las opiniones del vulgo y sus dichos varios, que siempre engrandece las cosas más de lo que fueron. Cuentan los naturales por relación que oyeron de sus padres, la cual ellos tuvieron y tenían de muy atrás que vinieron por la mar en unas balsas de juncos a manera de grandes barcas unos hombres tan grandes, que tenía tanto uno de ellos de la rodilla abajo como un hombre de los comunes en todo el cuerpo, aunque fuese de buena estatura, y que sus miembros conformaban con la grandeza de sus cuerpos tan deformes, que era otra cosa monstruosa ver las cabezas, según eran grandes, y los cabellos que los allegaban a las espaldas. Los ojos señalan que eran tan grandes como pequeños platos. Afirman que no tenían barbas, y que venían vestidos algunos de ellos con pieles de animales, y otros con la ropa que les dio natura, y que no trajeron mujeres consigo. Los cuales como llegasen a esta punta, después de haber en ella hecho su asiento a

manera de pueblo (que aún en estos tiempos hay memoria de los sitios de estas casas que tuvieron) como no hallasen agua, para remediar la falta que de ella sentían hicieron unos pozos hondísimos, obra por cierto digna de memoria, hecha por tan fortísimos hombres, como se presume que serían aquellos, pues era tanta su grandeza. Y cavaron estos pozos en peña viva, hasta que hallaron el agua y después los labraron desde ella hasta arriba de piedra, de tal manera que durara muchos tiempos y edades, en los cuales hay muy buena y sabrosa agua, y siempre tan fría, que es gran contento beberla. Habiendo pues hecho sus asientos estos crecidos hombres, o gigantes, y teniendo estos pozos o cisternas de donde bebían, todo el mantenimiento que hallaban en la comarca de la tierra que ellos podían hollar lo destruían, y comían. Tanto que dicen, que uno de ellos comía más vianda que cincuenta hombres de los naturales de aquella tierra. Y como no bastase la comida que hallaban para sustentarse, mataban mucho pescado en la mar con sus redes y aparejos, que según razón tenían.

Vivieron en grande aborrecimiento de los naturales, porque por usar con sus mujeres las mataban, y con ellos también usaban sus lujurias. Los naturales no se hallaban bastantes para matar a esta nueva gente que había venido a ocuparles su tierra y señorío, aunque se hicieron grandes juntas, para platicar sobre ello, pero no les osaron acometer.

Pasados algunos años, estando todavía estos gigantes en esta parte, como les faltasen mujeres, y las naturales no les cuadrasen por su grandeza, o porque sería vicio usado entre ellos por consejo y inducimiento del maldito demonio, usaban unos con otros el pecado nefando de la sodomía, tan gravísimo y horrendo. El cual usaban y cometían pública y descubiertamente, sin temor de Dios, y poca vergüenza de sí mismos. Y afirman todos los naturales, que Dios nuestro señor no siendo servido de disimular pecado tan malo, le envió el castigo conforme a la fealdad del pecado. Y así dicen, que estando todos juntos envueltos en su maldita sodomía, vino fuego del cielo temeroso y muy espantable, haciendo gran ruido, del medio del cual salió un ángel resplandeciente con una espada tajante y muy refulgente, con la cual de un solo golpe los mató a todos, y el fuego los consumió, que no quedó sino algunos huesos y calaveras, que para memoria del castigo quiso Dios que quedasen sin ser consumidas del fuego. Esto dicen de

los gigantes, lo cual creemos que pasó, porque en esta parte que dícense han hallado y se hallan huesos grandísimos. E yo he oído a españoles que han visto pedazo de muela, que juzgaran que a estar entera pesara más de media libra carnicera. Y también que había visto otro pedazo del hueso de una canilla, que es cosa admirable contar cuán grande era, lo cual hace testigo haber pasado, porque sin esto se ve adonde tuvieron los sitios de los pueblos, y los pozos o cisternas que hicieron. Querer afirmar o decir de qué parte, o por qué camino vinieron éstos, no lo puedo afirmar, porque no lo sé.

Este año de mil quinientos y cincuenta oí yo contar, estando en la ciudad de Los Reyes, que siendo el ilustrísimo don Antonio de Mendoza, visorrey y gobernador de la Nueva España, se hallaron ciertos huesos en ella de hombres tan grandes como los de estos gigantes y aun mayores. Y sin esto también he oído antes de ahora, que en un antiquísimo sepulcro, se hallaron en la ciudad de México, o en otra parte de aquel reino ciertos huesos de gigantes. Por donde se puede tener, pues tantos lo vieron, y lo afirman, que hubo estos gigantes, y aun podrían ser todos unos. En esta punta de Santa Elena (que como tengo dicho está en la costa del Perú en los términos de la ciudad de Puerto Viejo) se ve una cosa muy de notar y es, que hay ciertos ojos y mineros de alquitrán tan perfecto, que podrían calafatear con ello a todos los navíos que quisiesen, porque mana. Y este alquitrán debe ser algún minero que pasa por aquel lugar, el cual sale muy caliente. Y de estos mineros de alquitrán yo no he visto ninguno en las partes de las Indias que he andado. Aunque creo, que Gonzalo Hernández de Oviedo en su primera parte de la *Historia natural y general de Indias* da noticias de éste y de otros. Mas como yo no escribo generalmente de las Indias sino de las particularidades y acaecimientos del Perú, no trato de lo que hay en otras partes. Y con esto se concluye en lo tocante a la ciudad de Puerto Viejo.

CAPÍTULO LIII

De la fundación de la ciudad de Guayaquil, y de la muerte que dieron los naturales a ciertos capitanes de Guaynacapa

MÁS ADELANTE hacia el Poniente está la ciudad de Guayaquil y, luego que se entra en sus términos, los indios son guancavilcas, de los desdentados, que por sacrificio y antigua costumbre, y por honra de sus malditos dioses se sacaban los dientes que he dicho atrás. Y por haber ya declarado su traje y costumbres, no quiero en este capítulo tornarlo a repetir.

En tiempo de Topaynga Yupangue señor del Cuzco, ya dije, cómo después de haber vencido y sujetado las naciones de este reino, en que se mostró capitán excelente, y alcanzó grandes victorias y trofeos, deshaciendo las guarniciones de los naturales, porque en ninguna parte parecían otras armas ni gente de guerra, sino la que por su mandado estaba puesta en los lugares que él constituía, mandó a ciertos capitanes suyos que fuesen corriendo de largo la costa, y mirasen lo que en ella estaba un poblado, y procurasen con toda benevolencia y amistad allegarlo a su servicio. A los cuales sucedió lo que dije atrás, que fueron muertos sin quedar ninguno con la vida. Y no se entendió por entonces en dar el castigo que merecían aquellos que falsando la paz habían muerto a los que debajo de su amistad dormían (como dicen) sin cuidado ni recelo de semejante traición, porque el Inga estaba en el Cuzco, y sus gobernadores y delegados tenían harto que hacer en sustentar los términos que cada uno gobernaba. Andando los tiempos como Guaynacapa sucediese en el señorío, y saliese tan valeroso y valiente capitán como su padre, y aun de más prudencia, y vanaglorioso de mandar, con gran celeridad salió de Cuzco acompañado de los más principales orejones de los dos famosos linajes de la ciudad del Cuzco, que habían por nombre los Hanancuzcos y Orencuzcos. El cual después de haber visitado el solemne templo de Pachacama, y las guarniciones que estaban, y por su mandado residían en la provincia de Xauxa y en la de Caxamalca, y otras partes, así de los moradores de la serranía, como de los que vivían en los fructíferos valles de los llanos allegó a la costa, y en el puerto de Túmbez, se había hecho una fortaleza por su mandado, aunque algunos indios dicen ser más antiguo este edificio. Y por estar los moradores de la isla de la

Puná diferentes con los naturales de Túmbez, les fue fácil de hacer la fortaleza a los capitanes del Inga, que a no haber estas guerrillas y debates locos, pudiera ser que vieran en trabajo. De manera puesta en término de acabar, allegó Guaynacapa, el cual mandó edificar templo del Sol junto a la fortaleza de Túmbez y colocar en el número de más de doscientas vírgenes las más hermosas que se hallaron en la comarca, hijas de los principales de los pueblos. Y en esta fortaleza (que en tiempo que estaba arruinada, fue a lo que dicen cosa harto de ver) tenía Guaynacapa su capitán o delegado con cantidad de mitimaes, y muchos depósitos llenos de cosas preciadas con copia de mantenimiento para sustentación de los que en ella residían, y para la gente de guerra que por allí pasase. Y aun cuentan que le trujeron un león y un tigre muy fiero, y que mandó los tuviesen muy guardados, los cuales bestias deben ser las que echaron para que despedazasen al capitán Pedro de Candia, al tiempo que el gobernador Francisco Pizarro con sus trece compañeros (que fueron los descubridores del Perú, como se tratará en la tercera parte de esta obra) llegaron a esta tierra. Y en esta fortaleza de Túmbez había gran número de plateros que hacían cántaros de oro y plata, con otras muchas maneras de joyas, así para el servicio y ornamento del templo, que ellos tenían por sacrosanto, como para el servicio del mismo Inga, y para chapar las planchas de este metal por las paredes de los templos y palacios. Y las mujeres que estaban dedicadas para el servicio del templo, no entendían en más que hilar, y tejer ropa finísima de lana, lo cual hacían con mucho primor. Y porque estas materias se escriben bien larga y copiosamente en la segunda parte, que es de lo que pude entender del reino de los Ingas que hubo en el Perú, de ese Mangocapa que fue el primero hasta Guáscar, que derechamente siendo señor fue el último, no trataré aquí en este capítulo más de lo que conviene para su claridad. Pues luego que Guaynacapa se vio apoderado en la provincia de los guancavilcas y en la de Túmbez y en lo demás a ello comarcano, envió a mandar a Tumbala señor de la Puná que viniese a le hacer reverencia, y después que le hubiese obedecido, le contribuyese con lo que hubiese en su isla. Oído por el señor de la isla de la Puná lo que el Inga mandaba, pesóle en gran manera, porque siendo él señor, y habiendo recibido aquella dignidad de sus progenitores, tenía por grave carga, perdiendo la libertad, don tan estimado por todas las

naciones del mundo, recibir al extraño por solo y universal señor de su isla al cual sabía que no solamente habían de servir con las personas, mas permitir que en ella se hiciesen casas fuertes y edificios y a su costa sustentarlos y proveerlos, y aun darle para su servicio sus hijas y mujeres las más hermosas, que era lo que más sentían. Mas al fin placticado unos con otros de la calamidad presente, y cuan poca era su potencia para repudiar el poder del Inga, hallaron que sería consejo saludable otorgar el amistad, aunque fuese fingida paz. Y con esto envió Tumbala mensajeros propios a Guaynacapa con presentes, haciéndole grandes ofrecimientos, persuadiéndole quisiese venir a la isla de la Puná a holgarse en ella algunos días. Lo cual pasado, y Guaynacapa satisfecho de la humildad con que se ofrecían a su servicio, Tumbala con los más principales de la isla hicieron sacrificios a sus dioses, pidiendo a los adivinos respuestas de lo que harían para no ser sujetos del que pensaba de todos ser soberano señor.

Y cuenta la fama vulgar que enviaron sus mensajeros a muchas partes de la comarca de la tierra firme, para tentar los ánimos de los naturales de ella, porque procuraban con sus dichos y persuasiones provocarlos a ira contra Guaynacapa, para que levantándose y tomadas las armas eximir de sí el mando y señorío del Inga. Y esto se hacía con una secreta disimulación que por pocos, fuera de los moradores, era entendida. Y en el ínterin de estas pláticas Guaynacapa vino a la isla de la Puná, y en ella fue honradamente recibido, y aposentado en los aposentos reales que para él estaban ordenados, y hechos de tiempo breve, en los cuales se congregaban los orejones con los de la isla, mostrando todos una amicicia simple y no fingida.

Y como muchos de los de la tierra deseasen vivir como vivieron sus antepasados, y siempre el mando extraño y peregrino se tiene por muy grave y pesado, y el natural por muy fácil y ligero, conjuráronse con los de la isla de Puná para matar a todos los que había en su tierra, que entraron con el Inga. Y dicen que en este tiempo Guaynacapa mandó a ciertos capitanes suyos, que con cantidad de gente de guerra fuesen a visitar ciertos pueblos de la tierra firme, y a ordenar ciertas cosas que convenían a sus servicio. Y que mandaron a los naturales de aquella isla, que los llevasen en balsas por la mar a desembarcar por un río arriba, a parte dispuesta para ir adonde iban encaminados. Y que hecho y ordenado por Guaynacapa, esto y otras

cosas en esta isla, se volvió a Túmbez o a otra parte cerca de ella. Y que salido, luego entraron los orejones, mancebos nobles del Cuzco, con sus capitanes en las balsas que muchas y grandes estaban aparejadas. Y como fuesen descuidados dentro en el agua los naturales engañosamente desataban las cuerdas con que iban atados los palos de las balsas, de tal manera que los pobres orejones caían en el agua, adonde con gran crueldad los mataban con las armas secretas que llevaban. Y así matando a unos y ahogando a otros fueron todos los orejones muertos, sin quedar en las balsas sino algunas mantas con otras joyas suyas. Hechas estas muertes los agresores era mucha la alegría que tenían, y en las mismas balsas se saludaban y hablaban tan alegremente que pensaban que por la hazaña que habían cometido estaba ya el Inga con todas sus reliquias en su poder. Y ellos gozándose del trofeo y victoria, se aprovechaban de los tesoros y ornamentos de aquella gente del Cuzco, mas de otra suerte les sucedió el pensamiento, como iré relatando, a lo que ellos mismos cuentan. Muertos (como es dicho) los orejones que vinieron en las balsas, los matadores con gran celeridad volvieron adonde habían salido para meter de nuevo más gente en ellas. Y como estuviesen descuidados del juego que habían hecho a sus confines, embarcáronse mayor número con sus ropas, armas y ornamentos. Y en la parte que mataron a los de antes mataron a estos, sin que ninguno escapase. Porque si querían salvar las vidas algunos que sabían nadar, eran muertos con crueles y temerosos golpes que les daban. Y así se zambullían para ir huyendo de los enemigos a pedir favor a los peces que en el piélago del mar tienen su morada, no les aprovechaba porque eran tan diestros en el nadar como lo son los mismos peces, porque lo más del tiempo que bien gastan dentro en la mar en sus pesquerías, alcanzábanlos, y allí en el agua los mataban y ahogaban. De manera que la mar estaba llena de la sangre, que era señal de triste espectáculo.

Pues luego que fueron muertos los orejones que vinieron en las balsas los de la Puná con los otros que les habían sido consortes en el negocio, se volvieron a su isla. Estas cosas fueron sabidas por el rey Guaynacapa el cual como lo supo recibió (a lo que dicen) grande enojo, y mostró mucho sentimiento, porque tantos de los suyos y tan principales careciesen de sepulturas. Y a la verdad en la mayor parte de las Indias se tiene más cuidado de

hacer y adornar la sepultura donde se han de meterse después de muertos, que no en aderezar la casa en que han de vivir siendo vivos. Y que luego hizo llamamiento de gente, juntando las reliquias que le habían quedado, y con gran voluntad entendió en castigar los bárbaros, de tal manera, que aunque ellos quisieron ponerse en resistencia no fueron parte, ni tampoco de gozar del perdón, porque el delito se tenía por tan grave, que más se entendía en castigarlo con toda severidad, que en perdonarlo con clemencia ni humanidad. Y así fueron muertos con diferentes especies de muertes muchos millares de indios, y empalados y ahogados no pocos de los principales, que fueron en el consejo. Después de haber hecho el castigo bien grande y temeroso, Guaynacapa mandó que en sus cantares en tiempos tristes y calamitosos se refiriese la maldad que allí se cometió. Lo cual con otras cosas recitan ellos en sus lenguas, como a manera de endechas. Y luego intentó de mandar hacer por el río de Guayaquile que es muy grande una calzada que cierto según parece por algunos pedazos que de ellas se ve, era cosa soberbia, mas no se acabó ni se hizo por entero lo que él quería. Y llámase esto que digo el paso de Guaynacapa.

Y hecho este castigo y mandado que todos obedeciesen a su gobernador que estaba en la fortaleza de Túmbez y ordenadas otras cosas, el Inga salió de aquella comarca. Otros pueblos y provincias están en los términos de esta ciudad de Guayaquil que no hay que decir de ellos, mas que son de la manera y traje de los ya dichos, y tienen una misma tierra.

CAPÍTULO LIV

De la isla de la Puná, y de la de la Plata y de la admirable raíz que llaman zarzaparrilla, tan provechosa para todas enfermedades

LA ISLA de la Puná que está cerca del puerto de Túmbez, terná de contorno poco más de diez leguas, fue antiguamente tenida en mucho. Porque demás de ser los moradores de ella muy grandes contratantes, y tener en su isla abasto de las cosas pertenecientes para la humana sustentación, que era causa bastante para ser ricos, eran para entre sus comarcanos tenidos por valientes. Y así en los siglos pasados tuvieron muy grandes guerras y con-

tiendas con los naturales de Túmbez, y con otras comarcas. Y por causas muy livianas se mataban unos a otros, robándose, y tomándose las mujeres e hijos.

El gran Topaynga envió embajadores a los de esta isla, pidiéndoles que quisiesen ser sus amigos y confederados. Y ellos por la fama que tenían, y porque habían oído de él grandes cosas, oyeron su embajada mas no le sirvieron, ni fueron enteramente sojuzgados hasta en tiempo de Guaynacapa, aunque otros dicen que antes fueron metidos debajo del señorío de los Ingas por Inga Yupangue, y que se rebelaron. Como quiera que sea pasó lo que he dicho de los capitanes que mataron, según, es público. Son de medianos cuerpos, morenos, andan vestidos con ropas de algodón ellos y sus mujeres, y traen grandes vueltas de chaquira en algunas partes del cuerpo, y pónense otras piezas de oro para mostrarse galanos.

Tiene esta isla grandes florestas y arboledas, y es muy viciosa de frutas. Dase mucho maíz, y yuca, y otras raíces gustosas, y asimismo hay en ellos muchas aves de todo género, muchos papagayos y guacamayas y gaticos pintados y monos, y zorras, leones, y culebras y otros muchos animales. Cuando los señores se mueren, son muy llorados por toda la gente de ella, así hombres como mujeres, y entiérranlos con gran veneración a su uso, poniendo en la sepultura cosas de las más ricas que él tiene, y sus armas, y algunas de sus mujeres de las más hermosas las cuales como acostumbran en la mayor parte de estas Indias se meten vivas en las sepulturas para tener compañía a sus maridos. Lloran a los difuntos muchos días arreo, y trasquílanse las mujeres que en su casa quedan, y aun las más cercanas en parentesco. Y pónense a tiempo tristes, y hácenles sus obsequias. Eran dados a la religión, y amigos de cometer algunos vicios. El demonio tenía sobre ellos el poder que sobre los pasados, y ellos con él sus pláticas las cuales oían por los que estaban señalados para aquel efecto.

Tuvieron sus templos en partes ocultas y oscuras, adonde con pinturas horribles tenían las paredes esculpidas. Y delante de sus altares donde se hacían los sacrificios, mataban muchos animales, y algunas aves, y aun también mataban a los que se dice, indios esclavos, o tomados en tiempo de guerra en otras tierras, y ofrecían la sangre de ellos a su maldito diablo.

En otra isla pequeña que confina con ésta, la cual llaman de la Plata,

tenían en tiempo de sus padres un templo o guaca adonde también adoraban a sus dioses, y hacían sacrificios. Y el circuito del templo, y junto al adoratorio tenían cantidad de oro y plata, y otras cosas ricas de sus ropas de lana y joyas, las cuales en diversos tiempos habían allí ofrecido. También dicen, que cometían algunos de estos de la Puná el pecado nefando. En este tiempo por la voluntad de Dios no son tan malos, y si lo son, no públicamente, ni hacen pecados al descubierto, porque hay en la isla clérigo, y tienen ya conocimiento de la ceguedad con que vivieron sus padres, y cuán engañosa era su creencia, y cuánto se gana en creer nuestra santa fe católica, y tener por Dios a Jesucristo nuestro redentor. Y así por su gran bondad permitiéndolo misericordia, muchos se han vuelto cristianos, y cada día se vuelven más.

Aquí nace una yerba, de que hay mucha en esta isla, y en los términos de esta ciudad de Guayaquil la cual llaman zarzaparrilla, porque sale como zarza de su nacimiento, y hecha por los pimpollos y más partes de sus ramos unas pequeñas hojas. Las raíces de esta yerba son provechosas para muchas enfermedades, y más para el mal de bubas y dolores que causa a los hombres aquella pestífera enfermedad. Y así los que quieren sanar con meterse en un aposento caliente y que esté abrigado, de manera que la frialdad, o aire no dañe al enfermo, con solamente purgarse y comer viandas delicadas y de dieta y beber el agua de estas raíces las cuales cuecen lo que conviene para aquel efecto, y sacada el agua que sale muy clara y no de mal sabor, ni ningún olor, dándola a beber al enfermo algunos días sin le hacer otro beneficio, purga la maletía del cuerpo, de tal manera que en breve queda más sano que antes estaba, y el cuerpo más enjuto y sin señal ni cosa de las que suelen quedar con otras curas, antes queda en tanta perfección que parece que nunca estuvo malo. Y así verdaderamente se han hecho grandes curas en este pueblo de Guayaquil en diversos tiempos. Y muchos que traían las asaduras dañadas, y los cuerpos podridos, con solamente beber el agua de estas raíces quedaban sanos y con mejor color que antes que estuviesen enfermos. Y otros que venían agravados de las bubas, y las traían metidas en el cuerpo, y la boca del mal olor, bebiendo esta agua los días convenientes también sanaban. En fin, muchos hinchados, y otros llagados, y volvieron a sus casas sanos. Y tengo por cierto, que es una de las me-

jores raíces o yerbas del mundo y las más provechosas, como se ve en muchos que han sanado con ella. Y en muchas partes de las Indias hay de esta zarzaparilla, pero hállase, que no está tan buena ni tan perfecta como la que se cría en la isla de la Puná, y en los términos de la ciudad de Guayaquil.

CAPÍTULO LV

De cómo se fundó y pobló la ciudad de Santiago de Guayaquil, y de algunos pueblos de indios que son a ella sujetos, y otras cosas, hasta salir de sus términos

PARA QUE se entienda la manera cómo se pobló la ciudad de Santiago de Guayaquil, será necesario decir algo de ello, conforme a la relación que yo pude alcanzar, no embargante que en la tercera parte de esta obra se trata más largo en el lugar que se cuenta el descubrimiento de Quito, y conquista de aquellas provincias por el capitán Sebastián de Belalcázar. El cual como tuviese poderes largos del adelantado don Francisco Pizarro, y supiese haber gente en las provincias de Guayaquil, acordó por su persona poblar en la comarca de ellas una ciudad. Y así con los españoles que le pareció llevar salió de San Miguel, donde a la sazón estaba allegando gente para volver a la conquista de Quito. Y entrando en la provincia, luego procuró atraer los naturales a la paz de los españoles, ya que conociesen, que habían de tener por señor y rey natural a su majestad. Y como los indios ya sabían estar poblados de cristianos San Miguel, y Puerto Viejo, y lo mismo Quito, salieron muchos de ellos de paz mostrando holgarse con su venida, y así el capitán Sebastián de Belalcázar en la parte que le pareció fundó la ciudad, donde estuvo pocos días, porque le convino ir la vuelta de Quito, dejando por alcalde y capitán a un Diego Daza. Y como saliese de la provincia, no se tardó mucho, cuando los indios comenzaron a entender las importunidades de los españoles, y la gran codicia que tenían, y la priesa con que les pedían oro y plata, y mujeres hermosas. Y estando divididos unos de otros, acordaron los indios después de lo haber platicado en sus ayuntamientos de lo matar, pues tan fácilmente lo podían hacer, y como lo determinaron lo pusieron por obra, y dieron en los cristianos estando bien descuidados de tal cosa, y mataron a todos los más, que no escaparon sino

cinco o seis de ellos, y su caudillo Diego Daza. Los cuales pudieron, aunque con trabajo y gran peligro allegar a la ciudad de Quito, de donde había salido ya el capitán Belalcázar, a hacer el descubrimiento de las provincias que están más allegadas al Norte, dejando en su lugar a un capitán que ha por nombre Juan Díaz Hidalgo. Y como se supiese en Quito esta nueva, algunos cristianos volvieron con el mismo Diego Daza, y con el capitán Tapia, que quiso hallarse en esta población para entender en ella, y vueltos tuvieron algunos reecuentros con los indios, porque unos a otros se habían hablado y animado, diciendo que habían de morir por defender sus personas y haciendas. Y aunque los españoles procuraron de los atraer de paz, no podían, por les haber cobrado grande odio y enemistad. La cual mostraron de tal manera, que mataron algunos cristianos y caballos, y los demás se volvieron a Quito. Pasado lo que voy contando, el gobernador don Francisco Pizarro como lo supo, envió al capitán Zaera a que hiciese esta población. El cual entrando de nuevo en la provincia, estando entendiendo en hacer el repartimiento del depósito de los pueblos y caciques entre los españoles, que con él entraron en aquella conquista, el gobernador lo envió a llamar a toda prisa, para que fuese con la hueste que con él estaba al socorro de la ciudad de Los Reyes, porque los indios la tuvieron cercada por algunas partes. Con esta nueva y mando del gobernador se tornó a despoblar la nueva ciudad. Pasados algunos días, por mandado del mismo adelantado don Francisco Pizarro tornó a entrar en la provincia el capitán Francisco de Orellana con mayor cantidad de españoles y caballos, y en el mejor sitio y más dispuesto pobló la ciudad de Santiago de Guayaquil, en nombre de su majestad, siendo su gobernador y capitán general en el Perú don Francisco Pizarro, año de nuestra reparación de mil y quinientos y treinta y siete años.

Muchos indios de los guancavilcas sirven a los españoles vecinos de esta ciudad de Santiago de Guayaquil, y sin ellos están en su comarca y jurisdicción los pueblos de Yaqual, Colonche, Chinduy, Chongón, Daule, Chonana, y otros muchos que no quiero contar, porque va poco en ello. Todos están poblados en tierras fértiles de mantenimiento, y todas las frutas que he contado haber en otras partes, tienen ellos abundantemente. Y en las concavidades de los árboles se cría mucha miel singular. Hay en los

términos de esta ciudad grandes campos rasos de campaña, y algunas montañas, florestas, y espesuras de grandes arboledas. De las sierras abajan ríos de agua muy buena. Los indios con sus mujeres andan vestidos con sus camisetas, y algunas maures para cubrir sus vergüenzas. En las cabezas se ponen unas coronas de cuentas muy menudas, a quien llaman chaquira y algunas son de plata, y otras de cuero de tigre o de león. El vestido que las mujeres usan es ponerse una manta de la cintura abajo, y otra que les cubre hasta los hombros, y traen los cabellos largos. En algunos de estos pueblos los caciques y principales se clavan los dientes con puntas de oro. Es fama entre algunos, que cuando hacen sus sementeras, sacrificaban sangre humana, y corazones de hombres a quien ellos reverenciaban por dioses, y que había en cada pueblo indios viejos que hablaban con el demonio. Y cuando los señores estaban enfermos, para aplacar la ira de sus dioses, y pedirles salud hacían otros sacrificios llenos de supersticiones, matando hombres (según yo tuve por relación) teniendo por grato sacrificio el que se hacía con sangre humana. Y para hacer estas cosas tenían sus atambores, y campanillas e ídolos, algunos figurados a manera de león o de tigre en que se adoraban. Cuando los señores morían, hacían una sepultura redonda con su bóveda, la puerta adonde sale el sol, y en ella le metían acompañado de mujeres vivas, y sus armas, y otras cosas, de la manera que acostumbraban todos los más que quedan atrás. Las armas con que pelean estos indios son varas y bastones, que acá llamamos macanas. La mayor parte de ellos se ha consumido y acabado. De los que quedan, por la voluntad de Dios se han vuelto cristianos algunos, y poco a poco van olvidando sus costumbres malas, y se allegan a nuestra santa fe. Y pareciéndome, que basta lo dicho de las ciudades de Puerto Viejo y Guayaquil, volveré al camino real de los Ingas, que dejé llegado a los aposentos reales de Tomebamba.

CAPÍTULO LVI

De los pueblos de indios que hay saliendo de los aposentos de Tomebamba, hasta llegar al paraje de la ciudad de Loja, y de la fundación de esta ciudad

SALIENDO de Tomebamba por el gran camino hacia la ciudad del Cuzco, se va por toda la provincia de los Cañares, hasta llegar a Cañaribamba, y a otros aposentos que están más adelante. Por una parte y por otra se ven pueblos de esta misma provincia, y una montaña que está a la parte de Oriente, la vertiente de la cual es poblada, y discurre hacia el río del Marañón. Estando fuera de los términos de estos indios cañares, se allega a la provincia de los Paltas, en la cual hay unos aposentos que se nombran en este tiempo de las piedras, porque allí se vieron muchas y muy primas, que los reyes Ingas en el tiempo de su reinado habían mandado a sus mayordomos o delegados, por tener por importante esta provincia de los Paltas, se hiciesen estos tambos, los cuales fueron grandes y galanos, y labrados política y muy primamente. La cantería con que estaban hechos y asentados en el nacimiento del río de Túmbez, y junto a ellos muchos depósitos ordinarios, donde echaban los tributos y contribuciones que los naturales eran obligados a dar a su rey y señor, y a sus gobernadores en su nombre.

Hacia el Poniente de estos aposentos está la ciudad de Puerto Viejo, al Oriente están las provincias de los Bracamoros, en las cuales hay grandes regiones, y muchos ríos y algunos muy crecidos y poderosos. Y se tiene grande esperanza que andando veinte o treinta jornadas hallarán tierra fértil y muy rica. Y hay grandes montañas, y algunas muy espantables y temerosas. Los indios andan desnudos y no son de tanta razón como los del Perú, ni fueron sujetados por los reyes Ingas. Ni tienen la policía que éstos, ni en sus juntas se guarda orden ni la tuvieron, más que los indios sujetos a la ciudad de Antiocha, y a la villa de Arma, y a los más de la gobernación de Popayán. Porque estos que están en estas provincias de los Bracamoros les imitan en las más de las costumbres, y en tener casi unos mismos afectos naturales como ellos, afirman que son muy valientes y guerreros. Y aun los mismos orejones del Cuzco confiesan, que Guaynacapa volvió huyendo de la furia de ellos.

El capitán Pedro de Vergara anduvo algunos años descubriendo y conquistando en aquella región, y pobló en cierta parte de ella. Y con alteraciones que hubo en el Perú, no se acabó de hacer enteramente el descubrimiento, antes salieron por dos o tres veces los españoles que en él andaban para seguir las guerras civiles. Después del presidente Pedro de la Gasca tornó a enviar a este descubrimiento al capitán Diego Palomino vecino de la ciudad de San Miguel. Y aún estando yo en la ciudad de Los Reyes, vinieron ciertos conquistadores a dar cuenta al dicho presidente y oidores de lo que por ellos había sido hecho. Como es muy curioso el doctor Bravo de Saravia oidor de aquella real audiencia, le estaban dando cuenta en particular de lo que habían descubierto. Y verdaderamente, metiendo por aquella parte buena copia de gente, el capitán que descubriere al Occidente dará en próspera tierra y muy rica, a la que yo alcancé, por la gran noticias que tengo de ello. Y no embargante que a mi conste haber poblado el capitán Diego Palomino, por no saber la certidumbre de aquella población ni los nombres de los pueblos, dejaré de decir lo que de las demás se cuenta, aunque basta lo apuntado, para que se entienda lo que puede ser. De la provincia de los Cañares a la ciudad de Loja (que es la que también nombran la Zarza) ponen diez y siete leguas, el camino todo fragoso y con algunos cenagales. Está entre medias la población de los Paltas, como tengo dicho.

Luego que parten del aposento de las piedras, comienza una montaña no muy grande, aunque muy fría, que dura poco más de diez leguas, al fin de la cual está otro aposento que tiene por nombre Tambo Blanco. De donde el camino real va a dar al río llamado Catamayo. A la mano diestra cerca de este mismo río está asentada la ciudad de Loja, la cual fundó el capitán Alonso de Mercadillo en nombre de su Majestad año del señor de mil y quinientos y cuarenta y seis años.

A una parte y a otra de donde está fundada esta ciudad de Loja hay muchas y muy grandes poblaciones, y los naturales de ellas casi guardan y tienen las mismas costumbres que usan sus comarcanos. Y para ser conocidos tienen sus llautos o ligaduras en las cabezas. Usaban de sacrificios como los demás, adorando por dios al Sol y a otras cosas más comunes. Cuanto al hacedor de todo lo criado tenían lo que he dicho tener otros. Y

en lo que toca a la inmortalidad del ánima todos entienden que en lo interior del hombre hay más que cuerpo mortal. Muertos los principales, engañados por el demonio como los demás de estos indios los ponen en sepulturas grandes acompañados de mujeres vivas y de sus cosas preciadas. Y aun hasta los indios pobres tuvieron gran diligencia en adornar sus sepulturas. Pero ya, como algunos entiendan lo poco que aprovecha usar de sus vanidades antiguas, no consienten matar mujeres, para echar con los que mueren en ellas, ni derraman sangre humana, ni son tan curiosos en esto de las sepulturas. Antes riéndose de los que lo hacen, aborrecen lo que primero sus mayores tuvieron en tanto. De donde ha venido, que no tan solamente no curan de gastar el tiempo en hacer estos solemnes sepulcros, mas antes sintiéndose vecinos a la muerte, mandan que los entierren como a los cristianos en sepulturas pobres y pequeñas. Esto guardan ahora los que lavados con la santísima agua del bautismo, merecen llamarse siervos de Dios, y ser tenidos por ovejas de su pasto. Muchos millares de indios viejos hay que son tan malos ahora como lo fueron antes, y lo serán hasta que Dios por su bondad y misericordia los traiga a verdadero conocimiento de su ley. Y estos lugares ocultos, desviados de las poblaciones y caminos, que los cristianos usan y andan, y en altos cerros, o entre algunas rocas de nieves mandan poner sus cuerpos, envueltos en cosas ricas y mantas grandes pintadas, con todo el oro que poseyeron. Y estando sus ánimas en las tinieblas, los lloran muchos días, consintiendo los que de ello tienen cargo, que se maten algunas mujeres, para que vayan a les tener compañía, con muchas cosas de comer y de beber. Toda la mayor parte de los pueblos sujetos a esta ciudad fueron señoreados por los Ingas señores antiguos del Perú. Los cuales (como en muchas partes de esta historia tengo dicho) tuvieron su asiento y corte en el Cuzco, ciudad ilustrada por ellos, y que siempre fue cabeza de todas las provincias. Y no embargante que muchos de estos naturales fuesen de poca razón, mediante la comunicación que tuvieron con ellos se apartaron de muchas cosas que tenían de rústicos, y se allegaron a alguna más policía. El temple de estas provincias es bueno y sano. En los valles y riberas de ríos es más templado que en la serranía. Lo poblado de las sierras es también buena tierra, más frío que caliente aunque los desiertos y montañas y rocas nevadas lo son en extremo. Hay muchos

guanacos y vicuñas, que son de la forma de ovejas, y muchas perdices, unas poco menores que gallinas y otras mayores que tórtolas. En los valles y llanadas de riberas de ríos hay grandes florestas y muchas arboledas de frutas de las de la tierra. Y los españoles en este tiempo han ya plantado algunas parras, e higueras, naranjas, y otros árboles de los de España. Críanse en los términos de esta ciudad de Loja muchas manadas de puercos de la casta de los de España, y grandes hatos de cabras y otros ganados, porque tienen buenos pastos y muchas aguas de los ríos, que por todas partes corren, los cuales bajan de las sierras, y son las aguas de ellos muy delgadas. Tiénese esperanza de haber en los términos de esta ciudad ricas minas de plata y de oro. Y en este tiempo se han ya descubierto en algunas partes. Y los indios como ya están seguros de los combates de la guerra, y con la paz sean señores de sus personas y haciendas, crían muchas gallinas de las de España, y capones, palomas, y otras cosas de las que han podido haber. Legumbres se crían bien es esta nueva ciudad y en sus términos. Los naturales de las provincias sujetas a ella unos son de mediano cuerpo y otros no, todos andan vestidos con sus camisetas y mantas, y sus mujeres lo mismo. Adelante de la montaña, en lo interior de ella, afirman los naturales haber gran poblado, y algunos ríos y grandes, y la gente rica de oro, no embargante que andan desnudos ellos y sus mujeres, porque la tierra debe ser más cálida que la del Perú, y porque los Ingas no los señorearon. El capitán Alonso de Mercadillo con copia de españoles salió en este año de mil quinientos y cincuenta a ver esta noticia que se tiene por grande. El sitio de la ciudad es el mejor y más conveniente que se le pudo dar para estar en comarca de la provincia. Los repartimientos de indios que tienen los vecinos de ella, los tenían primero por encomienda los que lo eran de Quito y San Miguel. Y porque los españoles que caminaban por el camino real para ir al Quito y a otras partes, corrían el riesgo de los indios de Corrochamba, y de Chaparra, se fundó esta ciudad, como ya está dicho. La cual no embargante que la mandó poblar Gonzalo Pizarro en tiempo que andaba envuelto en su rebelión, el presidente Pedro de la Gasca, mirando que al servicio de su majestad convenía, que la ciudad ya dicha no se despoblase, aprobó su fundación, confirmando la encomienda a los que estaban señalados por vecinos, y a los que después de justiciado Gonzalo Pizarro, él dio indios. Y

pareciéndome que basta lo ya contado de esta ciudad, pasado adelante, trataré de las demás del reino.

CAPÍTULO LVII

De las provincias que hay de Tambo Blanco a la ciudad de San Miguel, primera población de cristianos españoles en el Perú, y de lo que hay que decir de los naturales de ellas

COMO CONVENGA en esta escritura satisfacer a los lectores de las cosas notables del Perú, aunque para mí sea gran trabajo parar con ella en una parte, y volver a otra, no lo dejaré de hacer. Por lo cual trataré en este lugar, sin proseguir el camino de la serranía, la fundación de San Miguel primera población hecha de cristianos españoles en el Perú y la que también lo es de los llanos y arenales que en este gran reino hay. Y de ella relataré las cosas de estos llanos, y las provincias y valles, por donde va de largo otro camino hecho por los reyes Ingas, de tanta grandeza como el de la sierra. Y daré noticia de los yungas, y de sus grandes edificios, y también contaré lo que entendí del secreto del no llover en todo el discurso del año en estos valles y llanos de arenales, y la gran fertilidad y abundancia de las cosas necesarias para la humana sustentación de los hombres. Lo cual hecho volveré a mi camino de la serranía, y proseguiré por él, hasta dar fin a esta parte primera. Pero antes que baje a los llanos, digo que yendo por el propio camino real de la sierra se allega a las provincias de Calva y Ayabaca, de las cuales quedan los bracamoros y montañas de los Andes al Oriente, y al Poniente la ciudad de San Miguel, de quien luego escribiré. En la provincia de Cajas habían grandes aposentos y depósitos mandados hacer por los Ingas, y gobernador con número de mitimaes que tenía cuidado de cobrar los tributos. Saliendo de Cajas se va hasta llegar a la provincia de Guancabamba, adonde estaban mayores edificios que en Calva. Porque los Ingas tenían allí sus fuerzas, entre las cual estaba una agraciada fortaleza, la cual yo vi y está desbaratada y deshecha, como todo lo demás. Había en esta Guancabamba templo del sol con número de mujeres. De la comarca de estas regiones venían a adorar a este templo y a ofrecer sus dones. Las mujeres vírgenes y ministros que en él estaban eran reverenciados y muy esti-

mados. Y los tributos de los señores de todas las provincias se traían. Sin la cual iban al Cuzco, cuando les era mandado. Adelante de Guancabamba hay otros aposentos y pueblos, algunos de ellos sirven a la ciudad de Loja, los demás están encomendados a los moradores de la ciudad de San Miguel. En los tiempos pasados unos indios de estos tenían con otros sus guerras y contiendas, según ellos dicen, por cosas livianas se mataban tomándose las mujeres. Y aun afirman, que andaban desnudos, y que algunos de ellos comían carne humana pareciendo en esto y en otras cosas a los naturales de la provincia de Popayán. Como los reyes Ingas los señorearon, conquistaron y mandaron, perdieron mucha parte de estas costumbres, y usaron de la policía y razón que ahora tienen, que es más de la que algunos de nosotros dicen. Y así hicieron sus pueblos ordenados de otra manera que antes los tenían. Usan de ropas de la lana de sus ganados, que es fina y buena para ello, y no comen carne humana, antes lo tienen por gran pecado, y aborrecen al que lo hace. Y no embargante que son todos los naturales de estas provincias tan conjuntos a los de Puerto Viejo y Guayaquil, no cometían el pecado nefando, porque yo entendí de ellos, que tenían por sucio y apocado a quien lo usaba, si engañado del demonio había alguno que tal cometiese. Afirman que antes que fuesen los naturales de estas comarcas sujetados por Inga Yupangue y por Topaynga su hijo, padre que fue de Guaynacapa, y abuelo de Atabalipa, se defendió tan bien y con gran denuedo, que murieron por no perder su libertad millares de ellos, y harto de los orejones del Cuzco, mas tanto los apretaron que, por no acabarse de perder, ciertos capitanes en nombre de todos dieron la obediencia a estos señores. Los hombres de estas comarcas son de buen parecer, morenos. Ellos y sus mujeres andan vestidos como aprendieron de los Ingas sus antiguos señores. En unas partes de estas traen los cabellos demasiadamente largos, y en otros, cortos, y en algunas trenzados muy menudamente. Barbas si les nace alguna, se las pelan, y por maravilla vi en todas las tierras que anduve indio que las tuviese. Todos entienden la lengua general del Cuzco, sin la cual usan sus lenguas particulares, como he ya contado. Solía haber gran cantidad del ganado que llaman ovejas del Perú, en este tiempo hay muy pocas por la prisa que los españoles les han dado. Sus ropas son de lana de estas ovejas, y de vicuñas, que es mejor y más fina, y de algunos guanacos

que andan por los altos y despoblados. Y los que no pueden tenerlas de lana, las hacen de algodón. Por los valles y vegas de lo poblado hay muchos ríos y arroyos pequeños, y algunas fuentes, el agua de ellas muy buena y sabrosa. Hay en todas partes grandes criaderos para ganados, y de los mantenimientos y raíces ya dichas. Y en los más de estos aposentos y provincias hay clérigos y frailes, los cuales si quisieren vivir bien y abstenerse, como requiere su religión, harán gran futuro, como ya por la voluntad de Dios en las más partes de este gran reino se hace, porque muchos indios y muchachos se vuelven cristianos, y con su gracia cada día irá en crecimiento. Los templos antiguos, que generalmente llaman guacas, todos están ya derribados y profanados y los ídolos quebrados, y el demonio como malo lanzado de aquellos lugares, adonde por los pecados de los hombres era tan estimado y reverenciado, y está puesta la cruz. En verdad los españoles habíamos de dar siempre infinitas gracias a nuestro señor Dios por ello.

CAPÍTULO LVIII

En que se prosigue la historia hasta contar la fundación de la ciudad de San Miguel, y quién fue el fundador

LA CIUDAD de San Miguel fue la primera que en este reino se fundó por el marqués don Francisco Pizarro, y adonde se hizo el primer templo a honra de Dios nuestro señor. Y para contar lo de los llanos, comenzando desde el valle de Túmbez, digo que por él corre un río, nacimiento del cual es como dije atrás en la provincia de los Paltas, y viene a dar a la mar del Sur. La provincia, pueblos y comarcas de estos valles de Túmbez por naturaleza es sequísima y estéril, puesto que en este valle algunas veces llueve, y aun allega el agua hasta cerca de la ciudad de San Miguel. Y este llover es por las partes más allegadas a las sierras, porque en las que están cercanas a la mar no llueve. Este valle de Túmbez solía ser muy poblado y labrado, lleno de lindas y frescas acequias sacadas del río con las cuales regaban todo lo que querían, y cogían mucho maíz, y otras cosas necesarias a la sustentación humana, y muchas frutas muy gustosas. Los señores antiguos de él, antes que fuesen señoreados por los Ingas, eran temidos y muy obedecidos por sus súbditos, más que ninguno de los que se ha escrito, según es público y

muy entendido por todos, y así eran servidos con grandes ceremonias. Andaban vestidos con sus mantas y camisetas, y traían en la cabeza puestos sus ornamentos, que era cierta manera redonda que se ponían hecha de lana y alguna de oro o plata, y de unas cuentas muy menudas, que tengo ya dicho llamarse chaquira. Eran estos indios dados a sus religiones, y grandes sacrificadores según que más largamente conté en las fundaciones de las ciudades de Puerto Viejo y Guayaquil. Son más regalados y viciosos que los serranos, y para labrar los campos son muy trabajadores y llevan grandes cargas. Los campos labran hermosamente y con mucho concierto, y tienen en el regarlos grande orden. Críanse en ellos muchos géneros de frutas y raíces gustosas. El maíz se da dos veces en el año, de ello y de frijoles y habas cogen harta cantidad cuando lo siembran. Las ropas para su vestir son hechas de algodón que cogen por el valle lo que para ello han menester. Sin esto tienen estos indios naturales de Túmbez grandes pesquerías, de que les viene harto provecho, porque con ello y con lo que más contratan con los de la sierra han sido siempre ricos. Desde este valle de Túmbez se va en dos jornadas al valle de Solana, que antiguamente fue muy poblado, y que había en él edificios y depósitos. El camino real de los Ingas pasa por estos valles entre arboledas y otras frescuras muy alegres. Saliendo de Solana se llega a Poechos, que está sobre el río llamado también Poechos, aunque algunos le llaman Maicavilca. Porque por bajo del valle estaba un principal o señor llamado de este nombre, este valle fue en extremo muy poblado y cierto debió ser gran cosa y mucha gente de él, según lo dan a entender los edificios grandes y muchos. Los cuales, aunque están gastados, se ve haber sido verdad lo que de él cuentan y la mucha estimación en que los reyes Ingas lo tuvieron, pues en este valle tenían sus palacios reales y otros aposentos y depósitos, con el tiempo y guerras se ha todo consumido, en tanta manera que no se ve, para que se crea lo que se afirma, otra cosa que las muchas y muy grandes sepulturas de los muertos. Y ver que siendo vivos, eran por ellos sembrados y cultivados tantos campos como en el valle están. Dos jornadas más adelante de Poechos está el ancho y gran valle de Piura adonde se juntan dos o tres ríos, que es causa que el valle sea tan ancho en el cual está fundada y edificada la ciudad de San Miguel. Y no embargante que esta ciudad se tenga en este tiempo en poca estimación, por

ser los repartimientos cortos y pobres es justo que se conozca, que merece ser honrada y privilegiada, por haber sido principio de lo que se ha hecho, y asiento que los fuertes españoles tomaron antes que por ellos fuese preso el gran señor Atabalipa. Al principio estuvo poblada en el asiento que llaman Tangarara, de donde se pasó por ser sitio enfermo, adonde los españoles vivían con algunas enfermedades. Adonde ahora está fundada es entre dos valles llanos muy frescos y llenos de arboledas junto a la población más cerca del un valle que del otro, en un asiento áspero y seco, y que no pueden aunque lo han procurado llevar el agua a él con acequias, como se hace en otras partes muchas de los llanos. Es algo enferma, y lo que dicen los que en ella han vivido, especialmente de los ojos, lo cual creo causan los vientos y grandes polvos del verano, y las muchas humedades del invierno. Afirman no llover antiguamente en esta comarca, si no era algún rocío que caía del cielo. Y de pocos años a esta parte caen algunos aguaceros pesados. El valle es como el de Túmbez, y adonde hay muchas viñas y higuerales, y otros árboles de España, como luego diré. Esta ciudad de San Miguel pobló y fundó el adelantado don Francisco Pizarro gobernador del Perú, llamado en aquel tiempo la Nueva Castilla, en nombre de su majestad año de mil quinientos y treinta y un años.

CAPÍTULO LIX

Que trata la diferencia que hace el tiempo en este reino del Perú, que es cosa notable en no llover en toda la longura de los llanos que son a la parte del mar del Sur

ANTES QUE pase adelante, me pareció declarar aquí lo que toca al no llover. De lo cual es de saber que en las sierras comienza el verano en abril, y dura mayo, junio, julio, agosto, septiembre, y por octubre ya entra el invierno y dura noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo. De manera que poco difiere a nuestra España en esto del tiempo. Y así los campos se agostan a sus tiempos. Los días y las noches casi son iguales. Y cuando los días crecen algo, y son mayores, es por el mes de noviembre, mas en estos llanos junto a la mar del Sur es al contrario de todos los susodichos, porque cuando en la serranía es verano, es en ellos invierno, pues vemos comenzar el

verano por octubre, y durar hasta abril, y entonces entra el invierno. Y verdaderamente es cosa extraña considerar esta diferencia tan grande, siendo dentro en una tierra, y en un reino. Y lo que es más de notar, que por algunas partes pueden con las capas de agua bajar a los llanos, sin las traer enjutas, y para lo decir más claro, parten por la mañana de tierra donde llueve, y antes de vísperas se hallan en otra donde jamás se cree que llovió. Porque desde principio de octubre para adelante no llueve en todos los llanos, sino es un tan pequeño rocío, que apenas en algunas partes mata el polvo. Y por esta causa los naturales viven todos de riego, y no labran más tierra de la que los ríos pueden regar, porque en toda la más (por parte de su esterilidad) no se cría yerba, sino toda es arenales y pedregales sequísimos, y lo que en ellos nace son árboles de poca hoja, y sin fruto ninguno. También nacen muchos géneros de cardones, y espinas, y a partes ninguna cosa de estas, sino arena solamente. Y el llamar invierno en los llanos no es más de ver unas nieblas muy espesas, que parece que andan preñadas para llover mucho, y destilan como tengo dicho una lluvia tan liviana que apenas moja el polvo. Y es cosa extraña, que con andar el cielo tan cargado de nublados en el tiempo que digo, no llueve más en los seis meses ya dichos que estos rocíos pequeños por estos llanos. Y se pasan algunos días que el sol escondido entre la espesura de los nublados no es visto. Y como la serranía es tan alta, y los llanos y costa tan baja, parece que atrae así los nublados sin los dejar parar en las tierras bajas. De manera que cuando las aguas son naturales, llueve mucho en la sierra, y nada en los llanos antes hace en ellos gran calor. Y cuando caen los rocíos que digo, es por el tiempo que la sierra está clara y no llueve en ellas. También hay otra cosa notable, que es haber un viento solo por esta costa, que es el Sur, el cual aunque en otras regiones sea húmedo y atrae lluvias, en esta no lo es, y como no halle contrario, reina a la continua por aquella costa, hasta cerca de Túmbez. Y de allí adelante, como hay otros vientos, saliendo de aquella constelación de cielo llueve y vienen ventando con grandes aguaceros. Razón natural de lo susodicho no se sabe, más de que vemos claro, que de cuatro grados de la línea a la parte del Sur, hasta pasar del trópico de Capricornio va estéril esta región.

Otra cosa muy de notar se ve, y es que debajo de la línea en estas partes en unas es caliente y húmeda, y en otras fría y húmeda, pero esta tierra es

caliente y seca, y saliendo de ella a una parte y a otra llueve. Esto alcanzo, por lo que he visto y notado de ello, quien hallare razones naturales, bien podrá decirlas, porque yo digo lo que vi, y no alcanzo otra cosa más de lo dicho.

CAPÍTULO LX

Del camino que los Ingas mandaron hacer por estos llanos, en el cual hubo aposentos, y depósitos como en la de la sierra, y por qué estos indios se llaman yungas

POR LLEVAR con toda orden mi escritura, quise antes de volver a concluir con lo tocante a las provincias de las sierras, declarar lo que se me ofrece de los llanos, pues como he dicho en otras partes es cosa tan importante. Y en este lugar daré noticia del gran camino que los Ingas mandaron hacer por mitad de ellos el cual aunque por muchos lugares está ya desbaratado y deshecho da muestra de la grande cosa que fue, y del poder de los que lo mandaron hacer.

Guaynacapa y Topaynga Yupangue su padre fueron a lo que los indios dicen, los que bajaron por toda la costa visitando los valles y provincias de los yungas, aunque también cuentan alguno de ellos, que Inga Yupangue abuelo de Guaynacapa, y padre de Topaynga fue el primero que vio la costa, y anduvo por los llanos de ella. Y en estos valles y la costa de los caciques y principales por su mandado hicieron un camino tan ancho como quince pies, por una parte y por otra de él iba una pared mayor que un estado bien fuerte. Y todo el espacio de este camino iba limpio, y echado por debajo de arboledas. Y de estos árboles por muchas partes caían sobre el camino ramos de ellos llenos de frutas. Y por todas las florestas andaban en las arboledas muchos géneros de pájaros, y papagayos y otras aves. En cada uno de estos valles había para los Ingas aposentos grandes y muy principales, y depósitos para proveimiento de la gente de guerra, porque fueron tan temidos, que no osaban dejar de tener proveimiento. Y si salvaba alguna cosa, se hacía castigo grande, y por el consiguiente si alguno de los que con él iban de una parte a otra era osado de entrar en las sementeras o casas de los indios, aunque el daño que hiciesen no fuese mucho, mandaba que fue-

se muerto. Por este camino duraban las paredes que iban por una y por otra parte de él hasta que los indios con la muchedumbre de arena no podían armar cimiento, desde donde para que no se errase y se conociese la grandeza del que aquello mandaba, hincaban largos y cumplidos palos a la manera de vigas de trecho a trecho. Y así como se tenía cuidado de limpiar por los valles el camino, y renovar las paredes si se arruinaban y gastaban, lo tenían en mirar si algún horcón o palo largo de los que estaban en los arenales se caía con el viento, de tornarlo a poner. De manera que este camino cierto fue gran cosa, aunque no tan trabajoso como el de la sierra. Algunas fortalezas y templos del Sol había en estos valles, como iré declarando en su lugar. Y porque en muchas partes de esta obra he nombrar Ingas y también yungas, satisfaré al lector en decir lo que quiere significar yungas, como hice en lo de atrás lo de los Ingas, y así entenderán que los pueblos y provincias del Perú están situadas de la manera que he declarado, mucha de ellas en las abras que hacen las montañas de los Andes y serranía nevada. Y a todos los moradores de los altos nombran serranos, y a los que habitan en los llanos llaman yungas. Y en muchos lugares de la sierra por donde van los ríos, como las sierras siendo muy altas, las llanuras estén abrigadas y templadas, tanto que en muchas partes hace calor como en estos llanos, los moradores que viven en ellos, aunque estén en la sierra se llaman yungas. Y en todo el Perú cuando hablan de estas partes abrigadas y cálidas que están entre las sierras, luego dicen es yunga. Y los moradores no tienen otro nombre, aunque lo tengan en los pueblos y comarcas. De manera que los que viven en las partes ya dichas, y los que moran en todos estos llanos y costa del Perú se llaman yungas, por vivir en tierra cálida.

CAPÍTULO LXI

De cómo estos yungas fueron muy servidos, y eran dados a sus religiones, y cómo había ciertos linajes y naciones de ellos

ANTES QUE vaya contando los valles de los llanos y las fundaciones de las tres ciudades de Trujillo, Los Reyes, Arequipa, diré aquí algunas cosas a eso tocantes para no reiterarlo en muchas partes, de ellas que yo vi, y otras

que supe de fray Domingo de Santo Tomás de la orden de Santo Domingo, el cual es uno de los que bien saben la lengua, y que ha estado mucho tiempo entre estos indios, doctrinándolos en las cosas de nuestra santa fe católica. Así que por lo que yo vi y comprendí el tiempo que anduve por aquellos valles, y por la relación que tengo de fray Domingo, haré la de estos llanos. Los señores naturales de ellos fueron muy temidos antiguamente, y obedecidos por sus súbditos, y se servían con gran aparato, según su usanza, trayendo consigo indios truhanes y bailadores, que siempre los estaban festejando, y otros continuo tañían y cantaban. Tenían muchas mujeres, procurando que fuesen las más hermosas que se pudiesen hallar. Y cada señor en su valle tenía sus aposentos grandes con muchos pilares de adobes, y grandes terrados y otro portales cubiertos con esteras. Y en el circuito de esta casa había una plaza grande adonde se hacían sus bailes y areytos. Y cuando el señor comía, se juntaban gran número de gente, los cuales bebían de su brebaje hecho de maíz, o de otras raíces. En estos aposentos estaban porteros que tenían cargo de guardar las puertas, y ver quien entraba o salía por ellas. Todos andaban vestidos con sus camisetas de algodón y mantas largas, y las mujeres lo mismo, salvo que la vestimenta de la mujer era grande y ancha a manera de capuz, abierta por los lados, por donde sacaban los brazos. Alguno de ellos tenían guerra unos con otros, y en partes nunca pudieron los más de ellos aprender la lengua del Cuzco. Aunque hubo tres o cuatro linajes de generaciones de estos yungas, todos ellos tenían unos ritos y usaban unas costumbres. Gastaban muchos días y noches en sus banquetes y bebidas. Y cierto, cosa es grande la cantidad de vino o chicha que estos indios beben, pues nunca dejan de tener el vaso en la mano. Solían hospedar y tratar muy bien a los españoles que pasaban por sus aposentos y recibirlos honradamente, ya no lo hacen así, porque luego que los españoles rompieron la paz, y contendieron en guerra unos con otros, por los malos tratamientos que les hacían fueron aborrecidos de los indios, y también porque algunos de los gobernadores que han tenido les han hecho entender algunas bajezas tan grandes que ya no se precian de hacer buen tratamiento a los que pasan, pero presumen de tener por mozos a algunos de los que solían ser señores. Y esto consiste y ha estado en el gobierno de los que han venido a mandar, algunos de los cuales ha pareci-

do grave la orden del servicio de acá, y que es opresión y molestia a los naturales sustentarlos en las costumbres antiguas que tenían, las cuales si las tuvieran, ni le quebrantaban sus libertades, ni aun los dejaban de poner más cercanos a la buena policía y conversión. Porque verdaderamente pocas naciones hubo en el mundo a mi ver que tuvieron mejor gobierno que los Ingas. Salido del gobierno yo no apruebo cosa alguna antes lloro las extorsiones y malos tratamientos, y violentas muertes que los españoles han hecho en estos indios, obrados por su crueldad, sin mirar su nobleza y la virtud tan grande de su nación. Pues todos los más de estos valles están ya casi desiertos, habiendo sido en lo pasado tan poblados como muchos saben.

CAPÍTULO LXII

Cómo los indios de estos valles y otros de estos reinos creían que la ánimas salían de los cuerpos y no morían, y por qué mandaban a echar a sus mujeres en las sepulturas

MUCHAS VECES he tratado en esta historia, que en la mayor parte de este reino de Perú es costumbre muy usada y guardada por todos los indios de enterrar con los cuerpos de los difuntos todas las cosas preciadas que ellos tenían, y algunas de sus mujeres, las más hermosas y queridas de ellos. Y parece que esto se usaba en la mayor parte de estas Indias, por donde se colige que con la manera que el demonio engaña a los unos procura de engañar a los otros. En el Cenú, que cae en la provincia de Cartagena, me hallé yo el año de mil quinientos y treinta y cinco, donde se sacó en un campo raso junto a un templo que allí estaba hecho a honra de este maldito demonio, tan grande cantidad de sepulturas que fue cosa admirable, y algunas tan antiguas que había en ellas árboles nacidos gruesos y grandes y sacaron más de un millón de estas sepulturas sin lo que los indios sacaron de ellas, y sin lo que se queda perdido en la misma tierra.

En estas otras partes también se han hallado grandes tesoros en sepulturas, y se hallarán cada día. Y no ha muchos años que Juan de la Torre capitán que fue de Gonzalo Pizarro en el valle de Ica, que es en estos valles de los llanos, halló una de estas sepulturas, que afirman valió lo que dentro de

ella sacó más de cincuenta mil pesos. De manera que en mandar hacer las sepulturas magníficas y altas y adornarlas con sus losas y bóvedas y meter con el difunto todo su haber y mujeres, y servicio, y mucha cantidad de comida, y no pocos cántaros de chicha o vino de los que ellos usan, y sus armas y ornamentos, da a entender que ellos tenían conocimiento de la inmortalidad del ánima, y que en el hombre había más que cuerpo mortal. Y engañados por el demonio cumplían su mandamiento, porque él les hacía entender (según ellos dicen) que después de muertos habían de resucitar en otra parte que les tenía aparejada, adonde habían de comer y beber a su voluntad, como lo hacían antes que muriesen. Y para que creyesen que sería lo que él les decía cierto y no falso y engañoso, a tiempos, y cuando la voluntad de Dios era servida de darle poder, y permitirlo, tomaba la figura de alguno de los principales que ya era muerto, y mostrándose con su propia figura y talle tal cual estuvo en el mundo, con apariencia del servicio y ornamento, hacía entenderles que estaba en otro reino alegre y apacible de la manera que allí lo veían. Por los cuales dichos y ilusiones del demonio ciegos estos indios, teniendo por ciertas aquellas falsas apariencias, tienen más cuidado de aderezar sus sepulcros o sepulturas, que ninguna otra cosa. Y muerto el señor le echan su tesoro y mujeres vivas, y muchachos, y otras personas con quien él tuvo siendo vivo mucha amistad. Y así por lo que tengo dicho era opinión general en todos estos indios yungas, y aun en los serranos de este reino del Perú que las ánimas de los difuntos no morían, sino que para siempre vivían y se juntaban allá en el otro mundo unos con otros, adonde como arriba dije creían que se holgaban, y comían y bebían, que es su principal gloria. Y teniendo esto por cierto enterraban con los difuntos las más queridas mujeres de ellos, y los servidores y criados más privados, y finalmente todas sus cosas preciadas, y armas, y plumajes, y otros ornamentos de sus personas. Y muchos de sus familiares por no caber en su sepultura hacían hoyos en las heredades y campos del señor ya muerto, o en las partes donde él solía más holgarse y festejarse, y allí se metían, creyendo que su ánima pasaría por aquellos lugares y los llevaría en su compañía para su servicio. Y aun algunas mujeres por le echar más carga, y que tuviese en más el servicio, pareciéndoles que las sepulturas aún no estaban hechas, se colgaban de sus mismos cabellos, y así se mataban.

Creemos ser todas estas cosas verdad, porque las sepulturas de los muertos lo dan a entender, y porque en muchas partes creen y guardan esta tan maldita costumbre. Y aún yo me acuerdo estando en la gobernación de Cartagena, habrá más de doce o trece años siendo en ella gobernador y juez de residencia el licenciado Juan de Vadillo, de un pueblo llamado Pirina salió un muchacho, y venía huyendo adonde estaba Vadillo, porque le querían enterrar vivo con el señor de aquel pueblo que había muerto en aquel tiempo. Y Alaya, señor de la mayor parte del valle de Xauxa murió ha casi dos años, y cuentan los indios que echaron con él gran número de mujeres y sirvientes vivos. Y aun si yo no me engaño, se lo dijeron al presidente Gasca, aunque no poco se lo retrajo a los demás señores, haciéndoles entender que eran gran pecado el que cometían y desvarío sin fruto. Ver al demonio transfigurado en las formas que digo no hay duda, sino que lo ven. Llámanle en todo el Perú Sopay. Yo he oído que lo han visto de esta suerte muchas veces. Y aun también me afirmaron que en el valle de Lile en los hombres de ceniza que allí estaban entraba y hablaba con los vivos, diciéndoles estas cosas que voy escribiendo. A fray Domingo, que es como tengo dicho gran investigador de estos secretos, le oí que dijo una cierta persona, que lo había enviado a llamar don Paulo hijo de Guaynacapa, a quien los indios del Cuzco recibieron por Inga, y contole cómo un criado suyo decía que junto a la fortaleza del Cuzco oía grandes voces, las cuales decían con gran ruido: ¿por qué no guardas Inga lo que eres obligado a guardar? Come y bebe y huélgate, que presto dejarás de comer y beber y holgarte. Y estas voces oyó el que lo dijo a don Paulo cinco o seis noches. Y sin se pasar muchos días murió el don Paulo, y el que oyó las voces también. Estas son mañas del demonio, y lazos que él arma para perder las ánimas de estos que tanto se aprecian de agoreros. Todos los señores de estos llanos y sus indios traen sus señales en las cabezas, por donde son conocidos los unos y los otros. En la Puná y en lo más de la comarca de Puerto Viejo ya escribí cómo usaban el pecado nefando, en estos valles ni en lo demás de la serranía no cuentan que cometían este pecado. Bien creo yo que sería entre ellos lo que es en todo el mundo, que había algún malo, mas si se conocía hacíanle grande afrenta, llamándole mujer, diciéndole que dejase el hábito de hombre que tenía. Y ahora en nuestro tiempo, como ya

vayan dejando los más de sus ritos, y el demonio no tenga fuerza ni poder, ni haya templo, ni oráculo público van entendiendo sus engaños, y procuran de no ser tan malos como lo fueron antes que oyesen la palabra del sacro evangelio. En sus comidas y bebidas y lujurias con sus mujeres, yo creo si la gracia de Dios no baja en ellos, aprovecha poco amonestaciones para que dejen estos vicios en los cuales entienden las noches y los días sin cansar.

CAPÍTULO LXIII

Cómo usaban hacer los enterramientos y cómo lloraban a los difuntos cuando hacían las obsequias

PUES CONTÉ en el capítulo pasado lo que se tiene de estos indios en lo tocante a lo que creen de la inmortalidad del ánima, y a lo que el enemigo de natura humana les hace entender, me parece será bien en este lugar dar razón de cómo hacían las sepulturas, y de la manera que metían en ella a los difuntos. Y en esto hay una gran diferencia, porque en una parte las hacían hondas, y en otras altas, y en otras llanas y cada nación buscaba nuevo género para hacer sepulcros de sus difuntos. Y cierto aunque yo lo he procurado mucho, y platicado con varones doctos y curiosos, no he podido alcanzar lo cierto del origen de estos indios o su principio, para saber de do tomaron esta costumbre, aunque en la segunda parte de esta obra en el primero capítulo escribo lo que de esto he podido alcanzar. Volviendo pues a la materia, digo que he visto que tienen estos indios distintos ritos en hacer las sepulturas, porque en las provincias de Collao como relataré en su lugar las hacen en las heredades por su orden tan grandes como torres, unas más y otra menos, y algunas hechas a buena labor con piedras excelentes. Y tienen sus puertas que salen al nacimiento del sol, y junto a ellas como también diré, acostumbraban hacer sus sacrificios, y quemar algunas cosas, y rociar aquellos lugares con sangre de corderos y de otros animales.

En la comarca del Cuzco entierran a sus difuntos sentados en unos asentamientos principales, a quien llaman duhos, vestidos y adornados de lo más principal que ellos poseían.

En la provincia de Xauxa que es cosa muy principal en estos reinos del Perú los meten en un pellejo de una oveja fresco, y con él lo cosen formán-

dole por de fuera el rostro, narices, boca y lo demás, y de esta suerte los tienen en sus propias casas. Y a los que son señores y principales ciertas veces en el año los sacan sus hijos y los llevan a sus heredades y caseríos en andas con grandes ceremonias, y les ofrecen sus sacrificios de ovejas y corderos y aun de niños y mujeres.

Teniendo noticia de esto el arzobispo don Hierónimo de Loaysa, mandó con gran rigor a los naturales de aquel valle, y a los clérigos que en él estaban entendiendo en la doctrina, que enterrasen todos aquellos cuerpos sin que ninguno quedase de la suerte que estaba.

En otras muchas partes de las provincias que he pasado los entierran en sepulturas hondas y por dentro huecas, y en algunos, como es en los términos de la ciudad de Antiocha hacen las sepulturas grandes, y echan tanta tierra que parecen pequeños cerros. Y por la puerta que dejan en la sepultura entran con sus difuntos y con las mujeres vivas y lo demás que con él meten. Y en el Cenú muchas de las sepulturas eran llanas y grandes con sus cuadras, y otras eran con mogotes que parecían pequeños collados. En la provincia de Chinchan que es en estos llanos, los entierran echados en barbacoas o camas hechas de cañas. En otro valle de estos mismos llamado Lunaguaná los entierran sentados. Finalmente, acerca de los enterramientos en estar echados, o en pie, o sentados, discrepan unos de otros. En muchos valles de estos llanos, en saliendo del valle por las sierras de rocas y de arena hay hechas grandes paredes y apartamientos, adonde cada linaje tiene su lugar establecido para enterrar sus difuntos y para ello han hecho grandes huecos y concavidades cerradas con sus puertas lo más primamente que ellos pueden, y cierto es cosa admirable ver la gran cantidad que hay de muertos por estos arenales y sierras de secadales, y apartados de unos de otros se ven gran número de calaveras y de sus ropas ya podrecidas y gastadas con el tiempo. Llaman a estos lugares que ellos tienen por sagrados guaca, que es nombre triste, y muchas de ellas se han abierto y aun sacado los tiempos pasados, luego que los españoles ganaron este reino, gran cantidad de oro y plata, y por estos valles se usa mucho el enterrar con el muerto sus riquezas y cosas preciadas, y muchas mujeres sirvientes de los más privados que tenía el señor siendo vivo. Y usaron en los tiempos pasados de abrir las sepulturas y renovar la ropa y comida que en ellas habían pues-

to. Y cuando los señores morían se juntaban los principales del valle y hacía grandes lloros. Y muchas de las mujeres se cortaban los cabellos hasta quedar sin ningunos, y con atambores y flautas salían con sones tristes cantando por aquellas partes por donde el señor solía festejarse más a menudo para provocar a llorar a los oyentes. Y habiendo llorado hacían más sacrificios y supersticiones, teniendo sus plácticas con el demonio. Y después de hecho esto, y muértose algunas de sus mujeres, los metían en las sepulturas con sus tesoros y no poca comida, teniendo por cierto, que iban a estar en la parte que el demonio les hace entender. Y guardaron, y aun ahora lo acostumbran generalmente, que antes que los metían en las sepulturas los lloran cuatro o cinco o seis días o diez, según es la persona del muerto. Porque mientras mayor señor es más honra se le hace, y mayor sentimiento muestran, llorándolo con grandes gemidos, y endechándolo con música dolorosa, diciendo en sus cantares todas las cosas que les sucedieron al muerto siendo vivo. Y si fue valiente llévanlo con estos lloros contando sus hazañas. Y al tiempo que meten el cuerpo en la sepultura, algunas joyas y ropas suyas queman junto a ella, y otras meten con él. Muchas de estas ceremonias ya no se usan, porque Dios no lo permite, y porque poco a poco van estas gentes conociendo el error que sus padres tuvieron, y cuán poco aprovechan estas pompas y vanas honras, pues basta enterrar los cuerpos en sepulturas comunes, como se entierran los cristianos, sin procurar de llevar consigo otra cosa que buenas obras pues lo demás sirve de agradar al demonio, y que el ánima baja al infierno más pesada y agravada. Aunque cierto los más de los señores viejos tengo que se deben de mandar a enterrar en partes secretas y ocultas de la manera ya dicha, por no ser vistos ni sentidos por los cristianos. Y que lo hagan así sabemos y entendemos por los dichos de los más mozos.

CAPÍTULO LXIV

Cómo el demonio hacía entender a los indios de estas partes que era ofrenda grata a sus dioses tener indios que asistiesen en los templos, para que los señores tuviesen con ellos conocimiento cometiendo el gravísimo pecado de la sodomía

EN ESTA primera parte de esta historia he declarado muchas costumbres y usos de estos indios, así de las que yo alcancé el tiempo que anduve entre ellos, como de lo que también oí a algunos religiosos y personas de mucha calidad, los cuales a mi ver por ninguna cosa dejarían de decir la verdad de lo que sabían y alcanzaban, porque es justo que los que somos cristianos tengamos alguna curiosidad, para que sabiendo y entendiendo las malas costumbres de éstos, apartarlos de ellas, y hacerles entender el camino de la verdad, para que se salven. Por tanto diré aquí una maldad grande del demonio, las cuales, que en algunas partes de este gran reino del Perú, solamente algunos pueblos comarcanos a Puerto Viejo, y a la isla de la Puná usaban el pecado nefando, y no en otros. Lo cual yo tengo que era así, porque los señores Ingas fueron limpios en esto, y también los demás señores naturales. En toda la gobernación de Popayán tampoco alcancé que cometiesen este maldito vicio, porque el demonio debía de contentarse con que usasen la crueldad que cometían de comerse unos a otros, y ser tan crueles y perversos los padres para los hijos. Y en estos otros por los tener el demonio más presos en las cadenas de su perdición se tienen ciertamente que en los oráculos y adoratorios donde se daban las respuestas hacía entender que convenía para el servicio suyo que algunos mozos desde su niñez estuviesen en los templos, para que a tiempos y cuando se hiciesen los sacrificios y fiestas solemnes, los señores y otros principales usasen con ellos el maldito pecado de la sodomía. Y para que entiendan los que esto leyeren, cómo aún se guardaba entre algunos esta diabólica santimonia, pondré una relación que me dio de ello en la ciudad de Los Reyes el padre fray Domingo de Santo Tomás. La cual tengo en mi poder, y dice así.

Verdad es, que generalmente entre los serranos e yungas ha el demonio introducido este vicio debajo de especie de santidad. Y es, que cada templo o adoratorio principal tiene un hombre o dos, o más, según es el ídolo. Los cua-

les andan vestidos como mujeres desde el tiempo que eran niños, y hablaban como tales, y en su manera, traje y todo lo demás remedaban a las mujeres. Con estos casi como por vía de santidad y religión tienen las fiestas y días principales su ayuntamiento carnal y torpe, especialmente los señores y principales. Esto sé porque he castigado a dos, el uno de los indios de la sierra, que estaba para este efecto en un templo que ellos llaman guaca de la provincia de los Conchucos, término de la ciudad de Guánuco, el otro era en la provincia de Chincha indios de su majestad. A los cuales hablándoles yo de esta maldad que cometían, y agravándoles la fealdad del pecado me respondieron, que ellos no tenían la culpa, porque desde el tiempo de su niñez los habían puesto allí sus caciques, para usar con ellos este maldito y nefando vicio, y para ser sacerdotes y guarda de los templos de sus indios. De manera que lo que les saqué de aquí es, que estaba el demonio tan señoreado en esta tierra, que no se contentando con los hacer caer en pecado tan enorme, les hacía entender que el tal vicio era especie santidad y religión, para tenerlos más sujetos.

Esto me dio de su misma letra fray Domingo, que por todos es conocido, y saben cuán amigo es de verdad.

Y aun también me acuerdo, que Diego de Gálvez secretario que ahora es de su majestad en la corte de España me contó cómo viniendo él y Peralonso Carrasco un conquistador antiguo que es vecino de la ciudad del Cuzco de la provincia del Collao, vieron uno o dos de estos indios que habían estado puestos en los templos, como fray Domingo dice. Por donde yo creo bien que estas cosas son obras del demonio, nuestro adversario, y se parece claro, pues con tan baja y maldita obra quiere ser servido.

CAPÍTULO LXV

Cómo en la mayor parte de estas provincias se usó poner nombres a los muchachos, y cómo miraban en agüeros y señales

UNA COSA noté en el tiempo que estuve en estos reinos del Perú, y es que en la mayor parte de sus provincias se usó poner nombres a los niños cuando tenían quince o veinte días, y les duran hasta ser de diez o doce años, y de este tiempo y algunos de menos tornan a recibir otros nombres, habiendo primero en cierto día que está establecido para semejantes casos juntán-

dose la mayor parte de los parientes y amigos del padre. Adonde bailan a su usanza, y beben que es su mayor fiesta, y después de ser pasado el regocijo uno de ellos, el más anciano y estimado, trasquila al mozo o moza que ha de recibir nombre y le corta las uñas, las cuales con los cabellos guardan con gran cuidado. Los nombres que les ponen y ellos usan son nombres de pueblos, y de aves, o yerbas o pescado. Y esto entendí que pasa así, porque yo he tenido indio que había por nombre Urco, que quiere decir carnero, y otro que se llamaba Llama, que es nombre de oveja, y otros he visto llamarse Pisco que es nombre de pájaros. Y algunos tienen gran cuenta con llamarse los nombres de sus padres o abuelos. Los señores y principales buscan nombres a sus gusto, y los mayores que para entre ellos hallan. Aunque Atabalipa (que fue el Inga que prendieron los españoles en la provincia de Caxamalca) quiere decir su nombre tanto como gallina, y su padre se llamaba Guaynacapa que significa mancebo rico.

Tienen o tenían por mal agüero estos indios, que una mujer pariese dos criaturas de un vientre, o cuando alguna criatura nace con algún defecto natural, como es en una mano seis dedos, u otra cosa semejante. Y si (como digo) alguna mujer paría de un vientre dos criaturas, o con algún defecto, se entristecían ella y su marido, y ayunaban sin comer ají ni beber chicha, que es el vino que ellos beben, y hacían otras cosas a su uso, y como lo aprendieron de sus padres. Asimismo miraban estos indios mucho en señales y prodigios. Y cuando corre alguna estrella es grandísima la grita que hacen, y tienen gran cuenta con la luna, y con los planetas, y todos los más eran agoreros. Cuando se prendió Atabalipa en la provincia de Cajamarca, hay vivos algunos cristianos que se hallaron con el marqués don Francisco Pizarro que lo prendió, que vieron en el cielo de medianoche bajó una señal verde tan gruesa como un brazo, y tan larga como una lanza jineta. Y como los españoles anduviesen mirando en ello, y Atabalipa lo entendiese, dicen que les pidió que lo sacasen para la ver, y como la vio, se paró triste, y lo estuvo el día siguiente. Y el gobernador don Francisco Pizarro le preguntó, que por qué se había parado tan triste, respondió él: he mirado la señal del cielo, y dígote, que cuando mi padre Guaynacapa murió, se vio otra señal semejante a aquélla. Y dentro de quince días murió Atabalipa.

CAPÍTULO LXVI

De la fertilidad de la tierra de los llanos y de las muchas frutas y raíces que hay en ellos, y la orden tan buena con que riegan los campos

PUES YA he contado lo más brevemente que he podido algunas cosas convenientes a nuestros propósitos, será bien volver a tratar de los valles, contando cada uno por sí particularmente, como se ha hecho de los pueblos y provincias de la serranía, aunque primero daré alguna razón de las frutas y mantenimientos y acequias que hay en ellos. Lo cual hecho, proseguiré con lo que falta. Digo pues que toda la tierra de los valles adonde no llega el arena, hasta donde toman las arboledas de ellos es una de las más fértiles tierras y abundantes del mundo, y las más gruesa para sembrar todo lo que quisieren, y adonde con poco trabajo se puede cultivar y aderezar. Ya he dicho cómo no llueve en ellos, y cómo el agua que tienen es de riego de los ríos que bajan de las sierras hasta ir a dar a la mar del Sur. Por estos valles siembran los indios el maíz, y lo cogen en el año dos veces, y se da en abundancia. Y en algunas partes ponen raíces de yuca, que son provechosas para hacer pan y brebaje a falta de maíz, y críanse muchas batatas dulces, que el sabor de ellas es casi como el de castañas. Y asimismo hay algunas papas, y muchos frijoles, y otras raíces gustosas. Por todos los valles de estos llanos hay también una de las singulares frutas que he visto, a los cual llaman pepinos de muy buen sabor y muy olorosos alguno de ellos. Nacen asimismo gran cantidad de árboles de guayabas, y de muchas guabas, y paltas, que son a manera de peras, y guanábanas y caimitos, y piñas de las de aquellas partes. Por las casas de los indios se ven muchos perros diferentes de las castas de España del tamaño de gozques, a quien llaman chonos. Crían también muchos patos, y en la espesura de los valles hay algarrobas algo largas y angostas, no tan gordas como vainas de habas. En algunas partes hacen pan de estas algarrobas y lo tiene por bueno. Usan mucho de secar las frutas y raíces que son aparejadas para ello, como nosotros hacemos los higos, pasas y otras frutas. Ahora en este tiempo por muchos de estos valles hay grandes viñas, de donde cogen muchas uvas. Hasta ahora no se ha hecho vino y por eso no se puede certificar que tal será,

presúmese que por ser de regadío será flaco. También hay grandes higuerales, y muchos ganados, y en algunas partes se dan ya membrillos. Pero ¿para qué voy contando eso, pues se cree y tiene por cierto que se darán todas las frutas que de España sembraren? Trigo se coge tanto como saben los que lo han visto, y es cosa hermosa de ver campos llenos de sementeras por tierra estéril de agua natural, y que estén tan frescos y viciosos que parecen matas de albahaca. La cebada se da como el trigo, limones, limas, naranjas, cidras, toronjas, todo lo hay mucho y muy bueno, y grandes platanales. Sin lo dicho hay por todos estos valles otras frutas muchas y sabrosas que no digo, porque me parece que basta haber contado las principales. Y como los ríos bajan de la sierra por estos llanos, y algunos de los valles son anchos, y todos se siembran o solían sembrarse cuando estaban más poblados, sacaban acequias en cabos y por partes que es cosa extraña afirmarlo, porque las echaban por lugares altos y bajos, y por laderas de los cabezos y haldas de sierras que están en los valles, y por ellos mismos atraviesan muchas, unas por una parte y otras por otra, que es gran delectación caminar por aquellos valles. Porque parece que se anda entre huertas y florestas llenas de frescura. Tenían los indios, y aún tienen muy gran cuenta en esto de sacar el agua, y echarla por estas acequias. Y algunas veces me ha acaecido a mí, parar junto a una acequia, y sin haber acabado de poner la tienda, estar el acequia seca, y haber echado el agua por otra parte. Porque como los ríos no se sequen es en mano de estos indios echar el agua por los lugares que quieren. Y están siempre estas acequias muy verdes, y hay en ellas muchas yerbas de grama para los caballos. Y por los árboles y forestas andan muchos pájaros de diversas maneras y gran cantidad de palomas, tórtolas, pavas, faisanes, y algunas perdices, y muchos venados. Cosa mala, ni serpientes, culebras, lobos no los hay, y lo que más se ve es algunas raposas tan engañosas que haya gran cuidado en guardar las cosas; a dondequiera que se aposenten españoles o indios han de hurtar, y cuando no hallan qué, se llevan los látigos de las cinchas de los caballos, o las riendas de los frenos. En muchas partes de estos valles hay gran cantidad de cañaverales de cañas dulces, que es causa que en algunos lugares se hacen azúcares y otras frutas con su miel. Todos estos indios yungas son grandes trabajadores, y cuando llevan cargas encima de sus hombros se desnudan en

carnes, sin dejar en sus cuerpos sino es una pequeña manta del largor de un palmo y de menos anchor con que cubren sus vergüenzas, y ceñidas sus mantas a los cuerpos van corriendo con las cargas. Y volviendo al riego, de estos indios como en él tenían tanta orden para regar sus campos, la tenían mayor y tienen en sembrarlos con muy gran concierto. Y dejado esto, diré el camino que hay de la ciudad de San Miguel hasta la de Trujillo.

CAPÍTULO LXVII

Del camino que hay desde la ciudad de San Miguel hasta la de Trujillo, y de los valles que hay en medio

EN LOS CAPÍTULOS pasados declaré la fundación de la ciudad de San Miguel, primera población hecha de cristianos en el Perú. Por tanto trataré de lo que de esta ciudad hay hasta la de Trujillo. Y digo, que de una ciudad a otra puede haber sesenta leguas poco más o menos. Saliendo de San Miguel hasta llegar al valle de Motupe hay veinte y dos leguas, todo de arenales y camino muy trabajoso especialmente por donde ahora se camina. En el término de estas veinte y dos leguas hay ciertos vallecetes, y aunque de lo alto de la sierra descienden algunos ríos, no bajan por ellos, antes se sumen y esconden entre los arenales, de tal manera que no dan de sí provecho ninguno. Y para andar estas veinte y dos leguas es menester salir por la tarde, porque caminando toda la noche se allegue a buena hora adonde están unos jagüeyes, de los cuales beben los caminantes, y de allí salen sin sentir mucho la calor del sol. Y los que pueden llevan sus calabazas de agua y botas de vino para lo de adelante. Llegado al valle de Motupe se ve luego el camino real de los Ingas ancho y obrado de la manera que conté en los capítulos pasados.

Este valle es ancho y muy fértil, no embargante que también baja de la sierra un río razonable a dar en él, se esconde antes de llegar a la mar. Los algarrobos y otros árboles se extienden gran trecho, causado de la humedad que hallan abajo sus raíces. Y aunque en lo más bajo del valle hay pueblos de indios, se mantienen del agua que sacan de pozos hondos que hacen, y unos y otros tienen su contratación, dando unas cosas por otras, porque no usan de moneda, ni se ha hallado cuño de ella en estas partes.

Cuentan que había en este valle grandes aposentos para los Ingas, y muchos depósitos, y por los altos y sierras de pedregales tenían y tienen sus guacas y enterramientos. Con las guerras pasadas falta mucha gente de él, y los edificios y aposentos están deshechos y desbaratados, y los indios viven en casas pequeñas hechas como ya dije en los capítulos de atrás. En algunos tiempos contratan con los de la serranía y tienen en este valle grandes algodonales de que hacen su ropa. Cuatro leguas de Motupe está el hermoso y fresco valle de Xayanca [Jayanca], que tiene de ancho casi cuatro leguas, pasa por él un lindo río, de donde sacan acequias que bastan, regar todo lo que los indios quieren sembrar. Y fue en los tiempos pasados este valle muy poblado como los demás, y había en él grandes aposentos y depósitos de los señores principales, en los cuales estaban sus mayordomos mayores, que tenían los cargos que otros que en lo de atrás he contado. Los señores naturales de estos valles fueron estimados y acatados por sus súbditos, todavía lo son los que han quedado, y andan acompañados y muy servidos de mujeres y criados. Y tienen sus porteros y guardas. De este valle se va al Tuqueme [Túcume], que también es grande y vistoso y lleno de florestas y arboledas, y asimismo dan muestra los edificios que tiene, aunque arruinados y derribados, de lo mucho que fue. Más adelante una jornada pequeña está otro valle muy hermoso llamado Cinto. Y ha de entender el lector, que de valle a valle de éstos, y de los más que quedan de escribir, es todo arenales y pedregales sequísimos, y que por ellos no se ve cosa viva, ni nacida yerba ni árbol, sino son algunos pájaros ir volando. Y como van caminando por tanta arena, y se ve el valle (aunque esté lejos) reciben gran contento, especialmente si van a pie, y con mucho sol, y gana de beber. Conviene no caminar por estos llanos hombres nuevos en la tierra, si no fuere con buenas guías que los sepan llevar por los arenales. De este valle se allega al de Collique, por donde corre un río que tiene el nombre del valle, y es tan grande que no se puede vadear, si no es cuando en la sierra es verano y en los llanos invierno. Aunque a la verdad los naturales de él se dan tan buena maña a sacar acequias que, aunque sea invierno en la sierra, algunas veces dejan la madre y corriente descubierta. Este valle es también ancho y lleno de arboledas como los pasados, y faltan en él la mayor parte de los natura-

les, que con las guerras que hubo entre unos españoles con otros se han consumido, con males y trabajos que estas guerras acarrean.

CAPÍTULO LXVIII

En que se prosigue el mismo camino que se ha tratado en el capítulo pasado hasta llegar a la ciudad de Trujillo

DE ESTE VALLE de Collique se camina hasta llegar a otro valle que nombran Zana, de la suerte y manera que los pasados. Más adelante se entra en el valle de Pacasmayo, que es el más fértil y bien poblado de todos los que tengo escrito, y adonde los que son naturales de este valle, antes que fuesen señoreados por los Ingas, eran poderosos y muy estimados de sus comarcanos, y tenían grandes templos donde hacían sus sacrificios a sus dioses. Todo está ya derribado. Por las rocas y sierras de pedregales hay gran cantidad de guacas, que son los enterramientos de estos indios. En todos los más de estos valles están clérigos o frailes, que tienen cuidado de la conversión de ellos, y de su doctrina, no consintiendo que usen de sus religiones y costumbres antiguas. Por este valle pasa un muy hermoso río, del cual sacan muchas y grandes acequias, que bastan a regar los campos que de él quieren los indios sembrar, y tiene de las raíces y frutas ya contadas. Y el camino real de los Ingas pasa por él, como hace por los demás valles. Y en este había grandes aposentos para el servicio de ellos. Algunas antigüedades cuentan de sus progenitores, que por las tener por fábulas no las escribo. Los delegados de los Ingas cogían los tributos en los depósitos, que para guardar de ellos estaban hechos, de donde eran llevados a las cabeceras de las provincias, lugar señalado para residir los capitanes generales, y adonde estaban los templos del Sol. En este valle de Pacasmayo se hace gran cantidad de ropa de algodón, y se crían bien las vacas, y mejor los puercos y cabras, con los demás ganados que quieren. Y tiene muy buen temple. Yo pasé por él en el mes de setiembre del año del mil y quinientos y cuarenta y ocho, a juntarme con los demás soldados que salimos de la gobernación de Popayán con el campos de su majestad, para castigar la alteración pasada y me pareció extremadamente bien este valle, y alababa a Dios viendo su frescura, con tantas arboledas y florestas, llenas de mil géneros de pájaros.

Yendo más adelante se allega al de Chacama [Chicama], no menos fértil y abundoso que Pacasmayo, por su grandeza y fertilidad, sin lo cual hay en él gran cantidad de cañaverales dulces, de que se hace mucho azúcar y muy bueno, y otras frutas y conservas, y hay un monasterio de Santo Domingo, que fundó el reverendo padre fray Domingo de Santo Tomás. Cuatro leguas más adelante está el valle de Chimo ancho y muy grande, y adonde está edificada la ciudad de Trujillo. Cuentan algunos indios, que antiguamente antes que los Ingas tuviesen señoríos, hubo en este valle un poderoso señor a quien llamaban Chimo, como el valle se nombra ahora. El cual hizo grandes cosas venciendo muchas batallas, y edificó unos edificios que aunque son tan antiguos, se parece claramente haber sido gran cosa. Como los Ingas reyes del Cuzco se hicieron señores de estos llanos, tuvieron en mucha estimación a este valle de Chimo, y mandaron hacer en él grandes aposentos y casas de placer. Y el camino real pasa de largo hecho con sus paredes. Los caciques naturales de este valle fueron siempre estimados y tenidos por ricos. Y esto se ha conocido ser verdad, pues en las sepulturas de sus mayores se ha hallado cantidad de oro y plata. En el tiempo presente hay pocos indios, y los señores no tienen tanta estimación, y lo más del valle está repartido entre los españoles pobladores de la nueva ciudad de Trujillo, para hacer sus casas y heredamientos. El puerto de la mar que nombraba el arrecife de Trujillo, no está muy lejos de este valle, y por toda la costa matan mucho pescado, para proveimiento de la ciudad y de los mismos indios.

CAPÍTULO LXIX

De la fundación de la ciudad de Trujillo, y quién fue el fundador

EN EL VALLE de Chimo está fundada la ciudad de Trujillo, cerca de un río algo grande y hermoso, del cual sacan acequias con que los españoles riegan sus huertas y vergeles. Y el agua de ellas pasa por todas las casas de esta ciudad, y siempre están verdes y floridas. Esta ciudad de Trujillo es situada en tierra que se tiene por sana, y a todas partes cercada de muchos heredamientos, que en España llaman granjas o cortijos, en donde tienen los vecinos sus ganados y sementeras. Y como todo ello se riega, hay por todas

partes puestas muchas viñas y granados, y higueras, y otras frutas de España, y gran cantidad de trigo, y muchos naranjales, de los cuales es cosa hermosa ver el azahar que sacan. También hay cidras, toronjas, limas, limones. Frutas de las naturales hay muchas y muy buenas. Sin esto se crían muchas aves, gallinas, capones. De manera que se podrá tener, que los españoles vecinos de esta ciudad son de todo bien proveídos por tener tanta abundancia de las cosas ya contadas, y no falta de pescado, pues tiene la mar a media legua. Esta ciudad está asentada en un llano que hace el valle en medio de sus frescuras y arboledas, cerca de unas sierras de rocas y secadales bien trazada y edificada y las calles muy anchas, y la plaza grande. Los indios serranos bajan de sus provincias a servir a los españoles que sobre ellos tienen encomienda, y proveen la ciudad de las cosas que ellos tienen en sus pueblos. De aquí sacan navíos cargados de ropa de algodón hecha por los indios para vender en otras partes. Fundó y pobló la ciudad de Trujillo el adelantado don Francisco Pizarro gobernador y capitán general de los reinos del Perú, en nombre del emperador don Carlos nuestro señor, año del nacimiento de nuestro salvador Jesucristo de mil y quinientos y treinta y *[blanco]* años.

CAPÍTULO LXX

De los más valles y pueblos que hay por el camino de los llanos hasta llegar a la ciudad de Los Reyes

EN LA SERRANÍA, antes de llegar al paraje de la ciudad de Los Reyes están pobladas las ciudades de la frontera de las Chachapoyas, y la ciudad de León de Guánuco. No determino tratar de ellas nada, hasta que vaya dando noticia de los pueblos y provincias que me quedan de contar de la serranía, en donde escribiré sus fundaciones con la más brevedad que yo pudiere. Y con tanto pasaré adelante con lo comenzado, digo que de esta ciudad de Trujillo a la de Los Reyes hay ochenta leguas, todo camino de arenales y valles. Luego que salen de Trujillo se va al valle de Guañape, que está siete leguas más hacia la ciudad de Los Reyes, que no fue en los tiempos pasados menos nombrado entre los naturales por el brebaje de chicha que en él se hacía, que Madrigal, o San Martín en Castilla, por el buen vino

que cogen. Antiguamente también fue muy poblado este valle, y hubo en él señores principales, y fueron bien tratados y honrados por los Ingas después que de ellos se hicieron señores. Los indios que han quedado de las guerras y trabajos pasados entienden en sus labranzas como los demás, sacando acequias del río para regar los campos que labran. Y claro se ve cómo los reyes Ingas tuvieron en él depósitos y aposentos. Un puerto de mar hay en este valle de Guañape, provechoso, porque muchas de las naos que andan por esta mar del Sur de Panamá al Perú, se fornecen en él de mantenimiento. De aquí se camina al valle de Santa. Y antes de llegar a él se pasa un valle pequeño, por el cual no corre río, salvo que se ve cierto ojo de agua buena de que beben los indios y caminantes que van por aquella parte, y esto se debe causar de algún río que corre por las entrañas de la misma tierra. El valle de Santa fue en los tiempos pasados muy bien poblado, y hubo en él grandes capitanes y señores naturales, tanto que a los principios osaron competir con los Ingas, de los cuales cuentan, que más por amor y maña que tuvieron que por rigor ni fuerza de armas se hicieron señores de ellos, y después los estimaron y tuvieron en mucho, y edificaron por su mandado grandes aposentos y muchos depósitos, porque este valle es uno de los mayores y más ancho y largo de cuantos se han pasado. Corre por él un río furioso y grande y en tiempo que en la sierra es invierno viene crecido, y algunos españoles se han ahogado, pasándolo de una parte a otra, en este tiempo hay balsas con que pasan los indios, de los cuales hubo antiguamente muchos millares de ellos, y ahora no se hallan cuatrocientos naturales, de lo cual no es poca lástima contemplar en ello. Lo que más me admiró cuando pasé por este valle, fue ver la muchedumbre que tienen de sepulturas, y que por todas las sierras y secadales en los altos del valle hay número de apartados, hechos a su usanza, todo cubierto de huesos de muertos. De manera que lo que hay en este valle más que ver es las sepulturas de los muertos, y los campos que labraron siendo vivos. Solían sacar del río grandes acequias con que regaban todo lo más del valle por lugares altos y por laderas. Mas ahora como hayan tan pocos indios como he dicho, todos lo más de los campos están por labrar, hechos florestas y breñales, y tantas espesuras, que por muchas partes no se puede vender. Los naturales de aquí andan vestidos con sus mantas y camisetas, y las mujeres lo mismo.

Por la cabeza traen sus ligaduras o señales. Frutas de las que se han contado se dan en este valle muy bien, y legumbres de España y matan mucho pescado. Las naos que andan por la costa siempre toman agua en este río, y se proveen de estas cosas. Y como hayan tantas arboledas y tan poca gente, críanse en estas espesuras tanta cantidad de mosquitos, que dan pena a los que pasan o duermen en este valle. De cual está el de Guambacho dos jornadas, de quien no terné que decir más que es de la suerte y manera de los que quedan atrás, y que tenía aposentos de los señores. Y del río que corre por él sacaban acequias para regar los campos que sembraban. De este valle fui yo en día y medio al de Guarmey, que también en lo pasado tuvo mucha gente. Crían en este tiempo cantidad de ganado de puercos y vacas, y yeguas. De este valle de Guarmey se allega al de Paramonga, no menos deleitoso que de los demás y creo yo que en él hay indios ningunos que se aprovechen de su fertilidad. Y si de ventura han quedado algunos, estarán en las cabezadas de la sierra, y más alto el valle, porque no vemos otra cosa que arboledas y florestas desiertas. Una cosa hay que ver en este valle, que es una galana y bien trazada fortaleza al uso de los que la edificaron, y cierto es cosa de notar, ver por donde llevaban el agua por acequias para regar lo más alto de ella. Las moradas y aposentos eran muy galanos, y tienen por las paredes pintados muchos animales fieros, y pájaros, cercada toda de fuertes paredes, y bien obrada, ya está toda muy arruinada, y por muchas partes minada por buscar oro y plata de enterramientos. En este tiempo no sirve esta fortaleza de más de ser testigo de lo que fue. A dos leguas de este valle está el río de Guamán, que en nuestra lengua castellana quiere decir río del Halcón y comúnmente le llaman La Barranca. Este valle tiene las calidades que los demás, y cuando en la sierra llueve mucho, este río susodicho es peligroso, y algunos pasando de una parte a otra se han ahogado. Una jornada más adelante está el valle de Guaura, de donde pasaremos al de Lima.

CAPÍTULO LXXI

De la manera que está situada la ciudad de Los Reyes, y de su fundación, y quién fue el fundador

EL VALLE de Lima es el mayor y más ancho de todos los que se han escrito de Túmbez a él. Y así como era grande, fue muy poblado. En este tiempo hay pocos indios de los naturales, porque como se pobló la ciudad en su tierra, y les ocuparon sus campos y riegos, unos se fueron a unos valles, y otros a otros. Si de ventura han quedado algunos, ternán sus campos y acequias para regar lo que siembran. Al tiempo que el adelantado don Pedro de Alvarado entró en este reino, hallóse el adelantado don Francisco Pizarro gobernador de él por su majestad en la ciudad del Cuzco. Y como el mariscal don Diego de Almagro fuese a lo que apunté en el capítulo que trata de Riobamba, temiéndose el adelantado no quisiese ocupar alguna parte de la costa, bajando a estos llanos, determinó de poblar una ciudad en este valle. Y en aquel tiempo no estaba poblado Trujillo, ni Arequipa ni Guamanga, ni las otras ciudades que después se fundaron. Y como el gobernador don Francisco Pizarro pensase hacer esta población, después de haberse visto el valle de Sangalla, y otros asientos de esta costa, bajando un día con algunos españoles por donde la ciudad está ahora puesta, le pareció lugar convenible para ello, y que tenía las calidades necesarias. Y así luego se hizo la traza y se edificó la ciudad en un campo raso de este valle, dos pequeñas leguas de la mar. Nace por encima de ella un río por la parte de Levante, que en tiempo que en la serranía es verano lleva poca agua, y cuando es invierno, va algo grande, y entra en la mar por la del Poniente. La ciudad está asentada de tal manera, que nunca el sol toma al río de través, sino que nace a la parte de la ciudad. La cual está tan junto al río, que desde la plaza un buen bracero puede dar con una pequeña piedra en él, y por aquella parte no se puede alargar la ciudad, para que la plaza pudiese quedar en comarca, antes de necesidad ha de quedar a una parte. Esta ciudad después del Cuzco es la mayor de todo el reino del Perú, y la más principal, y en ella hay muy buenas casas, y algunas muy galanas con sus torres y terrados, y la plaza es grande, y las calles anchas. Y por todas las más de las casas pasan acequias, que es no poco contento, del agua de ellas se sir-

ven y riegan sus huertas y jardines, que son muchos, frescos y deleitosos. Está en este tiempo asentada en esta ciudad la corte y chancillería real. Por lo cual, y porque la contratación de todo el reino de Tierra Firme está en ella, hay siempre mucha gente y ricas tiendas de mercaderes. Y en el año que yo salí de este reino había muchos vecinos de los que tenían encomienda de indios, tan ricos, y prósperos, que valían sus haciendas a ciento y cincuenta mil ducados, y a ochenta, y a sesenta, y a cincuenta, y algunos a más y otros a menos. En fin, ricos y prósperos los dejé a todos los más. Y muchas veces salen navíos del puerto de esta ciudad que llevan a ochocientos mil ducados cada uno, y algunos más de un millón. Lo cual yo ruego al todopoderoso Dios, que como sea para su servicio, y crecimientos de nuestra santa fe, y salvación de nuestras ánimas, él siempre lo lleve en crecimiento. Por encima de la ciudad, a la parte de Oriente está un grande y muy alto cerro, donde está puesta una cruz. Fuera de la ciudad a una parte y a otra hay muchas estancias y heredamientos, donde los españoles tienen sus ganados, y palomares, y muchas viñas y huertas muy frescas y deleitosas llenas de las frutas naturales de la tierra, y de higuerales, platanales, granados, cañas dulces, melones, naranjos, limas, cidras, toronjas, y las legumbres que se han traído de España, todo tan bueno y gustoso, que no tiene falta antes digno por su belleza para dar gracias al gran Dios y señor nuestro que lo crió. Y cierto para pasar la vida humana, cesando los escándalos y alborotos, y no habiendo guerra, verdaderamente es una de las buenas tierras del mundo, pues vemos que en ella no hay hambre ni pestilencia, ni llueve, ni caen rayos, ni relámpagos, ni se oyen truenos, antes siempre está el cielo sereno y muy hermoso. Otras particularidades de ella se pudiera decir más, pareciéndome que basta lo dicho, pasaré adelante, concluyendo con que la pobló y fundó el adelantado don Francisco Pizarro gobernador y capitán general en estos reinos, en nombre de su majestad del emperador don Carlos nuestro señor, año de nuestra reparación de mil y quinientos y treinta y [en blanco] años.

CAPÍTULO LXXII

Del valle de Pachacama, y del antiquísimo templo que en él estuvo, y cómo fue reverenciado por los yungas

PASANDO de la ciudad de Los Reyes por la misma costa. A cuatro leguas de ella está el valle de Pachacama, muy nombrado entre estos indios. Este valle es deleitoso y fructífero, y en él estuvo uno de los suntuosos templos que se vieron en estas partes. Del cual dicen, que no embargante que los reyes Ingas hicieron sin el templo del Cuzco otros muchos, y los ilustraron y acrecentaron con riqueza, ninguno se igualó con este de Pachacama. El cual estaba edificado sobre un pequeño cerro hecho a mano todo de adobes y de tierra, y en lo alto puesto el edificio, comenzando desde lo bajo y tenía muchas puertas pintadas ellas y las paredes con figuras de animales fieros. Dentro del templo donde ponían el ídolo, estaban los sacerdotes que no fingían poca santimonia. Y cuando hacían los sacrificios delante de la multitud del pueblo, iban los rostros hacia las puertas del templo, y las espaldas a la figura del ídolo, llevando los ojos bajos y llenos de gran temblor, y con tanta turbación, según publican algunos indios de los que hoy son vivos, que casi se podrá comparar con lo que se lee de los sacerdotes de Apolo, cuando los gentiles aguardaban sus vanas respuestas. Y dicen más, que delante de la figura de este demonio sacrificaban número de animales, y alguna sangre humana de personas que mataban y que en sus fiestas, las que ellos tenían por más solemnes, daba respuesta. Y como eran oídas las creían, y tenían por de mucha verdad. Por los terrados de este templo y por lo más bajo estaba enterrada gran suma de oro y plata. Los sacerdotes eran muy estimados; y los señores y caciques los obedecían en muchas cosas de las que ellos mandaban. Y es fama, que había junto al templo hechos muchos y grandes aposentos, para los que venían en romería, y que a la redonda de él no se permitía enterrar, ni era digno de tener sepultura si no eran los señores o sacerdotes a los que venían en romería y a traer ofrendas al templo. Cuando se hacían las fiestas grandes del año era mucha la gente que se juntaba haciendo sus juegos con sones de instrumentos de música, de la que ellos tienen.

Pues como los Ingas señores tan principales señoreasen el reino, y lle-

gasen a este valle de Pachacama, y tuviesen por costumbre mandar por toda la tierra que ganaban que se hiciesen templos y adoratorios al sol, viendo la grandeza de este templo, su grande antigüedad y la autoridad que tenía con todas las gentes de las comarcas, y la mucha devoción que a él todos mostraban, pareciéndoles que con gran dificultad lo podrían quitar, dicen que trataron con los señores naturales, y con los ministros de su Dios, o demonio, que este templo de Pachacama se quedase con el autoridad y servicio que tenía, con tanto que se hiciese otro templo grande, y que tuviese el más eminente lugar para el sol. Y siendo hecho como los Ingas lo mandaron su templo del sol, se hizo muy rico, y se pusieron en él muchas mujeres vírgenes. El demonio Pachacama alegre con este concierto, afirman que mostraba en sus respuestas gran contento, pues con lo uno y lo otro era él servido y quedaban las ánimas de los simples malaventurados presas en su poder.

Algunos indios dicen, que en lugares secretos habla con los más viejos este malvado demonio Pachacama, el cual como ve que ha perdido su crédito y su autoridad, y que muchos de los que le solían servir tienen ya opinión contraria, conociendo su error, les dice, que el Dios que los cristianos predican y él son una cosa, y otras palabras dichas de tal adversario, y con engaños y falsas apariencias procura estorbar que no reciban agua del bautismo. Para lo cual es poca parte, porque Dios doliéndose de las ánimas de estos pecadores, es servido, que muchos vengan a su conocimiento, y se llamen hijos de su Iglesia. Y así cada día se bautizan. Y estos templos todos están deshechos y arruinados de tal manera, que lo principal de los edificios falta, y a pesar del demonio en el lugar donde él fue tan servido y adorado está la cruz para más espanto suyo, y consuelo de los fieles. El nombre de este demonio quería decir hacedor del mundo. Porque *cámac* quiere decir hacedor, y *pacha* mundo. Y cuando el gobernador don Francisco Pizarro (permitiéndolo Dios) prendió en la provincia de Cajamarca a Atabalipa, teniendo gran noticia de este templo, y de la mucha riqueza que en él estaba, envió al capitán Hernando Pizarro su hermano con copia de españoles para que llegasen a este valle, y sacasen todo el oro que en el maldito templo hubiese. Con lo cual diese la vuelta a Caxamalca. Y aun el Capitán Hernando Pizarro procuró con diligencia allegar a Pachacama, es público entre los indios, que los principales y los sacerdotes del templo ha-

bían sacado más de cuatrocientas cargas de oro, la cual nunca ha parecido, ni los indios que hoy son vivos saben dónde está, y todavía halló Hernando Pizarro (que fue como digo el primer capitán español que en él entró) alguna cantidad de oro y plata. Y andando los tiempos el capitán Rodrigo Orgóñez y Francisco de Godoy y otros, sacaron gran suma de oro y plata de los enterramientos. Y aun se presume y tiene por cierto, que hay mucho más, pero como no se sabe dónde está enterrado, se pierde. Y si no fuere acaso hallarse, poco se cobrará. Desde el tiempo que Hernando Pizarro y los otros cristianos entraron en este templo se perdió y el demonio tuvo poco poder, y los ídolos que tenían fueron destruidos, y los edificios y templo del Sol por el consiguiente se perdió, y aun la más de esta gente falta, tanto que muy pocos indios han quedado en él. Es tan vicioso y lleno de arboledas como sus comarcanos. Y en los campos de este valle se crían muchas vacas y otros ganados, y yeguas, de las cuales salen algunos caballos buenos.

CAPÍTULO LXXIII

De los valles que hay de Pachacama hasta llegar a la fortaleza del Guarco, y de una cosa notable que en este valle se hace

DE ESTE VALLE de Pachacama donde estaba el templo ya dicho se va hasta llegar al de Chilca, donde se ve una cosa que es de notar por ser muy extraña, y es que ni del cielo se ve caer agua, ni por él pasa río ni arroyo, y está lo más del valle lleno de sementeras de maíz y de otras raíces y árboles de frutas. Es cosa notable de oír, lo que en este valle se hace, que para que tenga la humedad necesaria, los indios hacen unos hoyos anchos y muy hondos, en los cuales siembran y ponen lo que tengo dicho, y con el rocío y humedad es Dios servido que se críe, pero el maíz por ninguna forma ni vía podría nacer ni mortificarse el grano, si con cada uno no echasen una o dos cabezas de sardina de las que toman con sus redes en la mar, y así al sembrar las ponen y juntan con el maíz en propio hoyo que hacen para echar los granos, y de esta manera nace y se da en abundancia. Cierto es cosa notable y nunca vista, que en tierra donde ni llueve ni cae sino algún pequeño rocío puedan gente vivir a su placer. El agua que beben los de este valle la sacan de grandes y hondos pozos. Y en este paraje en la mar matan tantas sardi-

nas, que basta para mantenimiento de estos indios y para hacer con ellas sus sementeras. Y hubo en él aposentos y depósitos de los Ingas, para estar cuando andaban visitando las provincias de su reino. Tres leguas más adelante de Chilca está el valle de Mala, que es adonde el demonio por los pecados de los hombres acabó de meter el mal en esta tierra que había comenzado, y se confirmó la guerra entre los dos gobernadores don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro, pasando primero grandes trances y acaecimientos porque dejaron el negocio del debate (que era sobre en cual de las gobernaciones caía la ciudad del Cuzco) en manos y poder de fray Francisco de Bobadilla fraile de la orden de Nuestra Señora de la Merced. Y habiendo tomado juramento solemne a los unos capitanes y a los otros, los dos adelantados Pizarro y Almagro se vieron, y de las vistas no resultó más de se volver con gran disimulación don Diego de Almagro a poder de su gente y capitanes. Y el juez árbitro Bobadilla sentenció los debates y declaró lo que yo escribo en la cuarta parte de esta historia, en el primer libro de la guerra de las Salinas. Por este valle de Mala pasa un río muy bueno lleno de espesuras, arboledas y florestas.

Adelante de este valle de Mala, poco más de cinco leguas, está el de Guarco bien nombrado en este reino, grande y muy ancho y lleno de arboledas de frutales. Especialmente hay en él cantidad de guayabas muy olorosas y gustosas, y mayor de guabas. El trigo y maíz se da bien, y todas las más cosas que siembran, así de las naturales como de lo que plantan de los árboles de España. Hay sin esto muchas palomas, tórtolas, y otros géneros de pájaros. Y las florestas y espesuras que hace el valle son muy sombrías. Por debajo de ellas pasan las acequias.

En este valle dicen los moradores que hubo en los tiempos pasados gran número de gente, y que competían con los de la sierra, y con otros señores de los llanos. Y que como los Ingas viniesen conquistando y haciéndose señores de todo lo que veían, no queriendo estos naturales quedar por sus vasallos, pues sus padres los habían dejado libres, se mostraron tan valerosos, que sostuvieron la guerra, y la mantuvieron con no menos ánimo que virtud más tiempo de cuatro años, en el discurso de los cuales pasaron entre unos y otros cosas notables, a lo que dicen los orejones del Cuzco, y ellos mismos, según se trata en la segunda parte. Y como la porfía durase,

no embargante que el Inga se retiraba los veranos al Cuzco por causa del calor, sus gentes trataron la guerra, que por ser larga y el rey Inga haber tomado voluntad de la llegar al cabo, bajando con la nobleza del Cuzco edificó otra nueva ciudad, a la cual nombró Cuzco, como a su principal asiento. Y cuentan asimismo, que mandó, que los barrios y collados tuviesen los nombres propios que tenían los del Cuzco durante el cual tiempo después de haber los de Guarco y sus valedores hecho hasta lo último que pudieron, fueron vencidos y puestos en servidumbre del rey tirano, y que no tenían otro derecho de los señoríos que adquiría, más que la fortuna de la guerra. Y habiéndole sido próspera, se volvió con su gente al Cuzco, perdiéndose el nombre de la nueva población que habían hecho. No embargante que por triunfo de su victoria mandó edificar en un collado alto del valle la más agraciada y vistosa fortaleza que había en todo el reino del Perú, fundada sobre grandes losas cuadradas, y las portadas muy bien hechas, y los recibimientos y patios grandes. De lo más alto de esta casa real bajaba una escalera de piedra que llegaba hasta la mar, tanto que las mismas ondas de ella baten en el edificio con tan grande ímpetu y fuerza que pone grande admiración pensar cómo se pudo labrar de la manera tan prima y fuerte que tiene.

Estaba en su tiempo esta fortaleza muy adornada de pinturas, y antiguamente había mucho tesoro en ella de los reyes Ingas. Todo el edificio de esta fuerza, aunque es tanto como tengo dicho y las piedras muy grandes, no se parece mezcla ni señal de como las piedras encajan unas en otras, y están tan apegadas que a mala vez se parece la juntura. Cuando este edificio se hizo, dicen que llegando a lo interior de la peña con sus picos y herramientas hicieron concavidades en las cuales habiendo socavado ponían encima grandes losas y piedras. De manera que con tal cimiento quedó el edificio tan fuerte. Y cierto para ser esta obra hecha por estos indios, es digna de loor, y que causa a los que la ven admiración, aunque está desierta y arruinada, se ve haber sido lo que dicen en lo pasado. Y donde es esta fortaleza y lo que ha quedado de la del Cuzco me parece a mí que se debía mandar so graves penas, que los españoles ni los indios no acabasen de deshacerlos. Porque estos edificios son los que en todo el Perú parecen

fuertes y más de ver, y aun andando los tiempos, podrían aprovechar para algunos efectos.

CAPÍTULO LXXIV

De la gran provincia de Chincha, y cuánto fue estimada en los tiempos antiguos

ADELANTE de la fortaleza del Guarco poco más de dos leguas está un río algo grande, a quien llaman de Lunaguaná, y el valle que hace por donde pasa su corriente es de la natura de los pasados.

Seis leguas de este río de Lunaguaná está el hermoso y grande valle de Chincha, tan nombrado en todo el Perú, como temido antiguamente por los más de los naturales. Lo cual se cree que sería así pues sabemos que cuando el marqués don Francisco Pizarro con sus trece compañeros descubrió la costa de este reino, por toda ella decían, que fuese a Chincha, que era la mayor y mejor de todo. Y así como cosa tenida por tal sin saber los secretos de la tierra, en la capitulación que hizo con su Majestad pidió por términos de su gobernación desde Tempulla, o el río de Santiago hasta este valle de Chincha. Queriendo saber el origen de estos indios de Chincha, y de donde vinieron a poblar en este valle, dicen que cantidad de ellos salieron en los tiempos pasados debajo de la bandera de un capitán esforzado de ellos mismos, el cual era muy dado al servicio de sus religiones y que con buena maña que tuvo pudo allegar con toda su gente a este valle de Chincha, adonde hallaron mucha gente y todos tan pequeños cuerpos que el mayor tenía poco más de dos codos, y que mostrándose esforzados, y estos naturales cobardes y tímidos, les tomaron y ganaron su señorío. Y afirmaron más, que todos los naturales que quedaron se fueron consumiendo, y que los abuelos de los padres que hoy son vivos vieron en algunas sepulturas los huesos suyos, y ser tan pequeños como está dicho. Y como estos indios así quedasen por señores del valle, y fuese tan fresco y abundante, cuentan que hicieron sus pueblos concertados. Y dicen más, que por una peña oyeron cierto oráculo y que todos tuvieron al tal lugar por sagrado, al cual llaman Chinchay Camay. Y siempre le hicieron sacrificios, y el demonio hablaba con los más viejos, procurando de los tener tan engañados

como tenía a los demás. En este tiempo los caciques principales de este valle, con otros muchos indios se han vuelto cristianos, y hay en él fundado monasterio del glorioso santo Domingo. Volviendo al propósito, afirman que crecieron tanto en poder y en gente estos indios, que los más de los valles comarcanos procuraron de tener con ellos confederación y amistad a gran ventaja y honor suyo. Y que viéndose tan poderosos, en tiempo que los primeros Ingas entendían en la fundación de la ciudad del Cuzco, acordaron de salir con sus armas a robar las provincias de las sierras. Y así dicen que lo pusieron por obra, y que hicieron gran daño en los soras y lucanas, y que llegaron hasta la gran provincia de Collao. De donde después de haber conseguido muchas victorias y habido grandes despojos, dieron la vuelta a su valle, donde estuvieron ellos y sus descendientes, dándose a sus placeres y pasatiempos con muchedumbre de mujeres, usando y guardando los ritos y costumbres que los demás. Y tanta fue la gente que había en este valle, que muchos españoles dicen que cuando se ganó por el marqués y ellos este reino, había más de veinte y cinco mil hombres. Y ahora creo yo que no hay cabales cinco mil, tantos han sido los combates y fatigas que han tenido. El señorío de estos fue siempre seguro y próspero, hasta que el valeroso Inga Yupangue extendió su señorío tanto, que superó la mayor parte de este reino. Y deseando tener mando sobre los señores de Chincha, envió un capitán suyo de su linaje llamado Capaynga Yupangue, el cual con ejército de muchos orejones y otras gentes allegó a Chincha, donde tuvo con los naturales algunos rencuentros [encuentros]. Y no pudiendo del todo sojuzgarlos, pasó adelante. En tiempo de Topaynga Yupangue, padre de Guaynacapa, concluyen en decir que hubieron al cabo de quedar por sus súbditos. Y desde aquel tiempo tomaron leyes de los señores Ingas, gobernándose los pueblos del valle por ellas y se hicieron grandes y suntuosos aposentos para los reyes, y muchos depósitos donde ponían los mantenimientos y provisiones de la guerra. Y puesto que los Ingas no privaron del señorío a los caciques y principales, pusieron su delegado o mayordomo mayor en el valle, y mandaron que adorasen al sol, a quien ellos tenían por dios. Y así se hizo en este valle templo del Sol. En el cual se pusieron la cantidad de vírgenes que se ponían en otros del reino, y con los ministros del templo para celebrar sus fiestas y hacer sus sacrificios. Y no embargante

que se hiciese este templo del Sol tan principal, los naturales de Chincha no dejaron de adorar también en su antiguo templo de Chinchaycama. También tuvieron los reyes Ingas en este gran valle sus mitimaes, y mandaron, que en algunos meses del año residiesen los señores en la corte del Cuzco. Y en las guerras que se hicieron en tiempo de Guaynacapa, se halló en las más de ellas el señor de Chincha, que hoy es vivo, hombre de gran razón y de buen entendimiento para ser indio.

Este valle es uno de los mayores de todo el Perú, y es cosa hermosa de ver sus arboledas, y acequias y cuántas frutas hay por todo él y cuán sabrosos y olorosos pepinos, no de la naturaleza de los de España, aunque en el talle le parecen algo, porque los de acá son amarillos quitándoles la cáscara y tan gustosos que cierto ha menester de comer muchos un hombre para quedar satisfecho. Por las florestas hay de las aves y pájaros en otras partes referidos. De las ovejas de esta tierra casi no hay ninguna, porque las guerras de los cristianos que unos con otros tuvieron acabaron las muchas que tenían. También se da en este valle mucho trigo, y se crían los sarmientos de viñas que han plantado. Y se dan todas la más cosas que de España ponen.

Había en este valle grandísima cantidad de sepulturas hechas por los altos y secadales del valle. Muchas de ellas abrieron los españoles, y sacaron gran suma de oro. Usaron estos indios de grandes bailes, y los señores andaban con gran pompa y aparato, y eran muy servidos por sus vasallos. Como los Ingas los señoreaban, tomaron de ellos muchas costumbres, y usaron su traje, imitándoles en otras cosas que ellos mandaban, como únicos señores que fueron.

Haberse apocado la mucha gente de este gran valle, halo causado las guerras largas que hubo en este Perú, y sacar para llevarlos cargados muchas veces (según es público) gran cantidad de ellos

CAPÍTULO LXXV

De los más valles que hay hasta llegar a la provincia de Tarapacá

DE LA HERMOSA provincia de Chincha caminando por los llanos y arenales, se va al fresco valle de Ica, que no fue menos grande y poblado que los demás. Pasa por él un río, el cual en algunos meses del año, al tiempo

que en la serranía es verano, lleva tan poca agua, que sienten falta de ella los moradores de este valle.

En el tiempo que estaban en su prosperidad, antes que fuesen sujetados por los españoles, cuando gozaban del gobierno de los Ingas, demás de las acequias con que regaban el valle, tenían una muy mayor que todas, traída con grande orden de lo alto de las sierras, de tal manera que pasaban sin echar menos el río. Ahora en este tiempo, cuando tienen falta, y el acequia grande está deshecha, por el mismo río hacen grandes pozas a trechos, y el agua queda en ellas de que beben, y llevan acequias pequeñas para riego de sus sementeras. En este valle de Ica hubo antiguamente grandes señores, y fueron muy temidos y obedecidos. Los Ingas mandaron hacer en él sus palacios y depósitos, y usaron de las costumbres que he puesto tener los de atrás. Y así enterraban con sus difuntos mujeres vivas y grandes tesoros. Hay en este valle grandes espesuras de algarrobales, y muchas arboledas de frutas de las ya escritas, y venados, palomas, tórtolas y otras cazas, y críanse muchos potros y vacas.

De este valle de Ica se camina hasta verse los lindos valles y ríos de la Nasca. Los cuales fueron asimismo en los tiempos pasados muy poblados, y los ríos regaban los campos de los valles con la orden y manera ya puesta. Las guerras pasadas consumieron con su crueldad (según es público) todos estos pobres indios.

Algunos españoles de crédito me dijeron, que el mayor daño que a estos indios les vino para su destrucción, fue por el debate que tuvieron los dos gobernadores Pizarro y Almagro, sobre los límites y términos de sus gobernaciones, que tan caro costó, como verá el lector en su lugar.

En el principal valle de estos de la Nasca (que por otro nombre se llama Caxamalca) había grandes edificios con muchos depósitos mandados hacer por los Ingas. Y de los naturales no tengo más que tratar de que también cuentan, que sus progenitores fueron valientes para entre ellos, y estimados por los reyes del Cuzco. En las sepulturas y guacas suyas he oído, que sacaron los españoles cantidad de tesoro. Y siendo estos valles tan fértiles como he dicho se ha plantado en uno de ellos gran cantidad de cañaverales dulces, de que hacen mucho azúcar y otras frutas que llevan a vender a las ciudades de este reino. Por todos estos valles y por los que se han

pasado va de luengo al hermoso y gran camino de los Ingas, y por algunas partes de los arenales se ven señales para que atinen el camino que han de llevar. De estos valles de la Nasca van hasta llegar al Hacari [Acarí]. Y adelante están Ocoña, y Camaña [Camaná], y Quilca, en los cuales hay grandes ríos. Y no embargante que en los tiempos presentes ya poca gente de los naturales, en los pasados hubo la que en todas partes de estos llanos, y con las guerras y calamidades pasadas le fueron apocando, hasta quedar en los que vemos. Cuanto a lo de más son los valles fructíferos y abundantes aparejados para criar ganados. Adelante de este valle de Quilca, que es el puerto de la ciudad de Arequipa, está el valle de Chuli, y Tambopalla, y el de Ilo.

Más adelante están los ricos valles de Tarapacá. Cerca de la mar en la comarca de estos valles hay algunas islas bien pobladas de lobos marinos. Los naturales van a ellas en balsas, y de las rocas que están en sus altos traen gran cantidad de estiércol de las aves para sembrar sus maizales y mantenimientos, y hállanlo tan provechosos, que la tierra se pasa con ello muy gruesa y fructífera, siendo en la parte que lo siembran estéril, porque si dejan de echar de este estiércol, cogen poco maíz. Y no podrían sustentarse, si las aves posándose en aquellas rocas de las islas de suso dichas no dejasen lo que después de cogido se tiene por estimado, y como tal contratan con ello como cosa preciada unos con otros.

Decir más particularidades de las dichas en lo tocante a estos valles, hasta llegar a Tarapacá, paréceme que importa poco, pues lo principal y más substancial se ha puesto, de lo que yo vi, y pude alcanzar. Por tanto concluyo en esto con que de los naturales han quedado poco, y que antiguamente había en todos los valles aposentos y depósitos como en los pasados, que hay en los llanos y arenales. Y los tributos que daban a los reyes Ingas, unos de ellos los llevaban al Cuzco, otros a Hatuncolla otros a Vilcas, y algunos a Cajamarca. Porque las grandezas de los Ingas, y las cabezas de las provincias lo más substancial era en la sierra.

En los valles de Tarapacá es cierto que hay grandes minas y muy ricas y de plata muy blanca y resplandesciente. Adelante de ellos dicen los que han andado por aquellas tierras, que hay algunos desiertos, hasta que se allega a los términos de la gobernación de Chile. Por toda costa se mata pescado y

alguno bueno, y los indios hacen balsas para sus pesquerías de grandes haces de avena, o de cueros de los lobos marinos, que hay tantos en algunas partes, que es cosa de ver los bufidos que dan, cuando están muchos juntos.

CAPÍTULO LXXVI

De la fundación de la ciudad de Arequipa, cómo fue fundada, y quién fue su fundador

DESDE la ciudad de Los Reyes hasta la de Arequipa hay ciento veinte leguas. Esta ciudad está puesta y edificada en el valle de Quilca catorce leguas de la mar en la mejor parte y más fresca que se halló conveniente para el edificar. Y es tan bueno el asiento y temple de esta ciudad, que se alaba por la más sana del Perú, y más apacible para vivir. Dase en ella muy excelente trigo, del cual hacen pan muy bueno y sabroso. Desde el valle de Acarí para adelante hasta pasar de Tarapacá son términos suyos, y en la provincia de Condesuyo tiene asimismo algunos pueblos sujetos a sí, y algunos vecinos españoles tienen encomienda sobre los naturales de ellos. Los ubinas y chiquiguanita, y quimistaca, y los collaguas son pueblos de los sujetos a esta ciudad, los cuales antiguamente fueron muy poblados, y poseían mucho ganado de sus ovejas. La guerra de los españoles consumió parte de lo uno y de lo otro. Los indios que eran serranos de las partes ya dichas adoraban al sol, enterraban a los principales en grandes sepulturas de la manera que hacían los demás. Todos unos y otros andan vestidos con sus mantas y camisetas. Por las más partes de éstas atraviesan caminos reales antiguos hechos para los reyes, y había depósitos y aposentos, y todos daban tributo de lo que cogían y tenían en su tierras. Esta ciudad de Arequipa, por tener el puerto de la mar tan cerca, es bien proveída de los refrescos y mercaderías que traen de España y la mayor parte del tesoro que sale de las Charcas viene a ella, desde donde lo embarcan en navíos que lo más del tiempo hay en el puerto de Quilca para volver a la ciudad de Los Reyes. Algunos indios y cristianos dicen que por el paraje de Acarí bien adentro en la mar hay unas islas grandes y ricas, de las cuales [es] pública la fama que se traía mucha suma de oro, para contratar con los naturales de esta costa. En el año de mil quinientos y cincuenta salí yo del Perú, y habían los señores del audiencia

real encargado al capitán Gómez de Solís el descubrimiento de estas islas. Créese que serán ricas, si las hay. En lo tocante a la fundación de Arequipa no tengo que decir más de que cuando se fundó fue en otro lugar, y por causas convenientes se pasó adonde ahora está. Cerca de ella hay un volcán que algunos temen no reviente, y haga algún daño. En algunos tiempos hace en esta ciudad grandes temblores la tierra. La cual pobló y fundó el Marqués don Francisco Pizarro en nombre de su Majestad año de nuestra reparación de mil y quinientos y treinta [*blanco*] años.

CAPÍTULO LXXVII

En que se declara cómo adelante de la provincia de Guancabamba está la de Caxamalca, y otras grandes y muy pobladas

PORQUE las más provincias de este gran reino se imitaban los naturales de ellas en tanta manera unos a otros, que se puede bien afirmar en muchas cosas parecer que todos eran unos, por tanto brevemente toco lo que hay en algunas, por haberlo descrito largo en las otras.

Y pues ya he concluido lo mejor que he podido en lo de los llanos, volveré a lo de las sierras. Y para hacerlo digo, que en lo de atrás escribí los pueblos y aposentos que había de la ciudad de Quito hasta la de Loxa [Loja], y provincia de Guancabamba, donde paré por tratar la fundación de San Miguel, y lo demás que de suso he dicho. Y volviendo a este camino, me parece que habrá de Guancabamba a la provincia de Caxamalca cincuenta leguas poco más o menos, la cual es término de la ciudad de Trujillo. Y fue ilustrada esta provincia por la prisión de Atabalipa, y muy memorada en todo este reino por ser grande y muy rica. Cuentan los moradores de Caxamalca, que fueron muy estimados por sus comarcanos, antes que los Ingas los señoreasen, y que tenían sus templos y adoratorios por los altos de los cerros. Y que puesto que anduviesen vestidos, no era tan primamente como lo fue después, y lo es ahora. Dicen unos de los indios que fue el primero que los sojuzgó Ynga Yupangue. Otros dicen que no fue sino su hijo Topaynga Yupangue. Cualquiera de ellos que fuese se afirma por muy averiguado, que primero que quedase por señor de Caxamalca, le mataron en las batallas que se dieron gran parte de su gente, y que más por mañas y

buenas palabras blandas y amorosas, que por fuerza, quedaron debajo de su señorío. Los naturales señores de esta provincia fueron muy obedecidos de sus indios y tenían muchas mujeres. La una de las cuales era la más principal, cuyo hijo (si lo habían) sucedía en el señorío. Y cuando fallecía, usaban lo que guardaban los demás señoríos y caciques pasados, enterrando consigo de sus tesoros y mujeres, y hacíanse en estos tiempos grandes lloros continuos. Sus templos y adoratorios eran muy venerados, y ofrecían en ellos por sacrificio sangre de corderos y de ovejas. Y decían que los ministros de estos templos hablaban con el demonio. Y cuando celebraban sus fiestas, se juntaban número grande de gente en plazas limpias y muy barridas, adonde se hacían los bailes y areytos, en los cuales no se gastaba poca cantidad de su vino hecho de maíz o de otras raíces. Todos andan vestidos con mantas y camisetas ricas. Y traen por señal en la cabeza para ser conocidos de ellos unas hondas, y otros unos cordones a manera de cinta no muy ancha.

Ganada y conquistada esta provincia de Caxamalca por los Ingas, afirman que la tuvieron en mucho, y mandaron hacer en ella sus palacios, y edificaron templo para el servicio del sol muy principal, y había número grande de depósitos. Y las mujeres vírgenes que estaban en el templo, no entendían en más que hilar y tejer ropa finísima y tan prima, cuanto aquí se puede encarecer. A los cuales daban las mejores colores y más perfectas que se pudieran dar en gran parte del mundo. Y en este templo había gran riqueza para el servicio de él. En algunos días era visto el demonio por los ministros suyos con el cual tenían sus pláticas y comunicaban sus cosas. Había en esta provincia de Caxamalca gran cantidad de indios mitimaes, y todos obedecían al mayordomo mayor que tenía cargo de proveer y mandar en los términos y distrito que le estaba designado. Porque puesto que por todas partes y en los más pueblos había grandes depósitos y aposentos, aquí se venía a dar la cuenta, por ser la cabeza de las provincias a ella comarcanas, y de muchos de los valles de los llanos. Y así dicen, que no embargante que en los pueblos y valles de los arenales había los templos y santuarios por mí escritos y otros muchos, de muchos de ellos venían a reverenciar al sol, y a hacer en su templo sacrificios. En los palacios de los Ingas había muchas cosas que ver, especialmente unos baños muy buenos,

adonde los señores y principales se bañaban estando aquí aposentados. Ya ha venido en gran disminución esta provincia porque muerto Guaynacapa, rey natural de estos reinos, en el propio año y tiempo que el marqués don Francisco Pizarro con sus trece compañeros por la voluntad de Dios merecieron descubrir tan próspero reino, donde luego que en el Cuzco se supo, el primogénito y universal heredero Guáscar su hijo mayor, y habido en su legítima mujer la Coya que es nombre de reina y de señora la más principal, tomó la borla y corona, de todo el imperio, y envió por todas partes sus mensajeros, para que por fin y muerte de su padre [le] obedeciesen y tuviesen por único señor. Y como en la conquista del Quito se hubiese hallado en la guerra de Guaynacapa, el gran capitán Chalicuchima y el Quízquiz, Ynclagualpac [Inca Gualpa], y Oruminaui [Rumiñahui], y otros que para entre ellos se tenían por muy famosos, habían practicado de hacer otro nuevo Cuzco en el Quito, y en las provincias que caen a la parte del Norte, para que fuese reino dividido y apartado del Cuzco, y tomar por señor a Atabalipa noble mancebo y muy entendido y avisado, y que estaba bien quisto de todos los soldados y capitanes viejos, porque había salido de la ciudad del Cuzco con su padre de tierna edad, y andando grandes tiempos en su ejército. Y aun muchos indios dicen también que el mismo Guaynacapa antes de su muerte, conociendo que el reino que dejaba era tan grande que tenía de costa más de mil leguas, y que por la parte de los quillacingas y popayaneses había otra gran tierra, determinó de lo dejar por señor de lo de Quito y sus conquistas. Como quiera que sea, de la una manera o de la otra, entendido por Atabalipa y los de su bando, cómo Guáscar quería que le diesen la obediencia, se pusieron en armas, aunque primero por astucia del capitán Atoco se afirma que Atabalipa fue preso en la provincia de Tomebamba, donde también dicen que con ayuda de una mujer Atabalipa se soltó, y llegado a Quito hizo junta de gente, y dio en los pueblos de Ambato batalla campal al capitán Atoco, en la cual fue muerto y vencida la parte del rey Guáscar, según que más largamente tengo escrito en la tercera parte de esta obra, que es donde se trata del descubrimiento y conquista de este reino. Sabida pues en el Cuzco la muerte de Atoco, salieron por mandado del rey Guáscar los capitanes Guanca Auque y Inga Roque con gran número de gente, y tuvieron grandes guerras con Atabalipa, por constre-

ñirle a que diese la obediencia al rey natural Guáscar. Y él no solamente por no se la dar, pero por quitarle el señorío y reinado y haberlo para sí, procuraba allegar gentes, y buscar favores. De manera que sobre esto hubo grandes contiendas, y murieron en las guerras y batallas (a lo que se afirma por cierto entre los mismos indios) más de cien mil hombres, porque luego hubo entre todos parcialidades y división, yendo siempre Atabalipa vencedor. El cual allegó con su gente a la provincias de Caxamalca (que es causa porque trato aquí esta historia) adonde supo lo que ya había oído de las nuevas gentes que habían entrado en el reino, y que ya estaban cerca de él. Y teniendo por cierto, que le sería muy fácil prenderlos para los tener por sus siervos, mandó al capitán Chalicuchima, que con grande ejército fuese al Cuzco, y procurase de prender o matar a su enemigo. Y así ordenado, quedándose él en Caxamalca, llegó el gobernador don Francisco Pizarro y después de pasadas las cosas y sucesos que se cuentan en la parte arriba dicha, se dio el recuentro entre el poder de Atabalipa y los españoles, que no fueron más de ciento y sesenta en el cual murieron cantidad de indios y Atabalipa fue preso. Con estos debates y con el tiempo largo que estuvieron los cristianos españoles en Caxamalca, quedó tal, que no la juzgaran por más que el nombre, y cierto en ella se hizo gran daño. Después se tornó a conservar algún tanto. Mas como nunca por nuestros pecados han faltado guerras y calamidades, no ha tornado ni tornará a ser lo que era. Por encomienda la tiene el capitán Melchor Verdugo, vecino que es de la ciudad de Trujillo. Todos los edificios de los Ingas y depósitos están como los demás deshechos y muy arruinados.

Esta provincia de Caxamalca es fertílisima en gran manera, porque en ella se da trigo también como en Sicilia, y se crían muchos ganados, y hay abundancia de maíz, y de otras raíces provechosas, y de todas las frutas que he dicho haber en otras partes. Hay, sin estos, halcones, y muchas perdices, palomas, tórtolas, y otras cazas.

Los indios son de buena manera pacíficos, y unos entre otros tienen, entre sus costumbres, algunas buenas para pasar esta vida sin necesidad. Y danse poco por honra, y así no son ambiciosos por haberla, y a los cristianos que pasan por su provincia los hospedan y dan bien de comer, sin les hacer enojo ni mal, aunque sea uno solo el que pasare. De estas cosas y otras

alaban mucho a estos indios de Caxamalca los españoles que en ellos han estado muchos días. Y son de grande ingenio para sacar acequias y para hacer casas, y cultivar las tierras, y criar ganados, y labrar plata y oro muy primamente. Y hacen por sus manos tan buena tapicería como en Flandes de la lana de sus ganados, y tan de ver, que parece la trama de ella toda seda, siendo solamente lana.

Las mujeres son amorosas y algunas hermosas. Andan vestidas muchas de ellas al uso de las pallas del Cuzco. Sus templos y guacas ya están deshechos y quebrados los ídolos, y muchos se han vuelto cristianos, y siempre están entre ellos clérigos o frailes, doctrinándolos en las cosas de nuestra santa fe católica. Hubo siempre en la comarca y término de esta provincia de Caxamalca ricas minas de metales.

CAPÍTULO LXXVIII

De la fundación de la ciudad de la Frontera, y quién fue el fundador, y de algunas costumbres de los indios de su comarca

ANTES DE LLEGAR a esta provincia de Caxamalca, sale un camino que también fue mandado hacer por los reyes Ingas, por el cual se iba a las provincias de los chachapoyas. Y pues en la comarca de ellas está poblada la ciudad de la Frontera, será necesario contar su fundación, de donde pasaré a tratar lo de Guánuco. Tengo entendido y sabido por muy cierto, que antes que los españoles ganasen ni entrasen en este reino del Perú, los Ingas señores naturales que fueron de él tuvieron grandes guerras y conquistas. Y los indios chachapoyanos fueron por ellos conquistados aunque primero por defender su libertad y vivir con tranquilidad y sosiego pelearon de tal manera, que se dice poder tanto que el Inga huyó feamente. Mas como la potencia de los Ingas fuese tanta, y los chachapoyas tuviesen pocos favores, hubieron de quedar por siervos del que quería ser de todos monarca. Y así después que tuvieron sobre sí el mando real del Inga, fueron muchos al Cuzco por su mandado, adonde les dio tierras para labrar, y lugares para casas, no muy lejos de un collado que está pegado a la ciudad llamada Carmenga. Y porque del todo no estaban pacíficas las provincias de la serranía confinantes a los chachapoyas, los Ingas mandaron con ellos y con

algunos orejones del Cuzco hacer frontera y guarnición, para tenerlo todo seguro. Y por esta causa tenían gran proveimiento de armas de todas las que ellos usan, para estar apercibidos a lo que sucediese. Son estos indios naturales de las chachapoyas los más blancos y agraciados de todos cuantos yo he visto en las Indias que he andado, y sus mujeres fueron tan hermosas, que por sólo su gentileza muchas de ellas merecieron serlo de los Ingas, y ser llevadas a los templos del Sol. Y así vemos hoy día que las indias que han quedado de este linaje son en extremo hermosas, porque son blancas y muchas muy dispuestas. Andan vestidas ellas y sus maridos con ropa de lana, y por las cabezas usan ponerse sus llautos, que son la señal que traen para ser conocidos en toda parte. Después que fueron sujetados por los Ingas, tomaron de ellos leyes y costumbres con que vivían, y adoraban al sol, y a otros dioses, como los demás y allí debían hablar con el demonio, y enterrar sus difuntos como ellos, y les imitaban en otras costumbres.

En los pueblos de esta provincia de los chachapoyas entró el mariscal Alonso de Alvarado, siendo capitán del marqués don Francisco Pizarro. El cual después que hubo conquistado la provincia, y puesto los indios naturales debajo del servicio de su majestad, pobló y fundó la ciudad de la Frontera [Chachapoyas] en un sitio llamado Lebanto, lugar fuerte, y que con los picos y azadones se allanó para hacer la población, aunque dende a pocos días se pasó a otras provincias que llaman los Guancas, comarca que se tiene por sana. Los indios chachapoyas y estos guancas sirven a los vecinos de esta ciudad que sobre ellos tienen encomienda, y lo mismo hace la provincia de Cascayunga, y otros pueblos que dejo de nombrar, por ir poco en ello. En todas estas provincias hubo grandes aposentos y depósitos de los Ingas, los pueblos son muy sanos, y en algunos de ellos hay ricas minas de oro. Andan los naturales todos vestidos y sus mujeres lo mismo. Antiguamente tuvieron templos y sacrificaron a los que tenían por dioses, y poseyeran gran número de ganado de ovejas. Hacían rica y preciada ropa para los Ingas y hoy día la hacen muy prima, y tapicería tan fina y vistosa, que es de tener en mucho por su primor. En muchas partes de las provincias dichas sujetas a esta ciudad hay arboledas y cantidad de frutas semejantes a las que ya se han contado otras veces, y la tierra es fértil, y el trigo y cebada se dan bien, y lo mismo hacen partes de uvas, e higueras, y otros árboles de

frutas que de España han plantado. En las costumbres, ceremonias, y entierros, y sacrificios puédese decir de estos lo que se ha escrito de los demás, porque también se enterraban en grandes sepulturas acompañados de sus mujeres y riqueza. A la redonda de la ciudad tienen los españoles sus estancias con sus granjerías y sementeras, donde cogen gran cantidad de trigo, y se dan bien las legumbres de España. Por la parte de Oriente de esta ciudad pasa la cordillera de los Andes[6], al poniente está la mar del Sur. Y pasado el monte y espesura de los Andes, al poniente está Moyobamba y otros ríos muy grandes, y algunas poblaciones de gentes de menos razón que estos de que voy tratando, según que diré en la conquista que hizo el capitán Alonso de Alvarado en esta Chachapoya, y Juan Pérez de Guevara en las provincias que están metidas en los montes. Y tiénese por cierto, que por esta parte de la tierra adentro están poblados los descendientes del famoso capitán Ancoallo, el cual por la crueldad que los capitanes generales del Inga usaron con él, desnaturándose de su patria, se fue con los chancas que le quisieron seguir, según trataré en la segunda parte. Y la fama cuenta grandes cosas de una laguna donde dicen que están los pueblos de éstos.

En el año del señor de mil y quinientos y cincuenta años allegaron a la ciudad de la Frontera (siendo en ella corregidor el noble caballero Gómez de Alvarado) más de doscientos indios, los cuales contaron, que habían algunos años, que saliendo de la tierra donde vivían número grande de gente de ellos, atravesaron por muchas partes y provincias, y que tanta guerra les dieron, que faltaron todos sin quedar más de los que digo. Los cuales afirman que a la parte de Levante hay grandes tierras pobladas de mucha gente y algunas muy ricas de metales de oro y plata. Y estos con los demás que murieron salieron a buscar tierras para poblar según hoy. El capitán Gómez de Alvarado, y el capitán Juan Pérez de Guevara y otros, han procurado haber la demanda y conquista de aquella tierra, y muchos soldados aguardaban al señor visorrey, para seguir al capitán que llevase poder de hacer el descubrimiento. Pobló y fundó la ciudad de la Frontera de las Chachapoyas el capitán Alonso de Alvarado en nombre de su majestad

6. Esta referencia, como otras del autor, considera Andes la actual Amazonia, la cordillera a que hace mención es el ramal más oriental de los Andes.

siendo su gobernador del Perú el adelantado don Francisco Pizarro, año de nuestra reparación de mil y quinientos y treinta y seis años.

CAPÍTULO LXXIX

Que trata la fundación de la ciudad de León de Guánuco, y quién fue el fundador de ella

PARA DECIR la fundación de la ciudad de León de Guánuco, es de saber, que cuando el marqués don Francisco Pizarro fundó en los llanos y arenales la rica ciudad de Los Reyes, todas las provincias que están sufragáneas en estos tiempos a esa ciudad sirvieron a ella, y los vecinos de Los Reyes tenían sobre los caciques encomienda, y como Yllatopa, el tirano, con otros indios de su linaje y sus allegados anduviese dando guerra a los naturales de esta comarca y arruinase los pueblos, y los repartimientos fuesen demasiados, y estuviesen muchos conquistadores sin tener encomienda de indios, queriendo el marqués tirar inconvenientes, y gratificar a estos tales, dando también indios a algunos españoles de los que habían seguido al adelantado don Diego de Almagro, a los cuales procuraba atraer a su amistad, deseando contentar a los unos y a los otros, pues habían trabajado y servido a su majestad, tuviesen algún provecho en la tierra. Y no embargante que el cabildo de la ciudad de Los Reyes procuró con protestaciones y otros requerimientos estorbar lo que se hacía en daño de su república, el marqués nombrando por su teniente al capitán Gómez de Alvarado, hermano del adelantado don Pedro de Alvarado, le mandó que fuese con copia de españoles a poblar una ciudad en las provincias del nombrado Guánuco. Y así Gómez de Alvarado se partió, y después de haber pasado con los naturales algunas cosas, en la parte que le pareció, fundó la ciudad de León de Guánuco, a la cual dio luego nombre de república, señalando los que le pareció convenientes para el gobierno de ella.

Hecho esto, y pasado algunos años, se despobló la nueva ciudad por causa del alzamiento que hicieron los naturales de todo lo más del reino. Y a cabo de algunos días Pedro Barroso tornó a reedificar esta ciudad. Y última vez con poderes del licenciado Cristóbal Vaca de Castro, después de pasada la cruel batalla de Chupas, Pedro de Puelles fue a entender en las

cosas de ella, y se acabó de asentar, porque Juan de Vargas y otros habían preso al tirano Yllatopa. De manera que aunque ha habido lo que se ha escrito, podré decir haber sido el fundador Gómez de Alvarado, pues dio nombre a la ciudad. Y si se despobló, fue por necesidad más que por voluntad y contenerla para volverse los vecinos españoles a sus casas. El cual la pobló y fundó en nombre de su majestad con poder del marqués don Francisco Pizarro su gobernador y capitán general en este reino, año del señor de mil y quinientos y treinta y nueve años.

CAPÍTULO LXXX

Del asiento de esta ciudad, y de la fertilidad de sus campos, y costumbres de los naturales y de un hermoso aposento o palacio de Guánuco edificio de los Ingas

EL SITIO de esta ciudad de León de Guánuco es bueno, y se tiene por muy sano, y alabado por pueblo donde hace muy templadas noches y mañanas, y adonde por su buen temple los hombres viven sanos. Cógese en ella trigo en gran abundancia y maíz. Danse viñas, críanse higuerales, naranjos, cidras, limones, y otras frutas de las que se han plantado de España, y de las frutas naturales de la tierra hay muchas y muy buenas, y todas las legumbres que de España han traído, sin esto hay grandes platanales. De manera que él es buen pueblo, y se tiene esperanza que será cada día mejor. Por los campos se crían cantidad de vacas, cabras, yeguas, y otros ganados, hay muchas perdices, tórtolas, palomas y otras aves, y halcones para volarlas. En los montes también hay algunos leones, y osos muy grandes, y otros animales, y por los más de los pueblos que son sujetos a esta ciudad atraviesan caminos reales, y había depósitos y aposentos de los Ingas muy abastecidos. En lo que llaman Guánuco había una casa real de admirable edificio, porque las piedras eran grandes, y estaban muy sólidamente asentadas. Este palacio o aposento era cabeza de las provincias comarcanas a los Andes y junto a él había templo del sol con número de vírgenes y ministros. Y fue tan gran cosa en tiempo de los Ingas, que había a la continua para solamente servicio de él más de treinta mil indios. Los mayordomos de los Ingas tenían cuidado de cobrar los tributos ordinarios, y las comarcas acu-

dían con sus servicios a este palacio. Cuando los reyes Ingas mandaban que pareciesen personalmente los señores de las provincias en la corte del Cuzco, lo hacían.

Cuentan que muchas de estas naciones fueron valientes y robustas y que antes que los Ingas los señoreasen, se dieron entre unos y otros muchas y muy crueles batallas, y que en las más partes tenían los pueblos derramados, y tan desviados que los unos no sabían por entero de los otros, sino era cuando se juntaban a su congregaciones y fiestas. Y en los altos edificaban sus fuerzas y fortalezas de donde se daban guerra los unos a los otros por causas muy livianas. Y los templos suyos estaban en lugares convenientes para hacer sus sacrificios y supersticiones, oían en algunos de ellos repuesta del demonio, que se comunicaba con los que para aquella religión estaban señalados. Creían la inmortalidad del ánima debajo de la ceguedad general de todos. Estos indios son de buena razón, y la dan de sí a todo lo que les preguntan y de ellos quieren saber. Los señores naturales de estos pueblos cuando fallecían no los metían solos en las sepulturas, antes los acompañaban de mujeres vivas de las más hermosas, como todos los demás usaban. Y estando estos muertos sus ánimas fuera de los cuerpos, están estas mujeres que con ellos entierran aguardando la hora espantosa de la muerte, tan temerosa de pasar, para irse a juntar con el muerto, metidas en las grandes bóvedas que hacen en las sepulturas, teniendo por gran felicidad y bienaventuranza ir juntas con su marido o señor, creyendo que luego habían de entender en servirlo de la manera que acostumbraban en el mundo. Y por esta causa les parecía que la que más presto pasase de esta vida, en breve se vería en la otra con el señor o marido suyo. Esta costumbre procede de lo que otras veces tengo dicho, que es ver (a lo que ellos dicen) apariencias del demonio por los heredamientos y sementeras, que demuestra ser los señores que ya eran muertos, acompañados de sus mujeres y de lo que más con ellos metieron en las sepulturas. Entre estos indios había algunos que eran agoreros, y miraban en las señales de estrellas.

Señoreadas estas gentes por los Ingas guardaron y mantuvieron las costumbres y ritos de ellos, y hicieron sus pueblos ordenados. Y en cada uno había depósitos y aposentos reales, y usaron de más policía en el traje y ornamento suyo, y hablaban la lengua general del Cuzco, conforme a la ley y

edictos de los reyes, que mandaban que todos sus súbditos la supiesen y hablasen. Los conchucos y la gran provincia de Guaylas, Tarama [Tarma], y Bombón, y otros pueblos mayores y menores sirven a esta ciudad de León de Guánuco, y son todos fertilísimos de mantenimientos, y hay muchas raíces gustosas y provechosas para la humana sustentación.

Había en los tiempos pasados tan gran cantidad del ganado y ovejas y carneros, que no tiene cuenta, mas las guerras lo acabaron en tanta manera que de esta muchedumbre que había ha quedado tan poco, que si no lo guardan los naturales para hacer sus ropas y vestidos de su lana, se verán en trabajo. Las casas de estos indios, y aun las de todos los más son de piedra y la cobertura de paja. Por las cabezas traen todos sus cordones y señales para ser conocidos. El pecado nefando (aunque el demonio ha tenido sobre ellos gran poder) no he oído que lo usasen. Verdad es, que como suele ser en todas partes, no dejará de haber algunos malos, mas estos tales, si los conocen y lo saben, son tenidos en poco, y por afeminados, y casi los mandan como a mujeres, según tengo escrito.

En muchas partes de esta comarca se hallan grandes minas de plata, y si se dan a sacarla, será mucha la que se habrá.

CAPÍTULO LXXXI

De lo que hay que decir desde Caxamalca hasta el valle de Xauxa, y del pueblo de Guamachuco, que comarca con Caxamalca

DECLARADO he lo que pude entender en lo tocante a las fundaciones de las ciudades de la frontera de las Chachapoyas, y de León de Guánuco, volviendo pues al camino real diré las provincias que hay desde Caxamalca hasta el hermoso valle de Xauxa, del cual al Caxamalca habrá ochenta leguas poco más o menos, todo camino real de los Ingas.

Más adelante de Caxamalca casi once leguas está otra provincia grande, y que antiguamente fue muy poblada, a la cual llaman Guamachuco. Y antes de allegar a ella, en el comedio del camino hay un valle muy apacible y deleitoso. El cual como está abrigado con las sierras, es su asiento cálido, y pasa por él un lindo río, en cuyas riberas se da trigo en abundancia, y pa-

rras de uvas, higueras, naranjos, limones y otras muchas plantas que de España se han traído.

Antiguamente en las vegas y llanuras de este gran valle había aposentos para los señores y muchas sementeras para ellos, y para el templo del Sol. La provincia de Guamachuco es semejable a la de Caxamalca, y los indios son de una lengua y traje, y en las religiones y sacrificios se imitaban los unos a los otros, y por el consiguiente en las ropas y llautos.

Hubo en esta provincia de Guamachuco en los tiempos pasados grandes señores. Y así cuentan que fueron muy estimados de los Ingas. En lo más principal de la provincia está un campo grande, donde estaban edificados los tambos o palacios reales, entre los cuales hay dos de anchor de veinte y dos pies, y de largor tienen tanto como una carrera de caballo, todos hechos de piedra, y el ornato de ellos de crecidas y gruesa vigas, puesta en lo más alto la paja que ellos usan con grande orden. Con las alteraciones y guerras pasadas se ha consumido muchas partes de la gente de esta provincia. El temple de ella es bueno, más frío que caliente, muy abundante de mantenimiento y de otras cosas pertenecientes para la sustentación de los hombres. Había antes que los españoles entrasen a este reino en la comarca de esta provincia de Guamachuco gran número de ganado de ovejas, y por los altos y despoblados andaban otra mayor cantidad del ganado campestre y salvaje llamados guanacos y vicuñas, que son del talle y manera del manso y doméstico.

Tenían los Ingas en esta provincia (según a mi me informaron) un soto real, en la cual so pena de muerte era mandado que ninguno de los naturales entrase en él a matar de este ganado silvestre, del cual había número grande, y algunos leones, osos, raposas y venados. Y cuando el Inga quería hacer alguna caza real, mandaban juntar tres mil o cuatro mil indios, o diez mil, o veinte mil, a los que él era servido que fuesen, y estos cercaban una gran parte del campo, de tal manera que poco a poco y con buen orden se venían a juntar, tanto que asían de las manos. Y en los que ellos mismos habían cercado estaba la caza recogida. Donde es gran pasatiempo ver los guanacos los saltos que dan y las raposas con el temor que han, andan por una parte y por otra buscando salida. Y entrando en el cercado otro número de indios con sus ayllos y palos, matan y toman el número que el Señor

quiere, porque de estas cazas tomaban diez mil o quince mil cabezas de ganado, o el número que quería, tanto fue lo mucho que de ello había. De la lana de estos ganados o vicuñas se hacían las ropas preciadas para el ornamento de los templos, y para servicio del mismo Inga y de sus mujeres e hijos.

Son estos indios de Guamachuco muy domésticos, y han estado casi siempre en gran confederación con los españoles.

En los tiempos antiguos tenían sus religiones y supersticiones, y adoraban en algunas piedras tan grandes como huevos, y otras mayores de diversos colores. Las cuales tenían puestas en sus templos o guacas que tenían por los altos y sierras de nieve.

Señoreados por los Ingas, reverenciaban al sol, y usaron de más policía, así en su gobernación, como en el tratamiento de sus personas. Solían en sus sacrificios derramar sangre de ovejas y corderos, desollándolos vivos sin degollarlos, y luego con gran presteza les sacaban el corazón y asadura, para mirar en ello sus señales y hechicerías, porque alguno de ellos eran agoreros, y miraron (a lo que yo supe y entendí) en el correr de las cometas, como la gentilidad. Y donde estaban sus oráculos veían al demonio, con el cual es público que tenían sus coloquios. Ya estas cosas han caído, y sus ídolos están destruidos y en su lugar puesta la cruz para poner temor y espanto al demonio nuestro adversario. Y algunos indios con sus mujeres e hijos se han vuelto cristianos, y cada día con la predicación del santo evangelio se vuelven más, porque en estos aposentos principales no deja de haber clérigos o frailes que los doctrinan. De esta provincia de Guamachuco sale un camino real de los Ingas a dar a los Conchucos, y en Bombón se tornan a juntar con otro tan grande como él. El uno de los cuales dicen que fue mandado hacer por Topaynga Yupangue, y el otro por Guaynacapa su hijo.

CAPÍTULO LXXXII

En que se trata cómo los Ingas mandaban que estuviesen los aposentos bien proveídos, y cómo así lo estaban para la gente de guerra

DE ESTA provincia de Guamachuco por el real camino de los Ingas se va hasta llegar a la provincia de los Conchucos, que está de Guamachuco dos jornadas pequeñas. Y en el comedio de ellas habían aposentos y depósitos para, cuando los reyes caminaban, poderse alojar. Porque fue costumbre suya, cuando andaban por alguna parte de este gran reino ir con gran majestad y servirse con gran aparato a su usanza y costumbre, porque afirman, que si no era cuando convenía a su servicio, no andaban más de cuatro leguas cada día.

Y para que hubiese recaudo bastante para su gente, había en el término de cuatro a cuatro leguas aposentos y depósitos con grande abundancia de todas las cosas que en estas partes se podía haber. Y aunque fuese despoblado y desierto había de haber estos aposentos y depósitos.

Y los delegados o mayordomos que residían en las cabeceras de las provincias, tenían especial cuidado de mandar a los naturales tuviesen muy buen recaudo en estos tambos o aposentos. Y para que los unos no diesen más que los otros, y todos contribuyesen con su tributo, tenían cuenta por una manera de nudos que llaman quipo, por la cual pasado el campo se entendían, y no había ningún fraude. Y cierto aunque a nosotros nos parece ciega y obscura, es una gentil manera de cuenta, la cual yo diré en la segunda parte. De manera que aunque de Guamachuco a los Conchucos hubiese dos jornadas en dos partes estaban hechos de estos aposentos y depósitos dichos. Y el camino por todas estas partes lo tenían siempre muy limpio. Y si algunas sierras eran fragosas, se desechaban por las laderas, haciendo grandes descansos y escaleras enlosadas, y tan fuertes, que viven y vivirán en su ser muchas edades.

En los Conchucos no dejaba de haber aposentos y otras cosas, como en los pueblos que se han pasado, y los naturales son de mediano cuerpo. Andan vestidos ellos y sus mujeres, y traen sus cordones o señales por las cabezas. Afirman que los indios de esta provincia fueron belicosos, y los

Ingas se vieron en trabajo para sojuzgarlos. Puesto que algunos de los Ingas siempre procuraron atraer a sí las gentes por buenas obras que les hacían y palabras de amistad. Españoles han muerto algunos estos indios en diversas veces, tanto que el marqués don Francisco Pizarro envió al capitán Francisco de Chaves con algunos cristianos, e hicieron la guerra muy temerosa y espantable, porque algunos españoles dicen que se quemaron y empalaron número grande de indios. Y a la verdad en aquellos tiempos o poco antes sucedió el alzamiento general de las más provincias, y mataron también los indios en el término que hay del Cuzco a Quito más de setecientos cristianos españoles, a los cuales daban muertes muy crueles, a los que podían tomar vivos, y llevarlos entre ellos. Dios nos libre del furor de los indios, que cierto es de temer, cuando pueden efectuar su deseo. Aunque ellos decían que peleaban por su libertad y por eximirse del tratamiento tan áspero que se les hacía, y los españoles por quedar por señores de sus tierra y de ellos. En esta provincia de los Conchucos ha habido siempre mineros ricos de metales de oro y plata. Adelante de ella cantidad de diez y seis leguas está la provincia de Piscobamba, en la cual había un tambo o aposento para los señores, de piedra, algo ancho y muy largo. Andan vestidos como los demás estos indios naturales de Piscobamba, y traen por las cabezas puestas unas pequeñas madejas de lana colorada. En costumbres parecen a los comarcanos y tiénense por entendidos y muy domésticos y bien inclinados, y amigos de cristianos. Y la tierra donde tienen los pueblos es muy fértil y abundante, y hay muchas frutas y mantenimientos de los que todos tienen y siembran.

Más adelante está la provincia de Guaraz, que está de Piscobamba ocho leguas en sierras bien ásperas y es de ver el real camino cuán bien hecho y deshechado va por ellos, y cuán ancho y llano por las laderas y por las sierras socavadas algunas partes la peña viva para hacer sus descansos y escaleras. También tienen estos indios medianos cuerpos y son grandes trabajadores, y eran dados a sacar plata, y en tiempos pasados tributaban con ella a los reyes Ingas. Entre los aposentos antiguos se ve una fortaleza grande o antigualla que es una a manera de cuadra, que terná de largo ciento y cuarenta pasos y de ancho mayor, y por muchas partes de ella están figurados rostros y talles humanos, todo primísimamente obrado. Y dicen algu-

nos indios que los Ingas en señal de triunfo, por haber vencido cierta batalla, mandaron hacer aquella memoria, y por tenerla para fuerza de sus aliados. Otros cuentan y lo tienen por más cierto que no es esto, sino que antiguamente, muchos tiempos antes que los Ingas reinasen, hubo en aquellas partes hombres a manera de gigantes tan crecidos como lo mostraban las figuras que estaban esculpidas en las piedras, y que con el tiempo y con la guerra grande que tuvieron con los que ahora son señores de aquellos campos se disminuyeron y perdieron, sin haber quedado de ellos otra memoria que las piedras y cimiento que he contado. Adelante de esta provincia está la de Pincos, cerca de donde pasa un río, en el cual están padrones para poner la puente que hacen para pasar de una parte a otra. Son los naturales de aquí de buenos cuerpos, y que para ser indios tienen gentil presencia. Adelante está el grande y suntuoso aposento de Guánuco, cabecera principal de todos los que se han pasado de Caxamalca a él, y de otros muchos, como se contó en los capítulos de atrás al tiempo que escribí la fundación de la ciudad de León de Guánuco.

CAPÍTULO LXXXIII

De la laguna de Bombón y cómo se presume ser nacimiento del gran río de la Plata

ESTA PROVINCIA de Bombón es fuerte por la disposición que tiene, que fue causa que los naturales fueron belicosos, y antes que los Ingas los señoreasen pasaron con ellos grandes trances y batallas, hasta que (según ahora publican muchos indios de los más viejos) por dádivas y ofrecimientos que les hicieron, quedaron por sus súbditos. Hay una laguna en la tierra de estos indios que terná de contorno más de diez leguas. Y esta tierra de Bombón es llana y muy fría, y las sierras distan algún espacio de la laguna. Los indios tienen sus pueblos puestos a la redonda de ella con grandes fossados [fosas] y fuerzas que ellos tenían. Poseyeron estos naturales de Bombón gran número de ganado, y aunque con las guerras se ha consumido y gastado, según se puede presumir, todavía les ha quedado alguno, y por los altos y despoblados de sus términos se ven grandes manadas de lo silvestre. Dase poco maíz en esta parte, por ser la tierra tan fría como he dicho, pero no

dejan de tener otras raíces y mantenimientos con que se sustentan. En esta laguna hay algunas islas y rocas, en donde en tiempo de guerra se guarecen los indios, y están seguros de sus enemigos. Del agua que sale de esta palude o lago se tiene por cierto que nace el famoso río de la Plata, porque por el valle de Xauxa va hecho río poderoso, y adelante se juntan con los ríos de Parcos, Vilcas, Abancay, Apurima, Yucay. Y corriendo al Occidente atraviesa muchas tierras de donde salen para entrar en él otros ríos mayores que no sabemos, hasta llegar al Paraguay, donde andan los cristianos españoles, primeros descubridores del río de la Plata. Creo yo por lo que he oído de este gran río, que debe de nacer de dos o tres brazos, o por ventura más como el río del Marañón, y el de Santa Marta, y el de Darién, y otros de estas partes. Como quiera que ello sea, en este reino del Perú creemos ser su nacimiento en esta laguna de Bombón, adonde viene a parar el agua que se deshace con el calor del sol de las nieves que caen sobre los altos y sierras, que no debe ser poca.

Adelante de Bombón diez leguas está la provincia de Tarama [Tarma], que los naturales de ella no fueron menos belicosos que los de Bombón. Es de mejor temple, que es causa de que se coja en ella mucho maíz y trigo, y otras frutas de las naturales que suele haber en estas tierras. Había en Tarma en los tiempos pasados grandes aposentos y depósitos de los reyes Ingas. Andan los naturales vestidos y lo mismo sus mujeres de ropa de lana de sus ganados, y hacían su adoración al sol que ellos llaman mocha. Cuando alguno se casa, juntándose en sus convites, bebiendo de su vino, allegan a se ver el novio y la esposa, y dándose paz en los carrillos, y hechas otras ceremonias, queda hecho el casamiento. Y cuando los señores mueren los entierran de la suerte y manera que todos los de atrás usan, y las mujeres que quedan se trasquilan, y ponen capirotes negros, y se untan los rostros con una mixtura negra que ellos hacen, y ha de estar con esta viudez un año. El cual pasado, según que yo lo entendí, y no antes, se puede casar, si lo quiere hacer. En el año tienen sus fiestas generales, y los ayunos por ellos establecidos los guardan con grande observancia, sin comer carne ni sal, ni dormir con sus mujeres. Y al que entre ellos tienen por más dado a la religión y amigos de sus dioses o demonios ruegan que ayune un año entero por la salud de todos, lo cual hecho, al tiempo de coger de los maíces, se juntan y

gastan algunos días y noches en comer y beber. Es gente limpia del pecado nefando, tanto que entre ellos se tiene un refrán antiguo y donoso, el cual es, que antiguamente debió de haber en la provincia de Guaylas algunos naturales viciosos en este pecado tan grave, tuviéronlo por tan feo los indios comarcanos y vecinos a los que lo usaron, que por los afrentar y apocar decían hablando en ello el refrán que no han perdido de la memoria, que en su lengua dice Asta Guaylas, y en la nuestra dirá, tras ti vayan los de Guaylas. Es público entre ellos que hablan con el demonio en sus oráculos y templos, y los indios viejos señalados para hacer las religiones tenían con ellos sus coloquios, y el demonio respondía con voces roncas y temerosas.

De Tarama, yendo por el real camino de los Ingas se allega al grande y hermoso valle de Xauxa, que fue una de las principales cosas que hubo en el Perú.

CAPÍTULO LXXXIV

Que trata del valle de Xauxa y de los naturales de él, y cuán gran cosa fue en los tiempos pasados

POR ESTE valle de Xauxa pasa un río, que es el que dije en el capítulo de Bombón ser el nacimiento del río de la Plata. Terná este valle de largo catorce leguas, y de ancho cuatro, y cinco, y más y menos. Fue todo tan poblado, que al tiempo que los españoles entraron en él, dicen y se tiene por cierto, que había más de treinta mil indios, y ahora dudo haber diez mil. Estaban todos repartidos en tres parcialidades, aunque todos tenían y tienen por nombre los guancas. Dicen, que del tiempo de Guaynacapa o de su padre hubo esta orden, el cual les partió las tierras y términos. Y así llaman a la una parte Xauxa, de donde el valle tomó nombre, y el señor Cucixaca [Cusichaca]. La segunda llaman Maricabilca, de que es señor Guacarapora [Guacra Páucar]. La tercera tiene por nombre Laxapalanga [¿Sapallanga?], y el señor Alaya.

En todas estas partes habían grandes aposentos de los Ingas, aunque los más principales estaban en el principio del valle en la parte que llaman Xauxa, porque había un grande cercado, donde estaban fuertes aposentos y muy primos de piedra, y casa de mujeres del sol, y templo muy riquísimo,

y muchos depósitos llenos de todas las cosas que podían ser habidas. Sin lo cual había grande número de plateros, que labraban vasos y vasijas de plata y oro para el servicio de los Ingas y ornamentos del templo. Estaban estantes más de ocho mil indios para el servicio del templo, y de los palacios de los señores. Los edificios todos eran de piedra. Lo alto de las casas y aposentos eran grandísimas vigas, y por cobertura paja larga. Tuvieron estos guancas con los Ingas, antes que los conquistasen, grandes batallas, como se dirá en la segunda parte. Para la guarda de las mujeres del Sol había gran recaudo, y si alguna usaba con hombre, la castigaban con gran rigor.

Estos indios cuentan una cosa muy donosa, y es que afirman que su origen y nacimiento procede de cierto varón (de cuyo nombre no me acuerdo) y de una mujer que se llama Urochombe, que salieron de una fuente a quien llaman Guarivilca. Los cuales se dieron tan buena maña a engendrar que los guancas proceden de ellos. Y que para memoria de esto que cuentan, hicieron sus pasados una muralla alta y muy grande, y junto a ella un templo, adonde como cosa principal venían a adorar.

Lo que de esto se puede colegir es, que como estos indios carecieron de fe verdadera, permitiéndole nuestro Dios por sus pecados, el demonio tuvo sobre ellos gran poder, el cual como malo y que deseaba la perdición de sus ánimas, les hacía entender estos desvaríos, como a otros que hacía creer que nacieron de piedras, y de lagunas, y de cuevas, todo a fin de que le hiciesen templos donde él fuese adorado. Conocen estos indios guancas que hay hacedor de las cosas, el cual llaman Ticebiracocha. Creían la inmortalidad del ánima. A los que tomaban en las guerras desollaban y henchían los cueros de ceniza, y de otros hacían atambores. Andan vestidos con mantas y camisetas. Los pueblos tenían a barrios, como fuerzas, hechos de piedra, que parecían pequeñas torres, anchas del nacimiento y angostas en lo alto. Hoy día a quien ve estos pueblos de lejos le parecen torres de España. Todos ellos fueron antiguamente behetrías y se daban guerra unos a otros. Mas después cuando fueron gobernados por los Ingas, se dieron más a la labor, y criaban gran cantidad de ganado. Usaron de ropas más largas que las que ellos traían. Por llautos traen en la cabezas una cinta de lana de anchor de cuatro dedos. Peleaban con hondas y con dardos, y algunas lanzas. Antiguamente cabe la fuente ya dicha, edificaron un templo a

quien llamaban Guaribilca. Yo lo vi, y junto a él estaban tres o cuatro árboles llamados molles como grandes nogales. A estos tenían por sagrados, y junto a ellos estaba un asiento hecho para los señores que venían a sacrificar, de donde se bajaba por unas losas hasta llegar a un cercado donde estaba la traza del templo. Había en la puerta puestos porteros que guardaban la entrada, y abajaba a una escalera de piedra hasta la fuente ya dicha, adonde está una gran muralla antigua, hecha en triángulo, de estos aposentos estaba un llano, donde dicen que solía estar el demonio a quien adoraban. El cual hablaba con algunos de ellos en aquel lugar.

Dicen sin esto otra cosa estos indios, que oyeron a sus pasados, que un tiempo remanecieron [amanecieron] mucha multitud de demonios por aquella parte, los cuales hicieron mucho daño en los naturales, espantándolos con sus vistas. Y que estando así, aparecieron en el cielo cinco soles, los cuales con su resplandor y vista turbaron tanto a los demonios, que desaparecieron, dando grandes aullidos y gemidos. Y el demonio Guaribilca que estaba en este lugar de susodicho nunca más fue visto. Y que todo el sitio donde él estaba fue quemado y abrasado. Y como los Ingas reinaron en esta tierra, y señorearon este valle, aunque por ellos fue mandado edificar en él templo del Sol tan grande y principal, como solían en las demás partes, no dejaron de hacer sus ofrendas y sacrificios a este Guaribilca. Lo cual todo así lo uno como lo otro está deshecho y arruinado, y lleno de grandes herbazales y malezas. Porque entrando en este valle el gobernador don Francisco Pizarro dicen los indios, que el obispo fray Vicente de Valverde quebró las figuras de los ídolos.

Desde aquel tiempo en aquel lugar no fue oído más el demonio. Yo fui a ver este edificio y templo dicho, y fue conmigo don Cristóbal hijo del señor Alaya ya difunto, y me mostró esta antigualla. Y éste y los otros señores del valle se han vuelto cristianos, y hay dos clérigos y un fraile que tienen cargo de los enseñar en las cosas de nuestra santa fe católica.

Este valle de Xauxa está cercado de sierras de nieve, por las más partes de él hay valles, donde los Guancas tienen sus sementeras. La ciudad de Los Reyes estuvo en este valle asentada, antes que se poblase en el lugar que ahora está, y hallaron en él cantidad de oro y plata.

CAPÍTULO LXXXV

En que se declara el camino que hay de Xauxa hasta llegar a la ciudad de Guamanga, y lo que este camino hay que notar

HALLO yo que hay de este valle de Xauxa a la ciudad de la Victoria de Guamanga treinta leguas. Y caminando por el real camino, se va hasta que en unos altos que están por encima del valle se ven ciertos edificios muy antiguos todos deshechos y gastados. Prosiguiendo el camino se allega al pueblo de Acos, que está junto a un tremedal lleno de grandes juncales, donde había aposentos y depósitos de los Ingas, como en los demás pueblos de sus reinos. Los naturales de Acos están desviados del camino real, poblados entre unas sierras que están al Oriente muy ásperas. No tengo qué decir de ellos, mas de que todos andan vestidos con ropas de lana, y sus casas y pueblos son de piedras cubiertas con paja, como todas las demás. De Acos sale el camino para ir al aposento de Picoy por una loma, hasta que abajando por unas laderas que, puesto que por ser ásperas hace que parezca el camino dificultoso, va también deshechado y tan ancho, que casi parecerá ir hecho por tierra llana. Y así abaja el río que pasa por Xauxa el cual tiene su puente. Y el paso se llama Angoyaco. Y junto a este puente se ven una barrancas blancas, de donde sale un manantial de agua salobre. En este paso de Angoyaco estaban edificios de los Ingas y un cercado de piedra, adonde había un baño del agua que salía por aquella parte que de suyo por naturaleza manaba cálida y conveniente para el baño. De lo cual se preciaron todos los señores Ingas. Y aun los más indios de estas partes usaron y usan lavarse y bañarse cada día ellos y sus mujeres. Por la parte que corre el río va este lugar a manera de valle pequeño en donde hay muchos árboles de molle, y otros frutales, y florestas. Caminando más adelante se allega al pueblo de Picoy, pasando primero otro río pequeño, adonde también hay puente, porque en tiempo de invierno corre con mucha furia. Saliendo de Picoy, se va a los aposentos de Parcos, que estaban hechos en la cumbre de una sierra. Los indios están poblados en grandes sierras ásperas y muy altas que están a una parte y a otra de estos aposentos, y todavía hay algunos, donde los españoles que van y vienen por aquellos caminos se albergan. Antes de llegar a este pueblo de Parcos, en un despoblado pequeño está un

sitio, que tiene por nombre Pucara (que en nuestra lengua quiere decir cosa fuerte) adonde antiguamente (a lo que los Ingas dicen) hubo palacios de los Ingas, y templo del Sol, y muchas provincias acudían con los tributos ordinarios a este Pucara, para entregarlos al mayordomo mayor que tenía cargo de los depósitos y de coger estos tributos.

En este lugar hay tanta cantidad de piedras hechas y nacidas de tal manera, que desde lejos parece verdaderamente ser alguna ciudad o castillo muy torreado, por donde se juzga que los indios le pusieron buen nombre. Entre estos riscos o peñas está una peña junto a un pequeño río tan grande cuanto admirable de ver, contemplando su grosor y grandor, la más fuerte que se le puede pensar. Yo la vi, y dormí una noche en ella, y me parece que terná de altura más de doscientos codos, y en contorno más de doscientos pasos en lo más alto de ella. Si estuviera en alguna frontera peligrosa, fácilmente se pudiera hacer tal fortaleza que fuera tenida por inexpugnable. Y tiene otra cosa que notar esta gran peña, que por su contorno hay tantas concavidades, que pueden estar debajo de ella más de cien hombres y algunos caballos. Y en esto como en las demás cosas muestra Dios su gran poder y proveimiento, porque todos estos caminos están llenos de cuevas donde los hombres y animales se pueden guarecer del agua y nieve. Los naturales de esta comarca que se ha pasado tienen sus pueblos en grandes sierras, como tengo dicho. Lo alto de las más de ellas en todo lo más del tiempo está lleno de copos de nieve. Y siembran sus comidas en lugares abrigados a manera de valles, que se hacen entre las mismas sierras. Y en muchas de ellas hay grandes vetas de este metal de plata. De Parcos abaja el camino real por una sierra hasta llegar a un río que tiene el mismo nombre de los aposentos, en donde está una puente armada sobre grandes padrones de piedra. En esta sierra de Parcos fue donde se dio la batalla entre los indios y el capitán Mogrovejo de Quiñones, y adonde Gonzalo Pizarro mandó matar al capitán Gaspar Rodríguez de Campo Redondo como se dirá en los libros de adelante.

Pasado este río de Parcos está el aposento de Azángaro, repartimiento que es de Diego Gavilán, de donde se va por el real camino, hasta llegar a la ciudad de San Juan de la Victoria de Guamanga.

CAPÍTULO LXXXVI

Que trata la razón porqué se fundó la ciudad de Guamanga siendo primero sus provincias términos del Cuzco y de la ciudad de Los Reyes

DESPUÉS de pasada la porfiada guerra que hubo en el Cuzco entre los indios naturales y los españoles, viéndose desbaratado el rey Mango Inga Yupangue, y que no podía tornar a cobrar la ciudad del Cuzco, determinó de retirarse a las provincias de Viticos, que están en lo más adentro de las regiones, pasada la cordillera de la gran montaña de los Andes, habiéndole primero dado el capitán Rodrigo Orgóñez un gran alcance, en el cual libertó al capitán Ruy Díaz, que había algunos días que el Inga tenía en su poder. Y como tuviese este pensamiento Mango Inga, muchos de los orejones del Cuzco, que eran la nobleza de aquella ciudad, quisieron seguirle.

Allegado pues a Viticos el rey Mango Inga con suma muy grande de tesoros, que tomó de muchas partes donde él los tenía, y sus mujeres y aparato, hicieron su asiento en el lugar que les pareció más fuerte, de donde salieron muchas veces y por muchas partes a inquietar lo que estaba pacífico, procurando de hacer el daño que pudiesen a los españoles, a los cuales tenían por crueles enemigos, pues por haberles ocupado su señorío les había sido forzado dejar su natural tierra, y vivir en destierro. Estas cosas y otras publicaba Mango Ynga y los suyos por las partes que salían a robar, y a hacer el daño que digo. Y como en estas provincias no se hubiese edificado ninguna ciudad de españoles, antes los naturales de ellas unos estaban encomendados a los vecinos de la ciudad del Cuzco, y otros a los de la ciudad de Los Reyes, era causa que los indios de Mango Ynga pudiesen fácilmente hacer grandes daños a los españoles, y a los indios sus confederados, y así mataron y robaron a muchos. Y allegó a tanto este negocio, que el marqués don Francisco Pizarro envió capitanes contra él. Y saliendo del Cuzco por su mandado el factor Yllán Suárez de Carvajal, envió al capitán Villadiego con alguna copia de españoles a correr la tierra, porque tuvieron nueva que estaba Mango Ynga no muy lejos de donde ellos estaban. Y no embargante que se vieron sin caballos (que es la fuerza principal de la guerra para estos indios) confiados de sus fuerzas, y con la codicia que tu-

vieron de gozar del despojo del Inga, porque creyeron que con él vendrían sus mujeres con parte de su tesoro y aparato, subiendo por una alta sierra, llegaron a la cumbre de ella, tan cansados y fatigados que Mango Inga con pocos más de ochenta indios dio por aviso que tuvo en los cristianos, que eran veinte y ocho o treinta, y mató al capitán Villadiego y a todos los más, que no escaparon sino dos o tres, con ayuda de indios amigos que los pusieron delante de la presencia del factor, que mucho sintió la desgracia sucedida. La cual entendida por el marqués don Francisco Pizarro, con gran prisa salió de la ciudad del Cuzco con gente mandando salir luego tras Mango Inga. Aunque no aprovechó, porque con las cabezas de los cristianos se retiró a su asiento de Viticos, hasta que después el capitán Gonzalo Pizarro le dio grandes alcances, y le deslizó muchas albarradas[7], ganándole algunos puentes. Y como los males y daños que los indios que andaban alzados hubiesen sido muchos, el gobernador don Francisco Pizarro con acuerdo de algunos varones y de los oficiales reales que con él estaban, determinó de poblar en el comedio del Cuzco y de Lima (que es la ciudad de Los Reyes) una ciudad de cristianos, para que hiciesen el paso seguro a los caminantes y contratantes, la cual se llamó San Juan de la Frontera, hasta que después el licenciado Cristóbal Vaca de Castro su predecesor en el gobierno del reino, por la victoria que hubo de los de Chile en las lomas o llanadas de Chupas, la llamó de la Victoria. Todos los pueblos y provincias que había en la comarca desde los Andes hasta la mar del Sur eran términos de la ciudad del Cuzco, y de la de Los Reyes. Y los indios estaban encomendados a los vecinos de estas dos ciudades. Mas como el gobernador don Francisco Pizarro determinase de hacer esta fundación, requirió a los unos y a los otros que viniesen a ser vecinos en la nueva ciudad, donde no, que perdiesen el aucción[8] que tenían a la encomienda de los indios de aque-

---

7. *Albarrada*. La pared que se hace de piedra seca, *latine maceria, ae*. Es nombre arábigo, del verbo *berdea*, que vale cubrir una cosa con otra, o poner una cosa sobre otra, como se hace en la albarrada que se pone una piedra sobre otra sin cal, ni barro, ni otra materia. (Covarrubias).
Albarrada. (Del ár. hisp. y este del lat. *parata*). Pared de piedra seca. (*DRAE*).
8. *Aucción*. (Del lat. *auctio*, *-onis*, acción de aumentar). Ant. Acción o derecho a algo. (*DRAE*).

lla parte, quedando con solamente los que poseían desde la provincia de Xauxa, que se dio por términos a Lima, y desde la de Andahuaylas que se dio al Cuzco.

Esta ciudad está trazada y fundada de la manera siguiente.

CAPÍTULO LXXXVII

De la fundación de la ciudad de Guamanga y quién fue el fundador

CUANDO el marqués don Francisco Pizarro determinó de asentar esta ciudad en esta provincia, hizo su fundación no donde ahora está, sino en un pueblo de indios llamado Guamanga, que fue causa que la ciudad tomase este mismo nombre, que estaba cerca de la larga y gran cordillera de los Andes, donde dejó por su teniente al capitán Francisco de Cárdenas. Andando los tiempos por algunas causas se mudó en la parte donde ahora está, que es un llano cerca de una cordillera de pequeñas sierras, que están a la parte del Sur. Y aunque en otro llano media legua de este sitio pudiera estar más al gusto de los pobladores, pero por la falta del agua se dejó de hacer. Cerca de la ciudad pasa un pequeño arroyo de agua muy buena de donde beben los de esta ciudad, en la cual han edificado las mayores y mejores casas que hay en todo el Perú, todas de piedra, ladrillo y teja con grandes torres, de manera que no falta aposentos. La plaza está llana y bien grande. El sitio es sanísimo, porque ni el sol, aire ni sereno hace mal, ni es húmeda ni cálida, antes tiene un grande y excelente temple de bueno. Los españoles han hecho sus caserías donde están sus ganados en los ríos y valles comarcanos a la ciudad. El mayor río de ellos tiene por nombre Viñaque, adonde están unos grandes y muy antiquísimos edificios, que cierto según están gastados y arruinados debe haber pasado por ellos muchas edades. Preguntando a los indios comarcanos quién hizo aquella antigualla, responden que otras gentes barbadas y blancas como nosotros, los cuales muchos tiempos antes que los Ingas reinasen, dicen que vinieron a estas partes e hicieron allí su morada. Y de esto y de otros edificios antiguos que hay en este reino me parece, que no son la traza de ellos como los que los Ingas hicieron o mandaron hacer. Porque este edificio era cuadrado y los de los Ingas largos y angostos. Y también hay fama que se hallaron ciertas

letras en una losa de este edificio. Lo cual ni lo afirmo, ni dejo de tener para mí que en los tiempos pasados hubiese llegado aquí alguna gente de tal juicio y razón, que hiciese estas cosas y otras que no vemos. En este río de Viñaque y por otros lugares comarcanos a esta ciudad se coge gran cantidad de trigo de lo que siembran, del cual se hace pan tan excelente y bueno como lo mejor de Andalucía. Hanse puesto algunas partes, y se cree que por tiempos habrá grandes y muchas viñas, y por el consiguiente se darán las más cosas que de España plantaren. De las frutas naturales hay muchas y muy buenas, y tantas palomas, que en ninguna parte de las Indias vi donde tantas se criasen. En tiempo del estío se pasa alguna necesidad de yerba para los caballos, mas con el servicio de los indios no se siente esta falta. Y hase de entender, que los caballos y más bestias no comen en ningún tiempo del año paja, ni acá la que se coge aprovecha de nada, porque los ganados tampoco la comen, sino la yerba de los campos. Las salidas que tiene esta ciudad son buenas, aunque por muchas partes hay tantas espinas y abrojos, que conviene llevar tino los que caminaren así a pie como a caballo. Esta ciudad de San Juan de la Victoria de Guamanga fundó y pobló el marqués don Francisco Pizarro gobernador del Perú en nombre de su majestad, a nueve días del mes de enero de mil y quinientos y treinta y nueve años.

CAPÍTULO LXXXVIII

En que se declaran algunas cosas de los naturales comarcanos a esta ciudad

MUCHOS indios se repartieron a los vecinos de esta ciudad de Guamanga, para que sobre ellos tuviesen encomienda. Y no embargante que en este tiempo haya gran número de ellos, muchos son los que faltan con las guerras. Los más de ellos eran mitimaes, que según ya dije eran indios traspuestos de unas tierras en otras, industria de los reyes Ingas. Algunos de estos eran orejones, aunque no de los principales del Cuzco. Por la parte de Oriente está de esta ciudad la gran serranía de los Andes. Al Poniente está la costa y mar del Sur. Los pueblos que quedan tienen tierra fértil de mantenimiento, y abundante de ganado, y todos andan vestidos.

Tenían en partes escondidas adoratorios y oráculos, donde hacían sus sacrificios y vanidades. En sus enterramientos usaron lo que todos, que es enterrar con los difuntos algunas mujeres, y de sus cosas preciadas. Señoreados por los Ingas adoraban al sol, y gobernábanse por sus leyes y costumbres. Fueron en los principios gente indómita y tan belicosa que los Ingas tuvieron aprieto en su conquista, tanto que afirman que en tiempo que reinara Inga Yupangue, después de haber desbaratado a los soras y lucanas, provincias donde moran gentes robustas, y que también caen en los términos de esta ciudad, se encastillaron en un fuerte peñol número grande de indios, con los cuales se pasaron grandes trances, como se relatará en su lugar. Porque ellos por no perder su libertad, ni ser siervos del tirano, tenían en poco la hambre y prolija guerra que pasaban. Inga Yupangue por el consiguiente codicioso del señorío y deseoso de no perder reputación, los cercó y tuvo en grande aprieto más de dos años, en fin de los cuales, después de haber hecho lo posible, se dieron a este Inga. En el tiempo que Gonzalo Pizarro se levantó en el reino, por temor de sus capitanes y con voluntad de servir a su majestad, los principales vecinos de esta ciudad de Guamanga, después de haber alzado bandera en su real nombre se fueron a este peñol a encastillar, y vieron (a lo que oí a algunos de ellos) reliquias de lo que los indios cuentan.

Todos traen sus señales para ser conocidos y como lo usaron sus pasados. Y algunos hubo que se dieron mucho en mirar señales, y que fueron grandes agoreros, preciándose de contar lo que había de suceder de futuro, en lo cual desvariaron, como ahora desvarían cuando quieren decir o pronosticar lo que criatura ninguna sabe ni alcanza, pues lo que está por venir solo Dios lo sabe.

CAPÍTULO LXXXIX

De los grandes aposentos que hubo en la provincia de Vilcas que es pasada la ciudad de Guamanga

DESDE LA CIUDAD de Guamanga a la del Cuzco hay sesenta leguas poco más o menos. En este camino están las lomas y llano de Chupas, que es donde se dio la cruel batalla entre el gobernador Vaca de Castro y don

Diego de Almagro el mozo, tan porfiada y reñida, como en su lugar escribo. Más adelante yendo por el real camino, se allega a los edificios de Vilcas, que están once leguas de Guamanga, adonde dicen los naturales que fue el medio del señorío y reino de los Ingas. Porque desde Quito a Vilcas afirman que hay tanto como de Vilcas a Chile, que fueron los fines de su imperio. Algunos españoles que han andado el camino de lo uno y lo otro dicen lo mismo.

Inga Yupangue fue el que mandó hacer estos aposentos, a lo que los indios dicen, y sus predecesores acrecentaron los edificios. El templo del Sol fue grande y muy labrado. Adonde están los edificios hay un altozano en lo más de una sierra, la cual tenían siempre muy limpia. A una parte de este llano hacia el nacimiento del sol estaba un adoratorio de los señores hecho de piedra, cercado con una pequeña muralla, de donde salía un terrado no muy grande, de anchor de seis pies, yendo fundadas otras cercas sobre él, hasta que en el remate estaba el asiento para donde el señor se ponía a hacer su oración, hecho de una sola pieza tan grande que tiene de largo once pies, y de ancho siete, en la cual están hechos dos asientos para el efecto dicho. Esta piedra dicen que solía estar llena de joyas de oro y pedrerías, que adornaban el lugar que ellos tanto veneraron y estimaron. Y en otra piedra no pequeña, que está en este tiempo en mitad de esta plaza a manera de pila, donde sacrificaban y mataban los animales y niños tiernos (a lo que dicen) cuya sangre ofrecían a sus dioses. En estos terrados se ha hallado por los españoles algún tesoro de lo que estaba enterrado. A las espaldas de este adoratorio estaban los palacios de Topaynga Yupangue, y otros aposentos grandes, y muchos depósitos, donde se ponían las armas y ropa fina, con todas las demás cosas de que daban tributo los indios y provincias que caían en la jurisdicción de Vilcas, que como otras veces he dicho era como cabeza de reino. Junto a una pequeña sierra estaban y están más de setecientas casas, donde recogían el maíz, y las cosas de proveimiento de las gentes de guerra que andaban por el reino. En medio de la gran plaza había otro escaño a manera de teatro, donde el señor se asentaba para ver los bailes y fiestas ordinarias. El templo del Sol, que era hecho de piedra asentada una en otra muy primamente, tenía dos portadas grandes, para ir a ellos había dos escaleras de piedra, que tenían a mi cuenta treinta

gradas cada una. Dentro de este templo había aposentos para los sacerdotes y para los que miraban las mujeres mamaconas, que guardaban su religión con grande observancia, sin entender en más de lo dicho en otras partes de esta historia. Y afirman los orejones y otros indios que la figura del sol era de gran riqueza, y que había mucho tesoro en piezas y enterrado, y que servían a estos aposentos más de cuarenta mil indios repartidos en cada tiempo su cantidad, entendiendo cada principal lo que era mandado por el gobernador que tenía poder del rey Inga. Y que solamente para guardar las puertas del templo había cuarenta porteros. Por medio de esta plaza pasaba una gentil acequia traída con mucho primor. Y tenían los señores sus baños secretos para ellos y para sus mujeres. Lo que hay que ver de esto son los cimientos de los edificios, y las paredes y cercas de los adoratorios, y las piedras dichas, y el templo con sus gradas, aunque desbaratado y lleno de herbazales, y todos los más de los depósitos derribados, en fin fue lo que no es y por lo que es juzgamos lo que fue. De los españoles primeros conquistadores hay algunos que vieron los más este edificio entero y en su perfección, y así lo he oído yo a ellos mismos.

De aquí prosigue el camino real hasta Uramarca, que está siete leguas más adelante hacia el Cuzco, en el cual término se pasa el espacioso río llamado Vilcas, por estar cerca de estos aposentos. De una parte y de otra del río están hechos dos grandes y muy crecidos padrones de piedra, sacados con cimientos muy hondos y fuertes, para poner el puente que es hecho de maromas de rama a manera de las sogas que tienen las norias para sacar agua con la rueda. Y éstas después de hechas son tan fuertes, que pueden pasar los caballos a rienda suelta, como si fuesen por la puente de Alcántara, o de Córdoba. Tenía de largo este puente cuando yo la pasé ciento y sesenta y seis pasos. En el nacimiento de este río está la provincia de los soras, muy fértil y abundante, poblada de gentes belicosas. Ellos y los lucanas son de una habla, y andan vestidos con ropa de lana, poseyeron mucho ganado y en sus provincias hay minas ricas de oro y plata. Y en tanto estimaron los Ingas a los soras y lucanes, que sus provincias eran cámaras suyas, y los hijos de los principales residían en la corte del Cuzco. Hay en ellas aposentos y depósitos ordinarios y por los desiertos gran número de ganado salvaje. Y volviendo al camino principal, se allega a los aposentos de Uramarca,

que es la población de mitimaes, porque los naturales con las guerras de los Ingas murieron los más de ellos.

CAPÍTULO XC

De la provincia de Andabaylas [Andahuaylas], y lo que se contiene en ella, hasta llegar al valle de Xaquixaguana

CUANDO yo entré en esta provincia, era señor de ella un indio principal llamado Basco, y los naturales han por nombre chancas. Andan vestidos con mantas y camisetas de lana. Fueron en los tiempos pasados tan valientes (a lo que se dice) éstos, que no solamente ganaron tierras y señoríos mas pudieron tanto, que tuvieron cercada la ciudad del Cuzco y se dieron grandes batallas entre los de la ciudad y ellos, hasta que por el valor de Inga Yupangue fueron vencidos. Y también fue natural de esta provincia el capitán Ancoallo, tan mentado en estas partes por su grande valor, del cual cuentan que no pudiendo sufrir el ser mandado por los Ingas, y las tiranías de algunos de sus capitanes, después de haber hecho grandes cosas en la comarca de Tarama y Bombón, se metió en lo más adentro de las montañas, y pobló riberas de un lago que está a lo que también se dice por bajo del río de Moyobamba. Preguntándoles yo a estos chancas, qué sentían de sí propios, y dónde tuvo principio su origen, cuentan otra niñería o novela como los de Xauxa, y es, que dicen que sus padres remanescieron y salieron por un palude pequeño llamado Soclococha [Choclococha], desde donde conquistaron, hasta llegar a una parte que nombran Chuquibamba, adonde luego hicieron su asiento. Y pasados algunos años, contendieron con los quichuas nación muy antigua, y señores que eran de esta provincia de Andabaylas la cual ganaron, y quedaron por señores de ella hasta hoy. Al lago de donde salieron tenían por sagrado, y era su principal templo donde adoraban y sacrificaban. Usaron los entierros como los demás, y así creían la inmortalidad del ánima, que ellos llaman xongon [Songo] que es también nombre de corazón. Metían con los señores que enterraban mujeres vivas, y algún tesoro, y ropa. Tenían sus días señalados, y aún deben tener ahora para solemnizar sus fiestas, y plazas hechas para sus bailes. Como es esta provincia ha estado a la continua clérigo, industriando a los indios, se

han vuelto algunos de ellos cristianos, especialmente de los mozos. Ha tenido siempre sobre ella encomienda el capitán Diego Maldonado. Todos los más traen cabellos largos entrenzados menudamente, puestos unos cordones de lana que les viene a caer por debajo de la barba. Las casas son de piedra. En el comedio de la provincia había grandes aposentos y depósitos para los señores. Antiguamente hubo muchos indios en esta provincia de Andabaylas, y la guerra los ha apocado como a los demás de este reino. Es muy larga, y poseen gran número de ganado doméstico, y en sus términos no tiene cuenta lo que hay montés. Y es bien bastecida de mantenimientos y dase trigo. Y por los valles calientes hay muchos árboles de fruta. Aquí estuvimos muchos días con el presidente Gasca, cuando iba a castigar la rebelión de Gonzalo Pizarro, y fue mucho lo que estos indios pasaron y sirvieron con la importunidad de los españoles. Y este buen indio señor de este valle de Guasco entendía en este proveimiento con gran cuidado. De esta provincia de Andahuaylas (que los españoles comúnmente llaman Andaguaylas) se allega al río de Abancay, que está nueve leguas más adelante hacia el Cuzco, y tiene este río sus padrones o pilares de piedra bien fuertes adonde está puente como en los demás ríos. Por donde éste pasa hacen las sierras un valle pequeño, adonde hay arboledas, y se crían frutas y otros mantenimientos abundantemente. En este río fue donde el adelantado don Diego de Almagro desbarató y prendió al capitán Alonso de Alvarado general de gobernador don Francisco Pizarro, como diré en la guerra de las Salinas.

No muy lejos de este río estaban aposentos y depósitos como los que había en los demás pueblos, pequeños y no de mucha importancia.

CAPÍTULO XCI

Del río de Apurima, y del valle de Xaquixaguana, y de la calzada que pasa por él, y lo que más hay que contar hasta llegar a la ciudad del Cuzco

ADELANTE está el río Apurima [Apurímac] mayor de los que se han pasado desde Caxamalca hacia la parte del Sur, ocho leguas del de Abancay el camino va bien desechado por las laderas y sierras y debieron de pasar gran

trabajo los que hicieron este camino en quebrantar las piedras y allanarlo por ellas, especialmente cuando se abaja por él al río, que van tan áspero y dificultoso este camino, que algunos caballos cargados de plata y de oro han caído en él, y perdido, sin lo poder cobrar. Tiene dos grandes pilares de piedra para poder armar la puente. Cuando yo volví a la ciudad de Los Reyes, después que hubimos desbaratado a Gonzalo Pizarro pasamos este río algunos soldados sin puente, por estar deshecha, metidos en un cesto cada uno por sí, descolgándose por una maroma que estaba atada a los pilares de una parte a otra del río, más de cincuenta estados, que no es pequeño espanto ver lo mucho a que se ponen los hombres que por las Indias andan. Pasado este río se ve luego donde estuvieron los aposentos de los Ingas, y en donde tenían un oráculo. Y el demonio respondía (a lo que los indios dicen) por el troncón de un árbol, junto al cual enterraban oro y hacían sus sacrificios. De este río de Apurima se va hasta llegar a los aposentos de Limatambo. Y pasando la sierra de Vilcacoconga (que es donde el adelantado don Diego de Almagro con algunos españoles tuvo una batalla con los indios, antes que se entrase en el Cuzco) se allega al valle de Xaquixaguana. El cual es llano situado entre las cordilleras de sierras. No es muy ancho ni tampoco largo. Al principio de él es el lugar donde Gonzalo Pizarro fue desbaratado, y justamente él con otros capitanes y valedores suyos justiciado por mandado del licenciado Pedro de la Gasca presidente de su Majestad. Había en este valle muy suntuosos aposentos y ricos adonde los señores del Cuzco salían a tomar sus placeres y solaces. Aquí fue también, donde el gobernador don Francisco Pizarro mandó quemar al capitán general de Atabalipa, Chalicuchima [Calcuchímac]. Hay de este valle a la ciudad del Cuzco cinco leguas, y pasa por él [el] gran camino real. Y del agua de un río que nace cerca de este valle se hace un grande tremedal hondo, y que con gran dificultad se pudiera andar si no se hiciera una calzada ancha y muy fuerte que los Ingas mandaron hacer, con sus paredes de una parte y otra, tan fijas que durarán muchos tiempos. Saliendo de la calzada se camina por unos pequeños collados y laderas, hasta llegar a la ciudad del Cuzco.

Antiguamente fue todo este valle muy poblado y lleno de sementeras, tantas y tan grandes que era cosa de ver, por ser hechas con una orden de

paredes anchas, y con su compás algo desviado salían otras, habiendo distancia en el anchor de una y otra para poder sembrar sus sementeras, de maíz y otras raíces que ellos siembran. Y así estaban hechas de esta manera, pegadas a las haldas de las sierras. Muchas de estas sementeras son de trigo, porque se da bien. Y hay en él muchos ganados de los españoles vecinos de la antigua ciudad del Cuzco. La cual está situada entre unos cerros de la manera y forma que en el siguiente capítulo se declara.

CAPÍTULO XCII

De la manera y traza con que está fundada la ciudad del Cuzco, y de los cuatro caminos reales que de ella salen, y de los grandes edificios que tuvo, y quién fue el fundador

LA CIUDAD del Cuzco está fundada en un sitio bien áspero y por todas partes cercado de sierras, entre dos arroyos pequeños, el uno de los cuales pasa por medio, porque se ha poblado de entrambas partes.

Tiene un valle a la parte de Levante que comienza desde la propia ciudad por manera que las aguas de los arroyos que por la ciudad pasan corren al poniente.

En este valle por ser frío demasiado no hay género de árbol que pueda dar fruta, sino son algunos molles. Tiene la ciudad a la parte del Norte en el cerro más alto y más cercano a ella una fuerza, la cual por su grandeza y fortaleza fue excelente edificio, y lo es en este tiempo, aunque lo más de ella está deshecha, pero todavía están en pie los grandes y fuertes cimientos con los cubos principales. Tiene asimismo a las partes de Levante y del Norte las provincias de Andesuyo que son las espesuras y montañas de los Andes, y la mayor de Chinchasuyo que se entienden las tierras que quedan hacia Quito. A la parte del Sur tiene las provincias de Collas y Condesuyo, de las cuales el Collao está entre el viento Levante y el Austro o mediodía, que en la navegación se llama Sur. Y la de Condesuyo entre Sur y Poniente. Una parte de esta ciudad tenía por nombre Hanancuzco, y la otra Orencuzco [Urin Cuzco], lugares donde vivían los más nobles de ella, y adonde había linajes antiguos. Por otra estaba el cerro de Carmenga, de donde salen a trecho ciertas torrecillas pequeñas, que servían para tener cuenta con el

movimiento del sol, de que ellos mucho se preciaron. En el comedio cerca de los collados de ella donde estaba lo más de la población había una plaza de buen tamaño. La cual dicen que antiguamente era tremedal o lago, y que los fundadores con mezcla y piedra lo allanaron y pusieron como ahora está. De esta plaza salían cuatro caminos reales, en el que llamaban Chinchasuyo se camina a las tierras de los llanos con toda la serranía hasta las provincias de Quito y Pasto, por el segundo camino que nombran Condesuyo entran las provincias que lo son sujetas a esta ciudad, y a la de Arequipa. Por el tercero camino real que tiene por nombre Andesuyo se va a las provincias que caen en las faldas de los Andes, y algunos pueblos que están pasada la cordillera. En el último camino de éstos que dicen Collasuyo entran las provincias que allegan hasta Chile. De manera que como en España los antiguos hacían división de toda ella por las provincias, así estos indios para contar las que había en tierra tan grande lo entendían por sus caminos. El río que pasa por esta ciudad tiene sus puentes para pasar de una parte a otra. Y en ninguna parte de este reino del Perú se halló forma de ciudad con noble ornamento si no fue este Cuzco, que (como muchas veces he dicho) era la cabeza del imperio de los Ingas, y su asiento real. Y sin esto las más provincias de las Indias son poblaciones. Y si hay algunos pueblos no tienen traza ni orden, ni cosa política, que se haya de loar.

El Cuzco tuvo gran manera y calidad, debió ser fundada por gente de gran ser. Habían grandes calles, salvo que eran angostas, y las casas hechas de piedra pura con tan lindas junturas que ilustra el antigüedad del edificio, pues estaban piedras tan grandes muy bien asentadas. Lo demás de las casas todo era de madera y paja o terrados, porque teja, ladrillo ni cal no vemos reliquia de ello. En esta ciudad había en muchas partes aposentos principales de los reyes Ingas, en los cuales el que sucedía en el señorío celebraba sus fiestas. Estaba asimismo en ella el magnífico y solemne templo del Sol, al cual llamaban Curicanche [Coricancha], que fue de los ricos de oro y plata que hubo en muchas partes del mundo. Lo más de la ciudad fue poblada de mitimaes, y hubo en ella grandes leyes y estatutos a su usanza y de tal manera, que por todos era entendido, así en lo tocante de sus vanidades, y templos, como en lo del gobierno. Fue la más rica que hubo en las Indias, de lo que de ellas sabemos, porque de muchos tiempos estaban en

ella tesoros allegados para grandeza de los señores. Y ningún oro ni plata que en ella entraba podía salir so pena de muerte. De todas las provincias venían a tiempos los hijos de los señores a residir en esta corte con su servicio y aparato. Había gran suma de plateros, de doradores, que entendían en labrar lo que era mandado por los Ingas. Residía en su templo principal que ellos tenían su gran sacerdote a quien llamaban Vilaoma. En este tiempo hay casas muy buenas y torreadas cubiertas con teja. Esta ciudad aunque es fría es muy sana y la más proveída de mantenimientos de todo el reino, y la mayor de él, y adonde los españoles tienen encomienda sobre los indios. La cual fundó y pobló Mango Capa, primer rey Inga que en ella hubo. Y después de haber pasado otros diez señores que le sucedieron en el señorío la reedificó y tornó a fundar el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador y capitán general de estos reinos, en nombre del emperador don Carlos nuestro señor, año de mil y quinientos y treinta y cuatro años por el mes de octubre.

CAPÍTULO XCIII

En que se declaran más en particular las cosas de esta ciudad del Cuzco

COMO FUESE esta ciudad la más importante y principal de este reino, en ciertos tiempos del año acudían los indios de las provincias, unos a hacer los edificios, y otros a limpiar las calles y barrios, y a hacer lo que más les fuese mandado. Cerca de ella a una parte y a otra son muchos los edificios que hay, de aposentos y depósitos que hubo, todos de la traza y compostura que tenían los demás de todo el reino, aunque unos mayores y otros menores, y unos más fuertes que otros. Y como estos Ingas fueron tan ricos y poderosos, algunos de estos edificios eran dorados, y otros estaban adornados con planchas de oro. Sus antecesores tuvieron por cosa sagrada un cerro grande que llamaron Guanacaure, que está cerca de esta ciudad, y así dicen que sacrificaban en él sangre humana y de muchos corderos y ovejas. Y como esta ciudad estuviese llena de naciones extranjeras y tan peregrinas, pues había indios de Chile, Pasto, cañares, chachapoyas, guancas, collas, y de los más linajes que hay en las provincias ya dichas. Cada linaje

de ellos estaba por sí, en el lugar y parte que les era señalado por los gobernadores de la misma ciudad. Estos guardaban las costumbres de sus padres y andaban al uso de sus tierras, y aunque hubiese juntos cien mil hombres, fácilmente se conocían con las señales que en las cabezas se ponían. Algunos de estos extranjeros enterraban a sus difuntos en cerros altos, otros en sus casas, y algunos las heredades con sus mujeres vivas, y cosas de las preciadas que ellos tenían por estimadas como de suso es dicho, y cantidad de mantenimiento. Y los Ingas (a lo que yo entendí) no les vedaban ninguna cosa de éstas, con tanto que todos adorasen al sol, y le hiciesen reverencia, que ellos llaman *mocha*. En muchas partes de esta ciudad hay grandes edificios debajo la tierra, y en las mismas entrañas de ella hoy día se hallan algunas losas y cañas, y aun joyas y piezas de oro de lo que enterraban, y cierto debe de haber en el circuito de esta ciudad enterrados grandes tesoros, sin saber de ellos los que son vivos. Y como en ella hubiese tanta gente y el demonio tan enseñoreado sobre ellos por la permisión de Dios, había muchos hechiceros, agoreros idolatradores. Y de estas reliquias no está del todo limpia esta ciudad especialmente de las hechicerías. Cerca de esta ciudad hay muchos valles templados y adonde hay arboledas y frutales y se cría lo uno y lo otro bien, lo cual traen lo más de ello a vender a la ciudad. Y en este tiempo se coge mucho trigo, de que hacen pan. Y hay plantados en los lugares que digo muchos naranjos, y otros árboles de frutas de España y de la misma tierra.

Del río que pasa por la ciudad tienen sus moliendas, y cuatro leguas de ella se ven las pedreras donde sacaban la cantería, losas y portadas para los edificios, que no es poco de haber. Demás de lo dicho se cría en el Cuzco muchas gallinas y capones tan buenos y gordos como en Granada, y por los valles hay hatos de vacas y cabras y otros ganados, así de España como de lo natural. Y puesto que no haya en esta ciudad arboledas, críanse muy bien las legumbres de España.

CAPÍTULO XCIV

Que trata del valle de Yucay y de los fuertes aposentos de Tambo, y parte de la provincia de Condesuyo

CUATRO leguas de esta ciudad del Cuzco poco más o menos está un valle llamado de Yucay, muy hermoso, metido entre el altura de las sierras, de tal manera que con el abrigo que le hacen este temple [es] sano y alegre, porque ni hace frío demasiado ni calor, antes se tiene por excelente, que se ha practido [platicado] algunas veces por los vecinos y regidores del Cuzco de pasar la ciudad a él y tan de veras que se pensó poner en efecto. Mas como haya tan grandes edificios en las casas de sus moradas, no se mudará por no tornar de nuevo a edificarlos. Ni lo permitirán, porque no se pierda la antigüedad de la ciudad.

En este valle de Yucay han puesto y plantado muchas cosas de las que dije en el capítulo precedente. Y cierto en este valle y en el de Vilcas, y en otros semejantes (según lo que parece en lo que ahora se comienza), hay esperanza que por tiempos habrá buenos pagos de viñas y huertas y vergeles frescos y vistosos. Y digo en particular más de este valle que de a otros, porque los Ingas lo tuvieron en mucho, y se venían a él a tomar sus regocijos y fiestas, especialmente Viracocheynga [Viracocha Inga] que fue abuelo de Topaynga [Topa Ynga] Yupangue. Por todas partes del [dél] se ven pedazos de muchos edificios y muy grandes que había, especialmente los que hubo en Tambo, que está el valle de abajo tres leguas, entre dos grandes cerros junto a una quebrada por donde pasa un arroyo. Y aunque el valle es del temple tan bueno como de suso he dicho, lo más del año están estos cerros bien blancos de la mucha nieve que en ellos cae. En este lugar tuvieron los Ingas una gran fuerza de las más fuertes de todo su señorío, asentada entre unas rocas, que poca gente bastaba a defenderse de mucha. Entre estas rocas estaban algunas peñas tajadas que hacían inexpugnable el sitio, y por lo bajo está lleno de grandes andenes, que parecen murallas, unas encima de otras, en el ancho de las cuales sembraban las semillas de que comían. Y ahora se ven entre estas piedras algunas figuras de leones y de otros animales fieros, y de hombres con unas armas en las manos a manera de alabardas, como que fuesen guarda del paso, y esto bien

obrado y primamente. Los edificios de las casas eran muchos, y dicen que en ellos había antes que los españoles señoreasen este reino grandes tesoros. Y cierto se ve en estos edificios piedras puestas en ellas labradas y asentadas tan grandes que era menester fuerza de mucha gente y con mucho ingenio para llevarlas y ponerlas donde están. Sin esto se dice por cierto que en estos edificios de Tambo o de otros que tenían este nombre, que no es sólo este lugar el que se llamó Tambo, se halló en cierta parte del palacio real o del templo del Sol oro derretido en lugar de mezcla, con que juntamente con el betún que ellos ponen, quedaban las piedras asentadas unas con otras. Y que el gobernador don Francisco Pizarro hubo de esto mucho antes que los indios lo deshiciesen y llevasen. Y de Pacaritambo dicen algunos españoles, que en veces sacaron cantidad de oro Hernando Pizarro y don Diego de Almagro el mozo. Estas cosas no dejo yo de pensar que es así, cuando me acuerdo de las piezas tan ricas que se vieron en Sevilla llevadas de Caxamalca, adonde se juntó el tesoro que Atahualpa prometió a los españoles, sacado lo más del Cuzco, y fue poco para lo que después se repartió, que se halló por los mismos cristianos y más que lo uno y lo otro lo que los indios han llevado está enterrado en partes que ninguno sabe de ello. Y si la ropa fina que se desperdició y perdió en aquellos tiempos se guardara, valiera tanto que no lo oso afirmar, según tengo que fuera mucho. Y con tanto digo, que los indios que llaman chumbibilcas y los ubinas, y Pomatambo, y otras naciones muchas que no cuento, entran en lo que llaman Condesuyo. Algunos de ellos fueron belicosos, y los pueblos tienen entre sierras altísimas. Poseían suma sin cuento de ganado doméstico y bravo. Las casas todas son de piedra y paja. En muchos lugares había aposentos de los señores. Y tuvieron estos naturales sus ritos y costumbres como todos, y en sus templos sacrificaban corderos y otras cosas. Y es fama que el demonio era visto en un templo que tenían en cierta parte de esa comarca de Condesuyo. Y aún en este tiempo he yo oído a algunos españoles, que se ven apariencias de este nuestro enemigo y adversario. En los ríos que pasan por los aymaraes se ha cogido mucha suma de oro, y se sacaba en el tiempo que yo estaba en el Cuzco.

En Pomatambo y en algunas otras partes de este reino se hace tapicería muy buena por ser muy fina la lana de que se hace, y las colores tan perfec-

tas que sobrepujan a las de otros reinos. En esta provincia de Condesuyo hay muchos ríos, algunos de ellos pasan con puentes de criznejas hechas como tengo ya dicho que se hacen en este reino. Asimismo hay muchas frutas de los naturales, y muchas arboledas. Hay también venados y perdices, y buenos halcones para volarlas.

CAPÍTULO XCV

De las montañas de los Andes y de su gran espesura y de las grandes culebras que en ellas se crían, y de las malas costumbres de los indios que viven en lo interior de la montaña

ESTA CORDILLERA de sierras que se llama de los Andes se tiene por una de las grandes del mundo porque sus principios es desde el estrecho de Magallanes, a lo que se ha visto y cree. Y viene de largo por todo este reino del Perú y atraviesa tantas tierras y provincias que no se puede decir. Toda está llena de altos cerros, algunos de ellos bien poblados de nieve, y otros de bocas de fuego. Son muy dificultosas estas sierras y montañas por su espesura y porque lo más del tiempo llueve en ellas y la tierra es tan sombría, que es menester ir con gran tino, porque las raíces de los árboles salen debajo de ella, y ocupan todo el monte, y cuando quieren pasar caballos se reciba más trabajo en hacer los caminos.

Fama es entre los orejones del Cuzco, que Topaynga Yupangue atravesó con grande ejército esta montaña, y que fueron muy difíciles de conquistar y atraer a su señorío muchas gentes de las que en ellas habitaban. En las faldas de ellas a las vertientes de la mar del Sur eran los naturales de buena razón, y que todos andaban vestidos, y se gobernaron por las leyes y costumbres de los Incas. Y por el consiguiente a las vertientes de la otra mar a la parte del nacimiento del sol, es público que los naturales son de menos razón y entendimiento, los cuales crían gran cantidad de coca que es una hierba preciada entre los indios como diré en el capítulo siguiente. Y como estas montañas sean tan grandes, puédese tener su verdad lo que dicen de haber en ella muchos animales, así como osos, tigres, leones, dantas, puercos, y gaticos pintados con otras salvajinas muchas y que son de ver. Y también se han visto por algunos españoles unas culebras tan grandes que pa-

recen vigas, y estas se dice, que aunque se sienten encima de ellas, y sea su grandeza tan monstruosa, y de talle tan fiero no hace mal ni se muestran fieras en matar ni hacer daño a ninguno. Tratando yo en el Cuzco sobre estas culebras con los indios, me contaron una cosa que aquí diré, la cual escribo porque me la certificaron, y es que en tiempo de Inga Yupangue hijo que fue de Viracoche Ynga, salieron por su mandado ciertos capitanes con mucha gente de guerra a visitar estos Andes, y a someter los indios que pudiesen al imperio de los Incas. Y que entrados en los montes, estas culebras mataron a todos los más de los que iban con los capitanes ya dichos, y que fue el daño tanto que el Inga mostró por ello gran sentimiento. Lo cual visto por una vieja encantadora le dijo que la dejase ir a los Andes, que ella dormiría las culebras de tal manera que nunca hiciesen mal. Y dándole licencia fue adonde habían recibido el daño. Y allí haciendo sus conjuros y diciendo ciertas palabras las volvió de fieras y bravas en tan mansas y bobas como ahora están. Esto puede ser ficción o fábula que estos dicen. Pero lo que ahora se ve es que estas culebras con ser tan grandes ningún daño hacen. Estos Andes, adonde los Ingas tuvieron aposentos y casas principales, en partes fueron muy poblados. La tierra es muy fértil porque se da bien el maíz y yuca, con las otras raíces que ellos siembran, y frutas hay muchas y muy excelentes. Y los más de los españoles vecinos del Cuzco han ya hecho plantar naranjos y limas, higueras, parrales, y otras plantas de España, sin lo cual se hacen grandes platanales, y hay piñas sabrosas y muy olorosas. Bien adentro de estas montañas y espesuras afirman que hay gente tan rústica, que ni tienen casa ni ropa, antes andan como animales, matando con flechas aves y bestias las que pueden comer. Y que no tienen señores ni capitanes, salvo que por las cuevas y huecos de árboles se allegan, uno en unas partes y otros en otras. En las más de las cuales dicen también (que yo no las he visto) que hay unas monas muy grandes que andan por los árboles con las cuales por tentación del demonio (que siempre busca cómo y por dónde los hombres cometerán mayores pecados y más graves) estos usan con ellas como mujeres. Y afirman que algunas parían monstruos que tenían las cabezas y miembros deshonestos como hombres, y las manos y pies como mona. Son según dicen de pequeños cuerpos y de talle monstruoso y vellosos. En fin parecerán (si es verdad que los hay) al demonio su padre.

Dicen más que no tienen habla, sino un gemido o aullido temeroso. Yo esto ni lo afirmo ni dejo de entender, que como muchos hombres de entendimiento y razón, y que saben que hay Dios, gloria e infierno, dejando a sus mujeres se han ensuciado con mulas, perras, yeguas, y otras bestias, que me da pena referirlo puede ser que esto así sea. Yendo yo el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve a los Charcas, a ver las provincias y ciudades que en aquella tierra hay, para lo cual llevaba del presidente Gasca cartas para todos los corregidores, que me diesen favor, para saber y inquirir lo notable de la provincias, acertamos una noche a dormir en una tienda un hidalgo vecino de Málaga llamado Iñigo de Nuncibay y yo, y nos contó un español que allí se halló, cómo por sus ojos había visto en la montaña uno de estos monstruos muerto, del talle y manera dicha. Y Juan de Vargas vecino de la ciudad de la Paz me dijo y afirmó que en Guánuco le decían los indios que oían aullidos de estos diablos o monas. De manera que esta fama hay de este pecado cometido por estos malaventurados. También he oído por muy cierto que Francisco de Almendras, que fue vecino de la villa de Plata tomó a una india y a un perro, cometiendo este pecado y que mandó quemar la india. Y sin todo esto he oído a Lope de Mendieta, y a Juan Ortiz de Zárate, y a otros vecinos de la villa de Plata, que oyeron a indios suyos como en la provincia de Aullaga parió una india de un perro tres o cuatro monstruos, los cuales vivieron pocos días. Pliega a nuestro señor Dios, que aunque nuestras maldades sean tantas y tan grandes, no permita que se cometa pecados tan feos y enormes.

CAPÍTULO XCVI

Cómo en todas las más de las Indias usaron los naturales de ellas traer yerba o raíces en la boca, y de la preciada yerba llamada coca, que se cría en muchas partes de este reino

POR TODAS las partes de las Indias que yo he andado he notado, que los indios naturales muestran gran deleitación en traer en la boca raíces como ramos, o yerbas. Y así en la comarca de la ciudad de Antiocha algunos usan traer de una coca menuda, y en las provincias de Arma de otras yerbas. En las de Quimboya y Ancerma de unos árboles medianos tiernos, y que siem-

pre están muy verdes, cortan unos palotes con los cuales se dan por los dientes sin se cansar. En los más pueblos de los que están sujetos a la ciudad de Cali y Popayán traen por las bocas de la coca menuda ya dicha y de unos pequeños calabazos sacan cierta mixtura o confación que ellos hacen, y puesto en la boca lo traen por ella, haciendo lo mismo de cierta tierra que es a manera de cal. En el Perú en todo él se usó y usa traer esta coca en la boca, y desde la mañana hasta que se van a dormir la traen sin la echar de ella. Preguntando a algunos indios por qué causa traen siempre ocupada la boca con aquesta yerba (la cual no comen, ni hacen más de traerla entre los dientes) dicen que sienten poco la hambre y que se hallan en gran vigor y fuerza. Creo yo que algo lo debe de causar, aunque más me parece una costumbre aviciada y conveniente para semejante gente que estos indios son.

En los Andes de Guamanga hasta la villa de Plata se siembra esta coca, la cual da árboles pequeños y los labran y regalan mucho, para que den la hoja que llaman coca, que es a manera de arrayán. Y sácala al sol y después la ponen en unos cestos largos y angostos, que terná uno de ellos poco más de una arroba. Y fue tan preciada esta coca o yerba en el Perú el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, cincuenta, cincuenta y uno, que no hay para qué pensar, que en el mundo haya habido yerba ni raíz ni cosa criada de árbol que críe y produzca cada año como ésta, fuera la especería, que es cosa diferente, se estimase tanto, porque valieron los repartimientos en estos años, digo lo más del Cuzco, la ciudad de la Paz, la villa de Plata a ochenta mil pesos de renta y a sesenta y a cuarenta y a veinte, y a más, y a menos, todo por esta coca. Y al que le daban encomienda de indios luego ponían por principal los cestos de coca que cogía. En fin teníanlo como por posesión de yerba de Trujillo. Esta coca se llevaba a vender a las minas de Potosí, y diéronse tanto al poner árboles de ella, y coger la hoja, que es esta coca que no vale ya tanto ni con muchos más nunca dejará de ser estimada. Algunos están en España ricos con lo que hubieron del valor de esa coca, mercándola y tornándola a vender, y rescatándola en los tiánguez o mercados a los indios.

CAPÍTULO XCVII

Del camino que se anda desde el Cuzco hasta la ciudad de la Paz, y de los pueblos que hay hasta salir de los indios que llaman canches

DESDE LA CIUDAD del Cuzco hasta la ciudad de la Paz hay ochenta leguas poco más o menos. Y es de saber, que antes que esta ciudad se poblase, fueron términos del Cuzco todos los pueblos y valles que hay sujetos a esta nueva ciudad de la Paz.

Digo pues, que saliendo del Cuzco por el camino real de Collasuyo se va hasta llegar a las angosturas de Mohina quedando a la siniestra mano los aposentos de Quispicanche. Va el camino por este lugar, luego que salen del Cuzco, hecho de calzada ancha y muy fuerte de cantería. En Mohina está un tremedal lleno de cenagales, por los cuales va el camino hecho en grandes cimientos, la calzada de susodicha. Hubo en este Mohina grandes edificios, ya están todos perdidos y deshechos. Y cuando el gobernador don Francisco Pizarro entró en el Cuzco con los españoles, dicen que hallaron cerca de estos edificios, y en ellos mismos, mucha cantidad de plata y de oro y mayor de ropa de la preciada y rica que otras veces he notado. Y a algunos españoles he oído decir que hubo en este lugar un bulto de piedras, conforme al talle de un hombre, con manera de vestidura larga y cuentas en la mano, y otras figuras y bultos. Lo cual era grandeza de los Ingas y señales que ellos querían que quedase para en lo futuro. Y algunos eran ídolos en que adoraban.

Adelante de Mohina está el antiguo pueblo de Urcos, que estará seis leguas del Cuzco. En este camino está una muralla grande y fuerte, y según dicen los naturales, por lo alto de ella venían caños de agua sacada con grande industria de algún río, y traída con la policía y orden que ellos hacen sus acequias. Estaba en esta gran muralla una ancha puerta, en la cual había porteros que cobraban los derechos y tributos que eran obligados a dar a los señores. Y otros mayordomos de los mismos Ingas estaban en este lugar para prender y castigar a los que con atrevimiento eran osados a sacar plata y oro de la ciudad del Cuzco y en esta parte estaban las canteras de donde sacaban las piedras para hacer los edificios, que no son pocos de ver. Está asentado Urcos en un cerro donde hubo aposentos para los señores.

De aquí a Quiquixana hay tres leguas todo de sierras bien ásperas. Por medio de ellas abaja el río de Yucay, en el cual hay puente de la hechura de las otras que se ponen en semejantes ríos. Cerca de este lugar están poblados los indios que llaman cavinas, los cuales antes que fuesen señoreados por los Ingas, tenían abiertas las orejas y puesto en el redondo de ellas aquel ornamento suyo y eran orejones. Mango Capa fundador de la ciudad del Cuzco dicen que los atrajo a su amistad. Andan vestidos con ropa de lana, los más de ellos sin cabellos, y por la cabeza se dan vuelta con una trenza negra. Los pueblos tienen en las sierras, hechas las casas de piedra. Tuvieron antiguamente un templo en gran veneración, a quien llamaban Ausancata [Ausangate], cerca del cual dicen que sus pasados vieron un ídolo o demonio con la figura y traje que ellos traen con el cual tenían su cuenta, haciéndole sacrificios a su uso. Y cuentan estos indios, que tuvieron en los tiempos pasados por cosa cierta que las ánimas que salían de los cuerpos iban a un gran lago, donde su vana creencia les hacía entender haber sido su principio, y que de allí entraban en los cuerpos de los que nacían. Después cómo los señorearon los Ingas, fueron más pulidos y de más razón adoraron al sol, no olvidando el reverenciar a su antiguo templo.

Adelante de esta provincia están los canches, que son indios bien domésticos y de buena razón, faltos de malicia y que siempre fueron provechosos para trabajo, especialmente para sacar metales de plata y oro, y poseyeron mucho ganado de sus ovejas y carneros. Los pueblos que tienen no son más ni menos que los de sus vecinos y así andan vestidos, y traen por señal en las cabezas unas trenzas negras que les vienen por debajo de la barba. Antiguamente cuentan que tuvieron grandes guerras con Viracocheynga, y con otros de sus predecesores, y que puestos en su señorío, los tuvieron en mucho. Usan por armas algunos dardos y hondas, y unos que llaman ayllos, con que prendían a los enemigos. Los enterramientos y religiones suyas conformaban con los ya dichos y las sepulturas tienen hechas por los campos de piedra altas, en las cuales metían a los señores con algunas de sus mujeres y otros sirvientes. No tienen cuenta de honra ni pompa, aunque es verdad que algunos de los señores se muestran soberbios con sus naturales y los tratan ásperamente. En señalados tiempos del año se celebran sus fiestas, teniendo para ello sus días situados. En los aposentos de

los señores tenían sus plazas para hacer sus bailes y adonde el señor comía y bebía.

Hablaban con el demonio en la manera que todos los demás. En toda la tierra de estos canches se da trigo y maíz, y hay muchas perdices y cóndores, y en sus casas tienen los indios muchas gallinas, y por los ríos toman mucho pescado bueno y sabroso.

CAPÍTULO XCVIII

De la provincia de los Canas, y de lo que dicen de Ayavire, que en tiempo de los Ingas fue, a lo que se tiene, gran cosa

LUEGO que salen de los canches, se entra en la provincia de los Canas, que es otra nación de gente, y los pueblos de ellos se llaman en esta manera, Hatuncana, Chicuana, Horuro, Cacha, y otros que no cuento. Andan todos vestidos y lo mismo sus mujeres, y en la cabeza usan ponerse unos bonetes de lana grandes y muy redondos y altos.

Antes que los incas los señoreasen tuvieron en los collados fuertes sus pueblos, de donde salían a darse guerra. Después los bajaron a lo llano, haciéndolos concertadamente. Y también hacen como los canches sus sepulturas en las heredades, y guardan y tienen unas mismas costumbres. En la comarca de esos canas hubo un templo a quien llamaban Ancocagua, en donde sacrificaban conforme a su ceguedad. Y en el pueblo de Chaca había grandes aposentos hechos por mandado de Topaynga Yupangue. Pasado un río está un pequeño cercado, dentro del cual se halló alguna cantidad de oro, porque dicen, que a conmemoración y remembranza de su dios Ticeuiracocha [Ticci Viracocha], a quien llaman hacedor, estaba hecho este templo, y puesto en él un ídolo de piedra, de la estatura de un hombre con su vestimenta y una corona o tiara en la cabeza. Algunos dijeron que podía ser esta hechura a figura de algún apóstol que llegó a esta tierra. De lo cual en la segunda parte trataré lo que de esto sentí y pude entender, y lo que dicen del fuego del cielo que abajó, el cual convirtió en ceniza muchas piedras. En toda esta comarca de los canas hace frío y lo mismo en los canches y es bien proveída de mantenimientos y ganados. Al poniente tienen la mar del Sur y al oriente la espesura de los Andes. Del pueblo de

Chiquana que es de esta provincia de los canas hasta el de Ayavire habrá quince leguas, en el cual término hay algunos pueblos de estos canas y muchos llanos y grandes vegas bien aparejadas para criar ganados, aunque el ser fría esta región demasiadamente lo estorba. Y la muchedumbre de yerba que en ella se cría no da provecho sino es a los guanacos y vicuñas. Antiguamente fue (a lo que dicen) gran cosa de ver este pueblo de Ayavire, y en este tiempo lo es, especialmente las grandes sepulturas que tiene, que son tantas, que ocupan más campo que la población. Afirman por cierto los indios que los naturales de este pueblo de Ayavire fueron del linaje y prosapia de los canas, y que Inga Yupangue tuvo con ellos algunas guerras y batallas, en las cuales de más de quedar vencidos del Inga, se hallaron tan quebrantados que hubieron de rendirse y darse por sus siervos, por no acabar de perderse. Mas como alguno de los Incas debieron ser vengativos, cuentan más, que después de haber con engaño y cautela muerto el Inga mucho número de indios de Copacopa y de otros pueblos confinantes a la montaña de los Andes, hizo lo mismo de los naturales de Ayavire, de tal manera que pocos o ningunos quedaron vivos, y los que escaparon es público que andaban por las sementeras llamando a sus mayores muertos de mucho tiempo, y lamentando su perdición con gemidos de gran sentimiento la destrucción que por ellos y por su pueblo había venido. Y como este Ayavire está en gran comarca, y cerca de él corre un río muy bueno, mandó Ynga Yupangue, que le hiciesen unos palacios grandes y conforme al uso de ellos se edificaron, haciendo también muchos depósitos pegados a la falda de una pequeña sierra, donde metían los tributos. Y como cosa importante y principal mandó fundar templo del Sol.

Hecho esto, como los naturales de Ayavire faltasen por la causa dicha, Inga Yupangue mandó que viniesen de las naciones comarcanas indios con sus mujeres (que son los que llaman mitimaes) para que fuesen señores de los campos y heredades de los muertos, e hiciesen la población grande y concertada junto al templo del Sol y a los aposentos principales. Y dende en adelante fue en crecimiento este pueblo, hasta que los españoles entraron en este reino. Y después con las guerras y calamidades pasadas ha venido en gran disminución, como todos los demás. Yo entré en el tiempo que estaba encomendado a Juan de Pancorvo vecino del Cuzco, y con las mejo-

res lenguas que se pudieron haber entendió este suceso que escribo. Cerca de este pueblo está un templo desbaratado, donde antiguamente hacían los sacrificios. Y tuve por cosa grande las muchas sepulturas que están y se parecen por toda la redonda de este pueblo.

CAPÍTULO XCIX

De la gran comarca que tienen los collas y la disposición de la tierra donde están sus pueblos y de cómo tenían puestos mitimaes para proveimiento de ellos

ESTA PARTE que llaman collas es la mayor comarca a mi ver de todo el Perú, y la más poblada. Desde Ayavire comienzan los collas, y llegan hasta Caracollo. Al Oriente tienen las montañas de los Andes, al poniente las cabezadas de las sierras nevadas, y las vertientes de ellas que van a parar a la mar del Sur. Sin la tierra que ocupan con sus pueblos y labores hay grandes despoblados y que están bien llenos de ganado silvestre. Es la tierra del Collao toda llana, y por muchas partes corren ríos de buen agua. Y en estos llanos hay hermosas vegas muy espaciosas y que siempre tienen yerba en cantidad y a tiempos muy verdes aunque en el estío se agosta como en España. El invierno comienza (como ya he escrito) de octubre, y dura hasta abril. Los días y las noches son casi iguales, y en esta comarca hace más frío que en ninguna otra de las del Perú, fuera los altos y sierras nevadas, y cáusalo ser la tierra alta, tanto que ahína emparejara con las sierras. Y cierto si esta tierra del Collao fuera un valle hondo, como el de Xauxa o Chuquiabo, que pudiera dar maíz, se tuviera por lo mejor y más rico de gran parte de estas Indias. Caminando con viento, es gran trabajo andar por estos llanos del Collao, faltando el viento y haciendo sol, de gran contento ver tan lindas vegas y tan pobladas, pero como sea tan fría no da fruto el maíz, ni han ningún género de árboles. Antes es tan estéril que no da frutas de las muchas que otros valles producen y crían. Los pueblos tienen los naturales juntos, pegadas las casas unas con otras no muy grandes todas hechas de piedra, y por cobertura paja, de la que todos en lugar de teja suelen usar. Y fue antiguamente muy poblada toda esta región de los collas, y adonde hubo grandes pueblos todos juntos. Alrededor de los cuales tienen los in-

dios sus sementeras, donde siembran sus comidas. El principal mantenimiento de ellos es papas, que son como turmas de tierra, según otras veces he declarado en esta historia, y éstas las secan al sol, y guardan de una cosecha para otra. Y llaman a esta papa después de estar seca *chuño* y entre ellos es estimada y tenida en gran precio, porque no tienen agua de acequias como otros muchos de este reino para regar sus campos, antes sí les falta el agua natural para hacer las sementeras, padecen necesidad y trabajo, si no se hallan con este mantenimiento de las papas secas. Y muchos españoles enriquecieron y fueron a España prósperos con solamente llevar de este chuño a vender a las minas de Potosí. Tienen otra suerte de comida llamada *oca*, que es por el consiguiente provechosa, aunque más lo es la semilla que también cogen llamada *quinua*, que es menuda como arroz. Siendo el año abundante todos los moradores de este Collao viven contentos y sin necesidad; mas si es estéril y falto de agua, pasan grandísima necesidad. Aunque a la verdad como los reyes Ingas que mandaron este imperio fueron tan sabios y de tan buena gobernación, y tan bien proveídos, establecieron cosas y ordenaron leyes a su usanza que verdaderamente, si no fuera mediante ello, las más de las gentes de su señorío pasaran gran trabajo, y vivieran con gran necesidad, como antes que por ellos fueron señoreados. Y esto helo dicho, porque en estos collas y en todos los más valles del Perú, que por ser fríos no eran tan fértiles y abundantes como los pueblos cálidos y bien proveídos, mandaron que pues la gran serranía de los Andes comarcaba con la mayor parte de los pueblos, que de cada uno saliese cierta cantidad de indios con sus mujeres, y estos tales puestos en las partes que sus caciques les mandaban y señalaban, labraban los campos, en donde sembraban lo que faltaba en sus naturalezas proveyendo con el fruto que cogían a sus señores o capitanes y eran llamados mitimaes.

Hoy día sirven y están debajo de la encomienda principal, y crían y curan la preciada coca. Por manera que aunque en todo el Collao no se coge ni siembra maíz, no les falta a los señores naturales de él, ni a los que lo querían procurar con la orden ya dicha, porque nunca dejan de traer cargas de maíz, coca, y frutas de todo género y cantidad de miel, la cual hay en toda la mayor parte de estas espesuras criada en la concavidad de los árboles, de la manera que conté en lo de Quimbaya. En la provincia de los Char-

cas hay de esta miel muy buena. Francisco de Carvajal, maestro de campo de Gonzalo Pizarro, el cual se dio por traidor, dicen que siempre comía de esta miel, y aunque la bebía como si fuera agua o vino afirmando hallarse con ella sano y muy recio, y así estaba él cuando yo lo vi ajusticiar en el valle de Xaquixaguana con gran sujeto, aunque pasaba de ochenta años su edad, a la cuenta suya.

CAPÍTULO C

De lo que se dice de estos collas de su origen y traje, y cómo hacían sus enterramientos cuando morían

MUCHOS de estos indios cuentan que oyeron a sus antiguos, que hubo en los tiempos pasados un diluvio grande y de la manera que yo escribo en el tercero capítulo de la segunda parte. Y dan a entender, que es mucha la antigüedad de sus antepasados, de cuyo origen cuentan tantos dichos y fábulas, si lo son, que no quiero detenerme en lo escribir, porque unos dicen que salieron de una fuente, otros que de una peña, otros de lagunas. De manera que su origen no se puede sacar de ellos otra cosa. Concuerdan unos y otros que sus antecesores vivían con poca orden, antes que los Ingas los señoreasen, y que por lo alto de los cerros tenían sus pueblos fuertes, de donde se daban guerra. Y que eran viciosos en otras costumbres malas. Después tomaron de los Ingas lo que todos los que quedaban por sus vasallos aprendían, e hicieron sus pueblos de la manera que ahora los tienen. Andan vestidos de ropa de lana ellos y sus mujeres. Las cuales dicen que puesto que antes que se casen pueden andar sueltamente, si después de entregada al marido le hace traición usando de su cuerpo con otro varón, la mataban. En las cabezas traen puestos unos bonetes a manera de morteros hechos de su lana, que nombran chucos, y tiénenlas todos muy largas y sin colodrillo porque desde niños se las quebrantan y ponen como quieren, según tengo escrito. Las mujeres se ponen en la cabeza unos capillos casi del talle de los que tienen los frailes. Antes que los Ingas reinasen, cuentan muchos indios de esos collas, que hubo en su provincia dos grandes señores, el uno tenía por nombre Zapana y el otro Cari, y que estos conquistaron muchos pucaras que son sus fortalezas. Y el uno de ellos en-

tró en la laguna de Titicaca, y que halló en la isla mayor que tiene aquel palude gentes blancas, y que tenían barbas, con los cuales peleó de tal manera, que los pudo matar a todos. Y más dicen, que pasado esto, tuvieron grandes batallas con los canas y con los canches. Y al fin de haber hecho notables cosas estos dos tiranos o señores que se habían levantado en el Collao, volvieron las armas contra sí, dándose guerra el uno al otro procurando el amistad y favor de Viracoche Inga, que en aquellos tiempos reinaba en el Cuzco, el cual trató la paz en Chucuito con Cari, y tuvo tales mañas que sin guerra se hizo señor de muchas gentes de estos collas. Los señores principales andan muy acompañados y cuando van camino los llevan en andas, y son muy servidos de todos sus indios. Por los despoblados y lugares secretos tenían sus guacas o templos, donde honraban sus dioses, usando de sus vanidades y hablando en los oráculos con el demonio los que para ellos eran elegidos. La cosa más notable y de ver que hay en este Collao a mi ver es las sepulturas de los muertos.

Cuando yo pasé por él, me detenía a escribir lo que entendía de las cosas que había que notar de esos indios. Y verdaderamente me admiraba, en pensar cómo los vivos se daban poco por tener casas grandes y galanas, y con cuánto cuidado adornaban las sepulturas donde se habían de enterrar, como si toda su felicidad no consistiera en otra cosa. Y así por las vegas y llanos cerca de los pueblos estaban las sepulturas de estos indios hechas como pequeñas torres de cuatro esquinas, una de piedra sola, y otras de piedra y tierra, algunas anchas y otras angostas, en fin como tenía la posibilidad que las edificaban. Los capiteles, algunos estaban cubiertos con paja, otros con unas losas grandes. Y parecióme que tenían las puertas estas sepulturas hacia la parte de levante. Cuando morían los naturales en este Collao, llorábanlos con grandes lloros muchos días, teniendo las mujeres bordones en las manos, y ceñidas por los cuerpos, y los parientes del muerto traía cada uno lo que podía, así de ovejas, corderos, maíz, como de otras cosas, y antes que enterrasen al muerto, mataban las ovejas y ponían las asaduras en las plazas que tienen en sus aposentos. En los días que lloran a los difuntos antes de los haber enterrado, del maíz suyo o del que los parientes han ofrecido hacían mucho de su vino o brebaje para beber. Y como hubiese gran cantidad de este vino, tienen al difunto por más honrado, que

si se gastase poco. Hecho pues su brebaje, y muertas las ovejas y corderos dicen que llevaban al difunto a los campos, donde tenían las sepulturas, yendo (si era señor) acompañando al cuerpo la más gente del pueblo, y junto a ella quemaban diez ovejas, o veinte, o más o menos como quien era el difunto. Y mataban las mujeres, niños y criados que habían de enviar con él, para que le sirviesen conforme a su vanidad. Y estos tales juntamente con algunas ovejas, y otras cosas de su casa, entierran junto con el cuerpo en la misma sepultura, metiendo (según también se usa entre todos ellos) algunas personas vivas. Y enterrado el difunto de esta manera, se vuelven todos los que le habían ido a honrar a la casa donde le sacaron, y allí comen la comida que se había recogido, y beben la chicha que se había hecho, saliendo de cuando en cuando a las plazas que hay hechas junto a las casas de los señores, en donde en corro, y como lo tienen de costumbre, bailan llorando. Y esto dura algunos días, en fin de los cuales, habiendo mandado juntar los indios y indias más pobres les dan a comer y beber lo que ha sobrado. Y si por caso el difunto era señor grande, dicen que no luego en muriendo le enterraban, porque antes que lo hiciesen lo tenían algunos días, usando de otras vanidades que no digo. Lo cual hecho, dicen que salen por el pueblo las mujeres que habían quedado sin se matar, y otras sirvientas con sus mantas y capirotes. Y de éstas unas llevan en las manos las armas del señor, otras el ornamento que se ponían en la cabeza y otras sus ropas, finalmente llevan el duho en que se sentaba, y otras cosas, y andaban a son de un atambor que lleva delante un indio que va llorando, y todos dicen palabras dolorosas y tristes. Y así van endechando por las más partes del pueblo, diciendo en sus cantos lo que por el señor pasó siendo vivo, y otras cosas a esto tocantes. En el pueblo de Nicasio me acuerdo cuando iba a los Charcas, que yendo juntos un Diego de Uceda vecino que es de la ciudad de la Paz y yo, vimos ciertas mujeres andar de la suerte ya dicha, y con los lenguas del mismo pueblo entendimos que decían lo contado en este capítulo que ellos usan, y aun dijo uno de los que allí estaban, cuando acaben estas indias de llorar, luego se han de embriagar y matarse algunas de ellas, para ir a tener compañía al señor que ahora murió. En muchos otros pueblos he visto llorar muchos días a los difuntos y ponerse las mujeres por las cabezas sogas de esparto, para mostrar más sentimiento.

CAPÍTULO CI

De cómo usaron hacer sus honras y cabos de año estos indios, y de cómo tuvieron antiguamente sus templos

COMO ESTAS gentes tuviesen en tanto poner los muertos en las sepulturas, como se ha declarado en el capítulo ante de éste. Pasado el entierro las mujeres y sirvientes que quedaban se trasquilaban los cabellos, poniéndose las más comunes ropas suyas sin darse mucho por curar de sus personas. Sin lo cual por hacer más notable el sentimiento, se ponían por sus cabezas sogas de esparto y gastaban en continuos lloros, si el muerto era señor, un año sin hacer en la casa donde él moría lumbre por algunos días. Y como estos fuesen engañados por el demonio, por la permisión de Dios, como todos los demás, con las falsas apariencias que hacía, haciendo con sus ilusiones demostración de algunas personas de las que eran ya muertas, por las heredades, parecíales que los veían adornados y vestidos como los pusieron en las sepulturas. Y para echar más cargo a sus difuntos, usaron y usan estos indios hacer sus cabos de año, para lo cual llevan a su tiempo algunas yerbas, y animales, los cuales matan junto a las sepulturas, y queman mucho sebo de corderos. Lo cual hecho, vierten muchas vasijas de su brebaje por las mismas sepulturas, y con ello dan fin a su costumbre tan ciega y vana. Y como fuese esta nación de los collas tan grande, tuvieron antiguamente grandes templos, y sus ritos, venerando mucho a los que tenían por sacerdotes, y que hablaban con el demonio. Y guardaban sus fiestas en el tiempo del coger las papas, que es su principal mantenimiento, matando de sus animales para hacer los sacrificios semejantes. En este tiempo no sabemos que tengan templo público, antes por la voluntad de nuestro Dios y señor se han fundado muchas iglesias católicas donde los sacerdotes nuestros predican el santo evangelio, enseñando la fe a todos los que de estos indios quieren recibir agua del bautismo. Y cierto si no hubiera habido las guerras, y nosotros con verdadera intención y propósito hubiéramos procurado la conversión de estas gentes, tengo para mí, que muchos que se han condenado de estos indios se hubieran salvado.

En este tiempo, por muchas partes de este Collao andan y están frailes y clérigos puestos por los señores que tienen encomienda sobre los indios,

que entienden en doctrinarlos. Lo cual pliega a Dios lleve adelante, sin mirar nuestros pecados. Estos naturales del Collao dicen lo que todos los más de la sierra, que el hacedor de todas las cosas se llama Ticeviracocha, y conocen que su asiento principal es el cielo. Pero engañados del demonio, adoraban en dioses diversos, como todos los gentiles hicieron. Usan de una manera de romances o cantares, con los cuales les queda memoria de sus acaecimientos, sin se les olvidar, aunque carecen de letras. Y entre los naturales de este Collao hay hombres de buena razón, y que la dan de sí en lo que les preguntan y de ellos quieren saber. Y tienen cuenta del tiempo, y conocieron algunos movimientos, así del sol como de la luna, que es causa que ellos tengan su cuenta al uso de como lo aprendieron de tener sus años, los cuales hacen de diez en diez meses. Y así entendí yo de ellos que nombraban al año *mari* y al mes luna *alespaquexe* y al día *auro*.

Cuando estos quedaron por vasallos de los Ingas, hicieron por su mandado grandes templos, así en la isla de Titicaca, como en Hatuncolla, y en otras partes. De esto se tiene, que aborrecían el pecado nefando, puesto que dicen de los rústicos que andaban guardando ganado los usaban secretamente, y los que ponían en los templos por inducimiento del demonio, como ya tengo contado.

CAPÍTULO CII

De las antiguallas que hay en Pucara y de lo mucho que dicen que fue Hatuncolla, y del pueblo llamado Azángaro y de otras cosas que de aquí se cuentan

YA QUE HE tratado algunas cosas de los que yo pude entender de los collas, lo más brevemente que he podido, me parece proseguir con mi escritura por el camino real, para dar relación particular de los pueblos que hay hasta llegar a la ciudad de la Paz, que está fundada en el valle de Chuquiabo, términos de esta gran comarca del Collao. De lo cual digo, que desde Ayavire, yendo por el camino real, se va hasta llegar a Pucara, que quiere decir cosa fuerte, que está cuatro leguas de Ayavire. Y es fama entre estos indios, que antiguamente hubo en este Pucara gran poblado. En este tiempo casi no hay indio. Yo estuve un día en este lugar mirándolo todo.

Los comarcanos a él dicen que Topaynga Yupangue tuvo en tiempo de su reinado cercados estos indios muchos días, porque primero que los pudiese sujetar, se mostraron tan valerosos, que le mataron mucha gente. Pero como al fin quedasen vencidos, mandó el Inga por memoria de su victoria hacer grandes bultos de piedra, si es así yo no lo sé, más de lo que dicen. Lo que vi en este Pucara es grandes edificios arruinados y desbaratados, y muchos bultos de piedra, figurados en ellas figuras humanas, y otras cosas dignas de notar. De este Pucara hasta Hatuncolla hay cantidad de quince leguas. En el comedio de ellas están algunos pueblos como son Nicasio, Xullaca [Juliaca], y otros. Hatuncolla fue en los tiempos pasados la más principal cosa del Collao. Y afirman los naturales de él que antes que los Ingas los sojuzgasen los mandaron Zapana y otros descendientes suyos, los cuales pudieron tanto, que ganaron muchos despojos en batallas que dieron a los comarcanos. Y después los Ingas adornaron este pueblo con crecimiento de edificios, y mucha cantidad de depósitos, adonde por su mandado se ponían los tributos que se traían de las comarcas, y había templo del Sol con número de mamaconas y sacerdotes para servicio de él, y cantidad de mitimaes, y gente de guerra puesta por frontera para guarda de la provincia, y seguridad de que no se levantase tirano ninguno contra el que ellos tenían por su soberano señor. De manera que se puede con verdad afirmar, haber sido Hatuncolla gran cosa, y así lo muestra su nombre, porque Hatun quiere decir en nuestra lengua grande. En el tiempo presente todo está perdido y faltan de los naturales la mayor parte, que se han consumido con la guerra. De Ayavire (el que ya queda atrás) sale otro camino que llaman Omasuyo que pasa por la otra parte de la gran laguna de que luego diré, y más cerca de la montaña de los Andes, iban por él a los grandes pueblos de Horuro, y Asillo, y Assángaro, y a otros, que no son de poca estima antes se tienen por muy ricos así de ganados como de mantenimiento. Cuando los Ingas señoreaban este reino tenían por todos estos pueblos muchas manadas de sus ovejas y carneros. Está en el paraje de ellos en el monte de la serranía el nombrado y riquísimo río de Caruaya [Carabaya], donde en los años pasados se sacaron más de un millón y setecientos mil pesos de oro tan fino que subía de la ley, y de este oro todavía se halla en el río, pero sácase con trabajo y con muerte de los indios, si ellos son los que

lo han de sacar, por tenerse por enfermo aquel lugar a lo que dicen, pero la riqueza del río es grande.

CAPÍTULO CIII

De la gran laguna que está en esta comarca del Collao, y cuán honda es, y del templo de Titicaca

COMO SEA tan grande esta tierra del Collao (según se dijo en los capítulos pasados) hay sin lo poblado muchos desiertos y montes nevados, y otros campos bien poblados de yerba, que sirve de mantenimiento para el ganado campesino, que por todas partes anda. Y en el comedio de la provincia se hace una laguna la mayor y más ancha que se ha hallado ni visto en la mayor parte de estas Indias, y junto a ella están los más pueblos del Collao. Y en islas grandes que tiene este lago siembran sus sementeras, y guardan las cosas preciadas por tenerlas más seguras, que en los pueblos que están en los caminos. Acuérdome, que tengo ya dicho, como hace en esta provincia tanto frío, que no solamente no hay arboledas de frutales, pero el maíz no se siembra porque tampoco da fruto por la misma razón. En los juncales de este lago hay grande número de pájaros de muchos géneros, y patos grandes, y otras aves, y matan en ella dos o tres géneros de peces bien sabrosos, aunque se tiene por enfermo lo más de ello. Esta laguna es tan grande, que tiene de contorno ochenta leguas, y tan honda, que el capitán Juan Ladrillero me dijo a mí, que por algunas partes de ella andando en sus bergantines se hallaba tener setenta y ochenta brazas y más, y en partes menos.

En fin de esto y en las olas que hace, cuando el viento la sopla parece algún seno de mar. Querer yo decir cómo está reclusa tanta agua en aquella laguna y de dónde nace, no lo sé, porque puesto que muchos ríos y arroyos entren en ella, paréceme que de ellos solos no bastaba a se hacer lo que hay, mayormente saliendo lo que de esta laguna se desagua por otra menor que llaman de los Aulagas. Podría ser que del tiempo del diluvio quedó así con esta agua que vemos, porque a mi ver si fuera ojo de mar, estuviera salobre el agua y no dulce, cuánto más que estará de la mar más de sesenta leguas. Y toda esta agua desagua por un río hondo, y que se tuvo por gran fuerza para esta comarca, al cual llaman Desaguadero, y entra en la laguna que digo

arriba llamarse de los Aulagas. Otra cosa se nota sobre este caso, y es, que vemos como el agua de una laguna entra en la otra (ésta es la del Collao en la de los Aulagas) y no cómo sale, aunque por todas partes se ha andado el lago de los Aulagas. Y sobre esto he oído a españoles y indios, que en unos valles de los que están cercanos a la mar del Sur se han visto y ven continuo ojos de agua que van por debajo de tierra a dar a la misma mar, y creen que podría ser que fuese el agua de estos lagos, desaguando por algunas partes, abriendo camino por las entrañas de la misma tierra, hasta ir a parar donde todos van, que es la mar, la gran laguna del Collao tiene por nombre Titicaca por el templo que estuvo edificado en la misma laguna. De donde los naturales tuvieron por opinión una vanidad muy grande, y es, que cuentan estos indios que sus antiguos lo afirmaron por cierto, como hicieron otras burlerías que dicen, que carecieron de lumbre muchos días, y que estando todos puestos en tinieblas y obscuridad, salió de esta isla de Titicaca el sol muy resplandeciente, por la cual la tuvieron por cosa sagrada, y los Ingas hicieron en ella el templo que digo, que fue entre ellos muy estimado y venerado a honra de su sol, poniendo en él mujeres vírgenes y sacerdotes con grandes tesoros. De lo cual puesto que los españoles en diversos tiempos han habido mucho, se tiene que falta lo más. Y si estos indios tuvieron alguna falta de la lumbre que dicen, podría ser causado por algún eclipse del sol. Y como ellos son tan agoreros fingirían esta fábula, y también les ayudarían a ello las ilusiones del demonio, permitiéndolo Dios por sus pecados de ellos.

CAPÍTULO CIV

En que se continúa este camino y se declaran los pueblos que hay hasta llegar a Tiaguanaco

PUES VOLVIENDO adonde dejé el camino que prosigo en esta escritura, que fue en Hatuncolla, digo que de él se pasa por Paucarcolla y por otros pueblos de esta nación de los collas hasta llegar a Chucuito, que es la más principal y entera población que hay en la mayor parte de este gran reino, el cual ha sido y es cabeza de los indios que su majestad tiene en esta comarca. Y es cierto, que antiguamente los Ingas también tuvieron por importan-

te cosa a este Chucuito, y es de lo más antiguo de todo lo que se ha escrito, a la cuenta que los mismos indios dan. Cariapasa fue señor de este pueblo, y para ser indio fue hombre bien entendido. Hay en él grandes aposentos, y antes que fuesen señoreados por los Ingas, pudieron mucho los señores de este pueblo, de los cuales cuentan dos por los más principales, y los nombran Cari y Yumalla. En este tiempo es (como digo) la cabecera de los indios de su majestad, cuyos pueblos se nombran, Xuli [Juli], Chilane, Acos, Pomata, Cepita, y en ellos hay señores y mandan muchos indios. Cuando yo pasé por aquella parte era corregidor Ximón Pinto y gobernador don Gaspar, indio harto entendido y de buena razón. Son ricos de ganado de sus ovejas y tienen muchos mantenimientos de los naturales. Y en las islas y en otras partes tienen puestos mitimaes para sembrar su coca y maíz. En los pueblos ya dichos hay iglesias muy labradas, fundadas las más por el reverendo padre fray Thomás de San Martín provincial de los dominicos. Y los muchachos y los que más quieren se juntan a oír la doctrina evangélica que les predican frailes y clérigos. Y los más de los señores se han vuelto cristianos. Por junto a Cepita pasa el Desaguadero, donde en tiempo de los Ingas solía haber portalgueros que cobraban tributos de los que pasaban la puente, la cual era hecha de haces de avena, de tal manera que por ella pasan caballos y hombres, y lo demás. En uno de estos pueblos llamado Xuli dio garrote el maestro de campo Francisco de Carvajal al capitán Hernando Bachicao, en ejemplo para conocer que pudo ser azote de Dios las guerras civiles y debates que hubo en el Perú, pues unos a otros se mataban con tanta crueldad, como se dirá en su lugar.

Más adelante de estos pueblos está Guaqui, donde hubo aposentos de los Ingas, y está hecha en él iglesia para que los niños oigan en ella la doctrina a sus horas.

CAPÍTULO CV

Del pueblo de Tiaguanaco y de los edificios tan grandes y antiguos que en él se ven

TIAGUANACO no es pueblo muy grande, pero es mentado por los grandes edificios que tiene, que cierto son cosa notable y para ver. Cerca de los

aposentos principales está un collado hecho a mano, armado sobre grandes cimientos de piedra. Más adelante de este cerro están dos ídolos de piedra del talle y figura humana muy primamente hechos y formadas las facciones, tanto que parece que se hiciera por mano de grandes artífices o maestros. Son tan grandes, que parecen pequeños gigantes, y vese que tienen forma de vestimentas largas diferenciadas de las que vemos a los naturales de estas provincias. En las cabezas parece tener su ornamento. Cerca de estas estatuas de piedra está otro edificio, del cual la antigüedad suya y falta de letras es causa para ello que no se sepa qué gentes hicieron tan grandes cimientos y fuerzas, y qué tanto tiempo por ello ha pasado porque de presente no se ve más que una muralla muy bien obrada, y que debe de haber muchos tiempos y edades que se hizo. Algunas de las piedras están muy gastadas y consumidas. Y en esta parte hay piedras tan grandes y crecidas, que causa admiración pensar cómo siendo de tanta grandeza bastaron fuerzas humanas a las traer donde las vemos. Y mucha de estas piedras que digo, están labradas de diferentes maneras, y algunas de ellas tienen forma de cuerpo de hombres, que debieron ser sus ídolos. Junto a la muralla hay muchos huecos y concavidades debajo de tierra.

En otro lugar más hacia el poniente de este edificio están otras mayores antiguallas, porque hay muchas portadas grandes con sus quicios, umbrales, y portaletes, todo de una sola piedra. Lo que yo más noté, cuando anduve mirando y escribiendo estas cosas fue que de estas portadas tan grandes salían otras mayores piedras sobre que estaban formadas, de las cuales tenían algunas treinta pies en ancho y de largo quince y más, y de frente seis. Y esto y la portada y sus quicios y umbrales era una sola piedra, que es cosa de mucha grandeza bien considerada esta obra. La cual yo ni alcanzo ni entiendo con qué instrumentos y herramienta se labró, porque bien se puede tener que antes que estas tan grandes piedras se labrasen, ni pusiesen en perfección mucho mayores debían estar, para las dejar como las vemos. Y nótase por lo que se ve de estos edificios, que no se acabaron de hacer, porque en ellos no hay más que estas portadas y otras piedras de extraña grandeza, que yo vi labrada algunas y aderezadas para poner en el edificio, del cual estaba algo desviado un retrete pequeño, donde está puesto un gran ídolo que debían adorar. Y aún es fama, que junto a este ídolo se halló algu-

na cantidad de oro, y alrededor de este templo había otro número de piedras grandes y pequeñas, labradas y talladas como las ya dichas.

Otras cosas hay más que decir de este Tiaguanaco, que paso por no detenerme, concluyendo que yo para mí tengo esta antigualla por la más antigua de todo el Perú. Y así se tiene, que antes que los Ingas reinasen con muchos tiempos, estaban hechos algunos edificios de éstos, porque yo he oído afirmar a indios, que los Ingas hicieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla o pared que se ve en este pueblo. Y aun dicen más, que los primeros Ingas practicaron de hacer su corte y asiento de ella en este Tiaguanaco. También se nota otra cosa grande y es, que en muy gran parte de esta comarca no hay ni se ven rocas, canteras, ni piedras donde pudiesen haber sacado las muchas que vemos. Y para traerlas no debía de juntarse poca gente. Yo pregunté a los naturales en presencia de Juan de Varagas (que es el que sobre ellos tiene encomienda) si estos edificios se habían hecho en tiempo de los Ingas, y riéronse de esta pregunta, afirmando ya lo dicho, que antes que ellos reinasen estaban hechos, mas que ellos no podían decir ni afirmar quién los hizo, mas de que oyeron a sus pasados que en una noche remaneció hecho lo que allí se veía. Por esto, y por lo que también dicen haber visto en la isla de Titicaca hombres barbados y haber hecho el edificio de Vinaque semejante gente, digo que por ventura pudo ser que antes que los Ingas mandasen, debió de haber alguna gente de entendimiento en estos reinos, venida por alguna parte que no se sabe, los cuales harían estas cosas, y siendo pocos y los naturales tantos, serían muertos en las guerras.

Por estar estas cosas tan ciegas, podemos decir, que bienaventurada la invención de las letras, que con la virtud de su sonido dura la memoria muchos siglos, y hacen que vuele la fama de las cosas que suceden por el universo, y no ignoramos lo que queremos, teniendo en las manos la lectura. Y como en este nuevo mundo de Indias no se hayan hallado letras, vamos a tino en muchas cosas. Apartados de estos edificios, están los aposentos de los Ingas, y la casa donde nació Mango Inga hijo de Guaynacapa. Y están junto a ellos dos sepulturas de los señores naturales de este pueblo, tan altas como torres anchas y esquinadas, las puertas al nacimiento del sol.

CAPÍTULO CVI

De la fundación de la ciudad llamada nuestra señora de la Paz y quién fue el fundador, y el camino que de ella hay hasta la villa de Plata

DEL PUEBLO de Tiaguanaco, yendo por el camino derecho, se va hasta llegar al de Viacha, que está de Tiaguanaco siete leguas, quedan a la siniestra mano los pueblos llamados Cacayauire, Caquingora, Mallama, y otros de estas calidad, que me parece va poco en que se nombren todos en particular. Entre ellos está el llano junto a otro pueblo que nombran Guarina, lugar que fue donde en los días pasados se dio batalla entre Diego Centeno y Gonzalo Pizarro. Fue cosa notable (como se escribirá en su lugar) y adonde murieron muchos capitanes y caballeros de los que seguían el partido del rey debajo de la bandera del capitán Diego Centeno, y algunos de los que eran cómplices de Gonzalo Pizarro, el cual fue Dios servido que quedase por vencedor de ella. Para allegar a la ciudad de la Paz, se deja el camino real de los Ingas, y se sale al pueblo de Laxa. Adelante de él una jornada está la ciudad puesta en la angostura de un pequeño valle que hacen las sierras, y en la parte más dispuesta y llana se fundó la ciudad, por causa del agua y leña, que hay mucha en este pequeño valle, como por ser sierra más templada que los llanos y vegas del Collao, que están por lo alto de ella, adonde no hay las cosas, que para proveimiento de semejantes ciudades requiera que halla. No embargante que se ha tratado entre los vecinos de la mudar cerca de la laguna grande de Titicaca, o junto a los pueblos de Tiaguanaco, o de Guaqui. Pero ella se quedará fundada en el asiento y aposentos del valle de Chuquiabo que fue donde en los años pasados se sacó gran cantidad de oro de mineros ricos que hay en este lugar. Los Ingas tuvieron por gran cosa a este Chuquiabo. Cerca de él está el pueblo de Oyune [Uyuni], donde dicen que está en la cumbre de un gran monte de nieve gran tesoro escondido en un templo que los antiguos tuvieron, el cual no se puede hallar, ni saben a qué parte está. Fundó y pobló esta ciudad de Nuestra Señora de la Paz el capitán Alonso de Mendoza, en nombre del emperador nuestro señor, siendo presidente en este reino el licenciado Pedro de la Gasca, año de nuestra reparación de mil y quinientos y cuarenta y nueve

años. En este valle que hacen las sierras donde está fundada la ciudad, siembran maíz, y algunos árboles aunque pocos, y se cría hortalizas y legumbres de España. Los españoles son bien proveídos de mantenimientos y pescado de la laguna, y de muchas frutas que traen de los valles calientes, adonde se siembra gran cantidad de trigo, y crían vacas, cabras, y otros ganados. Tiene esta ciudad ásperas y dificultosas salidas por estar como digo entre las sierras. Junto a ella pasan un pequeño río de muy buena agua. De esta ciudad de la Paz hasta la villa de Plata, que es en la provincia de los charcas, hay noventa leguas poco más o menos. De aquí para proseguir con orden, volveré al camino real que dejé, y así digo, que desde Viacha se va hasta Hayohayo, donde hubo grandes aposentos para los Ingas. Y más adelante de Hayohayo está Siquisica [Sicasica], que es hasta donde llega la comarca de los collas. Puesto que a una parte y a otra hay de estos pueblos otros algunos. De este pueblo de Siquisica van al pueblo de Caracollo, que está once leguas de él, el cual está asentado en unas vegas de campaña cerca de la gran provincia de Paria, que fue cosa muy estimada por los Ingas. Y andan vestidos los naturales de la provincia de Paria como todos los demás, y traen por ornamento en las cabezas un tocado a manera de bonetes pequeños hechos de lana. Fueron los señores muy servidos de sus indios y había depósitos y aposentos reales para los Ingas, y templo del Sol. Ahora se ve gran cantidad de sepulturas altas, donde metían sus difuntos. Los pueblos de indios sujetados a Paria, que son Caponota [Capinota] y otros muchos, de ellos están en la laguna, y de ellos en otras partes de la comarca. Más adelante de Paria están los pueblos de Pocoata, Macha, Caracara, Moromoro. Y cerca de los Andes están otras provincias y grandes señores.

CAPÍTULO CVII

De la fundación de la villa de Plata, que está situada en la provincia de los Charcas

LA NOBLE y real villa de Plata, población de españoles en los Charcas asentada en Chuquisaca es muy mentada en los reinos del Perú, y en mucha parte del mundo, por los grandes tesoros que de ella han ido estos años a España. Y está puesta esta villa en la mejor parte que se halló, a quien

(como digo) llaman Chuquisaca, y es tierra de muy buen temple, muy apreciada para criar árboles de fruta, y para sembrar trigo y cebada, viñas y otras cosas. Las estancias y heredamientos tienen en este tiempo gran precio, causado por la riqueza que se ha descubierto de las minas de Potosí. Tiene muchos términos y pasan algunos ríos por cerca de ella de agua muy buena. Y en los heredamientos de los españoles se crían muchas vacas, yeguas y cabras. Y algunos de los vecinos de esta villa son de los ricos y prósperos de las Indias, porque el año de mil y quinientos y cuarenta ocho, y cuarenta y nueve hubo repartimiento, que fue el del general Pedro de Hinojosa, que rentó más de cien mil castellanos, y otros a ochenta mil, y algunos a más.

Por manera que fue gran cosa los tesoros que hubo en estos tiempos. Esta villa de Plata pobló y fundó el capitán Peranzúrez, en nombre de su majestad del emperador y rey nuestro señor, siendo su gobernador y capitán general del Perú el adelantado don Francisco Pizarro, año de mil y quinientos y treinta y ocho años. Y digo, que sin los pueblos ya dichos, tiene esta villa a Totora, Tapacarí, Sipesipe, Cochabamba, los Carangues, Quillanca, Chayanta, Chaqui, y los Chichas, y otros muchos todos muy ricos, y algunos como el valle de Cochabamba fértiles para sembrar trigo y maíz y criar ganados. Más adelante de esta villa está la provincia de Tucumán, y las regiones donde entraron a descubrir el capitán Philippe Gutiérrez, y Diego de Rojas, y Nicolás de Heredia, por la cual parte descubrieron el río de la Plata y allegaron más adelante hacia el Sur, de donde está la fortaleza que hizo Sebastián Caboto. Y como Diego de Rojas murió de una herida de flecha con yerba que los indios le dieron, y después con gran soltura Francisco de Mendoza prendió a Philippe Gutiérrez y le constriñó volver al Perú con harto riesgo, y el mismo Francisco de Mendoza a la vuelta que volvió del descubrimiento del río fue muerto, juntamente con su maese de campo Ruy Sánchez de Hinojosa, por Nicolás de Heredia, no se descubrieron enteramente aquellas partes, porque tantas pasiones tuvieron unos con otros, que se volvieron al Perú. Y encontrado con Lope de Mendoza maese de campo del capitán Diego Centeno, que venía huyendo de la furia de Carvajal capitán de Gonzalo Pizarro, se juntaron con él. Estando ya divididos y en un pueblo que llaman Pocona, fueron desbaratados por el mismo Carvajal, y luego con la diligencia que tuvo presos en su poder el Nicolás

de Heredia, y Lope de Mendoza, y muertos ellos y otros. Más adelante está la gobernación de Chile, de que es gobernador Pedro de Valdivia, y otras tierras comarcanas con el estrecho que dicen de Magallanes. Y porque las cosas de Chile son grandes, y convendría hacer particular relación de ellas, he yo escrito lo que he visto desde Urabá hasta Potosí que está junto con esta villa, camino tan grande que a mi ver habrá (tomando desde los términos que tiene Urabá hasta salir de los de la villa de Plata) bien mil y doscientas leguas, como ya he escrito, por tanto no pasaré de aquí en esta primera parte, más de decir, de los indios sujetos a la villa de Plata, pues sus costumbres y la de los otros son todas unas. Cuando fueron sojuzgados por los Ingas, hicieron sus pueblos ordenados, y todos andan vestidos y lo mismo sus mujeres. Y adoran al sol, y en otras cosas. Y tuvieron templos en que hacían sus sacrificios. Y muchos de ellos, como fueron los que llaman naturales charcas, y los carangues fueron muy guerreros.

De esta villa salieron en diversas veces capitanes con vecinos y soldados a servir a su majestad en las guerras pasadas, y sirvieron lealmente, con lo cual hago fin en lo tocante a su fundación.

CAPÍTULO CVIII

De la riqueza que hubo en Porco, y de cómo en los términos de esta villa hay grandes vetas de plata

PARECE por lo que hoy los indios dicen, que en tiempo de los reyes Ingas mandaron este gran reino del Perú les sacaban en algunas partes de esta provincia de los Charcas cantidad grande de metal de plata y para ello estaban puestos indios los cuales daban el metal de plata que sacaban a los veedores y delegados suyos. Y en este cerro de Porco, que está cerca de la villa de Plata, había minas donde sacaban plata para los señores. Y afirman que mucha de la plata que estaba en el templo del Sol de Curicancha fue sacada de este cerro, y los españoles han sacado mucha de él. Ahora en este año se está limpiando una mina del capitán Hernando Pizarro, que afirman que le valdrá por año las ansedradas que de ella sacarán más de doscientos mil pesos de oro. Antonio Álvarez vecino de esta villa me mostró en la ciudad de Los Reyes un poco de metal, sacado de otra mina que él tiene en este

cerro de Porco, que casi todo parecía plata. Por manera que Porco fue antiguamente cosa riquísima, y ahora lo es, y se cree, que será para siempre. También en muchas sierras comarcanas a esta villa de Plata y de sus términos y jurisdicción se han hallado ricas minas de plata. Y tiénese por cierto, por lo que se ve, que hay tanto de este metal, que si hubiese quien lo buscase, y sacase, sacarían de él poco menos que en la provincia de Vizcaya sacan hierro. Pero por no sacarlo con indios, y por ser la tierra fría para negros y muy costosa, parece que es causa que esta riqueza tan grande esté perdida. También digo, que en algunas partes de la comarca de esta villa hay ríos que llevan oro y bien fino. Mas como las minas de Plata son más ricas, danse poco por sacarlo. En los Chichas pueblos derramados, que están encomendados a Hernando Pizarro, y son sujetos a esta villa, se dice que en algunas partes de ellos hay minas de plata, y en las montañas de los Andes nacen ríos grandes, en los cuales si quisieren buscar mineros de oro, tengo que se hallarán.

CAPÍTULO CIX

Cómo se descubrieron las minas de Potosí donde se ha sacado riqueza nunca vista ni oída en otros tiempos, de plata, y de cómo por no correr el metal sacan los indios con la invención de las guairas

LAS MINAS de Porco, y otras que se han visto en estos reinos muchas de ellas desde el tiempo de los Ingas están abiertas y descubiertas las vetas de donde sacaban el metal, pero las que se hallaron en este cerro de Potosí (de quien quiero ahora escribir) ni se vio la riqueza que había, ni se sacó del metal hasta que el año de mil quinientos y cuarenta y siete años, andando un español llamado Villarroel con ciertos indios a buscar metal que sacar, dio en esta grandeza que está en un collado alto de la postura que aquí va figurado, el más hermoso y bien asentado que hay en toda aquella comarca. Y porque los indios llaman Potosí a los cerros y cosas altas, quedósele por nombre Potosí, como le llaman. Y aunque en este tiempo Gonzalo Pizarro andaba dando guerra al visorrey, y el reino lleno de alteraciones causadas de esta rebelión, se pobló la falda de este cerro, y se hicieron casas

grandes y muchas, y los españoles hicieron su principal asiento en esta parte, pasándose la justicia a él, tanto que la villa estaba casi desierta y despoblada. Y así luego tomaron minas, y descubrieron por lo alto del cerro cinco vetas riquísimas, que nombran veta rica, veta del estaño, y otra de Centeno, y la cuarta de Mendieta y la quinta de Oñate. Y fue tan sonada esta riqueza, que de todas las comarcas venían indios a sacar plata a este cerro, el sitio del cual es frío, porque junto a él no hay ningún poblado. Pues tomada posesión por los españoles comenzaron a sacar plata, de esta manera, que al que tenía mina, le daban los indios que en ella entraban un marco. Y si era muy rica dos cada semana. Y si no tenía mina, a los señores encomenderos de indios les daban medio marco cada semana. Cargó tanta gente a sacar plata, que parecía aquel sitio una gran ciudad. Y porque forzado ha de ir en crecimiento, o venir en disminución tanta riqueza, digo que para que se sepa la grandeza de estas minas, según lo que yo vi el año del señor de mil quinientos y cuarenta y nueve en este asiento, siendo corregidor en él y en la villa de Plata por su majestad el licenciado Polo, que cada sábado en su propia casa donde estaban las cajas de las tres llaves se hacía fundición y de los quintos reales venían a su majestad treinta mil pesos, y veinte y cinco, y algunos pocos menos, y algunos más de cuarenta. Y con sacar tanta grandeza que montaba el quinto de la plata que pertenece a su majestad más de ciento y veinte mil castellanos cada mes decían que salía poca plata, y que no andaban las minas buenas. Y esto que venía a la fundición era solamente metal de los cristianos y no todo lo que tenían, porque muchos sacaban en tejuelos, para llevar do querían, y los indios verdaderamente se cree que llevaron a sus tierras grandes tesoros.

Por donde con gran verdad se podrá tener, que en ninguna parte del mundo se halló cerro tan rico, ni ningún príncipe de un solo pueblo como es esta famosa villa de Plata tuvo ni tiene tantas rentas ni provechos, pues desde el año de mil y quinientos y cuarenta ocho hasta el de cincuenta y uno le han valido sus quintos reales más de tres millones de ducados, que montan más que cuanto hubieron los españoles de Atabalipa, ni se halló en la ciudad del Cuzco cuando la descubrieron.

Parece por lo que se ve, que el metal de la plata no puede correr con fuelles, ni quedar con la materia del fuego convertido en plata. En Porco y

en otras partes de este reino donde sacan metal, hacen grandes planchas de plata, y el metal lo purifican y apartan del escoria que se cría con la tierra con fuego, teniendo para ello sus fuelles grandes. En este Potosí, aunque por mucho se ha procurado, jamás han podido salir con ello, la reciura del metal parece que lo causa, o algún otro misterio, porque grandes maestros han intentado como digo de los sacar con fuelles, y no ha prestado nada su diligencia. Y al fin como para todos las cosas pueden hallar los hombres en esta vida remedio, no les faltó para sacar esta plata con una invención la más extraña del mundo, y es que antiguamente como los Ingas fueron tan ingeniosos, en algunas partes que les sacaban plata debía no querer correr con fuelles como en esta de Potosí, y para aprovecharse del metal hacían unas formas de barro, del talle y manera que es un albahaquero[9] en España, teniendo por muchas partes algunos agujeros o respiradores. En esto tales ponían carbón, y el metal encima, y puestos por los cerros o laderas donde el viento tenía más fuerza sacaban de él plata, la cual apuraban y afinaban después con sus fuelles pequeños, o cañones con que soplan. De esta manera se sacó toda esta multitud de plata que ha salido de este cerro. Y los indios se iban con el metal a los altos de la redonda de él a sacar plata. Llaman a estas formas *guairas*. Y de noche hay tanta de ellas por todos los campos y collados que parecen luminarias. Y en tiempo que hace viento recio, se saca plata en cantidad, cuando el viento falta, por ninguna manera pueden sacar ninguna. De manera que así como el viento es provechoso para navegar por el mar, lo es en este lugar para sacar la plata. Y como los indios no hayan tenido veedores, ni se pueda irles a la mano, en cuanto al sacar la plata, por llevarla ellos (como está ya dicho) a sacar a los cerros, se cree que muchos han enriquecido, y llevado a sus tierras gran cantidad de esta plata. Y fue esto causa, que de muchas partes de reino acudían indios a este asiento de Potosí, para aprovecharse, pues había para ello tan grande aparejo.

9. *Albahaquero.* (De *albahaca*). Tiesto para plantas y flores. (*DRAE*).

CAPÍTULO CX

De cómo junto a este cerro de Potosí hubo el más rico mercado del mundo, en tiempo que estas minas estaban en su prosperidad

EN TODO este reino del Perú se sabe por los que por él habemos andado, que hubo grandes *tiánguez*, que son mercados, donde los naturales contrataban sus cosas, entre los cuales el más grande y rico que hubo antiguamente fue el de la ciudad del Cuzco, porque aún en tiempo de los españoles se conoció su grandeza por el mucho oro que se compraba y vendía en él, por otras cosas que traían de todo lo que se podía haber y pensar. Mas no se igualó este mercado o tiánguez ni otro ninguno del reino al soberbio de Potosí, porque fue tan grande la contratación, que solamente entre indios, sin entrevenir cristianos, se vendía cada día en tiempo que las minas andaban prósperas veinte y cinco y treinta mil pesos de oro, y días de más de cuarenta mil, cosa extraña, y creo que ninguna feria del mundo se igualó al trato de este mercado. Yo lo noté algunas veces, y veía que en un llano que hacía a la plaza de este asiento, por una parte de él iba una hilera de cestos de coca, que fue la mayor riqueza de estas partes, por otras mineros de mantas y camisetas ricas delgadas y bastas, por otra parte estaban montones de maíz y de papas secas y de las otras sus comidas, sin lo cual había gran número de cuartos de carne de la mejor que había en el reino. En fin se vendían otras cosas muchas que no digo, y duraba esta feria o mercado desde la mañana hasta que oscurecía la noche. Y como se sacase plata cada día, y estos indios son amigos de comer y beber, especialmente los que tratan con los españoles, todo se gastaba lo que se traía a vender. En tanta manera que de todas partes acudían con bastimentos y cosas necesarias para su proveimiento. Y así muchos españoles enriquecieron en este asiento de Potosí con solamente tener dos o tres indias que les contrataban en este tiánguez. Y de muchas partes acudieron grandes cuadrillas de anaconas [yanaconas], que se entienden ser indios libres, que podían servir a quien fuese su voluntad, y las más hermosas indias del Cuzco y de todo el reino se hallaban en este asiento. Una cosa miré el tiempo que en él estuve, que se hacían muchas trapazas, y por algunos se trataban pocas verdades. Y al valor de

las cosas, fueron tantas mercaderías, que se vendían los ruanes, paños, y holandas casi tan barato como en España. Y en almoneda vi yo vender cosas por tan poco precio, que en Sevilla se tuvieran por baratas. Y muchos hombres que habían habido mucha riqueza, no hartando su codicia insaciable, se perdieron en tratar de mercar y vender, algunos de los cuales se fueron huyendo a Chile, y a Tucumán, y a otras partes por miedo de las deudas. Y así todo lo más que se trataba era pleitos y debates que unos con otros tenían. El asiento de este Potosí es sano especialmente para indios, porque pocos o ningunos adolecían en él. La plata llevan por el camino real del Cuzco, o a dar a la ciudad de Arequipa, cerca de donde está el puerto de Quilca. Y toda la mayor parte de ella llevan carneros y ovejas, que a faltar estos, con gran dificultad se pudiera contratar ni andar en este reino, por la mucha distancia que hay de una ciudad a otra, y por la falta de bestias.

CAPÍTULO CXI

De los carneros, ovejas, guanacos, y vicuñas que hay en toda la mayor parte de la serranía del Perú

PARÉCEME que de ninguna parte del mundo se ha oído ni entendido, que se hubiese hallado la manera de ovejas como son las de estas indias, especialmente en este reino, en la gobernación de Chile, y en algunas de las provincias del río de la Plata, puesto que podrá ser, que se hallen y se vean en partidas que no están ignotas y escondidas. Estas ovejas digo que es uno de los excelentes animales que Dios crió, y más provechoso. El cual parece que la majestad divina tuvo cuidado de criar este ganado en estas partes, para que las gentes pudiesen vivir y sustentarse. Porque por vía ninguna estos indios, digo los serranos del Perú, pudieran pasar la vida si no tuviera de este ganado o de otro que les diera el provecho que de él sacan. El cual es de la manera que en este capítulo diré.

En los valles de los llanos, y en otras partes calientes siembran los naturales algodón, y hacen sus ropas de él con que no sienten falta ninguna, porque la ropa de algodón es conveniente para esta tierra.

En la serranía en muchas partes como es en la provincia de Collao, los soras, y charcas de la villa de Plata y en otros valles no se cría árbol, ni algo-

dón aunque se sembrara daría fruto. Y poder los naturales, si no lo tuvieran de suyo, por vía de contratación haber ropa para todos, fuera cosa imposible. Por lo cual el dador de los bienes, que es Dios nuestro sumo bien crió en estas partes tanta cantidad del ganado que nosotros llamamos ovejas, que si los españoles con la guerra no dieran tanta prisa a lo apocar, no había cuento ni suma lo mucho que por todas partes había. Mas como tengo dicho en indios, y ganado vino gran pestilencia con las guerras, que los españoles unos con otros tuvieron. Llaman los naturales a las ovejas *llamas* y a los carneros *urcos*. Unos son blancos, otros negros, otros pardos. Su talle es que hay algunos carneros y ovejas tan grandes como pequeños asnillos y crecidos de piernas y anchos de barriga, tira su pescuezo y talle a *camello*, las cabezas son largas parecen a las de las ovejas de España. La carne de este ganado es muy buena si está gordo, y los corderos son mejores y de más sabor que los de España. Es ganado muy doméstico y que no da ruido, los carneros llevan a dos y a tres arrobas de peso muy bien, y en cansando no se pierde, pues la carne es tan buena. Verdaderamente en la tierra del Collao es gran placer, ver salir los indios con sus arados en estos carneros, y a la tarde verlos volver a sus casas cargados de leña. Comen de la yerba del campo. Cuando se quejan, echándose como los camellos, gimen. Otro linaje hay de este ganado a quien llaman guanacos, de esta forma y talle, los cuales son muy grandes, y andan hechos monteses por los campos manadas grandes de ellos, y a saltos van corriendo con tanta ligereza que el perro que lo ha de alcanzar ha de ser demasiado ligero. Sin estos hay asimismo otra suerte de estas ovejas o llamas, a quien llaman *vicuñas*, éstas son más ligeras que los *guanacos*, aunque más pequeños, andan por los despoblados comiendo de la hierba que en ellos cría Dios. La lana de estas vicuñas es excelente, y toda tan buena, que es más fina que la de las ovejas merinas de España. No sé yo si se podría hacer paños de ella, sé que es cosa de ver la ropa que se hacía para los señores de esta tierra. Las carnes de estas vicuñas y guanacos, tira el sabor de ella a carne de monte, mas es buena. Y en la ciudad de la Paz comí yo en la posada del capitán Alonso de Mendoza cecina de uno de estos guanacos gordos, y me pareció la mejor que había visto en mi vida. Otro género hay de ganado doméstico, a quien llaman *pacos*, y aunque es muy feo y lanudo; es del talle de las llamas u ovejas, salvo que es

más pequeño, los corderos cuando son tiernos, mucho se parecen a los de España. Pare en el año una vez cada una de estas ovejas y no más.

CAPÍTULO CXII

Del árbol llamado molle y de otras hierbas y raíces que hay en este reino del Perú

CUANDO ESCRIBÍ lo tocante a la ciudad de Guayaquile traté de la zarzaparrilla, hierba tan provechosa como saben los que han andado por aquellas partes. En este lugar me pareció tratar de los árboles llamados molles, por el provecho grande que en ellos hay. Y digo, que en los llanos y valles del Perú hay muy grandes arboledas, y lo mismo en las espesuras de los Andes, con árboles de diferentes naturas y manera, de los cuales pocos o ningunos hay que parecen a los de España. Algunos de ellos, que son los aguacates, guayabos, caimitos, guabos, llevan fruta de la suerte y manera que en algunos lugares de esta escritura he declarado, los demás son todos llenos de abrojos o espinas o montes claros, y algunas ceibas de gran grandor, en las cuales, y en otros árboles que tienen huecos y concavidades crían las abejas miel singular, con grande orden y concierto. En toda la mayor parte de lo poblado de esta tierra se ven unos árboles grandes y pequeños, a quien llaman molles. Estos tienen la hoja muy menuda, y en el olor conforme a hinojo, y la corteza o cáscara de este árbol es tan provechosa, que si está un hombre con grave dolor de piernas y las tiene hinchadas, con solamente cocerlas en agua y lavarse algunas veces, queda sin dolor ni hinchazón. Para limpiar los dientes son los ramicos pequeños provechosos. De una fruta muy menuda que cría este árbol hacen vino o brebaje muy bueno y vinagre y miel harto buena, con no más de deshacer la cantidad que quieren de esta fruta con agua en alguna vasija, y puesta al fuego, después de ser gastada la parte perteneciente queda convertida en vino, o en vinagre, o en miel, según es el cocimiento. Los indios tienen en mucho estos árboles. Y en estas partes hay hierbas de gran virtud, de las cuales diré algunas que yo ví. Y así digo, que en la provincia de Quimbaya donde está situada la ciudad de Cartago se crían unos bejucos o raíces, por entre los árboles que hay en aquella provincia, tan provechosos para purgar, que con solamente to-

mar poco más de una braza de ellos, que serán del gordor de un dedo, y echarlos en una vasija de agua que tenga poco menos de una azumbre, embebe en una noche que está en el agua la mayor parte de ella, de la otra bebiendo cantidad de medio cuartillo de agua es tan cordial y provechosa para purgar, que el enfermo queda tan limpio como si hubiera purgado con ruibarbo. Yo me purgué una o dos veces en la ciudad de Cartago con este bejuco o raíz, y me fue bien, y todos lo teníamos por medicinal. Otras habas hay para este efecto, que algunos las alaban y otros dicen que son dañosas. En los aposentos de Vilcas me adoleció a mí una esclava, por ir enferma de ciertas llagas que llevaba en la parte inferior, por un carnero que di a unos indios, vi que trajeron una yerbas que echaban una flor amarilla, y las tostaron a la candela para hacerlas polvo, y con dos o tres veces que la untaron quedó sana.

En la provincia de Andaguaylas vi otra yerba tan buena para la boca y la dentadura, que limpiándose con ella una hora o dos, dejaba los dientes sin olor, y blancos como nieve. Otras muchas yerbas hay en estas, provechosas para la salud de los hombres, y algunas tan dañosas, que mueren con su ponzoña.

CAPÍTULO CXIII

De cómo en este reino hay grandes salinas y baños, y la tierra es aparejada para criarse olivos y otras frutas de España y de algunos animales y aves que en él hay

PUES CONCLUÍ en lo tocante a las fundaciones de las nuevas ciudades que hay en el Perú, bien será dar noticia de algunas particularidades y cosas notables, antes de dar fin a esta primera parte. Y ahora diré de las grandes salinas naturales que vemos en este reino, pues para la sustentación de los hombres es cosa muy importante. En toda la gobernación de Popayán conté cómo no había salinas ningunas, y que Dios nuestro señor proveyó de manantiales salobres, del agua de los cuales las gentes hacen sal, con que pasan sus vidas. Acá en el Perú hay tan grandes y hermosas salinas, que de ellas se podrían proveer de sal todos los reinos de España, Italia, Francia, y otras mayores partes. Cerca de Túmbez y de Puerto Viejo dentro en el

agua, junto a la costa de la mar, sacan grandes piedras de sal, que llevan en naos a la ciudad de Cali, y a la Tierra Firme, y a otras partes donde quieren. En los llanos y arenales de este reino no muy lejos del valle que llaman de Guaura, hay unas salinas muy buenas y muy grandes, la sal albísima, y grandes montones de ella, la cual toda está perdida, que muy pocos indios se aprovechan de ella. En la serranía cerca de la provincias de Guaylas hay otras salinas mayores que éstas. Media legua de la ciudad del Cuzco están otras pozas, en las cuales los indios hacen tanta sal, que basta para el proveimiento de muchos de ellos. En las provincias de Condesuyo, y en algunas de Andesuyo hay sin las salinas ya dichas algunas bien grandes y de sal muy excelente. Por manera que podré afirmar, que cuanto a sal es bien proveído este reino del Perú.

Hay asimismo en muchas partes grandes baños, y muchas fuentes de agua caliente, donde los naturales se bañaban y bañan. Muchas de ellas he yo visto por las partes que anduve de él.

Y en algunos lugares de este reino como los llanos y valles de los ríos y la tierra templada de la serranía son muy fértiles, pues los trigos se crían tan hermosos, y dan fruto en gran cantidad, lo mismo hace el maíz y cebada. Pues viñas no hay pocas en los términos de San Miguel, Trujillo y Los Reyes y en las ciudades del Cuzco y Guamanga, y en otras de la serranía comienza ya a las haber, y se tiene por grande esperanza de hacer buenos vinos. Naranjales, granados, y otras frutas, todas las hay de las que han traído de España, como las de la tierra. Legumbres de todo género se hallan. Y en fin gran reino es el del Perú, y el tiempo andando será más, porque se habrán hecho grandes poblaciones adonde hubiere aparejo para se hacer. Y pasada esta nuestra edad se podrán sacar del Perú para otras partes trigo, vinos, carnes, lanas, y aun sedas. Porque para plantar moreras hay el mejor aparejo del mundo. Sólo una cosa vemos que no se ha traído a estas Indias, que es olivos, que después del pan y vino es lo más principal. Paréceme a mí, que si traen injertos de ellos para poner en estos llanos y en las vegas de los ríos de las sierras, que se harán tan grandes montañas de ellos como en el Axarafe de Sevilla, y otros grandes olivares que hay en España. Porque si quiere tierra templada la tiene, si con mucha agua lo mismo, y sin ninguna y con poca. Jamás truena ni se ve relámpago, ni caen nieves, ni hielos en

estos llanos, que es lo que daña el fruto de los olivos. En fin como vengan injertos también vendrá tiempo en lo futuro, que provea el Perú de aceite como de lo demás. En este reino no se han hallado encinales. Y en la provincia de Collao, y en la comarca del Cuzco, y en otras partes de él, si se sembrasen, me parece lo mismo que de los olivares, que habrá no pocas dehesas. Por tanto mi parecer es que [a] los conquistadores y pobladores de estas partes no se les vaya el tiempo en contar de batallas y alcances, entiendan en plantar y sembrar, que es lo que aprovechará más. Quiero decir aquí una cosa que hay en esta serranía del Perú, y es, unas raposas no muy grandes, las cuales tienen la propiedad, que echan de sí tan pestífero y hediondo olor que no se puede compadecer. Y si por caso algunas de estas raposas orina en alguna lanza o cosa otra aunque mucho se lave, por muchos días tiene el mal olor ya dicho.

En ninguna parte de él se han visto lobos ni otros animales dañosos, salvo los grandes tigres que conté que hay en la montaña del puerto de la Buenaventura, comarcana a la ciudad de Cali, los cuales han muerto algunos españoles y muchos indios. Avestruces adelante de los Charcas se han hallado y los indios los tenían en mucho. Hay otro género de animal que llaman *viscacha*, del tamaño de una liebre y de la forma, salvo que tienen la cola larga como raposa, crían en pedregales y entre rocas y muchas matan con ballestas y arcabuces, y los indios con lazos, son buenas para comer, como estén manidas, y aun de los pelos o lana de estas viscachas hacen los indios mantas grandes, tan blandas como si fuesen de seda, y son muy preciadas. Hay muchos halcones, que en España serían estimados. Perdices, en muchos lugares he dicho haber dos maneras de ellas, unas pequeñas y otras como gallinas. Hurones hay los mejores del mundo. En los llanos y en la sierra hay unas aves muy hediondas, a quien llaman *auras*, mantiénense de comer cosas muertas, y otras viscosidades. Del linaje de éstas hay unos cóndores grandísimos, que casi parecen grifos; algunos acometen a los corderos y guanacos pequeños de los campos.

CAPÍTULO CXIV

De cómo los indios naturales de este reino fueron grandes maestros de plateros y de hacer edificios, y de cómo para las ropas finas tuvieron colores muy perfectas y buenas

POR LAS RELACIONES que los indios nos dan se entiende, que antiguamente no tuvieron el orden en las cosas, ni la policía [política, orden] que después que los Ingas los señorearon y ahora tienen. Porque cierto entre ellos se han visto y ven cosas tan primamente hechas por su mano, que todos los que de ellos tienen noticia se admiran. Y lo que más se nota es, que tienen pocas herramientas y aparejos para hacer lo que hacen, y con mucha facilidad lo dan hecho con gran primor. En tiempo que se ganó este reino por los españoles, se vieron piezas de oro y barro y plata, soldado lo uno y lo otro, de tal manera, que parecía que habías nacido así. Viéronse cosa más extrañas de argentería de figuras, y otras cosas mayores, que no cuento por no haberlo visto. Baste que afirmo haber visto que con dos pedazos de cobre, y otras dos o tres piedras vi hacer vajillas y tan bien labradas, y llenos los bernegales, fuentes, y candeleros de follajes y labores, que tuvieran bien que hacer otros oficiales en hacerlo tal y tan bueno con todos los aderezos y herramientas que tienen. Y cuando labran no hacen más de un hornillo de barro donde ponen el carbón, y con unos canutos soplan en lugar de fuelles. Sin las cosas de plata, muchos hacen estampas, cordones y otras cosas de oro. Y muchachos, que quien los ve juzgará que aún no saben hablar, entienden en hacer de estas cosas. Poco es lo que ahora labran en comparación de las grandes y ricas piezas que hacían en tiempo de los Ingas. Pues la chaquira tan menuda y pareja la hacen, por lo cual parece haber grandes plateros en este reino. Y hay muchos de los que estaban puestos por los reyes Ingas en las partes más principales de él. Pues de armar cimientos fuertes edificios, ellos lo hacen muy bien. Y así ellos mismos labran las moradas y casas de los españoles, y hacen el ladrillo y teja, y asientan las piedras bien grandes y crecidas, unas encima de otras, con tanto primor, que casi no se parece la juntura. También hacen bultos y otras cosas mayores. Y en muchas partes se han visto que los han hecho y hacen sin tener otras herramientas más que piedras y sus grandes ingenios. Para sacar ace-

quias, no creo yo que en el mundo ha habido gente ni nación, que por partes tan ásperas ni dificultosas las sacasen y llevasen, como largamente declaré en los capítulos dichos. Para tejer sus mantas tienen sus telares pequeños. Y antiguamente, en tiempo que los reyes ingas mandaron este reino, como tenían en las cabezas de las provincias cantidad de mujeres que llamaban *mamaconas*, que estaban dedicadas al servicio de sus dioses en los templos del sol que ellos tenían por sagrados. Las cuales no entendían sino en tejer ropa finísima para los señores Ingas de lana de las vicuñas. Y cierto fue tan prima esta ropa, como habrán visto en España, por alguna que allá fue luego, que se ganó este reino. Los vestidos de estos ingas eran camisetas de esta ropa, unas pobladas de argentería de oro, otras de esmeraldas y piedras preciosas, y algunas de plumas de aves, otras de solamente la manta. Para hacer estas ropas tuvieron y tienen tan perfectas colores de carmesí, azul, amarillo, negro y de otras suertes, que verdaderamente tienen ventaja a las de España.

En la gobernación de Popayán hay una tierra, con la cual y con unas hojas de un árbol queda teñido lo que quieren de un color negro perfecto. Recitar las particularidades, con qué y cómo se hacen estos colores, téngolo por menudencia. Y paréceme que basta contar solamente lo principal.

CAPÍTULO CXV

Cómo en la mayor parte de este reino hay grandes mineros de metales

DESDE el estrecho de Magallanes comienza la cordillera o longura de sierras que llamamos Andes, y atraviesa muchas tierras y grandes provincias, como escribí en la descripción de esta tierra, y sabemos que la parte de la mar del Sur (que es el poniente) se halla en los más ríos y collados gran riqueza. Y las tierras y provincias que caen a la parte de Levante se tienen por pobres de metales, según dicen los que pasaron al río de la Plata conquistando, y salieron algunos de ellos al Perú por la parte de Potosí. Los cuales cuentan, que la fama de riqueza los trajo a unas provincias tan fértiles de bastimento, como pobladas de gente, que están a las espaldas de los Charcas pocas jornadas adelante. Y la noticia que tenían no era otra sino el Perú.

Ni la plata que vieron que fue poca salió de otra parte que de los términos de la villa de Plata. Y por vía de contratación la habían los de aquellas partes. Los que fueron a descubrir con los capitanes Diego de Rojas, Philippe Gutiérrez, Nicolás de Heredia, tampoco hallaron riqueza. Después de entrados en la tierra que está pasada la cordillera de los Andes, el adelantado Francisco de Orellana yendo por el Marañón en el barco, al tiempo que andando en el descubrimiento de la canela, lo envió el capitán Gonzalo Pizarro, aunque muchas veces daba con los españoles en grandes pueblos, poco oro ni plata o ninguno vieron. En fin no hay para qué tratar sobre esto, pues si no fue en la provincia de Bogotá, en ninguna otra de la otra parte de la cordillera de los Andes se ha visto riqueza ninguna. Lo cual todo es al contrario por la parte del Sur, pues se han hallado las mayores riquezas y tesoros que se han visto en el mundo en muchas edades. Y si el oro que había en las provincias que están comarcanas al río grande de Santa Marta, desde la ciudad de Popayán hasta la villa de Mopox, estuviera en un poder y de un solo señor, como fue en las provincias del Perú hubiera mayor grandeza que en el Cuzco. En fin por las faldas de esta cordillera se han hallado grandes mineros de plata y oro, así por la parte de Antiocha, como de la de Cartago, que es en la gobernación de Popayán, y en todo el reino del Perú. Y si hubiese quien lo sacase, hay oro y plata que sacar para siempre jamás. Porque en las sierras y en los llanos, y en los ríos y por todas partes que caben y busquen, hallarán plata y oro.

Sin esto hay gran cantidad de cobre, y mayor de hierro por los secadales y cabezadas de las sierras que abajan a los llanos. En fin, se halla plomo, y de todos los metales que Dios crió es bien proveído este reino. Y a mi paréceme que mientras hubiere hombre no dejará de haberse gran riqueza en él. Y tanta ha sido la que de él se ha sacado, que ha encarecido a España de tal manera cual nunca los hombres lo pensaron.

CAPÍTULO CXVI

Cómo muchas naciones de estos indios se daban guerra unos a otros y cuán opresos tienen los señores y principales a los indios pobres

VERDADERAMENTE yo tengo que ha de muchos tiempos y años que hay gentes en estas Indias según lo demuestran sus antigüedades y tierras tan anchas y grandes como han poblado, y aunque todos ellos son morenos, lampiños, y se parecen en tantas cosas unos a otros, hay tanta multitud de lenguas entre ellos, que casi a cada legua y en cada parte hay nuevas lenguas. Pues como hayan pasado tantas edades por estas gentes, y hayan vivido sueltamente unos a otros se dieron grandes guerras y batallas, quedándose con las provincias que ganaban. Y así en los términos de la villa de Arma de la gobernación de Popayán está una gran provincia a quien llaman Carrapa, entre la cual y la de Quimbaya (que es donde se fundó la ciudad de Cartago) había cantidad de gente. Los cuales llevando por capitán o señor a uno de ellos el más principal llamado Yrrua, se entraron en Carrapa y a pesar de los naturales se hicieron señores de lo mejor de su provincia. Y esto sé, porque cuando descubrimos enteramente aquellas comarcas vimos las rocas y pueblos quemados que habían dejado los naturales de la provincia de Quimbaya. Todos fueron lanzados de ella antiguamente por los que se hicieron señores de sus campos, según es público entre ellos.

En muchas partes de las provincias de esta gobernación de Popayán fue lo mismo. En el Perú no hablan otra cosa los indios, sino decir que los unos vinieron de una parte y los otros de otra, y con guerras y contiendas los unos se hacían señores de las tierras de los otros, y bien parece ser verdad, y la gran antigüedad de esta gente, por las señales de los campos que labraban ser tantos. Y porque en algunas partes que se ve que hubo sementeras y fue poblado, hay árboles nacidos tan grandes como bueyes. Los Ingas claramente se conoce que se hicieron señores de este reino por fuerza y por maña, pues cuentan que Mangocapa el que fundó el Cuzco tuvo poco principio, y duraron en el señorío hasta que habiendo división entre Guáscar único heredero y Atabalipa sobre la gobernación del imperio, entraron los españoles y pudieron fácilmente ganar el reino, y a ellos apar-

tarlos de sus porfías. Por lo cual parece que también se usó de guerra y tiranías entre estos indios como en las demás partes del mundo, pues leemos, que tiranos se hicieron señores de grandes reinos y señoríos. Yo entendí en el tiempo que estuve en aquellas partes, que es grande la opresión que los mayores tienen a los menores, y con el rigor que algunos de los caciques mandan a los indios. Porque si el encomendero les pide alguna cosa, o que por fuerza hayan de hacer algún servicio personal o con hacienda, luego estos tales mandan a sus mandones que lo provean. Los cuales andan por las casas de los más pobres mandando que lo cumplan. Y si dan alguna excusa aunque sea justa, no solamente no los oyen, mas maltrátanlos, tomándoles por fuerza lo que quieren. En los indios del rey, y en otros pueblos del Collao oí yo lamentar a los pobres indios esta opresión y en el valle de Xauxa, y en otras muchas partes, los cuales aunque reciben algún agravio, no saben quejarse. Y si son necesarias ovejas o carneros, no se va por ellos a las manadas de los señores sino a las dos o tres que tienen los tristes indios. Y algunos son tan molestados que se ausentan por miedo de tantos trabajos como los mandan hacer. Y en los llanos y valles de los yungas son más trabajados por los señores, que en la serranía. Verdad es, que como ya en las más provincias de este reino estén religiosos doctrinándolos, y algunos entiendan la lengua, oyen estas quejas, y remedian muchas de ellas. Todo va cada día en más orden, y hay tanto temor entre cristianos y caciques, que no osan poner las manos en un indio, por la gran justicia que hay, con haberse puestos en aquestas partes las audiencias y cancillerías reales de grande remedio para el gobierno de ellas.

CAPÍTULO CXVII

En que se declaran algunas cosas que en esta historia se han tratado cerca de los indios, y de lo que acaeció a un clérigo con uno de ellos en un pueblo de este reino

PORQUE algunas personas dicen de los indios grandes males, comparándolos con las bestias, diciendo que sus costumbres y manera de vivir son más de brutos que de hombres, y que son tan malos, que no solamente usan el pecado nefando, más que se comen unos a otros. Y puesto que en esta mi

historia yo haya escrito algo de esto, y de algunos otras fealdades y abusos de ellos, quiero que se sepa, que no es mi intención decir que eso se entiendan por todos, antes es de saber, que si en una provincia comen carne humana y sacrifican sangre de hombres, en muchas otras aborrecen este pecado. Y si por el consiguiente entra el pecado de contranatura, en muchas lo tienen por gran fealdad, y no lo acostumbran antes lo aborrecen, y así son las costumbres de ellos. Por manera que será cosa injusta, condenarlos en general. Y aun de estos males que éstos hacían, parece que los descarga la falta que tenían de la lumbre de nuestra santa fe, por lo cual ignoraban el mal que cometían, como otras muchas naciones mayormente los pasados gentiles, que también como estos indios estuvieron faltos de lumbre de fe sacrificaban tanto y más que ellos. Y aun si miramos, muchos hay que han profesado nuestra ley y recibido agua del santo bautismo, los cuales engañados por el demonio cometen cada día graves pecados. De manera que si estos indios usaban de las costumbres que he escrito fue porque no tuvieron quien los encaminase en el camino de la verdad en los tiempos pasados. Ahora los que oyen la doctrina del santo evangelio, conocen las tinieblas de la perdición que tienen los que de ella se apartan. Y el demonio como le crece más la envidia de ver el fruto que sale de nuestra santa fe procura de engañar con temores y espantos a estas gentes pero pocas partes es, y cada día será menos, mirando lo que Dios nuestro señor obra en todo tiempo en ensalzamiento de su santa fe. Y entre otras notables diré una que pasó en esta provincia en un pueblo llamado Lampas, según se contiene en la relación que me dio en el pueblo de Assángaro, repartimiento de Antonio de Quiñones vecino del Cuzco, un clérigo, contándome lo que le pasó en la conversión de un indio al cual yo rogué me la diese por escrito de su letra, que sin tirar ni poner cosa alguna es la siguiente.

Marcos Otazo clérigo, vecino de Valladolid, estando en el pueblo de Lampas doctrinando los indios a nuestra santa fe cristiana, año de mil y quinientos cuarenta y siete en el mes de mayo, siendo la luna llena, vinieron a mí todos los caciques y principales a me rogar muy ahincadamente les diese licencia pare que hiciesen lo que ellos en aquel tiempo acostumbraban hacer, yo les respondí que había de estar presente, porque si fuese cosa no lícita en nuestra santa fe católica, de allí adelante no la hiciesen. Ellos lo

tuvieron por bien, y así fueron todos a sus casas. Y siendo a mi ver el mediodía en punto, comenzaron a tocar en diversas partes muchos *atabales*[10] con un solo palo, que así los tocan entre ellos, y luego fueron en la plaza en diversas partes de ellas echadas por el suelo mantas a manera de tapices para se asentar los caciques y principales, muy aderezados y vestidos de sus mejores ropas, los cabellos hechos trenzas hasta abajo como tienen por costumbre, de cada lado una crizneja de cuatro ramales tejida. Sentados en sus lugares vi que salieron derecho para cada cacique un muchacho de edad de hasta doce años, el más hermoso y dispuesto de todos muy ricamente vestido a su modo, de las rodillas abajo las piernas a manera de salvaje, cubiertas de borlas coloradas, asimismo los brazos. Y en el cuerpo muchas medallas y estampas de oro y plata. Traía en la mano derecha una manera de arma como alabarda, y en la izquierda una bolsa de lana grande, en que ellos echan la coca. Y al lado izquierdo venía una muchacha de hasta diez años muy hermosa vestida de su mismo traje, salvo que por detrás traía gran falda, que no acostumbraban traer las otras mujeres. La cual falda la traía una india mayor, hermosa de mucha autoridad. Tras estas venían otras muchas indias a manera de dueñas con mucha mesura y crianza. Y aquella niña llevaba en la mano derecha una bolsa de lana muy rica llena de muchas estampas de oro y plata. De las espaldas le colgaban un cuero de león pequeño que las cubría todas. Tras estas dueñas venían seis indios a manera de labradores, cada uno con su arado en el hombro y en las cabezas sus diademas y plumas muy hermosas de muchos colores. Luego venían otros seis como sus mozos, con unos costales de papa tocando su atambor. Y por orden llegaron hasta un paso del señor. El muchacho y niña ya dichos, y todos los demás como iban en su orden le hicieron una muy grande reverencia bajando sus cabezas. Y el cacique y los demás la recibieron inclinando las suyas. Hecho esto cada cual a su cacique, que eran dos parcialidades por la misma orden que iban el niño y los demás, se volvieron hacia atrás sin quitar el rostro de ellos, cuanto veinte pasos, por la orden que tengo di-

10. *Atabal*. Por otro nombre dicho atambor o caxa... (Covarrubias).
(Del ár. hisp. *aṭṭabál*, y este del ár. clás. *ṭabl*). 1. Timbal (|| especie de tambor).
2. Tambor pequeño o tamboril que suele tocarse en fiestas públicas. (*DRAE*).

cho. Y allí los labradores hincaron sus arados en el suelo en ringlera [en regla, en línea]. Y de ellos colgaron aquellos costales de papas muy escogidas y grandes. Lo cual hecho tocando sus atabales, todos en pie sin se mudar de un lugar hacían una manera de baile, alzándose sobre las puntas de los pies. Y de rato en rato alzaban hacia arriba aquellas bolsas que en las manos tenían. Solamente hacían esto estos que tengo dicho, que eran los que iban con aquel muchacho y muchacha, con todas sus dueñas. Porque todos los caciques y las demás gentes estaban por su orden sentados en el suelo, con muy gran silencio escuchando y mirando lo que hacían. Esto hecho se sentaron y trajeron un cordero de hasta un año sin ninguna mancha toda de un color otros indios que habían ido por él, y adelante del señor principal cercado de muchos indios alrededor, porque yo no lo viese, tendido en el suelo vivo le sacaron por un lado toda el asadura, y esa fue dada a sus agoreros, que ellos llamaban guacacamayos, como sacerdotes entre nosotros. Y vi que ciertos indios de ellos llevaban cuanto más podían de la sangre del cordero en las manos, y le echaban entre las papas que tenían en los costales. Y en este instante salió un principal, que había pocos días que se había vuelto cristiano como diré abajo, dando voces llamándolos de perros y otras cosas en su lengua que no entendí. Y se fue al pie de una cruz alta que estaba en medio de la plaza, desde donde a mayores voces, sin ningún temor osadamente reprehendía aquel rito diabólico. De manera que con sus dichos y mis amonestaciones se fueron muy temerosos y corridos sin haber dado fin a su sacrificio, donde pronostican sus sementeras y sucesos de todo el año. Y otros que se llaman Homo, a los cuales preguntan muchas cosas por venir, porque hablan con el demonio, y traen consigo su figura hecha de un hueso hueco, y encima un bulto de cera negra que acá hay. Estando yo en este pueblo de Lampas, un jueves de la cena vino a mí un muchacho mío que en la iglesia dormía muy espantado, rogando me levantase y fuese a bautizar a un cacique que en la iglesia estaba hincado de rodillas delante de las imágenes, muy temeroso y espantado. El cual estando la noche pasada, que fue miércoles de tinieblas metido en una guaca, que es donde ellos adoran, decía haber visto un hombre vestido de blanco, el cual le dijo que qué hacía allí con aquella estatua de piedra, que se fuese luego, y viniese para mí a se volver cristiano. Y cuando fue de día

yo me levanté y recé mis horas. Y no creyendo que era así, me llegué a la iglesia para decir misa y lo hallé de la misma manera hincado de rodillas. Y como me vio se echó a mis pies rogándome mucho le volviese cristiano, a lo cual le respondí que sí haría. Y dije misa la cual oyeron algunos cristianos que allí estaban y dicha lo bauticé, y salió con mucha alegría, dando voces, diciendo que él ya era cristiano y no malo como los indios. Y sin decir nada a persona ninguna, fue adonde tenía su casa y la quemó y sus mujeres y ganados repartió por sus hermanos y parientes, y se vino a la iglesia donde estuvo siempre predicando a los indios lo que les convenía para su salvación, amonestándoles se apartasen de sus pecados y vicios. Lo cual hacía con gran fervor, como aquel que estaba alumbrado por el Espíritu Santo, y a la continua estaba en la iglesia, o junto a una cruz. Muchos indios se volvieron cristianos por las persuasiones de este nuevo convertido. Contaba que el hombre que vio estando en la guaca o templo del diablo era blanco y muy hermoso, y que sus ropas asimismo eran resplandecientes. Esto me dio el clérigo por escrito y yo veo cada día grandes señales, por las cuales Dios se sirve en estos tiempos más que en los pasados. Y los indios se convierten y van poco a poco olvidando sus ritos y malas costumbres. Y si se han tardado, ha sido por nuestro descuido más que por la malicia de ellos. Porque el verdadero convertir los indios ha de ser amonestando y obrando bien, para que los nuevamente convertidos tomen ejemplo.

CAPÍTULO CXVIII

De cómo queriéndose volver cristiano un cacique comarcano de la villa de Ancer[ma] veía visiblemente a los demonios, que con espantos le querían quitar de su buen propósito

EN EL CAPÍTULO pasado escribí la manera cómo se volvió cristiano un indio en el pueblo de Lampas, aquí diré otro extraño caso, para que los fieles glorifiquen en nombre de Dios que tantas mercedes nos hace, y los malos y incrédulos teman y reconozcan las obras del Señor. Y es que siendo gobernador de la provincia de Popayán el adelantado Belalcázar en la villa de Ancerma donde era su teniente un Gómez Hernández sucedió, y casi cuatro leguas de esta villa está un pueblo llamado Pirsa; y el señor natural

de él, teniendo un hermano mancebo de buen parecer que se llama Tamaracunga, e inspirando Dios en él, deseaba volverse cristiano, y quería venir al pueblo de los cristianos a recibir bautismo. Y los demonios que no les debía agradar el tal deseo, pesándoles de perder lo que tenían por tan ganado, espantaban aqueste Tamaraqunga de tal manera, que lo asombraban. Y permitiéndolo Dios, los demonios en figura de unas aves hediondas llamadas auras, se ponían en donde el cacique sólo las podía ver. El cual como se sintió tan perseguido del demonio, envió a toda prisa a llamar a un cristiano que estaba cerca de allí, el cual fue luego donde estaba el cacique, y sabida su intención lo signó con la señal de la cruz, y los demonios lo espantaban más que primero, viéndolos solamente el indio en figuras horribles. El cristiano veía que caían piedras por el aire y silbaban. Y viniendo del pueblo de los cristianos un hermano de un Juan Pacheco vecino de la misma villa, que a la sazón estaba en ella en lugar del Gómez Hernández, que había salido a lo que dicen Caramanta, se juntó con el otro y veían que el Tamaracunga estaba muy desmayado y maltratado de los demonios, tanto que en presencia de los cristianos lo traían por el aire de una parte a otra, y él quejándose y los demonios silbaban y daban alaridos. Y algunas veces estando el cacique sentado, y teniendo delante un vaso para beber, veían los dos cristianos cómo se alzaba el vaso con el vino en el aire, y dende a un poco parecía sin el vino, y a cabo de un rato veían caer el vino en el vaso, y el cacique atapábase con mantas el rostro y todo el cuerpo por no ver las malas visiones que tenía adelante. Y estando así sin se tirar ropa ni desatapar la cara, le ponían barro en la boca, como que le querían ahogar. En fin los dos cristianos que nunca dejaban de rezar, acordaron de se volver a la villa y llevar al cacique para que luego se bautizase. Y vinieron con ellos, y con el cacique pasados de doscientos indios, mas estaban tan temerosos de los demonios, que no osaban allegar al cacique. E yendo con los cristianos allegaron a unos malos pasos, donde los demonios tomaron al indio en el aire para despeñarlo. Y él daba voces, diciendo váleme cristianos, váleme. Los cuales luego fueron a él, y le tomaron en medio, y los indios ninguno osaba hablar cuanto más ayudar a éste que tanto por los demonios fue perseguido para provecho de su ánima, y mayor confusión y envidia de este cruel enemigo nuestro. Y como los dos cristianos viesen que no era Dios servido

de que los demonios dejasen a aquel indio, y que por los riscos lo querían despeñar, tomáronlo en medio, y atando unas cuerdas a los cintos, rezando y pidiendo a Dios los oyese, caminaron con el indio en medio de la manera ya dicha, llevando tres cruces en las manos, pero todavía los derribaron algunas veces, y con trabajo grande llegaron a una subida donde se vieron en mayor aprieto. Y como estuviesen cerca de la villa, enviaron a Juan Pacheco un indio, para que viniesen a los socorrer, el cual fue luego allá. Y como se juntó con ellos, los demonios arrojaban piedras por los aires, y de esta suerte llegaron a la villa y se fueron derechos con el cacique a las casas de este Juan Pacheco, adonde se juntaron todos los más de los cristianos que estaban en el pueblo, y todos veían caer piedras pequeñas de lo alto de la casa, y oían silvos. Y como los indios cuando van a la guerra dicen hu hu hu, así oían que lo decían los demonios muy aprisa y recio. Todos comenzaron a suplicar a nuestro Señor, que para gloria suya y salud del ánima de aquel infiel, no permitiese que los demonios tuviesen poder de lo matar. Porque ellos por los que andaban según las palabras que el cacique les oía era, porque no se volviese cristiano. Y como tirasen muchas piedras, salieron para ir a la iglesia en la cual por ser de paja no había Sacramento. Y algunos cristianos dicen, que oyeron pasos por la misma iglesia antes que se abriese, y como la abrieron, y entraron dentro. El indio, Tamaracunga dicen que decía, que veía [a] los demonios con fieras catadura, las cabezas abajo y los pies arriba. Y entrando un fraile llamado fray Juan de Santa María, de la orden de Nuestra Señora de la Merced a le bautizar, los demonios en su presencia y de todos los cristianos, sin los ver mas que sólo el indio, lo tomaron y lo tuvieron en el aire, poniéndolo como ellos estaban la cabeza abajo y los pies arriba. Y los cristianos diciendo a grandes voces Jesuchristo, Jesuchristo sea con nosotros, y signándose con la cruz, arremetieron a el indio y lo tomaron poniéndole luego una estola y le echaron agua bendita, pero todavía se oían silbidos y silvos dentro en la iglesia, y Tamaracunga los veía visiblemente y fueron a él, y le dieron tantos bofetones que le arrojaron lejos de allí un sombrero que tenía puesto en los ojos, por no los ver, y en el rostro le echaban saliva podrida y hedionda. Todo esto pasó de noche y venido el día el fraile se vistió para decir misa, y en el punto que se comenzó en aquél no se oyó cosa ninguna, ni los demonios osaron parar, ni cacique

recibió más daño. Y como la misa santísima se acabó, el Tamaracunga pidió por su boca agua del bautismo y luego hizo lo mismo su mujer e hijo. Y después de ya bautizado dijo que pues ya era cristiano que lo dejasen andar solo, para ver los demonios si tenían poder sobre él, y los cristianos lo dejaron ir, quedando todos rogando a nuestro señor, y suplicándole, que para ensalzamiento de su santa fe y para que los indios infieles se convirtiesen, no permitiese que el demonio tuviese más poder sobre aquél que ya era cristiano. Y en esto salió Tamaracunga con gran alegría diciendo cristiano soy, y alabando en su lengua a Dios, dio dos o tres vueltas por la iglesia y no vio ni sintió más los demonios, antes se fue a su casa alegre y contento, obrando el poder de Dios. Y fue este caso tan notado en los indios, que muchos se volvieron cristianos y se volverán cada día.

Esto pasó en el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve años.

CAPÍTULO CXIX

Cómo se han visto claramente grandes milagros en el descubrimiento de estas Indias, y querer guardar nuestro soberano señor Dios a los españoles y cómo también castiga a los que son crueles para con los indios

ANTES DE DAR conclusión en esta primera parte, me pareció decir aquí algo de las obras admirables que Dios nuestro Señor ha tenido por bien de mostrar en el descubrimiento que los cristianos españoles han hecho en estos reinos, y asimismo el castigo que ha permitido en algunas personas notables, que en ellos han sido. Porque por lo uno y por lo otro se conozca como le habemos de amar como a padre, y temer como a Señor y Juez Justo. Y para esto digo, que dejando aparte el descubrimiento primero, hecho por el almirante don Cristóbal Colón, y los sucesos del marqués don Fernando Cortés, y los otros capitanes y gobernadores que descubrieron la Tierra Firme. Porque yo no quiero contar de tan atrás, mas sólo decir lo que pasó en los tiempos presentes. El marqués don Francisco Pizarro, cuántos trabajos pasó él y sus compañeros, sin ver ni descubrir otra cosa que la tierra que queda a la parte del norte del río de San Juan, no bastaron sus fuerzas, ni los socorros que les hizo el adelantado don Diego de Almagro, para

ver lo de adelante. Y el gobernador Pedro de los Ríos por la copla que le escribieron que decía: Ah, señor gobernador,/ miradlo bien por entero,/ allá va el recogedor,/ acá queda el carnicero./ Dando a entender, que Almagro iba por gente para la carnicería de los muchos trabajos, y Pizarro los mataba en ellos. Por lo cual envió a Juan Tafur de Panamá con mandamiento para que los trajese. Y desconfiados del descubrir se volvieron con él, sino fueron trece cristianos, que quedaron con don Francisco Pizarro. Los cuales estuvieron en la isla de la Gorgona hasta que don Diego de Almagro les envió una nao, con la cual a su ventura navegaron. Y quiso Dios que lo puede todo, que lo que en tres o cuatro años no pudieron ver ni descubrir por mar ni por tierra, lo descubriesen en diez o doce días.

Y así estos trece cristianos con su capitán descubrieron al Perú. Y después al cabo de algunos años cuando el mismo marqués con ciento y sesenta españoles entró en él no bastaran a defenderse de la multitud de los indios, si no permitiera Dios, que hubiera guerra crudelísima entre los dos hermanos Guáscar y Atabalipa, y ganaron la tierra. Cuando en el Cuzco generalmente se levantaron los indios contra los cristianos no había más de ciento y ochenta españoles de a pie y de a caballo. Pues estando contra ellos Mango Inga con más de doscientos mil indios de guerra y durando un año entero, milagro es grande escapar de las manos de los indios, pues algunos de ellos mismos afirman, que veían algunas veces, cuando andaban peleando con los españoles, que junto ellos andaba una figura celestial que en ellos hacía gran daño. Y vieron los cristianos que los indios pusieron fuego a la ciudad, el cual ardió por muchas partes, y emprendiendo en la iglesia, que era lo que deseaban los indios ver deshecho, tres veces la encendieron, y tantas se apagó de suyo, a dicho de muchos que en el mismo Cuzco de ello me informaron, siendo en donde el fuego ponían paja sin mezcla ninguna.

El capitán Francisco César que salió a descubrir de Cartagena el año de mil y quinientos y treinta y seis, y anduvo por grandes montañas pasando muchos ríos hondables y muy furiosos con solamente sesenta españoles a pesar de los indios todos estuvo en la provincia del Guaca, donde estaba una casa principal del demonio, de la cual sacó de un enterramiento treinta mil pesos de oro. Y viendo los indios cuán pocos eran, se juntaron más de

veinte mil para matarlos y los cercaron y tuvieron con ellos batalla. En la cual los españoles, puesto que eran tan pocos como he dicho, y venían desbaratados y flacos, pues no comían sino raíces y los caballos desherrados, los favoreció Dios de tal manera que mataron e hirieron a muchos indios, sin faltar ninguno de ellos. Y no hizo Dios sólo este milagro por estos cristianos antes fue servido de los guiar por camino que volvieron a Urabá en diez y ocho días, habiendo andado por el otro cerca de un año.

De estas maravillas muchos hemos visto cada día más, baste decir, que pueblan en una provincia donde hay treinta o cuarenta mil indios cuarenta o cincuenta cristianos, a pesar de ellos ayudados de Dios están y pueden tanto, que lo sujetan y atraen a sí. Y en tierras temerosas de grandes lluvias y terremotos continuos, como cristianos entren en ellas, luego vemos claramente el favor de Dios, porque cesa lo más de todo y rasgadas estas tales tierras dan provecho, sin se ver los huracanes tan continuos, y rayos y aguaceros, que en tiempo que no había cristianos se veían. Mas es también de notar otra cosa, que puesto que Dios vuelva por los suyos, que llevan por guía su estandarte que es la cruz, quiere que no sea el descubrimiento como tiranos, porque lo que estos hacen vemos sobre ellos castigos grandes. Y así los que tales fueron, pocos murieron sus muertes naturales, como fueron los principales que se hallaron en tratar la muerte de Atabalipa, que todos los más han muerto miserablemente y con muertes desastradas. Y aun parece, que las guerras que ha habido tan grandes en el Perú, las permitió Dios para castigo de los que en él estaban. Y así a los que esto consideraren les parecerá que Carvajal era verdugo de su justicia, y que vivió hasta que el castigo se hizo, y que después pagó él con la muerte los pecados graves que hizo en la vida. El mariscal don Jorge Robledo consintiendo hacer en la provincia de Pozo gran daño a los indios, y que con las ballestas y perros matasen a tantos como de ellos mataron, Dios permitió, que en el mismo pueblo fuese sentenciado a muerte y que tuviese por su sepultura los vientres de los mismos indios, muriendo asimismo el comendador Hernán Rodríguez de Sosa y Baltasar de Ledesma, y fueron juntamente con él comidos por los indios, habiendo primero sido demasiadamente crueles contra ellos. El adelantado Belalcázar que a tantos indios dio muerte en la provincia de Quito, Dios permitió de le castigar con que en vida se vio tirado

del mando de gobernador por el juez que le tomó cuenta, y pobre, y lleno de trabajos, tristeza y pensamientos murió en la gobernación de Cartagena, viniendo con su residencia a España. Francisco García de Tovar que tan temido fue de los indios, por los muchos que mató, ellos mismos le mataron y comieron.

No se engañe ninguno en pensar que Dios no ha de castigar a los que fueron crueles para con estos indios, pues ninguno dejó de recibir la pena conforme al delito. Yo conocí un Roque Martín vecino de la ciudad de Cali, que a los indios que se nos murieron, cuando viniendo de Cartagena llegamos a aquella ciudad, haciéndolos cuartos los tenía en la percha para dar de comer a sus perros, después indios lo mataron, y aun creo que comieron.

Otros muchos pudiera decir que dejo, concluyendo con que puesto que nuestro Señor en las conquistas y descubrimientos favorezca a los cristianos, si después se vuelven tiranos, castígalos severamente, según se ha visto y ve, permitiendo que algunos mueran de repente, que es más de temer.

CAPÍTULO CXX

De las diócesis u obispados que hay en este reino del Perú, y quién son los obispos de ellos, y de la chancillería real que está en la ciudad de Los Reyes

PUES EN MUCHAS partes de esta escritura he tratado los ritos y costumbres de los indios y los muchos templos y adoratorios que tenían, donde el demonio por ellos era visto y servido, me parece será bien escribir los obispados que hay, y quién han sido y son los que rigen las iglesias, pues es cosa tan importante el tener cómo tienen a su cargo tantas ánimas. Después que se descubrió este reino, como se hubiese hallado en la conquista el muy reverendo señor don fray Vicente de Valverde de la orden del señor Santo Domingo, traídas las bulas del Sumo Pontífice, su majestad lo nombró por obispo del reino, el cual lo fue, hasta que los indios lo mataron en la isla de la Puná. Y como se fuesen poblando ciudades de españoles, acrecentáronse los obispados, y así se proveyó por obispo del Cuzco el muy reverendo señor don Juan Solano de la orden del señor Santo Domingo, que vive en este año de mil y quinientos y cincuenta, y es al presente obispo del Cuzco,

donde está la silla episcopal, y de Guamanga, Arequipa, la nueva ciudad de la Paz. Y de la villa de Plata, de la ciudad de Los Reyes y Trujillo, Guánuco, Chachapoyas lo es el reverendísimo señor don Hierónimo de Loaysa fraile de la misma orden, el cual en este tiempo se nombró por arzobispo de Los Reyes. De la ciudad de San Francisco del Quito, y de San Miguel, Puerto Viejo, Guayaquil es obispo don García Díaz Arias, tiene su silla en el Quito que es la cabeza de su obispado. De la gobernación de Popayán es obispo don Juan Valle, tiene su asiento en Popayán, que es cabeza de su obispado, en el cual se incluyen las ciudades y villas que conté en la descripción de la dicha provincia.

Estos señores son los que yo dejé por obispos al tiempo que salí del reino, los cuales tienen en los pueblos y ciudades de sus obispados cuidado de poner curas y clérigos que celebren los divinos oficios. La gobernación del reino resplandece en este tiempo en tanta manera, que los indios enteramente son señores de sus haciendas y personas, y los españoles temen los castigos que se hacen. Y las tiranías y malos tratamientos de indios ya han cesado por la voluntad de Dios que cura todas las cosas con su gracia. Para esto ha aprovechado poner audiencias y cancillerías reales, y que en ellas estén varones doctos y de autoridades, y que dando ejemplo de su limpieza, osen ejecutar la justicia. Y haber hecho la tasación de los tributos en este reino. Es visorrey el excelente señor don Antonio de Mendoza, tan valeroso y abastado de virtudes cuanto falto de vicios, y oidores los señores el licenciado Andrés de Cianca, y el doctor Bravo de Saravia, y el licenciado Hernando de Santillán. La corte y chancillería real está puesta en la ciudad de Los Reyes. Y concluyo este capítulo con que al tiempo que en el consejo de su majestad de Indias se estaba viendo por los señores de él esta obra, vino de donde estaba su majestad el muy reverendo señor don fray Thomás de San Martín proveído por obispo de las Charcas, y su obispado comienza desde el término donde se acaba lo que tiene la ciudad del Cuzco hacia Chile, y allega hasta la provincia de Tucumán, en la cual quedan la ciudad de la Paz y la villa de Plata, que es cabeza de este nuevo obispado que ahora se provee.

CAPÍTULO CXXI

De los monesterios que se han fundado en el Perú desde el tiempo que se descubrió hasta este año de mil y quinientos y cincuenta años

PUES EN EL capítulo pasado he declarado brevemente los obispados que hay en este reino, cosa conveniente será, hacer mención de los monesterios que se han fundado en él, y quién fueron los fundadores, pues en estas casas asisten graves varones y algunos muy doctos. En la ciudad del Cuzco está una casa de la orden de Santo Domingo, en el propio lugar que los indios tenían su principal templo. Fundola el reverendo padre fray Juan de Olías. Hay otra casa de señor San Francisco, fundola el reverendo padre fray Pedro Portugués. De nuestra señora de la Merced está otra casa, fundola el reverendo padre fray Sebastián. En la ciudad de la Paz está otro monesterio del señor San Francisco, fundola el reverendo padre fray Francisco de los Ángeles. En el pueblo de Chuquito está otra de dominicos, fundola el reverendo padre fray Thomás de San Martín. En la villa de Plata está otra de franciscos, fundola el reverendo padre fray Hierónimo. En Guamanga está otro de dominicos, fundola el reverendo padre fray Martín de Esquivel, y otro monesterio de nuestra Señora de la Merced, fundola el reverendo padre fray Sebastián. En la ciudad de Los Reyes está otro de franciscos, fundola el reverendo padre fray Francisco de Santa Ana, y otro de dominicos, fundola el reverendo padre fray Juan de Olias. Otra casa está de nuestra Señora de la Merced, fundola el reverendo padre fray Miguel de Orenes. En el pueblo de Chincha está otra casa de Santo Domingo, fundola el reverendo padre fray Domingo de Santo Thomás. En la ciudad de Arequipa está otra casa de esta orden, fundola el reverendo padre fray Pedro de Ulloa. Y en la ciudad de León de Guánuco está otra, fundola el mismo padre fray Pedro de Ulloa. En el pueblo de Chicama está otra casa de esta misma orden, fundola el reverendo padre fray Domingo de Santo Thomás. En la ciudad de Trujillo hay monesterio de franciscos, fundado por el reverendo padre fray Francisco de la Cruz, y otro de la Merced, que fundó el reverendo padre fray [en blanco]. En el Quito está otra casa de dominicos, fundola el reverendo padre fray Alonso de Montenegro, y otro de la Mer-

ced, que fundó el reverendo padre fray [en blanco], y otro de franciscos que fundó el reverendo padre fray Jodoco Rique flamenco. Algunas casas habrá más de las dichas, que se habrán fundado y otras que se fundarán, por los muchos religiosos que siempre vienen proveídos por su majestad y por los de su consejo real de Indias, a los cuales les da socorro con que puedan venir a entender en la conversión de estas gentes de la hacienda del rey, porque así lo manda su majestad, y se ocupan en la doctrina de estos indios con grande estudio y diligencia. Lo tocante a la tasación y a otras cosas que convenía tratarse quedará para otro lugar, y con lo dicho hago fin con esta primera parte, a gloria de Dios todo poderoso nuestro Señor y de su bendita y gloriosa Madre Señora nuestra. La cual se comenzó a escribir en la ciudad de Cartago de la gobernación de Popayán, año de mil y quinientos y cuarenta y uno. Y se acabó de escribir originalmente en la ciudad de Los Reyes del reino del Perú a ocho días del mes de septiembre de mil y quinientos y cincuenta años.

Siendo el autor de edad de treinta y siete años, habiendo gastado los diez y siete de ellos en estas Indias.

Pedro de Cieza
[Firmado]
Laus deo.

Impresa en Sevilla en casa de Martín
de Montesdeoca. Acabóse a quince de
Março de mil y quinientos y
cincuenta y tres años.

PARTE SEGUNDA
DE LA CRÓNICA DEL PERÚ

PARTE SEGUNDA DE LA CORÓNICA DEL PERÚ
El señorío de los Incas

CAPÍTULO [III][11]

ACÁ [en estas provincias del Perú] aunque ciegos los hombres [dan más] razón de sí, puesto que cuentan tan[tas fábulas que serían dañosas] si las

11. En el manuscrito Vaticano, a la primera hoja del texto relativo a la Segunda Parte le falta el cuarto superior derecho y, por lo tanto, también la numeración. Cabe anotar, sin embargo, que la hoja siguiente está numerada como hoja 3. En este caso, lo único que faltaría es la hoja 1. Considerando el largo promedio de los capítulos de la Segunda Parte, se podría afirmar que el capítulo del cual forma parte el extenso fragmento correspondiente a la hoja 2 r.-v., no sea sino el capítulo I y no el capítulo III, según la numeración que le atribuye Marcos Jiménez de la Espada partiendo del hecho que, en el capítulo C de la Primera Parte, Cieza ha escrito: "Muchos de estos indios cuentan que oyeron a sus antiguos que hubo en los tiempos pasados un diluvio grande y de la manera que yo lo escribo en el tercer capítulo de la Segunda Parte. Y dan a entender que es mucha la antigüedad de sus antepasados, de cuyo origen cuentan tantos dichos y fábulas, si lo son, que yo no quiero detenerme en lo escribir, porque unos dicen que salieron de una fuente, otros de una peña, otros de lagunas". Con todo se podría pensar de manera verosímil en un error de imprenta (allá donde el tipógrafo puede haber leído "tercero" en lugar de "primero") o más aun en una aproximativa (o bien equivocada) cita del mismo Cieza, quien siempre en su Primera Parte, en el capítulo LXIII escribió: "aunque yo lo he procurado mucho y platicado con varones doctos y curiosos, no he podido alcanzar lo cierto del origen de estos [o sea Indios del Perú] o su principio, [...] aunque en la Segunda Parte, en el primer capítulo, escribo lo que de esto he podido alcanzar". El manuscrito Vaticano, empero, no permite que se alcance una certeza absoluta en relación con esto (aunque aliente mucho la hipótesis que no se hayan perdido dos capítulos íntegros de la Segunda Parte, sino tan

hubiese de escribir. Cuentan [estas naciones que antigua]mente, muchos años antes [que hubiese Incas] estando las tierras muy p[obladas de gentes, que vino] tan gran diluvio y tormenta que, [saliendo la mar de sus límites] y curso natural, henchió [toda la tierra de agua de] tal manera que toda la gente [pereció, porque allegaron] las aguas hasta los más alt[os montes de toda la se]rranía. Y sobre esto dicen los Guancas, habitadores en el valle de Xauxa y los naturales de [Chucuito en el Collao que, no embargante que este diluvio fuese tan grande y en todas partes] tan general, por las cuevas y [concavidades de] peñas se escondieron algunos indios con sus mujeres, de los cuales se tornaron a henchir de gentes estas tierras, porque fue mucho lo que multiplicaron. Otros señores de la serranía y aun de los llanos dicen también que no escapó hombre ninguno que dejase de perecer, si no fueron seis personas que escaparon en una balsa o barca, los cuales engendraron los que [ha] habido y hay. En fin, sobre estos unos y otros cuentan tantos dichos que sería muy gran trabajo escribirlo. Creer que hubo algún diluvio particular en esta longura de tierra como fue en Tesalia y en otras partes no lo dude el lector, porque todos en general lo afirman y dicen sobre ello lo que yo escribo y no lo que los otros fingen y componen: y no creo yo que estos indios tengan memoria del diluvio general, porque cierto tengo para mí ellos poblaron después de haber pasado y haber habido entre los hom[bres la división de las] lenguas en la torre de Babel. Todos los [moradores de las provincias de acá creen la inmortalidad de la ánima], conocen que hay Hacedor, tienen por dios [soberano al Sol. A]doraban en árboles, piedras, sierras y en [otras cosas que ellos] imaginaban.

El creer que ánima ser [inmortal, según] lo que yo entendí de muchos señores [naturales a quien] se lo pregunté, era que ellos decían [que si en el mundo] había sido el varón valiente y había engendrado muchos hijos y tenido reverencia a sus [padres y hecho p]legarias y sacrificios al Sol y a los demás dioses suyos, que su "songo" de éste, que ellos tienen [por corazón, por] que distinguir la natura del ánima [y su potencia] no lo saben ni noso-

sólo un fragmento del capítulo I). Por tanto he preferido no alterar la tradicional numeración de los capítulos, para no complicar sobre la base de una hipótesis, con todo muy atendible en mi parecer, el cotejo entre las distintas ediciones del Señorío y su uso como fuentes en las citas. [Nota de Francesca Cantù a la edición limeña].

tros entendemos de ellos más de lo que yo cuento, va a un lugar deleitoso, lleno de vicios y recreaciones, adonde todos comen y beben y huelgan; y si por el contrario ha sido malo, inobediente a sus padres, enemigo de la religión, va a otro lugar oscuro y tenebregoso. En el primer libro traté más largo estas materias; por tanto, pasando adelante, contaré de la manera que estaban las gentes deste reino antes que floreciesen los Ingas ni de él se hiciesen señores soberanos por él, antes sabemos, por lo que todos afirman, que eran behetrías sin tener la orden y gran razón y justicia que después tuvieron; y lo que hay que decir de Ticeviracocha, a quien ellos llamaban y tenían por Hacedor de todas las cosas.

CAPÍTULO IV

Que trata lo que dicen los indios deste reino que había antes que los Ingas fuesen conocidos y de cómo tenían fortalezas por los collados, de donde salían a se dar guerra [los] unos a los otros

MUCHAS veces pregunté a los moradores de estas provincias lo que sabían que en ellas hubo antes que los Ingas los señoreasen; y sobre esto dicen que todos vivían desordenadamente y que muchos andaban desnudos, hechos salvajes, sin tener casas ni otras moradas que cuevas de las muchas que vemos haber en riscos grandes y peñascos de donde salían a comer de lo que hallaban por los campos. Otros hacían en los cerros castillos que llaman "pucaraes", desde donde, aullando con lenguas extrañas, salían a pelear unos con otros sobre las tierras de labor o por otras causas y se mataban muchos de ellos, tomando el despojo que hallaban e las mujeres de los vencidos; con todo lo cual, iban triunfando a lo alto de los cerros donde tenían sus castillos y allí hacían sus sacrificios a los dioses en quienes ellos adoraban, derramando delante de las piedras e ídolos mucha sangre humana y de corderos. Todos ellos eran behetrías sin orden, porque cierto dicen no tener señores ni más que capitanes con los cuales salían a las guerras. Si algunos andaban vestidos, eran las ropas pequeñas y no como ahora las tienen. Los llautos y cordones que se ponen en las cabezas para ser conocidos unos entre otros dicen que los tenían como ahora los usan.

Y estando estas gentes de esta manera, se levantó en la provincia de

Collao un señor valentísimo llamado Zapana, el cual pudo tanto que metió debajo de su señorío muchas gentes de aquella provincia. Y cuentan otra cosa, la cual si es cierta o no sábelo el altísimo Dios, que entiende todas las cosas, porque yo [de] lo que voy contando no tengo otros testimonios ni libros que los dichos de estos indios. Y lo que quiero contar es que afirman por muy cierto que después que se levantó en Hatuncollao aquel capitán o tirano poderoso, en la provincia de los Canas, que está entre medias de los Canches e Collao, cerca del pueblo llamado Chungara se mostraron unas mujeres como si fueran hombres esforzados, [que] tomando las armas compelían a los que estaban en la comarca de donde ellas moraban; y que éstas, casi al uso de lo que cuentan de las Amazonas, vivían con sus maridos, haciendo pueblos por sí; las cuales, después de haber durado algunos años y hecho algunos hechos famosos, vinieron a contender con Zapana, el que se había hecho señor de Hatuncollao y por defenderse de su poder, que era grande, hicieron fuerzas y albarradas[12], que hoy viven, para defenderse, y que después de haber hecho hasta lo último de potencia fueron muertas y presas y su nombre se lo hubo desecho.

En el Cuzco estaba un vecino que ha por nombre Tomás Vásquez, el cual me contó que yendo él y Francisco de Villacastín al pueblo de Ayavire, viendo aquellas cercas y preguntando a los indios naturales lo que era, les contaron esta historia. También cuentan lo que yo tengo escrito en la Primera Parte, que en la isla de Titicaca en los siglos pasados hubo unas gentes barbadas blancas como nosotros; y que saliendo del valle de Coquimbo un capitán, que había por nombre Cari, allegó a donde agora es Chucuito, de donde después de haber hecho algunas nuevas poblaciones pasó con su gente a la isla y dio tal guerra a esta gente que digo que los mató a todos. Chiriguama, gobernador de aquellos pueblos, que son del Emperador, me contó lo que tengo escrito. Y como esta tierra fuese tan grande y en partes tan sana y aparejada para pasar la humana vida y se hubiese henchido de gentes, aunque anduviesen en sus guerrillas y pasiones, fundaron y hicieron muchos templos y los capitanes que se mostraron ser valerosos pudieron quedarse por señores de algunos pueblos. Y todos, según es público,

12. *Albarrada.* (Del ár. hisp. y este del lat. *parata*). Pared de piedra seca. (*DRAE*).

tenían en sus estancias o fortalezas indios los más entendidos que hablaban con el demonio, el cual, permitiéndolo Dios todopoderoso por lo que él sabe, tuvo poder grandísimo en estas gentes.

CAPÍTULO V

De lo que dicen estos naturales de Ticiviracoche y de la opinión de algunos tienen en que atravesó un Apóstol por esta tierra, y del templo que hay en Cacha y de lo que allí pasó

ANTES que los Ingas reinasen en estos reinos ni en ellos fuesen conocidos, cuentan estos indios otra cosa muy mayor que todas aquellos dicen, porque afirman que estuvieron mucho tiempo sin ver el sol y que, padeciendo gran trabajo con esta falta, hacían grandes votos y plegarias a los que ellos tenían por dioses, pidiéndoles la lumbre de que carecían; y que estando de esta suerte, salió de la isla de Titicaca, que está dentro de la gran laguna de Collao, el sol muy resplandeciente con que todos se alegraron, y que luego que esto pasó, dicen que hacia las partes del Mediodía vino y remaneció un hombre blanco de crecido cuerpo, y cual en su aspecto y persona mostraba gran autoridad y veneración, y que este varón que así vieron tenía tan gran poder que de los cerros hacía llanuras y de las llanuras sierras grandes, haciendo fuentes en piedras vivas. Y como tal poder le conociesen, llamábanle Hacedor de todas las cosas criadas, Principio de ellas, Padre del sol, porque sin esto dicen que hacía otras cosas mayores, porque dio ser a los hombres y animales; y que en fin por su mano les vino notable beneficio. Y este tal, cuentan los indios que a mí me lo dijeron, que oyeron a sus pasados, que ellos también oyeron en los cantares que ellos de lo muy antiguo tenían, que fue de largo hacia el Norte, haciendo y obrando estas maravillas por el camino de la serranía y que nunca jamás lo volvieron a ver. En muchos lugares diz que dio orden a los hombres cómo viviesen y que les hablaba amorosamente y con mucha mansedumbre, amonestándoles que fuesen buenos y los unos a los otros no se hiciesen daño ni enjurio [injuria], antes, amándose, en todos hubiese caridad. Generalmente le nombran en la mayor parte Ticiviracoche, aunque en la provincia de Collao le llaman Tuapaca y en otros lugares de ella Harnava [Arnahuan]. Fuéronle

en muchas partes hechos templos, en los cuales pusieron bultos de piedra a su semejanza y delante de ellos hacían sacrificios, los bultos grandes que están en el pueblo de Tiaguaco [Tiahuanacu] se tiene que fue[ron hechos] desde aquellos tiempos; y aunque por fama que tienen de lo pasado cuentan esto que escribo de Ticiviracocha, no saben decir de él más ni que volviese a parte ninguna deste reino.

Sin esto dicen que pasado algunos tiempos, volvieron [*sic*] otro hombre semejable al que está dicho, el nombre del cual no cuentan, y que oyeron a sus pasados por muy cierto que por dondequiera que llegaba y hubiese enfermos los sanaba y a los ciegos con solamente palabra les daba vista; por las cuales obras tan buenas y provechosas era de todos muy amado. Y de esta manera, obrando con su palabra grandes cosas, llegó a la provincia de los Canas, en la cual, junto a un pueblo que ha por nombre Cacha, y que en él tiene encomienda el capitán Bartolomé de Terrazas, levantando de los naturales inconsideradamente fueron para él con voluntad de lo apedrear y conformando la obra con ella le vieron hincado de rodillas, alzadas las manos al cielo, como que invocaba el favor divino para se librar del aprieto en que se veía. Afirman estos indios más, que luego pareció un fuego del cielo tan grande que pensaron todos ser abrasados; temerosos y llenos de gran temblor fueron para el que así querían matar y con clamores grandes le suplicaron de aquel aprieto librarlos quisiese, pues conocían por el pecado que habían cometido en lo así querer apedrear les venía aquel castigo. Vieron luego que, mandando al fuego que cesase, se apagó, quedando con el incendio consumidas y gastadas las piedras de tal manera que ellas mismas se hacen testigos de haber pasado esto que se ha escrito, porque se ven quemadas y tan livianas que, aunque sea algo crecida, es levantada con la mano como corcho. Y sobre esta materia dicen más, que saliendo de allí, fue hasta llegar a la costa de la mar, adonde, tendiendo su manto, se fue por entre sus ondas y que nunca jamás pareció ni le vieron; y como se fue, le pusieron por nombre "Viracocha" que quiere decir "espuma de la mar". E luego que esto pasó, se hizo un templo en este pueblo de Cacha, pasado un río que va junto a él, al Poniente, adonde se puso un ídolo de piedra muy grande en un retrete algo angosto; y este ídolo no es tan crecido ni abultado como los que están en Tiaguanaco hechos a remembranza de Ticiviraco-

cha, ni tampoco parece tener la forma del vestimiento que ellos. Alguna cantidad de oro en joyas se halló cerca de él.

Yo, pasando por aquellas provincias, fui a ver este ídolo porque los españoles publican y afirman que podría ser algún apóstol; y aun a muchos oí decir que tenía cuentas en las manos, lo cual es bulra [burla] si yo no tenía los ojos ciegos, porque aunque mucho lo miré nunca pude ver tal ni más de que tenía puestas las manos encima de los cuadrales enroscados los brazos y por la cintura señales que deberían significar como que la ropa que tenía se prendía con botones. Si éste o el otro fue alguno de los gloriosos apóstoles que en el tiempo de su predicación pasaron a estas partes, Dios todopoderoso lo sabe, que yo no sé que sobre esto me crea más de que a mi ver, si fuera apóstol, obrara con el poder de Dios su predicación en estas gentes, que son simples y de poca malicia, y quedara reliquia de ello o en las Escripturas sacras lo halláramos escrito; mas lo que vemos y entendemos es que el demonio tuvo poder grandísimo sobre estas gentes, permitiéndolo Dios; y en estos lugares se hacían sacrificios vanos y gentílicos, por donde yo creo que hasta nuestros tiempos la palabra del sacro Evangelio no fue vista ni oída, en los cuales vemos ya del todo profanados sus templos y por todas partes la Cruz gloriosa puesta. Y pregunté a los naturales de Cacha, siendo su cacique o señor un indio de buena persona y razón llamado don Juan, ya cristiano, y que fue en persona conmigo a mostrarme esta antigualla, en remembranza de cuál Dios había hecho aquel templo y me respondió que de Ticiviracocha.

Y pues tratamos deste nombre de Viracocha, quiero desengañar al lector el creer que el pueblo tiene que los naturales pusieron a los españoles por nombre “Viracocha” que quiere tanto decir como “espuma de la mar”; y cuanto al nombre es verdad porque *vira* es nombre de manteca y *cocha* de mar; y así, pareciéndoles que por haber venido por ella, les habían atribuido aquel nombre. Lo cual es mala interpretación, según la relación que yo tomé en el Cuzco y dan los orejones; porque dicen que luego que en la provincia de Caxamalca fue preso Atabalipa por los españoles, habiendo habido entre los dos hermanos Guáscar Inga, único heredero del imperio, y Atabalipa, grandes guerras y dádose capitanes de uno contra capitanes de otro muchas batallas hasta que en el río de Apurima, por el paso de Cota-

bamba, fue preso el rey Guáscar y tratado cruelmente por Chalacuchima sin lo cual el Quízquiz en el Cuzco hizo gran daño y mató –según es público– treinta hermanos de Guáscar e hizo otras crueldades en los que tenían su opinión y no se habían mostrado favorables [a] Atabalipa; y como andando en estas pasiones tan grandes hubiese, como digo, sido preso Atabalipa y concertado con él Pizarro que le daría por su rescate una casa de oro y para traello fuesen al Cuzco Martín Bueno, Zárate y Moguer, porque la mayor parte estaba en el solemne templo de Curicanche; y como llegasen estos cristianos al Cuzco en tiempo y coyuntura que los de la parte de Guáscar pasaban por la calamidad dicha e supiesen la prisión de Atabalipa, holgáronse tanto como se puede significar; y así luego, con grandes suplicaciones, imploraban su ayuda contra Atabalipa su enemigo, diciendo ser enviados por mano de su gran dios Ticivirachocha y ser hijos suyos, y así luego les llamaron y pusieron por nombre Viracocha. Y mandaron al gran sacerdote, como los más ministros del templo, que las mujeres sagradas se estuviesen en él, y el Quízquiz les entregó todo el oro y plata. Y como la soltura de los españoles haya sido tanta y en tan poco hayan tenido la honra ni honor de estas gentes, en pago del buen hospedaje que les hacían y amor con que los servían, corrompieron algunas vírgenes y a ellos tenellos en poco; que fue causa que los indios, por esto y por ver la poca reverencia que tenían a su sol y cómo sin vergüenza ninguna ni temor de Dios inviolaban [violaban] sus mamaconas, que ellos tenían por gran sacrilegio, dijeron luego que la tal gente no eran hijos de Dios sino peores que "sopays" que es nombre de diablo; aunque por cumplir con el mandado del señor Atabalipa los capitanes y delegados de la ciudad los despacharon sin les hacer enojo ninguno, enviando luego el tesoro. Y el nombre de Viracocha se quedó hasta hoy; lo cual, según tengo dicho, me informaron ponérselo por lo que tengo escripto y no por la significación que dan de espuma de la mar.

Y con tanto contaré lo que entendí del origen de los Ingas.

CAPÍTULO VI

Cómo remanecieron en Pacaritambo ciertos hombres y mujeres y de lo que cuentan que hicieron después que de allí salieron

YA TENGO otras veces dicho cómo, por ejercicio de mi persona y por huir los vicios que de la ociosidad se recrecen, tomé trabajo de escribir lo que yo alcancé de los Ingas y de su regimiento y buena orden de gobernación; y cómo no tengo otra relación ni escritura que la que ellos dan, si alguno atinare a escribir esta materia más acertada que yo, bien podrá; aunque para claridad de lo que escribo no dejé de pasar trabajo y por hacerlo con más verdad, vine al Cuzco, siendo en ella corregidor el capitán Juan de Sayavedra, donde hice juntar a Cayo Topa, que es el que hay vivo de los descendientes de Guayanacapa, porque Xari [Sairi] Topa, hijo de Mango Inga, está retirado en Viticos, adonde su padre se ausentó después de la guerra que en el Cuzco con los españoles tuvo, como adelante contaré, y a otros de los orejones, que son los que entre ellos se tienen por más nobles; y con los mejores intérpretes y lenguas que se hallaron les pregunté estos señores Ingas qué gente eran y de qué nación.

Y parece que los pasados Ingas, por engrandecer con gran hazaña su nacimiento porque en sus cantares se apregona lo que en esto tienen, que es, que estando todas las gentes que vivían en estas regiones desordenadas y matándose unos a otros y estando envueltos en sus vicios, remanecieron en una parte que a por nombre Pacaritambo, que es no muy lejos de la ciudad del Cuzco, tres hombres y mujeres. Y según se puede interpretar "Pacaritambo" quiere decir como casa de producimiento. Los nombres de los que de allí salieron dicen ser Ayar Ocho el uno y el otro Ayar Hache Arauca y el otro dicen llamarse Ayar Mango; las mujeres, la una había por nombre Mamaco, la otra Mamacona, la otra Mamaragua. Algunos indios cuentan estos nombres de otra manera y en más número, mas yo a lo que cuentan los orejones y ellos tienen por tan cierto me allegaré, porque lo saben mejor que otros ningunos. Y así dicen que salieron vestidos de unas mantas largas y unas a manera de camisas sin collar ni mangas, de lana, riquísimas, con muchas pinturas de diferentes maneras, que ellos llaman *tocabo* [tocapu], que en nuestra lengua quiere decir "vestido de reyes", y que el

uno de estos señores sacó en la mano una honda de oro y en ella puesta una piedra, y que las mujeres salieron vestidas tan ricamente como ellos e sacaron mucho servicio de oro. Y pasando adelante con esto, dicen más, que sacaron mucho servicio de oro y que el uno de los hermanos, el que nombraban Ayar Eche [*sic*] habló con los otros dos hermanos suyos para dar comienzo a las cosas grandes que por ellos habían de ser hechas, porque su presunción era tanta que pensaban hacerse únicos señores de la tierra, y por ellos fue determinado de hacer en aquel lugar una nueva población, a la cual pusieron por nombre Pacaritambo; y fue hecha brevemente, porque para ello tuvieron ayuda de los naturales de aquella comarca. Y andando los tiempos, pusieron gran cantidad de oro puro y en joyas con otras cosas preciadas en aquella parte, de lo cual hay fama que hubo mucho de ello Hernando Pizarro y don Diego de Almagro el mozo.

E volviendo a la historia, dicen que el uno de los tres que ya hemos dicho llamarse Ayar Cache era tan valiente y tenía tan gran poder que con la honda que sacó, tirando golpes o lanzando piedras, derribaba los cerros y algunas veces que tiraba en alto ponían las piedras cerca de las nieves, lo cual, como por los otros dos hermanos fuese visto, les pesaba, pareciéndoles que era afrenta suya no se le igualar en aquellas cosas. Y así, apasionados con la envidia, dulcemente le rogaron con palabras blandas, aunque bien llenas de engaño, que volviese a entrar por la boca de una cueva donde ellos tenían sus tesoros a traer cierto vaso de oro que se les había olvidado y a suplicar al Sol, su padre, les diese ventura próspera para que pudiesen señorear la tierra. Ayar Cache, creyendo que no había cautela en lo que sus hermanos le decían, alegremente fue a hacer lo que dicho le habían, y no había bien acabado de entrar en la cueva, cuando los otros dos cargaron sobre él tantas de piedras que quedó sin más parecer. Lo cual pasado, dicen ellos por muy cierto que la tierra tembló en tanta manera que se hundieron muchos cerros, cayendo sobre los valles.

Hasta aquí cuentan los orejones sobre el origen de los Ingas, porque como ellos fueron de tan gran presunción y hechos tan altos, quisieron que se entendiese haber remanecido de esta suerte y ser hijos del Sol; de donde después, cuando los indios los ensalzaban con renombres grandes, les llamaban "Ancha hatun apo indechori", que quiere en nuestra lengua decir:

"¡Oh muy gran señor, hijo del Sol!". Y lo que yo para mí tengo que se deba creer de esto que éstos fingen será que, así como en Hatuncollao se levantó Zapana y en otras partes hicieron lo mismo otros capitanes valientes, que estos Ingas que remanecieron debieron ser algunos tres hermanos valerosos y esforzados y en quien hubiese grandes pensamientos naturales de algún pueblo de estas regiones o venidos de la otra parte de la sierra de los Andes, los cuales, hallando aparejo, conquistarían y ganarían el señorío que tuvieron; y aun sin esto, podría ser lo que cuentan de Ayar Cache e de los otros ser encantadores, que sería causa de por arte del demonio hacer lo que hacían. En fin, no podemos sacar de ellos otra cosa que esto.

Pues luego que Ayar Cache quedó dentro en la cueva, los otros dos hermanos suyos acordaron, con alguna gente que se les había llegado, de hacer otra población, la cual pusieron por nombre Tambo Quiro, que en nuestra lengua querrá decir "dientes de aposento" o "de palacio"' y hase de entender que estas poblaciones no eran grandes ni más que algunas fuerzas pequeñas. Y en aquel lugar estuvieron algunos días, habiéndoles ya pesado con haber echado de sí a su hermano Ayar Eche [*sic*], que por otro nombre dicen también llamarse Guanacaure.

CAPÍTULO VII

De cómo, estando los dos hermanos en Tambo Quiro, vieron salir con alas de pluma al que habían, con engaño metido en la cueva, el cual les dixo que fuesen a fundar la gran ciudad del Cuzco y cómo partieron de Tambo Quiro

PROSIGUIENDO en la relación que yo tomé en el Cuzco, dicen los orejones que, después de haber asentado en Tambo Quiro los dos ingas, sin se pasar muchos días, descuidados ya de más ver [a] Ayar Cache, lo vieron venir por el aire con alas grandes de pluma pintadas. Y ellos espantados con gran temor que su vista les causó, quisieron huir; mas él les quitó presto aquel pavor, diciéndoles, "No temáis ni os congojéis, que yo no vengo sino porque comience a ser conocido el imperio de los Ingas; por tanto dejad, dejad esa población que hecho habéis y andad más abajo hasta que veáis un valle adonde luego fundad el Cuzco, que es lo que ha de valer porque

estos son arrabales y de poca importancia y aquella será la ciudad grande donde el templo suntuoso se ha de edificar y ser tan servido, honrado y frecuentado, que él sólo sea el más alabado. Y porque yo siempre tengo de rogar a Dios por vosotros e ser parte para que con brevedad alcancéis gran señorío, en un cerro que está cerca de aquí me quedaré de la forma y manera que me veréis, e será para siempre por vosotros y por vuestros descendientes santificado y adorado y llamaréis Guanacauri. Y en pago de las buenas obras que de mí habéis recibido, os ruego para siempre me adoréis por dios y en él me hagáis altares donde sean hechos los sacrificios; y haciendo vosotros esto, seréis en las guerras por mí ayudados, e la señal que de aquí adelante ternéis para ser estimados, honrados y temidos, será horadaros las orejas de la manera que agora me veréis". Y así luego, dicho esto, dicen que les pareció verlo con sus orejeras de oro, el redondo del cual era de un jeme.

Los hermanos, espantados de lo que veían, estaban como mudos, sin hablar; y al fin, pasada la turbación, respondieron que eran contentos de hacer lo que mandaba; e luego, a toda priesa, se fueron al cerro que llaman de Guanacaure, al cual desde entonces hasta ahora tuvieron por sagrado. Y en lo más alto de él volvieron a ver [a] Ayer Eche [*sic*] que sin duda debió de ser algún demonio si esto que cuentan en algo es verdad; y permitiéndoles Dios, debajo de estas falsas apariencias les hacía entender su deseo, que era que le adorasen y sacrificasen, que es lo que él más procura; y les tornó hablar, diciéndoles que convenía que tomasen la bolra [*sic*, borla] o corona del imperio los que habían de ser soberanos señores y que se supiese cómo el tal acto se ha de hacer para los mancebos ser armados caballeros y ser tenidos por nobles. Los hermanos respondieron lo que ya habían primero dicho, que en todo su mandado se cumpliría; y en señal de obediencia, juntas las manos y las cabezas inclinadas, le hicieron la "mocha" o reverencia para que mejor se entienda. Y porque los orejones afirman que de aquí les quedó el tomar de la borla y el ser armados caballeros, pondrélo en este lugar y servirá para no tener necesidad de lo tornar en lo de adelante a reiterar; y puédese tener por historia gustosa y muy cierta por cuando en el Cuzco Mango Ynga tomó la borla o corona suprema, hay vivos muchos españoles que se hallaron presentes a esta ceremonia e yo lo he oído a muchos de ellos, verdad que los indios dicen también que en tiempo de los reyes

pasados se hacía con más solemnidad y preparamientos y juntas de gentes y riqueza tan grande que no se puede enumerar.

Según parece, estos señores ordenaron esta orden para que se tomase la borla o corona e dicen que Ayar Eche [*sic*] en el mismo cerro de Guanacaure se vistió de aquesta suerte y el que había de ser Inga se vestía en un día de una camisola negra, sin collar, con pinturas coloradas y en la cabeza con una trenza leonada se ha de dar ciertas vueltas y cubierto con una manta larga leonada ha de salir de su aposento e ir al campo a coger un haz de paja y ha de tardar todo el día en traerlo, sin comer ni beber porque ha de ayunar. Y la madre y hermanas del que fuere Inga han de quedar hilando con tanta priesa que en aquel propio día se han de hilar e tejer cuatro vestidos para el mismo negocio y han de ayunar sin comer ni beber las que en esta obra estuvieren ocupadas. El uno de estos vestidos ha de ser la camiseta leonada y la manta blanca y el otro colorado con lista blanca y el otro ha de ser la manta y camiseta todo blanco y el otro ha de ser azul con flocaduras y cordones. Estos vestidos se ha de poner el que fuere Inga y ha de haber ayunado el tiempo establecido que es un mes y a este ayuno llaman *zazi*, el cual se hace en un aposento del palacio real sin ver lumbre ni tener ayuntamiento con mujer; y estos días del ayuno las señoras de su linaje han de tener gran cuidado en hacer con sus propias manos mucha cantidad de su chicha, que es vino hecho de maíz y han de andar vestidos ricamente.

Después de haber pasado el tiempo del ayuno, sale el que ha de ser señor llevando en sus manos una alabarda de plata [y] de oro y va a casa de algún pariente anciano adonde le han de ser tresquilados los cabellos; e vestido una de aquellas ropas, salen del Cuzco que es donde se hace esta fiesta y van al cerro de Guanacaure, donde decimos que estaban los hermanos; y hechas algunas ceremonias y sacrificios, se vuelven a donde está aparejado el vino, donde lo beben. Y luego sale el Inga a un cerro nombrado Anaguar y desde el principio de él va corriendo para que vean cómo es ligero y será valiente en la guerra; y luego abaja de él trayendo un copo de lana atado a una alabarda en señal que cuando anduviere peleando con sus enemigos ha de procurar de traer los cabellos y cabezas de ellos.

Hecho esto, iban al mismo cerro de Guanacaure a coger paja muy derecha y el que había de ser rey tenía un manojo grande de ella de oro, muy

delgada y pareja, y con ella iba a otro cerro llamado Yaguira adonde se vestía otra de las ropas ya dichas y en la cabeza se ponía unas trenzas o llauto, que llaman *pillaca*, que es como corona, debajo del cual colgaban unas orejeras de oro y encima se ponía un bonete de pluma casi como diadema que ellos llaman *paucarchuco* y en la alabarda ataban una cinta de oro larga que llegaba hasta el suelo, y en los pechos llevaba puesta una luna de oro; y de esta suerte en presencia de todos los que allí se hallaban mataban una oveja cuya sangre y carne repartían entre todos los más principales para que cruda la comiesen, en lo cual significaba que si no fueren valientes que sus enemigos comerían sus carnes de la suerte que ellos habían comido la de la oveja que se mató. Y allí hacían juramento solemne a su usanza por el Sol de sustentar la orden de caballería y por la defensa del Cuzco morir si necesario fuese; y luego les abrían las orejas poniéndoselas tan grandes que tiene un jeme cada una de ellas en redondo. Y hecho esto, poníanse unas cabezas de leones fieros y vuelven con gran estruendo a la plaza del Cuzco en donde estaba una gran maroma de oro que la cercaba toda, sosteniéndose en horcones de plata y de oro. En el comedio de esta plaza bailaban y hacían grandísimas fiestas a su modo; y los que han de ser caballeros cubiertos con las cabezas de leones que tengo dicho para dar a entender que serán valientes y fieros como lo son aquellos animales. Dado fin a estos bailes, quedan armados caballeros y son llamados orejones y tienen sus privilegios y gozan de grandes libertades y son dignos, si los eligen, de tomar la corona, que es la borla; la cual, cuando se da al señor que lo ha de ser del imperio, se hacen mayores fiestas y se junta gran número de gente, y el que ha de ser emperador ha primero de tomar a su única hermana por mujer, porque el estado real no suceda en linaje bajo, y hace el *zazi* grande, que es el ayuno.

Y en el inter questas cosas pasan, porque estando el señor ocupado en los sacrificios e ayunos no sale a entender en los negocios privados y de gobernación, era ley entre los Ingas que cuando alguno fallecía y se daba a otro la corona o borla, que pudiese señalar uno de los principales varones del pueblo y que tuviese maduro consejo y gran autoridad para que gobernase todo el imperio de los Ingas como el mismo señor durante aquellos días; y a este tal le era permitido tener guarda y hablalle con reverencia. Y hecho esto y recibidas las bendiciones en el templo de Curicanche, recibe

la borla, que era grande e salía del llauto que tenía en la cabeza cobriéndole hasta caer encima de los ojos, y éste era tenido y reverenciado por soberano señor. Y a las fiestas se hallaban los prencipales señores que había en más de cuatro leguas que ellos mandaron y parecía en el Cuzco grandísima riqueza de oro e plata y pedrería y plumaje cercándolo todo la gran maroma de oro y la admirable figura del Sol, que era todo de tanta grandeza que pesaba –a lo que afirman por cierto los indios– más de cuatro mil quintales de oro; y si no, no se daba la borla en el Cuzco, tenían al que se llamaba Inga por cosa de burla sin tener su señorío por cierto ni firme, y así Atabalipa no es contado por rey aunque, como fue de tan gran valor y mató tanta gente, por temor fue obedecido de muchas naciones.

Volviendo a los que estaban en el cerro de Guanacaure, después que Ayar Eche [*sic*] les hubo dicho de la manera que habían de tener para ser armados caballeros, cuentan los indios que mirando contra su hermano Ayar Mango, [le dijo] que se fuese con las dos mujeres al valle que dicho le había, a donde luego fundase el Cuzco, sin olvidar de le venir a hacer sacrificios [a] aquel lugar como primero rogado le había; y que como esto hubiese dicho, así él como el otro hermano se convertieron en dos figuras de piedras, que demostraban tener talles de hombres, lo cual visto por Ayar Mango, tomando sus mujeres, vino adonde ahora es el Cuzco a fundar la ciudad, nombrándose y llamándose dende adelante Mango Capa, que quiere decir “rey y señor rico”.

CAPÍTULO VIII

Cómo después que Mango Capa vio que sus hermanos se habían convertido en piedras vino a un valle donde halló algunas gentes y por él fue fundada y edificada la antigua y muy riquísima ciudad del Cuzco, cabeza principal que fue de todo el imperio de los Ingas

REÍDOME de lo que tengo escripto de estos indios, yo cuento en mi escritura lo que ellos a mí contaron por la suya y antes quito muchas cosas que añadir una tan sola. Pues como Mango Capa hubiese visto lo que de sus hermanos había sucedido e llegase al valle donde ahora es la ciudad del

Cuzco, alzando los ojos al cielo, dicen los orejones que pedía con grande humildad al Sol que le favoreciese e ayudase en la nueva población que hacer quería e que, vueltos los ojos hacia el cerro de Guanacaure, pedía lo mismo a su hermano, que ya lo tenía y reverenciaba por dios; e mirando en el vuelo de las aves y en las señales de las estrellas y en otros prodigios llenos de confianza, teniendo por cierto que la nueva población había de florecer y él ser tenido por el fundador de ella y padre de todos los Ingas que en ella habían de reinar. Y así, en nombre de su Ticiviracocha y del Sol y de los otros sus dioses, hizo la fundación de la nueva ciudad, el origen y principio de la cual fue una pequeña casa de piedra cubierta de paja que Mango Capa con sus mujeres hizo, a la cual pusieron por nombre "Curicancha", que quiere decir "cercado de oro", lugar donde después fue aquel célebre y tan riquísimo templo del Sol y que ahora es monasterio de frailes de la Orden de Santo Domingo. Y tiénese por cierto que en el tiempo que esto por Mango Capa se hacía, había en la comarca del Cuzco indios en cantidad, mas como él no les hiciese mal ni ninguna molestia, no le impedían la estada en su tierra, antes se holgaban con él; y así Mango Capa entendía en hacer la casa ya dicha y era dado a sus religiones y culto de sus dioses y fue de gran presunción y de persona que representaba gran autoridad.

La una de sus mujeres fue estéril, que nunca se empreñó; en la otra hubo tres hijos varones y una hija, el mayor fue nombrado Sinche Roca Ynga y la hija Achi Oclo; los nombres de los otros dos no cuentan ni dicen más de que casó al hijo mayor con su hermana, a los cuales mostró lo que habían de hacer para ser amados de los naturales y no aborrecidos y otras cosas grandes. En este tiempo en Hatuncollao se habían hecho poderosos los descendientes de Zapana y con tiranía querían ocupar toda aquella comarca. Pues como el fundador del Cuzco, Mango Capa, hubo casado a sus hijos y allegado a su servicio algunas gentes con amor y buena palabras, con las cuales engrandeció la casa de Curicanche, después de haber vivido muchos años, murió estando ya muy viejo y le fueron hechas las acequias con toda suntuosidad, sin lo cual se le hizo un bulto para reverenciarle como a hijo del Sol.

CAPÍTULO IX

En que se da aviso al lector [de] la causa por qué el autor, dejando de proseguir con la sucesión de los reyes, quiso contar el gobierno que tuvieron y sus leyes y costumbres que tales fueron

AUNQUE pudiera escribir lo que pasó en el reinado de Sinche Roca Ynga, hijo que fue de Mango Capa, fundador del Cuzco, en este lugar, lo dejé pareciéndome que en lo de adelante habría confusión para saber por entero la manera que se tuvo en la gobernación de estos señores, porque unos ordenaron unas leyes y otros otras y así pusieron unos los mitimaes y otros las guarniciones de gente de guerra en los lugares establecidos en el reino para la defensa de él; y porque son todas cosas grandes y dignas de memoria y para que las repúblicas que se rigen por grandes letrados y varones de esto tomen aviso y unos y otros conciban admiración considerando que pues en gente bárbara y que no tuvo letras se halló lo que de cierto sabemos que hubo así en lo del gobierno como en sojuzgar las tierras y naciones para que debajo de una monarquía obedeciesen a un señor que solo fuese soberano y digno para reinar en el imperio que los Ingas tuvieron que fueron más de mil y doscientas leguas de costa; y así por no variar en decir que unos dicen que cierto de ellos constituyeron lo uno y otros lo otro, en lo cual muchos naturales varían, pondré en este lugar lo que yo entendí y tengo por cierto conforme a la relación que dello tomé en la ciudad del Cuzco y de las reliquias que vemos haber quedado de estas cosas todos los que en el Perú habemos andando. Y no parezca a los lectores que en tomar esta orden salgo de la que el libro conviene que lleve porque para que ellos con más claridad lo entiendan se pone como declaro. Y esto haré con gran brevedad sin querer ocuparme en contar cosas menudas de que siempre huyo y así con ella misma proseguiré en tratar del reinado de los Ingas y la sucesión de ellos hasta que con la muerte de Guáscar y entrada de los españoles se acabó. Y quiero que sepan los que esto leyeren que, entre todos los Ingas que fueron once, tres salieron entre ellos tan bastantísimos para la gobernación de su señorío que cuentan y no acaban los orejones de loarlos; y éstos no se parecieron en las condiciones tanto como en el juicio y en ser valerosos, los cuales son Guaynacapa y Topa Inga Yupangue, su padre e Inga

Yupangue, padre del uno y abuelo del otro. Y también se puede presumir que, como éstos fuesen tan modernos que está el reino lleno de indios que conocieron a Topa Inga Yupangue y con él anduvieron en las guerras y a sus padres oyeron lo que Inga Yupangue hizo en el tiempo de su reinado, podría ser de estas cosas como vistas casi por los ojos tener más lumbre para las poder contar; y lo sucedido a los otros señores, sus progenitores, haberse de ello mucho olvidado aunque cierto para lo tener en la memoria y que no se pierda en muchos años tienen grande aviso para no tener letras, que éstas ya tengo escrito en la Primera Parte de esta Corónica cómo no se han hallado en este reino ni aun en todo este orbe de las Indias. Y por tanto prosigamos lo comenzado.

CAPÍTULO X

De cómo el señor, después de tomada la borla del reino, se casaba con su hermana la Coya, que es nombre de reina; y cómo era permitido tener muchas mujeres, salvo que entre todas, sola la Coya era la legítima y la más principal

CONTÉ brevemente en los capítulos pasados cómo los que habían de ser nobles se armaban caballeros y también las ceremonias que se hacían en el tiempo que los Ingas se coronaban por reyes tomando la corona, que es la borla que hasta los ojos les caía. Y fue por ellos ordenado que el que hubiese de ser rey tomase a su hermana, hija legítima de su padre y madre, por mujer para que la sucesión del reino fuese por esta vía confirmada en la casa real, pareciéndoles por esta manera que, aunque la tal mujer y hermana del rey de su cuerpo no fuese casta y usando con algún hombre, de él quedase preñada, era el hijo que naciese de ella y no de mujer extraña; porque también miraban que, aunque el Ynga [se] casase con mujer generosa, queriendo podía hacer lo mismo y concebir con adulterio de tal manera que, no siendo atendido, fuese tenido por hijo del señor y natural marido suyo. Por estas cosas o porque les pareció a los que lo ordenaron que convenía, era ley entre los Ingas que el señor que entre todos quedaba por emperador tomase a su hermana por mujer la cual tenía por nombre "Coya", que es nombre de reina y que ninguna se lo llamaba –como cuando un rey de

España casa con alguna princesa que tiene su nombre propio y entrando en su reino es llamada reina, así se llamaban las que lo eran del Cuzco Coyas. Y si por caso el que había de ser tenido por señor no tenía hermana carnal, era permitido que casase con la señora más ilustre que hubiese, para que fuese entre todas sus mujeres tenida por las más principal, porque estos señores no había ninguno de ellos que no tenía más de setecientas mujeres para servicio de su casa y para sus pasatiempos; y así todos ellos tuvieron muchos hijos que habían en éstas que tenían por mujeres o mancebas y eran bien tratadas por él y estimadas de los indios naturales; y aposentado el rey a su palacio o por dondequiera que iba, eran miradas y guardadas todas por los porteros y *camayos*, que es nombre de los guardianes; y si alguna usaba con varón era castigada con pena de muerte, dándole a él la misma pena. [A] los hijos que los señores habían en estas mujeres, después que eran hombres mandábanles proveer de campos y heredades que ellos llaman chácaras, y que de los depósitos ordinarios les diesen ropas y otras cosas para su proveimiento, porque no querían dar señorío a estos tales, porque en habiendo alguna turbación en el reino no quisiesen intentar de quedarse con él con la presunción de ser hijo del rey. Y así ninguno tuvo mando sobre provincia, aunque, cuando salían a las guerras y conquistas, muchos de ellos eran capitanes y preferidos a los que iban en los reales; y el señor natural que heredaba el reino los favorecía, puesto que si urdían algún levantamiento eran castigados cruelísimamente; y ninguno de ellos hablaba con el rey, aunque más su hermano fuese, que primero no pusiese en su servir carga liviana y fuese descalzo como todos los demás del reino a le hablar.

CAPÍTULO XI

De cómo se usó entre los Ingas que del Inga que hubiese sido valeroso y que hubiese ensanchado el reino o hecho otra cosa digna de memoria, la hubiese de él en sus cantares y en los bultos; y no siendo sino remiso y cobarde, se mandaba que se tratase poco de él

ENTENDÍ, cuando en el Cuzco estuve, que se hubo entre los reyes Ingas que el rey, que entre ellos era llamado Inga, luego como era muerto se ha-

cían los lloros generales y continuos y se hacían los otros sacrificios grandes conforme a su religión y costumbre; lo cual pasado entre los más ancianos del pueblo se trataba sobre que tal había sido la vida y costumbres de su rey ya muerto y que había aprovechado a la república o qué batallas había vencido que dado se hubiesen contra los enemigos, y tratadas estas cosas entre ellos y otras que no entendemos por entero, se determinaban si el rey difunto había sido tan venturoso que de él quedase loable fama para que por sus valentías y buen gobierno mereciese que para siempre quedase entre ellos, mandaban llamar los grandes quiposcamayos donde la cuenta se fenecía y sabían dar razón de las cosas que sucedido habían en el reino, para que estos la comunicasen con otros que entre ellos, siendo escogidos por más retóricos y abundantes de palabras, saben contar por buena orden cada cosa de lo pasado, como entre nosotros se cuentan por romances y villancicos; y éstos en ninguna otra cosa entienden que en aprender y saberlos componer en su lengua, para que sean por todos oídos y en regocijos de casamientos y otros pasatiempos [que] tienen para aquel propósito, ya sabido lo que se ha de decir de lo pasado en semejantes fiestas a los señores muertos y si se trata de guerra por el consiguiente con orden galana contaban de muchas batallas que en lugares de una parte y otra del reino se dieron; y por el consiguiente para cada negocio tenían ordenados sus cantares o romances, que, viniendo a propósito se cantasen para que ellos se animase la gente con los oír y entendiesen lo pasado en otros tiempos, sin lo ignorar por entero. Y estos indios que por mandado de los reyes sabían estos romances eran honrados por ellos y favorecidos y tenían cuidado grande de los enseñar a sus hijos o a hombres de sus provincias, los más avisados y entendidos que entre todos se hallaban; y así por boca de unos lo sabían otros, de tal manera, que hoy día entre ellos cuentan lo que pasó ha quinientos años como si no hubieran diez.

Y entendida la orden que se tenía para no se olvidar de lo que pasaba en el reino, es de saber que, muerto el rey de ellos, si valiente había sido y bueno para la gobernación del reino, sin haber perdido provincia de las que su padre le dejó ni usado de bajezas y poquedades, ni hecho otros desatinos, que los príncipes locos con la soltura se atreven a hacer en su señorío, era permitido y ordenado por los mismos reyes que fuesen ordenados

cantares honrados y que en ellos fuesen muy alabados y ensalzados de tal manera que todas las gentes se admirasen en oír sus hazañas y hechos tan grandes; y que estos no siempre ni en todo lugar fuesen publicados ni pregonados, sino cuando estuviese hecho algún ayuntamiento grande de gente venida de todo el reino para algún fin y cuando se juntasen los señores principales con el rey en sus fiestas y solaces o cuando se hacían los *taquis* o borracheras suyas. En estos lugares, los que sabían los romances a voces grandes, mirando contra el Inga, le contaban lo que por sus pasados había sido hecho; y si entre los reyes alguno salía remiso, cobarde, dado a vicios y amigo de holgar sin acrecentar el señorío de su imperio, mandaban que de estos tales hubiese poca memoria o casi ninguna; tanto miraban esto, que si alguno se hallaba era por no olvidar el nombre suyo y la sucesión; pero en lo demás, se callaba sin contar los cantares de otros que de los buenos y valientes. Y porque tuvieron en tanto sus memorias que muerto uno de estos señores tan grandes no aplicaba su hijo para sí otra cosa que el señorío, porque era ley entre ellos que la riqueza y aparato real del que había sido rey del Cuzco no lo hubiese otro en su poder ni se perdiese su memoria; para lo cual se hacía un bulto de mantas con la figura que ellos ponerle querían, al cual llaman el nombre del rey ya muerto y salían estos bultos a ponerse en la plaza del Cuzco cuando se hacían sus fiestas y en rededor de cada bulto de estos reyes estaban sus mujeres y criados y venían todos, aparejándole allí su comida y bebida, porque el demonio debía de hablar en aquellos bultos, pues que esto por ellos se usaba. Y cada bulto tenía sus truhanes o decidores que estaban con palabras alegres contentando al pueblo; y todo el tesoro que el señor tenía siendo vivo se estaba en poder de sus criados y familiares y se sacaba a las fiestas semejantes con gran aparato; sin lo cual no dejaban de tener sus *chácaras*, que es nombres de heredades, donde cogían sus maíces y otros mantenimientos con que se sustentaban las mujeres con toda las demás familias de estos señores que tenían bultos y memorias aunque ya eran muertos. Y cierto esta usanza fue harta parte para que en este reino hubiese la suma tan grande de tesoros que se han visto por nuestros ojos; y a españoles conquistadores he oído que, cuando descubriendo las provincias del reino entraron en el Cuzco, había de estos bultos, lo cual pareció ser verdad cuando dende ha poco tiempo queriendo

tomar la borla Mango Inga Yupangue, hijo de Guaynacapa, públicamente fueron sacados en la plaza del Cuzco a vista de todos los españoles e indios que en ella en aquel tiempo estaban.

Verdad es que ya habían los españoles habido mucha parte del tesoro y lo demás se escondió y puso en tales partes que pocos o no ninguno debe saber de él; ni de los bultos ni otras cosas suyas grandes hay ya otra memoria que la que ellos dan y tienen en sus cantares.

CAPÍTULO XII

De cómo tenían cronistas para saber sus hechos por ellos y la orden de los quipos cómo fue y lo que de ello vemos ahora

FUE ORDENADO por los Ingas lo que ya habemos escrito acerca del poner los bultos en sus fiestas y en que se escogiesen algunos de los más sabios de ellos para que en cantares supiesen las vidas de los señores que tal había sido y cómo se habían habido en el gobierno del reino para el efecto por mí dicho. Y es también de saber que, sin esto, fue costumbre de ellos, y ley muy usada y guardada, de escoger cada uno en tiempo de su reinado o señorío tres o cuatro hombres ancianos de los de su nación, a los cuales, viendo que para ello eran hábiles y suficientes, les mandaban que todas las cosas que sucediesen en las provincias durante el tiempo de su reinado, ora fuesen prósperas, ora fuesen adversas, las tuviesen en la memoria y de ellas hiciesen y ordenasen cantares para que por aquel sonido se pudiese entender en lo futuro haber así pasado, con tanto que estos cantares no pudiesen ser publicados ni dichos fuera de la presencia del señor. Y eran obligados estos que habían de tener esta razón durante la vida del rey no tratar ni decir cosa alguna de lo que a él tocaba y luego que era muerto al sucesor en el imperio le decían por estas palabras, "¡Oh Inga grande y poderoso, el Sol y la luna, la tierra, los montes, los árboles, las piedras y tus padres te guarden de infortunio e hagan próspero, dichoso, y bienaventurado sobre todos cuantos nacieron! Sábete que las cosas que sucedieron a tu antecesor son éstas". Y luego, en diciendo esto, los ojos puestos en el suelo, e bajada las manos, con gran humildad les daban cuenta y razón de todo lo que ellos sabían, lo cual podían muy bien hacer porque entre ellos hay muchos de

gran memoria, sutiles de ingenio y de vivo juicio y tan abastados de razones como hoy día son testigos que acá estamos e los oímos. Y así, dicho esto, luego que por el rey era entendido, mandaba a llamar a otros de sus indios viejos, a los cuales mandaba que tuviesen cuidado de saber los cantares que aquellos tenían en la memoria y de ordenar otros de nuevo de lo que pasaba en el tiempo de su reinado, y que las cosas que se gastaban y lo que las provincias contribuían se asentase en los quipos para que se supiese lo que daban y contribuían muerto él y reinando su progenitor, y si no era en un día de gran regocijo o en otro que hubiesen lloros y tristeza por muerte de algún hermano o hijo del rey, porque en los tales días se permitía contar su grandeza de ellos y su origen y nacimiento, y fuera de estos a ninguno era permitido tratar de ello porque estaba así ordenado por los señores suyos; y si lo hacían eran castigados rigurosamente.

Sin lo cual tuvieron otra orden para saber y entender cómo se había de hacer en la contribución, en las provincias, de los mantenimientos, ora pasase el rey con ejército, ora fuese visitando el reino, o que sin hacer nada de esto se entendiese lo que entraba en los depósitos y pagaban los súbditos, de tal manera que no fuesen agraviados, tan buena y sutil que excede en artificio a los caracteres que usaron los mexicanos para sus cuentas y contratación. Y esto fue los quipos, que son ramales grandes de cuerdas anudadas, y los que de esto eran contadores y entendían el guarismo de estos nudos daban por ello razón de los gastos que se habían hecho o de otras cosas que hubiesen pasado de muchos años atrás; y en estos nudos contaban de uno hasta diez y de diez hasta ciento y de ciento hasta mil; y [en] uno de estos ramales está la cuenta de lo uno y en otro lo de lo otro, de tal manera está esto que para nosotros es una cuenta donosa y ciega y para ellos singular. En cada cabeza de provincia había contadores a quien llaman quiposcamayos e por estos nudos tenían la cuenta y razón de lo que habían de tributar los que estaban en aquel distrito desde la plata, oro, ropa y ganado hasta la leña, y las otras cosas más menudas; y por los mismos quipos se daba a cabo de un año, o de diez o de veinte, razón a quien tenía comisión para tomar la cuenta, tan bien que un par de alpargates no se podía esconder.

Yo estaba incrédulo en esta cuenta y, aunque lo oía afirmar y tratar, te-

nía lo más de ello por fábula; y estando en la provincia de Xauxa, en lo que llaman Maycavilca, y rogué al señor Guacorapora [Guacra Páucar] que me hiciese entender la cuenta dicha de tal manera que yo me satisficiese a mí mismo para estar cierto que era fiel y verdadera; y luego mandó a sus criados que fuesen por los quipos. Y como este señor sea de buen entendimiento y razón para ser indio, con mucho reposo satisfizo a mi demanda y me dijo que, para que mejor lo entendiese, que notase que todo lo que por su parte había dado a los españoles desde que entró el gobernador don Francisco Pizarro en el valle estaba allí sin faltar nada; y así vi la cuenta del oro, plata, ropa que habían dado con todo el maíz y ganado y otras cosas, que en verdad yo quedé espantado de ello. Y es de saber otra cosa, que tengo para mí por muy cierto, según han sido las guerras largas y las crueldades, robos y tiranías que los españoles han hecho en estos indios que si ellos no estuvieran hechos a tan grande orden y concierto totalmente se hubieran todos consumido y acabado; pero ellos, como entendidos y cuerdos y que estaban impuestos por príncipes tan sabios, entre todos determinaron que si un ejército de españoles pasase por cualquiera de las provincias, que si no fuere el daño que por ninguna vía se puede excusar, como es destruir las sementeras, robar las casas, hacer otros daños mayores que éstos, que en lo demás todas las comarcas tuviesen en el camino real por donde pasaban los nuestros sus contadores y éstos tuviesen proveimiento lo más cumplido que ellos pudiesen para que con achaque de la falta no los destruyesen del todo, y así eran proveídos. Y después de salidos, juntos los señores, veían los quipos de las cuentas y por ellos, si uno había gastado más que otros, los que menos habían proveído lo pagaban, de tal suerte que iguales quedasen todos.

Y en cada valle hay esta cuenta hoy día y siempre hay en los aposentos tantos contadores como en él hay señores y de cuatro en cuatro meses fenecen sus cuentas por la manera dicha. Y con la orden que han tenido han podido sufrir combates tan grandes que si Dios fuese servido que del todo hubiesen cesado con el buen tratamiento que en este tiempo reciben y con la buena orden y justicia que hay, se restaurarían y multiplicarían para que en alguna manera vuelva a ser este reino lo que fue, aunque yo creo que será tarde o nunca. Y es verdad que yo he visto pueblos y pueblos bien

grandes, y de una sola vez que cristianos españoles pasen por él, quedar tal que no parecía sino que fuego lo había consumido; y como las gentes no eran de tanta razón, ni unos a otros se ayudaban, perdíanse después con hambres y enfermedades, porque entre ellos hay poca caridad y cada uno es señor de su casa y no quiere más cuenta. Y esta orden del Perú débese a los señores que lo mandaron y supieron ponerla en todas las cosas tan grandes como vemos los que acá estamos por estas cosas y otras mayores. Y, con tanto, pasaré adelante.

Hase de notar que cuando el señor rey enviaba desde el Cuzco alguno de los orejones principales a tomar la cuenta a los gobernadores, si por caso en el camino adolecía de enfermedad que moría, luego en el pueblo o parte donde la muerte le tomaba hacían los naturales testigos de cómo había sido y enviaba mensajeros al señor, adondequiera que estuviese, y al muerto, sacadas las tripas las llevavan de pueblo en pueblo hasta donde había salido y lo presentaban ante el señor con indios que juraban haberle visto morir y contaban la enfermedad que tuvo, tanto temían a los reyes que hacían esto. Y si abajava a los llanos o a otra tierra con poder de tomar cuenta algún orejón, salíanle a recibir al camino y hacíanle grande honra, estimábanle tanto como en España estimarían al Presidente del Consejo Real si fuese por ella visitando y tomando cuenta de cosa por menudo.

CAPÍTULO XIII

Cómo los señores del Perú eran muy amados por una parte y temidos por otra de todos sus súbditos y cómo ninguno de ellos, aunque fuese gran señor ni antiguo en linaje, podía entrar en su presencia si no era con una carga en señal de grande obediencia

ES DE NOTAR, y mucho, que como estos reyes mandaron tan grandes provincias y en tierra tan larga y a partes tan áspera y llena de montañas y de promontorios nevados y llanos de arena secos de árboles y faltos de agua, que era necesario gran prudencia para la gobernación de tantas naciones y tan distintas unas de otras en lenguas, leyes y religiones, para tenerlas todas en tranquilidad y que gozasen de la paz y amistad con él; y así, no embargante que la ciudad del Cuzco era la cabeza de su imperio, como en mu-

chos lugares hemos apuntado, de cierto a cierto término, como también diremos, tenían puestos sus delegados y gobernadores, los cuales eran los más sabios, entendidos y esforzados que hallarse podían y ninguno tan mancebo que ya no estuviese en el postrer tercio de su edad. Y como le fuesen fieles y ninguno osase levantarse y tenía de su parte a los mitimaes, ninguno de los naturales, aunque más poderoso fuese, osaba intentar ninguna rebelión, y si alguna intentaba, luego era castigado el pueblo donde se levantaba, enviando presos los movedores al Cuzco. Y de esta manera eran tan temidos los reyes que, si salían por el reino y permitían alzar algún paño de los que iban en las andas para dejarse ver de sus vasallos, alzaban tan grande alarido que hacían caer las aves de lo alto donde iban volando a ser tomadas a manos; y todos los temían tanto que de la sombra que su persona hacía no osaban decir mal. Y no era esto sólo, pues es cierto que si alguno de sus capitanes o criado[s salían a visitar alguna parte] del reino para algún efecto, le salían a recibir al camino con grandes presentes no osando, aunque fuese solo, dejar de cumplir en todo y por todo el mandamiento de ellos.

Tanto fue lo que temieron a sus príncipes en tierra tan larga que cada pueblo estaba tan asentado y bien gobernado como si el señor estuviera en él para castigar los que lo contrario hiciesen. Este temor pendía del valor que había en los señores y de su mucha justicia, que sabían que por parte de ser ellos malos, si lo fuesen, luego el castigo se había de hacer en los que lo fuesen sin que bastase ruego ni cohecho ninguno. Y como siempre los Ingas hiciesen buenas obras a los que estaban puestos en su señorío sin consentir que fuesen agraviados ni que les llevasen tributos demasiados ni les fuesen hechos otros desafueros, sin lo cual, muchos que tenían provincias estériles y que en ellas sus pasados habían vivido con necesidad, les daban tal orden que las hacían fértiles y abundantes, proveyéndoles de las cosas que en ellas había necesidad; y en otras donde había falta de ropa por no tener ganados, se los mandaba dar con gran liberalidad. En fin, entiéndase que así como estos señores se supieron servir de los suyos y que les diesen tributos, así ellos les supieron conservar las tierras y traerlos de bastos a muy políticos y a de desproveídos a que no les faltase nada. Y con estas buenas obras y con que siempre el señor a los principales daba mujeres

y preseas ricas, ganaron tanto la gracia de todos que fueron de ellos amados en extremo grado, tanto que yo me acuerdo haber visto por mis ojos a indios viejos, estando a vista del Cuzco, mirar contra la ciudad y alzar un alarido grande, el cual se les convertía en lágrimas salidas de tristezas contemplando el tiempo presente y acordándose del pasado, donde en aquella ciudad por tantos años tuvieron señores de sus naturales, que supieron atraerlos a su servicio y amistad de otra manera que los españoles.

Y era usanza y ley inviolable entre estos señores del Cuzco, por grandeza de su autoridad y por la estimación de la dignidad real, que estando él en su palacio o caminando con gente de guerra o sin ella, que ninguno, aunque fuese de los más grandes y poderosos señores de todo su reino, no había de entrar a le hablar ni a estar delante de su presencia sin que primero, tirándose los zapatos –que ellos llaman *ojotas*– se pusiese en sus hombros una carga para entrar con ella a la presencia del señor, en lo cual no se tenía cuenta que fuese grande ni pequeña porque no era por más de porque supiesen el reconocimiento que habían de tener a los señores suyos, y entrando dentro, vueltas las espaldas al rostro del señor, habiendo primero hecho reverencia, que ellos llaman *mocha*, dice a lo que viene o oye lo que les mandado. Lo cual pasado, si queda en la Corte, por algunos días y es persona de cuenta, no entraba más con la carga porque siempre estaban los que venían de las provincias en la presencia del señor en convites y en otras cosas que por ellos eran hechas.

CAPÍTULO XIV

De cómo fue muy grande la riqueza que tuvieron y poseyeron los reyes del Perú y cómo mandaban asistir siempre hijos de los señores en su Corte

POR LA GRAN riqueza que habemos visto en estas partes podremos creer ser verdad lo que se dice de la mucha que tuvieron los Ingas; porque yo creo, lo que ya muchas veces tengo afirmado, que en el mundo no hay tan rico reino de metales pues cada día se descubren tan grandes veneros así de oro como de plata, y como en muchas partes de las provincias cogiesen en los ríos oro y en los cerros sacasen plata y todo era para un rey, pudo tener

y poseer tanta grandeza; y de ello yo no me espanto de otra cosa sino cómo toda la ciudad del Cuzco y los templos suyos no eran hechos los edificios de oro puro. Porque lo que hace a los príncipes tener necesidad y no poder atesorar dineros es la guerra y de esto tenemos claro ejemplo en lo que el Emperador ha gastado desde el año que se coronó hasta éste, pues habiendo habido más plata y oro que ovieron los reyes de España desde el rey don Rodrigo hasta él, ninguno de ellos tuvo tanta necesidad como Su Majestad; y si no tuviera guerras y su asiento fuera en España, verdaderamente con sus rentas y con lo que ha venido de las Indias toda España estuviera tan llena de tesoros como lo estaba el Perú en tiempo de sus reyes.

Y esto tráigolo a comparación que todo lo que los Ingas habían lo gastaban no en otra cosa que arreos de su persona y ornamento de los templos y servicio de sus casas y aposentos; porque en las guerras las provincias les daban toda la gente, armas y mantenimiento que fuese necesario, y si [a] algunos de los mitimaes daban algunas pagas de oro en alguna guerra que ellos tuviesen por dificultosa era poco y que en un día lo sacaban de las minas; y como preciaron tanto la plata y oro por ellos fuese tan estimada, mandaban sacar en muchas partes de las provincias cantidad grande de ella, de la manera y con la orden que adelante se dirá.

Y sacando tanta suma y no pudiendo el hijo dejar que la memoria del padre, que se entiende su casa y familiares con su bulto, estuviese siempre entero, estaban de muchos años allegados tesoros, tanto que todo el servicio de la casa del rey así de cántaros para su vino como de cocina todo era oro y plata; y esto no en un lugar y en una parte lo tenía, sino en muchas, especialmente en las cabeceras de las provincias donde había muchos plateros, los cuales trabajaban en hacer estas piezas y en los palacios y aposentos suyos había planchas de estos metales y sus ropas estaban llenas de argentería y de esmeraldas y turquesas y otras piedras preciosas de gran valor. Pues para sus mujeres tenían mayores riquezas para ornamento y servicio de su personas, y sus andas todas estaban engastonadas en oro y plata y pedrería. Sin esto, en los depósitos había grandísima cantidad de oro en tejidos y de plata en pastas, y tenían mucha *chaquira* que es en extremo menuda, y otras joyas muchas y grandes para su taquis e borracheras. Y para los sacrificios era más lo que había de estos tesoros; y como tenían y

guardaban aquella ceguedad de enterrar con los difuntos tesoros, es de creer que cuando se hacían las acequias y entierros de estos reyes, que sería cosa increíble lo que meterían en las sepulturas. En fin, sus atambores y asentamientos y estrumentos de música y armas para ellos era todo de este metal. Y por engrandecer su señorío, pareciéndoles que lo mucho que digo era poco, mandaban por ley que ningún oro ni plata que entrase en la ciudad del Cuzco de ella pudiese salir so pena de muerte, lo cual ejecutaban luego en quien lo quebrantaba, y con esta ley, siendo lo que entraba mucho y no saliendo nada, había tanto que, si cuando entraron los españoles se dieran otra maña y tan presto no ejecutaran su crueldad en dar la muerte [a] Atabalipa, no se qué navíos bastaran a traer a las Españas tan grandes tesoros como están perdidos en las entrañas de la tierra, y estarán por ser ya muertos los que enterraron.

Y como se tuviesen en tanto estos Ingas, mandaron más que en todo el año residiesen en su Corte hijos de los señores de las provincias de todo el reino para que entendiesen la orden de ella y viesen su majestad grande y fuesen avisados cómo le habían de servir y obedecer de que heredasen sus señoríos y curacazgos; y si iban los de una provincia, venían los de otra. De tal manera se hacía esto que siempre estaba su Corte muy rica y acompañada, porque, sin esto nunca dejaban de estar con él muchos caballeros de los orejones y señores de los ancianos para tomar consejo en lo que se había de proveer y de ordenar.

CAPÍTULO XV

De cómo se hacían los edificios para los señores y los caminos reales para andar por el reino

UNA DE LAS COSAS de que yo más admiré contemplando y notando las cosas de este reino fue pensar cómo y de qué manera se pudieron hacer caminos tan grandes y soberbios como por él vemos y qué fuerzas de hombres bastaron a lo poder hacer y con qué herramientas y estrumento pudieron allanar los montes y quebrantar las peñas para hacerlos tan anchos y buenos como están; porque me parece que si el Emperador quisiese mandar hacer otro camino real como el que va del Quito al Cuzco sale del Cuz-

co para ir a Chile, ciertamente creo en todo su poder, para ello no fuese poderoso ni fuerzas de hombres lo pudieran hacer, si no fuese con la orden tan grande que para ello los Ingas mandaron que hubiese. Porque si fuera camino de cincuenta leguas o de ciento o de doscientas es de creer que aunque la tierra fuera más áspera no se tuviera en mucho con buena diligencia hacerlo; mas éstos eran tan largos que había alguno que tenía más de mil y cien leguas, todo echado por sierras tan agras y espantosas que por algunas partes mirando abajo se quita la vista y algunas de estas sierras derechas y llenas de pedreras, tanto que era menester cavar por las laderas en peña viva para hacer el camino ancho y llano; todo lo cual hacían con fuego y con sus picos. Por otros lugares había subidas tan altas y ásperas que hacían desde lo bajo escalones para poder subir por ellos a lo más alto, haciendo entre medias de ellos algunos descansos anchos para el reposo de la gente. En otros lugares había montones de nieve que era más de temer y esto no en un lugar sino en muchas partes, y no así como quiera, sino que no va ponderado ni encarecido como ello es ni como lo vemos; y por estas nieves y por donde había montañas de árboles y céspedes lo hacían llano y empedrado, si menester fuese.

Los que leyesen este libro y hubieren estado en el Perú miren el camino que va desde Lima a Xauxa por las sierras tan ásperas de Guayachire [Guarochiri] y por la montaña nevada de Pariacoca [Pariacaca] y entenderán los que a ellos lo oyeren, si es más lo que ellos vieron que no lo que yo escribo; y sin esto, acuérdense de la ladera que abaja al río Apurima y cómo viene el camino por las sierras de los Paltas, Caxas y Ayabaca y otras partes de este reino por donde el camino va tan ancho como quince pies, poco más o menos. Y en tiempo de los reyes estaba limpio sin que en él hubiese ninguna piedra ni yerba nacida porque siempre se entendía en lo limpiar; y por lo poblado, junto a él se había grandes palacios y alojamiento para la gente de guerra; y por los desiertos nevados y de campaña había aposentos con que se podían muy bien amparar de los fríos y de las lluvias. Y en muchos lugares, como es en el Collao y en otras partes, había señales de sus leguas, que eran como los mojones de España con que parten los términos, salvo que son mayores y mejor hechos los de acá, a estos tales llaman *topos* y uno de ellos es una legua y media de Castilla.

Entendido de la manera que iban hechos los caminos y la grandeza de ellos, diré con la facilidad que eran hechos por los naturales sin que se les recreciese muerte ni trabajo demasiado; y era que, determinado por algún rey que fuese hecho alguno de estos caminos tan famosos, no era menester muchas provisiones ni requerimientos ni otra cosa que decir el rey: "hágase esto", porque luego los veedores iban por las provincias marcando la tierra y los indios que había de una a otra, a los cuales mandaba que hiciesen los tales caminos, y así se hacían de esta manera que una provincia hacía hasta otra a su costa y con sus indios y en breve tiempo lo dejaban como se lo pintaban y otra hacía lo mismo y aun, si era necesario, a un tiempo se acababa gran parte del camino o todo él. Y si allegaban a los despoblados, los indios de la tierra dentro que estaban más cercanos venían con vituallas y herramientas a lo hacer, de tal manera que con mucha alegría y poca pesadumbre era todo hecho, porque no les agraviaban en un punto ni los Ingas ni sus criados les mentían en nada.

Sin todo esto, se hicieron grandes calzadas de excelente edificio, como es la que pasa por el valle de Xaquixaguana y sale de la ciudad del Cuzco y va por el pueblo de Mohina. De estos caminos reales había muchos en todo el reino, así por la sierra como por los llanos. Entre todos cuatro se tienen por los más importantes, que son los que salían de la ciudad del Cuzco, de la misma plaza de ella como crucero a las provincias del reino, como tengo escrito en la Primera Parte de esta Crónica, en la fundación del Cuzco. Y por tenerse en tanto los señores, cuando salían por estos caminos sus personas reales con la guarda convenible, iba por uno y por otro la demás gente; y aun en tanto tuvieron su poderío que, muerto uno de ellos, el hijo, habiendo de salir [a] alguna parte larga, se le hacía camino por sí mayor y más ancho que el de su antecesor; mas esto era si salía [a] alguna conquista del tal rey o a hacer cosa digna de tal memoria que se pudiese decir que por aquello había sido más largo el camino que para él se hizo. Y esto vemos claro porque yo he visto junto a Vilcas tres o cuatro caminos; y aun una vez me perdí por el uno creyendo que iba por el que ahora se usa; y a éstos llaman al uno camino de Inga Yupangue y al otro Topa Inga, y al que ahora se usa y usará para siempre es el que mandó hacer Guaynacapa, que allegó cerca del río de Angasmayo al Norte y al Sur mucho adelante de lo que aho-

ra llamamos Chile; camino tan largo que había de una parte a otra más de mil y doscientas leguas.

CAPÍTULO XVI

Cómo y de qué manera se hacían las cazas reales por los señores en el Perú

EN LA PRIMERA Parte conté ya cómo en este reino del Perú había suma grandísima de ganado doméstico y bravo, urcos, carneros y pacos, vicuñas y ovejas, llamas en tanta manera que así lo poblado como lo que no lo era andaba lleno de grandes manadas, porque por todas partes había y hay excelentes pastos para que bien se pudiese criar. Y es de saber que, aunque había tanta cantidad, era mandado por los reyes que so graves penas ninguno osase matar ni comer hembra ninguna; y si lo quebrantaban, luego eran castigados y con este temor no lo osaban comer. Y multiplicábanse tanto que es de no creer lo mucho que había en el reino cuando los españoles entraban en él. Y lo principal porque esto se mandaba es porque hubiese abasto de lanas para hacer ropas, porque cierto en muchas partes si faltase del todo este ganado no sé cómo podrían las gentes guarecerse del frío por la falta que tenían de lanas para hacer ropas. Y así, con esta orden, eran muchos los depósitos que por todas partes había llenos de ropa así para la gente de guerra como para los demás naturales, y la más de esta ropa se hacía de la lana del ganado de los guanacos y vicuñas.

Y cuando el señor quería hacer alguna caza real, es de oír lo mucho que se mataba y tomaba a manos de hombres, y tal día hubo que se tomó más de treinta mil cabezas de ganado. Mas cuando el rey lo tomaba por pasatiempo y salía para ello de propósito, poníanle las tiendas en el lugar que a él le placía porque, como fuese en lo alto de la serranía, en ninguna parte dejaba de haber este ganado y tanto como hemos dicho; de donde, habiéndose ya juntado cincuenta o sesenta mil personas o cien mil, si mandado les era, cercaban los breñales y campaña de tal manera que con el ruido que iban haciendo con el resonido de sus voces bajaban de los altos a lo más llano, en donde poco a poco se vienen juntando unos hombres con otros hasta quedar asidos de las manos; y en el redondo que con sus propios cuer-

pos hacen, está la caza detenida y represada y el señor puesto en la parte que a él más le place para la matanza que de ella se hace. Y entrando otros indios con unos que llaman *ayllos*, que es para prender por los pies, y otros con bastones y porras, comienzan de tomar y matar; y como hay tan gran cantidad de ganado detenido y entre ello tantos de los *guanacos*, que son algunos mayores que pequeños asnillos, largos de pescuezos como camellos, procuran la salida echando por las bocas de la roña que tienen en los rostros de los hombres y con hender por donde pueden con grandes saltos. Y cierto se dice que cosa de espanto ver el ruido tan grande que tienen los indios por les tomar y el estruendo que ellos hacen por salir, tanto que se oye gran trecho de donde pasa. Y si el rey quiere matar alguna caza sin entrar en la rueda que está hecha, lo hace como a él le place.

Y en estas cazas reales se gastaban muchos días; y muerta tan gran cantidad de ganado, luego se mandaba por los veedores llevar la lana de todo ello a los depósitos o a los templos del Sol para que las mamaconas entendiesen en hacer ropas finísimas para los reyes, que lo eran tanto que parecían de sarga de seda y con colores tan perfectas cuanto se puede afirmar. La carne de esto que se cazaba, de ella comían los que estaban allí con el rey y de ella se secaba al sol para tener puesta en los depósitos para proveimiento de la gente de guerra; y todo este ganado se entiende que era de lo montesino y no ninguno de lo doméstico. Tomábase entre ello muchos venados y vizcachas, raposas y algunos osos y leones pequeños.

CAPÍTULO XVII

Que trata la orden que tenían en las conquistas los Ingas y cómo en muchos lugares hacían de las tierras estériles fértiles con el proveimiento que para ello daban

UNA DE LAS COSAS de que más se tiene envidia a estos señores es en entender cuán bien supieron conquistar tan grandes tierras y ponellas, con su prudencia, en tanta razón como los españoles las hallaron cuando por ellos fue descubierto este reino; y de que esto sea así muchas veces me acuerdo yo, estando en alguna provincia indómita fuera de estos reinos; oír luego a los mismos españoles, "Yo aseguro que si los Ingas anduvieran por aquí,

que otra cosa fuera esto" o decir: "No conquistaron los Ingas esto como lo otro porque supieran servir y tributar". Por manera que, cuanto a esto, conocida está la ventaja que nos hacen, pues con su orden las gentes vivían con ella y crecían en multiplicación y de las provincias estériles hacían fértiles y abundantes, en tanta manera y por tan galana orden como se dirá.

Siempre procuraron de hacer por bien las cosas y no por mal en el comienzo de los negocios; después, algunos de los Ingas hicieron grandes castigos en muchas partes; pero antes, todos afirman que fue grande con la benevolencia y amicicia que procuraban el atraer a su servicio a estas gentes. Ellos salían del Cuzco con su gente y aparato de guerra y caminaban con gran concierto hasta cerca de donde habían de ir y querían conquistar, donde muy bastantemente se informaban del poder que tenían los enemigos y de las ayudas que podrían tener y de qué partes les podrían venir favores y por qué camino. Y esto entendido por ellos, procuraban por las vías a ellos posibles, estorbar que no fuesen socorridos, ora con dones grandes que hacían, ora con resistencia que ponían; entendiendo, sin esto, de mandar hacer sus fuertes, los cuales eran en cerros o laderas, hechas en ellos ciertas cercas altas y largas con su puerta cada una porque, perdida una, pudiesen pasarse a la otra y de la otra hasta lo más alto. Y enviaban escuchas de los confederados para marcar la tierra y ver los caminos y conocer del arte que estaban aguardando y por dónde había más mantenimiento; sabido por él el camino que había de llevar y la orden con que había de ir, enviábales mensajeros propios, con los cuales les enviaba a decir que él quería tenellos por parientes y aliados; por tanto, que con buen ánimo y corazón alegre saliesen a lo recibir y recibirlo en su provincia para que en ella le sea dada la obediencia como en las demás; y porque lo hagan con voluntad enviaba presentes a los señores naturales.

Y con esto y con otras buenas maneras que tenía, entraron en muchas tierras sin guerra, en las cuales mandaban a la gente de guerra con que él iba que no hiciesen daño ni injuria ninguna ni robo ni fuerza, y si en la tal provincia no había mantenimiento, mandaba que de otras partes se proveyese porque a los nuevamente venidos a su servicio no les pareciese desde luego pesado su mando y conocimiento, y el conocelle y aborrecerle fuese en un tiempo. Y si en alguna de estas provincias no había ganado, luego

mandaba que les diesen por cuenta tantas mil cabezas, lo cual mandaba que mirasen mucho y con ello multiplicasen para proveerse de lana para sus ropas, y que no fuesen osados de matar ni comer ninguna cría por los años y tiempo que les señalaba. Y si había ganado y tenían de otra cosa falta, era lo mismo; y si estaban en collados y breñales, hacíales entender con buenas palabras que hiciesen pueblos y casas en lo más llano de las sierras y laderas; y como muchos no eran diestros en cultivar las tierras, avisábanles cómo lo habían de hacer imponiéndoles en que supiesen sacar acequias y regar con ellas los campos.

En todo lo sabían proveer tan concertadamente que, cuando entraba por amistad alguno de los Ingas en provincias de éstas, en breve tiempo quedaba tal que parecía otra y los naturales le daban la obediencia consintiendo que sus delegados quedasen en ella y lo mismo los mitimaes. En otras muchas [en] que entraron de guerra y por fuerza de armas mandábase que en los mantenimientos y casas de los enemigos se hiciese poco daño, diciéndoles el señor: "Presto serán éstos nuestros como los que ya lo son". Y como esto tenían conocido, procuraban que la guerra fuese la más liviana que ser pudiese, no embargante que en muchos lugares se dieron grandes batallas porque todavía los naturales de ellos querían conservarse en la libertad antigua sin perder sus costumbres y religión por tomar otras extrañas. Mas durando la guerra, siempre habían los Ingas lo mejor, y vencidos no los destruían de nuevo, antes mandaban restituir los presos –si algunos había– y el despojo y ponerlos en posesión de sus haciendas e señorío, amonestándoles que no quieran ser locos en tener contra su persona real competencia ni dejar su amistad, antes quieran quedar por sus amigos como lo son los comarcanos suyos. Y diciendo esto dábanles algunas mujeres hermosas y piezas ricas de lana o de metal de oro.

Con esta dádivas y buenas palabras había las voluntades de todos de tal manera que, sin ningún temor los huidos a los montes se volvían a sus casas y todos dejaban las armas; y el que más veces veía al Inga se tenía por más bienaventurado y dichoso.

Los señoríos nunca los tiraban a los naturales. A todos mandaban unos y otros que por Dios adorasen al Sol; sus demás religiones y costumbres no

se las prohibían, pero mandábales que se gobernasen por las leyes y costumbres que usaban en el Cuzco y que todos hablasen la lengua general.

Y puesto gobernador por el señor con guarniciones de gente de guerra, parten para lo de adelante. Y si estas provincias eran grandes luego se entendía en edificar templo del Sol y colocar la cantidad de mujeres que ponían en los demás y hacer palacios para los señores; y cobraban los tributos que habían de pagar sin llevarles nada demasiado ni agraviarles en cosa ninguna, encaminándoles en su policía y en que supiesen hacer edificios y traer ropas largas y vivir concertadamente en sus pueblos, en los cuales si algo les faltaba de que tuviesen necesidad, eran proveídos y enseñados cómo lo habían de sembrar y beneficiar. De tal manera se hacía esto, que sabemos [que] en muchos lugares que no había ganado, lo hubo mucho desde el tiempo que los Ingas los sojuzgaron y en otros que no había maíz, tenerlo después sobrado. Y en todos los más andaban como salvajes mal vestidos y descalzos; y desde que conocieron a estos señores usaron de camisetas largas y mantas, y las mujeres lo mismo, y de otras buenas cosas, tanto que para siempre habrá memoria de todo ello.

Y en el Collao y en otras partes mandó pasar mitimaes a la sierra de los Andes para que sembrasen maíz y coca y otras frutas y raíces de todos los pueblos la cantidad conveniente, los cuales con sus mujeres vivían siempre en aquella parte donde sembraban y cogían tanto de lo que digo, que se sentía poco la falta por traer mucho de estas partes y no haber pueblo ninguno, por pequeño que fuese, que no tuviese de estos mitimaes. Adelante trataremos cuántas suertes había de estos mitimaes y lo que hacían los unos y entendían los otros.

CAPÍTULO XVIII

Que trata la orden que había en el tributar las provincias a los reyes y del concierto que en ello se tenía

PUES EN EL CAPÍTULO pasado escribí la manera que en sus conquistas los Incas tuvieron, será bien decir en éste cómo tributaban tantas naciones y cómo en el Cuzco se entendía lo que venía de los tributos. Pues, es cosa muy notoria y entendida, ningún pueblo de la sierra, ni valle de los llanos

dejó de pagar el tributo de derrama que le era impuesto por los que para ello tenían cargo, y aun tal provincia hubo, que diciendo los naturales no tener con qué pagar tributo, les mandó el rey que cada persona de toda ella fuese obligado de le dar cada cuatro meses un cañuto algo grande lleno de piojos vivos, lo cual era industria del Inga para imponerlos y avisarlos en el saber tributar y contribuir; y así, sabemos que pagaron tributo de piojos algunos días hasta que, habiéndoles mandado dar ganado, procuraron de lo criar y hacer ropas y buscar con qué tributar para el tiempo de adelante.

Y la orden que los orejones del Cuzco y los más señores naturales de la tierra dicen que se tenía en el tributar era ésta que desde la ciudad del Cuzco el que reinaba enviaba algunos de los principales criados de su casa a visitar por el uno de los cuatro reales caminos que salen de aquella ciudad, que ya tengo escrito llamarse Chinchasuyo el uno, en el cual entran las provincias que hay hasta Quito, con todos los llanos de Chincha para abajo hacia el Norte; y el segundo se llama Condesuyo que es donde se incluyen las regiones y provincias que están hacia la mar del Sur y muchas de la serranía; al tercero llaman Collasuyo, que es por donde contaron todas las provincias que hay hacia la parte del Sur hasta Chile; el último camino llaman Andesuyo, por éste van a todas las tierras que están en las montañas de los Andes, que se entiende en las faldas y vertientes de ellas.

Pues como el señor quisiese saber lo que habían de tributar todas las provincias que había en el Cuzco hasta Chile, camino tan largo como muchas veces he dicho, mandaba salir, como digo, personas fieles y de confianza, los cuales iban de pueblo en pueblo mirando el traje de los naturales y la posibilidad que tenían y la grosedad de la tierra y si en ella había metales o ganados o mantenimientos o de las demás cosas que ellos querían y estimaban, lo cual mirado con mucha diligencia, volvían a dar cuenta al señor de todo ello, el cual mandaba hacer cortes generales y que acudiesen a ellas los principales del reino. Y estando allí los señores de las provincias que le habían de tributar, les hablaba amorosamente que, pues le tenían por solo señor y monarca de tantas tierras y tan grandes, que tuviesen por bien, sin recibir pesadumbre, de le dar los tributos debidos a la persona real, el cual él quería que fuesen moderados y tan livianos que ellos fácilmente lo pudiesen hacer. Y respondídole conforme a lo que él desea-

ba, tornaban a salir de nuevo con los mismos naturales algunos orejones a imponer el tributo que habían de dar, el cual era en algunas partes más que el que dan a los españoles en este tiempo, pero con la orden tan grande que se tenía en lo de los Ingas, era para no sentirlo la gente y crecer en multiplicación; y con la desorden y demasiada codicia de los españoles se fueron disminuyendo en tanta manera que falta la mayor parte de la gente. Y del todo se acabará de consumir por su codicia y avaricia que los más o todos acá tenemos, si la misericordia de Dios no lo remediara con permitir que las guerras hayan cesado, que es cierto se han de tener por azote de su justicia y que la tasación se haya hecho de tal manera y moderación que los indios con ella gozan de gran libertad y son señores de sus personas y haciendas, sin tener más pecho ni subsidio que pagar cada pueblo lo que le ha sido puesto por tasas. Esto traté adelante un poco más largo.

Visitando los que por los Ingas son enviados las provincias, entrando en una en donde ven por los quipos la gente que hay, así hombres como mujeres, viejos y niños, si en ella hay mineros de oro o plata, mandaban a la tal provincia que, puestos en las minas tantos mil indios, sacasen de aquellos metales la cantidad que les señalaban mandando que lo diesen y entregasen a los veedores que para ello se ponían. Y porque en el inter que andaban sacando plata los indios que eran señalados no podían beneficiar sus heredades y campos, los mismos Ingas ponían por tributo a otra provincia que viniese a les hacer las sementeras a sus tiempos y coyuntura, de tal manera que no quedasen por sembrar; y si la provincia era grande, de ella misma salían indios a coger metales y a sembrar y labrar las tierras. Y mandábase que, si estando en las minas adoleciese alguno de los indios, que luego se fuese a su casa y viniese otro en su lugar y más que ninguno cogiese metales que no fuese casado para que sus mujeres les aderezasen el mantenimiento y su brebaje; y sin esto, se guardaba de enviar mantenimientos bastantes a estos tales. De tal manera se hacía que, aunque toda su vida estuvieran en las minas, no lo tuvieran por gran trabajo ni ninguno moría por dárselo demasiado. Y sin todo esto, en el mes les era permitido dejar de trabajar algunos días para sus fiestas y solaces; y no unos indios estaban a la continua en los mineros, sino de tiempo a tiempo los mandaban saliendo unos y entrando otros.

Tal manera tuvieron los incas en esto, que les sacaban tanto oro y plata en todo el reino que debió de haber año que les sacaron más de cincuenta mil arrobas de plata y más de quince mil de oro y siempre sacaban de estos metales para servicio suyo. Y estos metales eran traídos a las cabeceras de las provincias y de la manera y con la orden con que los sacaban en las unas los sacaban en las otras de todo el reino. Y si no había metal que sacar en otras tierras para que pudiesen contribuir, echaban pechos y derramas de cosas menudas y de mujeres, muchachos, los cuales se sacaban del pueblo sin ninguna pesadumbre porque si un hombre tenía un solo hijo o hija, esta tal no le [era] tomada, pero si tenía tres o cuatro, tomábanle una para pagar el servicio.

Otras tierras contribuían con tantas mil cargas de maíz como en ellas había casas, lo cual se daba cada cosecha y a costa de la misma provincia se ponía en los depósitos y cabeceras de provincias. En otras regiones proveían por la misma orden de tantas cargas de chuño seco como los otros hacían de maíz, lo cual hacían otros y contribuían de quínua y de las otras raíces. En otros lugares daban cada año tantas mantas como indios en él había casados y en otros tantas camisetas como eran cabezas. En otros se echaba por imposición que contribuyesen con tantas mil cargas de lanzas y otros con hondas y ayllos con todas las demás armas que ellos usan. A otras provincias mandaban que diesen tantos mil indios puestos en el Cuzco para que hiciesen los edificios públicos de la ciudad y los de los reyes, proveyéndoles de mantenimiento necesario. Otros tributaban maromas para llevar las piedras, y otros tributaban coca. De tal manera se hacia esto que desde lo más menudo hasta lo más importante les tributaban a los incas todas las provincias y comarcas del Perú; en lo cual había tan grande orden que ni los naturales dejaban de pagar lo ya debido e impuesto, ni los que cogían los tales tributos osaban llevar un grano de maíz demasiado. Y todo el mantenimiento y cosas pertenecientes para el proveimiento de la guerra que se contribuían, se desprendía en la gente de guerra o en las guarniciones ordinarias que estaban puestas en partes del reino para la defensa de él. Y cuando no había guerra, lo más de todo lo comían y gastaban los pobres, porque estando los reyes en el Cuzco, ellos tenían sus "anaconas" –que es nombre de criado perpetuo–, y tantos que bastaban a labrar sus heredades

y chácaras y sembrar tanto mantenimiento que bastase, sin lo cual para su plato les traían de las comarcas siempre muchos corderos y aves y pescado y maíz, coca, raíces, con todas las frutas que se cogen. Y tal orden había en estos tributos que los naturales los pagaban y los Ingas se hallaban tan poderosos que no tenían guerras ninguna que se recreciesen.

Y para saber cómo y de qué manera se pagaban los tributos y se cogían las otras derramas, cada *guata* –que es nombre de año– despachaban ciertos orejones como jueces de comisión, porque no llevaban poder de más de mirar las provincias y avisar a los moradores si alguno estaba agraviado lo dijese y se quejase para castigar a quien lo hubiese hecho alguna sinjusticia; y recibidas las quejas, si las había, o entendido si en alguna parte algo se dejaba por pagar, daba la vuelta al Cuzco, de donde salía luego otro con poder para castigar a quien tuviese culpa. Sin esta diligencia se hacía otra mayor, que era que de tiempo a tiempo parecían los principales de las provincias donde, en el día que a cada nación le era permitido hablar, proponía delante del señor el estado de su provincia y la necesidad o hartura que en ella había y el tributo si era mucho o poco o si lo podrían pagar o no; a lo cual eran despachados a su voluntad, estando ciertos los señores Ingas que no mentían, sino que les decían la verdad, porque si había cautela hacían gran castigo y se acrecentaban el tributo.

Las mujeres que daban las provincias, de ellas las traían al Cuzco para que lo fuesen de los reyes y de ellas dejaban en los templos del Sol.

CAPÍTULO XIX

De cómo los reyes del Cuzco mandaban que se tuviese cuenta cada año con todas las personas que morían y nacían en todo su reino y cómo todos trabajaban y ninguno podía ser pobre con los depósitos

PARA MUCHOS efectos concuerdan los orejones que en el Cuzco me dieron la relación, que antiguamente en tiempo de los reyes Ingas, se mandaba por todos los pueblos y provincias del reino del Perú que los señores principales y sus delegados supiesen cada año todos los hombres y mujeres que habían sido muertos y todos los que habían nacido, porque así para la paga de los tributos como para saber la que había para la guerra y la que

podía quedar por defensa del pueblo, convenía que se tuviese esta cuenta; en la cual fácilmente podían saber porque cada provincia en fin del año, mandaba asentar en los quipos por la cuenta de sus nudos todos los hombres que habían muerto en ella en aquel año y, por el consiguiente, los que habían nacido. Y por principio del año que entraban, venían con los quipos al Cuzco, por donde se entendía así los que en aquel año habían nacido como los que faltaban por ser muertos. Y en esto había gran verdad y certidumbre, sin en nada haber fraude ni engaño. Y entendido esto, sabía el señor y los gobernadores los indios que de estos eran pobres y las mujeres que eran viudas y si bien podían pagar los tributos y cuánta gente podía salir para la guerra y otras muchas cosas que para entre ellos se tenían por muy importantes.

Y como sea este reino tan largo, como en muchos lugares de esta escritura tengo dicho, y en cada provincia principal había número grande de depósitos llenos de mantenimientos y de otras cosas necesarias y provechosas para el proveimiento de los hombres, si había guerra gastábase por dondequiera que iban los reales, de lo que estaba en estos aposentos sin tocar en lo que los confederados suyos tenían ni allegar a cosa ninguna que en sus pueblos hubiese; y si no había guerra, toda la multitud de mantenimientos que había se repartía por los pobres y por las viudas. Estos pobres habían de ser los que eran viejos demasiadamente, los que eran cojos, ciegos, mancos o tullidos o tuviesen otras enfermedades, porque si estaban sanos ninguna cosa les mandaban a dar. Y luego eran tornados a henchir los depósitos con los tributos que eran obligados a dar; y si caso venía algún año de mucha esterilidad, mandaban asimismo abrir los depósitos y prestar a las provincias los mantenimientos necesarios y luego, en el año que hubiese hartura, lo daban y volvían por su cuenta y medida cierta. Aunque los tributos que a los Ingas se daban no sirvieran para otras causas que para las dichas, era bien empleado, pues tenían su reino tan harto y bien proveído.

No consentían que ninguno fuese haragán ni anduviese hurtando el trabajo de otros, sino a todos mandaban a trabajar. Y así cada señor, en algunos días, iba a su chácara y tomaba el arado en las manos y aderezaba la tierra, trabajando en otras cosas. Y aun los mismo Ingas lo hacían, puesto

que era para dar buen ejemplo de sí, porque se había de tener por entendido que no había de haber ninguno tan rico que por serlo quisiese baldonar y afrentar al pobre, y con su orden no había ninguno que lo fuese en toda su tierra; porque teniendo salud, trabajaba y no le faltaba, estando sin ella, de sus depósitos le proveían de lo necesario. Ni ningún rico podía traer más arreo ni ornamento que los pobres ni diferenciar el vestido y traje salvo a los señores y curacas que estos por la dignidad suya podrían usar de grandes franquezas y libertades y lo mismo los orejones que entre todas las naciones eran jubilados.

CAPÍTULO XX

De cómo había gobernadores puestos en las provincias y de la manera que tenían los reyes cuando salían a visitarlas y cómo tenían por armas unas culebras ondeadas con unos bastones

POR MUY cierto se averigua los reyes de este reino en el tiempo de su señorío y reinado tuvieron en todas las cabeceras de las provincias –como eran Vilcas, Xauxa, Bombón, Caxamalca, Guancabamba, Tomebamba, Latacunga, Quito, Carangue; y por la otra parte del Cuzco, hacia el Mediodía, Hatuncana, Hatuncolla, Ayavire, Chuquiabo, Chucuito, Paria y otros que van hasta Chile– sus delegados, porque en estos tales lugares había mayores aposentos y más primos que en otros muchos pueblos de este gran reino y muchos depósitos y eran como cabezas de provincias o de comarcas porque de tantas a tantas leguas venían los tributos a una de estas cabeceras y de tantas a tantas iba a otra, habiendo en esto tanta cuenta que ningún pueblo dejaba de tener conocido adónde había de ir y acudir. Y en todas estas cabeceras tenían los reyes templos del Sol y casa de fundición y muchos plateros que no entendían en todo el tiempo en más que labrar ricas piezas de oro y grandes vasijas de plata. Y había mucha gente de guarnición y como dije, mayordomo mayor o delegado que estaba sobre todos y a quien venía la cuenta de lo que entraba y el que era obligado de la dar de lo que salía. Y estos tales gobernadores no podían entremeterse en mandar en la jurisdicción ajena y que tenía a cargo otro como él; mas en donde estaba, si había algún escándalo y alboroto, poder tenía para lo castigar, y más

si era cosa de conjuración o de levantarse algún tirano o de querer negar la obediencia al rey; porque es cierto que toda la fuerza estaba en estos gobernadores. Y si los Ingas no cayeran en ponerlos y en que tuviesen los mitimaes muchas veces se levantaran los naturales y eximieran de sí el mando real; pero con tantas gentes de guerra y con tan gran proveimiento de mantenimientos no podían, si en todos los unos y los otros no hubiese trama de traición o levantamiento; lo cual había pocas veces porque estos gobernadores que se ponían eran de gran confianza y todos orejones y que los más de ellos tenían sus *chácaras*, que son heredades, en la comarca del Cuzco y sus casas y parientes; y si alguno no salía bastante para gobernar lo que tenía a su cargo, luego le era quitado el mando y puesto otro en su lugar.

Y éstos, si en algunos tiempos venían al Cuzco a negocios privados o particulares con los reyes, dejaban sus lugares tenientes no a los que ellos querían sino los que sabían que harían con más fidelidad lo que les quedaba mandado y más a servicio de los Ingas. Y si algunos de estos gobernadores o delegados moría en su presidencia, los naturales hacían testigos cómo y de qué había muerto y con mucha presteza enviaban la razón o probanza de ello al señor, y aun los cuerpos de los muertos llevaban por el camino de las postas, si veían que convenía. Lo que tributaba cada término de estas cabeceras y contribuían los naturales, así oro como plata y lana y ropa y armas con todo lo demás que ellos daban, lo entregaban por cuenta a los camayos que tenían los quipos, los cuales hacían en todo lo que por éste les era mandado en lo tocante al despender estas cosas con la gente de guerra o repartirlo con quien el señor mandaba o de llevarlo al Cuzco; pero cuando de la ciudad del Cuzco venían a tomar la cuenta o que la fuesen a dar al Cuzco, los mismos contadores con los quipos la daban o venían a la dar adonde no podía haber fraude, sino todo había de estar cabal. Y pocos años se pasaban sin dar cuenta y razón de todas estas cosas.

Tenían gran autoridad estos gobernadores y poder bastante para formar ejércitos y juntar gente de guerra, si súbitamente se recreciese alguna turbación o levantamiento o que viniese alguna gente extraña por alguna parte a dar guerra, y eran delante del señor honrados y favorecidos, y de estos se quedaron cuando entraron los españoles, muchos de ellos con man-

do perpetuo en provincias. Yo conozco algunos de ellos y están ya tan aposesionados que sus hijos heredarán lo que era de otros.

Cuando en tiempo de paz salían los Ingas a visitar su reino; cuentan que iban por él con gran majestad, sentados en ricas andas armadas sobre unos palos lisos, largos, de madera excelente, engastonados en oro y argentería. Y de las andas salían dos arcos altos hechos de oro, engastonados en piedras preciosas, caían unas mantas algo largas por todas las andas, de tal manera que las cubrían todas; y si no era queriendo, el que iba dentro no podía ser visto ni alzaban las mantas si no era cuando entraba o salía, tanta era su estimación. Y para que le entrase aire y él pudiese ver el camino había en las mantas hechos algunos agujeros. Por todas partes de estas andas había riqueza y en algunas estaban esculpidos el sol y la luna y en otras unas culebras grandes ondeadas y unos como bastones que las atravesaban; esto traían por insignia y armas. Y estas andas las llevaban en hombros señores de los mayores y más principales del reino y aquél que más con ellas andaba, aquél se tenía por más honrado y por más favorecido. En rededor de las andas, a la hila, iba la guarda del rey con los hacheros y alabarderos y delante iban cinco mil honderos y detrás venían otros tantos lanceros con sus capitanes; y por los lados del camino y por el mismo camino iban corredores fieles descubriendo lo que había y avisando la ida del señor. Y acudía tanta gente por lo ver que parecía que todos los cerros y laderas estaban llenos de ella; y todos le daban sus bendiciones alzando alaridos y grita grande a su usanza, llámanles "ancha hatun apo, yndechori, canpa zapalla apo tuco pacha canba oya xullay", que en nuestra lengua dirá, "muy grande y poderoso señor, hijo del Sol, tú sólo eres señor; todo el mundo te oiga en verdad". Y sin esto le decían otras cosas más altas, tanto que poco faltaba para le adorar por Dios.

Por todo el camino iban indios limpiándolo de tal manera que ni yerba ni piedra no parecía sino todo limpio y barrido. Andaba cada día cuatro leguas o lo que él quería; paraba lo que era servido para entender el estado de su reino. Oía alegremente a los que con quejas les venía, remediando y castigando a quien hacía injusticia. Los que con ellos iban no se desmandaban a nada ni salían del camino un paso. Los naturales proveían de lo necesario, sin lo cual lo había tan cumplido en los depósitos que sobraba y nin-

guna cosa faltaba. Por donde iba salían muchos hombres y mujeres y muchachos a servir personalmente en lo que les era mandado; y para llevar las cargas los de un pueblo las llevaban hasta otro, de donde los unos las tomaban y los otros las dejaban; y como era un día, y cuando muchos dos, no lo sentían ni de ello recibían agravio ninguno.

Pues yendo el señor de esta manera, caminaba por su tierra el tiempo que le placía, viendo por sus ojos lo que pasaba y proveyendo lo que entendía que convenía, que todo era cosas grandes e importantes. Lo cual hecho, daba la vuelta al Cuzco, principal ciudad de todo su imperio.

CAPÍTULO XXI

De cómo fueron puestas las postas en este reino

ERA TAN GRANDE el reino del Perú que mandaban los Ingas, lo ya muchas veces dicho desde Chile hasta Quito y aun desde el río de Maule hasta el de Angasmayo; y si estando el rey en un cabo de estos hubiera de ser informado de lo que pasaba en el otro con quien anduviera por jornadas, aunque fueran grandes, fueran una cosa muy larga, porque, a cabo de haber andado mil leguas ya sería sin tiempo lo que se hubiera de proveer, si conviniera o remediar otros negocios de gobernación. En fin, por esto y por en todo acertar a gobernar las provincias, los Ingas inventaron las postas, que fue lo mejor que se pudo pensar ni imaginar, y esto a sólo Inga Yupangue se debe, hijo que fue de Viracocha Inga, padre de Topa Inga, según publican los cantares de los indios y afirman todos los orejones. Y no sólo lo de las postas inventó Inga Yupangue, que otras cosas grandes hizo como iremos relatando. Y así, desde el tiempo de su reinado, por todos los caminos reales fueron hechas de media legua a media legua, poco más o menos, casas pequeñas, bien cubiertas de paja y madera, y entre las sierras estaban hechas por las laderas y peñascos de tal manera que fueron los caminos llenos de estas casas pequeñas de trecho a trecho, como es dicho de suso. Y mandose que en cada uno de ellos estuviesen dos indios con bastimento y que estos indios fuesen puestos por los pueblos comarcanos y que no estuviesen estantes sino, de tiempo a tiempo, que fuesen unos y viniesen otros. Y

tal orden hubo en esto que no fue menester más de mandarlo para nunca dejarlo de hacer mientras los Ingas reinaron.

Por cada provincia se tenía cuidado de poblar las postas que caían en sus términos y lo mismo hacían en los desiertos campos sierras de nieve los que estaban más cerca del camino. Y como fuese necesario dar aviso en el Cuzco o en otra parte de los reyes de alguna cosa que hubiese sucedido o que conviniese a su servicio salían de Quito o de Tomebamba o de Chile o de Carangue o de otra parte cualquiera de todo el reino, así de los llanos como de las sierras y con demasiada presteza andaban al trote sin parar aquella media legua, porque los indios que allí ponían y mandaban estar, de creer es que serían ligeros y los más sueltos de todos. Y como llegaba junto a la otra posta, comenzaba a apellidar al que está en ella y a le decir, "Parte luego y ve a tal parte y avisa de esto y esto que ha acaecido, o de esto y esto que tal gobernador o capitán hace saber al Inga". Y así, como el que está lo ha oído, parte con mayor priesa y entra el que viene, a descansar en la casilla y a comer y a beber de lo que en ella siempre está, y el que va corriendo hace lo mismo.

De tal manera se hacía esto que en breve tiempo sabían [a] trescientas leguas, y quinientas y ochocientas y más y menos, lo que había pasado o lo que convenía proveer y ordenar. Y con tanto secreto usaban de sus oficios estos que residían en las postas, que por ruego ni amenaza jamás contaban lo que iban [a] avisar, aunque el aviso hubiese ya pasado adelante. Y por tales caminos, así de sierras ásperas como de montañas bravas, como de promontorios de nieve y secadales de pedregales llenos de abrojos y de espinas de mil naturas, van estos caminos, que se puede tener por cierto y averiguado en caballos ligeros ni mulas no pudiera ir la nueva con más velocidad que en estos correos de pie, porque ellos son muy sueltos, y andaba más uno de ellos en un día que anduviera en tres un correo a caballo o a mula, y no digo siempre un indio sino como y de la orden que los tenían, que era andar uno media legua y otro otra media legua. Y es de saber que nunca por tormenta ni por cosa que sucediera había de estar posta ninguna despoblada, sino en ellas los indios que digo, los cuales antes que de allí se fuesen eran venidos otros a quedar en su lugar.

Y por esta manera eran avisados los señores de todo lo que pasaba en

todo su reino y señorío y proveían lo que les parecía que más convenía a su servicio. En ninguna parte del mundo no sé que se haya hallado tal invención aunque se lee que desbaratado Xerxes en Grecia, fue la nueva a Asia por hombres de pie en tiempo breve. Y cierto fue esto de las postas muy importante en el Perú y que se ve bien por ello cuán buena fue la gobernación de los señores de él. Y hoy día están en muchas partes de la sierra, junto a los caminos reales, algunas casas de éstas donde estaban las postas y por ellas vemos ser verdad lo que se dice. Y aun también he yo visto algunos topos, que son como atrás dije a manera de mojones de términos, salvo que estos de acá son grandes y mejor hechos y era por donde contaban sus leguas y tiene cada uno legua y media de Castilla.

CAPÍTULO XXII

Cómo se ponían los mitimaes y cuántas suertes de ellos había y cómo eran estimados por los Ingas

EN ESTE capítulo quiero escribir lo que toca a los indios que llaman mitimaes, pues en el Perú de ellos tantas cosas se cuentan y tanto por los Ingas fueron honrados y privilegiados y tenidos, después de los orejones, por los más nobles de las provincias. Y esto digo porque en la historia que llaman de Indias está escrito por el autor[13] que estos mitimaes eran esclavos de Guaynacapa. En estos descuidos caen todos los que escriben por relación y cartapacios sin ver ni saber en la tierra de donde escriben para poder afirmar la verdad.

En la mayor parte de las provincias del Perú o en todas ellas había y aún hay de estos mitimaes y tenemos entendido que hubo tres maneras o suerte de ellos, lo cual convino grandemente para la sustentación de él y para su conservación y aun para su población, y entendido cómo y de qué manera estaban puestos esto mitimaes y lo que hacían y entendían, conocerán los lectores cómo supieron los Ingas acertar en todo para la gobernación de tantas tierras y provincias como mandaron.

"Mitimaes" llaman a los que son traspuestos de una tierra en otra. Y la

13. Se refiere a la *Historia de las Indias* de Francisco López de Gómara.

primera manera o suerte de mitimaes mandada poner por los Ingas era que, después que por ellos había sido conquistada alguna provincia o atraída nuevamente a su servicio, tuvieron tal orden para tenerla segura y para que con brevedad los naturales y vecinos de ella supiesen cómo la habían de servir y de tener y para [que] desde luego entendiesen los demás qué entendían y sabían sus vasallos de muchos tiempos, y para que estuviesen pacíficos y quietos y no todas veces tuviesen aparejo de se rebelar y si por caso se tratase de ello que hubiese quien lo estorbase, trasmutaban de las tales provincias la cantidad de gente que de ella parecía convenir que saliese; a los cuales mandaban pasar a poblar a otra tierra del temple y manera de donde salían, si fría, si caliente, en donde les daban tierras y campos y casas tanto y más como dejaron. Y de las tierras y provincias que de tiempo largo tenían pacíficas y amigables y que habían conocido voluntad para su servicio, mandaban salir otros tantos o más y entremeterlos en las tierras nuevamente ganadas y entre los indios que acababan de sojuzgar, para que deprendiesen [aprendiesen] de ellos las cosas arriba dichas y los impusiesen en su buena orden y policía y para que, mediante este salir de unos y entrar de otros, estuviese todo seguro con los gobernadores y delegados que se ponían, según y como dijimos en los capítulos de atrás.

Y conociendo los Ingas cuánto se siente por todas las naciones dejar sus patrias y naturalezas propias, porque con buen ánimo tomasen aquel desierto, es averiguado que honraban a estos tales que se mudaban y que a muchos dieron brazaletes de oro y plata y ropas de lana y de pluma, y mujeres, y eran privilegiados en otras cosas muchas; y así, entre ellos había espías que siempre andaban escuchando lo que los naturales hablaban o intentaban, de lo cual daban aviso a los delegados e con priesa grande iban al Cuzco a informar de ello al Inga. Con esto todo estaba seguro, y los mitimaes temían a los naturales y los naturales a los mitimaes, y todos entendían en obedecer y servir llanamente. Y si en los unos o en los otros había motines o tramas o juntas, hacíanse grandes castigos porque los Ingas, algunos de ellos, fueron vengativos y castigaban sin templanza y con gran crueldad.

Para este efecto estaban puestos los unos mitimaes, de los cuales saca-

ban muchos para ovejeros y rabadanes[14] de los ganados de los Ingas y del Sol y otros para roperos y otros para plateros y otros para canteros y para labradores y para dibujar y esculpir y hacer bultos, en fin, para lo que más los mandaban y de ellos se querían servir. Y también mandaban que de los pueblos fuesen a ser mitimaes a la montaña de los Andes a sembrar maíz y criar la coca y beneficiar los árboles de fruta y proveer con lo que faltaba en los pueblos donde con los fríos y con las nieves no se pueden dar ni sembrar estas cosas.

Para el segundo efecto que los mitimaes se pusieron fue porque los indios de las fronteras de los Andes, como son chunchos y moxos y chiriguanes, que los más de ellos tienen sus tierras a la parte de Levante a la de caída de las sierras, y son gentes bárbaras y muy belicosos, y muchos de ellos comen carne humana, y muchas veces salieron a dar guerra a los naturales de acá y les destruyeron sus campos y pueblos, llevando presos los que de ellos podían para comérselos; para remedio de esto había en muchas partes capitanías y guarniciones ordinarias en las cuales estaban algunos orejones. Y porque la fuerza de la guerra no estuviese en una nación ni presto se pudiesen concertar para alguna rebelión o conjuración, sacaban para soldados de estas capitanías mitimaes de las partes y provincias que convenían, los cuales eran llevados adonde digo y tenían sus fuertes, que son *pucaras*, para defenderse si tuviesen necesidad. Y proveían de mantenimiento a esta gente de guerra, del maíz y otras cosas de comida que los comarcanos proveían de sus tributos y derramas que les eran echadas; y la paga que se les hacía era, en algunos tiempos, mandarles dar alguna ropa de lana y plumas o brazaletes de oro y de plata a los que se mostraban más valientes; y también les daban mujeres de las muchas que en cada provincia estaban guardadas en nombre del Inga, y como todas las más eran hermosas, teníanlas y estimábanlas en mucho. Sin esto, les daban otras cosas

14. *Rabadán*. El mayoral que es sobrestante a todos los hatos del ganado de un señor... (Covarrubias).
(Del ár. hisp. *rább aḍḍán*, y este del ár. clás. *rabbu ḍḍa'n*, señor de ovejas). 1. Mayoral que cuida y gobierna todos los hatos de ganado de una cabaña, y manda a los zagales y pastores. 2. Pastor que gobierna uno o más hatos de ganado, a las órdenes del mayoral de una cabaña. (*DRAE*).

de poco valor, de lo cual tenían cargo de proveer los gobernadores de las provincias, porque tenían mando y poder sobre los capitanes a quien estos mitimaes obedecían. Y sin las partes dichas, tenían algunas de estas guarniciones en las fronteras de los Chachapoyas y Bracamoros y en el Quito y en Carangue, que es adelante del Quito, al Norte, junto con la provincia que llaman de Popayán, y en otras partes donde serían menester, así Chile como en los llanos y sierra.

La otra manera de poner mitimaes era más extraña porque aunque esotras son grandes, no es novedad poner capitanes y gente de guarnición en fronteras, puesto que hasta ahora no sabemos quien así lo haya acertado a hacer; y era que, si por caso andando conquistando la tierra de los Ingas topaban obra [*sic*] alguna tierra de sierra o valles o campaña o ladera aparejada para labranza y crianza y que fuese de buen temple y fértil, que estuviese desierto y despoblado, siendo como he dicho y teniendo las partes que he puesto, luego con mucha presteza mandaban que de las provincias comarcanas que tuviesen el mismo temple que aquellas para la sanidad de los pobladores viniesen tantos que bastasen a poblarlas, a los cuales luego repartían los campos, proveyéndoles de ganados y de mantenimientos todo lo que habían menester hasta tener fruto de sus cosechas. Y tan buenas obras se hacían a estos tales y tanta diligencia en ello mandaba poner el rey que en breve tiempo estaba poblado y labrado, y tal que era gran contento verlo. Y de esa manera se poblaron muchos valles en los llanos y pueblos en la serranía de los que los Ingas veían, como de los que por relación sabían haber en otras partes; y a estos nuevos pobladores por algunos años no les pedían tributo ni ellos lo daban, antes eran proveídos de mujeres y coca y mantenimientos para que con mejor voluntad entendiesen en sus poblaciones.

Y de esta manera había en estos reinos en los tiempos de los Ingas, muy poca tierra que pareciese ser fértil que estuviese desierta, sino todo tan poblado como saben los primeros cristianos que en este reino entraron, que cierto no es pequeño dolor contemplar que, siendo aquellos Ingas gentiles e idólatras, tuviesen tan buen orden para saber gobernar y conservar tierras tan largas y nosotros, siendo cristianos, hayamos destruido tantos reinos porque por dondequiera que han pasado cristianos conquistando y des-

cubriendo otra cosa no parece sino que con fuego se va todo gastando. Y hase de entender que la ciudad del Cuzco también estaba llena de gentes extranjeras, todo de industria, porque habiendo muchos linajes de hombres, no se conformasen para levantamiento ni otra cosa que fuese de servicios del rey; y de estos hoy día están en el Cuzco, chachapoyas y cañares y de otras partes, de los que han quedado de los que allí se pusieron.

Tiénese por muy cierto que esto de los mitimaes se usaron desde Inga Yupangue, el que puso las postas y el primero que entendió en engrandecer el templo de Curicanche, como se dirá en su lugar. Y aunque otros algunos indios dicen que fueron puestos estos mitimaes desde el tiempo de Viracocha Inga, padre de Inga Yupangue, podrálo creer quien quisiere, que yo hice tanta averiguación sobre ello que torno [a] afirmar haberlo inventado Inga Yupangue, y así lo creo y tengo para mí. Y con tanto, pasemos adelante.

CAPÍTULO XXIII

Del gran concierto que se tenía cuando salían del Cuzco para la guerra los señores y cómo castigaban a los ladrones

CONTÉ en los capítulos de atrás de la manera que salía el señor a visitar el reino para ver y entender las cosas que en él pasaban y ahora quiero dar a entender al lector cómo salían para la guerra y la orden que en ello se tenía. Y es que, como estos indios son todos morenos y alharaquientos y que en todo se parecen tanto unos a otros, como hoy día vemos los que con ellos tratamos, para quitar inconvenientes y que los unos a los otros se entendiesen, porque si no era cuando algunos orejones andaban visitando las provincias nunca en ninguna dejaban de hablar su lengua natural, puesto que por la ley que lo ordenaba eran obligados a saber la lengua del Cuzco y en los reales era lo mismo y lo que es en todas partes; pues está claro que si el emperador tiene un campo en Italia y hay españoles y tudescos, borgoñones, flamencos, italianos, que cada nación hablará en su lengua; y por esto se usaba en todo este reino, lo primero, lo de las señales en las cabezas diferentes unas de otras, porque si eran Yungas andaban arrebozados como gitanos, y si eran collas, tenían unos bonetes como hechura de morteros, he-

chos de lana, y si canas, tenían otros bonetones mayores y muy anchos, los cañares traían unas coronas de palo delgado como aro de cedazo, los guancas unos ramales que les caían por debajo de la barba y los cabellos entrenchados, los chancas unas vendas anchas coloradas o negras por encima de la frente; por manera que así estos como todos los demás eran conocidos por éstas que tenían por insignia, que era tan buena y clara que aunque hubiera juntos quinientos mil hombres claramente se conocieran los unos a los otros. Y hoy día en donde vemos junta de gente, luego decimos, "éstos son de tal parte y éstos de tal parte", que por esto eran, como digo, unos de otros conocidos.

Y los reyes, para que en la guerra, siendo muchos no se embarazasen y desordenasen tenían esta orden, que en la gran plaza de la ciudad del Cuzco estaba la piedra de la guerra que era grande, de la forma y hechura de un pan de azúcar, bien engastonada y llena de oro; salía el rey con sus consejeros y privados adonde mandaba llamar los principales y caciques de las provincias, de los cuales sabía los que entre sus indios eran más valientes para señalar por mandones y capitanes; y sabido, se hacía el nombramiento, que era que un indio tenía cargo de diez y otro de cincuenta y otro de ciento y otro de quinientos y otro de mil y otro de cinco mil y otro de diez mil y estos que tenían estos cargos era cada uno en los indios de su patria y todos obedecían al capitán general del rey. Por manera que, siendo menester enviar diez mil hombres [a] algún combate o guerra, no era menester más de abrir la boca y mandarlo, y si cinco mil, por el consiguiente; y lo mismo para descubrir el campo y para escuchas y rondas a los que tenían menos gente. Y cada capitanía llevaba su bandera y unos eran honderos y otros lanceros y otros peleaban con macanas y otros con ayllos y dardos y algunos con porras y hachas.

Salido el señor del Cuzco había grandísima orden, aunque fuesen con él trescientos mil hombres. Iban con concierto por sus jornadas de tambo a tambo, adonde hallaban proveimiento para todos, sin que nada faltase, y muy cumplido, y muchas armas y alpargates y toldos para la gente de guerra y mujeres y indios para servirlos y para llevarles sus cargas de tambo a tambo, adonde había el mismo proveimiento y abasto de mantenimiento; y el señor se alojaba y la guarda estaba junto a él y la demás gente se aposen-

taba en la redonda en los muchos aposentos que había. Y siempre iban haciendo bailes y borracheras, alegrándose los unos a los otros.

Los naturales de las comarcas por donde pasaban no habían de ausentarse ni dejar de proveer lo acostumbrado y servir con sus personas a los que iban a la guerra, so pena de que eran castigados y mucho. Y los soldados ni capitanes ni los hijos de los mismos Ingas eran osados a les hacer ningún mal tratamiento, ni robo ni insulto, ni forzaban a mujer ninguna, ni les tomaban una sola mazorca de maíz; y si salían de este mandamiento y ley de los Ingas, luego les daban pena de muerte; y si alguno había hurtado lo azotaban harto más que en España y muchas veces les daban pena de muerte. Y haciéndolo así, en todo había razón y orden, y los naturales no osaban dejar de servir y proveer a la gente de guerra bastantemente, y los soldados tampoco querían robarlos ni hacerles mal, temiendo el castigo.

Y si había algunos motines o conjuraciones o levantamientos, a los principales y más movedores llevaban al Cuzco a buen recaudo, donde los metían en una cárcel que estaba llena de fieras como culebras, víboras, tigres, osos y otras sabandijas malas; y si alguno negaba, decían que en aquellas serpientes no le harían mal, y si mentía, que lo matarían, y este desvarío tenían y guardaban por cierto. Y en aquella espantosa cárcel tenían siempre por delitos que hecho habían, mucha gente, los cuales miraban de tiempo a tiempo; y si su suerte tal había sido que no le hubiesen mordido [a] alguno de ellos, sacábanlos mostrando gran lástima y dejábanlos volver a sus tierras. Y tenía esta cárcel carceleros, los que bastaban para la guarda de ella, y para que tuviesen cuidado de dar de comer a los que se prendían y aun a las malas sabandijas que allí tenían. Y cierto yo me reí bien de gana cuando en el Cuzco oí que solía haber esta cárcel, y aunque me dijeron el nombre, no me acuerdo y por eso no lo pongo.

CAPÍTULO XXIV

De cómo los Ingas mandaron hacer a los naturales pueblos concertados, repartiendo los campos en donde sobre ello podría haber debates, y cómo se mandó que todos generalmente hablasen la lengua del Cuzco

EN LOS TIEMPOS pasados, antes que los Ingas reinasen, es cosa muy entendida que los naturales de estas provincias no tenían los pueblos juntos como ahora los tienen, sino fortalezas con sus fuertes, que llamaban *pucaras*, de donde salían a se dar los unos a los otros guerra, y así, siempre andaban recatados y vivían con grandísimo trabajo y desasosiego. Y como los Ingas reinaron sobre ellos, pareciéndoles mal esta orden y la manera que tenían en los pueblos, mandáronles, procurándolo en unas partes con halagos y en otras con amenaza y en otros lugares con dones que les hacían, a que tuviesen por bien de no vivir como salvajes. Mas antes, como hombres de razón, asentasen sus pueblos en los llanos y laderas de las sierras, juntos en barrios como y de la manera que la disposición de la tierra lo ordenase. Y de esta manera, los indios, dejados los pucaras que primero tenían, ordenaron sus pueblos de buena manera así en los valles de los llanos como en la serranía y llanura del Collao; y para que no tuviesen enojo sobre los campos y heredades los mismos Ingas les repartieron los términos, señalando lo que cada uno había de tener, en donde se puso límites para conocimiento de los que lo veían y después de ellos naciesen. Esto claro lo dicen los indios hoy día y a mí me lo dijeron en Xauxa, adonde dicen que uno de los Ingas les repartió entre unos y otros los valles y campos que hoy tienen, con la cual orden se han quedado y quedarán. Y por muchos lugares de estos que estaban en la sierra, iban echadas acequias sacadas de los ríos con mucho primor y grande ingenio de los que las sacaron; y todos los pueblos, los unos y los otros, estaban llenos de aposentos y depósitos de los reyes, como en muchos lugares está dicho.

Y entendido por ellos cuán gran trabajo sería caminar por tierra tan larga, y adonde a cada legua y cada paso había nueva lengua, y que sería gran dificultad el entender a todos por intérpretes, escogiendo lo más seguro ordenaron y mandaron, so graves penas que pusieron, que todos los

naturales de su imperio entendiesen y supiesen la lengua del Cuzco generalmente, así ellos como sus mujeres, de tal manera que aún la criatura no hubiese dejado el pecho de su madre cuando le comenzasen a mostrar la lengua que había de saber. Y aunque al principio fue dificultoso y muchos se pusieron en no querer deprender [aprender] más lenguas de las suyas propias, los reyes pudieron tanto que salieron con su intención, y ellos tuvieron por bien de cumplir su mandado. Y tan de veras se entendió en ello que en tiempo de poco años se sabía y usaba una lengua en más de mil y doscientas leguas; y aunque esta lengua se usaba, todos hablaban las suyas, que son tantas que si lo escribiese no lo creerían.

Y como saliese un capitán del Cuzco o alguno de los orejones a tomar cuenta o residencia o por juez de comisión entre algunas provincias o para visitar lo que era mandado, no hablaba en otra lengua que la del Cuzco, ni ellos con él. La cual es muy buena, breve y de gran comprensión y abastada de muchos vocablos, y tan clara que, en pocos días que yo la traté, supe lo que me bastaba para preguntar muchas cosas por donde quiera que andaba. Llaman al hombre en esta lengua *luna*, y a la mujer *guarme*, y al padre *yaya*, y al hermano *guauqui*, y a la hermana *ñaña*, y a la luna *quilla*, y al mes por consiguiente, y al año *guata*, y al día *puncha*, y a la noche *tota*, y a la cabeza llaman *oma*, y a las orejas *lile*, y a los ojos *ñaui*, y a las narices *sunga*, y a los dientes *queros*, y a los brazos *maqui*, y a la pierna *chaqui*.

Estos vocablos solamente pongo en esta Crónica porque ahora veo que para saber la lengua que antiguamente se usó en España andan variando, atinando unos a unos y otros a otros, y porque los tiempos que han de venir es para sólo Dios saber los sucesos que han de tener; por tanto, para si algo viniere que enfosque[15] o haga olvidar lengua que tanto cundió y por tantas gentes se usó, que no estén vacilando cuál fue la primera o la general o de dónde salió y lo que sobre esto más se desea. Y con tanto, digo que fue harto beneficio para los españoles haber esta lengua, pues podían con ella andar por todas partes, en algunas de las cuales ya se va perdiendo.

15. *Enfoscar.* (Del lat. *infuscare*, oscurecer). Ant., oscurecer (privar de luz y claridad). (*DRAE*).

CAPÍTULO XXV

De cómo los Ingas fueron limpios del pecado nefando y de otras fealdades que se han visto en otros príncipes en el mundo

EN ESTE reino del Perú pública fama es entre todos los naturales de él, cómo en algunos pueblos de la comarca de Puerto Viejo se usaba el pecado nefando de la sodomía –y también en otras tierras había malos como en las demás del mundo. Y nótase de esto una gran virtud de estos Ingas, porque, siendo señores tan libres y que no tenían a quién dar cuenta y ni había ninguno tan poderoso entre ellos que se le tomase, y que en otra cosa no entendían las noches ni los días que en darse a lujurias con sus mujeres y otros pasatiempos; y jamás se dice ni cuenta que ninguno de ellos usaba el pecado susodicho, antes aborrecían a los que lo usaban, teniéndolos en poco como a viles apocados, pues en semejante suciedad se gloriaban. Y no solamente en sus personas no se halló este pecado, pero ni aun consentían estar en sus casas ni palacios ningún que supiesen que lo usaba; y aun sin todo esto, me parece que oí decir que si por ellos era sabido de alguno que tal pecado hubiese cometido lo castigaban con tal pena que fuese señalado y conocido entre todos. Y en esto no hay que dudar, sino antes se ha de creer que en ninguno de ellos cupo tal vicio, ni de los orejones, ni de otras naciones; y los que han escrito generalmente de los indios condenándolos en general en este pecado, afirmando que son todos sodomíticos, han alargádose en ello y cierto son obligados a desdecirse, pues así han querido condenar tantas naciones y gentes que son harto más limpios en esto de lo que yo puedo afirmar. Porque, dejando aparte lo de Puerto Viejo, en todo el Perú no se hallaron de estos pecadores sino como es en cada cabo y en todo lugar uno o seis o ocho o diez, y estos que de secreteo se daban a ser malos; porque los que tenían por sacerdotes en los templos, con quien es fama que en los días de fiestas se ayuntaban con ellos los señores, no pensaban ellos que cometían maldad ni que hacían pecado, sino por sacrificio, y engaño del demonio se usaba. Y aun por ventura podría ser que los Ingas ignorasen que tal cosa en los templos se cometiese, puesto que si disimulaban algo era por no hacerse mal quistos y con pensar que bastaba que ellos mandasen por todas partes adorar al Sol y a los más sus dioses, sin entremeterse en

prohibir religiones y costumbres antiguas, que es a par de muertes a los que con ellas nacieron quitárselas.

Y aun tenemos por entendido que antiguamente, antes que los Ingas reinasen, en muchas provincias andaban los hombres como salvajes y los unos salían a se dar guerra a los otros y se comían, como ahora hacen los de la provincia de Arma y otras de sus comarcas; y luego que reinaron los Ingas, como gente de gran razón y que tenían santas y justas costumbres y leyes, no solamente ellos no comían aquel manjar, que por otros muchos ha sido y es tan estimado, pero pusiéronse en quitar tal costumbre a los que con ellos trataban, de tal manera que en poco tiempo se olvidó y totalmente se tiró, que en todo su señorío, que era tan grande, no se comían ya de muchos años antes. Los que ahora han sucedido muestran que en ello les vino beneficio notable de los Ingas por no imitar ellos a sus pasados en comer aqueste manjar.

En los sacrificios de hombres y niños publican unos y otros –y aun por ventura algún escritor de estos que de presto se arrojan lo escribirá– que mataban, había días de sus fiestas, más de mil niños y mayor número de indios; y esto y otras cosas son testimonio que nosotros los españoles levantamos a estos indios, queriendo con estas cosas que de ellos contamos encubrir nuestros mayores yerros y justificar los malos tratamientos que de nosotros han recibido. No digo yo que no sacrificaban y que no mataban hombres y niños en los tales sacrificios, pero no era lo que se dice ni con mucho. Animales y de sus ganados muchos sacrificaban, pero criaturas humanas menos de lo que yo pensé, y harto, según contaré en su lugar.

Así que, tengo sabido por dicho de los orejones antiguos, que estos Ingas fueron limpios en este pecado, y que no usaban de otras costumbres malas de comer carne humana ni andar envueltos en vicios públicos ni eran desordenados, antes ellos a sí propios se corrigieran. Y si Dios permitiera que tuvieran quien con celo de cristiandad y no con ramo de codicia en lo pasado les diera entera noticia de nuestra sagrada religión, era gente en quien bien imprimiera, según vemos por lo que ahora con la buena orden que hay se obra. Pero dejamos lo que se ha hecho a Dios, que él sabe por qué; y en lo que de aquí adelante se hiciere, supliquémosle nos dé su gracia para que paguemos en algo a gentes que tanto debemos y que tan poco nos

ofendió para haber sido tan molestados de nosotros, estando el Perú y las demás Indias tantas leguas de España y tantos mares en medio.

CAPÍTULO XXVI

De cómo tenían los Ingas consejeros y ejecutores de la justicia y la cuenta que tenían en el tiempo

COMO la ciudad del Cuzco era lo más principal de todo el Perú y en ella residían lo más del tiempo los reyes, tenían en la misma ciudad muchos de los principales del pueblo, que eran entre todos los más avisados y entendidos, para sus consejeros; porque todos afirman que antes que intentasen cosa ninguna de importancia, lo comunicaban con estos tales, allegando su parecer a los más votos; y para la gobernación de la ciudad y que los caminos estuviesen seguros y por ninguna parte se hiciesen ningunos insultos ni latrocinios, de los más reposados de estos nombraban para que siempre anduviesen castigando a los que fuesen malos y para esto andaban siempre mucho por todas partes. De tal manera entendían los Ingas en proveer justicia que ninguno osaba hacer desaguisado ni hurto. Esto se entiende cuanto a lo tocante a los que andaban hechos ladrones o forzaban mujeres o conjuraban contra los reyes, porque en lo demás, muchas provincias hubo que tuvieron sus guerras unos con otros y del todo no pudieron los Ingas apartarlos de ellas.

En el río que corre junto al Cuzco se hacía la justicia de los que allí se prendían o de otra parte traían presos, adonde les cortaban la cabeza y les daban muertes de otras maneras, como a ellos les agradaba. Los motines y conjuraciones castigaban mucho, y más que a todos los que eran traidores y tenidos ya por tales, los hijos y mujeres de los cuales eran aviltados[16] y tenidos por afrentados entre ellos mismos.

En cosas naturales alcanzaron mucho estos indios, así en el movimiento del sol como en el de la luna; y algunos indios decían que había cuatro

16. *Aviltar*. Vale apocar, menospreciar, hazer vil alguna cosa o persona. Aviltado, el infame y abatido (Covarrubias).
(Del dialect. *viltat*, y éste del lat. *vilitas*, *-atis*, vileza). Desus. Envilecer, menospreciar, afrentar. (*DRAE*).

cielos grandes, y todos afirman que el asiento y silla del gran Dios Hacedor del mundo es en los cielos. Preguntándoles yo muchas veces si alcanzan que el mundo se ha de acabar, se reyen [ríen] y sobre esto saben poco; y si algo saben es lo que Dios permite que el demonio les diga. A todo el mundo llaman *pacha*, conociendo la vuelta que el sol hace y las crecientes y menguantes de la luna. Contaron el año por ello, al cual llaman "guata" y los hacen de doce lunas, teniendo su cuenta en ello. Y usaron de unas torrecillas pequeñas, que hoy día están muchas por los collados del Cuzco, algo ahusadas, para por la sombra que el sol hacía en ellas entender en las sementeras y en lo que ellos más sobre esto entienden. Y estos Ingas miraban mucho en el cielo y en las señales de él, lo cual también pendía de ser ellos todos tan grandes agoreros. Cuando las estrellas corren, grande es la grita que hacen y el murmullo que unos con otros tienen.

CAPÍTULO XXVII

Que trata la riqueza del templo de Curicanche y de la veneración que los Ingas le tenían

CONCLUIDO con algunas cosas que para nuestro propósito conviene a que se escriban, volvemos luego con gran brevedad a contar la sucesión de los reyes que hubo hasta Guáscar. Y ahora quiero decir del grande, riquísimo y muy nombrado templo de Curicanche, que fue el más principal de todos estos reinos.

Y es público entre todos los indios ser este templo tan antiguo como la misma ciudad del Cuzco, mas que Inga Yupangue, hijo de Viracoche Inga, lo acrecentó en riquezas y paró tal como estaba cuando los cristianos entraron en el Perú y lo más del tesoro fue llevado a Caxamalca por el rescate de Atahualpa, como en su lugar contaremos. Y dicen los orejones que después de haber pasado la dudosa guerra que tuvieron los vecinos del Cuzco con los chancas, que ahora son señores de la provincia de Andaguaylas, que como de aquella victoria que de ellos tuvieron quedase Inga Yupangue tan estimado y nombrado, de todas partes acudían señores a le servir haciéndole las provincias grandes servicios de metales de oro y plata, porque en aquellos tiempos había grandes mineros y vetas riquísimas. Y viéndose tan

rico y poderoso, acordó de ennoblecer la casa del Sol, que en su lengua llaman "Yndeguaxi" y por otro nombre la llamaban "Curicancha" que quiere decir "cercado de oro" y acrecentarla con riqueza. Y porque todos los que esto vieren o leyeren acaben de conocer cuán rico fue el templo que hubo en el Cuzco y el valor de los que lo edificaron y en él hicieron tan grandes cosas, pondré aquí la manera de él, según lo que yo vi e oí a muchos de los primeros cristianos que oyeron a los tres que vinieron desde Caxamalca, que [le] habían visto, aunque los indios cuentan tanto de ello y tan verdadero que no es menester otra probanza.

Tenía este templo en circuito más de cuatrocientos pasos, todo cercado de una muralla fuerte, labrado todo el edificio de cantería muy excelente de fina piedra muy bien puesta y asentada; y algunas piedras eran muy grandes y soberbias, no tenían mezcla de tierra ni cal, sino con el betún que ellos suelen hacer sus edificios, y están tan bien labradas estas piedras que no se les parece mezcla ni juntura ninguna. En toda España no he visto cosa que pueda compararse a estas paredes y postura de piedra, sino a la torre que llaman la Calahorra, que está junto con la puente de Córdoba y a una obra que vi en Toledo cuando fui a presentar la Primera Parte de mi Crónica al príncipe don Felipe, que es el hospital que mandó hacer el arzobispo de Toledo Tavera; y aunque algo se parecen estos edificios a los que digo, los otros son más primos, digo cuanto a las paredes y a las piedras estar tan primísimamente labradas y asentadas con tanta sutilidad; y esta cerca estaba derecha y muy bien trazada. La piedra me pareció ser algo negra, tosca, excelentísima. Había muchas puertas y las portadas muy bien obradas; ceñía esta pared una cinta de oro de dos palmos de ancho y cuatro dedos de gordor. Las portadas y puertas estaban chapadas con planchas de este metal. Más adentro, estaban cuatro casas no muy grandes labradas de esta manera y las paredes de dentro y de fuera chapadas de oro y lo mismo el enmaderamiento; la cobertura era paja que servía por teja. Había dos escaños en aquella pared, en los cuales daba el sol saliendo, y estaban las piedras sutilmente horadadas y puestas en los agujeros muchas piedras preciosas y esmeraldas. En estos escaños se sentaban los reyes; si otro lo hacía, tenía pena de muerte.

A la puerta de estas casas estaban puestos porteros que tenían cargo de

mirar por las vírgenes, que eran muchas hijas de señores principales, las más hermosas y apuestas que se podían hallar; y estaban en el templo hasta ser viejas; y si alguna tenía conocimiento con varón, la mataban o enterraban viva y lo mismo lo hacían a él. Estas mujeres eran llamadas mamaconas, no entendían en más que tejer y pintar ropa de lana finísima para servicio del templo y en hacer chicha, que es el vino que beben, de que siempre tenían llenas grandes vasijas.

En la una de estas casas que era la más rica estaba la figura del Sol, muy grande, hecha de oro, obrada muy primamente, engastonada en muchas piedras ricas; y estaban en aquella algunos de los bultos de los Ingas pasados que habían reinado en el Cuzco, con gran multitud de tesoros.

A la redonda de este templo había muchas moradas pequeñas de indios que estaban diputados para servicio de él y había un circuito donde metían los corderos blancos y los niños o hombres que sacrificaban. Tenían un jardín que los terrones eran pedazos de oro fino y estaba artificiosamente sembrado de maizales, los cuales eran [de] oro, así las cañas de ellos como las hojas y mazorcas, y estaban tan bien plantados que, aunque hiciese recios vientos, no se arrancaban. Sin todo esto, tenían hechas más de veinte ovejas de oro con sus corderos y los pastores con sus hondas y cayados, que las guardaban hechos de este metal. Había mucha cantidad de tinajas de oro y plata y esmeraldas, vasos, ollas, y todo género de vasijas, todo de oro fino. Por otras paredes tenía esculpidas y pintadas otras mayores cosas. En fin, era uno de los ricos de [*sic*] templos que hubo en el mundo.

El gran sacerdote llamado Vila Oma tenía su morada en el templo y con los sacerdotes hacía los sacrificios con grandes supersticiones según su costumbre. A las fiestas generales iba el Inga a se hallar presente a los sacrificios y se hacían grandes fiestas. Había dentro en la casa e templo más de treinta trojes de plata en que echaban el maíz y tenía este templo muchas provincias que contribuían con tributos para su servicio. En algunos días era visto el demonio por los sacerdotes y daba respuestas vanas y conforme al que las daba.

Otras muchas cosas pudiera decir de este templo que dejo, porque me parece que basta lo dicho para que se entienda cuán gran cosa fue, porque no trato de la argentería, chaquira, plumajes de oro y otras cosas, que si las

escribiera no fueran creídas. Y lo que tengo dicho, aún viven cristianos que vieron la mayor parte de ello, que se llevó a Caxamalca para el rescate de Atahualpa; pero mucho escondieron los indios y está perdido y enterrado. Y aunque todos los Ingas habían adornado este templo, en tiempo de Inga Yupangue se acrecentó de tal manera que cuando murió y Topa Inga, su hijo, hubo el imperio, quedó en esta perfección.

CAPÍTULO XXVIII

Que trata los templos que, sin éste, se tenían por más principales y los nombres que tenían

MUCHOS FUERON los templos que hubo en este reino del Perú y algunos se tienen por muy antiguos porque fueron fundados antes, con muchos tiempos, que los Ingas reinasen, así en la serranía de los altos como en los valles de los llanos; y reinando los Ingas, se edificaron de nuevo otros muchos en donde se hacían sus fiestas y sacrificios. Y porque hacer mención de los templos que había en cada provincia en particular sería cosa muy larga y prolija, determino de contar en este lugar solamente los que tuvieron por más eminentes y principales. Y así digo que, después del templo de Curicanche, era la segunda guaca de los Ingas el cerro de Guanacaure, que está a vista de la ciudad y era por ellos muy frecuentado y honrado por lo que algunos dicen que el hermano del primer Inga se convirtió en aquel lugar en piedra al tiempo que salieron de Pacaritambo, como al principio se contó. Y había en este cerro antiguamente oráculo por donde el maldito demonio hablaba; y está enterrado a la redonda suma grande de tesoros y en algunos días sacrificaban hombres e mujeres, a los cuales, antes que fuesen sacrificados, los sacerdotes les hacían entender que habían de ir a servir [a] aquel dios que allí adoraban, allá en la gloria que ellos fingían con sus desvaríos que tenían; y así, teniéndolo por cierto los que habían de ser sacrificados, los hombres se ponían muy galanos y ataviados con sus ropas de lana fina y llautos de oro y patenas y brazaletes y sus ojotas con sus correas de oro. Y después de haber oído el parlamento que los mentirosos de los sacerdotes les hacían, les daban de beber mucha de su chicha con grandes vasos de oro, y solemnizaban con cantares el sacrificio, publicando en

ellos que, por servir a sus dioses, ofrecían sus vidas de tal suerte, teniendo por alegre recibir en su lugar la muerte. Y habiendo bien endechado estas cosas, eran ahogados por los ministros y puestos en los hombros sus quipes de oro y un jarrillo de lo mismo en la mano, los enterraban a la redonda del oráculo en sus sepulturas. Y a estos tales tenían por santos canonizados entre ellos, creyendo sin duda ninguna que estaban en el cielo sirviendo a su Guanacaure. Las mujeres que sacrificaban iban vestidas asimismo ricamente con sus ropas finas de cobres y de pluma y sus topos de oro y sus cucharas y escudillas y platos de oro, y chuspas de coca de avisca: y así aderezadas, después de que han bien bebido, les ahogaban y enterraban creyendo, ellas y los que las mataban, que iban a servir a su diablo o Guanacaure. Y hacíanse grandes bailes y cantares cuando se hacían semejantes sacrificios de estos. Y tenía este ídolo, donde estaba el oráculo, sus chácaras y anaconas y ganados y mamaconas y sacerdotes que se aprovechan de los más de ello.

El tercero oráculo y guaca de los Ingas era el templo de Vilcanota, bien nombrado en estos reinos y adonde, permitiéndolo nuestro Dios y señor, el demonio tuvo grandes tiempos poder grande y hablaba por boca de los falsos sacerdotes que para servicio de los ídolos en él estaban. Y estaba este templo de Vilcanota poco más de veinte leguas del Cuzco, junto al pueblo de Chungara; y fue muy venerado y estimado y que se ofrecieron muchos dones y presentes, así por los Ingas y señores como por los ricos hombres de las comarcas [de] donde venían a sacrificar; y tenía sus sacerdotes y mamaconas y sementeras y casi cada año se hacía en este templo ofrenda de la capacocha, que es lo que luego diré. Dábase grande crédito a lo que el demonio decía por sus respuestas y, a tiempos, se hacían grandes sacrificios de aves y ganados y otros animales.

El cuarto templo estimado y frecuentado por los Ingas y naturales de la provincia fue la guaca de Ancocagua, donde también había oráculo muy antiguo y tenido en gran veneración. Estaba pegado con la provincia de Hatun Cana y a tiempos iban de muchas partes con gran devoción a este demonio [a] oír sus vanas respuestas; y había en él gran suma de tesoros porque los Ingas y todos los demás los ponían allí. Y dícese también que sin los muchos animales que sacrificaban a este diablo, que ellos tenían por

dios, hacían lo mismo de algunos indios e indias, así y como conté que se usaba en el cerro de Guanacaure. Y que hubiese en este templo la riqueza que se dice, tiénese por verdad porque, después de haber los españoles ganado al Cuzco con más de tres años y haber los sacerdotes y caciques alzado los grandes tesoros que todos estos templos tenían, oí decir que un español llamado Diego Rodríguez Elemosín sacó de esta guaca más de treinta mil pesos de oro; y sin esto se ha hallado más, y todavía hay noticia de haber enterrado grandísima cantidad de plata y oro en partes que no hay quien lo sepa, si Dios no, y nunca se sacarán si no fuera acaso o de ventura.

Sin estos templos se tuvo otro por estimado y frecuentado como ellos, y más, que había por nombre la Coropona, que es en la provincia de Condesuyo, en un cerro muy grande, cubierto a la continua de nieve que invierno y verano no se quita jamás. Y los reyes del Perú con los más principales de él visitaban este templo haciendo presente y ofrendas como a los ya dichos. Y tiénese por muy cierto que los dones y capacocha que a este templo se le hizo, había mucha suma de cargas de oro y plata y pedrería enterrada en partes que de ello no se sabe y los indios escondieron otra suma grande que estaba para servicio del ídolo y de los sacerdotes y mamaconas, que también tenía muchos este templo y como había tan grandes nieves no suben a lo alto ni saben atinar adónde están tan grandes tesoros. Mucho ganado tenía este templo y chácaras y servicio de indios y mamaconas. Siempre había en él gentes de muchas partes y el demonio hablaba aquí más sueltamente que en los oráculos dichos, porque a la continua daba respuestas y no a tiempos como los otros. Y aún ahora en este tiempo, por algún secreto de Dios, se dice que andan por aquella parte diablos visiblemente, que los indios los ven y de ello reciben gran temor. Y a cristianos he yo oído que han visto lo mismo en figura de indios y aparecérseles y desaparcérseles en breve espacio de tiempo. Algunas veces sacrificaban mucho en esta oráculo y así mataban muchos ganados y cuyes y algunos hombres y mujeres.

Sin estos oráculos había el de Aporima, en donde por el troncón de un árbol respondía el oráculo, y que junto a él se halló cantidad de oro; y el de Pachacama, que es de los Ingas, y otros muchos así en la comarca de Andesuyo como en la de Chinchasuyo y Omasuyo y otras partes de este reino, de los cuales pudiera decir algunas más; pues que lo dije en la Primera Par-

te que trata de las fundaciones, no traté de esto más que en los oráculos que tenían más devoción los Ingas con las demás naciones, sacrificaban algunos hombres y mujeres y mucho ganado y adonde no había este crédito no derramaban sangre humana ni mataban hombres, sino ofrecían oro y plata. Y a las guacas que tenían en menos, que eran como ermitas, ofrecían chaquira y plumas y otras cosas menudas y de poco valor. Esto digo porque la opinión que los españoles tenemos en afirmar que en todos los templos sacrificaban hombres es falsa y esto es la verdad según lo que yo alcancé sin tirar ni poner más de lo que entendí y para mí tengo por tan cierto.

CAPÍTULO XXIX

De cómo se hacía la capacocha y cuánto se usó entre los Ingas, lo cual se entiende de dones y ofrendas que hacían a sus ídolos

EN ESTE LUGAR entrará bien, para que se entienda, lo de la capacocha, pues todo era tocante al servicio de los templos ya dichos y de otros; y por noticia que se tiene de indios viejos que son vivos y vieron lo que sobre esto pasaba, escribiré lo que de ello tengo entendido que es verdad. Y así dicen que se tenía por costumbre en el Cuzco por los reyes que cada año hacían venir [a] aquella ciudad a todas las estatuas y bultos de los ídolos que estaban en las guacas, que eran los templos donde ellos adoraban; las cuales eran traídas con mucha veneración por los sacerdotes y "camayos" de ellas, que es nombre de guardianes, y como entrasen en la ciudad, eran recibidas con grandes fiestas y procesiones y aposentadas en los lugares que para aquello estaban señalados y establecidos; y habiendo venido de las comarcas de la ciudad y aun de la mayor parte de las provincias número grande de gente, así hombres como mujeres, el que reinaba acompañado de todos los Ingas y orejones, cortesanos y principales de la ciudad, entendían en hacer grandes fiestas y borracheras y taquis, poniendo en la plaza del Cuzco la gran maroma de oro que la cercaba toda y tantas riquezas y pedrería cuanto se puede pensar por lo que se ha escrito de los tesoros que estos reyes poseyeron.

Lo cual pasado, se entendía en lo que todos los años por ellos se usaba, que era que estas estatuas y bultos y sacerdotes se juntaban para saber por

bocas de ellos el suceso del año si había de ser fértil o si había de haber esterilidad, si el Inga ternía larga vida y si por caso moriría en aquel año, si habían de venir enemigos por algunas partes o si algunos de los pacíficos se habían de revelar. En conclusión eran repreguntados de estas cosas y de otras mayores y menores que va poco desmenuzarlas, porque también preguntaban si habría peste o si vernía alguna morriña por el ganado y si habría mucho multiplico de él. Y esto se hacía y preguntaba no a todos los oráculos juntos, sino a cada uno por sí; y si todos los años los Ingas no hacían esto, andaban muy recatados y vivían descontentos y muy temerosos y no tenían sus vidas por seguras.

Y así, alegrado el pueblo y hechas sus solemnes borracheras y banquetes y grandes taquis y otras fiestas que entre ellos usan, diferentes en todo a las nuestras, en que los Ingas están con gran triunfo y a su costa se hacen los convites en que había suma grande de tinajas de oro y plata y vasos y otras joyas, porque todo el servicio de su cocina, hasta las ollas y vasos de servicio, era de oro y plata, mandaban a los que para aquello estaban señalados y tenían las veces del Gran Sacerdote, que también estaba presente a estas fiestas con tan gran pompa y triunfo como el mismo rey, acompañado de los sacerdotes y mamaconas que allí se habían juntado, que hiciesen a cada ídolo su pregunta de estas cosas, el cual respondía por boca de los sacerdotes que tenían cargo de su culto. Y éstos, como estaban bien beodos, adivinaban lo que más bien que hacía al gusto de los que preguntaban, inventando por ellos y por el diablo, que estaba en aquellas estatuas. Y hechas las preguntas a cada ídolo por sí, los sacerdotes tan astutos en maldades, pedían algún término para responder, para que con más devoción y crédito de ellos oyesen sus desvaríos; porque decían que querían hacer sus sacrificios para que estando gratos a los altos dioses suyos, fuesen servidos de responder lo que había de ser. Y así, eran traídos muchos animales de ovejas y corderos y cuyes y aves, que pasaban el número a más de dos mil corderos y ovejas, y éstos eran degollados, haciendo sus exorcismos diabólicos y sacrificios vanos a su costumbre. Y luego, denunciaban lo que soñaban o lo que fingían o por ventura lo que el diablo les diría; y al dar de las respuestas, teníase gran cuenta en mirar lo que decían y cuántos de ellos confirmaban en un dicho o suceso de bien o de mal; y así hacían con las demás respues-

tas, para ver cuál decía la verdad y acertaba en lo que había de ser en el dicho año.

Esto hecho, luego salían los limosneros de los reyes con las ofrendas que ellos llaman capacocha; y juntádose la limosna general, eran vueltos los ídolos a los templos. Y si pasado el año habían acaso acertado alguno de aquellos soñadores, alegremente mandaba el Inga que le fuese de su casa la capacocha, que como digo era ofrenda que se pagaba en lugar de diezmos a los templos, de muchos vasos de oro y plata y de otras piezas y piedras y cargas de mantas ricas y mucho ganado. Y a las que habían salido inciertas y mentirosas no les daban el año venidero ninguna ofrenda, antes perdían reputación.

Y para hacer esto se hacían grandes cosas en el Cuzco, mucho más de lo que yo escribo. Y ahora después de fundada el audiencia y haberse ido Gasca a España, entre algunas cosas que se trataban en ciertos pleitos, se hacía mención de esta capacocha; y ello y todo lo demás que hemos escrito es cierto que se hacía y se usaba. Y contemos ahora de la gran fiesta de Hatun Layme.

CAPÍTULO XXX

De cómo se hacían grandes fiestas y sacrificios a la grande y solemne fiesta llamada Hatun Layme [Hatun Raymi]

MUCHAS FIESTAS tenían en el año los Ingas, en las cuales hacían grandes sacrificios conforme a la costumbre de ellos. Y ponerlas todas en particular era menester hacer de sólo ello un volumen; y también hacen poco al caso y antes conviene que no se trate de contar los desvaríos y hechicerías que en ellas se hacían, por algunas causas, y solamente pondré la fiesta de Hatun Layme porque es muy nombrada y en muchas provincias se guardaba y era la principal de todo el año y en que más los Ingas se regocijaban y más sacrificios se hacían. Y esta fiesta se celebraba por fin de agosto, cuando ya ellos habían cogido sus maizales, papas, quínuas, oca y las demás semillas que siembran. Y llaman a esta fiesta, como he dicho, Hatun Layme, que en nuestra lengua quiere decir “fiesta muy solemne”, porque en ella se había de rendir gracias y loores al gran Dios Hacedor de los cielos y la tierra

a quien llamaban –como muchas veces he dicho– Ticiviracocha, y al Sol y a la Luna y a los otros dioses suyos, por les haber dado buen año de cosechas para su mantenimiento. Y para celebrar esta fiesta con mayor devoción y solemnidad se dice que ayunaban diez o doce días absteniéndose de comer demasiado, y de no dormir con sus mujeres y beber solamente por la mañana que es cuando ellos comen, chicha, y después, en el día, tan solamente agua; y no comer ají ni traer coca en la boca, y otras ceremonias que entre ellos se guardaban en semejantes ayunos. Lo cual pasado, habían traído al Cuzco mucha suma de corderos y de ovejas y de palomas y cuyes y otras aves y animales, los cuales mataban para hacer el sacrificio. Y habiendo degollado la multitud del ganado, untaban con la sangre de ello las estatuas y figuras de sus dioses o diablos y las puertas de los templos y oráculos y adonde colgaban las asaduras; y después de estar un rato, los agoreros y adivinos miraban en los livianos su señales, como los gentiles, anunciando lo que se les antojaba, a lo cual daban mucho crédito.

Y acabado el sacrificio el Gran Sacerdote con los demás sacerdotes iban al templo del Sol y después de haber dicho sus salmos malditos, mandaban a salir a las vírgenes mamaconas arreadas ricamente, con mucha multitud de chicha que ellas tenían hecha; y entre todos los que se hallaban en la gran ciudad del Cuzco se comían los ganados y aves que para el sacrificio vano se habían muerto, y bebían de aquella chicha que tenían por sagrada, dándosela a beber con grandes vasos de oro y estando en ella en tinajas de plata de las muchas que había en el templo.

Y habiendo comido y muchas veces bebido, estando así el rey como el Gran Sacerdote como todos los demás bien alegres y calientes de ello siendo un poco más de mediodía se ponían en orden y comenzaban los hombres a cantar con voz alta los villancicos y romances que para semejantes días por sus mayores fue inventado, que todo era dar gracias a sus dioses, prometiendo de servir los beneficios recibidos. Y para esto tenía muchos atabales de oro engastonados algunos en pedrería, los cuales les tenían sus mujeres, que también juntamente con las mamaconas sagradas les ayudaban a cantar.

Y en mitad de la plaza tenían puesto a lo que dicen, un teatro grande con sus gradas, muy adornado con paños de pluma llenos de chaquira de

oro y mantas grandes riquísimas de su tan fina lana, sembradas de argentería de oro y de pedrería. En lo alto de este trono ponían la figura de su Ticiviracocha, grande y rica; al cual, como a quien ellos tenían por dios soberano hacedor de lo criado, lo ponían en lo más alto y le daban el lugar más eminente y todos los sacerdotes estaban junto a él; y el Inga con los principales y gente común les iban a mochar, tirándose los alpargates, descalzos, con gran humildad; [y] encogían los hombros y, hinchando los carrillos, soplaban hacia él haciéndole la *mocha*, que es como decir reverencia.

Abajo de este trono tenían la figura del Sol, que no oso afirmar lo que cuentan de la riqueza que tenía y primor con que era hecha, y también ponían la de la Luna y otros bultos de dioses esculpidos en palos y piedras. Y crean los lectores que tenemos por muy cierto que ni en Jerusalén, Roma, ni en Persia ni en ninguna parte del mundo, por ninguna república ni rey de él, se juntaba en un lugar tanta riqueza de metales de oro y plata y pedrería como en esta plaza del Cuzco cuando estas fiestas y otras semejantes se hacían; porque eran sacados los bultos de los Ingas, reyes suyos ya muertos, cada uno con su servicio y aparato de oro y plata que tenían –digo los que habiendo sido en vida buenos y valerosos, piadosos con los indios, generosos en les hacer mercedes, perdonadores de injurias; porque a estos tales canonizaba su ceguedad por santos y honraban sus huesos sin entender que las ánimas ardían en los infiernos y creían que estaban en el cielo. Y lo mismo era de algunos otros orejones o de otra nación por algunas causas que en su gentilidad hallaban, los llamaban también santos. Y llaman ellos a esta manera de canonizar *illa*, que quiere decir "cuerpo del que fue bueno en la vida"; o en otro entendimiento *illapa* significa trueno o relámpago: y así llaman los indios a los tiros de artillería illapa por el estruendo que hace.

Pues juntos el Inga y el Gran Sacerdote con los cortesanos del Cuzco y mucha gente que venía de las comarcas, teniendo sus dioses puestos en tálamo les mochaban, que es hacerles reverencia, lo que ellos usaban ofreciéndoles muchos dones de ídolos de oro pequeños y ovejas de oro y figura de mujeres, todo pequeño y otras muchas joyas. Y estaban en esta fiesta de Hatun Layme quince o veinte días, en los cuales se hacían sus grandes taquis e borracheras y otras fiestas a su usanza; lo cual pasado daban fin al

sacrificio, metiendo los bultos de los ídolos en los templos y los de los Ingas muertos en sus casas.

El sacerdote mayor tenía aquella dignidad por su vida y era casado y era tan estimado que competía en razones con el Inga y tenía poder sobre todos los oráculos y templos, y quitaba y ponía sacerdotes. El Inga y él jugaban muchas veces a sus juegos; y eran estos tales de gran linaje y de parientes poderosos, y no se daba la tal dignidad a hombres bajos ni oscuros, aunque tuviese mucho merecimiento. Nobles se llaman todos los que vivían en la parte del Cuzco, que llamaban "Orencuzcos" y "Hanancuzcos" y los hijos y descendientes de ellos, aunque en otras partes residiesen en otras tierras. E yo me acuerdo, estando en el Cuzco el año pasado de mil y quinientos y cincuenta por el mes de agosto, después de haber cogido sus sementeras, entrar los indios con sus mujeres por la ciudad con gran ruido, trayendo los arados en las manos y algunas papas y maíz y hacer su fiesta en solamente cantar y decir cuánto en lo pasado solían festejar sus cosechas. Porque no consienten los [a]pos, y sacerdotes que estas fiestas gentílicas se hagan en público, como solían, ni en secreto los consentirían, si lo supiesen; pero como haya tantos millares de indios sin se haber vuelto cristianos, de creer es que, en donde no los vean, harán los que se les antojare. La figura de Ticiviracocha y la del Sol y la Luna y la maroma grande de oro y otras piezas conocidas no se han hallado ni hay indio ni cristiano que sepa ni atine adónde está; pero, aunque es mucho, esto es poco para lo que está enterrado en el Cuzco y en los oráculos y en otras [partes de este gran reino].

CAPÍTULO XXXI

Del segundo rey o Inga que hubo en el Cuzco, llamado Sinche Roca Inga

PUES CON LA MÁS BREVEDAD que pude escribir lo que entendí de la gobernación y costumbres de los Ingas, quiero volver con mi escritura a contar los que hubo desde Mango Capa hasta Guáscar, como atrás prometí. Y así, de éste como de otros no dan mucha noticia los orejones porque, a la verdad, hicieron pocas cosas, porque los inventores de lo escrito y los más valerosos de todos ellos fueron Inga Yupangue y Topa Inga, su hijo, y Gua-

ynacapa, su nieto; aunque también lo debe de causar la razón que ya tengo escrita, de ser éstos los más modernos.

Luego pues que fue muerto Mango Cápac y hechos por él los lloros generales y obsequias, Sinche Roca Inga tomó la borla o corona con las ceremonias acostumbradas, procurando luego de alargar la casa del Sol y allegar así la más gente que pudo con halagos y grandes ofrecimientos, llamando, como ya se llamaba, a la nueva población Cuzco. Algunos de los indios naturales de él afirman que, adonde estaba la gran plaza, que es la misma que ahora tiene, había un pequeño lago y tremedal de agua que le era dificultoso para el labrar los edificios grandes que querían comenzar a edificar; mas como esto fuese conocido por el rey Sinche Roca, procuró con ayuda de sus aliados y vecinos deshacer aquel palude, cegándolo con grandes losas y maderos gruesos, allanando por encima donde el agua y lodo solía estar con tierra, de tal manera que quedó como ahora lo vemos. Y aun cuentan más que todo el valle del Cuzco era estéril y jamás daba buen fruto la tierra de él de lo que sembraron y que de dentro de la gran montaña de los Andes trajeron muchos millares de cargas de tierra, la cual tendieron por todo él, con lo cual, si es verdad, quedó el valle muy fértil, como ahora vemos.

Este Inga hubo en su hermana e mujer muchos hijos: al mayor nombraron Quelloque Yupangue [Lloque Yupanqui]. Y visto por los comarcanos al Cuzco la buena orden que tenían los nuevos pobladores que en él estaban y como atraían a su amistad las gentes, más por amor e benevolencia que no por armas ni rigor, algunos capitanes y principales vinieron a con ellos tener sus pláticas, holgándose de ver el templo de Curicancha y la buena orden con que se regían, que fue causa que afirmaron con ellos amistades de muchas partes. Y dicen más que, como hubiese venido al Cuzco entre estos que digo, un capitán natural del pueblo que llaman Zaño, no muy lejos de la ciudad, que rogó a Sinche Roca, con gran vehemencia que en ello puso, que tuviese por bien que una hija que él tenía muy apuesta y hermosa, la quisiese recibir para darla [por] mujer a su hijo. Entendido esto por el Inga, pesóle porque era lo que se le pedía cosa que, si lo otorgaba, iba contra lo establecido y ordenado por su padre; e si no concedía al dicho de este capitán, que él y los demás los ternían por hombres inhuma-

nos, publicando que no eran más de para sí. Y habiendo tomado consejo con los orejones y principales de la ciudad, pareció a todos que debía de recibir la doncella para la casar con su hijo porque hasta que tuviesen más fuerza y potencia no se habían de guiar en aquel caso por lo que su padre dejó mandado. Y así dicen que respondió al padre de la que había de ser mujer de su hijo que la trajese y se hicieron las bodas con toda solemnidad, a su costumbre y modo, y fue llamada en el Cuzco *Coya*. Y una hija que tenía el rey, que había de ser mujer de su hermano, fue colocada en el templo de Curicanche, adonde ya había puesto sacerdotes y se hacían sacrificios delante de la figura del Sol y había porteros para guarda de las mujeres sagradas, de la manera y como está contado. Como este casamiento se hizo, cuentan los mismos indios que aquella parcialidad se juntó con los vecinos del Cuzco, haciendo grandes convites y borracheras confirmaron su hermandad y amistad de ser todos unos. Y por ello se hicieron grandes sacrificios en el cerro de Guanacaure y en Tamboquiro y en el mismo templo de Curicanche. Lo cual pasado, se juntaron más de cuatro mil mancebos e hechas las ceremonias que para ello se habían inventado, fueron armados caballeros y quedaron tenidos por nobles y les fueron rasgadas las orejas y puesto en ellas aquel redondo que usar solían.

Pasado esto y otras cosas que sucedieron al rey Sinche Roca, que no sabemos, después de ser viejo y dejar muchos hijos e hijas, murió y fue muy llorado y plañido y le hicieron obsequias muy suntuosas, guardando su bulto para memoria de que había sido bueno, creyendo que su ánima descansaba en los cielos.

CAPÍTULO XXXII

Del tercero rey que hubo en el Cuzco, llamado Lloque Yupangue

MUERTO de la manera que se ha contado a Sinche Roca, Lloque Yupangue, su hijo, fue recibido por señor, habiendo primero ayunado los días para [ello] señalados; y como por sus adivinanzas y pensamientos se tuviese grande esperanza que en lo futuro la ciudad del Cuzco había de florecer, el nuevo rey comenzó a la ennoblecer con nuevos edificios que en ella fueron hechos. Y rogó, a lo que cuentan, a su suegro quisiese con todos sus alia-

dos y confederados pasarse a vivir a su ciudad, adonde le sería guardado su honor y en ella ternía la parte que quisiese. Y el señor o capitán de Zaño haciéndolo así, se le dio y señaló para su vivienda la parte más occidental de la ciudad, la cual, por estar en laderas y collados, se llamó Anancuzco; y en lo llano y más bajo quedó el rey con su casa y vecindad; y como ya todos eran orejones, que es tanto como decir nobles, casi todos ellos hubiesen sido en fundar la nueva ciudad, tuviéronse para siempre por ilustres las gentes que vivían en los dos lugares de la ciudad llamados Hanancuzco y Orencuzco. Y aún algunos indios quisieron decir que el un Inga había de ser de uno de estos linajes y otro del otro, mas no lo tengo por cierto, ni lo creo, ni que es más de lo que los orejones cuentan, que es lo que está escrito. Por una parte y por otra de la ciudad había grandes barrios en los collados, porque ella estaba trazada en cerros y quebradas, como se contó en la Primera Parte de esta Corónica.

No dan relación que en estos tiempos hubiese guerra notable; antes afirman que los del Cuzco poco a poco, con buenas mañas que para ello tenían, allegaban a su amistad muchas gentes de las comarcas de su ciudad y acrecentaban el templo de Curicanche así en edificios como en riqueza, porque ya buscaban metales de plata y oro y de ello venía mucho a la ciudad al tiánguez o mercado que en ella se hacía. Y metíanse en el templo mujeres mamaconas para no salir de él, según y como está dicho en otros lugares.

Y reinando de esta manera Lloque Yupangue en el Cuzco, pasándose lo más de su tiempo, allegó a ser muy viejo sin haber hijo en su mujer. Mostrando mucho pesar de ello, los vecinos de la ciudad hicieron grandes sacrificios y plegarias a sus dioses, así en Guanacaure como en Curicanche y en Tamboquiro y en otras partes, y dicen que por uno de aquellos oráculos donde oían respuestas vanas oyeron que el Inga engendraría hijo que le sucediese en el reino; de lo cual mostraron mucho contento y alegres con la esperanza, ponían al viejo rey encima de su mujer la Coya; y con tales burlas, a cabo de algunos días claramente por todos se conoció estar preñada y a su tiempo parió un hijo.

Y Lloque Yupangue murió, mandando primero que la borla o corona del imperio fuese puesta y depositada en el templo de Curicanche hasta

que su hijo tuviese edad para reinar, el cual pusieron por nombre Mayta Capa; y por gobernadores dicen que dejó a dos de sus hermanos, los nombres de los cuales no entendí.

Muerto el Inga Lloque Yupangue, fue llorado por todos los criados de su casa y en muchas partes de la ciudad, conforme a la ceguedad que tenían, se mataron muchas mujeres y muchachos con pensar que habían de ir a le servir al cielo, donde ya tenían por cierto que su ánima estaba; y santificáronle por santo. Mandaron los mayores de la ciudad que fuese hecho bulto para sacar a las fiestas que se hicieren. Y cierto, grande es el preparamiento que se hacía para enterrar a uno de estos reyes y generalmente en todas las provincias le lloraban y en muchas de ellas se tresquilaban las mujeres, ciñéndose sogas de esparto; y al cabo del año se hacían más lamentaciones y sacrificios gentílicos, mucho más de lo que se puede pensar. Y esto los que se hallaron en el Cuzco el año de mil y quinientos y cincuenta verían lo que allí pasó sobre las honras de Paulo, cuando le hicieron su cabo de año, que fue tanto que las más de las dueñas de la ciudad subieron a su casa a lo ver; [y] yo me hallé presente y cierto era para concebir admiración. Y háse de entender que era aquello nada en comparación de lo pasado. Y diré ahora de Mayta Capa.

CAPÍTULO XXXIII

Del cuarto Inga que hubo en el Cuzco, llamado Mayta Capa, y de lo que pasó en el tiempo de su reinado

PASADO pues lo que se ha escrito, Mayta Capa se fue haciendo grande; el cual, después de haber hecho las ceremonias que se requerían, le fueron abiertas las orejas; y, siendo más hombre, en presencia de muchas gentes, así naturales como extranjeros, que para ello se juntaron, recibió la corona o borla del imperio; y porque no tenía hermana con quien casar, tomó por mujer a una hija de un señorete o capitán del pueblo de Oma, que estaba en el Cuzco hasta dos leguas, la cual por nombre había Mamaca Guapata.

Hechas las bodas, estaba un barrio cerca de la ciudad donde vivía un linaje de gente a quien llamaban Alcaviquiza [Acllahuisa], y éstos no habían querido tener amistad con los del Cuzco ninguna. Y estando llenos de

sospechas unos de otros, dicen que yendo a tomar agua una mujer del Cuzco a cierta fuente que por allí estaba, salió un muchacho del otro barrio y le quebró el cántaro y habló no sé qué palabras; la cual, dando gritos, volvió al Cuzco. Y como estos indios son tan alharaquientos, salieron luego con sus armas contra los otros, que también habían tomado las suyas al ruido que oían, para ver en lo que paraba el negocio; y llegando el Inga cerca con su gente se pusieron en orden de pelear, habiendo tomado por achaque cosa tan liviana como entre la india y [el] muchacho había pasado, para querer sojuzgar los de aquel linaje o que la memoria de ellos se perdiese.

Y esto por los de Alcaviquiza bien era entendido; y como hombres de valor salieron a la batalla con gran denuedo, que fue la primera que se dio en aquellos tiempos; y pelearon gran rato así los unos como los otros, porque habiendo sido el caso tan súpito no habían podido allegar favores ni buscar ayudas de Alcaviquiza, los cuales aunque mucho pelearon, fueron vencidos después de ser muertos todos los más, que casi no escaparon cincuenta con la vida. Y luego el rey Mayta Capa, tomando posesión en los campos y heredades de los muertos, usando de vencedor, lo repartió todo por los vecinos del Cuzco; y se hicieron grandes fiestas por la victoria, yendo todos a sacrificar a los oráculos que tenían por sagrados.

De este Inga no cuentan los orejones más de que Mayta Capa reinó en el Cuzco algunos años; y estando allegando gente para salir a lo que llaman Condesuyo, le vino tal enfermedad que hubo de morir, dejando por su heredero al hijo mayor, llamado Capa Yupangue.

CAPÍTULO XXXIV

Del quinto rey que hubo en el Cuzco, llamado Capa Yupangue

PARÉCEME de estos Ingas que al principio de la fundación del Cuzco reinaron en aquella ciudad, que los indios cuentan pocas cosas de ellos; y cierto debe ser lo que dicen, que entre los Ingas cuatro o cinco de ellos fueron los que tanto se señalaron y que ordenaron e hicieron lo ya escrito.

Muerto Mayta Capa, le fueron hechas las obsequias como se usaban entre ellos, y, habiendo puesto su bulto en el templo para le canonizar por santo conforme a su ceguedad, Capa Yupangue tomó la borla con grandes

fiestas que para solemnizar la coronación fueron hechas; y para ello de todas partes vinieron gentes. Y pasadas las alegrías, que lo más es beber y cantar, el Inga determinó de ir a hacer sacrificio al cerro de Guanacaure, acompañado del Gran Sacerdote y de los ministros del templo y de muchos orejones y vecinos de la ciudad.

Y en la provincia de Condesuyo se había entendido cómo al tiempo que el Inga pasado murió estaba determinado de les ir a dar guerra, habíanse apercibido porque no los tomase descuidados; y dende a pocos días tuvieron también noticias de su muerte y de la salida que quería hacer Capa Yupangue, su hijo, a hacer sacrificios al cerro de Guanacaure; y determinaron de venir a le dar guerra y coger el despojo, si con la victoria quedasen. Y así lo pusieron por obra y salieron de un pueblo que está en aquella comarca, a quien llaman Maxca, y así llegaron adonde ya era venido el Inga, que siendo avisado de lo que pasaba, estaba a punto aguardando lo que viniese. Y sin se pasar muchos días, se juntaron unos con otros y se dieron batalla, la cual duró mucho espacio y que todos pelearon animosamente; mas, al fin, los de Condesuyo fueron vencidos con muerte de muchos de ellos. Y así el sacrificio se hizo con más alegría, matando algunos hombres y mujeres conforme a su ceguedad, y mucho ganado de ovejas y corderos en las asaduras de los cuales pronosticaban sus desvaríos y liviandades. Acabados estos sacrificios, el Inga dio la vuelta al Cuzco, adonde se hicieron grandes fiestas y alegrías por la victoria que había vivido.

Los que escaparon de los enemigos, como mejor pudieron, fueron a parar a su provincia, adonde de nuevo procuraron de allegar gente y buscar favores, publicando que habían de morir o destruir la ciudad del Cuzco, matando a todos los advenedizos que en ella estaban; y con mucha soberbia, inflamados de ira, se daban priesa a recoger armas y, sin ver el templo de Curicancha, repartían entre ellos mismos las señoras que en él estaban. Y estando aparejados, se fueron la vía de Guanacaure para desde allí entrar en el Cuzco, donde había aviso de estos movimientos y Capa Yupangue había juntado todos los comarcanos al Cuzco, sus aliados y confederados. Y con los orejones aguardó a los enemigos hasta que supo estar cerca del Cuzco, adonde fueron a encontrarse con ellos; y entre los unos y los otros se dio la batalla, animando cada capitán a su gente. Mas, aunque los de

Condesuyo pelearon hasta más no poder, fueron vencidos segunda vez con muerte de más de seis mil hombres de ellos y los que escaparon volvieron huyendo a sus tierras.

Capa Yupangue los fue siguiendo hasta su propia tierra, donde se les hizo la guerra de tal manera que vinieron a pedir paz, ofreciendo de reconocer al señor del Cuzco como lo hacían los otros pueblos que estaban en su amistad. Capa Yupangue los perdonó y se mostró muy alegre con todos, mandando a los suyos que no hiciese daño ni robasen nada a los que ya tenían por amigos. Y en aquella comarca fueron luego buscadas algunas doncellas hermosas para llevar al templo del Sol que estaba en el Cuzco. Y Capa Yupangue anduvo algunos días por aquellas comarcas imponiendo a los naturales de ellas en que viviesen ordenadamente, sin tener sus pueblos por los altos y peñascos de nieves; y así fue hecho como él lo mandó y volvióse a su ciudad, la cual se iba ennobleciendo más cada día.

Y se adornaba el templo de Curicanche, y mandó hacer una casa para su morada, que era la mejor que hasta en aquel tiempo se había hecho en el Cuzco. Y cuentan que hubo en la Coya, su legítima mujer, hijos que le sucedieron en el señorío. Y como ya se extendiese la fama por todas las provincias comarcanas al Cuzco de la estada en ella de los Ingas y orejones y del templo que habían fundado y de cuanta razón y buena orden había en ellos y cómo andaban vestidos y aderezados de todo esto se espantaban y la fama discurría por todas partes, dando pregones de estas cosas.

Y en aquellos tiempos [los] que tenían su señorío a la parte del Poniente de la ciudad del Cuzco y se extendía hasta adonde ahora es Andaguaylas, como lo oyesen, enviaron a Capa Inga Yupangue sus embajadores con grandes dones y presentes, envíandole a rogar los quisiese tener por amigos y confederados suyos; a lo cual respondió el Inga muy bien, dándoles ricas piezas de oro y de plata que diesen a los que los enviaban. Y haciéndoles buen tratamiento y hospedaje, estuvieron estos mensajeros algunos días en la ciudad, pareciéndoles más lo que veían que no lo que habían oído; y así lo contaron en su tierra desque allá fueron vueltos.

Y algunos de los orejones del Cuzco afirman que la lengua general que se usó por todas las provincias, que fue la que usaban y hablaban estos quichoas, los cuales fueron tenidos por sus comarcanos por muy valientes

hasta que los chancas los destruyeron. Habiendo pues el Inga Capa muchos años, siendo ya muy viejo, murió. Y habiendo pasado los lloros y días de sus honras, su hijo fue recibido sin contraste ninguno por rey del Cuzco, como su padre lo había sido; el cual había por nombre Inga Roque Inga.

CAPÍTULO XXXV

Del sexto rey que hubo en el Cuzco e lo que pasó en su tiempo, y de la fábula o historia que cuentan del río que pasa por medio de la ciudad del Cuzco

MUERTO por la manera que se ha contado Cayo Cápac [?], sucedió en el señorío Inga Roque Inga, su hijo, y para el tomar de la borla vinieron, como lo solían hacer, de muchas partes número grande de gente a se hallar presentes a ello; y fueron hechos grandes sacrificios en los oráculos y templos, conforme a su ceguedad. Y cuentan estos indios que al tiempo que le fueron rasgadas las orejas a este Inga para poner en ellas aquel redondo que hoy día traen los orejones, que le dolió mucho la una de ellas, tanto que salió de la ciudad con esta fatiga y fue a un cerro que está cerca de ella muy alto, a quien llaman Chaca, adonde mandó a sus mujeres y a la Coya, su hermana Micay Coca, la cual en vida de su padre había recibido por mujer, que con él se estuviesen. Y cuentan en este paso que sucedió un misterio fabuloso, el cual fue que como en aquel tiempo no corriese por la ciudad ni pasase ningún arroyo ni río, que no se tenía por pequeña falta y necesidad porque cuando hacía calor se iban a bañar por la redonda de la ciudad en los ríos que había y aun sin calor se bañaban, y bañan los indios, y para proveimiento de los moradores había fuentes pequeñas, las que ahora hay; y estando en este cerro el Inga desviado algo de su gente, comenzó a hacer su oración al gran Ticiviracocha y a Guanacaure y al Sol y a los Ingas, sus padres y abuelos, para que quisiesen declararle cómo y por dónde podrían, a fuerzas de manos de hombres, llevar algún río acequia a la ciudad; y que estando en su oración, se oyó un trueno grande, tanto que espantó a todos los que allí estaban; y que el mismo Inga, con el miedo que recibió, abajó la cabeza hasta poner la oreja izquierda en el suelo, de la cual le corría mucha sangre; y que súbitamente oyó un gran ruido de agua que por debajo de

aquel lugar iba; y que, visto el misterio, con mucha alegría mandó que viniesen muchos indios de la ciudad, los cuales con priesa grande cavaron por aquella sierra hasta que toparon con el golpe de agua, que habiendo abierto camino por las entrañas de la tierra, iba caminando sin dar provecho.

E prosiguiendo con este cuento, dicen más que después que mucho hubieron cavado y visto el ojo de agua, hicieron grandes sacrificios a sus dioses, creyendo que por virtud de su deidad aquel beneficio les había venido; y que con mucha alegría se dieron tal maña que llevaron el agua por mitad de la ciudad, habiendo primero enlosado el suelo con losas grandes, sacando con cimientos fuertes unas paredes de viva piedra por una parte y por otra del río; y para pasar por ellas, se hicieron a trechos algunos puentes de piedra.

Este río lo he visto y es verdad que corre de la manera que cuentan, viniendo el nacimiento de hacia aquella sierra. Lo demás no sé lo que es, más de escribir lo que sobre ello cuentan; y bien podría ir algún ojo de agua metido en la misma tierra sin ser visto y oído el ruido del agua echarlo por la ciudad, como ahora lo vemos; porque en muchas partes de este gran reino van o corren ríos grandes y pequeños por debajo de tierra, como ternán noticia los que por los llanos y sierra de él hubieren andado. En este tiempo muladares grandes hay por la orilla de este río, lleno de inmundicias y viscosidades, lo que no estaba en tiempo de los Ingas, sino muy limpio, corriendo el agua por encima de las losas dichas; y algunas veces se iban a lavar los Ingas con sus mujeres; y en diversas veces han algunos españoles hallado cantidad de oro, no puro sino en joyitas menudas e de sus topos que dejaban o se les caían cuando se bañaban.

Después de pasado esto, Inga Roque salió –a lo que dicen– del Cuzco a hacer sacrificios, procurando con grandes mañas y buenas palabras atraer a su amistad las gentes que más podía; y salió y fue hacia lo que llaman Condesuyo, adonde, en [el] lugar que llaman Pomatambo, tuvo una batalla con los naturales de aquellas comarcas, de la cual quedó por vencedor y por señor de todos; porque perdonándolos con mucha liberalidad y comunicando con ellos sus cosas grandes, le tomaron amor y se ofrecieron a su servicio, obligándose de le acudir con tributos. Después de haber estado algunos días en Condesuyo y visitado los oráculos y templos que hay por

aquellas tierras, se volvió victorioso al Cuzco, yendo delante de él indios principales guardando su persona con hachas y alabardas de oro.

Tuvo este Inga muchos hijos y no hija ninguna; y habiendo ordenado y mandado algunas cosas grandes e de importancia para la gobernación murió, habiendo primero casado a su primogénito, que por nombre había Inga Yupangue con una señora natural de Ayarmaca, a quien nombraban Mama Chiquia.

CAPÍTULO XXXVI

Del séptimo rey o Inga que en el Cuzco hubo, llamado Inga Yupangue

MUERTO que fue Inga Roque acudieron de Condesuyo, de Urcos, de Ayarmaca, de las otra partes con quien habían asentado alianza y amistad mucha gente, así hombres como mujeres, y fueron hechos grandes llantos para el rey difunto; y muchas mujeres de las que en vida le amaron y sirvieron, conforme a la ceguedad general de los indios, de sus mismos cabellos se ahorcaron, otras se mataron por otros modos para de presto enviar sus ánimas a servir a la de Inga Roque; y en la sepultura, que fue magnífica y suntuosa, echaron grandes tesoros y mayor cantidad de mujeres y sirvientes con mantenimientos y ropa fina.

Ninguna sepultura de estos reyes se ha hallado; y para que se conozca si serían ricas o no, no es menester más prueba de que, pues se hallaban en sepulturas comunes a sesenta mil pesos de oro y más y menos, ¿qué sería lo que tenían las que metían estos que tanto de este metal poseyeron y que tenían por cosa importantísima salir de este siglo ricos y adornados?

Asimismo le fue hecho bulto a Inga Roque, contándolo por uno de sus dioses, creyendo que ya descansaba en el cielo.

Pasados los lloros y hechas las exequias, el nuevo Inga se encerró a hacer el ayuno; y porque con su ausencia no recreciese alguna sedición o levantamiento de pueblo, mandó que uno de los más principales de su linaje estuviese en público representando su misma persona, al cual dio poder para que pudiese castigar a quien hiciese por qué, y tener la ciudad en todo sosiego y paz hasta que él saliese con la insignia real de la borla. Y este Inga

dicen que tienen por noticia que fue de gentil presencia, grave y de autoridad; el cual entró en lo más secreto de sus palacios, adonde hizo el ayuno metiéndole a tiempos el maíz con lo que más comía, se estaba sin tener ayuntamiento carnal a mujer ninguna. Acabado, salió luego, mostrando con su vista las gentes gran contento y se hicieron sus fiestas y sacrificios grandes. Y pasadas las fiestas, mandó el Inga que se trajese de todas partes cantidad de oro y plata para el templo del Sol; y se hizo en el Cuzco la piedra que llamaban de la guerra, grande y bien engastonada en oro y piedras.

CAPÍTULO XXXVII

De cómo queriendo salir este Inga a hacer guerra por la provincia del Collao se levantó cierto alboroto en el Cuzco y de cómo los chancas vencieron a los quichuas y les ganaron su señorío

ESTANDO Inga Yupangue en el Cuzco procurando de lo ennoblecer, determinó de ir a Collasuyo, que son las provincias que caen a la parte del Austro de la ciudad, porque tuvo aviso que los descendientes de Zapana que señoreaban la parte de Hatuncolla, eran ya muy poderosos y estaban tan soberbios que hacían junta de gente para venir sobre el Cuzco y así mandó apercibir sus gentes. Y como el Cuzco mucho tiempo no sufre paz, cuentan los indios que, como hubiese allegado mucha gente Inga Yupangue para la jornada que quería hacer, estando ya para se partir, como hubiesen venido algunos capitanes de Condesuyo con gente de guerra, trataron entre sí de matar al Inga, porque si de aquella jornada salía con victoria, quedaría tan estimado que a todos querría tener por vasallos y criados. Y ansí, dicen que estando el Inga en sus fiesta algo alegre con el mucho vino que bebían, allegó uno de los de la liga y que habían tomado el disigno ya dicho y alzando el brazo descargó un golpe de bastón en la cabeza real; y que el Inga, turbado y con ánimo, se levantó diciendo: "¿Qué hiciste traidor?". E ya los de Condesuyo habían hecho muchas muertes y el mismo Inga se pensó guarecer en irse al templo; mas fue en vano pensarlo, porque alcanzado de sus enemigos le mataron, haciendo lo mismo a muchas de sus mujeres.

Y andaba gran ruido en la ciudad, tanto que no se podían entender los

unos a los otros; los sacerdotes se habían recogido al templo y las mujeres de la ciudad, aullando tiraban de sus mismos cabellos, espantadas de ver al Inga muerto desangrado como si fuera algún hombre vil. Y mucho de los vecinos quisieron desamparar la ciudad y los matadores la querían poner a saco, cuando cuentan que haciendo gran ruido de truenos y relámpagos, cayó tanta agua del cielo que los de Condesuyo temieron y sin proseguir adelante se volvieron contentándose con el daño que habían hecho.

Y dicen más los indios que en este tiempo eran señores de la provincia que llamaban Andaguaylas los quichuas y que de junto a un lago que había por nombre Choclococha salieron cantidad de gente con sus capitanes llamados Guaraca y Basco, los cuales vinieron conquistando por donde venían, hasta que llegaron a la provincia dicha; y como los moradores de ella supieron su venida, se pusieron a punto de guerra animándose los unos a los otros, diciendo que sería justo dar la muerte a los que habían venido contra ellos, y así, saliendo por una parte que va a salir hacia los Aymaraes, los chancas con sus capitanes venían acercándose a ellos, de manera que se juntaron y tuvieron algunas pláticas los unos con los otros, y sin quedar avenidos, se dio la batalla entre ellos que, cierto, según la fama pregona, fue reñida y la victoria estuvo dudosa; mas al fin los quichuas fueron vencidos y tratados cruelmente, matando a todos los que podían a las manos haber, sin perdonar a los niños tiernos ni a los inútiles viejos, tomando sus mujeres por mancebas. Y hechos otros daños, se hicieron señores de aquella provincia y la poseyeron como hoy día la mandan sus descendientes. Y esto helo contado porque adelante se ha de hacer mucha mención de estos chancas.

Y volviendo a la materia, como los de Condesuyo se fueron del Cuzco, fue limpiada la ciudad de los muertos y hechos grandes sacrificios; y se dice por muy cierto que a Inga Yupangue no se le hizo en su entierro la honra que a los pasados, ni le pusieron bulto como a ellos y no dejó hijo ninguno.

CAPÍTULO XXXVIII

De cómo los orejones trataron sobre quién sería Inga y lo que pasó hasta que salió con la borla Viracocha Inga, que fue el octavo que reinó

PASADO lo que se contó conforme a la relación que los orejones del Cuzco dan de estas cosas, dicen más que, como se hubiesen hecho grandes lloros por las muertes del Inga, se trató entre los principales de la ciudad quién sería llamado rey y merecía tener la tal dignidad. Sobre esto había diversas opiniones porque tales hubo que querían que no tuviesen rey, sino que gobernasen la ciudad los que señalasen, otros decían que se perdería sin tener cabeza.

Sobre estas cosas había gran ruido; y temiendo su porfía se cuenta que salió una mujer de través de los Hanancuzcos, la cual dijo: "¿En qué estáis allí?, ¿por qué no tomáis a Viracocha Inga por señor, pues lo merece también?". Oída esta palabra, como son tan determinables estas gentes, dejando los vasos del vino, a gran priesa fueron por Viracocha Inga, sobrino de Inga Yupangue, diciendo –como le vieron– que ayunase lo acostumbrado y recibiese la borla que darle querían. Viniendo Viracocha Inga en ello, se entró a hacer el ayuno; encargó la ciudad a Inga Roque, Inga pariente suyo, y salió al tiempo con la corona muy adornado, y se hicieron fiestas solemnes en el Cuzco y que muchos días duraron, mostrando todos gran contento con la elección del nuevo Inga.

Del cual algunos quisieron decir que este Inga se llamó Viracocha por venir de otras partes y que traía traje diferenciado y que en las facciones y aspecto mostró ser como un español porque traía barbas. Cuentan otras cosas que me cansaría si las hubiese de escribir. Yo lo pregunté en el Cuzco a Cayo Topa Yupangue y a los otros más principales que en el Cuzco me dieron la relación de los Ingas que yo voy escribiendo y me respondieron ser burla y que nada es verdad, porque Viracocha Inga fue nacido en el Cuzco y criado y que lo mismo fueron sus padres y abuelos y que el nombre de Viracocha se lo pusieron por nombre particular, como lo tiene cada uno.

Y como le fue entregada la corona, se casó con una señora principal llamada Rondo Caya, muy hermosa. E como la fiesta del regocijo hubiese

pasado, determinó de salir a conquistar algunos pueblos de la redonda del Cuzco que no habían querido el amistad de los Ingas pasados, confiados en la fuerza de sus pucaráes, y con la gente que quiso juntar, salió del Cuzco en sus ricas andas con guarda de los más principales y enderezó su camino a lo que llamaban Calca, donde habían sido recibidos sus mensajeros con mucha soberbia; mas como supieron [que] los del Cuzco ya estaban cerca de ellos, se juntaron armándose de sus armas, se ponían por los altos de los collados en sus fuerzas y albarradas, de donde desgalgavan grandes piedras encaminadas a los reales del Inga para que matasen [a] los que alcanzasen. El cual, como viese que hacían algún daño, mandó a sus capitanes que subiesen a lo alto con la gente convenible y desbaratasen a los enemigos; poniéndolo por obra, subieron por la sierra y a pesar de los contrarios pudieron ganarles una de aquellas fuerzas. Como los de Calca vieron los del Cuzco en sus fuerzas, salieron a una gran plaza adonde pelearon con ellos reciamente: y duró la batalla desde por la mañana hasta mediodía y murieron muchos de entrambas partes y fueron más los presos. La victoria quedó por los del Cuzco.

El Inga estaba junto a un río, donde tenía asentados sus reales, y como supo la victoria mostró mucha alegría; y en esto sus capitanes abajaban con la presa y cautivos. Los indios que habían escapado de la batalla con otros naturales de Calca y de sus comarcas, mirando que, pues que tan mal les había cuadrado el pensamiento, que el final remedio que les quedaba era tentar la fe del vencedor y pedirle paz con obligarse a servidumbre moderada, como otros muchos hacían; y así acordado, salieron por una parte de la sierra diciendo a voces grandes: "¡Viva, para siempre viva el poderoso Inga Viracocha, nuestro señor!". Oído pues el ruido que hacía el resonante de las voces, se pusieron en armas los del Cuzco; mas no pasó mucho tiempo cuando ya los vencidos estaban postrados por tierra delante de Viracocha Inga, adonde, sin levantar, uno de los que entre ellos se tenía por más sabio, alzando la voz, comenzó a decir: "Ni te debes, Inga, ensoberbecer con la victoria que Dios te ha dado, ni tener en poco a nosotros por ser vencidos, pues a ti y a los Ingas es prometido señorear las gentes y a nosotros nos es dado con todas nuestras fuerzas defender la libertad que de nuestros padres heredamos y, cuando con ello salir no pudiéramos, obedecer y

recibir con buen ánimo la sujeción. Por tanto, manda que ya no muera más gente ni se haga daño y dispone de nosotros conforme a tu voluntad". E como el indio principal hubo dicho estas palabras, los demás que allí estaban dieron aullidos grandes, pidiendo misericordia.

El rey Inga respondió que si daño venido les había, que suya había sido la culpa, pues al principio no quisieron creer sus palabras ni tener su amistad, de que a él había pesado; e liberalmente les otorgó que pudiesen estar en su tierra poseyendo, como primero, sus haciendas, con tanto que a tiempos y conforme a las leyes, tributasen de lo que hubiese en sus pueblos al Cuzco; y que de ellos mismos fuesen luego a la ciudad y le hiciesen dos palacios; uno dentro en ella y otro en Xaquixahuana, para se salir a recrear. Respondieron que lo harían y el Inga mandó soltar los cautivos sin que uno tan sólo faltase y restituir sus haciendas a los que ya tenían por sus confederados. Y para que entendiesen lo que habían de hacer y entre ellos no hubiese disensiones, mandó quedar un delegado suyo con poder grande, sin quitar el señorío al señor natural.

Pasado lo que se ha escrito, Inga Viracocha envió un mensajero a llamar a los de Caytomarca, que estaban de la otra parte de un río hechos fuertes, sin jamás haber querido tener amistad con los Ingas que había habido en el Cuzco; y como llegó el mensajero de Viracocha Inga, le maltrataron de palabra, llamando al Inga loco, pues ansí creía que ligeramente se habían de someter a su señorío.

CAPÍTULO XXXIX

De cómo Viracocha Inga tiró una piedra de fuego con su honda a Caytomarca y cómo le hicieron reverencia

LUEGO que hubo enviado el mensajero, Viracocha Inga mandó a sus gentes que alzado el real, caminasen para se acercar a Caytomarca. Y andando por el camino, llegó junto a un río adonde mandó que parasen para refrescarse; y estando en aquel lugar llegó el mensajero, el cual contó cómo los de Caytomarca habían burlado de él y cómo decían que ningún temor tenían a los Ingas. Y como fue entendido por Viracoche Inga con gran saña subió en las andas, mandando a los suyos que caminasen a toda priesa; y así lo

hicieron hasta ser llegados a las riberas de un río caudaloso y de gran corriente, que creo yo debe ser el de Yucay; y mandó poner sus tiendas el Inga y quisiera combatir el pueblo de los enemigos que de la otra parte del río estaba; mas iba el río tan furioso que no se pudo poner en efecto. Los de Caytomarca llegaron a la ribera, desde donde con las hondas lanzaban muchas piedras en el real del Inga y comenzaron de una y otra parte a dar voces y gritos grandes; porque en esto es extraña la costumbre con que las gentes de acá pelean unos con otros y cuán poco dejan a sus bocas reposar.

Dos días cuentan que estuvo en aquel río el Inga sin pasarlo, porque no había puente ni tampoco sé yo si se usaban las que ahora hay antes que hubiese Ingas, porque unos dicen que sí y otros afirman que no. Y como no pasase el río Viracoche Inga, dicen que mandó poner en un gran fuego una piedra pequeña y como estuviese bien caliente, puesto en ella cierta mixtura o confación para que pudiese adonde tocase en prender lumbre, la mandó poner en una honda de hilo de oro con que cuando a él placía tiraba piedras y con gran fuerza la echó en el pueblo de Caytomarca y acertó a caer en el alar de una casa que estaba cubierta con paja bien seca y luego con gran ruido ardió de tal manera que los indios acudieron por ser de noche al fuego que veían en la casa, preguntándose unos a otros qué había sido aquello y quién había puesto el fuego a la casa. Y salió de través una vieja, la cual dicen que dijo: "Mirad lo que os digo y lo que os conviene, sin pensar que de acá se haya puesto fuego a la casa, antes creed que vino del cielo, porque yo lo vi en una piedra ardiendo que, cayendo de lo alto, dio en la casa y la paró tal como la veis".

Pues como los principales y mandones con los más viejos del pueblo aquello oyeron, siendo como son tan grandes agoreros y hechiceros, creyeron que la piedra había sido enviada por mano de Dios para castigarlos porque no querían obedecer al Inga; y luego, sin aguardar respuesta de oráculo ni hacer sacrificio ninguno, pasaron el río en balsas llevando presentes al Inga; y como fueron delante [de] su presencia le pidieron la paz, haciéndole grandes ofrecimientos de servir con sus personas y haciendas así como lo hacían los confederados suyos.

Oído por Viracocha Inga lo que habían dicho los de Caytomarca, les respondió con gran disimulación que si aquel día no hubieran sido cuer-

dos en venir, que el siguiente tenía determinado de dar en ellos con grandes balsas que había mandado hacer. Y pasado esto, se hizo el asiento entre los de Caytomarca y el Inga, el cual dio al capitán o señor de aquel pueblo una de sus mujeres, natural del Cuzco, la cual fue estimada y tenida en mucho.

Por la comarca de estos pueblos corría la fama de los hechos del Inga y muchos, por el sonido de ella, sin ver las armas de los del Cuzco se venían a ofrecer por amigos y aliados del rey Inga, que no poco contento con ello mostraba tener, hablando a los unos y a los otros amorosamente y mostrando para con todos gran benevolencia, proveyendo de lo que él podía a los que había tener necesidad. Y como vido que podría juntar tan grande exército, determinó de hacer llamamiento de gente para ir en persona a lo de Condesuyo.

CAPÍTULO XL

De cómo en el Cuzco se levantó un tirano y del alboroto que hubo y de cómo fueron castigadas ciertas mamaconas porque contra su religión usaban de sus cuerpos feamente y de cómo Viracoche Inga volvió [al Cuzco]

DE TODAS las cosas que a Viracocha sucedían iban al Cuzco las nuevas; y como en la ciudad se contase la guerra que tenía con los de Caytomarca, dicen que se levantó un tirano, hermano de Inga Yupangue, el pasado, el cual habiendo estado muy sentido porque el señorío y mando de la ciudad se había dado a Viracocha Inga y no a él, aguardaba tiempo oportuno para procurar de haber el señorío. Y este pensamiento tenía éste porque hallaba favor en algunos de los orejones y principales del Cuzco del linaje de los Orencuzcos; y con la nueva de esta guerra que el Inga tenía, pareciéndoles que ternía harto que hacer en la fenecer, animaban a éste que digo para que sin más aguardar, matase al que en la ciudad por gobernador había quedado para se apoderar de ella.

Cápac, que así había por nombre, codicioso del señorío, juntados sus aliados, en un día que estaban en el templo del Sol todos los más de los orejones y entre ellos el Inga Roque, el gobernador del Inga Viracocha, to-

mando las armas, publicando libertad del pueblo y que Viracoche Inga no pudo haber el señorío, arremetieron para [el] lugarteniente e le mataron así a él como a otros muchos, la sangre de los cuales regaba los altares donde estaban, las aras e santuarios y la figura del Sol. Las mamaconas con los sacerdotes salieron con gran ruido, maldiciendo a los matadores, diciendo que tan gran pecado gran castigo merecía. De la ciudad acudió gran golpe de gente a ver lo que era, y entendido, unos aprobando lo hecho, se juntaron con Cápac, otros pesándole, se pusieron en armas sin querer pasar por ello; y así habiendo división caían muchos muertos de una parte y otra. La ciudad se alborotó en tanta manera que, recundiendo por los aires del señorío de sus propias voces, no se oían ni entendían. En esto, prevaleciendo el tirano, se apoderó de la ciudad, matando a todas las mujeres del Inga, aunque las más principales habían ido con él. Huyéronse de la ciudad algunos, los cuales fueron a parar adonde Viracoche Inga estaba; y como por él fue entendido, disimulando el pesar que sintió, mandó a sus gentes que caminasen la vía del Cuzco.

Pues volviendo a Cápac el tirano, como hubo tomado la ciudad en sí, quiso salir en público con la borla para por todos ser tenido por rey; mas como el primer ímpetu fue pasado y aquel furor con que los hombres, saliendo de su entero juicio acometen grandes maldades, los mismos que le incitaron a que se levantase, riéndose de que quisiese la dignidad real, le injuriaron de palabra y le desampararon, saliendo a encontrarse con el verdadero señor, a quien pidieron perdón por lo que habían cometido. A Cápac no le faltaba ánimo para llevar el negocio adelante; mas viendo la poca parte que era, muy turbado por la mudanza tan súpita, maldecía a los que le habían engañado y a sí propio por fiarse de ellos; y por no ver con sus ojos al rey Inga, castigó el mismo su yerro tomando ponzoña, [de que] cuentan que murió. Sus mujeres e hijos con otros parientes le imitaron en la muerte.

La nueva de todo esto iba a los reales del Inga, el cual como llegase a la ciudad y entrase en ella, fue derecho al templo del Sol a hacer sacrificios. Los cuerpos de Cápac y de los otros que se habían muerto mandó que fuesen echados en los campos para ser manjar de las aves y buscados los participantes en la traición, fueron condenados a muerte. Entendido por los

confederados y amigos de Viracoche Inga lo sucedido, le enviaron muchas embajadas con grandes presentes y ofrecimientos, congratulándose con él, y a estas embajadas respondió alegremente.

En este tiempo dicen los orejones que había en el templo del Sol muchas señoras vírgenes, las cuales eran muy honradas y estimadas y no entendían en más de lo por mí dicho en muchas partes de esta historia. Y cuentan que cuatro de ellas usaban feamente de sus cuerpos con ciertos porteros de los que guardaban; y siendo sentidas, fueron presas y lo mismo los adulteradores y el sacerdote mayor mandó que fuesen justiciadas ellas y ellos.

El Inga estaba con determinación de ir a lo de Condesuyo; mas, hallándose cansado y viejo, lo dejó por entonces, mandando que le fuesen hechos en el valle de Xaquixaguana unos palacios para salirse a recrear a ellos. Y como tuviese muchos hijos y conociese que el mayor de ellos, que había por nombre Inga Urco, en quien había de quedar el mando del reino e conociese que tenía malas costumbres y era vicioso y muy cobarde, deseaba privarle del señorío para lo dar a otro más mancebo, que por nombre había Inga Yupangue.

CAPÍTULO XLI

De cómo vinieron al Cuzco embajadores de los dos tiranos del Collao, nombrados Chinche Cari e Zapana y de la salida de Viracoche Inga al Collao

MUCHAS historias y acaecimientos pasaron entre los naturales de estas provincias en estos tiempos; mas como yo tengo por costumbre de contar solamente lo que tengo por cierto según las opiniones de los hombres de acá y de la relación que tomé en el Cuzco, dejo lo que ignoro y muy claramente no entendí y trataré lo que alcancé, como ya muchas veces he dicho. Y así, es público entre los orejones que en estos tiempos vinieron al Cuzco embajadores de la provincia del Collao, porque cuentan que, reinando Inga Viracoche, poseía el señorío de Hatun Collao un señor llamado Zapana, como otros que hubo de este nombre; y que como en el palude de Titicaca hubiese islas pobladas de gente, otro tirano o señor, a quien llamaban Cari, había salido con mucha gente y con grandes balsas entrado en las

islas, adonde peleó con los naturales de ellas y se dieron entre él y ellos grandes batallas, de las cuales el Cari salió vencedor; mas que no pretendía otro honor ni señorío que robar y destruir los pueblos y, cargado con el despojo, sin querer traer cautivos, dio la vuelta a Chucuito, adonde había hecho su asiento y por su mandado se habían poblado los pueblos de Hilave, Xuli, Zepita, Pomata y otros; y con la gente que pudo juntar, después de haber hecho grandes sacrificios a sus dioses o demonios, determinó de salir a la provincia de los canas; los cuales, como lo supieron, apellidándose unos [a otros] salieron a encontrarse con él y se dieron batalla, en la cual fueron los canas vencidos, con muertes de muchos de ellos. Habida esta victoria por Cari, determinó de pasar adelante; y haciéndolo así llegó hasta Lurocache, adonde dicen que se dio otra batalla entre los mismos canas y él, mas tuvieron una misma fortuna que en la pasada.

Con estas victorias estaba muy soberbio Cari y la nueva había corrido por todas partes. E como Zapana, el señor de Hatun Collao, lo supiese, pesóle por el bien del otro y mandó juntar sus amigos y vasallos para le salir al camino y quitarle el despojo; más no se pudo hacer tan secreta la junta que Cari no entendiese el designo que Zapana tenía y con buena orden se retiró a Chucuito por camino desviado, de manera que Zapana no le pudiese molestar. Y llegado a su tierra, mandó juntar los principales de ella para que estuviesen apercibidos para lo que Zapana intentase, teniendo propósito de procurar su destrucción y que en el Collao uno sólo fuese señor; y este mismo pensamiento tenía Zapana.

Y como se divulgase por todas partes de este reino el valor de los Ingas y su gran poder e la valentía de Viracocha Inga, que reinaba en el Cuzco, cada uno de éstos, queriendo granjear su amistad, la procuraron con embajadores que le enviaron para que quisiese mostrarse su valedor y ser contra su enemigo. Partidos estos mensajeros con grandes presentes, llegaron al Cuzco a tiempo que el Inga venía de los palacios o tambos que para su pasatiempo había mandado hacer en Xaquixaguana; y entendido a lo que venían, los oyó, mandando que los aposentasen en la ciudad y proveyesen de lo necesario. E tomando parecer con los orejones y ancianos de su consejo sobre lo que haría en lo tocante a las embajadas que habían venido, del Collao, se acordó de pedir respuesta en los oráculos –lo cual hacen delante

los ídolos los sacerdotes: encogiendo sus hombros, meten las barbas en los pechos, haciendo grandes papos, que ellos mismos parecen fieros diablos, comienzan a hablar con voz alta y entonada. Algunas veces yo por mis ojos ciertamente he oído hablar a indios con el demonio y en la provincia de Cartagena en un pueblo marítimo llamado Bahayre, oí responder al demonio en silvo tenorio y con tales tenores que yo no sé cómo lo diga, mas de que un cristiano que estaba en el mismo pueblo más de media legua de donde yo estaba oyó el mismo silbo y de espanto estuvo algo mal dispuesto e los indios dieron grandísima grita otro día por la mañana publicando la respuesta del diablo. Y en algunas partes de esta tierra, con los difuntos los tengan en hamacas, entran en los cuerpos los demonios algunas veces y responden. A un Aranda oí yo decir que en la isla de Cárex vio también hablar a uno de estos muertos: y es para reír las niñerías y embustes que les dice.

Pues como el Inga determinase de haber respuesta de los oráculos, envió los que solían ir a tales casos; y dicen que supo que le convenía en persona ir al Collao y procurar el favor de Cari. Y como esto hubo entendido, mandó parecer ante sí a los mensajeros de Zapana, a los cuales dijo que dijesen a su señor que él saldría con brevedad del Cuzco para ver la tierra del Collao, adonde se verían y tratarían su amistad. A los que de parte de Cari vinieron, dijo que dijesen cómo él se quedaba aderezando para ir en su ayuda y favor, que presto sería con él. Y como esto hubiese pasado, mandó el Inga hacer junta de gente para salir del Cuzco, dejando uno de los principales de su linaje por gobernador.

CAPÍTULO XLII

De cómo Viracoche Inga pasó por las provincias de los Canches y Canas y anduvo hasta que entró en la comarca de los collas y lo que sucedió entre Cari y Zapana

DETERMINADO por el Inga de ir al Collao, salió de la ciudad del Cuzco con mucha gente de guerra y pasó por Mohina y por los pueblos de Urcos y Quiquixana. Como los canches supieron de la venida del Inga, acordaron de se juntar y salir con sus armas a le defender la pasada por su tierra; y por él entendido, les envió mensajeros que le dijesen que no tuviesen tal pro-

pósito porque él no quería hacerles enojo, antes deseaba de los tener por amigos y que si para él se venían los principales y capitanes, que les daría a beber con su propio vaso. Los canches respondieron a los mensajeros que no estaban por pasar por lo que decía por defender su tierra de quien en ella entrase. Vueltos con la respuesta, encontraron con Viracoche Inga en Cangalla, e lleno de ira por lo poco [en] que los canches tuvieron su embajada, caminó con más priesa que hasta allí. Y llegado a un pueblo que ha por nombre Combapata, junto a un río que por él pasa, halló a los canches puestos en orden de guerra y allí se dio entre unos y otros la batalla, donde de ambas partes murieron y fueron los canches vencidos y huyeron los que pudieron y los vencedores tras ellos, prendiendo y matando. Y habiendo pasado gran rato, volvieron con el despojo trayendo muchos cautivos así hombres como mujeres.

Y como esto hubiese pasado, los canches de toda la provincia enviaron mensajeros al Inga para que los perdonase y en su servicio recibiese. Y como él otra cosa no desease, lo otorgó con las condiciones que solía, que eran que recibiesen por soberanos señores a los del Cuzco y se rigiesen por sus leyes y costumbres, tributando lo que en sus pueblos hubiesen conforme como lo hacían los demás. Y habiendo estado algunos días entendiendo en estas cosas y en hacer entender a los canches que los pueblos estuviesen juntos y concertados y que entre ellos no se diesen guerra ni tuviesen pasión, pasó adelante.

Los canas habíanse juntado número grande de ellos en el pueblo que llaman Luracache; y como entendieron el daño que habían recibido los canches y como el Inga no hacía injuria a los que se daban por sus amigos no consentían hacerles agravio, determinaron de tomar amistad con él. A esto, el rey Inga venía caminando acercándose a Lurucache y entendió la voluntad que los canas tenían, de que mostró holgarse mucho; y como estuviese en aquella comarca el templo de Ancocagua, envió grandes presentes a los ídolos y sacerdotes.

Llegados los embajadores de los canas, fueron bien recibidos por Inga Viracoche y les respondió que fuesen los principales y más viejos de los canas a Ayavire, adonde se verían, y que como hubiese estado algunos días en el templo de Vilcanota se daría priesa a verse con ellos. Y dio a los mensaje-

ros algunas joyas y ropa de lana fina y mandó a su gente de guerra que no fuesen osados de entrar en las casas de los canas ni robar nada de lo que tuviesen ni hacerles daño ninguno porque el buen corazón que tenían no se les turbase y tomasen otro pensamiento.

Los canas, oída la respuesta, mandaron poner mucho mantenimiento por los caminos y abajaban de los pueblos a servir al Inga, que con mucha justicia entendió en que no fuesen agraviados en cosa alguna; y eran proveídos de ganado y de *azua* que es su vino. Y como hubo llegado al vano templo, hicieron sacrificios conforme a su gentilidad, matando muchos corderos para el sacrificio. De allí caminaron para Ayavire, donde los canas estaban con mucho proveimiento de bastimento; y el Inga les habló amorosamente y con ellos asentó su concierto de paz como solía con los demás. Y los canas, teniendo por provechosos para ellos el ser gobernados por tan santas y justas leyes, no rehusaron el pagar tributos ni el ir al Cuzco con reconocimiento.

Esto pasado, Viracocha Inga determinó de se partir para el Collao, adonde ya se sabía todo lo que por él había sido hecho, así en los canches como en los canas y estaban aguardándole en Chucuito y lo mismo en Hatun Collao, adonde Zapana estaba ya entendido cómo Cari se había congratulado con Viracoche Inga y que le estaba aguardando; y porque no se hiciese más poderoso acordó de salir a le buscar y dar batalla antes que el Inga se juntase con él; y Cari, que debía de ser animoso, salió con su gente a un pueblo que se llama Paucarcolla; y junto a él, se afrontaron los dos más poderosos tiranos de las comarcas con tanta gente, que se afirma que se juntaron ciento y cincuenta guarangas de indios. Y entre todos se dio la batalla a su usanza, la cual cuentan que fue muy reñida y adonde murieron más de treinta mil indios; y habiendo durado gran rato, Cari quedó por vencedor y Zapana y los suyos fueron vencidos con muertes de muchos y el mismo Zapana fue muerto en esta batalla.

CAPÍTULO XLIII

De cómo Cari volvió a Chucuito y de la llegada de Viracoche Inga y de la paz que entre ellos trataron

LUEGO que Zapana fue muerto, Cari se apoderó de su real y robó todo en lo que él había, con la cual presa dio la vuelta a Chucuito y estaba aguardando a Viracoche Inga y mandó aderezar los aposentos y proveerlos de mantenimientos. El Inga supo en el camino el fin de la guerra y cómo Cari había vencido y, aunque en lo público daba a entender haberse holgado, en lo secreto le pesó por lo sucedido, porque con haber diferencias entre aquellos dos pensaba él fácilmente hacerse señor del Collao, y pensó de se volver con brevedad al Cuzco porque no le sucediese alguna desgracia.

Y como estuviese ya cerca de Chucuito, salió Cari con los más principales de los suyos a le recibir y fue aposentado y muy servido; y como desease la vuelta al Cuzco con brevedad, habló con Cari adulándoles con palabras de lisonjas sobre lo mucho que se había holgado de su buena andanza y que venía a le ayudar con toda voluntad, y que para que estuviese cierto que siempre le sería buen amigo le quería dar por mujer a una hija suya. A lo cual respondió Cari que él era muy viejo y estaba muy cansado, que le rogaba casase a su hija con mancebos, pues había tantos en quién escoger y que supiese que él le había de tener por señor y amigo y reconocerle con lo que él mandase; y así le ayudaría en guerras y en otras cosas que le ofreciese. Y luego, en presencia de los más principales que allí estaban mandó traer Viracoche Inga un gran vaso de oro y se hizo el pleito homenaje entre ellos de esta manera, bebieron un rato del vino que tenían las mujeres y luego el Inga tomó el vaso ya dicho y poniéndolo encima de una piedra muy lisa dijo: "La señal sea ésta, que este vaso se esté aquí y que yo no le mude ni tú lo toques en señal de ser cierto lo asentado". Y besando la tierra, hicieron reverencia al Sol e hicieron un gran taqui y areyto con muchos sones, y los sacerdotes, diciendo ciertas palabras, llevaron el vaso a uno de sus vanos templos donde se ponían los semejantes juramentos que se hacían por los reyes y señores. Y habiéndose holgado algunos días Viracoche Inga en Chucuito se volvió al Cuzco, siendo por todas partes muy servido y bien recibido.

E ya muchas provincias estaban asentadas y usaban de mejores ropas y tenían mejores costumbres y religiones que antes, gobernándose por las leyes y costumbres del Cuzco, adonde había quedado por gobernador de la ciudad Inga Urco, hijo de Viracoche Inga, del cual cuentan era muy cobarde, remiso, lleno de vicios y con pocas virtudes; mas como era el mayor, había de suceder en el imperio de su padre; quien dicen que, conociendo estas cosas, quisiera mucho privarle del señorío y darlo a Inga Yupangue, su segundo hijo, mancebo de muy gran valor y adornado de buenas costumbres, esforzado, animoso y que tenía los pensamientos muy grandes y altos; mas los orejones y principales de la ciudad no querían que fuesen quebrantadas las leyes y lo que se usaba y guardaba por ordenación y estatuto de los pasados, y aunque conocían cuán mal inclinado era Inga Urco, querían que él y no otro fuese rey después de la muerte de su padre.

Y esto helo dicho tan largo porque dicen los que de esto me avisaron que, desde Urcos Viracoche Inga envió sus mensajeros a la ciudad para que los tratasen y no pudo concluir nada de lo que quería. Y como entró en el Cuzco, le fue hecho gran recibimiento; y como ya estuviese muy viejo y cansado, determinó de dejar la gobernación del reino a su hijo y entregarle la borla y salirse al valle de Yucay y al de Xaquixaguana a holgar y recrear. Y así lo comunicó con los de la ciudad, pues no pudo [lograr] que le sucediese Inga Yupangue.

CAPÍTULO XLIV

De cómo Inga Urco fue recibido por gobernador general de todo el imperio e tomó la corona en el Cuzco y de cómo los chancas determinaban de salir a dar guerra a los del Cuzco

LOS OREJONES, y aún todos los más naturales de estas provincias, se ríen de los hechos de este Inga Urco. Por sus poquedades quieren que no goce de que se diga que alcanzó la dignidad del reino; y ansí vemos que en la cuenta que en los quipos y romances tienen de los reyes que reinaron en el Cuzco callan éste, lo cual yo no haré, pues al fin, mal o bien, con vicios o con virtudes, gobernó y mandó el reino algunos días. Y así, luego que

Viracoche Inga se fue al valle de Xaquixaguana, envió al Cuzco la borla o corona para que los mayores de la ciudad la entregasen a Inga Urco, habiendo dicho que bastaba lo que había trabajado y hecho por la ciudad del Cuzco, que lo que de la vida le quedaba quería gastar en holgarse, pues era viejo y no para la guerra. Y como se entendió su voluntad, luego Inga Urco se entró a hacer los ayunos y otras religiones conforme a su costumbre; y acabado, salió con la corona y fue al templo del Sol a hacer sacrificios y se hicieron en el Cuzco a su usanza muchas fiestas y grandes borracheras.

Habíase casado Inga Urco con su hermana para haber hijo en ella que le sucediese en el señorío. Era tan vicioso y dado a lujurias y deshonestidades que, sin curar de ella, se andaba con mujeres bajas e con sus mancebas, que eran las que quería y le agradaban; y aun afirman que corrompió a algunas de las mamaconas que estaban en el templo. Y era tan de poca honra que no quería que le estimasen y andaba por las más partes de la ciudad bebiendo; y dizque tenía en el cuerpo una arroba y más de aquel brebaje, provocándose a gómito [vómito], lo lanzaba y sin vergüenza descubría las partes vergonzosas y echaba la chicha convertida en orina. Y a los orejones que tenían mujeres hermosas, cuando los veía les decía: "Mis hijos, ¿cómo están?", dando a entender que habiendo con ellas usado los que tenían eran de él y no de sus maridos. Edificio ni casa nunca la hizo, era enemigo de armas; ninguna cosa buena cuentan de él sino ser muy liberal. Y como hubiese tomado la borla, después de ser pasados algunos días, determinó de salirse a holgar a las casas de placer que para recreación de los Ingas estaban hechas, dejando por su lugarteniente a Inga Yupangue, que fue padre de Topa Inga, como adelante contaré.

Estando las cosas del Cuzco de esta manera, los chancas –como atrás conté– habían vencido a los quíchuas y ocupado la mayor parte de la provincia de Andaguaylas; y como estuviesen victoriosos, oyendo lo que se decía de la grandeza del Cuzco e su riqueza e la majestad de los Ingas, desearon de no estarse encogidos ni dejar de pasar adelante, ganando con las armas todo lo a ellos posible. Y luego hicieron grandes plegarias a sus dioses o demonios y dejando en Andahuaylas, que es la que los españoles llaman Andaguaylas, que está encomendada a Diego Maldonado el rico, gente bastante para la defensa de ella, y con la que estaba junta para la guerra,

salió Hastu Guaraca y un hermano suyo muy valiente, llamado Oma Guaraca, y partieron de su provincia con muy gran soberbia camino al Cuzco, y anduvieron hasta llegar a Curanba, donde asentaron su real e hicieron gran daño en los naturales de la comarca. Mas como en aquellos tiempos muchos de los pueblos estuviesen en los altos y collados de las sierras, con grandes cercas, que llaman "pucaras", no se podía hacer muchas muertes ni querían cautivos ni más que robar los campos. Y salieron de Curanba y fueron al aposento de Cochacaxa y al río de Abancay destruyendo todo lo que hallaban; y así se acercaron al Cuzco, adonde ya había ido la nueva de los enemigos que venían contra la ciudad; mas aunque fue sabido por el viejo Viracoche, no se le dio nada, antes, saliendo del valle de Xaquixaguana, se fue al valle de Yucay con sus mujeres y servicio. Inga Urco también dicen que se reía teniendo en poco lo que era obligado a tener en mucho; mas como el ser del Cuzco estuviese guardado para ser acrecentado por Inga Yupangue e sus hijos, hubo él de ser el que libró de esos miedos con su virtud a todos. Y no solamente venció a los chancas, mas sojuzgó la mayor parte de las naciones que hay en esos reinos, como adelante diré.

CAPÍTULO XLV

De cómo los chancas allegaron a la ciudad del Cuzco y pusieron su real en ella y del temor que mostraron los que estaban en ella y del gran valor de Inga Yupangue

DESPUÉS que los chancas hubieron hecho sacrificios en Apurima y llegasen a la ciudad del Cuzco, el capitán general que llevaban o señor de ellos Astu Guaraca les decía que mirasen la alta empresa que tenían, que se mostrasen fuertes y no tuviesen pavor ni temor ninguno de aquellos que pensaban espantar las gentes con pararse las orejas tan grandes como ellos se ponían, y que si los vencían habría mucho despojo y mujeres hermosas con quien holgasen; los suyos les respondían alegremente que harían el deber.

Pues como en la ciudad del Cuzco hubiesen sabido ya de los que venían contra ella e Viracoche Inga ni su hijo Inga Urco no se diesen nada por ello, los orejones y más principales estaban muy sentidos por ellos y, como ya supiesen los enemigos cuán cerca estaban, fueron hechos grandes sacri-

ficios a su costumbre y acordaron de rogar a Inga Yupangue que tome el cargo de la guerra mirando por la salud de todos. Y tomando la mano de uno de los más ancianos habló con él en nombre de todos y él respondió que cuando su padre quería darle a él la borla no consintieron, sino que fuese Inga el cobarde de su hermano y que él nunca con tiranía, ni contra la voluntad del pueblo pretendió la dignidad real y que, pues ya habían visto Inga Urco no convenir para ser Inga, que hiciesen lo que eran obligados al bien público, sin mirar la costumbre antigua no fuese quebrantada. Los orejones respondieron que, concluida la guerra, entenderían en hacer lo que a la gobernación del reino conveniese. Y dicen que por la comarca enviaron mensajeros que [a] todos los que viniesen a querer ser vecinos del Cuzco les serían dadas tierras en el valle y sitio para casas y serían privilegiados, y así vinieron de muchas partes. Pasado esto, el capitán Inga Yupangue salió a la plaza donde estaba la piedra de la guerra, puesta en su cabeza una piel de león para dar a entender que había de ser fuerte como lo es aquel animal.

En este tiempo llegaban los chancas a la sierra de Vilcaconga Inga Yupangue mandó juntar la gente de guerra que había en la ciudad con determinación de les salir al camino, nombrando capitanes los que más esforzados les pareció; más tornando a tomar parecer, se acordó de los aguardar en la ciudad.

Los chancas allegaron a poner su real junto al cerro de Carmenga, que está por encima de la ciudad, y pusieron luego sus tiendas. Los del Cuzco habían hecho por las más partes de la entrada de la ciudad grandes hoyos llenos de púas y por encima tapados sutilmente para que cayesen los que por allí anduviesen. Como en el Cuzco las mujeres y muchachos vieron los enemigos, hubieron mucho espanto y andaba gran ruido. Inga Yupangue envió mensajeros [a] Astu Guaraca para que asentasen paz entre ellos e no hubiesen muertes de gentes. Astu Guaraca con soberbia tuvo en poco la embajada y no quiso más de pasar por lo que la guerra determinase, aunque importunado de sus parientes y más gente, quiso tener plática con el Inga y así se lo envió a decir. La ciudad está asentada entre cerros en lugar fuerte por natura y las laderas y cabos de sierras estaban cortados y por muchas partes puestas púas recias de palma, que son tan recias como de

hierro y más enconosas y dañosas. Llegaron a tener habla el Inga y Astu Guaraca; y estando todos puestos en arma aprovechó poco las vistas porque, encendiéndose más con las palabras que el uno al otro se dijeron, allegaron a las manos tendiendo grandísima grita y ruido, porque los hombres de acá son muy alharaquientos en sus peleas y más se tiene su grita que no su esfuerzo por nosotros. Y pelearon unos con otros gran rato; y sobreviniendo la noche cesó la contienda, quedándose los chancas en sus reales y los de la ciudad por la redonda de ella, guardándola por todas partes porque los enemigos no los pudiesen entrar, porque el Cuzco ni otros lugares de estas partes no son cercados de muralla.

[Pasado el rebato, Astu Guaraca anima]ba a los suyos esforzándolos para la pelea y lo mismo hacía Inga Yupangue a los orejones y gente que estaba en la ciudad. Los chancas denodadamente salieron de sus reales con voluntad de la entrar y los del Cuzco salieron con pensamiento de se defender; y tornaron a pelear, adonde murieron muchos de entrambas partes; más tanto fue el valor de Inga Yupangue que alcanzó la victoria de la batalla con muerte de los chancas todos, que no escaparon –a lo que dicen– sino pocos más de quinientos y entre ellos su capitán Astu Guaraca, el cual con ellos, aunque con trabajo, allegó a su provincia. El Inga gozó del despojo y hubo muchos cautivos, así hombres como mujeres.

CAPÍTULO XLVI

De cómo Inga Yupangue fue recibido por rey y quitado el nombre de Inga a Inga Urco, y de la paz que hizo con Astu Guaraca

DESBARATADOS los chancas, entró en el Cuzco Inga Yupangue con gran triunfo y habló a los principales de los orejones sobre que se acordasen de cómo había trabajado por ellos lo que habían visto y en lo poco que su hermano ni su padre mostraron tener a los enemigos; por tanto, que le diesen a él el señorío y gobernación del imperio. Los del Cuzco unos con otros trataron y miraron así el dicho de Inga Yupangue como lo más que Inga Urco les había hecho; y por consentimiento del pueblo acordaron de que Inga Urco no entrase más en el Cuzco y que le fuese quitada la borla o coro-

na y dada a Inga Yupangue. Y aunque Inga Urco, como lo supo, quiso venir al Cuzco a justificarse y mostrar sentimiento grande quejándose de su hermano y de los que le quitaban de la gobernación del reino, no le dieron lugar ni se dejó de cumplir lo ordenado. Y aun hay algunos que dicen que la Coya, mujer que era de Inga Urco, lo dejó sin tener hijo de él ninguno y se vino al Cuzco, donde la recibió por mujer su segundo hermano Inga Yupangue, que hecho el ayuno y otras ceremonias, salió con la borla, haciéndose en el Cuzco [grandes] fiestas, hallándose a ellas gente de muchas partes.

Y a todos los que murieron de la parte suya en la batalla los mandó el nuevo Inga enterrar, mandando hacerles las obsequias a su usanza; y a los chancas mandó que se hiciese una casa larga a manera de tambo en la parte que se dio la batalla, adonde para memoria fuesen desollados todos los cuerpos de los muertos y que hinchesen los cueros de ceniza o de paja de tal manera que la forma humana pareciese en ellos, haciéndolos de mil maneras, porque a unos, pareciendo hombre, de su mismo vientre salía un atambor y con sus manos hacían muestra de le tocar, otros ponían con flautas en las bocas. De esta suerte y de otras estuvieron hasta que los españoles entraron en el Cuzco. Pero Alonso Carrasco y Juan de Pancorvo, conquistadores antiguos, me contaron a mí de la manera que vieron estos cuerpos de ceniza y otros muchos de los que entraron con Pizarro y Almagro en el Cuzco.

Y dicen los orejones que había en este tiempo gran vecindad en el Cuzco y que siempre iba en crecimiento; y de muchas partes vinieron mensajeros a congratularse con el nuevo rey, el cual respondía a todos con buenas palabras, y deseaba salir a hacer guerra a lo que llaman Condesuyo. Y como por experiencia hubiese conocido cuán valiente y animoso era Astu Guaraca, el señor de Andaguaylas, pensó de lo atraer a su servicio; y así cuentan que le envió mensajeros, rogándole con sus hermanos y amigos se viniese a holgar con él; y entendido que le sería provechoso allegarse a la amistad de Inga Yupangue fue al Cuzco, donde fue bien recibido. Y como se hubiese hecho llamamiento de gente, se determinó de ir a Condesuyo.

En este tiempo cuentan que murió Viracoche Inga y se le dio sepultura con menos pompa y honor que a los pasados suyos porque en la vejez ha-

bía desamparado la ciudad, y no queriendo volver a ella cuando tuvieron la guerra con los chancas. De Inga Urco no digo más porque los indios no tratan de sus cosas si no es por reír; y dejando a él aparte, digo que Inga Yupangue es el noveno rey que hubo en el Cuzco.

CAPÍTULO XLVII

De cómo Inga Yupangue salió del Cuzco dejando por gobernador a Lloque Yupangue y de lo que le sucedió

COMO YA por mandado de Inga Yupangue se hubiese juntado cantidad de más de cuarenta mil hombres, junto a la piedra de la guerra se hizo alarde y nombró capitanes, haciendo fiestas y borracheras; y estando aderezado, salió del Cuzco en andas ricas de oro y pedrería, yendo a la redonda de él su guarda con alabardas y hachas y otras armas; junto a él iban los señores y mostraba más valor y autoridad este rey que todos los pasados suyos. Dejó en el Cuzco, a lo que dicen, por gobernador a Lloque Yupangue, su hermano. La Coya con otras mujeres iban en hamaca y afirman que llevaba gran cantidad de cargas de joyas y de repuesto. Delante iban limpiando el camino que ni yerba ni piedra pequeña ni grande no había de haber en él.

Llegado al río de Apurima pasó por la puente que se había hecho y anduvo hasta los aposentos de Curaguaxi. De la comarca salían muchos hombres y mujeres y algunos señores y principales; y cuando lo veían, quedaban espantados y llamábanle "Gran señor, hijo del Sol, monarca de todos" y otros nombres grandes. En este aposento dicen que dio a un capitán de los chancas, llamado Tupa Uasco, por mujer una palla del Cuzco y que la tuvo en mucho.

Pasando adelante el Inga por el río de Apurima y Cochacaxa, como los naturales de aquella parte estuviesen en los pucaraes fuertes y no tuviesen pueblos juntos, les mandó que viviesen ordenadamente sin tener costumbre mala ni darse la muerte los unos a los otros. Mucho se alegraron con estos dichos y les fue bien de obedecer su mandamiento. Los de Curanba se reían de ello y entendiólo Inga Yupangue y, no bastando amonestaciones, los venció en batalla, matando a muchos y cautivando a otros. Y porque

la tierra era buena, mandó a un mayordomo suyo a quedarse a reformarla y a que se hiciesen aposentos y templo del Sol.

Ordenado esto con gran prudencia, el rey salió de allí y anduvo hasta la provincia de Andaguaylas, a donde le fue hecho solemne recibimiento y estuvo allí algunos días, determinando si iría a conquistar a los naturales de Guamanga e Xauxa o a los Soras y Lucanes mas después de haber pensádolo, con acuerdo de los suyos determinó de ir a los Soras. Y saliendo de allí, anduvo por un despoblado que iba a salir a los Soras, los cuales supieron su venida y se juntaron para se defender.

Había enviado Inga Yupangue capitanes con gente por otras partes muchas a que allegasen las gentes a su servicio con la más blandura que pudiesen y a los soras envió mensajeros sobre que no tomasen armas contra él, prometiendo de los tener en mucho sin les hacer agravio ni daño; mas no quisieron paz con servidumbre sino guerrear por no perder la libertad. Y así, juntos unos con otros tuvieron la batalla, la cual –dicen los que tienen de ello memoria– que fue muy reñida y que murieron muchos de ambas partes, mas quedando el campo por los del Cuzco. Los que escaparon de ser muertos y presos fueron dando aullidos y gemidos a su pueblo, adonde pusieron algún cobro en sus haciendas y, sacando sus mujeres, lo desampararon y se fueron –según es público– a un peñol fuerte que está cerca del río de Vilcas, adonde había en lo alto muchas cuevas y agua por naturaleza. Y en este peñol se recogieron muchos hombres con sus mujeres e hijos por miedo del Inga, proveyéndose del más bastimento que pudieron. Y no solos los soras se recogieron a este peñol, que de la comarca de Guamanga y del río de Vilcas y de otras partes se juntaron con ellos, espantados de oír que el Inga quería ser sólo señor de las gentes.

Vencida la batalla, los vencedores gozaron del despojo y el Inga mandó que no hiciesen daño a los cautivos, antes los mandó soltar a todos ellos y mandó ir un capitán con gente a lo de Condesuyo por la parte de Pomatambo, e como entrase en los Soras e supiese haberse ido la gente al peñol ya dicho, recibió mucho enojo e determinó de los ir a cercar; y ansí, mandó a sus capitanes que con la gente de guerra caminasen contra ellos.

CAPÍTULO XLVIII

Cómo el Inga revolvió sobre Vilcas y puso cerco en el peñol donde estaban hechos fuertes los enemigos

MUY GRANDES cosas cuentan los orejones de este Inga Yupangue e de Topa Inga, su hijo, e Guaynacapa, su nieto, porque estos fueron los que se mostraron más valerosos. Los que fueron leyendo sus acaecimientos, crean que yo quito antes de lo que supe, que no añadir nada, y que, para afir[marlo por cierto], fuera menester verlo, que es causa que yo no afirme más de que lo escribo por relación de estos indios; y para mí, creo esto y más por los rastros y señales que dejaron de sus pisadas estos reyes y por el su mucho poder, que da muestra de no ser nada esto que yo escribo para lo que pasó, la cual memoria durará en el Perú mientras hubiere hombres de los naturales.

Volviendo al propósito, como el Inga tanto desease haber a las manos a los que estaban en el peñol, anduvo con su gente hasta llegar al río de Vilcas. Los de la comarca, como supieron su estada allí, muchos vinieron a le ver haciéndole grandes servicios y formaron con él amistad, y por su mandado comenzaron a hacer aposentos y edificios grandes en lo que ahora llamamos Vilcas, quedando maestros del Cuzco para dar la traza y mostrar con la manera que habían de poner las piedras y losas en el edificio. Llegado pues al peñol, procuró con toda buena razón de atraer a su amistad a los que en él estaban hechos fuertes, enviándoles sus mensajeros, mas ellos se reían de sus dichos y lanzaban muchos tiros de piedra. El Inga, viendo su propósito, determinó de no partir sin dejar hecho castigo en ellos. Y supo cómo los capitanes que envió a la provincia de Condesuyo habían dado algunas batallas a los de aquellas tierras y los habían vencido y metido en su señorío lo más de la provincia; y porque los del Collao no pensasen que habían de estar seguros, conociendo ser valiente Astu Guaraca, el señor de Andaguaylas, le mandó que con su hermano Tupa Uasco se partiesen para el Collao a procurar de meter en su señorío a los naturales. Respondieron que lo harían como lo mandaba y luego partieron para su tierra para desde allá ir al Cuzco a juntar el ejército que habían de llevar.

Los del peñol todavía estaban en su propósito de se defender y el Inga

los había cercado y pasaron entre unos y otros grandes cosas, porque fue largo el cerco; y al fin, faltando los mantenimientos, se hubieron de dar los que estaban en el peñol, obligándose de servir como los demás al Cuzco, y tributar y dar gente de guerra. Y con esta servidumbre quedaron en gracia del Inga, de quien dicen no hacerles enojo, antes mandarles proveer de mantenimiento y otras cosas y enviarlos a su tierra; otros dicen que los mató a todos sin que ninguno escapase. Lo primero creo, aunque de lo uno y de lo otro no sé más de decirlo estos indios.

Acabado esto, cuentan que de muchas partes vinieron a ofrecerse al servicio del Inga y que recibía graciosamente a todos los que venían; y que salió de allí para se volver al Cuzco y halló en el camino hechos muchos aposentos y que en las más partes se habían abajado de las laderas los naturales y tenían en lo llano pueblos concertados como lo mandaba y había ordenado.

Llegado al Cuzco, fue recibido a su usanza con gran pompa y se hicieron grandes fiestas. Los capitanes que por su mandado habían ido a hacer guerra a los del Collao habían andado hasta Chucuito; y tuvieron algunas batallas en partes de la provincia y, saliendo vencedores, sujetábanlo todo al señorío del Inga. Y en Condesuyo fue lo mismo, tanto que ya era muy poderoso y de todas partes acudían señores y capitanes a le servir con los hombres ricos de los pueblos y tributaban con grande orden y hacían otros servicios personales, pero todo con gran concierto y justicia. Cuando le iban a hablar, iban cargados livianamente, mirábanle poco al rostro; cuando él hablaba, temblaban los que le oían de temor o de otra cosa; salía pocas veces en público y en la guerra siempre era el delantero; no consentía que ninguno, sin su mandamiento, tuviese joyas ni asentamiento ni anduviese en andas. En fin, éste fue el que abrió camino para el gobierno tan excelente que los Ingas tuvieron.

CAPÍTULO XLIX

De cómo Inga Yupangue mandó a Lloque Yupangue que fuese al valle de Xauxa a procurar de atraer a su señorío a los guancas y a los yauyos, sus vecinos, con otras naciones que caen en aquella parte

PASADO lo que se ha escrito, cuentan los orejones que como se hallase tan poderoso, el rey Inga mandó hacer llamamiento de gente porque quería comenzar otra guerra más importante que las pasadas; y cumpliendo su mandado, acudieron muchos principales con gran número de gente armada con las armas que ellos usan, que son hondas, hachas, macanas, ayllos y dardos y lanzas pocas. Como se juntaron, mandó hacerles convites y fiestas, por alegrarlos cada día salía con nuevo traje e vestido, tal cual tenía la nación que aquel día quería honrar; y pasado, se ponía de otro, conforme a lo que tenían los que eran llamados al convite y borrachera; con esto holgábanse tanto cuanto aquí se puede encarecer. Cuando hacían estos grandes bailes, cercaba la gran plaza del Cuzco una maroma de oro que se había mandado hacer de lo mucho que tributaban las comarcas, tan grande como en lo de atrás tengo dicho, y otra grandeza mayor de bultos y antiguallas.

[Y como se hubiesen holgado los] días que le pareció a Inga Yupangue, les habló cómo quería que fuesen a los guancas y a los yauyos e sus vecinos a procurar de los traer en su amistad y servicio sin guerra, y cuando no, que dándosela, se diesen maña de los vencer y forzar que lo hiciesen. Respondieron todos que harían lo que mandaba con gran voluntad. Fueron señalados capitanes de cada nación y sobre todos fue por general Lloque Yupangue y con él, para consejo, Copa Yupangue; y avisándoles de lo que habían de hacer, salieron del Cuzco y caminaron hasta la provincia de Andaguaylas, adonde fueron bien recibidos por los chancas; y salió con ellos un capitán, llamado Anco Allo, con copia de gente de aquella tierra para servir en la guerra del Inga.

De Andaguaylas fueron a Vilcas, adonde se estaban los aposentos y templo del Sol que Inga Yupangue había mandado hacer y hablaron con todo amor a los que entendían en aquellas obras. De Vilcas fueron por los pueblos de Guamanga, Azángaro, Parcos, Picoy, Acos y otros, los cuales

ya habían dado la obediencia al Inga y proveían de bastimentos y de lo que más tenían en sus pueblos y hacían el camino real que les era mandado grande y muy ancho.

Los del valle de Xauxa, sabida la venida de los enemigos, mostraron temor y procuraron favor de sus parientes y amigos y en el templo suyo de Guarivilca hicieron grandes sacrificios al demonio que allí respondía. Venídoles los socorros, como ellos fuesen muchos, porque dicen que había más de cuarenta mil hombres adonde ahora no sé si hay doce mil, los capitanes del Inga llegaron hasta ponerse encima del valle. Deseaban sin guerra ganar la gracia de los guancas y que quisiesen ir al Cuzco a reconocer al rey por señor; y así es público que les enviaron mensajeros. Mas no aprovechando nada, vinieron a las manos y se dio una gran batalla en que dicen que murieron muchos de una parte y otra, mas que los del Cuzco quedaron por vencedores; y que siendo de gran prudencia Lloque Yupangue, no consintió hacer daño en el valle, evitando el robo, mandando soltar los cautivos, tanto que a los guancas, conocido el beneficio y con la clemencia que usaban teniéndolos vencidos, vinieron a hablar con ellos y prometieron de vivir dende en adelante por la ordenanza de los reyes del Cuzco y tributar con lo que hubiese en su valle; y pasando sus pueblos por las laderas, lo sembraron sin lo repartir hasta que el rey Guaynacapa señaló a cada parcialidad lo que había de tener; y se enviaron mensajeros.

CAPÍTULO L

De cómo salieron de Xauxa los capitanes del Inga y lo que les sucedió y cómo se salió de entre ellos Anco Allo

LOS NATURALES de Bombón habían sabido, según éstos cuentan, el desbarate de Xauxa y cómo habían sido los guancas vencidos, y sospechando que los vencedores querrían pasar adelante, acordaron de se apercibir porque no los tomasen descuidados y poniendo sus mujeres e hijos con la hacienda que pudieron en una laguna que está cerca de ellos, aguardaron a lo que sucediese. Los capitanes del Inga, como hubieron asentado las cosas del valle de Xauxa, salieron y anduvieron hasta Bombón y, como se metiesen en la laguna, no les pudieron hacer otro mal que comerles los manteni-

mientos. Y como esto viesen, pasaron adelante y allegaron a lo de Tarama [Tarma], adonde hallaron a los naturales puestos en arma y hubieron batalla en que fueron muertos y presos muchos de los taramantinos y los del Cuzco quedaron por vencedores y como les dijesen que la voluntad del rey era que le sirviesen y tributasen como hacían otras muchas provincias y que serían bien tratados y favorecidos, hicieron lo que les fue mandado y envióse al Cuzco relación de todo lo que se había hecho en este pueblo de Tarama.

Cuentan los indios chancas que, como los indios que salieron de su provincia de Andahuaylas con el capitán Anco Allo hubiesen hecho grandes hechos en estas guerras, envidiosos de ellos y con rencor que tenían contra el capitán Anco Allo de más atrás cuando el Cuzco fue cercado, determinaron de los matar. Y así los mandaron llamar y como fuesen muchos juntos con su capitán entendieron la intención que tenían y puestos en arma se defendieron de los del Cuzco, [y] aunque murieron algunos, pudieron los otros con el favor y esfuerzo de Anco Allo de salir de allí, el cual se quejaba a sus dioses de la maldad de los orejones e ingratitud, afirmando que por no los ver más ni seguir, se iría con los suyos en voluntario destierro. Y echando delante las mujeres, caminó y atravesó las provincias de los Chachapoyas e Guánuco y pasando por la montaña de los Andes caminaron por aquellas sierras hasta que llegaron, según también dicen, a una laguna muy grande, que yo creo debe ser lo que cuentan del Dorado adonde hicieron sus pueblos y se han multiplicado mucha gente. Y cuentan todos los indios grandes cosas de aquella tierra y del capitán Anco Allo.

Los capitanes del Inga, pasado lo que se ha escrito, dieron la vuelta al valle de Xauxa, donde ya se habían allegado grandes presentes y muchas mujeres para llevar al Cuzco y lo mismo hicieron los de Tarama. La nueva de todo fue al Cuzco y como fue sabido por el Inga holgóse por el buen suceso de sus capitanes, aunque hizo muestra [de] haberle pesado lo que habían hecho con Anco Allo; mas era, según se cree, industria, porque algunos afirman que por su mando lo hicieron sus capitanes. Y como Topa Guasco y los otros chancas hubiesen ido a dar guerra a la provincia de Collao y hubiesen habido victoria de algunos pueblos, recelándose el Inga que, sabida la nueva de lo que había pasado con Anco Allo, se volverían

contra él y le harían traición, les envió mensajeros para que luego viniesen para él; e mandó, so pena de muerte, que ninguno les avisase de lo pasado.

Los chancas, como vieron el mandado del Inga, vinieron luego al Cuzco y, como llegaron, el Inga les habló con gran disimulación, amorosamente, encubriendo la maldad que se usó con el capitán Anco Allo y daba por sus palabras muestra de haberle de ello pesado. Los chancas, como lo entendieron, no dejaron de sentir el afrenta, mas viendo cuán poca era para satisfacerse, pasaron por ello pidiendo licencia a Inga Yupangue para volver a su provincia, y siéndoles concedida, se partieron dando privilegio al señor principal para que se pudiese sentar en el dúho engastonado en oro y otras preeminencias.

Y entendió el Inga en acrecentar el templo de Curicancha con grandes riquezas, como ya está escrito. Y como el Cuzco tuviese por todas partes muchas provincias dio algunas a este templo y mandó poner las postas y que hablasen una lengua todos los súbditos suyos y que fuesen hechos los caminos reales y los mitimaes. Y otras cosas inventó este rey, de quien dicen que entendía mucho de las estrellas y que tenía cuenta con el movimiento del sol; y así tomó él por sobrenombre "Yupangue", que es nombre de cuenta y de mucho entender. Y como se hallase tan poderoso, no embargante que en el Cuzco había grandes edificios y casas reales, mandó hacer tres cercados de muralla excelentísima y digna la obra de memoria; y tal parece hoy día que ninguno la verá que no alabe el edificio y conozca ser grande el ingenio de los maestros que lo inventaron. Cada cercado de éstos tiene más de trescientos pasos: al uno llaman Pucamarca y al otro Hatun Cancha y al tercero Caxana, y es de piedra excelente y puesta tan por nivel que no hay en cosa desproporción, y tan bien asentadas las piedras y tan pegadas que no se divisara la juntura de ellas. Y están tan fuertes y tan enteros los más de estos edificios que, si no los deshacen –como han deshecho otros muchos– vivirán muchas edades.

Dentro de estas cercas o murallas había aposentos como los demás que ellos usaban, donde estaban cantidad de mamaconas y otras muchas mujeres y mancebas de los reyes, e hilaban y tejían de la su tan fina ropa y había mucha piezas de oro y de plata y vasijas de estos metales. Muchas de estas piedras vi yo en algunas de estas cercas y me espanté cómo siendo tan gran-

des estaban tan primamente puestas. Cuando hacían los bailes y fiestas grandes en el Cuzco, era hecha mucha de su chicha por las mujeres dichas y bebíanla. Y como de tantas partes acudiesen al Cuzco, mandó poner veedores para que no saliese sin su licencia ningún oro ni plata de lo que entrase; y pusiéronse gobernadores por las más partes del reino y a todos gobernaba con gran justicia y orden. Y porque en este tiempo mandó hacer la fortaleza del Cuzco diré algo de ella, pues es tan justo.

CAPÍTULO LI

Cómo se fundó la casa real del Sol en un collado que por encima del Cuzco está, a la parte del Norte, que los españoles comúnmente llaman "la fortaleza", y de su admirable edificio y grandeza de piedras que en él se ven

LA CIUDAD del Cuzco está edificada en valle, ladera y collados, como [se] escribe en la Primera Parte de esta historia; y de los mismos edificios salen unas formas de paredes anchas en donde hacen sus sementeras, y por compás salían unas de otras, que parecían cercas de manera que todo estaba [rodeado] de estos andenes; que hacía más fuerte la ciudad, aunque por natura lo es su sitio, y así lo escogieron los señores de ella entre tanta tierra. Y como ya se fuese haciendo poderoso el mando de los reyes e Inga Yupangue tuviese los pensamientos tan grandes, no embargante que tanto por él había sido ilustrado y enriquecido el templo del Sol llamado Curicanche y hubiese hecho otros grandes edificios, determinó de que se hiciese otra casa del Sol que sobrepujase el edificio a lo hecho hasta allí y que en ella se pusiesen todas las cosas que pudiesen haber, así oro como plata, piedras ricas, ropa fina, armas de toda las que ellos usan, munición de guerra, alpargates, rodelas, plumas, cueros de animales, alas de aves, coca, sacas de lana, joyas de mil géneros; en conclusión había de todo aquello de que ellos podían tener noticia. Y esta obra se comenzó tan soberbia que, si hasta hoy durara su monarquía, no estuviera acabada.

Mandóse que viniesen de las provincias que señalaron veinte mil hombres y que los pueblos les enviasen bastimento necesario, y si alguno adoleciese, entrando en su lugar otro, se volviese a su naturaleza, aunque estos

indios no residían siempre en la obra sino tiempo limitado y viniendo otros salían ellos, por donde sentían poco el trabajo. Los cuatro mil de éstos quebrantaban las pedrerías y sacaban las piedras, los seis mil las andaban trayendo con grandes maromas de cuero y de cabuya; los otros estaban abriendo la zanja y haciendo los cimientos, yendo algunos a cortar horcones y vigas para el enmaderamiento. Y para estar a su placer esta gente, hicieron su alojamiento cada parcialidad por sí, junto adonde se había de hacer el edificio. Hoy día parecen las más de las paredes de las casas que tuvieron. Andaban veedores mirando cómo se hacían y maestros grandes y de mucho primor; y así, en un cerro que está a la parte del Norte de la ciudad, en lo más alto de ella, poco más de un tiro de arcabuz, se fabricó esta fuerza que los naturales llamaban "casa del Sol" y los nuestros nombran "la fortaleza".

Cavose en peña viva para el fundamento y armar el cimiento, el cual se hizo tan fuerte que durará mientras hubiere mundo. Ternía, a mi parecer, de largo trescientos y treinta pasos y de ancho doscientos. Tenía muchas cercas tan fuertes que no hay artillería que baste a las romper. La puerta principal era de ver cuán primamente estaba y cuán concertadas las murallas para una no salir del compás de la otra; y en estas cercas se ven piedras tan grandes y soberbias que cansa el juicio considerar cómo se pudieron traer y poner y quién bastó a labrarlas, pues entre ellos se ven tan pocas herramientas. Algunas de estas piedras son anchas como doce pies y más largas que veinte y otras más gruesas que un buey y todas asentadas tan delicadamente que entre una y otra no podrán meter un real. Yo fui a ver este edificio dos veces; la una fue conmigo Tomás Vásquez, conquistador, y la otra Hernando de Guzmán, que se halló en el cerco, y Juan de la Plaza; y creed los que esto leyéredes que no os cuento nada para lo que vi. Y andándolo notando, vi junto a esta fortaleza una piedra que la medí y tenía doscientos y setenta palmos de los míos de redondo y tan alta que parecía que había nacido allí; y todos los indios dicen que se cansó esta piedra en aquel lugar y que no la pudieron mover más, y cierto, si en ella misma no se viese haber sido labrada, yo no creyera, aunque más me lo afirmaran, que fuerzas de hombres bastaran a la poner allí, adonde estará para testimonio de lo que fueron los inventores de obra tan grande, pues los españoles lo han ya des-

baratado y parado tal cual yo no quisiera verlo; culpa grande de los que han gobernado en lo haber permitido y que una cosa tan insigne se hubiese desbaratado y derribado, sin mirar los tiempos y sucesos que pueden venir y que fuera mejor tenerla en pie y con guarda.

Había muchos aposentos en esta fuerza; unos encima de otros pequeños y otros entresuelos, grandes, y hacíanse dos cubos, el uno mayor que el otro, anchos y tan bien sacados, que no sé cómo lo encarecer, según están primos y las piedras tan bien puestas y labradas, y debajo de tierra dicen que hay mayores edificios. Y cuentan otras cosas, que no escribo por no las tener por ciertas. Comenzóse a hacer esta fuerza en tiempo de Inga Yupangue; labró mucho su hijo Topa Inga y Guaynacapa y Guáscar y aunque ahora es cosa de ver, lo era mucho más sin comparación. Cuando los españoles entraron en el Cuzco, sacaron los indios del Quízquiz gran tesoro de ella y los españoles han hallado alguno y se cree que hay a la redonda de ella mayor número que lo uno y lo otro. Lo que de esta fortaleza y de la del Guarco han quedado, sería justo mandar conservar para memoria de la grandeza de esta tierra y aun para tener en ellas tales dos fuerzas, pues a tan poca costa se las hallan hechas. Y con tanto, volveré a la materia.

CAPÍTULO LII

De cómo Inga Yupangue salió del Cuzco hacia el Collao y lo que le sucedió

COMO ESTOS indios no tienen letras, no cuentan sus cosas sino por la memoria que de ellas queda de edad en edad y por sus cantares y quipos, digo esto porque en muchas cosas varían, diciendo unos uno y otros otro, y no bastara juicio humano a escribir lo escrito si no tomara de estos dichos lo que ellos mismos decían ser más cierto para lo contar. Esto apunto para los españoles que están en el Perú que presumen de saber muchos secretos de estos, que entiendan que supe yo y entendí lo que ellos piensan, que saben y entienden y mucho más, y que de todo convino escribirse lo que verán y que pasé el trabajo en ello que ellos mismos saben.

Y así, dicen los orejones que, estando las cosas de Inga Yupangue en este estado, determinó de salir del Cuzco con mucha gente de guerra a lo

que llaman Collao y sus comarcas; y así, dejando su gobernador en la ciudad, salió de ella y anduvo hasta ser llegado al gran pueblo de Ayavire, adonde dicen que no queriendo venir los naturales de él en conformidad, tuvo cautela cómo tomándolos descuidados, mató a todos sus vecinos, hombres y mujeres, haciendo lo mismo de los de Copacopa; y la destrucción de Ayavire fue tanta que todos los más perecieron, que no quedaron sino algunos que después andaban asombrados de ver tan gran maldad y como locos furiosos por las sementeras, llamando a los mayores suyos con grandes aullidos y palabras temerosas. Y como ya el Inga hubiese caído en la invención tan galana y provechosa de poner los mitimaes, como viese las lindas vegas y campañas de Ayavire y el río tan hermoso que por junto a él pasa, mandó que viniese de las comarcas la gente que bastase con sus mujeres a poblarlo; y así fue hecho y se hicieron para él grandes aposentos y templo del Sol y muchos depósitos y casa de fundición, de manera que, poblado de mitimaes, Ayavire quedó más principal que antes; y a los indios que han quedado de las guerras y crueldad de los españoles son todos mitimaes advenedizos y no naturales, por lo que se ha escrito.

Sin esto, cuentan más que, habiendo ido por su mandado ciertos capitanes con gente bastante a dar guerra a lo de Andesuyo, que son los pueblos y comarcas que están en la montaña, topaban unas culebras tan grandes como maderos gruesos, las cuales mataban a todos los que podían, tanto que sin ver otros enemigos, hicieron ellas la guerra de tal arte que volvieron pocos de los muchos que entraron; y que recibió enojo grande el Inga con saber tal nueva. Y estando con su congoja, una hechicera le dijo que ella iría y pararía bobas y mansas las culebras susodichas, de tal suerte que mal a ninguno no hiciesen aunque en ellas mismas se sentasen. Agradeciendo la obra, si conformaba con el dicho, le mandó lo pusiese en ejecución; y lo hizo, al creer de ellos y no al mío, porque me parece burla; y encantadas las culebras, dieron en los enemigos y sujetaron muchos, unos por guerra y otros por ruegos y buenas palabras que con ellos tuvieron.

El Inga salió de Ayavire, dicen que por el camino que llaman Omasuyo, el cual para su persona real fue hecho ancho y como lo vemos; y caminó por los pueblos de Horuro, Asillo, Asángaro, en donde tuvo algunos recuentros [encuentros] con los naturales; mas tales palabras les dijo que con ellas

y con dones que les dio; los atrajo a su amistad y servicio y dende en adelante usaron de la policía que usaban los demás que tenían amistad y alianza con los Ingas e hicieron sus pueblos concertados en lo llano de las vegas.

Pasando adelante Inga Yupangue, cuentan que visitó los más pueblos que confinan con la gran laguna de Titicaca y que con su buena maña los atrajo todos a su servicio, poniéndose en cada pueblo del traje que usaban los naturales, cosa de gran placer para ellos y con que más holgaban. Entró en la gran laguna de Titicaca y miró las islas que en ella se hacen, mandando hacer en la mayor de ellas templo del Sol y palacios para él y sus descendientes; y puesta en su señorío toda la más de la gran comarca del Collao, se volvió a la ciudad del Cuzco con gran triunfo, adonde mandó, luego que en ella entró, hacer grandes fiestas a su usanza y vinieron de las más provincias a le hacer reverencia con grandes presentes y los gobernadores y delegados suyos tenían gran cuidado de cumplir en todo su mandamiento.

CAPÍTULO LIII

De cómo Inga Yupangue salió del Cuzco y de lo que hizo

VOLABA la fama de Inga Yupangue en tanta manera por la tierra que en todas partes se trataba de sus grandes hechos. Muchos, sin ver bandera ni capitán suyo, le vinieron a conocer, ofreciéndoseles por vasallos afirmando con sus dichos que del cielo habían caído sus pasados, pues sabían vivir con tanto concierto y honra. Inga Yupangue, sin perder su gravedad, les respondía mansamente que él no quería hacer agravio a nación ninguna, si no viniesen a le dar la obediencia, pues el Sol lo quería y mandaba. Y como hubiese tornado a hacer llamamiento de gente, salió con toda ella a lo que llaman Condesuyo y sujetó a los yanaguaras y a los chumbivilcas y con algunas provincias de esta comarca de Condesuyo tuvo recias batallas; mas aunque le dieron mucha guerra, su esfuerzo y saber fue tanto que con daño y muerte de muchos le dieron obediencia, tomándolo por señor como hacían los demás. Y dejando puesta en orden la tierra y hechos caciques a los naturales y mandándoles que no hiciesen agravio ni daño a los súbditos suyos, se volvió al Cuzco poniendo primero gobernadores en las partes principales para que impusiesen a los naturales la orden que habían de te-

ner, así para su vivienda como para le servir y para hacer sus pueblos juntos y tener en todo gran concierto sin que ninguno fuese agraviado, aunque fuese de los más pobres.

Pasado esto, cuentan más que reposó pocos días en el Cuzco porque quiso ir en persona a los Andes, adonde había enviado sus adalides y escuchas para que mirasen la tierra y le avisasen del arte que estaban los moradores de ella; y como por su mandado estuviese todo el reino lleno de depósitos con mantenimientos, mandó que proveyesen el camino que él había de llevar de lo necesario. Fue hecho así; y con los capitanes y gente de guerra salió del Cuzco, adonde dejó su gobernador para la administración de la justicia, y atravesando las montañas y sierras nevadas supo de sus corredores lo de adelante y de la grande espesura de las montañas; y aunque hallaban de las culebras tan grandes que se crían en estas espesuras, no hacían daño ninguno y espantábanse de ver cuán fieras y monstruosas eran.

Como los naturales de aquellas comarcas supieron la entrada en su tierra del Inga como ya muchos de ellos por mano de sus capitanes habían sido puestos en su señorío; le vinieron a hacer la mocha trayéndole presentes de muchas plumas de aves y coca y de lo más que tenían en su tierra, y a todos lo agradecía mucho. Los demás indios que habitaban en aquellas montañas, los que quisieron serle vasallos, enviáronle mensajeros, los que no, desampararon sus pueblos y metiéronse con sus mujeres en la espesura de la montaña.

Inga Yupangue tuvo gran noticia que pasadas algunas jornadas, a la parte de Levante había gran tierra y muy poblada. Con esta nueva, codicioso de descubrirla, pasó adelante, mas siendo avisado cómo en el Cuzco había sucedido cierto alboroto, habiendo ya allegado a un pueblo que llaman Marcapata, revolvió con priesa grande al Cuzco, donde estuvo algunos días.

Pasado esto, dicen los indios que, como la provincia de Collao sea tan grande y en ella hubiese en aquellos tiempos número grande gente y señores de los naturales muy poderosos, como supieron que Inga Yupangue había entrado en la montaña de los Andes, creyendo que por allí sería muerto o que vendría desbaratado, concertándose todos a una desde Vilcanota para adelante, a una parte y a otra, con muy gran secreto, de se rebelar

y no estar debajo del señorío de los Ingas, diciendo que era poquedad grande de todos ellos, habiendo sido libres sus padres y no dejándolos en cautiverio, sujetarse tantas tierras y tan grandes a un señor solo. Y como todos aborreciesen el mando que sobre ellos el Inga tenía, sin les haber él hecho molestia ni mal tratamiento, ni hecho tiranías ni demasías, como sus gobernadores y delegados no lo pudieron entender, juntos en Hatuncollao y en Chucuito, adonde se hallaron Cari y Zapana y Umalla y el señor de Azángaro y otros muchos, hicieron su juramento conforme a su ceguedad de llevar adelante su intención y determinación; y para más firmeza, bebieron con un vaso todos ellos juntos y mandaron que se pusiese en un templo entre las cosas sagradas para que fuese testigo de lo que así se ha dicho. Y luego mataron a los gobernadores y delegados que estaban en la provincia y a muchos orejones que estaban entre ellos; y por todo el reino se divulgó la rebelión del Collao y de la muerte que habían dado a los orejones; y con esta nueva intentaron novedades en algunas partes del reino y en muchos lugares se levantaron, lo que estorbó la orden que se tenía de los mitimaes y estar avisados los gobernadores y, sobre todo, el gran valor de Topa Inga Yupangue, que reinó desde este tiempo, como diré.

CAPÍTULO LIV

Cómo hallándose muy viejo Inga Yupangue dejó la gobernación del reino a Topa Inga, su hijo

NO MOSTRÓ en público sentimiento Inga Yupangue en saber la nueva del alzamiento del Collao, antes, con ánimo grande, mandó hacer llamamiento de gente para en persona ir a los castigar, enviando sus mensajeros a los canas y canches para que estuviesen firmes en su amistad, sin los ensoberbecer las mudanza del Collao; y queriendo ponerse a punto para salir del Cuzco, como ya fuese muy viejo y estuviese cansado de las guerras que había hecho y caminos que había andado, sintiose tan pesado y quebrantado que, no teniéndose por bastante para ello ni tampoco para entender en la gobernación de tan gran reino, mandando llamar al gran sacerdote y a los orejones y más principales de la ciudad , les dijo que ya él estaba tan viejo que era más para estarse junto a la lumbre que no para seguir los reales y

que, pues así lo conocían y entendían que decía en todo verdad, que tomasen por Inga a Topa Inga Yupangue, su hijo, mancebo tan esforzado como ellos habían visto en las guerras que había hecho y que él les entregaría la borla para que por todos fuese obedecido por señor y estimado por tal; y que él se daría maña cómo los del Collao fuesen castigados por su alzamiento y muerte que habían hecho a los orejones y delegados que entre ellos quedaron. Respondieron a estas palabras los que por él fueron llamados, que fuese hecho como lo ordenase y en todo mandase lo que fuese servido porque ellos le obedecerían como siempre habían hecho.

CAPÍTULO LV[17]

...[EN] EL COLLAO y en las provincias de los canches y canas le hicieron grandes recibimientos con presentes ricos y le habían hecho, en lo que llaman Cacha, unos palacios al modo de como ellos labran, bien vistosos. Los collas, como supieron que Topa Inga venía contra ellos tan poderoso, buscaron favores de sus vecinos y juntáronse los más de ellos con determinación de le aguardar en el campo a le dar batalla. Cuentan que tuvo de todo esto aviso Topa Inga y como él era clemente, aunque conocía la ventaja que tenía a los enemigos, les envió de los canas, vecinos suyos, mensajeros que les avisasen cómo su deseo no era de con ellos tener enemistad ni castigarlos conforme a lo mal que lo hicieron, cuando sin culpa ninguna mataron a los gobernadores y delegados de su padre, si quisiesen dejar las armas y darle la obediencia, pues para ser bien gobernados y regidos convenía conocer señor y que fuese uno y no muchos.

Con esta embajada envió un orejón con algunos presentes para los

17. En el manuscrito Vaticano faltan aquí dos hojas: la hoja 63 r-v, y la hoja 64 r-v. El texto correspondiente a estas dos hojas faltaba también en las copias utilizadas por González de la Rosa y por Jiménez de la Espada, quienes en sus respecctivas ediciones transcribieron sin solución de continuidad el fragmento de la hoja 65 r. a continuación del capítulo LIV, probablemente incompleto (cfr. hoja 62 v). Aranníbar, acogiendo una sugerencia de Jiménez de la Espada, quien había puesto en evidencia el problema que representaba aquí el texto de Cieza, dio al fragmento correspondiente a la hoja 65 r. una numeración y título propios (Capítulo LV *De cómo salió del Cuzco Tupac Inca y de la victoria que hubo de los Collas*. Cfr. ed. 1967, p. 180. [Nota de Francesca Cantù].

principales de los collas, mas no prestó nada ni quisieron su confederación; antes, la junta que estaba hecha, teniendo por capitanes los señores de los pueblos, se vinieron acercando adonde estaba Topa Inga. Y cuentan todos que en el pueblo llamado Pucara se pusieron en un fuerte que allí hicieron; y que como llegó el Inga, tuvieron su guerra con la grita que suelen y que al fin se dio batalla entre unos y otros, en la cual murieron muchos de entrambas partes y los collas fueron vencidos y presos muchos, así hombres como mujeres; y fuéranlo más si diera lugar a que el alcance se siguiera; el Inga, mas, estorbolo y a Cari, señor de Chucuito, habló ásperamente diciéndole cómo había rompido la paz que puso su abuelo con Viracoche Inga, y que no le quería matar, mas que lo enviaría al Cuzco adonde sería castigado. Y así a éste como a otros de los presos mandó llevar al Cuzco con guardas; y en señal de la victoria que hubo de los collas en el lugar susodicho mandó hacer grandes bultos de piedra y romper por memoria un pedazo de una sierra y hacer otras cosas que hoy día quien fuere por aquel lugar verá y notará como hice yo, que paré dos días por los ver y entender de raíz.

CAPÍTULO LVI

De cómo los collas pidieron paz y cómo el Inga se la otorgó y se volvió al Cuzco

LOS COLLAS que escaparon de la batalla dicen que muy espantados del acaecimiento, se dieron mucha priesa a huir, creyendo que los del Cuzco les iban a las espaldas; y así andaban con este miedo, volviendo de cuando en cuando los rostros a ver lo que ellos no vieron por lo haber estorbado el Inga. Pasado el Desaguadero, se juntaron todos los principales y tomando su consejo unos con otros determinaron de enviar a pedir paz al Inga, con que si los recibía en su servicio pagarían los tributos que debían desde que se alzaron y que para siempre serían leales. A tratar esto fueron los más avisados de ellos, y hallaron a Topa Inga que venía caminando para ellos e oyó la embajada con buen semblante y respondió con palabras de vencedor piadoso, que les pesaba de lo que se había hecho por causa de ellos y que seguramente podían venir a Chucuito, adonde él asentaría con ellos la paz

de tal manera que fuese provechosa para ellos mismos. Y como lo oyeron, lo pusieron por obra.

Mandó proveer de muchos bastimentos y el señor Umalla fue a lo recibir y el Inga le habló bien, así a él como a los demás señores y capitanes; y antes que tratasen de la paz, cuentan que se hicieron grandes bailes y borracheras y que, acabados, estando todos juntos, les dijo que no quería que se pusiesen en necesidad en le pagar los tributos que le eran debidos pues era suma grande, mas que, pues sin razón ni causa se habían levantado, que él había de poner guarniciones ordinarias con gente de guerra, que proveyesen de bastimento y mujeres a los soldados. Dijeron que lo harían, y luego mandó que de otras tierras viniesen mitimaes para ello, con la orden que está dicha; y asimismo entresacó mucha gente del Collao, poniéndolos de unos pueblos en otros, y entre ellos quedaron gobernadores y delegados para coger los tributos. Esto hecho, dijo que habían de pasar por una ley que quería hacer para que siempre se supiese lo que por ellos había sido hecho y era que no pudiesen jamás entrar en el Cuzco sino tantos mil hombres de toda su provincia e mujeres so pena de muerte si más osasen entrar de los dichos. De esto recibieron pena, mas concediéronlo como lo demás; y es cierto que si había collas en el Cuzco no osaban entrar otros si el número estaba cumplido, hasta que salían; y si lo querían hacer, no podían, porque los portazgueros[18] y cogedores de tributos y guardas que había para mirar lo que entraba y salía de la ciudad no lo permitían ni consentían; y entre ellos no se usaba cohecho para por ello hacer su voluntad, ni tampoco jamás se les decía a sus reyes mentira en cosa ninguna ni descubrieron su secreto, cosa de alabanza grande.

Asentada la provincia del Collao y puesta en orden y habládoles lo que habían de hacer los señores de ella, el Inga dio la vuelta al Cuzco enviando primero sus mensajeros a lo de Condesuyo y a los Andes a que particularmente le avisasen lo que pasaba, y si sus gobernadores hacían algunos agravios e si los naturales andaban en algunos alborotos. Y acompañado de

18. *Portazguero*: cobrador de tributos (Covarrubias).
Encargado de cobrar el portazgo. *Portazgo*. (De *portadgo*). Derechos que se pagan por pasar por un sitio determinado de un camino. (*DRAE*).

mucha gente y principal volvió al Cuzco, donde fue recibido con mucha honra y se hicieron grandes sacrificios en el templo del Sol y los que entendían en la labor del gran edificio de la casa fuerte que había mandado edificar Inga Yupangue; y la Coya, su mujer y hermana, llamada Mama Ollo, hizo por sí grandes fiestas y bailes. Y como Topa Inga tuviese voluntad de salir por el camino de Chinchasuyo a sojuzgar las provincias que están más adelante de Tarama y Bombón, mandó hacer gran llamamiento de gente por todas las provincias.

CAPÍTULO LVII

De cómo Topa Inga Yupangue salió del Cuzco y cómo sojuzgó toda la tierra que hay hasta el Quito y de sus grandes hechos

ESTA CONQUISTA de Quito que hizo Topa Inga bien pudiera yo ser más largo; pero tengo tanto que escribir en otras cosas que no puedo ocuparme en tanto ni quiero contar sino sumariamente lo que hizo, pues para entenderlo bastará [lo] divulgado por la tierra. La salida que el rey quería hacer de la ciudad del Cuzco, sin saber a qué parte ni adónde había de ser la guerra, porque esto no se decía sino a los consejeros, juntáronse más de doscientos mil hombres de guerra con tan gran bagaje y repuesto que henchían los campos; y por las postas fue mandado a los gobernadores de las provincias que de todas las comarcas se trajesen los bastimentos y municiones y armas al camino real de Chinchasuyo, el cual se iba haciendo no desviado del que su padre mandó hacer, ni tan allegado que pudiesen hacerlo todo uno. Este camino fue grande y soberbio, hecho por la orden e industria que se ha escrito, y por todas partes había proveimiento para toda la multitud de gente que iba en sus reales, sin que nada faltase, y con la haber, ninguno de los suyos era osado de coger tan solamente una mazorca de maíz del campo y si lo cogía no le costaba menos que la vida. Los naturales llevaban las cargas y hacían otros servicios personales, mas creed que cierto se tiene que no los llevaban más de hasta el lugar limitado; y como lo hacían con voluntad y les guardaban tanta verdad y justicia no sentían el trabajo.

Dejando en el Cuzco gente de guarnición con los mitimaes y gobernador escogido entre los más fieles amigos suyos, salió de él llevando por su

capitán general e consejero mayor a Capa Yupangue, su tío, no el que dio la guerra a los de Xauxa, porque éste dicen que se ahorcó por cierto enojo. Y como salió del Cuzco, anduvo hasta llegar a Vilcas, adonde estuvo algunos días holgándose de ver el templo y aposentos que allí se habían hecho y mandó que siempre estuviesen plateros labrando vasos y otras piezas y joyas para el templo y para su casa real de Vilcas.

Fue a Xauxa, adonde los guancas le hicieron solemne recibimiento y envió por todas partes mensajeros haciendo saber cómo él quería ganar el amistad de todos ellos sin les hacer enojo ni darles guerra; por tanto, que pues oían que los Ingas del Cuzco no hacían tiranías ni demasías a los que tenían por confederados y vasallos y que, en pago del trabajo y homenaje que les daban, recibían de ellos mucho bien, que le enviasen sus mensajeros para asentar la paz con él. En Bombón súpose con la gran potencia que el Inga venía y como tuviesen entendido grandes cosas de su clemencia le fueron hacer reverencia; y los yauyos hicieron lo mismo y los de Tarama y otros muchos, a los cuales recibió bien dándoles a unos mujeres y a otros coca y a otros mantas y camisetas y poniéndose del traje que tenía la provincia donde él estaba, que fue por donde ellos recibían más contento.

Entre las provincias que hay entre Xauxa y Caxamalca cuentan que tuvo algunas guerras y pendencias y que mandó hacer grandes albarradas y fuertes para defenderse de los naturales y que con su buena maña sin mucho derramamiento de sangre, los sojuzgó y lo mismo lo de Caxamalca; y por todas partes dejaba gobernadores y delegados y postas puestas para tener aviso y no salía de ninguna provincia grande sin primero mandar hacer aposentos e templo del Sol y poner mitimaes. Cuentan, sin esto, que entró por lo de Guánuco y que mandó hacer el palacio tan primo que hoy vemos hecho; y que yendo a los Chachapoyas le dieron tanta guerra que aína de todo punto los desbarataran, mas tales palabras les supo decir que ellos mismos se le ofrecieron. En Caxamalca dejó de la gente de Cuzco mucha para que impusiesen a los naturales en cómo se habían de vestir y el tributo que le habían de dar y sobre todo cómo habían de adorar y reverenciar por dios al Sol.

Por todas las más de las partes le llamaban padre; y tenía gran cuidado en mandar que ninguno hiciese daño en las tierras por donde pasaba ni

fuerzas [a] ningún hombre ni mujer, el que lo hacía, luego por su mandado le daban pena de muerte. Procuraba con los que sojuzgaba que hiciesen sus pueblos juntos y ordenados y que no se diesen guerra unos [a] otros ni se comiesen ni cometiesen otros pecados reprobados en ley natural.

Por los Bracamoros entró e volvió huyendo porque es mala tierra aquella de montaña; en los Paltas y en Guancabamba, Caxas, Ayabaca y sus comarcas tuvo gran trabajo en sojuzgar aquellas naciones porque son belicosas y robustas y tuvo guerra con ellos más de cinco lunas; mas al fin ellos pidieron la paz y se les dio con las condiciones que a los demás. Y la paz se asentaba hoy y mañana estaba la provincia llena de mitimaes y con gobernador, sin quitar el señorío a los naturales; y se hacían depósitos y ponían en ellos mantenimientos y lo que más se mandaba poner; y se hacía el real camino con las postas que había de haber en todo él.

De estas tierras anduvo Topa Inga Yupangue hasta ser llegado a los Cañares, con quien también tuvo sus porfías y pendencias y siendo de ellos lo que de los otros, quedaron por sus vasallos y mandó que fuesen de ellos mismos al Cuzco a estar en la misma ciudad más de quince mil hombres con sus mujeres y el señor principal de ellos para los tener por rehenes; y fue hecho como lo mandó. Algunos quieren decir que esta pasada de los Cañares al Cuzco fue en tiempo de Guaynacapa. Y en lo de Tomebamba mandó hacer grandes edificios y muy lastresos [*sic*: ¿lustrosos?]; en la Primera Parte traté cómo estaban estos aposentos y lo mucho que fueron. De este lugar envió diversas embajadas a muchas tierras de aquellas comarcas, para que le quisiesen venir a ver y muchos, sin guerra, se ofrecieron a su servicio; y [a] los que no, enviando capitanes y gente les hicieron por fuerza hacer lo que otros hacían de su voluntad.

Puesta en orden la tierra de los cañares, fue por Ticicambe y Cayambe, los Puruaes y otras muchas partes, adonde cuentan de él tantas cosas que hizo que es de no creer, y el saber que tuvo para hacerse monarca de tan grandes reinos. En Latacunga tuvo recia guerra con los naturales y asentó paz con ellos después de que se vieron quebrantados; y mandó hacer tantos y tan insignes edificios por estas partes que excedían en perfección a los más del Cuzco. Y en Latacunga quiso estar algunos días para que sus gentes descansasen, y veníale casi cada día mensajero del Cuzco del estado en

que estaba lo de allá; y de otras partes siempre venían correos con avisos y cosas grandes que se ordenaban en el regimiento de las tierras por sus gobernadores. Y vino nueva de cierto alboroto que había en el Cuzco entre los mismos orejones y causó alguna turbación, recelándose de novedades; mas, seguido, [vino] otra nueva cómo estaba llano y asentado y se había hecho por el gobernador de la ciudad castigo grande en lo que habían causado el alboroto.

De Latacunga anduvo hasta llegar a lo que decimos Quito, donde está fundada la ciudad de San Francisco del Quito; y pareciéndole bien aquella tierra y que era tan buena como el Cuzco, hizo allí fundación de la población que hubo, a quien llamó Quito y poblóla de mitimaes e hizo hacer grandes casas y edificios y depósitos diciendo: "El Cuzco ha de ser por una parte cabeza y amparo de mi gran reino; y por otra lo ha de ser el Quito". Dio poder grande al gobernador de Quito y por toda la comarca del Quito puso gobernadores suyos y delegados; mandó que en Carangue hubiese guarnición de gente ordinaria para paz y guerra y de otras tierras puso gente en éstas, y de éstas mandó sacar para llevar en las otras. En todas partes adoraban al Sol y tomaban las costumbres de los Ingas tanto que parecía que habían nacido todos en el Cuzco; y queríanle y amábanle tanto, que le llamaban "padre de todos, buen señor, justo y justiciero". En la provincia de los Cañares afirman que nació Guaynacapa, su hijo, y que se hicieron grandes fiestas. Todos los naturales de las provincias que había señoreado el gran Topa Inga con su buena industria que les dio, ordenaron sus pueblos en partes dispuestas y hacían en los caminos reales aposentos. Entendían en aprender la lengua general del Cuzco y en saber las leyes que habían de guardar; los edificios hacíanlos maestros que venían del Cuzco e imponían a los otros en ello. Y así se hacían las demás cosas que por el rey eran mandadas.

CAPÍTULO LVIII

De cómo el rey Topa Inga envió a saber desde Quito cómo se cumplía su mandamiento y cómo, dejando en orden aquella comarca, salió para ir por los valles de los yungas

COMO TOPA Inga Yupangue hubiese señoreado la tierra hasta el Quito, según se ha dicho, estando él en la misma población del Quito entendiendo que se cumpliesen y ordenasen las cosas por él mandadas, de donde mandó a los que entre los suyos tenía por más cuerdos que en hamacas fuesen llevados por los naturales y, unos por una parte y otros por otra, que mirasen y entendiesen en la orden que estaban las nuevas provincias que se hacían y que tomasen cuenta a los gobernadores y cogedores de tributos y que mirasen cómo se habían con los naturales. A las provincias que llamamos de Puerto Viejo envió de sus orejones algunos de ellos para que les hablasen y quisiesen tener confederación, como los demás hacían y que los impusiesen en cómo habían de sembrar y vestir y servir y reverenciar al Sol y hacerles entender su buena orden de vivir y policía. Cuentan que estos fueron muertos en pago del bien que iban a hacer y que Topa Inga envió ciertos capitanes con gente a castigarlos; como lo supieron, se juntaron tantos de los bárbaros que mataron y vencieron a los que fueron; de que mostró sentimiento el Inga, mas por tener negocios grandes entre las manos y convenir su persona volver al Cuzco, no fue él propio a darles castigo por lo que habían hecho.

En Quito tuvo nueva de cuán bien se hacía lo que por él había sido mandado y cuánto cuidado tenían los delegados suyos de imponer aquellas gentes en su servicio y cuán bien los trataban ellos, [y] cómo estaban alegres y hacían lo que les era mandado. Y de muchos señores de la tierra le venían cada día embajadores y le traían grandes presentes y su Corte estaba llena de principales y sus palacios de vasijas y vasos de oro y plata y otras grandes riquezas. Por la mañana comía y desde mediodía hasta ser algo tarde oía en público, acompañado de su guardia, a quien le querían hablar. Luego gastaba el tiempo en beber hasta ser noche, que tornaba a cenar con lumbre de leña, porque ellos no usaron cebo ni cera aunque tenían harto de lo uno y de lo otro.

En Quito dejó por su capitán general y mayordomo mayor a un orejón anciano, quien todos cuentan que era muy entendido y esforzado y de gentil presencia, a quien llamaban Chalcomayta; y le dio licencia para que pudiese andar en andas y servirse con oro y otras libertades que él tuvo en mucho. Mandóle sobre todas cosas que cada luna le hiciese mensajero que le llevase aviso particularmente de todas las cosas que pasasen y del estado de la tierra y de la fertilidad de ella y del crecimiento de los ganados, con más lo que ordinariamente todos avisaban, que eran los pobres que habían, los que eran muertos en un año y los que nacían y lo que se ha escrito en lo de atrás, que sin esto sabían los reyes en el mismo Cuzco; y con haber tan gran camino desde Quito al Cuzco, que es más que ir de Sevilla a Roma, con mucho, era tan usado el camino como lo es de Sevilla a Triana, que no lo puedo más encarecer.

Días había que el gran Topa Inga tenía aviso de la fertilidad de los llanos y de los hermosos valles que en ellos había y cuánto se estimaban los señores de ellos; y determinó de les enviar mensajeros con dones y presentes para los principales, rogándoles que le tuviesen por amigo y compañero porque él quería ser igual suyo en el traje cuando pasase por los valles y no darles guerra si ellos quisiesen paz y que daría a ellos de sus mujeres y ropas y él tomaría de las suyas y otras cosas de éstas. Y por toda la costa había volado ya la nueva de lo mucho que había señoreado Topa Inga Yupangue y cómo no era cruel ni sanguinario, ni hacía daño sino a los cavilosos y que querían oponerse contra él; y loaban las costumbres y religión de los del Cuzco. Tenían a los orejones por hombres santos, creían que los Ingas eran hijos del Sol o que en ellos había alguna deidad. Y considerando estas cosas y otras, determinaron muchos, sin haber visto sus banderas, de tomar con él amistad y así se lo enviaron a decir con sus propios embajadores, con los cuales enviaron muchos presentes al mismo rey y le rogaban quisiese venir por sus valles a ser de ellos servido y a holgarse de ver sus frescuras y alabando el Inga tal voluntad, hablando de nuevo al gobernador de Quito lo que había de hacer, salió de aquella ciudad para señorear los yungas.

CAPÍTULO LIX

De cómo Topa Inga Yupangue anduvo por los llanos y cómo todos los más de los yungas vinieron a su señorío

COMO EL REY Topa Inga determinase de ir a los valles de los llanos para atraer a su servicio y obediencia los moradores de ellos, abajó a lo de Túmbez y fue honradamente recibido por los naturales, a quienes Topa Inga mostró mucho amor, y luego se puso del traje que ellos usaban para más contentarles y alabó a los principales el querer sin guerra tomarle por señor y prometió de los tener y estimar como a hijos propios suyos. Ellos, contentos con oír sus buenas palabras y manera con que se trataba, dieron la obediencia con estas condiciones y permitieron quedar entre ellos gobernadores y hacer edificios; puesto que, sin esto que algunos indios afirman, tienen otros que Topa Inga pasó de largo sin dejar mucho asiento en aquellas tierras, hasta que Guaynacapa reinó, mas si hemos de mirar estos dichos de los indios nunca concluiremos nada.

Saliendo de aquel valle caminó el rey Inga por lo más de la costa, yendo haciendo el camino real tan grande y hermoso como hoy parece lo que de él ha quedado; y por todas partes era servido y salían con presentes a le servir, aunque, en algunos lugares afirman que le dieron guerra, pero no fue parte para quedar sin ser vasallos suyos. En estos valles se estaba algunos días bebiendo y dándose a placeres, holgándose de ver sus frescuras. Hiciéronse por su mandado grandes edificios de casas y templos. En el valle de Chimo dicen que tuvo recia guerra con el señor de aquel valle, y que teniendo su batalla estuvo en poco quedar el Inga desbaratado de todo punto; mas, prevaleciendo los suyos, ganaron el campo y vencieron a los enemigos, a los cuales Topa Inga con su clemencia perdonó, mandándoles a los que vivos quedaron [que] en sembrar sus tierras entendiesen y no tomasen otra vez las armas para él ni para otros. Quedó en Chimo su delegado y los más de estos valles iban con los tributos a Caxamalca y, porque son hábiles para labrar metales, muchos de ellos fueron llevados al Cuzco y a las cabeceras de las provincias, donde labraban plata y oro en joyas, vasijas y vasos y lo que más mandado les era. De Chimo pasó adelante el Inga y en

Parmonguilla [Paramonguilla] mandó hacer una fortaleza, que hoy vemos, aunque muy gastada y desbaratada.

Estos yungas son muy regalados y los señores viciosos y amigos de regocijos, andaban a hombros de sus vasallos, tenían muchas mujeres, eran ricos de oro y plata y piedras y ropa y ganado. En aquellos tiempos servíanse con pompa; delante de ellos iban truhanes y decidores, en sus casas tenían porteros, usaban de muchas religiones. De ellos de voluntad se ofrecieron al Inga, otros se pusieron en armas contra él; más, al fin, él quedó por soberano señor de ellos todos y monarca. No les quitó sus libertades ni costumbres viejas, con que usasen de las suyas, que de fuerza o de grado se habían de guardar. Quedaron indios diestros que les impusieron en lo que el rey quería que supiesen y en aprender la lengua general tuvieron cuidado grande. Pusiéronse mitimaes y, por los caminos, postas; cada valle tributaba moderadamente lo que dar tributo podía que en su tierra –sin lo ir a buscar a la ajena– hubiese; a ellos guardábaseles justicia, más cumplían lo que prometían; cuando no, el daño era suyo y el Inga cobraba enteramente sus rentas. Del señorío no se tiró a señor natural ninguno, pero sacáronse de los hombres de los valles muchos, poniendo de los unos en los otros y para llevar a otras partes para los oficios que dicho se han.

Diose el Inga a andar por los demás valles con la mejor orden que podía, sin consentir que daño ninguno fuese hecho en los pueblos ni en los campos de las tierras por do pasaban; y los naturales tenían mucho bastimento en los depósitos y aposentos que por los caminos estaban hechos. Y con esta orden el Inga anduvo hasta que llegó al valle de Pachacama, donde estaba el templo tan antiguo y devoto de los yungas, muy deseado de ver por él. Y como llegó a aquel valle, afirman que quisiera que solamente hubiera en él templo del Sol, mas como aquél era tan honrado y tenido por los naturales no se atrevió y contentóse con que se hiciese casa del Sol grande y con mamaconas y sacerdotes para que hiciesen sacrificios conforme a su religión. Muchos indios dicen que el mismo Inga habló con el demonio que estaba en el ídolo de Pachacama y que le oyó cómo era el Hacedor del mundo y otros desatinos que no pongo por no convenir; y que el Inga le suplicó le avisase con qué servicio sería más honrado y alegre y que respondió que le sacrificasen mucha sangre humana y de ovejas.

Pasado lo que sobre esto cuentan, dicen que fueron hechos grandes sacrificios en Pachacama por Topa Inga Yupangue y grandes fiestas, las cuales pasadas dio la vuelta al Cuzco por un camino que se le hizo, que va a salir del valle de Xauxa, que atraviesa por la nevada sierra de Pariacaca, que es no poco de ver y notar su grandeza; escaleras tiene, y hoy día se ven por entre aquellas nieves para lo que poder pasar. Y visitando las provincias de la serranía y proveyendo y ordenando lo que más convenía para la buena gobernación allegó al Cuzco, adonde fue recibido con grandes fiestas y bailes y se hicieron en el templo grandes sacrificios por sus victorias.

CAPÍTULO LX

De cómo Topa Inga tornó a salir del Cuzco y de la recia guerra que tuvo con los del Guarco y cómo después de los haber vencido, dio la vuelta al Cuzco

LA PROVINCIA de Chincha fue en lo pasado gran cosa en este reino del Perú muy pobladas de gente, tanto que antes de este tiempo habían con sus capitanes salido y allegado al Collao; de donde con grandes despojos que hubieron, dieron la vuelta a su provincia, donde estuvieron y fueron siempre estimados de los comarcanos y temidos. El Inga padre de Topa Inga se dice que envió desde los Soras un capitán con gente de guerra llamado Capa Inga, a que procurase atraer a los de Chincha al señorío suyo; mas aunque fue y lo procuró, fue poca parte porque se pusieron en armas y de tal manera se querían defender que el orejón, lo mejor que pudo, se volvió, y estuvieron sin ver capitán del Inga ninguno hasta que Topa Inga los sojuzgó, a lo que ellos mismos cuentan, porque yo no sé esto más de lo que aquéllos dicen.

Volviendo al propósito, como Topa Inga hubiese llegado al Cuzco, como se ha escrito, después de se haber holgado y dádose a sus pasatiempos los días que le pareció, mandó de nuevo hacer llamamiento de gente con intento de acabar de señorear los indios de los llanos. Su mandado se cumplió y prestamente parecieron en el Cuzco los capitanes de las provincias con la gente de guerra que habían de traer, y después de puesto en orden lo de la ciudad y lo que más el rey había de proveer, salió del Cuzco y

abajó a los llanos por el camino de Guaytará. Y sabían de su ida y muchos le aguardaban con intención de le tomar por señor y muchos con voluntad de le dar guerra y procurar de se conservar en la libertad que tenían. En los valles de la Nazca había copia de gente y apercibidos de guerra.

Llegado Topa Inga, hubo embajadas y pláticas entre unos y otros y, aunque hubo algunas porfías y guerrilla, se contentaron con lo que el Inga de ellos quiso, permitiendo que se hiciese casas fuertes y que hubiesen mitimaes y pagar lo que de tributo les pusieron. De aquí fue el Inga al valle de Ica, adonde halló resistencia más que en lo de Nazca; mas su prudencia bastó a hacer sin guerra, de los enemigos amigos y se allanaron como los pasados. En Chincha estaban aguardando si el Inga iba a su valle, puesto más de treinta mil hombres a punto de guerra y esperaban favores de los vecinos. Topa Inga, como lo supo, les envió mensajeros con grandes presentes para los señores y para los capitanes y principales diciendo a los embajadores que de su parte les hiciesen grandes ofrecimiento y que él no quería guerra con ellos sino paz y hermandad y otras cosas de esta suerte. Los de Chincha oyeron lo que el Inga decía y recibiéronle sus presentes y fueron para él algunos principales con lo que había en el valle y hablaron con él y trataron el amistad de tal manera que se asentó la paz y los de Chincha dejaron las armas y recibieron a Topa Inga, que luego movió para Chincha. Esto cuentan los mismos indios de Chincha y los orejones del Cuzco; a otros indios de otras provincias he oído que lo cuentan de otra manera, porque dicen que hubo grande guerra, mas yo creo que sin ella quedó por señor de Chincha.

Llegado el Inga a aquel valle, como tan grande y hermoso lo vio, se alegró mucho. Loaba las costumbres de los naturales y con palabras amorosas les rogaba que tomasen de las del Cuzco las que viesen que les cuadraban a ellos, le contentaron y obedecieron en todo. Y dado asiento en lo que se había de hacer, partió para Ica de donde fue a lo que llaman del Guarco, porque supo que estaban aguardándole de guerra; y así era la verdad, porque los naturales de aquellos valles, teniendo en poco a sus vecinos porque así se habían amilanado y, sin ver por qué, dado la posesión de sus tierras a rey extraño, y con mucho ánimo se juntaron, habiendo hecho sus fuertes y pucaras en la parte perteneciente para ello, cerca de la mar, en donde pu-

sieron sus mujeres, hijos y haciendas. El Inga con su gente en orden allegó adonde estaban los enemigos y les envió muchas embajadas con grandes partidos y algunas veces con amenazas y fieros; mas no quisieron pasar por la ley de sus comarcanos que era reconocer a extranjeros, y entre unos y otros, al uso de estas partes, se trabó la guerra y pasaron grandes cosas entre ellos. Y como viniese el verano e hiciese grandes calores, adoleció la gente del Inga que fue causa que le convino retirar; y así, con la más cordura que pudo, lo hizo. Y los del Guarco salieron por su valle y cogieron sus mantenimientos y comidas y tornaron a sembrar los campos y hacían armas y aparejábanse para si del Cuzco viniesen contra ellos, que los hallasen apercibidos.

Topa Inga revolvió sobre el Cuzco; y como los hombres de acá sean de tan poca constancia, como vieron que los del Guarco se quedaron con lo que intentaron, comenzó [a] haber novedades entre algunos de ellos y se rebelaron algunos y apartaron del servicio del Inga. Estos eran naturales de los valles de la misma costa. Todo fue a oído del rey y lo que quedaba de aquel verano entendió en hacer llamamiento de gente y en mandar salir orejones para que fuesen por todas partes del reino a visitar las provincias y determinó de ganar el señorío del Guarco, aunque sobre ellos se le recreciese notorio daño. Y como viniese el otoño y fuese pasado el calor del estío, con la más gente que pudo juntar abajó a los llanos y envió sus embajadas a los valles de ellos, afeándoles su poca firmeza en presumir de se levantar contra él y amonestolos que estuviesen firmes en su amistad; donde no, certificoles que la guerra les haría crueldad. Y como llegase al principio del valle del Guarco, en las faldas de una sierra de aquellos secadales mandó a sus gentes fundar una ciudad a la cual puso por nombre Cuzco, como a su principal asiento, y las calles y collados y plazas tuvieron el nombre que las verdaderas. Dijo que hasta que el Guarco fuese ganado y los naturales sujetos suyos, había de permanecer la nueva población y que en ella siempre había de haber gente de guarnición. Y luego que se hubo hecho lo que en aquello se ordenó, movió con su gente adonde estaban los enemigos y los cercó, y tan firmes estuvieron en su propósito que jamás querían venir a partido ninguno y tuviéronse guerra, que fue tan larga que dicen que duró tres años, los veranos de los cuales el Inga se iba al Cuzco,

dejando gente de guarnición en el nuevo Cuzco que había hecho, para que siempre estuviese contra los enemigos.

Y así los unos por ser señores y los otros por no ser siervos procuraban de salir con su intención; pero al fin, a cabo de los tres años, los del Guarco fueron enflaqueciendo y el Inga, que lo conoció les envió de nuevo embajadores que les dijesen que fuesen todos amigos y compañeros, que él no quería sino casar sus hijos con sus hijas y, por el consiguiente, sostener en todo confederación con igualdad y otras cosas dichas con engaño, pareciéndole a Topa Inga que merecían gran pena por le haber dado tanto trabajo. Y los del Guarco, pareciéndoles que ya no podrían sustentarse muchos días y que con las condiciones dichas por el Inga sería mejor gozar de tranquilidad y sosiego, coincidieron en lo que el rey Inga quería; que no debieran, porque dejando el fuerte fueron los más principales a le hacer reverencia y, sin más pensar, mandó a sus gentes que los matasen a todos y ellos con gran crueldad lo pusieron por obra y mataron a todos los principales y hombres más honrados de ellos que allá estaban y en los que no lo eran también se ejecutó la sentencia. Y mataron tantos como hoy día lamentan los descendientes de ellos y los grandes montones de huesos que hay son testigos de que creamos lo que sobre esto se cuenta que es lo que veis escrito.

Hecho esto, mandó hacer el rey Inga una agraciada fortaleza tal y de la manera que yo conté en la Primera Parte. Asentado el valle y puestos mitimaes y gobernador, habiendo oído las embajadas que le vinieron de los yungas y de muchos serranos, mandó arruinar el nuevo Cuzco que se había hecho y con toda su gente dio la vuelta para la ciudad del Cuzco, donde fue recibido con gran alegría y se hicieron grandes sacrificios con alabanza suya en el templo y oráculos; e por el consiguiente, se alegró el pueblo con fiestas y borracheras y taquis solemnes.

CAPÍTULO LXI

De cómo Topa Inga tornó a salir del Cuzco y cómo fue al Collao y de allí a Chile y ganó y señoreó las naciones que hay en aquellas tierras y de su muerte

COMO TOPA Inga hubiese llegado al Cuzco con tan grandes victorias como se ha escrito, estuvo algunos días holgándose en sus banquetes y borracheras con sus mujeres y mancebas, que eran muchas, y con sus hijos, entre los cuales se criaba Guaynacapa, el que había de ser rey y salía muy esforzado y brioso. Pasadas las fiestas, el gran Topa Inga determinó de dar vista al Collao y señorear la tierra que más pudiese de adelante; y para hacerlo, mandó que se apercibiesen en todas partes gentes y se hiciesen muchos toldos para dormir en los lugares desiertos. Y comenzaron a venir con sus capitanes y alojábanse a la redonda del Cuzco, sin entrar en la ciudad otros que los que la ley no prohibía, y a los unos y a los otros proveían cumplidamente de todo lo necesario, teniendo en ello cuenta grande los gobernadores y proveedores de la misma ciudad. Y como se hubiesen juntado todos los que habían de ir a la guerra, se hicieron sacrificios a sus dioses conforme a su ceguedad, pidiendo a los adivinos que supiesen de los oráculos el fin de la guerra. Y hecho un convite general y muy espléndido, salió del Cuzco Topa Inga, dejando en la ciudad su lugarteniente y a su hijo mayor Guaynacapa; y con gran repuesto y majestad caminó por lo de Collasuyo, visitando sus guarniciones y tambos reales y holgose por los pueblos de los Canas y Canches.

Entrando en lo del Collao anduvo hasta Chucuito, donde los señores de la tierra se juntaron a le hacer fiesta; y había con su buena orden todo recaudo y abasto de mantenimiento sin que faltase a más de trescientas mil personas que iban en sus reales. Algunos señores del Collao se ofrecieron de ir por sus personas con el mismo Inga, y con los que señaló entró en el palude de Titicaca y loó a los que entendían en las obras de los edificios que su padre mandó hacer cuán bien lo habían hecho. En el templo hizo grandes sacrificios y dio al ídolo y sacerdotes dones ricos, conforme a tan gran señor como él era. Volvió a su gente y caminó por toda la provincia del Collao hasta salir de ella; envió sus mensajeros a todas las naciones de los

charcas, carangues y más gentes que hay en aquellas tierras. De ellas, unos le acudían a servir y otros a le dar guerra; mas aunque se la dieron, su potencia era tanta que bastó a los sojuzgar, usando con los vencidos de gran clemencia y con los que se le venían de mucho amor. En Paria mandó hacer edificios grandes y lo mismo en otras partes. Y cierto debieron pasar a Topa Inga cosas grandes, muchas de las cuales priva el olvido por la falta que tienen de letras, e yo pongo sumariamente algo de lo mucho que sabemos, por lo que oímos y vemos los que acá estamos, que pasó.

Yendo victorioso adelante de los Charcas, atravesó muchas tierras y provincias y grandes despoblados de nieve hasta que llegó a lo que llamamos Chile y señoreó y conquistó todas aquellas tierras; envió capitanes a saber lo de adelante, los cuales dicen que llegaron al río de Maule. En lo de Chile hizo algunos edificios y tributáronle de aquellas comarcas mucho oro en tejuelos. Dejó gobernadores y mitimaes; y puesta en orden lo que había ganado, volvió al Cuzco.

Hacia la parte de Levante envió orejones avisados en hábito de mercaderes para que mirasen las tierras que hubiese y qué gentes las mandaban; y ordenadas otras cosas volvió al Cuzco, de donde afirman que tornó a salir a cabo de algunos días. Y con la gente que convino llevar entró en los Andes y pasó gran trabajo por la espesura de la montaña y conquistó algunos pueblos de aquella región y mandó sembrar muchas sementeras de coca y que la llevasen al Cuzco, donde él dio la vuelta.

Y dicen que pasados pocos días, le dio cierto mal que le causó la muerte y que, encomendando a su hijo la gobernación del reino y a sus mujeres e hijos y diciendo otras cosas, murió. Y se hicieron tan grandes lloros y tan notables sentimientos desde Quito hasta Chile, que extraña cosa de oír a los indios lo que sobre ello cuentan.

Adónde ni en qué lugar está enterrado no lo dicen. Cuentan que se mataron gran número de mujeres y servidores y pajes para meter con él, con tanto tesoro y pedrería que debió de montar más de un millón; y sería poco, pues los señores particulares se enterraban algunos con más de cien mil castellanos. Sin la gente tanta que metieron en su sepultura, se ahorcaron y enterraron muchas mujeres y hombres en partes diversas del reino y en todas partes se hicieron lloros por un año entero y se tresquilaron las más

de las mujeres poniéndose todas sogas de esparto; y acabado el año, se vinieron a hacer sus honras. Y lo que dicen que usaban hacer no lo quiero poner, porque son gentilidades y los cristianos que estaban en el Cuzco el año de mil y quinientos y cincuenta acuérdense de lo que vieron que se hizo por las honras y cabo de año de Paulo Inga, con se haber vuelto cristiano, y sacarán las que se harían en el tiempo del reinado de los reyes pasados, antes que perdiesen su señorío.

CAPÍTULO LXII

De cómo reinó en el Cuzco Guaynacapa, que fue el doceno rey Inga

MUERTO que fue el gran rey Topa Inga Yupangue, se entendió en hacer sus obsequias y entierro al uso de sus mayores, con gran pompa. Y cuentan los orejones que de secreto tramaban entre algunos de cobrar la libertad pasada y eximir de sí el mando de los Ingas, y que de hecho salieran con lo que intentaban si no fuera por la buena maña que se dieron los gobernadores del Inga con la gente de los mitimaes y capitanes, que pudieron sustentar en tiempo tan revuelto y que no tenía rey lo que el pasado les había encargado. Guaynacapa no se descuidó ni dejó de conocer que le convenía mostrar valor para no perder lo que su padre con tanto trabajo ganó. Luego se entró a hacer el ayuno y el que gobernaba la ciudad le fue fiel y leal. No dejó de haber alguna turbación entre los mismos Ingas, porque algunos hijos de Topa Inga, habidos en otras mujeres que la Coya, quisieron oponerse a pretender la dignidad real; mas el pueblo, que bien estaba con Guaynacapa, no lo consintió, ni estorbó el castigo que se hizo. Acabado el ayuno, Guaynacapa salió con la borla muy galano y aderezado e hizo las ceremonias usadas por sus pasados con el fin de las cuales el nombre de rey le pusieron; y así, a grandes voces decían: "Guaynacapa Inga Zapalla tuquillata oya" que quiere decir: "Guaynacapa sólo es el rey; a él oían todos los pueblos".

Era Guaynacapa, según dicen muchos indios que le vieron y conocieron, de no muy gran cuerpo, pero doblado y bien hecho; de buen rostro y muy grave; de pocas palabras y de muchos hechos; era justiciero y castigaba sin templanza. Quería ser tan temido que de noche le soñaban los indios; comía como ellos usan y así vivía vicioso de mujeres, si así se le puede

decir; oía a los que le hablaban bien y creíase muy de ligero. Privaron con él mucho los aduladores y lisonjeros, que entre ellos tampoco faltaban ni hoy deja de haber; y daba oídos a mentiras, que fue causa que muchos murieron sin culpa. A los mancebos que tentados de la carne dormían con sus mujeres o mancebas o con las que estaban en los templos del Sol, luego los mandaba a matar a ellos y a ellas castigó igual. A los que castigó por alborotos y motines privó de las haciendas, dándoles a otros; por otras causas, era el castigo en las personas solamente. Mucho de esto disimulaba su padre, especial lo de las mujeres, que cuando se tomaba algunos con ellas decía que eran mancebos. Su madre de Guaynacapa, señora principal, mujer y hermana que fue de Topa Inga Yupangue, llamada Mama Ollo, dicen que fue de mucha prudencia y que avisó a su hijo de muchas cosas que ella vio hacer a Topa Inga y que lo quería tanto que le rogó no se fuese a Quito ni a Chile hasta que ella fuese muerta; y así cuentan que por le hacer placer y obedecer su mandado estuvo en el Cuzco sin salir hasta que ella murió y fue enterrada con gran pompa, metiéndose en su sepultura mucho tesoro y ropa fina y de sus mujeres y servidores. Los más tesoros y casas de los Ingas muertos y heredades que llaman chácaras, todo estaba entero desde el primero, sin que ningún osase gastarlo ni tomarlo, porque entre ellos no tenían guerras ni necesidades que el dinero hubiese de las remediar, por donde creemos que hay grandes tesoros en las entrañas de las tierras perdidos y así estarán para siempre si de ventura alguno, edificando o haciendo otra cosa, no topare con algo de lo mucho que hay.

CAPÍTULO LXIII

De cómo Guaynacapa salió del Cuzco y de lo que hizo

GUAYNACAPA había mandado parecer delante de sí a los principales señores de los naturales de las provincias; y estando su Corte llena de ellos, tomó por mujer a su hermana Chimbo Ocllo y por ello se hicieron grandes fiestas, dejando los lloros que por la muerte de Topa Inga se hacían. Y acabadas, mandó que saliesen con él hasta cincuenta mil hombres de guerra, con los cuales quería ir acompañado para visitar las provincias de su reino. Como lo mandó se puso por obra y salió del Cuzco con más pompa y auto-

ridad que sacó su padre, porque las andas serían tan ricas –a lo que afirman los que llevaron al rey en sus hombros– que no tuvieran precio las piedras preciosas tan grandes y muchas que iban en ellas, sin el oro de que eran hechas. Y fue por las provincias de Xaquixaguana y Andaguaylas y allegó a los Soras y Lucanes, desde donde envió embajadas a muchas partes de los llanos y sierra y tuvo respuesta de ellos y de otros, con grandes presentes y ofrecimientos.

Volvió desde aquellos lugares al Cuzco, donde estuvo entendiendo en hacer grandes sacrificios al Sol y a los que más tenían por dioses para que le fuesen favorables en la jornada que quería hacer, y dio grandes dones a los ídolos de las guacas. Y supo de los adivinos, por dicho de los demonios o porque ellos lo inventaron, que le había de suceder prósperamente en las jornadas que hacer quería y que volvería al Cuzco con grande honra y provecho. Esto acabado, de muchas partes vinieron gentes con sus armas y capitanes, por su mandado, y alojados fuera de la ciudad eran proveídos.

En el edificio de la fortaleza se entendía sin dejar de labrar día ninguno los para ello señalados. En la plaza del Cuzco se puso la gran maroma de oro y se hicieron grandes bailes y borracheras y junto a la piedra de guerra, se nombraron capitanes y mandones conforme a su costumbre; y ordenado les hizo un parlamento Guaynacapa bien ordenado y dicho con palabras vehementes sobre que le fuesen leales así los que iban con él como los que quedaban. Respondieron que de su servicio no se partirían, el cual dicho loó y dio esperanza de les hacer mercedes largas. Y estando aparejado lo que para la jornada era menester, salió del Cuzco con toda la gente de guerra que se había juntado y por un camino grande y tan soberbio como hoy día parece pues todos los de acá lo vemos y andamos por él, anduvo hacia el Collao, mostrando por las provincias donde pasaban tener en poco los grandes servicios que le hacían porque dicen que decía que a los Ingas todo se les debía. Entendía en saber lo que le daban de tributo y la posibilidad de la provincia, recogió muchas mujeres, las más hermosas que se podían hallar: de ellas tomaba para sí y otras daba a sus capitanes y privados, las demás eran puestas en los templos del Sol y allí guardadas.

Entrado en el Collao, le trajeron cuenta de las grandes manadas que tenían de ganado y cuántas mil cargas de lana fina se llevaban por año a los

que hacían la ropa para su casa y servicio. En la isla de Titicaca entró y mandó hacer grandes sacrificios. En Chuquiabo mandó que estuviesen indios estantes con sus veedores a sacar metal de oro con la orden y regimiento que se ha escrito. Pasando adelante, mandó que los charcas y otras naciones hasta los chinchas sacasen cantidad grande de pastas de plata y que se llevasen al Cuzco por su cuenta, sin que nada faltase; transportó algunos mitimaes de una parte en otra, aunque había días que estaban alojados; mandaba que todos trabajasen y ninguno holgase, porque decía que en la tierra donde había holgazanes no pensaban otra cosa sino cómo buscar escándalos y corromper la honestidad de las mujeres. Por donde pasaba mandaba edificar tambos y plazas, dando con su mano la traza; repartió los términos a muchas provincias y límite conocido para que, por aventajarlo, no viniesen a las manos. Su gente de guerra, aunque era tanta, iba tan corregida que no salían de los reales un paso; por donde pasaban, los naturales proveían de lo necesario tan cumplidamente, que era más lo que sobraba que lo que se gastaba. En algunos lugares se edificaron baños y en otros cotos y por los desiertos se hicieron grandes cazas. Por todas partes que el Inga pasaba, dejaba hechas tales cosas que es admiración contarlas. A los que erraban, castigaba sin dejar pasar por alto nada y gratificaba a quien bien le servía.

Ordenando estas cosas y otras, pasó de las provincias sujetas ahora a la Villa de Plata y por lo de Tucumán envió capitanes con gente a guerrear a los chiriguanes; mas no les fue bien porque volvieron huyendo. Por otra parte hacia la mar del Sur envió más gente con otros capitanes a que señoreasen los valles y pueblos que del todo su padre no pudo conquistar. El fue caminando hacia Chile con toda su gente, acabando de domar, por donde pasaba, las gentes que había. Pasó gran trabajo por los despoblados y fue mucha la nieve que sobre ellos cayó; llevaban toldos con que se guarecer y muchos anaconas e mujeres de servicio. Por todas estas nieves se iba haciendo el camino o ya estaba hecho y bien limpio y postas puestas por todo él.

Allegó a lo que llaman Chile, donde estuvo más de un año entendiendo en reformar aquellas regiones y asentarlas de todo punto. Mandó que le sacasen la cantidad que señaló de tejuelos de oro y los mitimaes fueron

puestos y transportadas muchas gentes de aquellas de Chile de unas partes en otras. Hizo en algunos lugares fuertes y cercas a su uso, que llaman "pucaras", para la guerra que con algunos tuvo. Anduvo mucho más por la tierra que su padre, hasta que dijo que había visto el fin de ella y mandó hacer memorias por muchos lugares para que en lo futuro se entendiese su grandeza, y formas de hombres crecidos. Puesto en razón lo de Chile y hecho lo que convino, puso sus delegados y gobernadores y mandó que siempre avisasen en la corte del Cuzco de lo que pasaba en aquella provincia. Encargóles que hiciesen justicia y que no consintiesen motín ni alboroto, que no matasen los movedores sin dar la vida a ninguno.

Volvió al Cuzco, donde fue recibido de la ciudad honradamente y los sacerdotes del templo de Curicanche le dieron muchas bendiciones y él alegró al pueblo con grandes fiestas que se hicieron. Y nacíanle muchos hijos, los cuales criaban sus madres, entre los cuales nació Atahualpa, según la opinión de todos los indios del Cuzco que dicen ser así y llamarse su madre Tuto Palla, natural de Quilaco, aunque otros dicen ser del linaje de los Orencuzcos; y siempre, desde que se crió, anduvo este Atabalipa con su padre y era de más edad que Guáscar.

CAPÍTULO LXIV

De cómo el rey Guaynacapa tornó a mandar hacer llamamiento de gente y de cómo salió para lo de Quito

COMO Guaynacapa se hubiese holgado algunos meses en el Cuzco y en él se hubiesen juntado los sacerdotes de los templos y adivinos de los oráculos, mandó hacer sacrificios y la ofrenda de la capacocha se hizo muy grande y rica y volvieron bien llenos de oro los burladores de los hechiceros. Cada uno daba respuesta conforme a como le parecía que el rey sería más contento. Lo cual con otras cosas pasado, mandó Guaynacapa que se entendiese en hacer un camino más real, mayor y más ancho que por donde fue su padre, que llegase hasta Quito, donde tenía pensado de ir; y que los aposentos ordinarios y depósitos y las postas se pasasen a él. Para que por todas las tierras se supiese ser esto su voluntad, salieron correos a lo avisar y luego fueron orejones a lo mandar cumplir y se hizo un camino, el más

soberbio y de ver que hay en el mundo, y más largo, porque salía del Cuzco y allegaba a Quito y se juntaba con el que iba a Chile, igual a él. Creo yo que desde que hay memoria de gentes no se ha leído de tanta grandeza como tuvo este camino hecho por valles hondos y por sierras altas, por montes de nieve, por tremedales de agua, por peña viva y junto a ríos furiosos; por estas partes iba llano y empedrado, por las laderas bien sacado, por las sierras desechado, por las peñas socavado, por junto a los ríos sus paredes entre nieve con escalones y descansos; por todas partes limpio, barrido, desescombrado, lleno de aposentos, de depósitos de tesoros, de templos del Sol, de postas que había en este camino. ¡Oh! ¿Qué grandeza se puede decir de Alexandro ni ninguno de los poderosos reyes que el mundo mandaron que tal camino hiciesen, ni inventasen el proveimiento que en él había? Ni fue nada la calzada que los romanos hicieron, que pasa por España, ni los otros que leemos, para que con éste se comparen. Y hízose harto en más poco tiempo de lo que se puede imaginar, porque los Ingas más tardaban ellos en mandarlo que sus gentes en ponerlos por obra.

Hízose llamamiento general en todas las provincias de su señorío y vinieron de todas partes tanta gente que henchían los campos. Y después de haber hecho banquetes y borracheras generales y puesto en orden las cosas de la ciudad, salió de allí Guaynacapa con "yscay pacha guaranga runas", que quiere decir "con doscientos mil hombres de guerra", sin los anaconas y mujeres de servicio, que no tenía cuento el número de ellos. Llevaba consigo dos mil mujeres y dejaba en el Cuzco más de cuatro mil.

Habían proveído los delegados y gobernadores que asistían en las cabeceras de las provincias que de todas partes acudiesen [con] bastimentos y armas y todo lo demás que siempre se recogía y guardaba para cuando se hacía guerra. Y así se hincheron todos los grandes aposentos y depósitos de todo ello, de manera que de cuatro a cuatro leguas, que era la jornada, estaba entendido que se había de hallar proveimiento para toda esta multitud de gente, sin que faltase sino que sobrase más de lo que ellos gastasen, y mujeres, muchachos y hombres que servían personalmente de lo que le era mandado y que llevaban el repuesto del Inga y el bagaje de la gente de guerra de un tambo a otro, donde estaba el proveimiento que en el pasado.

Como saliese Guaynacapa, por el camino que por su mandado se ha-

bía mandado hacer, del Cuzco anduvo hasta que llegó a lo de Vilcas, donde paró algunos días en los aposentos que se le habían hecho pegados con los de su padre. Y holgose de ver que estaba el templo del Sol acabado y dejó cantidad de oro y pastas de plata para joyas y vasos; y mandó que se tuviese gran cuidado del proveimiento de las mamaconas y sacerdotes. Subiose a hacer oración en un terrado galano y primo que para ello se habían hecho; sacrificaron conforme a su ceguedad lo que usaban y mataron muchos animales y aves con algunos niños y hombres para aplacar a sus dioses.

Esto hecho, salió de aquel lugar con su gente el rey y no paró hasta el valle de Xauxa, adonde había alguna controversia y división sobre los límites y campos del valle entre los mismos que de él era señor. Como Guaynacapa lo entendió, después de haber hecho sacrificios como en Vilcas, mandó juntar los señores Alaya, Cusichuca [Cusichaca], Guacoropora [Guacra Páucar] y entre ellos con equidad repartió los campos de la manera que hoy día lo tienen. A los yauyos envió embajadores lo mismo hizo a los yungas y a Bombón envió algunos dones a los señores naturales de aquella tierra, porque como tenían fuerza en la laguna, en partes que dañaban, hablaban sueltamente y por rigor no quiso entrar con ellos hasta verla suya. Los señores de Xauxa le hicieron grandes servicios, algunos de ellos con capitanes y gente de guerra le fueron acompañando. Y anduvo hasta Bombón, donde paró poco porque quiso ir a Caxamalca, más aparejado lugar para descansar y comarcano con provincias grandes y muy hartas; y por el camino siempre le venían gentes con grandes embajadas y presentes.

Como llegó a Caxamalca, paró algunos días para descansar del camino y mandó que su gente de guerra se alojase a la redonda de aquella tierra y que comiese lo que recogido en los depósitos estaba; y con la que le pareció entró por los Guancachupachos y tuvo recia guerra, porque no del todo quedaron los naturales de allí en gracia de su padre y conformidad; mas tanto pudo, que lo allanó y sojuzgó poniendo gobernadores y capitanes y eligiendo de los naturales señores para que mandasen las tierras los que más idóneos le parecieron, porque entre ellos, de antigüedad, no conocían señores a otros que los que siendo más poderosos se levantaban y acaudillaban para hacer guerra y otorgaban paz cuando ellos querían. En las Chachapoyas halló Guaynacapa gran resistencia, tanto que por dos veces

volvió huyendo desbaratando a los fuertes que para su defensa se hacían; y con favores que le vinieron, revolvió sobre los chachapoyanos y los quebrantó de tal manera que pidieron paz, cesando por su parte la guerra. Diose con condiciones provechosas al Inga, mandó pasar de ellos muchos a que residiesen en el mismo Cuzco, cuyos descendientes hoy viven en la misma ciudad. Tomó muchas mujeres porque son hermosas y agraciadas y muy blancas; puso guarniciones ordinarias con soldados mitimaes para que estuviesen por frontera; dejó gobernador en lo principal de la comarca; proveyó lo que más ellos usaban; castigó a muchos de los principales porque le dieron guerra. Lo cual hecho, a Caxamalca se volvió, de donde prosiguió su viaje y puso en orden las provincias de Caxas, Yabaca, Guancabamba y las demás que con ellas confinan.

CAPÍTULO LXV

Cómo Guyanacapa entró por los Bracamoros y volvió huyendo, y lo que más le sucedió hasta que llegó a Quito

PÚBLICO es entre muchos naturales de estas partes que Guaynacapa entró por la tierra que llamamos Bracamoros y que volvió huyendo de la furia de los hombres que en ella moran, los cuales se habían acaudillado y juntado para defender a quien los fuese a buscar, y, sin los orejones del Cuzco, cuenta esto el señor de Chincha y algunos principales del Collao y los de Xauxa. Y dicen todos que yendo Guaynacapa acabando de asentar aquellas tierras por donde su padre pasó y que había sojuzgado, supo de cómo en los Bracamoros había muchos hombres y mujeres y que tenían tierras fértiles y que bien adentro de la tierra había una laguna y muchos ríos llenos de grandes poblaciones. Codicioso de descubrir y ganoso de señorear, tomando la gente que le pareció con poco bagaje, mandó caminar para ella, dejando el campo alojado por los tambos reales y encomendado a su capitán general. Entrado en la tierra, iban abriendo el camino con asaz trabajo porque, pasada la cordillera de los promontorios nevados, dieron en la montaña de los Andes y hallaron ríos furiosos que pasan y caían muchas aguas del cielo. Todo no fue parte para que el Inga dejase de allegar adonde los naturales por muchas partes puestos en sus fuertes le estaban aguardando, desde

donde le mostraban sus vergüenzas, afeándole su venida; y comenzaron la guerra unos y otros y tantos de los bárbaros se juntaron, los más desnudos sin traer ropas, a lo que se afirma que el Inga determinó de se retirar y lo hizo sin ganar nada en aquella tierra. Y los naturales de ella que lo sintieron le dieron tal priesa que a paso largo, a veces haciendo rostro a tiempos enviando presentes, se descabulló de ellos y volvió huyendo a su reino afirmando que se había de vengar de los rabudos; lo cual decía porque algunos traían los maures largos que les colgaban por encima de las piernas.

Desde estas tierras donde ya había reformádose, afirman también que envió capitanes con gente, la que bastó, a que viesen la costa de la mar lo que había a la parte del Norte y que procurasen de atraer a su servicio los naturales de Guayaquil e Puerto Viejo; y que estos anduvieron por aquellas comarcas en las cuales tuvieron guerras y algunas batallas y en unos cabos quedaban vencedores, en otras no del todo; y así anduvieron hasta Collique, donde toparon con gentes que andaban desnudas y que comían carne humana y tenían las costumbres que hoy tienen y usan los comarcanos al río de San Juan, de donde dieron la vuelta sin querer pasar adelante a dar aviso a su rey que con toda su gente había allegado a los Cañares, adonde se holgó en extremo porque dicen nacer allí y que halló hechos grandes aposentos y tambos y mucho proveimiento y envió embajadas a que le viniesen a ver de las comarcas; y de muchos lugares le vinieron embajadores con presentes.

Tengo entendido, que por cierto alboroto que intentaron ciertos pueblos de la comarcas del Cuzco, lo sintió tanto que, después de haber quitado las cabezas a los principales, mandó expresamente que los indios de aquellos lugares trujesen de las piedras del Cuzco la cantidad que les señaló para hacer en Tomebamba unos aposentos de mucho primor, y que con maromas las trujeron; y se cumplió su mandamiento. Y decía muchas veces Guaynacapa que las gentes de estos reinos, para tenerlos bien sojuzgados, convenía, cuando no tuviesen que hacer ni qué entender, hacerles pasar un monte de un lugar a otro; y aun al Cuzco mandó llevar piedras y losas para edificios del Quito, que hoy día viven en los edificios que las pusieron.

De Tomebamba salió Guaynacapa y pasó por los Purúas y descansó algunos días en Riobamba y en Mocha y en Latacunga descansaron sus

gentes y tuvieron bien que beber del mucho brebaje que para ello estaba aparejado y recogido de todas partes. Aquí fue saludado Guaynacapa y visitado de muchos señores y capitanes de las comarcas y envió orejones fieles de su linaje a que se fuesen por la costa de los llanos y por toda la serranía a tomar cuenta a los "quiposcamayos", que son sus contadores, de lo que había en los depósitos, y a que supiesen cómo se habían con los naturales los que él tenía puesto por gobernadores y si eran bien proveídos los templos del Sol y los oráculos y guacas que había en todo lugar; y al Cuzco envió sus mensajeros para que ordenasen las cosas que él dejaba mandadas y en todo se cumpliese su voluntad. Y no había [día] que no le venían correos, no uno ni pocos sino muchos, del Cuzco del Collao, de Chile y de todo su reino.

De Latacunga anduvo hasta que llegó a Quito, donde fue recibido a su modo y usanza con grandes fiestas y le entregó el gobernador de su padre los tesoros, que eran muchos, con la ropa fina y cosas más que a su cargo eran; y honrolo con palabras, loando su fidelidad, llamándole padre y que siempre le estimaría conforme a lo mucho que a su padre y a él había servido. Los pueblos comarcanos a Quito enviaron muchos presentes y bastimento para el rey y mandó que en el Quito se hiciesen más aposentos y más fuertes de los que habían; y púsose luego por obra y fueron hechos los que los nuestros hallaron cuando aquella tierra ganaron.

CAPÍTULO LXVI

De cómo Guaynacapa anduvo por los valles de los llanos y lo que hizo

UNOS DE LOS OREJONES afirman que Guaynacapa desde el Quito volvió al Cuzco por los llanos hasta Pachacama y otros que no, porque quedó en el Quito hasta que murió. En esto, inquirido lo que es más cierto, lo pondré conforme a como lo oí [a] algunos principales que se hallaron por sus personas con él en esta guerra; que dicen que estando en el Quito; le vinieron de muchas partes embajadores a congratularse con él en nombre de sus tierras; y que teniendo ya bien domado, seguro y por muy pacífico a las provincias de las serranías, pensó que sería bien hacer jornada a las pro-

vincias de Puerto Viejo y lo que llamamos Guayaquil y a los yungas y tomando su consejo con sus capitanes y principales; aprobaron su pensamiento y aconsejaron que lo pusiese por obra. Quedaron en el Quito muchas de sus gentes; con las que convino, salió y entró por aquellas tierras en donde tuvo con algunos moradores de ellas algunas refriegas, pero al fin, unas y otras quedaron en su servicio, y puesto en ellas gobernadores y mitimaes.

La Puná tenía recia guerra con Túmbez y el Inga había mandado cesar la contienda y que le recibiesen en la Puná, lo cual Tumbalá sintió mucho porque era señor de ella; mas no se atrevió a ponerse contra el Inga, antes le recibió en su isla e hizo presentes con fingida paz, porque como salió, procurándolo con los naturales de la tierra firme, trataron de matar muchos orejones con sus capitanes que con unas balsas iban a salir a un río para tomar la tierra firme; mas Guaynacapa lo supo y sobre ello hizo lo que yo tengo escrito en la Primera Parte en el capítulo LIII. Y hecho gran castigo y mandado hacer la calzada a paso fuerte que llaman de Guaynacapa, volvió y paró en Túmbez, donde estaban hechos edificios y templo del Sol; y vinieron de las comarcas a le hacer reverencia con mucha humildad. Fue por los valles de los llanos poniéndolos en razón, repartiéndoles los términos e aguas, mandando que no se [diesen] guerra y haciendo lo que en otros lugares se ha escrito. Y dicen de él que yendo por el hermoso valle de Chayanta, cerca de Chimo, que es donde ahora está la ciudad de Trujillo, estaba un indio viejo en una sementera y como oyó que pasaba el rey por allí cerca, que cogió tres o cuatro pepinos y que con su tierra y todo se los llevó y dijo: "Ancha hatun apo mico canba", que quiere decir: "Muy gran señor, come tú esto", y que delante de los señores y más gente, tomó los pepinos y comiendo el uno de ellos, dijo mirando a todos por agradar al viejo: "Xulluy ancha misqui cay", que en nuestra lengua quiere decir: "En verdad que es muy dulce esto", de que todos recibieron grandísimo placer.

Pues pasando adelante, hizo en Chimo y en Guañape, Guarmey, Guara [Guaura], Lima, y en los más valles lo que era servido que hiciesen. Y como llegase a Pachacama hizo grandes fiestas y muchos bailes y borracheras y los sacerdotes con sus mentiras decían las maldades que solían, inventadas con su astucia y aun algunas por boca del mismo demonio, que en

aquellos tiempos es público hablaba a estos tales; y Guaynacapa les dio, a lo que dicen, más de cien arrobas de oro y mil de plata y otras joyas y esmeraldas, con que se adornó más de lo que estaba el templo del Sol y el antiguo de Pachacama.

De aquí dicen unos de los indios que subió al Cuzco, otros que volvió a Quito. En fin, sea de esta vez o que haya sido primero, que va poco, él visitó todos los llanos y para él se hizo el gran camino que por ellos vemos hecho, y así sabemos que en Chincha y en otras partes de estos valles hizo grandes aposentos y depósitos y templos del Sol. Y puesto todo en razón lo de los llanos y lo de la sierra y teniendo todo el reino pacífico, revolvió sobre el Quito y movió la guerra a los padres de los que ahora llaman guamavacones y descubrió a la parte del Sur hasta el río de Angasmayo.

CAPÍTULO LXVII

De cómo saliendo Guaynacapa de Quito, envió delante ciertos capitanes suyos, los cuales volvieron huyendo de los enemigos; y lo que sobre ello hizo

ESTANDO en Quito Guaynacapa con todos los capitanes y soldados viejos que con él estaban, cuentan por muy averiguado que mandó que saliesen de sus capitanes con gente de guerra a sojuzgar ciertas naciones que no habían querido jamás tener su amistad; los cuales, como ya supiesen de su estada en el Quito, recelándose de ello, se habían apercibido y buscado favores de sus vecinos y parientes por resistir a quien a buscarlos viniese; y tenían hechos fuertes y albarradas y muchas armas de las que ellos usan. Y como salieron, Guaynacapa fue tras ellos para revolver a otra tierra que confinaba con ella, que toda debía de ser la comarcana de lo que llamamos Quito; y como sus capitanes y gentes salieron adonde iban encaminados, teniendo en poco a los que iban a buscar, creyendo que con facilidad se harían señores de sus campos y haciendas, se daban priesa a andar. Mas de otra suerte les adivinó de lo que pensaban, porque al camino le salieron con gran vocería y alarido y dieron de tropel con ellos con tal denuedo que mataron y cautivaron muchos de ellos y así los trataron, que los desbarataron de todo punto y les constriñeron a volver las espaldas y a toda furia dieron

la vuelta huyendo y los enemigos vencedores tras ellos, matando y prendiendo todos los que podían.

Algunos de los más sueltos anduvieron mucho en gran manera hasta que toparon con el Inga, a quien solamente dieron cuenta de la desgracia sucedida, que no poco le fatigó. Y mirándolo discretamente, hizo un hecho de gran varón, que fue mandar a los que así habían venido que callasen y a ninguna persona contasen lo que ya él sabía, antes volviesen al camino y avisasen a todos los que venían desbaratados que se hiciesen en el primero cerro que topasen, cuando a él viesen, un escuadrón, sin temor de morir el que la suerte les cayere, porque él con gente de refresco daría en los enemigos y los vengaría; y con esto se volvieron. Y no mostró turbación, porque consideró que si en el lugar que él estaba sabían la nueva todos se juntarían y darían en él y se vería en mayor aprieto. Y con disimulación les dijo que se aparejasen, que quería ir a dar en cierta gente que verían cuando a ella llegasen; y dejando las andas delante de todos salió y caminó día y medio. Y los que venían huyendo, que eran muchos, como vieron la gente que venía, que era suya, a mal de sus grados pararon en una ladera y los enemigos que los venían siguiendo comenzaron de dar en ellos y mataron muchos; mas Guaynacapa por tres partes dio en ellos, que no poco se turbaron de verse cercados y no de los que ya ellos tenían vencidos. Y aunque procuraron de se juntar y pelear, tal mano les dieron que los campos [se] henchían de los muertos y queriendo huir, les tenía tomado el paso, y mataron tantos que pocos escaparon vivos si no fueron los cautivos, que fueron muchos, y por donde venían estaba todo alterado, creyendo que al mismo Inga habían de matar y desbaratar los que ya por él eran muertos y presos. Y como se supo el fin de ello, asentaron el pie llano, mostrando todos gran placer.

Guaynacapa recobró los suyos que había vivos y a los que eran muertos mandó hacer sepulturas y sus honras conforme a su gentilidad, porque ellos todos conocen que hay en las ánimas inmortalidad. Y también se hicieron en donde esta batalla se dio bultos de piedras y padrones para memoria de lo que se había hecho. Y Guaynacapa envió aviso hasta el Cuzco de todo esto y se reformó su gente y fue adelante de Carangue.

Y los de Otavalo, Cayambi, Cochesquí y Apipo con otros pueblos habían hecho liga todos juntos con otros muchos de no dejarse sojuzgar del

Inga, sino antes morir que perder su libertad y que en sus tierras se hiciesen casas fuertes, ni ellos ser obligados de tributar y con sus personas ir al Cuzco, tierra tan lejos como habían oído. Y hablado entre ellos esto y tenido sus consideraciones, aguardaban al Inga, que sabían que venía a les dar guerra; el cual con los suyos anduvo hasta la comarca de éstos, donde mandó hacer sus albarradas y cercas fuertes que llaman "pucaras" donde mandó meter su gente y servicio. Y envió mensajeros a aquellas gentes con grandes presentes, rogándoles que no le diesen guerra porque él no quería sino paz con condiciones honestas y que en él siempre hallarían favor como en padre, y que no quería tomarles nada sino darles de lo que traía, mas estas palabras tan blandas aprovecharon poco porque la respuesta que le dieron fue que luego de su tierra se saliese, donde no, que por fuerza lo echarían de ella. Y así, en escuadrones vinieron para el Inga, que muy enojado había puesto su gente en campaña; y dieron los enemigos en él de tal manera, que se afirma, si no fuera por la fortaleza que para se guarecer se había hecho, lo llevaran y de todo punto rompieran; mas conociendo el daño que recibía, se retiró lo mejor que pudo al pucara, donde todos se metieron los que en el campo no quedaron muertos o en poder de los enemigos presos.

CAPÍTULO LXVIII

De cómo juntado todo el poder de Guaynacapa, dio batalla a los enemigos y los venció y de la gran crueldad que usó con ellos

COMO AQUELLAS gentes vieron cómo habían bastado a encerrar al Inga en su fuerza y que había muerto a muchos de los orejones del Cuzco, muy alegres hacían gran ruido con sus propias voces, tanto que ellos mismos no se oían; y traídos atabales, cantaban y bebían enviando mensajeros por toda la tierra, publicando que tenían al Inga cercado con todos los suyos; y muchos lo creyeron y se alegraron y aun vinieron a favorecer a sus amigos.

Guaynacapa tenía en su fuerte bastimento y había enviado a llamar a los capitanes de Quito con parte de la gente que a su cargo tenían y estaba con mucha saña porque los enemigos no querían dejar las armas, a los cuales muchas veces intentó con embajadas que les envió y dones y presentes

atraerlos a sí; mas era en vano pensar tal cosa. El Inga engrosó su ejército y los enemigos habían hecho lo mismo, los cuales determinadamente acordaron de dar en el Inga y desbaratarlo o morir sobre el caso en el campo. Y así lo pusieron por obra y rompieron dos cercas de la fortaleza, que a no haber otras que iban rodeando a un cerro, sin duda por ellos quedara la victoria; mas como su usanza es hacer un cercado con dos puertas y más alto otro tanto y así hacen en un cerro siete, ocho fuerzas para si la una perdieren subirse a la otra, el Inga con su gente se guareció en la más fuerte del cerro, de donde a cabo de algunos días, salió y dio en los enemigos con gran coraje.

Y afirman que llegados sus capitanes y gentes, les hizo la guerra, la cual fue cruel y estuvo la victoria dudosa; mas al fin los del Cuzco se dieron tal maña que mataron gran número de los enemigos y los que quedaron fueron huyendo. Y tan enojado estaba de ellos el rey tirano, que de enojo –porque se pusieron en arma porque querían defender su tierra sin reconocer sujeción– mandó a todos los suyos que buscasen todos los más que pudiesen ser habidos; y con gran diligencia los buscaron y prendieron a todos, que pocos se pudieron de ellos descabullir. Y junto a una laguna que allá estaba, en su presencia mandó que los degollasen y echasen dentro; y tanta fue la sangre de los muchos que mataron, que el agua perdió su color y no se vía otra cosa que espesura de sangre. Hecho esta crueldad y gran maldad, mandó Guaynacapa parecer delante de sí a los hijos de los muertos y mirándolos les dijo: “Canba mana pucula tucuy guamaracona”, que quiere decir: “Vosotros no me haréis guerra porque sois todos muchachos agora”. Y desde entonces se les quedó por nombre hasta hoy a estas gentes los guamaracones y fueron muy valientes; y a la laguna le quedó por nombre el que hoy tiene, que es “Yaguarcocha”, que quiere decir “lago de sangre”. Y en los pueblos de estos guamaracones se pusieron mitimaes y gobernadores como en las más partes.

Y después de se haber reformado al campo, el Inga pasó adelante hacia la parte del Sur con gran reputación por la victoria pasada; y anduvo descubriendo hasta el río de Angasmayo, que fueron los límites de su imperio. Y supo de los naturales cómo adelante había muchas gentes y que todos andaban desnudos sin ninguna vergüenza y que comían carne huma-

na, todas en general, e hizo algunas fuerzas en la comarca de los Pastos y mandó a los principales que le tributasen y dijeron que no tenían qué le dar; y por lo imponer, les mandó que cada casa de la tierra fuese obligada a le dar tributo, cada tantas lunas, un cañuto de piojos algo grande. Al principio riéronse del mandamiento; mas después, como por muchos que ellos tenían no podían henchir tantos cañutos, criaron con el ganado que el Inga les mandó dejar y tributaban de lo que se multiplicaba y de las comidas y raíces que hay en sus tierras. Y por algunas causas que para ello tuvo Guaynacapa, volvió al Quito, y mandó que en Carangue estuviese templo del Sol y guarnición de gente con mitimaes y capitán general con su gobernador para frontera de aquellas tierras y para guardia de ellas.

CAPÍTULO LXIX

De cómo el rey Guaynacapa volvió a Quito y de cómo supo de los españoles que andaban por la costa y de su muerte

EN ESTE mismo año andaba Francisco Pizarro con trece cristianos por esta costa y había de ello ido al Quito aviso a Guaynacapa, a quien contaron el traje que traían y la manera del navío y cómo eran barbados y blancos y hablaban poco, y no eran tan amigos de beber como ellos, y otras cosas de las que ellos pudieron saber. Y codiciose de ver tal gente, dicen que mandó que con brevedad le trajesen uno de dos que decían haber quedado de aquellos hombres, porque los demás eran ya vueltos con su capitán a la Gorgona, donde habían dejado ciertos españoles con los indios e indias que tenían, como en su lugar contaremos. Y dicen uno de estos indios que después de idos, a estos dos que los mataron, de que recibió mucho enojo Guaynacapa; otros cuentan que no, sino que los traían y, como supieron en el camino su muerte, los mataron; sin éstos, dicen otros que ellos se murieron. Lo que tenemos por más cierto es que los mataron los indios dende a poco que ellos en su tierra quedaron.

Pues, estando Guaynacapa en el Quito con grandes compañas de gente que tenía y los demás señores de su tierra, viéndose tan poderoso pues mandaba desde el río de Angasmayo al de Maule, que hay más de mil y doscientas leguas y estando y tan crecido en riquezas, tanto que afirman

que había hecho traer a Quito más de quinientas cargas de oro y más de dos mil de plata y mucha pedrería y ropa fina, siendo temido de todos los suyos porque no se le osaban desmandar cuando luego hacía justicia, cuentan que vino una gran pestilencia de viruelas tan contagiosa que murieron más de doscientas mil ánimas en todas las comarcas, porque fue general; y dándole a él el mal no fue parte todo lo dicho para librarlo de la muerte, porque el gran Dios no era de ello servido. Y como se sintió tocado de la enfermedad, mandó se hicieran grandes sacrificios por su salud en toda la tierra y por todas las guacas y templos del Sol; mas yéndole agraviado, llamó a sus capitanes y parientes y les habló algunas cosas, entre las cuales les dijo, a lo que algunos de ellos dicen, que él sabía que la gente que había visto en el navío volvería con potencia grande y que ganaría la tierra. Esto podría ser fábula, o si lo dijo, que fuese por boca del demonio, como quien sabía que los españoles iban para procurar de volver a señorear. Dicen otros de estos mismos que, conociendo la gran tierra que había en los quillacingas y popayaneses y que era mucho para mandarlo uno, que dijo que desde Quito para aquellas partes fuesen de Atabalipa, su hijo a quien quería mucho porque había siempre andado con él en la guerra; y que mandó que lo demás gobernase y señorease Guáscara, único heredero del imperio. Otros indios dicen que no dividió el reino, antes dicen que dijo a los que estaban presentes que bien sabían cómo ellos se habían holgado que fuese señor, después de sus días, su hijo Guáscar, y de Chimbo Ocllo, su hermana, con quien todos los del Cuzco mostraban contento; y puesto que sin él tenía otros muchos hijos entre los cuales estaban Nauque Yupangue, Topa Inga, Guanca Auque, Topa Gualpa, Tito, Guaman Gualpa, Mango Inga, Guáscar, Cuxi Gualpa, Paulo, Tilca Yupangue, Conono, Atabalipa, quiso no darles nada de lo mucho que dejaba, sino que todo lo heredade de él como él lo heredó de su padre y que confiaba mucho guardaría su palabra y cumpliría lo que su corazón quería, aunque era muchacho; y que les rogó lo amasen y mirasen como era justo y que hasta que tuviese edad perfecta que gobernase y fuese su ayo Colla Topa, su tío. Y como esto hubo hecho, murió.

Y luego que fue muerto Guaynacapa, fueron tan grandes los lloros que ponían los alaridos que daban en las nubes y hacían caer aturdidas las aves de lo muy alto hasta el suelo. Y por todas partes se divulgó la nueva y no

había lugar ninguno donde no se hiciese sentimiento notable. En Quito lo lloraron a lo que dicen diez días arreo; y de allí le llevaron a los cañares, adonde lo lloraron una luna entera; y fueron acompañando el cuerpo muchos señores principales hasta el Cuzco, saliendo por los caminos los hombres y mujeres llorando y dando aullidos. En el Cuzco se hicieron más lloros y fueron hechos sacrificios en los templos y aderezaron de le enterrar conforme a su costumbre, creyendo que su ánima estaba en el cielo. Mataron para meter con él (Guayna Capa) en su sepultura y en otras más de cuatro mil ánimas, entre mujeres y pajes y otros criados, tesoros y pedrería y fina ropa. De creer es que sería suma grande la que pornían con él; no dicen en dónde ni cómo está enterrado, mas de que concuerdan que su sepultura se hizo en el Cuzco. Algunos indios me dijeron a mí que lo enterraron en el río de Angasmayo, sacándolo de su natural para hacer la sepultura, mas no lo creo, y lo que dicen de que se enterró en el Cuzco, sí.

De las cosas de este rey dicen tanto los indios, que no es nada lo que yo escribo ni cuento; y cierto creo que de él y de su padre y abuelo se dejan tantas cosas de escribir, por no las alcanzar por entero, que fuera [menester] otro compendio mayor que el que se ha hecho.

CAPÍTULO LXX

Del linaje y condiciones de Guáscar y de Atabalipa

ESTABA el imperio de los incas tan pacífico cuando Guaynacapa murió que no se halla que en tierra tan grande hubiese quien osase alzar cabeza para mover guerra ni dejar de obedecer, así por el temor que tenían a Guaynacapa como porque los mitimaes eran puestos de su mano y estaba la fuerza con ellos. Y así como muerto Alexandre en Babilonia muchos de sus criados y capitanes allegaron a colocarse por reyes y mandar grandes tierras, así muerto Guaynacapa, como luego hubo entre los dos hermanos hijos suyos guerras y diferencias, y tras ellas entraron los españoles, muchos de estos mitimaes se quedaron por señores, porque siendo en las guerras y debates muertos los naturales, pudieron ellos granjear la gracia de los pueblos para que en su lugar los recibiesen.

Bien tenía que decir en contar menudamente las disensiones de estos tan poderosos señores, mas no saldré de mi brevedad por las causas tan justas que otras veces he dicho tener. Guáscar era hijo de Guaynacapa y Tabalipa también. Guáscar de menos días, Atabalipa de más años, Guáscar hijo de la Coya, hermana de su padre, señora principal; Atabalipa hijo de una india quilaco, llamada Tutu Palla. El uno y el otro nacieron en el Cuzco y no en Quito, como algunos han dicho y han escrito para esto, sin lo haber entendido como ello es. La razón lo muestra porque Guaynacapa estaba en la conquista de Quito y por aquellas tierras aún no doce años y era Atabalipa cuando murió de más de treinta años; y señora de Quito, para decir lo que inventaban que era su madre, no había ninguna porque los mismos Ingas eran reyes y señores del Quito; y Guáscar nació en el Cuzco y Atabalipa era cuatro o cinco años de más edad que no él. Y esto es lo cierto y lo que yo creo. Guáscar era querido en el Cuzco y en todo el reino por los naturales por ser el heredero de derecho; Atabalipa era bien quisto de los capitanes viejos de su padre y de los soldados porque anduvo en la guerra en su niñez y porque él en vida le mostró tanto amor que no le dejaba comer otra cosa que lo que él le daba de su plato. Guáscar era clemente y piadoso; Atabalipa cruel y vengativo; entrambos eran liberales y el Atabalipa hombre de más ánimo y esfuerzo y Guáscar de más presunción y valor. El uno pretendió ser único señor y mandar sin tener igual; el otro se determinó de reinar y por ello quebrantar las leyes que sobre ello a su usanza estaban establecidas por los Ingas, que era que no podía ser rey sino hijo mayor del señor y de su hermana, aunque otros de más edad hubiese habido en otras mujeres y mancebas. Guáscar deseó tener consigo el ejército de su padre; Atabalipa se congojó porque no estaba cerca del Cuzco para en la misma ciudad hacer el ayuno y salir con la borla para por todos ser recibido por rey.

CAPÍTULO LXXI

Cómo Guáscar fue alzado por rey en el Cuzco después de muerto su padre

COMO FUESE muerto Guaynacapa y por él hechos los lloros y sentimiento dicho, aunque habían en el Cuzco más de cuarenta hijos suyos, ninguno intentó salir de la obediencia de Guáscar, a quien sabían pertenecía el reino; y aunque se entendió lo que Guaynacapa mandó, que su tío gobernase, no faltó quien aconsejó a Guáscar saliese con la borla en público y mandase por todo el reino como rey. Y como para las honras de Guaynacapa habían venido al Cuzco los más de los señores naturales de las provincias, pudo ser la fiesta de su coronación grande y de presto entendida y sabida y así lo determinó de hacer. Dejando el gobierno de la misma ciudad a quien por su padre lo tenía, se entró a hacer el ayuno con la observancia que su costumbre requería. Salió con la borla muy galano e hiciéronse grandes fiestas y pusiéronse en la plaza la maroma de oro con los bultos de los Ingas, y conforme a la costumbre de ellos gastaron algunos días en beber y en sus areytos; y acabados, fue la nueva a todas las provincias y mandado del nuevo rey de lo que habían de hacer, enviando a Quito ciertos orejones a que trajesen las mujeres de su padre y su servicio.

Fue entendido por Atabalipa cómo Guáscar había salido con la borla y cómo quería que todos le diesen la obediencia; y no se habían partido de Quito ni de sus comarcas los capitanes generales de Guaynacapa y había entre todos pláticas secretas sobre que era bien procurar por las vías a ellos posibles quedarse con aquellas tierras del Quito sin ir al Cuzco al llamamiento de Guáscar, pues era aquella tierra tan buena y adonde todos se hallaban tan bien como en el Cuzco. Algunos había entre ellos que les pesaba y decían que no era lícito dejar de reconocer al gran Inga pues era señor de todos; mas Illa Topa no fue leal a Guáscar así como Guaynacapa se lo rogó, y él se lo prometió; porque dicen que andaba en tratos y secretas pláticas con Atabalipa, que entre los hijos de Guaynacapa mostró más ánimo y valor, causado por su atrevimiento y aparejo que halló o con lo que su padre mandó, si fue verdad, que gobernase lo de Quito y sus comarcas. Éste habló a los capitanes Chalacuchima, Ynclagualpa, Urimiñavi, el Quíz-

quiz, Sopezopagua y otros muchos, sobre que quisiesen favorecerle y ayudarle para que él fuese Inga de aquellas partes como su hermano lo era del Cuzco. Y ellos y el Illa Topa, traidor a su señor natural Guáscar, pues que habiéndole dejado por gobernador hasta que él tuviese edad cumplida le negó y se ofreció de favorecer a Atabalipa, que ya por todo el real era tenido por señor y le fueron entregadas las mujeres de su padre, a quien él recibió por suyas, que era autoridad mucha entre estas gentes; y el servicio de su casa y lo demás que tenía le fue dado para que por su mano fuese ordenado todo a su voluntad.

Cuentan algunos que algunos de los hijos de Guaynacapa, hermanos de Guáscar y de Atabalipa, con otros orejones se fueron huyendo al Cuzco y dieron de ello aviso a Guáscar; y así él como los orejones ancianos del Cuzco sintieron lo que había hecho Atabalipa, reprobándolo por caso feo y que había ido contra sus dioses y contra el mandamiento y ordenanza de los reyes pasados. Decían que no habían de sufrir ni consentir que el bastardo tuviese nombre de Inga, antes le habían de castigar por lo por él inventado, con el favor que tuvo de los capitanes y gente del ejército de su padre. Y así Guáscar mandó que se apercibiesen en todas partes y se hiciesen armas y los depósitos se proveyesen con las cosas necesarias porque él había de hacer guerra a los traidores si juntos todos no le reconocían por señor. Y a los cañares envió embajadores, esforzándolos en su amistad y al mismo Atabalipa dicen que envió un orejón a que le amonestase que no intentase de llevar adelante su opinión, pues era tan mala y a que hablase a Illa Topa, su tío, para que le aconsejase se viniese para él. Y hechas estas cosas, nombró por su capitán general a uno de los principales del Cuzco llamado Atoco.

CAPÍTULO LXXII

De cómo se comenzaron las diferencias entre Guáscar y Atabalipa y se dieron entre unos y otros grandes batallas

ENTENDIDO era por todo el reino del Perú cómo Guáscar era Inga y como tal mandaba y tenía guarda y despachaba orejones a las cabeceras de las provincias a proveer lo que convenía. Era de tan buen seso y tenía en tanto

a los suyos que fue, lo que reinó, querido en extremo de ellos; y sería cuando comenzó reinar, a lo que los indios dicen, de veinte y cinco años poco más o menos. Y habiendo nombrado por su capitán general a Atoco, le mandó que tomando la gente que le pareciese de los lugares por donde pasase, mitimaes y naturales, fuese a Quito a castigar el alboroto que había con lo que su hermano intentaba y tuviese aquella tierra por él.

Y estos indios cuentan las cosas de muchas maneras e yo siempre sigo la mayor opinión y la que dan los más viejos y avisados de ellos y que son señores, porque los indios comunes no todo lo que saben se ha de tener, porque ellos lo afirmen por verdad. Y así unos dicen que Atabalipa, como hubo determinádose a no solamente no querer dar la obediencia a su hermano que ya era rey, más aun pretendió haber el señorío para sí por las formas que pudiese, teniendo –como ya tenía– de su parte a los capitanes y soldados de su padre, vino a los Cañares adonde habló con los señores naturales y con los mitimaes coloreando, con razones que inventó, [que] su deseo no era de hacer daño a su hermano por querer solamente el provecho para sí, sino para tenerlos a todos por amigos y hermanos y hacer otro Cuzco en el Quito, donde todos se holgasen; y pues él tenía tan buen corazón, que para sanearse que ellos le tenían para con él, diesen lugar que en Tomebamba fuesen para él hechos aposentos y tambos, para que como Inga y señor pudiese holgar con sus mujeres en ellos, como hizo su padre y su abuelo y que dijo otras palabras sobre esta materia que no fueron oídas tan alegremente como él pensó, porque el mensajero de Guáscar era llegado y había hablado a los cañares y mitimaes cómo Guáscar les pedía la fe de amigos, sin que quisiesen negar su fortuna y que para ello imploraba el favor del Sol y de sus dioses que no consintiesen que los Cañares fuesen consentidores de tan mala hazaña como su hermano inventaba; y que lloraron con deseo de ver a Guáscar, alzando todos sus manos, que le guardarían lealtad prometieron.

Y teniendo esta voluntad Atabalipa no pudo con ellos acabar nada, antes afirman que los cañares con el capitán y mitimaes lo prendieron con intento de lo presentar a Guáscar; mas, poniéndolo en un aposento del tambo, se soltó y fue a Quito donde hizo entender haberse vuelto culebra por voluntad de su dios para salir de poder de sus enemigos; por tanto, que

todos se aparejasen para comenzar la guerra pública y al descubierto porque así convenía. Otros indios afirman por muy cierto que el capitán Atoco con su gente allegó a los Cañares, adonde estaba Atabalipa y que él fue el que lo prendió y se soltó como está dicho. Creo yo para mí, aunque podría ser otra cosa, que Atoco se halló en la prisión de Atabalipa y, muy sentido porque así se había escabullido, sacando la más gente que pudo de los cañares, se partió para Quito, enviando por todas partes a esforzar los gobernadores y mitimaes en el amistad de Guáscar. Tiénese por averiguado que Atabalipa se soltó haciendo con una coa, que es "palanca", que una mujer Cella le dio, un agujero, estando los que estaban en el tambo calientes de lo que habían vivido, y pudo, dándose prisa para llegar a Quito como está dicho, sin ser alcanzado de los enemigos que mucho quisieran tornarlo a haber a las manos.

CAPÍTULO LXXIII

De cómo Atabalipa salió del Quito con su gente y capitanes y de cómo dio batalla a Atoco en los pueblos de Ambato

COMO LAS POSTAS que estaban en los caminos reales fuesen tantas, no pasaba cosa en parte del reino que fuese oculta, antes era pública por todo lugar. Y como se entendió Atabalipa haberse escapado por tal ventura y estar en Quito allegando la gente, luego se conoció que la guerra sería cierta y así hubo división y parcialidades y novedades grandes y pensamientos enderezados a mil fines; Guáscar, en lo de arriba, no tuvo quién no le obedeciese y desease que saliese del negocio con honra y autoridad. Atabalipa tuvo de su parte los capitanes y gente del ejército y muchos señores naturales y mitimaes de las provincias y tierras de aquella comarca y cuentan que luego en Quito con celeridad mandó salir la gente, jurando como ellos juran que en los cañares habían de hacer castigo grande por el afrenta que allí recibió. Y como supiese venir Atoco con su gente, que pasaría, a lo que dicen, de cuarenta guarangas, que es millares de hombres, se dio prisa en encontrarse con él.

Atoco venía marchando porque Atabalipa no tuviese lugar de hacer llamamiento de gente en las provincias y como supo que venía a punto de

guerra, habló con los suyos, rogándoles que se acordasen de la honra del Inga Guáscar y que se diesen maña a castigar la desvergüenza con que Atabalipa venía. Y por justificar su causa, envióle –según dicen– ciertos indios por mensajeros amonestándole que se contentase con lo que había hecho y no diese lugar a que el reino ardiese en guerra, y se conformase con el Inga Guáscar, que sería lo más acertado. Y aunque eran principales orejones estos mensajeros, cuentan que se rió del dicho que Atoco le enviaba a decir y que, haciendo grandes fieros y amenazas, los mandó matar y prosiguió su camino en ricas andas que le llevaban a hombros de los principales y más privados suyos.

Y cuentan que encomendó la guerra a su capitán general Chalacuchima y a otros dos capitanes, llamados el Quízquiz el uno y el otro Ocumare. Y como Atoco no parase con la gente, pudieron encontrarse cerca del pueblo llamado Ambato adonde a la usanza suya comenzaron la batalla y la riñeron entre ellos bien. Y habiendo tomado un collado Chalacuchima salió a tiempo convenible con cinco mil hombres holgados y dando en los que estaban cansados, los apretaron tanto que, después de ser muertos los más de ellos, volvieron los que no lo eran las espaldas con gran espanto y el alcance se siguió y fueron muchos los presos y Atoco entre ellos; el cual, cuentan los que de esto me informaron, que lo ataron a un palo donde con gran crueldad aviltadamente le mataron, y que del casco de su cabeza hizo un vaso Chalacuchima, para beber, engastonado en oro. La opinión mayor y que debe de ser más cierta a mi juicio, de los que murieron en esta batalla de ambas partes fueron quince o diez y seis mil indios y los que se prendieron fueron los más de ellos muertos sin piedad ninguna por mandado de Atabalipa.

Yo he pasado por este pueblo y he visto el lugar donde dicen que esta batalla se dio y cierto, según hay la osamenta, debieron aun de morir más gente de la que cuentan.

Con esta victoria quedó Atabalipa muy estimado y fue la nueva divulgada por todo el reino y llámanle los que seguían su opinión Inga; y dijo que había de tomar la borla de Tomebamba, aunque no siendo en el Cuzco teníase por cosa frívola y sin fuerza. De los heridos mandó curar; y mandaba como rey y así era servido. Y caminó para Tomebamba.

CAPÍTULO LXXIV

De cómo Guáscar envió de nuevo capitanes y gente contra su enemigo y de cómo Atabalipa allegó a Tomebamba y la gran crueldad que allí usó; y lo que pasó entre él y los capitanes de Guáscar

POCOS DÍAS se tardaron después que en el pueblo de Ambato el capitán Atoco fue vencido y desbaratado, cuando no solamente en el Cuzco se supo la nueva, mas en toda la tierra se entendió y recibió Guáscar grande espanto y temió más el negocio que hasta allí; mas sus consejeros le amonestaron que no desampare al Cuzco sino que enviase de nuevo gente y capitanes. Y fueron hechos grandes lloros por los muertos y en los templos y oráculos hicieron sacrificios conforme a lo que ellos usan. Y envió a llamar Guáscar a muchos señores de los naturales del Collao de los Canches, Canas, Charcas, Carangues, y a los de Condesuyo y muchos de los de Chinchasuyo; y como estuviesen juntos, les habló sobre lo que su hermano hacía y les pidió en todo le quisiesen ser buenos amigos y compañeros. Respondieron a su gusto los que se hallaron a la plática, porque guardaban mucho la religión y costumbre de no recibir por Inga sino aquél que en el Cuzco tomase la borla, la cual había días Guáscar tenía, y sabían el reino le venía derechamente. Y porque convenía con brevedad proveer en la guerra que tenía, nombró por su capitán general a Guancauque, hermano suyo, según dicen algunos orejones, porque otros quieren decir ser hijo de Hilaquita. Con éste envió por capitanes otros principales de su nación que habían por nombres Avante, Urco Guaranga, Inga Roca. Estos salieron del Cuzco con la gente que se pudo juntar, yendo con ellos muchos señores de los naturales y de los mitimaes y por donde quiera que pasaba Guanca Auque sacaba la gente que quería con lo demás que era necesario para la guerra. Y caminó a más andar en busca de Atabalipa que como hubiese muerto y vencido a Atoco, como de suso es dicho, siguió su camino enderezado a Tomebamba yendo con él sus capitanes y muchos principales que habían venido a ganarle la voluntad viendo que iba vencedor.

Los cañares estaban temerosos de Atabalipa porque habían tenido en poco lo que les mandó y habían sido en la prisión suya; recelábanse no qui-

siese hacerles algún daño, porque conocían que era vengativo y muy sanguinario; y como llegase cerca de los aposentos principales cuentan muchos indios a quien yo lo oí que, por amansar su ira, mandaron a un escuadrón grande de niños y a otro de hombres de toda edad que saliesen hasta las ricas andas, donde venían con gran pompa, llevando en las manos ramos verdes y hojas de palma, y que le pidiesen la gracia y amistad suya para el pueblo sin mirar la injuria pasada; y que con grandes clamores se lo suplicaron y con tanta humildad, que bastara a quebrantar corazones de piedra. Mas poca impresión hicieron en el cruel de Atabalipa, porque dicen que mandó a sus capitanes y gentes que matasen a todos aquellos que habían venido; lo cual fue hecho no perdonando si no era algunos niños y a las mujeres sagradas del templo que por honra del Sol, su dios, guardaron sin derramar sangre de ellas ninguna.

Y pasado esto, mandó matar algunos particulares en la provincia y puso en ella capitán y mayordomo de su mano; y juntos los ricos hombres de las comarcas, tomó la borla y llamose Inga en Tomebamba, aunque no tenía fuerza –como se ha dicho– por no ser en el Cuzco; mas él tenía su derecho en las armas, lo cual tenía por buena ley. También digo que he oído a algunos indios honrados que Atabalipa tomó la borla en Tomebamba antes que le prendiesen ni Atoco saliese del Cuzco y que Guáscar lo supo y proveyó luego. Paréceme que lo que se ha escrito lleva más camino.

Guanca Auque dábase mucha prisa a andar y quisiera llegar a los Cañares antes que Atabalipa pudiera haber hecho el daño que hizo. Y alguna de la gente que escapó de la batalla que se dio en Ambato se había juntado con él. Afirman todos que traería más de ochenta mil hombres de guerra y Atabalipa llevaría poco menos de Tomebamba, donde luego salió afirmando que no había de parar hasta el Cuzco. Mas en la provincia de los Paltas cerca de Coxebamba, se encontraron unos con otros; y después de haber esforzado y hablado cada capitán a su gente, se dieron batalla, en la cual afirman que Atabalipa no se halló, antes se puso en un cerrillo a la ver. Y siendo Dios de ello servido, no embargante que en la gente de Guáscar había muchos orejones y capitanes que para ellos entendían bien la guerra y que Guanca Auque hizo el deber como leal y buen servidor a su rey, Atabalipa quedó vencedor con muerte de muchos contrarios, tanto que

afirman que murieron entre unos y otros más de treinta y cinco mil hombres y heridos quedaron muchos.

Los enemigos siguieron el alcance, matando y cautivando y robando los reales; y Atabalipa estaba tan alegre que decía que sus dioses peleaban por él. Y porque ya los españoles eran entrados en este reino había algunos días y Atabalipa lo supo, que fue causa que él en persona no fuese al Cuzco.

No daremos conclusión a estas guerras y batallas que se dieron entre estos indios, porque no fueron con orden. Y, por llevarla, se quedará hasta su lugar.

Hasta aquí es lo que se me ha ofrecido de escribir de los Ingas, lo cual hice todo por relación que tomé en el Cuzco. Si acertar alguno a lo hacer más largo y cierto, el camino tiene abierto, como yo lo tuve para hacerlo, que yo no pude, aunque para lo hecho trabajé lo que Dios sabe, que vive y reina para siempre jamás. Fue visto lo más de lo escrito por el doctor Bravo de Saravia y el licenciado Hernando de Santillán, oidores de la Audiencia real de Los Reyes.

CRONOLOGÍA

CRONOLOGÍA
Vida y obra de Pedro de Cieza de León

1518-1520 Nace en Llerena, Extremadura.

1535 2 de abril. Los Asientos de Pasajeros a Indias registran el embarque de "Pedro de León, hijo de Lope de León y Leonor de Caçalla, vecinos de Llerena, que pasó con Juan del Junco a Cartagena en la nao de Cifuentes, juraron Rodrigo Pérez e Luis de Llerena que no es de los prohibidos".

1535 Se encontraba en Cartagena, a las órdenes de Pedro de Heredia. Pudo ir con Heredia al Cenú, de donde describe tumbas indígenas con tesoros.

1536 Se encontraba en San Sebastián de Buena Vista.

1536-1537 Estaba bajo las órdenes del Licenciado Juan de Vadillo y participó en una campaña a la región de Urute a las órdenes de Alonso de Cáceres.

1537 Participa en la expedición de Vadillo a las montañas de Abibe. Cieza relata sus experiencias en la cuarta parte de la *Crónica*, volumen correspondiente a la guerra de las Salinas.

1538 Posiblemente en Cali.

1538 Se alista en la tropa de Lorenzo de Aldana, lugarteniente de Francisco Pizarro, quien organiza una expedición en Cali en busca de Sebastián de Benalcázar. La expedición fue comandada por el capitán Jorge Robledo.

1539 El 14 de febrero sale de Cali la expedición de Robledo hacia la villa de Ancerma. Se detuvieron en Meacanoa hasta julio. En la expedición y con participación de Cieza, se exploró el territorio y se fundaron las ciudades de Cartago y Antiocha. Al fin de la expedición, Cieza quedó muy cerca de Robledo, con él visitó las sierras de Abibe. Luego Robledo fue encarcelado por Heredia y Cieza fue encargado de su representación ante la Audiencia de Panamá. Mientras Robledo se hallaba en España, Cieza se puso a las órdenes de Benalcázar y participó en una expedición a Cartago. Fue premiado con una encomienda de indios.

1547 Benalcázar recibe el pedido de ayuda de Pedro de la Gasca, contra el rebelde Gonzalo Pizarro. Con Benalcázar, Cieza salió de Popayán.

1547 Se encontraba en Pacasmayo, costa norte peruana.

1548 9 de abril. Cieza participa en la batalla de Jaquijaguana, donde Gasca venció a Gonzalo Pizarro.

1549-1550 Viaje por el Perú sureño y Charcas. En agosto de 1550 se encontraba en el Cuzco.

1550 8 de septiembre. Afirma finalizar la primera parte de la *Crónica*.

1550 19 de agosto, en Los Reyes (Lima) firma un contrato de promesa de matrimonio con María López de Abreu [María de Abrego], hermana de Pedro López, quien signa el contrato con Cieza. Este se comprometió a dar a la novia 2.000 coronas como dote y arras, y los padres de la novia entregarían a Cieza 4.000 coronas al efectuarse el matrimonio.

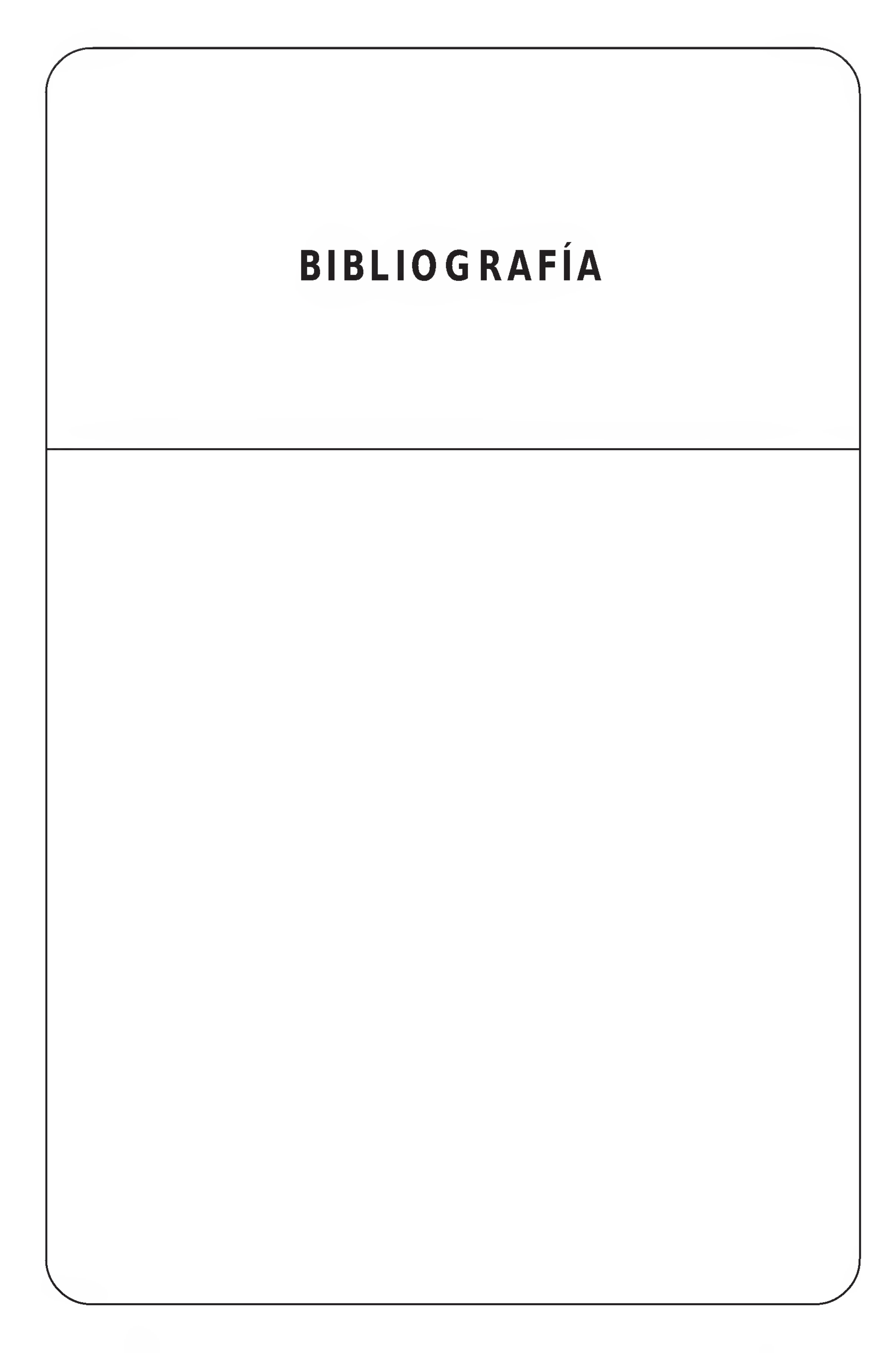
1551 Año en que posiblemente abandona el Perú. Siempre se pensó que viajó a España en 1550, pero hay referencias en su *Crónica* que dejan dudas al respecto.

1551 Contrae matrimonio con Isabel López de Abreu, hija de Juan de Llerena y María de Abreu, vecinos de Sevilla.

1551 11 de agosto. Carta de arras. Cieza declara, en Sevilla, que sus propiedades garantizarán el pago de las 2.000 coronas a su esposa. Señala una deuda que le tenía el conde de Palma.

1554 Mayo, fallece su esposa.

1554 2 de julio, fallece Cieza en Sevilla. Pocos días antes había hecho testamento.



BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

I. EDICIONES PRINCIPALES DE LAS OBRAS DE CIEZA DE LEÓN

PRIMERA PARTE

Parte primera de la Chrónica del Perú. Que tracta la demarcación de sus prouincias: la descripción dellas. Las fundaciones de las nuevas ciudades, los ritos y costumbres de los Indios, y otras cosas estrañas dignas de ser sabidas..., por Martín de Montesdoca, Sevilla, 1553.

La Chrónica del Perú nuevamente escrita por..., Martín Nucio, Amberes, 1554.

Parte primera de la Chrónica del Perú... Añadiose de nueuo la description y traça de todas las Indias, con una tabla alphabetica de las materias principales en ella contenidas... Juan Steelsio, Amberes [al fin, Impresso en Anvers por Iuan Lacio MDLIIII], 1554.

Parte primera de la Chrónica del Perú... Por Juan Bellero, a la enseña del Salmón, Amberes [al fin: Impresso en Anvers por Iuan Lacio MDLIIII], 1554.

PARTE SEGUNDA

La historia de los incas o Segunda parte de la Crónica del Perú, versión y prólogo de Manuel González de la Rosa, Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., Londres [edición que no llegó a circular; existen al menos dos ejemplares en pruebas, uno de ellos en la Biblioteca Nacional de Madrid, y otro en la de la Universidad de Yale], 1873.

Segunda parte de La crónica del Perú: que trata del señorío de los Incas yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación escrita por Pedro de Cieza de León. Ed. y pról. de Marcos Jiménez de la Espada, Biblioteca Hispano-Ultrama-

rina, la publica Marcos Jiménez de la Espada, Madrid, Imprenta Manuel Ginés Hernández, 1880, 279, 140 pp.

Señorío de los Incas, ed. y est. prel. de Carlos Araníbar, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1967.

En *Obras completas*, ed. y est. de Carmelo Sáenz de Santa María, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid, 1984.

Crónica del Perú. Segunda parte, ed. pról. y notas de Francesca Cantù, Pontificia Universidad Católica del Perú y Academia Nacional de la Historia, Lima, 1985.

PARTE TERCERA

Pedro de Cieza de León e il "Descubrimiento y Conquista del Perú", ed. y est. prel. de Francesca Cantù, Istituto Storico Italiano per l'età Moderna e Contemporanea, Roma, 1979.

En *Obras completas*, ed. y pról. de Carmelo Sáenz de Santa María, Consejo Superior de Invesligaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid, 1984.

Crónica del Perú. Tercera parte, ed. pról. y notas de Francesca Cantù, Pontificia Universidad Católica del Perú y Academia Nacional de la Historia, Lima, 1987.

CUARTA PARTE

Guerras civiles del Perú..., I. Guerra de las Salinas, publicada... conforme al manuscrito coetáneo propiedad de los señores Marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayón, Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, T., LXVIII, 1877.

Tercero Libro de las Guerras Civiles del Perú, el cual se llama la Guerra de Quito..., ed. y est. prel. de Marcos Jiménez de la Espada, Biblioteca Hispano-Ultramarina, Madrid [edición incompleta, sólo considera 53 capítulos provenientes del manuscrito incompleto existente en la Biblioteca de Palacio Real de Madrid], 1877.

Guerras civiles del Perú... II. Guerra de Chupas, publicada...conforme al manuscrito coetáneo propiedad de los señores Marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayón, Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, T. LXXVI, Madrid, 1881.

Guerra de Quito..., ed. de M. Serrano y Sanz, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, T. 15, Madrid, 1909.
Crónica del Perú. Cuarta parte, vol. I., Guerra de las Salinas, ed. y est. prel. de Pedro Guíbovich, Pontificia Universidad Católica del Perú y Academia Nacional de la Historia, Lima, 1991.
Crónica del Perú. Cuarta parte, vol. II, Guerra de Chupas, ed. y est. prel de Gabriela Benavides de Rivero, Pontificia Universidad Católica del Perú y Academia Nacional de la Historia, Lima, 1994.
Crónica del Perú. Cuarta parte, vol. III, Guerra de Quito, edición y est. prel. de Laura Gutiérrez Arbulú, Pontificia Universidad Católica del Perú y Academia Nacional de la Historia, Lima, 1994.

II. OBRAS RELACIONADAS CON EL AUTOR, SU OBRA Y SU ÉPOCA

ARANÍBAR ZERPA, Carlos. "Algunos problemas heurísticos en las crónicas de los siglos XVI-XVII", *Nueva corónica* (Lima) 1, 1963, pp. 102-135.
_______. *Pedro Sarmiento de Gamboa*, Biblioteca Hombres del Perú, Lima, 2ª serie, T. XII, 1964, pp. 69-159.
BALDINGER, Kurt. "Vocabulario de Cieza de León. Contribución a la historia de la lengua española en el Perú del siglo XVI", *Lexis* (Lima) VII, 1983, 1, pp. 1-131 [reproducido, con correcciones, en Cieza de León, 1987].
BARROS ARANA, Diego. "La Crónica del Perú por Pedro Cieza de León", *Sud América. Revista Científica y Literaria* (Santiago de Chile) 10 de agosto 1873, pp. 694-703. [*Obras completas*, VIII: 143-150].
BERNSTEIN, H. y Bailey W. Diffie. "Sir Clements R. Markham as a translator", *Hispanic American Historical Review*, 1937, XVII, pp. 546-557.
BRUNET, Jacques Charles. *Manuel di Libraire et de l'amateur de Livres*, 5éme ed. t. XIIéme, Librairie de Fermin Didot Fréres, Paris, 1861.
CANTÙ, Francesca. *Pedro de Cieza de León e il "Descubrimiento y Conquista del Perú"*, ed. y est. prel. Istituto Storico Italiano per l'età Moderna e Contemporanea, Roma, 1979.
CÁRDENAS MARTÍN, Mercedes. "Caminos y puentes en la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León", *Boletín del Seminario de Arqueología* (Lima), Instituto Riva Agüero, 6, 1970, pp. 88-91.
CASTILLO MATHIEU, Nicolás del "Quechuismos en la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León (1550-1554)", *Anuario de Lingüística Hispánica*, Valladolid, VI, 1990, pp. 135-167.

CONTZEN, Léopold. "Historiographie des Conquista vornehmisch im 16 und 17 Jahrhundert. I Cieza de Leon und Inca Garcilaso de la Vega". Leipzig, 1891.

COYNE, André. "Un español en las Indias: Cieza de León", *Revista del Museo Nacional*, Lima, XXVI, 1957, pp. 11-40.

ESPINOZA SORIANO, Waldemar. *Pedro de Cieza de León*, Biblioteca Hombres del Perú, Lima, 2ª Serie, T. XII, 1964, pp. 5-65.

GONZÁLEZ DE LA ROSA, Manuel "La Historia de los Incas ó Segunda parte de la 'Crónica del Perú', por Pedro de Cieza de León. Descubierta y publicada por...", *Revista Peruana* (Lima) I, 1879, pp. 37-46, 133-136; continúa bajo el título "El Perú primitivo según Cieza" [*ibídem*, pp. 301-318].

HERNÁNDEZ DE ALBA, Guillermo. "Elogio del cronista del Nuevo Reino de Granada y del Perú, Pedro de Cieza de León", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, CXXVIII, 1951, pp. 379-388.

JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos. *Segunda parte de La crónica del Perú: que trata del señorío de los Incas yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación* escrita por Pedro de Cieza de León. Ed. y pról. de Marcos Jiménez de la Espada, Biblioteca Hispano-Ultramarina, la publica Marcos Jiménez de la Espada, Madrid, Imprenta Manuel Ginés Hernández, 1880, 279, 140 pp.

LEÓN, Pedro R. "Pedro de Cieza de León, 'príncipe maltratado'. Breve estudio de las traducciones inglesas de la *Crónica del Perú*", *Revista de Indias* (Madrid) XXXI, 125-126, 1971, pp. 199-219.

________. *Algunas consideraciones sobre Pedro de Cieza de León y la "Crónica del Perú"*, Gredos, Madrid, 1973.

________. "El gesto heroico: la muerte de Francisco Pizarro en la narración de Cieza de León", *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla) XXXIV, 1977, pp. 97-111.

LOREDO, Rafael "La tercera parte de la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León", *Mercurio Peruano* (Lima) 23, 1946, pp. 409-440.

________. "Algunos capítulos de la Tercera Parte de la Crónica del Perú de Pedro de Cieza de León", *Mercurio Peruano* (Lima) Año XXVI, vol. XXXII, 289, pp. 144-159 [con comentarios de Raúl Porras Barrenechea], 1951.

________. "Los trece de la isla del Gallo", *Mercurio Peruano* (Lima) Año XXVIII, 317, 1953, pp. 305-317.

________."Nuevos capítulos de la Tercera Parte de la Crónica del Perú de Pedro de Cieza. El tercer viaje de Pizarro", *Mercurio Peruano* (Lima) Año XXX, vol. XXXVI, 340, pp. 453-473[nota de César Pacheco Vélez], 1955.

________. "Nuevos capítulos de la Tercera parte de la Crónica del Perú de Pedro

de Cieza de León", *Mercurio Peruano* (Lima) Año XXXI, vol. XXXXVII, 347, 1956, pp. 77-95 [nota de Pedro Rodríguez Crespo].

_______. "Nuevos capítulos de la Tercera Parte de la Crónica del Perú de Pedro de Cieza de León", *Mercurio Peruano* (Lima) Año XXXII, vol. XXXVIII, 361, 1957, pp. 247-268.

_______. "Nuevos capítulos de la Tercera parte de la Crónica del Perú de Pedro de Cieza de León", *Mercurio Peruano* (Lima) Año XXXIII, vol. XXXIX, 379, pp. 565-585, 1958.

LOSTAUNAU ULLOA, Alejandro. "Impresos valiosos en la Biblioteca del Instituto Riva Agüero. Dos ediciones de la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León", *Cuadernos de Información Bibliográfica* (Lima) 1959, 5, pp. 123-128.

MATICORENA ESTRADA, Miguel. "Cieza de León en Sevilla y su muerte en 1554. Documentos", *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla) 1955, XII, pp. 515-674.

_______. "Cieza de León y Las Casas", *El Comercio* (Lima) 30 de septiembre, 1978.

_______. "Contrato para la primera edición de Sevilla [de la primera parte de la *Crónica del Perú*]", en Cieza de León [1984] 1986.

MEANS, Philip Ainsworth. "Biblioteca Andina [Pt. 1]: *Essays on the lives and works of the chroniclers, or, the writers of the sixteenth and seventeenth centuries who treated of the pre-Hispanic history and culture of the Andean countries*". New Haven, Connecticut Academy of Arts and Sciences, Detroit, Blaine Ethridge-Books, 1973.

MUÑOZ PÉREZ, José. "Recientes aportaciones al estudio de Cieza de León (1943-1957)", *Revista de Indias* (Madrid) XIX, 75, 1959, pp. 123-128.

OTERO D'ACOSTA, Enrique. "Pedro de Cieza de León (estudio cronológico-bibliográfico)", en *Actas del II Congreso Internacional de Historia de América* (Buenos Aires) V, 1937, pp. 250-275.

PEASE G.Y., Franklin. "Introducción a Crónica del Perú. Primera Parte, de Pedro de Cieza de León"; nota de Miguel Maticorena E., Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Fondo Editorial de la Academia Nacional de la Historia, *Colección Clásicos peruanos*, 1984 [reimp. 1986].

_______. "Cieza de León y la Tercera Parte de la *Crónica del Perú*", *Revista Interamericana de Bibliografía*, (Washington) XXXIV, 3-4, 1984, pp. 403-418.

_______. "Cieza de León almagrista: apuntes de Raúl Porras a los libros sobre las guerras civiles del Perú", en *Libro Homenaje a Aurelio Miró Quesada Sosa*, Lima, T. II. 1987, pp. 667-673.

_______. "Las crónicas y los Andes", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (Lima) XIV, 28, 1988, pp. 117-158.

PORRAS BARENECHEA, Raúl. *Los Cronistas del Perú y otros ensayos*, ed. y est. prel. de Franklin Pease G.Y., bio-bibliografía de Graciela Sánchez Cerro, Félix Álvarez Brun y Oswaldo Holguín Callo, Lima, Biblioteca Clásicos del Perú, Banco de Crédito del Perú, 1986.

SÁENZ DE SANTA MARÍA, Carmelo. "Los capítulos finales de la Tercera Parte de la Crónica del Perú de Cieza de León", *Boletín del Instituto Riva Agüero* (Lima) 9 [1972-74], 1975, pp. 36-67.

_______. "Hacia un pleno conocimiento de la personalidad de Pedro de Cieza de León", *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla) XXXII, 1975, pp. 329-373.

_______. "Los manuscritos de Pedro de Cieza de León", *Revista de Indias* (Madrid) Año XXXVI, N°s 145-146, 1976, pp. 181-201.

_______. "Un manuscrito de Cieza localizado en la Biblioteca Apostólica Vaticana", *Revista de Indias* (Madrid) XLI, 1981, pp. 31-42.

_______. "El cronista Pedro de Cieza de León y sus concomitancias con la 'Historia General y Natural' de Fernández de Oviedo", en Solano y del Pino eds., I, 1982, pp. 103-116.

_______. "Estudio bio-bibliográfico [de] Cieza de León: su persona y su obra", en Sáenz de Santa María ed., III, 1985, pp. 11-58.

SALAS, Alberto Mario. "Breve ensayo sobre Don Pedro Cieza de León y los caracteres de la conquista incaica", *Anales de la Sociedad Científica Argentina* (Buenos Aires) CXXV, 1938, pp. 67-80 y CXXVI, pp. 301-317.

ÍNDICE

CRÓNICA DEL PERÚ
EL SEÑORÍO DE LOS INCAS

PARTE PRIMERA DE LA CRÓNICA DEL PERÚ

PARTE SEGUNDA DE LA CRÓNICA DEL PERÚ

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS DE CRÓNICAS LATINOAMERICANAS

5-6
INCA GARCILASO DE LA VEGA
Comentarios reales
Prólogo, edición y cronología:
Aurelio Miró Quesada

64
FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA
Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés
Prólogo y cronología:
Jorge Gurría Lacroix

65
FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA
Historia de la conquista de México
Prólogo y cronología:
Jorge Gurría Lacroix

75-76
FELIPE GUAMÁN POMA DE AYALA
Nueva corónica y buen gobierno
Transcripción, prólogo, notas
y cronología: Franklin Pease

80
FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN
El México antiguo
Edición, selección, prólogo y cronología:
José Luis Martínez

99
AMADEO FREZIER
Relación del viaje por el Mar del Sur
Prólogo: Gregorio Weinberg
Traducción, notas y cronología:
Miguel A. Guérin

173-174
FRAY PEDRO SIMÓN
Noticias historiales de Venezuela
Prólogo: Guillermo Morón
Reconstrucción del texto y notas:
Demetrio Ramos Pérez
Cronología y bibliografía:
Roberto Lovera De-Sola

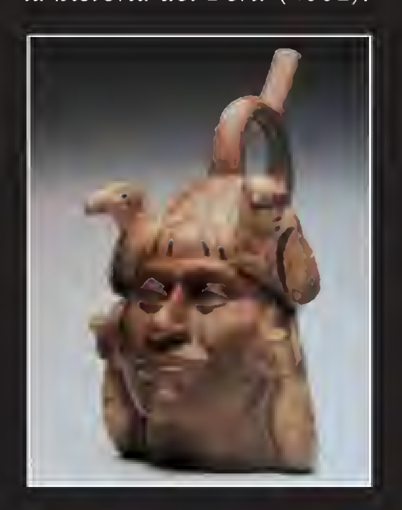
175
JOSÉ DE OVIEDO Y BAÑOS
Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela
Edición: Tomás Eloy Martínez
Prólogo: Tomás Eloy Martínez y
Susana Rotker
Notas: Alicia Ríos
Cronología: Tomás Eloy Martínez
Bibliografía: Tomás Eloy Martínez y
Alicia Ríos

176
Historia real y fantástica del Nuevo Mundo
Presentación: José Ramón Medina
Selección, prólogo, notas y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

Este volumen, el CCXXVI de la Biblioteca Ayacucho,
se terminó de imprimir el mes de noviembre de 2005,
en los talleres de Italgráfica, Caracas, Venezuela.
En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva
de la familia tipográfica Simoncini Garamond,
tamaños 9, 10, 11 y 12.
En su impresión se usó papel Hansmate 60 gr.
La edición consta de 2.000 ejemplares
(500 empastados y 1.500 en rústica).



FRANKLIN PEASE G.Y. (1939-1999). Profesor de Historia, decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, y director del Fondo Editorial de la Universidad Católica del Perú. Dirigió la revista *Histórica*. Tras su muerte, la *Colonial Latin American Review* institucionalizó el premio que lleva su nombre. Entre la extensa producción bibliográfica dedicada al estudio de los Incas, al desarrollo de las sociedades andinas y al análisis de los textos de los cronistas de Indias, se encuentran: *Los últimos Incas del Cuzco* (1972), *Las crónicas y los Andes* (1995), *The Incas: Art and Symbols* (1999), y *Del Tahuantinsuyo a la historia del Perú* (2001).



Portada: Detalle de Botella. Reproducción escultórica de rostro. Cerámica. Cultura Mochica, 50-800 d.C.
Colección Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia de Perú.

Pedro de Cieza de León

La elaboración de una historia incaica trajo consigo problemas similares a los que diversos especialistas han detectado en otras partes del mundo en el "camino hacia la historia" que ha supuesto su incorporación a Occidente: los mitos fueron convertidos en alegorías, es decir, en historias falsas, consideradas tópicos literarios y, como tales, inocuos. Los mismos criterios que prohibían inútilmente la exportación hacia América de los libros de caballerías por "profanos", se oponían a la ficción por frívola cuando menos. Al historizar los mitos andinos, tratándolos como fábulas, quizás morales pero no necesariamente verdaderas, se dejaba espacio para distinguir los aspectos que podían historizarse de aquellos que quedaban condenados al universo de las historias falsas. Aquellos puntos historizables eran, ciertamente, los que podían ingresar dentro de la noción europeo-cristiana de la historia vigente en el siglo XVI. Pero justamente en medio de esta tarea, vecina a la evangelización (consideraba la cristianización de la historia, incluyendo ahora a los pueblos conquistados), los cronistas no pensaron jamás escribir otra cosa que historia, jamás ficción, ni siquiera cuando redactaron en verso castellano.

La historia de los Incas del Cuzco alcanza en la obra de Pedro de Cieza de León una dimensión concreta y reconocida. Se analiza en la segunda parte de la *Crónica del Perú* una visión específica de los Incas del Cuzco, en la cual se da inicio con el relato del mito de ordenación del mundo, que en los Andes sureños se identifica con Wiraqocha, una divinidad que salió del lago Titicaca; *Ticiviracocha* aparece como una versión que podría confundirse con el apóstol que habría llegado a América en los tiempos de Cristo.

Franklin Pease G.Y.



Colección Clásica